



ANTÓNIO LOBO ANTUNES

*Buenas tardes a las cosas
de aquí abajo*

Cada nueva novela de António Lobo Antunes supone un acontecimiento literario. *Buena tardes a las cosas de aquí abajo* es la última de su extensa producción, y aparece publicada en nuestro ámbito idiomático a los tres meses escasos de su lanzamiento en Portugal, tras recibir en Roma el Premio de la Unión Latina de Escritores, el Nobel de las lenguas románicas. *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* es una sinfonía coral que ahonda en todos los temas y obsesiones de Lobo Antunes. En el marco de una Angola *post* colonial, un territorio de disolución por el que deambulan como espectros los sucesivos agentes que el Servicio de Inteligencia de Portugal envía para reactivar el tráfico de diamantes, las distintas identidades se confunden con un paisaje de campos de algodón y extensiones enormes de girasoles. Seabra y Miguéis, pero también Marina y Mendonça, los hombres y las mujeres de esta obra son reflejos de nuestra existencia. Sus mundos interiores coinciden con el mundo interior del autor y, también, con el nuestro. En su afán por reinventar las leyes internas de la novela, el pasado se funde con el presente en una estructura polifónica en la que los temas y motivos avanzan y retroceden, se asoman para desaparecer acto seguido, hasta conformar un todo unitario, un exquisito festín de palabras. La literatura de António Lobo Antunes reclama lectores entregados y dispuestos a participar en el universo de sensaciones de sus personajes. La comunión entre autor y lector significa un viaje compartido, una epifanía que en *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* alcanza cotas de una hondura insondable. La lectura de estas páginas no dejará indiferente a nadie.



António Lobo Antunes

Buenas tardes a las cosas de aquí abajo

ePub r1.0

Titivillus 23.09.16

Título original: *Boa Tarde as Coisas Aqui em Baixo*

António Lobo Antunes, 2003

Traducción: Mario Merlino

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A Júlio Pomar, porque me gusta darle cosas

Larbaud conservó enteras su lucidez y su memoria, pero cayó en una confusión total del lenguaje, carente de organización sintáctica, reducida a sustantivos o a infinitivos aislados, reducido a un mutismo inquietante que un día, de pronto, ante la sorpresa de los amigos que habían ido a visitarle, rompió con esta frase:

—*Bonsoir les choses d'ici bas* .

¿Buenas tardes a las cosas de aquí abajo? Una frase intraducible.

ENRIQUE VILA-MATAS,

Bartleby y compañía

Hay lágrimas en la naturaleza de las cosas y la certidumbre de lo efímero nos hiere el corazón.

VIRGILIO

PRÓLOGO

No sé si ella dijo

—Esta era la casa

o

(tal vez)

—Hace veinte años nosotros

o

(puede ser, no estoy seguro)

—He vivido aquí

o si no no dijo nada, se limitó a subir desde Muxima a mi lado, quizá un poco delante de mí

(un poco delante de mí)

ya con una varita, ya con un pedazo de caña en la mano, casi sin mirarme

(de eso me acuerdo)

como si paseásemos aunque algo en sus gestos, en su cara

(una inquietud, una expectativa, un enfado)

asegurase que ni siquiera paseábamos a través de las calles que la guerra había destruido

(y el mar a nuestra izquierda, el mar allí abajo siempre a nuestra izquierda)

ella sin embargo delante de mí, despacio primero, atenta a las cicatrices de los cañones sin retroceso en las esquinas, al abandono de los patios, a la piscina vacía en la que seguían creciendo los dientes de un soldado muerto, ella despacio primero, casi corriendo después, ajena a mí, soltando la varita o el pedazo de caña, corriendo no como corren las blancas, sino como corren las negras entre las que la criaron

(véase informe anexo)

a pesar de la importancia y de la fortuna de su tío, y ella niña, ella blanca, comiendo polenta de pueblo y asando grillos en un asador, ella ahora mujer en lo alto de la colina

el mar a nuestra izquierda, las traineras, la isla, todo simétrico, alineado, quieto, ella esperándome delante de lo que debía de haber sido un muro y más allá del muro lo que debía de haber sido un invernadero de orquídeas, fragmentos de arriates, escaleras de mármol

(la mitad de una escalera de mármol)

invadidos por la hierba, ahogados en la hierba, uno de los pájaros gordos de la circunvalación, con una rata en el pico, huyó de nosotros meneándose hasta volar a duras penas, ella mostrándome la fachada

—Esta era la casa

una ruina de dos o tres pisos

(Documento clasificado 16 J: tres pisos)

donde se adivinaba la sucesión de las salas y a la que le faltaban ventanas, balcones y puertas, las barracas de las negras esas que deben de haberla criado al fondo, no recuerdo si dijo

—Hace veinte años nosotros

o

—Fue allí donde mi tío

o imagino que dijo

—Fue allí donde mi tío

ella inmóvil aunque me diese la impresión de que seguía corriendo en otro tiempo y asustando a las gallinas de las negras, las lavanderas, las cocineras, las que servían a la mesa con el delantal almidonado, atormentadas por los zapatos que no estaban acostumbradas a usar, ella que señalaba cornisas, restos de muebles, una araña que se mantenía pegada a su base de escayola temblando cada vez que el viento

(la brisa del atardecer en la neblina)

traía tierra y hojas, ella sacudiéndose las hojas de la blusa, del pelo, mirándome como si reparase finalmente en mí, como si finalmente yo

(sin importancia hasta entonces)

comenzase a existir, ella mostrándome lo que no había de la misma forma que casi no había Luanda, no había Angola, no existía África, había un segundo pájaro gordo que rasgaba el uniforme de un segundo soldado muerto

(conste que también montones de dientes seguían creciendo, únicamente al aceptar este trabajo, lejos de mi país, me di cuenta de que los difuntos)

un segundo soldado muerto de bruces contra el dragón de una estatua de arcángel que empuñaba la vaina de la lanza, había el mar, claro, y la isla que el ejército del gobierno o los cubanos o los mercenarios franceses y belgas habían arrasado, transformando las playas en un solar de miseria en el que los ciegos de las minas se acucillaban sobre la franja del agua con la esperanza de los cangrejos que había envenenado el gasóleo, mientras ella, ajena a los ciegos, ella la sobrina del patrón y en consecuencia patrona y dueña igualmente

—Esta era la casa

desde la fuga de su primo a Johannesburgo o a Europa

(mentía ella)

la última patrona y dueña del fantasma de dos o tres pisos

(tres pisos)

del que parecía enorgullecerse, del que sin duda se enorgullecía, a la

—Esta era la casa

a la que prendió fuego o que mandó prender fuego ordenando a las negras, sujetándoles el brazo, gritándoles, obligándolas a obedecerle

—Trae los bidones de gasolina del almacén

y rasgó ella misma, con uno de los cuchillos de monte de su tío en la época en que su tío

(al principio un pobre sin poder ni dinero)

alquitranaba Dondo, rasgó ella misma las colchas y las cortinas, les extendió a las criadas el damasco, el terciopelo, el raso

—Empápalos bien

y los distribuyó por los pasillos, los rellanos, las terrazas, los arcos, el espacio donde antaño

(Documento clasificado 16 J, páginas once y siguiente)

se asaban antílopes sable y burros salvajes enteros, los armarios con vestidos

(y chaquetas, zapatos, sombreros)

que su tía encargaba de Londres y Roma y su tío le permitía que encargase para entretener la soledad y el despecho, su tía en su silla de estilo preguntando con su boquita de piñón, agitada por las dudas

—¿Me encuentras elegante, Marina?

y que acababa por volver con desánimo, buscando las gafas, a su revista de modas, a su silencio, a sus labores de punto, ya no en la silla de estilo con cojines de brocado de Austria, sino en el banquito de cuando, al comienzo de su prosperidad, vivió con su marido en Dondo y sin necesitar ya del sueldo de dependienta estudiaba el río desde la cerca o dejaba los anillos nuevos en la mesa con tablero a cuadros antes de lavar la vajilla, su tía

—¿No me encuentras elegante, Marina?

en busca del río que había desaparecido reemplazado por elefantes de palo santo, cuadros con marcos dorados y soperas chinas, las mismas que su sobrina arrojaba contra las paredes de la

—Esta era la casa

mientras que las negras con una lentitud de gansos, con el cigarrillo al revés en la boca, vaciaban los bidones en el piso de arriba, en los sofás, en la bodega, se reunían junto al porche, sin dejar de fumar, esperando que ella acercase una cerilla a un resto cualquiera del garaje, lo lanzase al vestíbulo y se quedase con ellas

(delante de ellas, así como delante de mí en lo alto de la colina)

retrocediendo

(no mucho, uno o dos pasos)

y una llama instantánea, blanca, roja, roja y blanca, roja y negra, negra, ascendió de los cimientos al tejado, una llama que disminuía y crecía

respiraba

haciendo caer unos sobre otros las piezas del parqué, los estantes, las acuarelas, los baúles, estallar la pólvora de los revólveres y las carabinas repartidos por escondrijos de cajones, uno de los sombreros

italianos, despreciados por el fuego, bailó un momento y se consumió en el aire

—¿No me encuentras elegán

mientras las vigas se ablandaban, los pulmones de la llamarada se dilataban, los criados de su tío, sin atreverse a entrar, se estrellaban en el portón y en cuanto las cenizas comenzaron a cristalizarse ella al marido de una de las negras en el caso de que las negras tuviesen marido

(no tienen, ¿qué maridos?)

atravesando con la voz los ruidos de la

—Esta era la casa

señalando el cobertizo

—El tractor

sin pedir, nunca pedía, se limitó a señalar el cobertizo

—El tractor

a conectar el mecanismo, a avanzar sobre aquellas ruedas enormes elevando la articulación de la excavadora que abría y cerraba el hierro de sus fauces a punto de aplastar a un niño con muletas dado que todos los niños

(por lo menos los que insistían en moverse, los que no se encontraban, cubiertos de moscas u orugas o escarabajos, en una zanja de mortero o mirándonos, sin labios, en el cinc retorcido de las chabolas)

dado que todos los niños usan muletas en Angola, ella que pisaba rododendros, tiestos de barro, enredaderas, ladrando

(ladrando, sí)

—Apártense

con un timbre que no era el suyo, era el horror de un sueño, un pánico antiguo que volvía, las arrugas de su tía que suplicaba bajo tantas cremas

—¿No me encuentras elegante, Marina?

y ella con ese desencajamiento de las facciones que antecede al sobresalto de la agonía

—Apártense

mientras que la

—Esta era la casa

antaño con sus marfiles, sus cristales, sus porcelanas antiguas y sus lujos austríacos se amontonaba en un desorden de tablas y de azulejos rajados, ella intentando alcanzar, sombra tras sombra, el despacho en el cual una semana antes su tío ante el escritorio, extendiendo los dedos por el tablero con cinco balas en el pecho, una bala en el cuello y una última bala en el pómulo, congelándolo para siempre en una especie de ofensa o de sorpresa risueña, ella destruyéndolo como destruyó la

—Esta era la casa

al volverlo igualmente hierba y pasto y ausencia de ventanas y nada, ella destruyéndolo como destruyó al primo que el lunes pasado la llamaba y volvía a llamarla desde el lado de fuera de la habitación

—Marina

y siguió llamándola hasta entrar sin llamar destrozando la cerradura, también con una cara que no era la suya, era el horror de un sueño, un pánico antiguo que volvía

—Mi padre

bajando ambos, en lucha con la silueta de las cosas

(un jarrón, un baúl, una mesita en la que vacilaban miniaturas, ninfas peces pastoras)

al vestíbulo del despacho y en el despacho su tío y el ayudante de su tío, o sea el negro que trajo de la misión en Dondo, el huérfano a quien le enseñó a empuñar una culata, a comer con cubiertos, a saludar, al que transformó en blanco o casi blanco, con corbata como los blancos y viviendo como los blancos

(cortinas y tenedores y alfombras)

en el depósito del jardín, que lo trataba de padrino y a quien su padrino no necesitaba hablarle, el negro mirándolos con la escopeta en el ángulo del brazo, explicando sin palabras

—Saben que tuve que matarlo

repitiendo sin palabras

—Saben que tuve que matarlo saben que tuve que matarlo

y después no en portugués, no en lengua de cristianos, en quimbundo, así como tampoco en voz alta, sino en una especie de murmullo o suspiro

—Saben que tuve que matarlo

mientras que se oían las automáticas de la policía en Mutamba, ni frases ni gente, las automáticas de la policía en Mutamba, el ayudante soltaba la escopeta, besaba la mano del tío, insistía, esta vez en portugués

—Padrino

se marchaba, sin prisa, hacia el Palacio de Gobierno con sus centinelas patéticos defendiendo un portón que no existía, se marchaba a pesar del olor de Angola tan fuerte en noviembre, este olor que no sé definir y al que no me he acostumbrado todavía

(al que no me acostumbraré nunca)

a pesar de su primo

—Espera

de su primo

—Yo

que cogía la mano de su tío

(los dedos por el tablero)

que soltaba la mano de su tío

y ella a su primo, ella que despreciaba a su primo, su debilidad, su cobardía

—Déjalo

cerró el despacho, el acceso por la pérgola y el acceso por la

—Esta era la casa

acompañó a su tía y a su primo a Grafanil, comprobó que partían en la columna militar camino de Zenza do Itombe, deseando no volver a verlos, no haberlos visto en su vida, olvidarlos, y declaró a la camioneta, indiferente a los cargadores, a los mercenarios, al teniente mulato a quien le pagó y que guardaba los billetes en el estuche de la cantimplora

—Ustedes se murieron cuando se murió mi tío, se murieron los dos

odiando en el azufre de las nubes la chaqueta con cuello de piel de su tía y la botella que abultaba en el bolsillo de su primo, un par de refugiados idénticos a los otros refugiados ahora, creyendo escapar de la guerra y entrando en ella de hecho en cuanto las bazucas unos kilómetros más adelante, en cuanto la ametralladora que ella ya no oyó y probablemente tampoco su tía

—¿No me encuentras elegante, Marina?

ni su primo oyeron comenzó a coser la tarde acorralándolos en los troncos, en el barro, en los neumáticos desinflados y en el borde del asfalto, el teniente mulato, de rodillas, ofreciendo las tripas en sus manos y confundándose con la tierra, su tía y su primo a los que se negó a recibir cuando la invitaron a recibirlos, cada cual en su ataúd

(no urnas, ataúdes)

en el taller del hospital de Luanda, colocados bajo manchas de sábana, y ella en el barrio Prenda, en el barrio de Cuca a pesar de los ecos de las calles con las tuberías a la vista, de los ladrones, de los *jeeps*, de las patrullas disparando contra los mendigos y las sombras, guiada de cabaña en cabaña por uno de los cocineros

—Señorita

desapareciendo y reapareciendo en un desorden de callejones, de chapas, de barreños desconchados, de pabilos de aceite, nacidos de los espacios entre las planchas, que dejaban adivinar criaturas oblicuas

—Señorita

que aconsejaban

—Señorita

que pedían

—Señorita

que se asustaban de ella

—Señorita

entre las advertencias y las amenazas de los *jeeps*, una muchacha en cucullas sobre un ladrillo

(¿tú?

tú no, tú conmigo

—Esta era la casa

—Hace veinte años nosotros

—He vivido aquí

pisando con la puntera la mitad de la escalera de mármol)

entre las advertencias y las amenazas de los *jeeps* , una muchacha

(no ella)

comiendo un lagarto verde en cuclillas sobre un ladrillo, y después un automóvil americano sin llantas ni capó, con los asientos reducidos al óxido del armazón, a los escarabajos que no se callaban en la oscuridad, a las heridas de los sembradíos que protestaban siempre, que desde hace siglos, desde el comienzo de la guerra, protestan sin cesar, el cocinero a ella

—Allí

o sea un contorno de barracas y después de las barracas baobabs, y después de los baobabs, de postes de electricidad tumbados, de chimeneas de viviendas de las que quedaba un canalón o una farola, de la carretera de Catete que no llegaba a ninguna aldea, se suspendía de repente en una desolación de escombros y basura y furgonetas cojas sobre cuyos cilindros se adivinaban cuerpos y los cilindros

(o las bielas imposibles de distinguir en la noche)

—Señorita

el contorno de barracas desierto, una plazoleta de mercado sin puestos ni tiendas salvo un cordero sujeto por una pata a un espigón, salvo la prisa de los relámpagos, salvo una oveja rondándolos, salvo un agujero en el frontón y dentro del agujero, en medio de cacharros y cubos y una carabina de soldado

(consultar Glosario, Apéndice D)

una lona en el suelo, el cocinero escapándose hasta que una patrulla

—Alto, alto

y una ráfaga, dos ráfagas, una sucesión de descargas, pensó

—Me marchó

decidió

—Me marchó

y al decidir

—Me marchó

se acercó a la lona en el instante en que el ayudante de su tío, recostado

(—Saben que tuve que matarlo saben que tuve que matarlo)

contra un pliegue de adobe, el ayudante un cordero sujeto por una pata a un espigón, un animal enfermo o ni siquiera un animal

(un perro, un ternero)

menos que un animal, una cosa herida en los riñones o menos que una cosa, un huérfano traído de la misión de Dondo, un esclavo, un criado, un negro, antaño con corbata como los blancos, viviendo como los blancos, enjugándose la sangre con la camisa, con la boca abierta donde los dientes crecerían en breve, y antes de que explicase

—Saben que tuve que matarlo

no en portugués, no en lengua de cristianos, en quimbundo, ya en silencio ya en quimbundo

—Saben que tuve que matarlo

debían de ser la una o las dos de la mañana por el cambio de las nubes, llegadas ya no del mar, del Cazenza

(mapas y coordenadas en el Apéndice E1)

y la interrupción de la lluvia, solía despertarse a esa hora cuando existía la

—Esta era la casa

debido a la inquietud de las flores en los búcaros y a la madera de la consola, despertarse al mismo tiempo que los insectos y los mochuelos a la espera de ellos de ojos rojizos

(solamente ojos rojizos en el sendero antes de que su tío los atropellase y un remolino de plumas que se disipaban después, se volvía en el coche sin saber que el remolino de plumas había de persistir todos estos años en su memoria, el tío un remolino de plumas, la tía un remolino de plumas, su vida un remolino de plumas imposibles de tocar

—Hace veinte años nosotros)

debían de ser la una o dos de la mañana por el cambio de las nubes y la interrupción de la lluvia, gotas de agua o de la sangre de una herida en los riñones en un platito de aluminio, en un vértice de teja y entonces se desabrochó la blusa, se tumbó al lado del ayudante de su tío

(menos que un animal o una cosa, un negro)

le dijo

—Ven aquí

le dijo

—Cállate

le apretó la cabeza contra sí y se quedó una eternidad de ojos rojizos

redondos

mientras la ceniza de las paredes, de las tablas del suelo y de los muebles caía despacio, las ráfagas de las patrullas

—Alto, alto

continuaban en la ciudad y yo a su lado

(un poco detrás de ella)

yo un poco detrás de ella esperaba que se cansase de la

—Esta era la casa

de la fachada sin ventanas ni balcones ni puertas, todo invadido por la hierba, todo ahogado en la hierba, de los arriates, de la escalera de mármol, del arcángel con su esbozo de lanza, y pudiésemos regresar a Muxima.

PRIMER LIBRO

CAPÍTULO PRIMERO

¿Tendré que remendar esto con palabras o hablar de lo que ocurrió realmente, no aquí, sino en Lisboa y en Luanda cinco años atrás? Cinco años es mucho tiempo

lo sé

pero a veces, al acabar el día, en esta hacienda de la que no me ocupo

(nadie se ocupa, se ocupan los pájaros que van devorando sin prisa, mirándome de lado, lo que resta del girasol y el algodón)

a cincuenta o sesenta kilómetros de donde ocurrió todo, en esta construcción colonial que perteneció al delegado

a un delegado regional cualquiera que no llegué a conocer y en la angustia de la huida

(huida hacia dónde si no se huye de Angola, solo demasiado tarde comprendí que no se huye de Angola, Europa demasiado lejos y después la indiferencia, el cansancio, la edad porque nos gastamos tan deprisa en África, un encogimiento de hombros, una resignación de

—¿Y después?)

en esta construcción colonial en la que un delegado regional cualquiera dejó la foto de sus hijos que apenas se distinguen en el marco de esparadrapo y que por la noche, después de la segunda botella, comienzo a imaginar míos, pensando que me pertenecen tal como me pertenece la casa por no pertenecer a nadie, una sala, una cocina, una ducha fuera, es decir, un cubo boca abajo que un clavo balancea desde un alambre torcido, y una aldea de viejos

(lo que queda son viejos)

buscando sapos en los charcos, separando la tierra con la esperanza de serpientes que se fríen en un cazo, robando el girasol y el algodón a los pájaros y a mí, a veces, al acabar el día, cuando la primera botella aún no inició su trabajo en favor de la indiferencia y la memoria y el remordimiento siguen doliéndome

(porque el infierno consiste en acordarnos durante toda la eternidad

¿no es verdad?

inmersos en un caldero de recuerdos del que vienen, a la superficie del hervor, burbujitas de rostros, episodios desvaídos, usted, madre)

me aparece en la cabeza, no en la cabeza, justo frente a mí, esto que remiendo con palabras u ocurrió realmente

ocurrió realmente

y el algodón se cierra, los girasoles se alzan un poco al encuentro del crepúsculo, la botella intenta acercarme, sin lograrlo, a la paz o al sueño, el líquido no se me escurre de la boca ni se confunde con las manchas de la camisa, me arde en las encías, no cicatriza la herida que en un primer paso, sin latir por ahora

(juraría que ratas, tal vez uno de los perros de los viejos en la sala mirando a los hijos del delegado regional

¿o mis hijos?

mirando a los hijos del delegado regional en la pared, que se pudra el perro)

se limita a tres pisos

el quinto, el sexto y el octavo

en un edificio con empresas y consultorios casi en el centro de Lisboa

(el Servicio una empresa también

—Tenemos que pasar inadvertidos

explicó el teniente coronel

y exportábamos mermeladas, los informes deben de estar por ahí a no ser que a la cuarta botella una indignación, un tropezar desesperado, dedos temblando en el bolsillo, una cerilla y no informes, señor director, los quemé)

el despacho del director en el octavo piso y la plaza de toros en la ventana

(el perro

no ratas

aburriéndose de los hijos del delegado regional a quienes bauticé como Margarida y Pedro aunque, observando mejor, se me antoje que

Margarida sea Pedro también, el perro respirando en mi muslo una amistad musgosa)

lo que de la plaza de toros en la ventana crece entre los árboles, carteles de corridas que nunca se pegan por completo al ladrillo, hay siempre un ángulo suelto, yo interesado en el ángulo

(vi en una ocasión, en el circo, un mago que enderezaba cucharas con la fuerza de la mente)

y el director sin reparar en el perro

—Las calificaciones que le dieron no me disgustan, Seabra

sin fijarse en que yo sacudía al animal con la rodilla y volvía a llamarlo, a pesar de todo hay momentos en que un perro ayuda, el director, el teniente coronel

(¿sigue existiendo la plaza de toros, madre?)

y el responsable del octavo piso, con una presteza de tendero, desplegando mapas con cruces y letras a lápiz hasta la palmada final

(mi padrastro era así, orgulloso de su habilidad frente al mostrador, ofreciéndonos un metro y medio de percal

—Mire, aquí tenemos una tela preciosa, señora)

mapas de edificios, plazas, calles, flechas rojas y azules y el responsable del octavo piso sin anillo de piedra verde, sin empleados, sin anaqueles por detrás, rodeando el mapa con el índice en círculo

—Miren, aquí tenemos Luanda, señores

formas geométricas a las que el dedo

(porque solo el dedo existía, enorme, con una raja en la uña)

llamaba cuartel, ministerio, policía, ni una plaza de toros de muestra

(traían a los animales en una camioneta cerrada, se distinguía un rabo, una órbita peluda, un cuerno)

la uña en un cuadrado insignificante en uno de los extremos del mapa

—Nuestro buzón inútil

es decir el espacio de ladrillos que tardé en encontrar, cerca de la fortaleza

(y el mar a nuestra izquierda, el mar abajo siempre a nuestra izquierda)

donde se dejaban informaciones y recibían órdenes, donde una semana después de mi llegada me indicaron

—En un papel que debe quemar, Seabra

(y el director al teniente coronel, palmeándome el hombro con su manita

—Él sabe)

cómo encontrar al ayudante de nuestro objetivo

cada toro poseía una cintita en la grupa, al palmearme el hombro el director me puso la cintita a mí, el responsable del octavo piso cuando palpé el hueso, cuando mugí

—¿Le escuece, Seabra?

mientras que el director y el teniente coronel me picaban con garrochas, sus voces ahogadas por la respiración de los animales, por la mía

—Nos recomendaron su nombre de arriba, Seabra

y el girasol y el algodón invisibles, hay momentos en que se oye a los licaones por el lado de la aldea persiguiendo a los viejos, o serán los hijos del delegado regional los que ladran, o seré yo el que ladra

(no siempre la botella cumple lo que le pido, madre)

o el director alzando el hocico en una cresta de tierra

(¿tendré que remendar esto con palabras o hablo de lo que ocurrió realmente?)

—Unas vacaciones en Angola, figúrese la envidia de sus colegas, Seabra

hablo de lo que ocurrió realmente, están por ahí, en la finca de la hacienda, los informes, las instrucciones, los telegramas, Marina, si pudiese rasgarlos, cambiar de nombre, volver, si después de la corrida no matasen a los toros, les quitasen las banderillas y los dejasen en paz, yo otro trabajo, otro apartamento en Lisboa, solo almorzar en casa de mi madre los domingos, la marca del cuerpo de mi padraastro sobre la marca más ancha de mi padre en el sillón de la sala que nunca guardará la mía, la lámpara cuyo pie era un artista con bandolina contando monedas en la palma, la tabla de planchar abierta en el tendedero

(no me acuerdo de la tabla de planchar cerrada)

el director o los hijos del delegado vestidos igual

—No está casado, ¿no, Seabra?

reducidos al marco de esparadrapo como yo a la hacienda, a los diez palmos de mandioca, a la cerca de las gallinas, el director y el teniente coronel me separaban de los otros

—La envidia de sus colegas, Seabra

mediante el sistema de puertas de la plaza de toros que se abrían, se cerraban, una mecanógrafa se cruzó conmigo sin saludarme

¿compadeciéndome?

el perfume que se estancaba tras ella amplió el olor de los toros de la corrida anterior, una última puerta inmediatamente antes de la arena

—En este despacho conversamos mejor

trapos coloridos o páginas que me hacían señas obligándome a avanzar

—¿Ha leído al menos el informe?

un pico de estilográfica que en vez de subrayar párrafos me lastimaba el lomo

—Preste atención al capítulo doce

y yo torcido, volviéndome, disimulando un hilo de baba con la manga, el teniente coronel

—¿Algún dolor, amigo?

y entonces grabados, la foto del Presidente, la bandera, al entrar al Servicio me recibieron allí, el director

no este, el comodoro

me extendió el pez vivo de la mano, salido del cubo del bolsillo, que se debatía, protestaba, se tranquilizó cuando lo escondió en el bolsillo, la cara del comodoro tranquila, ajena a aquel frenesí de agallas

—Muy bien muy bien

yo a punto de pedirle

—Por favor, quédese así

con miedo a que los peces saliesen de la chaqueta y saltasen a mi alrededor, uno de ellos, con un esparadrapo en el meñique, en una agonía sin fin, en compensación las manos del director no se movían, se apoyaban en el secante volviéndose cosas, las de mi padrastro se agitaban en vuelos cortos en la tienda de telas, obsequiosas, amables

—Señora

de las de mi padre no me acuerdo, las mías tantean el gollete en la noche de la hacienda, fallan, recomienzan, desde hace meses no aciertan con los botones de la camisa, el responsable del octavo piso

—¿Distraído, Seabra?

prolongando los tallos del girasol o la hierba seca en julio, la voz del algodón a lo largo del sembradío en la voz de mi madre

no el algodón, no mi madre, el teniente coronel o esos hombres encaramados en un muro que me han de conducir camino de la plaza provocándome con gritos, golpes en las tablas

—Un portugués, Seabra, que nos está haciendo quedar mal en Angola

las garrochas que no cesaban de atormentarme el lomo, Cláudia

—¿Una semana dónde?

mi madre ayudándome con la maleta

—¿Luanda?

yo un rabo, un ojo peludo, un cuerno, rascando el entarimado con los cascotes antes de que mi madre, quejumbrosa

—La alfombra

arrugada por mi padrastro al cambiar la silla, mi madre estirando los flecos

—Ten paciencia, levántate

explicándoles, a ella y a Cláudia que dejó de desvestirse, sentada en la cama frotándose un pie con el otro

(dentro de poco la corneta en la plaza, dentro de nada los capotes)

—A Luanda a poner en orden a un individuo que está perjudicando al Servicio, cuestión de tres días cuatro días a lo sumo

mi ojo peludo, mi rabo, mi cuerno, una de las rodillas que me cuesta doblar, el director documentos que ondulan, se estremecen

—Fíjese en esto, Seabra

me rehúyen si los alcanzo me rehúyen y aplausos y música, no tres ni cuatro días, cinco años, no tuve ocasión de escribir, madre, no pude telefonearte, Cláudia, palabra que lo pensé, disculpa

mi madre que revisa la alfombra buscando motas invisibles, alisando una arruga, Cláudia que me impide sentarme en la cama a su lado

con el comienzo de las lluvias el girasol más presente, zumbando, lo sacudo y mosquitos, no son banderillas, son mosquitos los que hieren mi cuello, me acomodo en el peldaño del balcón y el perro salta del susto, supone que voy a pegarle tal como supongo que una de estas noches me visitarán, un segundo toro idéntico a mí

—Nos recomendaron su nombre de arriba, Miguéis

igualmente obligado a avanzar, mugiendo de pavor, por trapos coloridos con registros de llamadas telefónicas, diagramas, formas geométricas

pentágonos, triángulos

a las que llaman cuartel, ministerio, policía

—Miren, aquí tenemos Luanda

un cuadradito insignificante en uno de los extremos del mapa, no el buzón inútil, cerca de la fortaleza

(y el mar a la izquierda de ese tal Miguéis, el mar abajo siempre a la izquierda)

la hacienda, esta construcción colonial, los hijos del delegado regional que me observan con pena, yo presenciando la llegada de Miguéis sin levantarme siquiera, la parada del *jeep*, que traqueteaba desde la aldea, encallado en el sendero, el recuerdo del director

—¿Distraído, Miguéis?

que lo obliga a comprobar la pistola, sus pasos cada vez más próximos en la hierba, el algodón, los peces vivos de las manos del comodoro alentándolo

—Muy bien muy bien

yo alzando la botella en un brindis o en una invitación, él vacilante y sin embargo la corneta de la plaza, los aplausos, entreveía su rabo, su

cuerno, su ojo peludo al mismo tiempo que Miguéis entreveía mi rabo, mi cuerno, mi ojo peludo, nosotros uno frente al otro dos toros idénticos, Cláudia impidiéndole sentarse en el borde de la cama a su lado

—Te prohíbo que me beses, no me beses

la novia de Miguéis, no la mía pues hace cinco años yo a pesar de

—Tres días cuatro días a lo sumo

Cláudia, no eres como Seabra, claro que no, júrame que no eres como Seabra y no obstante el director, el teniente coronel, el responsable del octavo piso, la tabla de planchar de su madre en el tendedero, la preocupación por la alfombra, Miguéis caminando hacia mí de acuerdo con la orden de operaciones, el telegrama a Luanda sugiriendo que lo espera el ascenso

—Una sorpresa agradable, Miguéis

centenares de domingos de ocio a partir de mañana, dentro de diez minutos

quince a lo sumo

en cuanto regrese al *jeep* y después Luanda, y después el aeropuerto, y después Lisboa, cavar su marca en el sillón sobre la de su padrastro y la de su padre, el tiempo de ocuparse de un individuo borracho que le extiende la botella en un sembradío marchito, cerca de una aldea de viejos que no le responderán al preguntarles por la casa, entretenidos con la culebra o tal que frieron en un cazo, el individuo que no le dijeron quién era, él

—¿Seabra?

y el director

—Preferimos llamarlos objetivos, ¿comprende?

de su edad y con la misma cicatriz en la ceja por una caída cuando era niño

(una cicatriz diferente, en la mía ni me fijo, me habría olvidado si no fuese por Cláudia durante la primera vez en su habitación, con las garras repentinamente enormes, golosa de espinillas

—Déjame que vea mejor esa cicatriz pequeña)

apuntar el revólver a la cicatriz en cuanto Seabra alza la botella

—¿Le apetece?

(una sonrisa a la que le sobraban encías)

Seabra quejándose mire lo que Angola ha hecho de mí, madre, si yo le tocase el timbre miraría por el cristal de la puerta y me echaría

—No me hace falta nada

la sonrisa que se mantenía inalterable a pesar del revólver, la certeza de que lo esperaban hace años, no tres o cuatro días a lo sumo, cinco años a la espera

(un ojo peludo, un cuerno, un rabo)

a la espera de mí mismo porque soy el único empleado del Servicio

—No lo recomendaron de arriba, Seabra, usted es el único empleado que tenemos

en un sembradío sin filtros para el agua, sin comprimidos contra el paludismo, sin el teniente coronel

—¿Algún dolor, amigo?

qué idea, señor teniente coronel, ningún dolor, estoy muy bien

remendar esto deprisa con palabras, madre, Cláudia, prometo que tendré cuidado con la alfombra, enderezaré los flecos, no permitiré que la ceniza

no la ceniza del cigarrillo, yo no fumo, las cenizas de los *dossiers* que no leí y no permitiré que le manchen la lana así como no permito la botella debajo de la cómoda puesto que al primero o al segundo tiro el gollete

casi sin vino dentro

—¿Me apetece qué?

acabó por bajar los escalones de la construcción colonial y se esfumó en la hierba, el ojo peludo, ese

—Cláudia

se quedó allí descomponiéndose, al contrario de las instrucciones que hablaban de una cueva

—La tierra de África es gorda, Miguéis, se come los cuerpos en un instante

y para eso la pala, el sachó y un saco de cal viva en el *jeep*, tirar el ojo, el rabo, el cuerno al pasto igualmente, el muñeco de paja de Seabra crucificado en el suelo, el retrato de los hijos callado

(Margarida y Pedro o dos Pedros)

seguro que aprobando desde el primer día, a pesar de saludarlos de vez en cuando nunca se interesaron

los ingratos

por mí, solo a la quinta o sexta botella un gesto de desagrado

—No te conocemos

si me acercaba al marco, el hombrecito delgado que los pájaros del girasol y del algodón devorarían más tarde, o esos animales de África que el padraastro intercambiaba en el jardín público con los otros jubilados y guardaba en sellos en un álbum

(el gorila, el elefante, la hiena)

llenos de mandíbulas y aullidos extraños, en el caso de que en el Servicio

—¿Enterró el ojo, Miguéis?

la respuesta desenvuelta cerrando la calculadora

—Sí, lo enterré

una vez que a esa hora ya el gorila, el elefante y la hiena de los sellos, con el precio en una esquina, habían devorado el ojo peludo que seguía asombrándose, desmontar la pistola

(y el director se cambiaba de gafas y observaba el mapa

—Ha de haber un río por aquí, lo que no falta en África son ríos, en mi época se dibujaban los ríos con azul, no me entiendo con estos símbolos modernos)

desmontar la pistola, el cargador, la culata, el gatillo, buscar el tal río y ningún río qué fastidio, en compensación serpientes venenosas, cascabeles, boas, así que tirar la pistola al pasto, volver al *jeep* en el sendero, regresar a Luanda y sin embargo no regresaría a Luanda de la misma forma que ningún toro vuelve a la camioneta en la que ha venido, demasiados trapos de colores, demasiadas garrochas y aplausos y capotes, se limitaría a ocupar mi lugar durante cinco años

o seis o dos o nueve

oyendo los ruidos de la noche, bebiendo, remendando esto con palabras o hablando de lo que ocurrió realmente

(ocurrió realmente)

cerca de una aldea de viejos que freían serpientes en un cazo hasta que el tercer toro

—Nos lo recomendaron arriba, Borges

y un mentón respetuoso apuntando al techo

viajase de Lisboa a su encuentro, diese con el *jeep* y el sachó y la pala deshaciéndose dentro, el teniente coronel entregándome los informes

—¿Nervioso, Seabra?

sin prestar atención al *jeep*, a la pistola, al girasol, al algodón, a Marina señalándome la

—Esta era la casa

(y el mar a la izquierda, el mar abajo siempre a nuestra izquierda, se observaba desde la ventana y en vez de la plaza el mar)

¿remendaré esto con palabras o hablaré de lo que ocurrió realmente?

en el Servicio se observaba desde la ventana y los árboles de Campo Pequeno, el cartel despegado, una señora con bastón conversando con otra con el carrito de la compra, la del bastón se asemejaba a mi madre en su manera de escuchar y mover la cabeza

—La alfombra

me pareció que se reían en el despacho con un soniquete de burla que disimulaba un pañuelo, pensé que el director, el teniente coronel, el responsable del octavo piso y no obstante los tres serios, con las narices juntas, dibujando en el mapa, pensé en el hermano pequeño de Cláudia a mí, cuando llegados del cine nos sentamos a la mesa

—Traes carmín en el mentón

y luego las cejas de su padre

—¿Perdón?

dos trazos que se acercaban en una arruga ofendida

—¿Perdón?

aquí a veces la misma risa

uno de los pájaros en el girasol, los caprichos de la madera, los hijos del retrato, los licaones esperándome fuera, invisibles en el pasto

(distingo sus sollozos, su olor, el deslizarse de una piedra, sé que me siguen eligiendo un punto sin viento, sus cejas

—¿Perdón?)

la misma risa cuando yo, antes de las botellas, ocupado en contar las gallinas y comprobar el alambre de la cerca, el pasaporte con otro nombre

¿para qué otro nombre?

que me entregaron en Lisboa, el dinero que conservo en una lata, no gasté el dinero, señor teniente coronel, el Servicio ha de tomar en consideración

—Usted nos cae bien, Seabra

que casi no gasté el dinero, confieso que pensé antes de marcharme, dando vueltas por la plaza para olisquear la barrera, en una alfombra para mi madre, en el anillito que le gustaba a Cláudia, me pareció que la risa de nuevo al despedirme de ellos y no obstante el Presidente grave, la bandera quieta, libros encuadernados, el director, de uniforme, agradeciendo al Secretario de Estado encima de un archivo, dejé de dar vueltas por la plaza olisqueando la barrera, me di cuenta

aterrado

de que una gota de orina me caía en el pantalón

en la arena

me aparté del teniente coronel, del responsable del octavo piso

—Lo notarán, lo notarán

y corrí para alejarme sacudiendo el cogote, cada uno de ellos con su trapo de colores llamándome

las hojas mecanografiadas con la descripción de Marina, de su tío

—La clave está en el ayudante del objetivo, ofrézcale el oro y el moro, Seabra

un resto de luna en esa noche en Lisboa, que no se encontraba entre las nubes pero se distinguía yendo y viniendo entre las hojas, en el cementerio las tumbas más nítidas si me inclinaba sobre la tabla de planchar del tendedero, una sucesión de escamas retrocediendo en las lápidas, no le ofrecí el oro y el moro, no le ofrecí nada porque el ayudante de su tío no fue la clave

(Preámbulo, cap. II, 3.0, 3.1 y 4.7)

si hubiese tenido tiempo de enviar el memorando y ustedes lo quisiesen leer

no querían

en lugar de esconderme aquí sabiendo que un *jeep* o a falta de un *jeep* un individuo a pie

un blanco

que no conozco y conozco, que podía ser yo tal como lo era hace cinco años, que es yo, que soy yo, el último trabajo antes del ascenso, Seabra, del regreso a Europa y al regreso un despacho tranquilo, un puesto de jefe, asegurarle al otro que lo recomendaron de arriba

—Lo recomendaron de arriba, Miguéis

mostrarle los mapas, los buzones inútiles donde no entraba orden alguna porque no había órdenes, no habrá órdenes, palabra de honor que no existió la menor interferencia nuestra ni de ningún organismo bajo nuestro mando en lo que ocurrió en Angola, señor ministro, de acuerdo con informaciones seguras un acto descontrolado, una cosa a nuestro ver triste que los periódicos titularían como pasión de folletín, no merece la pena exaltarse, acercar las cejas

—¿Perdón?

puesto que ahora sin relación con ese episodio idiota

¿y qué relación, Dios mío?

mejoramos nuestra posición en África, al acabarse los diamantes disminuyó la venta de armas y la revuelta de las chabolas, la ironía de las cosas, ¿no le parece?, imagine por ejemplo a un infeliz creyéndose a salvo en una hacienda desierta si es que puede llamarse hacienda a unas pocas plantas de girasol y algodón reseca que lo ensordecían por la noche con el rumor de las corolas, un ruido para nosotros insignificante pero que para él, debido a la soledad, se amplía y crece y se obstina y lo amenaza, un infeliz con su botella y sus gallinas sin adivinar que arreglaremos el asunto

tranquilícese

con la descripción que aconseja, y él

buscando un gollete y el gollete vacío

remendando esto con palabras o diciendo lo que ocurrió realmente

y no ocurrió nada, se lo aseguro

no acordándose de Cláudia, acordándose de Marina

no acordándome de Cláudia, acordándome de Marina frente a la

—Esta era la casa

una fachada sin ventanas, sin balcones, sin puerta, mirándola con mi mirada peluda, mi rabo, mi cuerno, una banderilla en el hombro que me dificultaba los gestos, una segunda en el espinazo que me impedía andar bien, si pudiese explicarle

—Era mi trabajo, yo no

decir

—No imaginaba que

intentar

—Disculpe

haciendo como que no escuchaba, no veía, no se interesaba por mí, no fue conmigo con quien regresó a Muxima, regresó sola despreciándome y el teniente coronel, en Lisboa

—Comience por la muchacha, nos consta que ella y su tío

bajamos el paredón de la fortaleza y perdemos el mar, lo recuperamos en el cine que estropearon las bazucas, restos de butacas en la platea, un pedazo de telón colgando de la barra, la taquilla en la que un hombre dormía

o un hombre muerto que no me atreví a mirar con algo semejante a carmín o sangre en el mentón

seguro que carmín o sangre en mi mentón también y las cejas del director

(del padre de Cláudia desembarazándose de la servilleta y estrujándola en la mesa

—¿Perdón?)

yo sin hablar porque si hablase remendaría todo con palabras, para qué mencionar el Servicio, el despacho donde se despidieron de mí, la mentira risueña

—No vale la pena que nos despidamos porque dentro de poco lo tendremos aquí de nuevo

cómo me podrán tener de nuevo si galopo, me detengo, galopo y acabo en la plaza, alguien parado a unos pocos pasos y silencio, los hijos del delegado regional inmóviles, supongo que aliviados pero de qué, supongo que contentos, un brillo lento de espada o sea la pluma del responsable del octavo piso firmando un recibo

—Entregue esto y le darán el arma en la sección de personal

la pistola que desarticulé y tiré a la hierba, me acuerdo de que cuando llegamos a Muxima un grupo de soldados tomaba posiciones en un soportal, cestos de fruta sin fruta, un oficial que recogía una muleta del suelo y fingía que cojeaba, me acuerdo

todo tan lejos ahora

de que le mostré a Cláudia el billete de avión a Angola y le prometí el anillo, que en la almohada se alegraba una muñeca

—El anillo del diamante, ¿en serio?

el anillo con un trocito de diamante, el padre de Cláudia más blando, menor la arruga de las cejas, la servilleta aún sujeta al cuello, benevolente, sereno

—¿Perdón?

me acuerdo de que me crucé de nuevo con la mecanógrafa en el pasillo, del perfume que me acompañó un momento, se hastió de mí y volvió hacia arriba dejando los rellanos más oscuros y entonces los árboles, la plaza de toros, el cartel despegado, la señora del bastón y la del carrito de la compra sustituidas por niñas en bicicleta que se mostraban cromos al borde de un arriate, el camión de los toros en la entrada, los postigos enrejados a los que se arrimaba mi ojo observándome, que no dejó de observarme cuando mi madre, invisible en el tendedero rociando un cuello

—Vienes más temprano, Seabra

el rastro de los maridos difuntos en la concavidad del sillón, nuestras habitaciones diminutas que rechazaban el sol, durante una tarde en que mi madre en la misa a Cláudia, curiosa

—¿Aquí vives tú?

admirada por el fanal de la taza china, el par de caballitos cromados, mi lazo de la comunión solemne en una voluta de la cómoda, sobresaltada por los higos del patio que reventaban en el suelo con un ruido de bofetones, Cláudia menos tierna, menos atenta conmigo, con una arruga ofendida

—¿Aquí vives tú?

con vergüenza de nosotros, madre, con vergüenza de mí o tal vez yo con vergüenza de usted, de sus medias elásticas, del Sagrado Corazón de Jesús en relieve, del cuadro que era una ciudad con nieve

luminosa

cayendo, se quedaba mirando como ante un brasero o ante las olas

una monotonía siempre diferente, una paz

como miro al girasol y al algodón y distingo sus voces sin boca repitiendo esta historia, como miraba a Marina en los cocoteros de la isla, durante el curso, el profesor en las clases

—Piensen que no son personas, que son estos cartones pintados donde se entrenan en el tiro

Marina que no intentó escaparse como el ayudante del tío cuando le herí los riñones, se acucilló en la playa como las negras que la criaron preguntando

—¿Entonces?

sin desafío, sin rabia, la única de ellos que se quedaba preguntando

—¿Entonces?

como supongo que yo al segundo toro, ofreciéndole la botella

—¿Entonces?

y tal vez no sea así como se inicia el memorando que en el caso de que lo reciban

(no lo recibirán, ha de quedarse en la hacienda junto con el de mi sucesor y el del sucesor de mi sucesor hasta que el pasto y las lluvias

nos olviden a todos, una quema de rastrojos los devore o una bomba reduzca el mundo a un fragmento de columna y a ciscos de tarima, a restos de restos que se repartirán los licaones, además de las gallinas, en una niebla de hambre)

los memorandos que en el caso de que los reciban clasificarán en el almacén y guardarán sin leer, tal vez debería haber escrito

debería haber escrito, de acuerdo con lo que me enseñaron, dos años de entrenamiento, que habiendo el signatario aceptado, libremente y por propia voluntad, la incumbencia que le sugirieron, sobre la cual comprobó, después de discutida con sus superiores a fin de aclarar siempre posibles dudas, que se situaba estrictamente en los límites del código deontológico reservado de circulación interna, repitió los elementos confidenciales de la tarea por cumplir, aseguró la devolución, en términos de recogida de documentos, de los que le fueron cedidos, en el acto de entrega del informe final, y procedió de inmediato a la ejecución propiamente dicha no comunicando a familiares, compañeros o amigos, en todo o en parte, el contenido de la misma dirigiéndose a tal efecto al lugar donde vivía

en este caso, y porque no contrajo matrimonio civil ni religioso, el apartamento en el que siempre vivió y comparte con su madre

(Interrogatorio de Admisión, ítem 19, pregunta Relaciones con los Padres, adjunto manuscrito mi padre mur

en tercera persona, Seabra: el padre del candidato falleció de enfermedad natural cuando este tenía seis meses de edad, por lo que la respuesta se limita a la progenitora sobreviviente felizmente con buena salud)

se dirigió al apartamento en el que siempre vivió y comparte con su madre, viuda hace once años de una relación posterior, jubilada, pensionista, la cual de inmediato y como de costumbre le recomendó cuidado con la alfombra

no muy valiosa

y exigió que el signatario

—Muéstrame los piecitos

le enseñase las suelas de los zapatos con la intención de estudiarlos con las gafas de cerca con el pánico de que tuviese hojas, grumos de barro, colillas de cigarrillo o cualesquiera impurezas capaces de manchar los flecos o el trenzado de la lana mientras el signatario miraba a su alrededor con Cláudia en la mente

(Cláudia Ramos Benquerença, 21 años, estudiante, pelo castaño, ojos castaños, 1,65 m, natural de Lisboa, hija de Jorge Pais Benquerença, industrial, y Olívia Maria Lopes Ramos Benquerença, ama de casa)

miraba a su alrededor con Cláudia en la mente y un disgusto nuevo los caballitos cromados, el fanal de la taza y el lazo de la comunión solemne, sintiendo en la piel los bofetones de los higos que se desprendían de las ramas, debería haber escrito

(aunque no entendiese por qué debería haber escrito si no lo leerán)

que comunicó a la madre

(el libro de cocina, con un faisán estofado en la cubierta, decía Recetas de mi Madre)

su partida, debido a motivos profesionales, al día siguiente, excusándose de explicarle su naturaleza y solo anticipando que un problema en el Servicio, importante pero sin consecuencias susceptibles de inquietar a una señora de su edad y condición social

(los dedos de Cláudia recorriendo

(¿burlones, incrédulos?

las volutas de la cómoda

—No te estarás divirtiendo a mi costa, ¿no?, tú no vives aquí, dime que no vives aquí)

mientras las lápidas bogaban en el cementerio, los ángeles de mármol, llegados de la nada, flotaban solos y la luz de la sala se refugiaba en la lámpara del techo

solo anticipando que un problema en el Servicio requería su presencia por un lapso estimado en tres o cuatro días, debería haber escrito que a medida que hablaba una vocecita de mofa le señalaba la cortina a la que le faltaban argollas, los vasos de *kirsch* pintados a mano

(heredados de su padre y considerados valiosos)

y las concavidades del sillón

—Ahora sin bromas, palabra, no me vas a decir que vives aquí

acompañándolo e insistiendo ante la maleta

—Nunca pensé

hasta la puerta de la calle, y el

—Nunca pensé

diluyéndose

en un beso que se enfriaba

ni beso, una mejilla huidiza, contaba al padre y las cejas indignadas,
solidarias con la hija, estrangulando la servilleta

—¿Perdón?

debería haber escrito que por tal motivo y después de una noche
parecida a estas noches en la hacienda, en que los licaones que aún no
conocía lo amenazaban en el pasto

(se distinguían las patas, los susurros, un lamento próximo que se
amedrentaba y escapaba)

debería haber escrito que por tal motivo no se despidió de su novia

(Algunas Divagaciones, hoja anexa, s/fecha)

limitándose a pedir por teléfono un taxi que lo llevase al aeropuerto

(Factura n.º 1 de la rúbrica Gastos)

solicitando al conductor

(casi sin darse cuenta de que le solicitaba)

que pasase por la plaza de toros, los hombros del conductor que eran
todo el conductor

(en el salpicadero un Sagrado Corazón de Jesús igual, en pequeño, al
nuestro de casa)

extrañados, una pupila

(sorprendida o ni sorprendida, tibia)

que me buscaba en el retrovisor, siguió buscándome

(iba a decir que con desconfianza, iba a decir que interesada)

al disminuir la marcha junto a la plaza y allí estaban, a doscientos
metros del edificio del Servicio en una calle lateral, con sus placas de
consultorios y empresas y seguro que en el edificio

imposible explicar la razón pero seguro que en el edificio el director, el teniente coronel y el responsable del octavo piso estarían viéndome, es decir, viéndome como yo, en la imprecisión de la mañana

(siete y diez en el reloj del taxi)

una señora con bastón conversando con otra con el carrito de la compra, las chicas de la bicicleta en el borde del arriate

no solo el director, el teniente coronel y el responsable del octavo piso, los hijos del delegado regional viéndome también, inclinándose, esperando como esperaba el conductor, como imagino

(no entienda como presunción lo que es solamente deseo)

que algo en usted, Marina

(no algo en ti, algo en usted)

me esperaba en Luanda, sabía que yo vendría y me esperaba

todos viéndome

(no remiendo esto con palabras, hablo de lo que realmente ocurrió)

parado en la arena, vacilando, sorbiendo, extendiendo el brazo, tanteando, extendiendo más el brazo, tanteando de nuevo, encontrando la botella, ofreciéndoles la botella, sonriéndoles, teniendo cuidado con las punteras por causa de la alfombra, poniéndome derecho porque mi madre

—A ver si te vas a quedar con chepa, ponte derecho

preguntando

—¿Les apetece?

limpiando con la manga una marca de carmín en el mentón, nada más que una marca de carmín en el mentón, dándome cuenta de que el chófer se volvía en el asiento apoyando un codo en la napa

—¿Cree que el avión lo va a esperar, señor?

con un tonito que comenzaba a sonar intrigado

—¿No me oye, señor?

una especie de alarma

—¿Se encuentra bien, señor?

el carrito de la compra sin embargo, la bicicleta, la camioneta de los toros y yo

(yo un ojo peludo, un cuerno, un rabo)

con banderillas en la nuca, en el pescuezo, en el lomo, midiendo la distancia que me separaba del torero de la espada o de mi compañero en el *jeep* , midiendo la distancia

—Marina

que me separaba de ella, levantando la cabeza, galopando un instante y después

comprende

apenas un licaón con una marca de carmín o de mi sangre en la barbilla.

CAPÍTULO SEGUNDO

Tan difícil explicarme, ¿de qué manera explicarme, cómo se dice esto, quién me ayuda a contar, a ser la pala que despierta el sueño, desgarrar la garganta de la tierra y trae a la luz los huesos bajo las hojas secas? Hay momentos en que me pregunto por qué razón mi vida habrá cambiado tanto en estos últimos años, de Lobito a Dondo, de Dondo a Malanje, de Malanje a Luanda, primero mis padres, yo y el tucán que me robaron de la jaula

(la portezuela de alambre tlec tlec al viento)

vivíamos en Lobito ni siquiera lejos de la playa

(las persianas bajaban no allá fuera, sino bajo los párpados, cerrando el mar)

los culantrillos agitaban semillas en la ventana a oscuras con los ojos de los cristales babeados por la saliva de las olas, me acuerdo de que los troncos de los árboles crecían cuando bajaba la marea, de que la luz jugaba a las damas, a través de las copas, en la arena, el pulmón del agua se sofocaba contraído

(mis padres no oían)

repitiendo

—Marina

el tucán, cojo de tantas patas, caminaba de lado, inclinaba la cabeza, se ovillaba en un beso melindroso

—Pseps

vivíamos en el barrio obrero ni siquiera lejos de la playa, la terminal de trenes nos dejaba sentir las locomotoras por la noche cuando una pausa en el calor convoca los sonidos distantes, mi padre se limpiaba la sal de la boca en la manga, mi madre trajinaba en la cocina con cazos en lugar de gestos que los vagones, al alejarse, se iban llevando consigo hasta que, junto al fogón, nada, decía

—Madre

y una cacerola a la lumbre que aumentaba su ausencia, el humo de la sopa se despedía de mí, me convertía en dos puños retorcidos en una congoja redonda, mi padre llamaba a mi madre

—Anabela

al principio puños solamente, mi casa un puño también, el resto un
cardo cuyas agujas dolían, la portezuela de alambre tlec tlec al viento,
mi padre muy encima de mí

conocía sus rodillas

y después, en la mudez de los trenes, pies descalzos que se acercaban a
través de los culantrillos, el alivio de los cocoteros, las semillas

—Tu madre, Marina

el frufú de una tela creciendo en los peldaños, mi madre dejaba de ser
blusa a medida que subía, un delantal que apagaba el fogón

—¿Qué ha ocurrido?

yo y el tucán, cojos de tantas patas, casi desorbitándonos en un beso

él sí, yo nunca me desorbitaba en un beso, a lo sumo caminaba de lado,
inclinaba la cabeza, me retenía antes del

—Pseps

masticando el pulgar

este

el mismo, felizmente bien, que dos veces por año me protegía de las
visitas de mi tío, un tren que me pareció preocupado avisándome,
demorándose en la estación entre sacudidas de maniobras, prolongando
en el choc choc de los rieles un ritmo de cuna

—Tu tío, Marina

y yo

(qué idiota)

entretenida con un saltamontes en un frasco negándome a oír,
reparando en él cuando la voz invisible de una persona invisible se
precipitaba con desprecio desde el techo

—¿Tu hija no crece?

al alcanzar finalmente a mi tío, meses después, la mañana en que me
obligó a acompañarlo a Dondo

(y la portezuela de alambre tlec tlec asustándose en el viento)

yo colgada del pulgar con temblores de gotita, el dedo que se me introdujo en la boca y me pegó a mí misma, cuando entraron en la sala pensé que eran las olas con pasitos de zorro alrededor de la casa o los árboles que conversaban conmigo haciéndose los sigilosos, tuve la certeza de que me devolvían el tucán

—Pseps

y en vez de eso me encontré con el criado de los vecinos, ataviado con la chaqueta de servir la cena, sonriendo en el balcón, quise sonreírle y el pulgar no me dejó, quise saludarlo y mi mano en la boca, intenté disculparme

—No puedo saludar ni sonreír porque mi mano en la boca

el segundo negro, que ayudaba en el mercado

y mi padre en busca de la escopeta en el armario derribaba bultos, cestos, la comadreja disecada a la que le faltaba la cola

—Doña Anabela

(mi madre cerrando el armario, disculpándose ante las amigas

—Una comadreja, qué va, fantasías de niña)

el mismo armario del pasillo en el que ahora mi padre, sin encontrar la escopeta

—Doña Anabela

(tengo la certeza de que mi padre

—Doña Anabela

no me pregunten por qué)

el negro que ayudaba en el mercado llevaba un alfanje en un brazo y un alfanje en el otro, pensándolo mejor puede ser que fuese el negro a

—Doña Anabela, cuidado

simpatizaba con mi madre, llegó a dormir en el patio, mi madre

—Puedes dormir en el patio

y él le guardaba las verduras en el puesto, me entregaba una cebolla a escondidas

—Toma la cebolla, niña

y yo con la cebolla en la palma, una esfera de lágrimas, las amigas con labios fruncidos donde yo el pulgar

—¿Una cebolla?

mi madre

—¿La has robado?

sin embargo mi padre

—Doña Anabela

creo yo, la comadreja

—Doña Anabela, cuidado

me parece a mí, no interesa, la comadreja y mi padre advirtiéndole, yo no podía porque el dedo se me pegaba, yo contenta de que no una cebolla, de que el negro del mercado con el tucán tal vez, yo acercándome al tucán, el criado de los vecinos una escopeta, una navaja

la navaja con la que el vecino cazaba, me acuerdo de que la limpiaba en el pantalón, después de cazar una ardilla, mientras conversaba con mi padre, con la ardilla colgada al revés castañeteando los dientes, la luz de las habitaciones encendida y un sombrero sobre la cama, la del balcón encendida y los culantrillos, las lucecitas del mar

(conté seis)

una en el horizonte que se desplazaba imitando a un barco, mi padre encontraba la escopeta, se volvía y la farola del barco

—Doña Anabela, cuidado

lo que a mi pulgar se le antojó la escopeta y era un tubo viejo de la instalación del lavabo, entonces el pulgar

—No es la escopeta, padre

y el tubo

—Zacatrás

las paredes imitando el sonido, el criado de los vecinos muerto, un tren que llegaba o salía o ningún tren, yo que respiraba inmóvil, disculpe que no lo ayude, padre, palabra que querría hacerlo pero el dedo no me permite decirle que la escopeta en la despensa, señora, olvídense del tubo que al final no disparará, no sirve para nada, no

—Zacatrás

si el pulgar no me impidiese moverme se la traería yo, un tronco de palmera ocultaba la luz del barco, solo cinco luces y las cinco luces fijas, mi madre salió de la despensa

—Dios mío

el vestido rojo que la hacía más joven, el collarcito de ágatas

(-Un collar de ágatas, mira)

la mitad del pelo soltándose de la horquilla, el que ayudaba en el mercado entre ella y el pasillo, todo deprisa y despacio, hecho de la materia de los sueños, no estoy aquí, nada de esto ocurre, estoy allí dentro durmiendo, me ocurría decidir

—No me gusta este sueño

me ponía boca arriba y encontraba la almohada, sábanas, las semillas de los culantrillos

—Te has despertado, Marina

y callados ahora, si no me masticase el pulgar

—Hablad conmigo, culantrillos

en el instante en que el alfanje alcanzó a mi padre y mi padre gestos bruscos de insecto, sillas que caían, nací en Lobito en marzo, el año que viene comienzo el colegio, la sala que se inclinaba y enderezaba después de los golpes, decirle al del mercado que el alfanje no se limpia en la cortina, se limpia en el pantalón, el vestido rojo de mi madre se extendía en la tarima, líquido, según las vetas de las tablas, crecía como una mancha y seguía extendiéndose, no era el alfanje lo que limpiaban en la cortina, era el vestido

—No limpien el vestido de mi madre en la cortina

gotas de vestido en el sofá, en las paredes

—No me gusta este sueño

el tucán

—Pseps

que trajeron de vuelta y me entregarán en cuanto los culantrillos se
callen y no van a callarse

—Toma, niña

el pulgar no va a callarse, yo no voy a callarme, no tengo miedo y lloro,
es decir, el pulgar llora, yo no, las olas lloran, yo no, la casa siempre
lloró después de la lluvia, sola, el tejado tanto tiempo

—Tic tic

mi madre

—Sal inmediatamente del canalón, no te mojes, Marina

mi padre boca abajo en el suelo, mi madre sentada, la sangre del vestido

¿cómo se dice esto, quién me ayuda a contar?

saliéndole del cuello, de la oreja, de las nalgas, de la mitad del pelo que
se soltó de la horquilla, una gota

tic

dos gotas

tic tic

del vestido en mí, creí que tic tic y me equivoqué, cuando el negro que
ayudaba en el mercado se acercó tuve la certeza de que el tucán y una
cebolla al final

—Toma la cebolla, niña

el vestido de mi madre en la mano de él, en la camisa, en los zapatos del
criado subiendo al balcón, cada paso una suela de vestido que se
imprimía en las tablas, un negro al que nunca había visto

(¿el delgado del correo?)

esperándolos en la cancela, el criado de los vecinos tirando del codo al
que ayudaba en el mercado

—Sal, sal

y el que ayudaba en el mercado que me insistía

—Toma la cebolla, niña

depositándome en la palma esa esfera de lágrimas, sus zapatos suelas de vestido también, en el balcón, en los peldaños, en los culantrillos, en la cancela, un adiós antes de que el mar nos ocultase a todos

—Niña

explicar a mi madre que no robé la cebolla y de qué manera explicarme, ser la pala que desgarró la garganta de la tierra y alza a la luz los huesos bajo las hojas secas, dentro de unos instantes los trenes de nuevo, la mañana, la comadreja

—Doña Anabela

pedirles a mis padres

—No me asusten, levántense

camionetas en el barrio obrero, gritos de blancos, tiros, el criado del vecino, cojo de tantas patas, caminando de lado, inclinando la cabeza, ovillándose en un beso melindroso

—Pseps

y el vestido rojo crecía en él a medida que la portezuela de la jaula tlec tlec al viento, el patrón de mi padre sujetando una granada, observando desde la ventana y yo con la cebolla en la mano, no soy una ladrona, no la he robado, me la dieron, los faros de las camionetas, hacia arriba y hacia abajo, iluminaban los jacarandás, la arena, más vestidos rojos se alzaban de las calles en medio de un estruendo y desaparecían en el aire, solo el de mi madre

y el patrón retirando la clavija de la granada

—Doña Anabela

deslizándose por la casa, una de las mejillas pasmada, la otra frunciéndose, los pantalones de mi padre resbalando por sus caderas, por la mañana se afeitaba así, su nariz me inspeccionaba en el espejo

—¿Qué ha pasado?

y ahora los pelos crecían en el ángulo de la mandíbula donde el cuchillo de monte lo había transformado en ardilla, el negro a la espera en la cancela retrocedió ante la granada, no entendía, entendió

—Señor

tropezó con los culantrillos, el pecho dio lugar a un girasol que se extendía, sombras de blancos en la playa, el pastor alemán del vecino saltaba con los blancos mordiendo sus propios saltos, una de las amigas de mi madre, en bata

—Anabela

sillas fuera de sitio, la jarra en el suelo, los platos sin fregar, el pulgar que reprendía por mí

—Todo desordenado, ¿no le da vergüenza, madre?

una de las amigas en bata y yo

—¿Quiere la cebolla, doña Alice?

le doy mi cebolla si me ayuda a acostarme, los faros de las camionetas a través de las chabolas, neumáticos ardiendo, piedras, el tractor de la fábrica, con un empleado con escopeta en la cabina, aplastando las chabolas

—Mata a los cabrones de los negros, Guilherme

una vieja que abrazaba a un pollo contra un muro de adobe, una de las plumas del pollo flotó y se perdió, dejé de ver a la comadreja cuando la amiga de mi madre

¿o su marido?

me cogieron en brazos

—Sácala de aquí, Alice

el vestido en las paredes, en el suelo, en mi padre, en ella, comenzaba a coagularse, a ponerse pardusco, cambié la dirección del cuerpo

—No me gusta este sueño

y las sábanas no venían, vinieron los culantrillos y después en el patio una regadera amarilla y la manguera

(antes mi madre

—No te ensucies

porque yo pelaba la cáscara de los mangos con un clavo, mi padre abría el grifo sobre la regadera y el agua

tic tic

mucho después de cerrarlo)

vi que amarraban al negro que ayudaba en el mercado con cuatro balas en cruz que un revólver martillaba y martillaba en un tronco, según la ropa iba burbujeando a cada disparo el vestido rojo de mi madre en el ombligo de él, en la espalda, sería capaz de asegurar que la boca

—Niña

y me equivoqué, la boca un collar de ágatas

(—Un collar de ágatas, mira)

o esas palabras que dicen en otra lengua, por extraño que parezca se entienden entre sí y

(es evidente)

no significan nada, me acostaron en una cama que no conocía, el negro crucificado

—Niña

mantas diferentes, la almohada pequeña, muelles que se encrespaban enfadados, mis padres no murieron, cuando las personas se mueren todo negro y silencio, pelos de estopa

(tan difícil explicarme, quién me ayuda a contar)

la nariz de estearina entre flores, la tapa larga y otra especie de martillo que confinaba al difunto a los rasos del ataúd, se perfumaba la habitación, se llevaba un cubo de creolina para desinfectar la sala, cumplí años y cinco velas

—Sopla

mi nombre en la tarta con arabescos de chocolate

—Tu nombre, Marina

lo cortaron con el cuchillo

el alfanje

y grité, el cocinero que aplaudía se detuvo, se quedó así hasta caer del tractor en un pedazo de barro sin aplaudir porque sabía que yo gritaba, la amiga de mi madre vino a acomodarme la manta, nadie dijo

—Buenas noches

nadie dijo

—Pseps

y mil puertas de jaula agitándose al viento, puede ser que la comadreja sin cola estuviese allí en un rincón, que mi madre en la ventana inclinada hacia la noche, mi padre investigando Luanda en la radio, girando botones, irritándose

—No me interrumpen ahora

en busca del 103 en el dial

—¿Dónde está el 103, Anabela?

mi madre inclinada hacia la noche

—¿Cómo?

la noche de los culantrillos, el 103 y Luanda debido a que los negros

—En Luanda los negros

no es verdad y la prueba de que no es verdad es que

—Toma la cebolla, niña

ya ve, padre

—Toma la cebolla, niña

una cebolla en mi palma, no la robé, me la dio el que ayuda en el mercado, mi padre investigando Luanda debido a que los negros

no es verdad, le aseguro que no es verdad la pala que despierta el sueño, desgarrar la garganta de la tierra y alza a la luz los huesos bajo las hojas secas, se veía el mar, se veían los mangos y mi padre

—En Luanda los negros nos están matando

en la casa de la vecina la radio apagada, todo negro y silencio, yo pelos de estopa, yo nariz de estearina entre flores, perfumaban la habitación, llevaban un cubo de creolina para desinfectar la sala, las personas hurgaban en el bolso o en el bolsillo y hacían que el pañuelo se disgustase por ellas, mi madre bajito magullándome el brazo si yo señalaba al difunto

—No hay que hacer preguntas

por la mañana, antes de la fábrica y de las semillas de culantrillo en la ventana, mientras disminuía en las sábanas y me volvía yo otra vez mi padre apagaba la radio, corría con el látigo hacia el cocinero que metía los bizcochos en el horno

—Nos estás matando en Luanda

los ojos del cocinero empañados, una marca de vestido en su frente, otra marca en la nuca

creo ahora que una marca de vestido en la nuca, el criado de los vecinos que escardaba junto al muro levantando la hoja, bajándola, comencé a masticarme el pulgar, a adherirme a mí misma, si el tractor viniese en ese instante yo un pedazo de barro, yo nada como años más tarde, en cuanto esto acabó y el de Lisboa

Seabra

vino conmigo desde la casa hasta Mutamba a justificarse sin justificarse, a pedirme sin pedirme, a husmearme los talones y yo comprendiendo que no había terminado su trabajo

—No ha terminado su trabajo, ¿no?

un criado de los otros como el criado de los vecinos, un ser sin importancia, un subordinado cualquiera, un negro, resumiendo, yo sin odio

por qué odiar a un negro, qué me importan los negros, a lo sumo una cebolla

—Toma, niña

(y una sonrisa)

yo con pena de él porque mañana o pasado o no interesa cuándo lo amarrarán a un tronco con cuatro balas en cruz, pena de su miedo porque me daba miedo Angola, miedo a morir, miedo a la guerra, miedo a la ruina de la casa

—¿Esta era la casa, señora?

o

—¿Esta era la casa, Marina?

ya no lo sé bien, o señora Marina, o doña Marina, no interesa, Seabra con sus telefonazos misteriosos, sus secretos inútiles, sus papeles, un

exceso de falanges en los argumentos, paseándose de chabola en chabola, en Alvalade, en Roque Santeiro, en el cuartel del ejército, murmurando, conspirando, decidiendo asustado, la vecina de mi madre apareció y desapareció con el cuchillo de monte en ristre y el vestido en el cuchillo

—¿No duermes?

el marido bebiendo no sé qué con una especie de tos y marchándose deprisa

—Mata a los cabrones de los negros, Guilherme

ni el mar ni culantrillos en la ventana, una cerca y en el tope de la cerca pollos sobresaltados a la espera, reflejos de escopetas, de pistolas, de ecos, del

tic tic

de la lluvia o del vestido rojo en los tejados, es decir, las ágatas del collar una a una en la tierra, se desprendían del hilo, se deslizaban del canalón, mi padre desistiendo de la radio, cerrando el balcón, sacando del cajón las municiones, la pólvora, Seabra

—No sabía que había nacido en Benguela

y yo, sin mirarlo, no nací en Benguela, pero da igual, nací donde usted quiera que yo nazca, África es siempre igual, ¿no?, Angola siempre igual, ¿no?, este color del bosque, este ímpetu de raíces, este olor, ¿no?, sobre todo este olor, por la mañana las camionetas continuaban en la calle, los puestos del mercado al contrario, verduras, que habían sido amarillas o verdes, con vestido rojo en una balanza oscilando

—Mire las verduras oscilando, doña Alice

los trenes más próximos, mi tío me recibía de manos de la vecina de mi madre, me envolvía en la chaqueta preguntando al pasar por nuestra casa conmigo

—¿Tu hija no crece?

de qué manera explicarme, cómo se dice esto, reconocí la cancela, la comadreja sin cola

(y después de despedirse de mí Seabra escribiendo en clave para Lisboa

—La comadreja sin cola)

que alguien colocó en la parte de arriba del armario mirándome, mi madre aún sentada, mi padre ya en uno de los embalajes de la fábrica con un pedazo de cortina que dejaba ver sus costillas, mi tío a uno de

ellos, a los dos, a la mitad del pelo soltándose de la horquilla, casi divertido

divertido

—¿Tu hija no crece?

con un timbre que no preguntaba, afirmaba, no preguntó nunca, escriba a sus dueños en Lisboa que no preguntó nunca, nunca me dijo

—Marina

el culantrillo, enfadado con él, agitó las semillas en el patio, una pala invisible desgarró la garganta de la tierra y alzó a la luz los huesos bajo las hojas secas, siguió alzándolos mientras vigilaba a mi tío entregando dinero al marido de la vecina

—Entiérrelos deprisa

no refiriéndose solo a mi madre y a mi padre, refiriéndose a la casa entera, a la comadreja, a la mesa del almuerzo que pusieron de pie pero olvidaron el mantel, a una ola que no acababa de llegar y me parecía sin fin

—Entiérrelos deprisa

la jaula del tucán agitándose al viento, entiérreme la jaula, el animal cojo de tantas patas inclinando la cabeza melindrosa y ovillándose en un beso

—Pseps

entierre al tucán, entierre a mi sobrina y los puños retorcidos en una congoja redonda, entierre el vestido rojo y las ágatas

tic tic

despeñándose del tejado, esa esfera de lágrimas que ella conserva en la palma y a la que llama

(impropiamente)

cebolla, la regadera, la cancela, tan difícil explicarme, no haga preguntas, no intente entender, escriba así, acababa de llegar y

—Entiérrelos deprisa

guárdelos en un baúl donde se entrechoquen peronés junto con la trainera que inaugura el crepúsculo, impregnándolo de gasóleo y de las bielas de un corazón retardado que los murciélagos ahuyentaban con

las carcajadas de las alas, tomamos el tren el día del entierro, la ciudad avanzó hacia nosotros, rozó la locomotora y se dispersó en chalecos y edificios, distinguí el instituto, creí ver a mi padre limpiándose por última vez la sal de la boca con la manga, mi madre trajinando en la cocina con cazos en lugar de gestos y los perdí a ambos, inmersos en el vestido rojo que me negaba el mar, el pulmón contraído de la bajamar intentó

—Marina

y listo, escriba a Lisboa mientras me mastico el pulgar hasta la uña, hasta la raíz, hasta el nervio, que yo sigo colgada del nervio con temblores de gotita mientras busco al ayudante de mi padre y me aparto de él, a pesar de los *jeeps* de las patrullas, camino del barrio Marçal, perdí la piscina y el instituto de Lobito, doña Anabela disculpándose ante sus amigas

—Fantasías de niña

de forma que habré imaginado su muerte, madre, al criado de los vecinos, al que ayudaba en el mercado, los alfanjes, el

tlec tlec

de la jaula, a mi tío, en cuanto el cobrador avanzó por el vagón, con el cansancio con el que hablaba de los negros

—Mi sobrina no crece, entiérrela deprisa

y luego una pala desgarrando la garganta de la tierra y alzando a la luz los huesos bajo las hojas secas

escriba

la pala que no dejó de desgarrar la garganta de la tierra, de desgarrarme a mí trayendo a la superficie los cangrejos de febrero y la ceniza de la niebla sobre nosotros, mi madre haciendo una trenza con el pelo, mi nombre, diferente en su boca, que me volvía más bonita

—Marina

una negra desnuda cantando tapaba a su hijo con arena hasta que los policías se la llevaron, mi padre con el tucán en un envoltorio de papel

—Adivina qué traigo aquí

una confusión de patas y alas, un pulsar rápido

—Pseps

el

—Pseps

de mi tía al recibirme en Dondo en una casa más grande que la nuestra pero de paredes de barro y sin suelo, un pavo con los pantalones arremangados sollozando pavores, el mostrador donde despachaban a los negros con pescado seco, cigarrillos, mi tío

—¿Es esta?

muñecos a los que se tiraba de una cuerda y graznaban, telas del Congo, basura, quién tiró de la cuerda a mi tía para que ella

—¿Es esta?

tal como usted, cuando todo acabó, tirándose de la cuerda a sí mismo con los deditos sin fuerza

—¿Comprende o no comprende lo que tengo que hacer?, dígame que comprende

y yo quieta, ¿se acuerda?, doquiera que esté, recuérdeme quieta encima de la fortaleza, recuérdeme en el almacén de Dondo

(porque tuvo que escribir sobre el almacén de Dondo)

y miseria y baobabs y cabras mientras alguien tiraba de la cuerda a mi tío y mi tío

—Es esta

mi tío hace veintiséis años, yo hace veintiséis años, las bolsas de pescado seco y los bultos de la cantina, el olor a la mandioca, el olor al vino de palma, mi tía bañándose en el barreño de la trasera, su padre echando el tabaco, volviéndose una lengua enorme que pegaba el papel de fumar a medida que un cadáver de buey iba bailando en el río sin origen ni desembocadura, solo una curva lenta, niños con barriga grande a la espera, el tiempo que nos gastaba sin pasar, ajeno a nosotros, encontrándonos de repente

—¿Es esta?

la misión de los padres italianos, roídos de malaria, con un patio de azulejos antiguos donde mi tío eligió a un huérfano para que lo ayudase en el negocio, señaló quién sabe hacia dónde

—Aquel

comprobó sus músculos, lo golpeó en los tobillos, le entregó un saco al que añadió arena calculando su peso

—Camina desde aquí hasta allá con el saco para que te vea andar

parecía llover por el lado de Luanda, las grandes aguas del norte, el río no solo un buey, cabritos, esteras, un techo de choza, mi tío

—¿Cuánto cuesta ese negro?

la vibración de los paneles de santos al fondo, roídos de malaria también, una hornacina en la que san Roque se lamía sus propias llagas con la paciencia de los perros, no cuesta nada, cuesta una limosna para las almas del Purgatorio, señor, para nuestros leprosos, que desde la partida de los portugueses son los negros los que mandan

(lluvia por el lado de Luanda, los primeros relámpagos)

y las almas del Purgatorio y los leprosos aumentan, surgen a gatas de los claveles y la sopa tan cara, todas las tardes los soldados con nosotros, los cubanos, los holandeses, los oficiales exigiendo hamacas para la siesta, señor, fíjese allí delante en la cantidad de cruces sin el nombre del dueño tallado, en el leproso junto al pozo que no hemos sepultado todavía, llévase al negro, es aconsejable el látigo que es el catecismo de ellos y ya verá cómo trabaja, la lengua del padre de mi tía creciendo en dirección al cigarro, los culantrillos, el

tlec tlec

de la jaula, líeme un cigarrillo, deje que me quede con usted, quiero ser vieja deprisa, tener dedos como los suyos engurruñados de artrosis, mi tío empujando al negro

—Deprisa

no pescado seco, no mandioca, arena

—¿Qué les pasó a tus padres?

y él mudo

usted debe de saberlo, se lo contaron en Lisboa, fue esto, fue aquello, si quieres pillar a esa gente hazlo así, hazlo asado, de modo que usted tiene que saberlo, acepté estar con usted y acompañarlo al hotel

no hotel, una habitación en un hostel de paquistaníes, unos harapos mal almidonados, unos pedazos de funda

—¿Fundas para la señora, señor?

usted tiene que saberlo, sabe de mí, de mis padres, de Lobito, olores a comida, la pantalla torcida, yo sentada en la cama y usted con las fundas en el brazo

—Marina

usted en busca de un sitio donde poner las fundas, tal vez el pretil o la mesa, un gancho en la puerta útil como percha en el que un chaleco, una camisa, calcetines sin lavar que se mezclaban con cuadernos y mapas, el clarín en el cuartel y usted

—¿No oye los tiros, Marina?

cuando solo los *jeeps* del ejército, lo que me parecieron granadas unos bloques adelante pero tal vez una silla en la planta baja, usted corriendo en dirección a la salida, arrepintiéndose, bajando la cabeza, usted como si lo hiriesen en el lomo o le clavasen cualquier cosa rascando el linóleo con los cascos, limpiándose la sal de la boca con la manga

—Disculpe

mirando más allá de la pared, más allá de mí a un individuo que caminaba finalmente a su encuentro, una nueva silla en la planta baja o una nueva granada o si no música, aplausos, mi tía como si continuase en el almacén de Dondo vendiendo chucherías a los negros y no fuese rica, importante, no tuviese un marido que asustaba al Gobierno

—¿Quién es este, Marina?

es el que dentro de muchos años nos va a matar en Luanda, un individuo cansado que desiste, un blanco igual a los negros creyendo que un *jeep* en algún rincón en el sendero y otro blanco en el *jeep* destrabando el revólver, un ser atribulado con su ropa sucia en las manos en un hostel de la Baixa, ofreciéndome una botella vacía en un balcón de hacienda entre unos palmos de algodón picoteado por los pájaros o sea tallos marchitos, o sea nada y una cerca de gallinas

—¿Le apetece?

con la esperanza de que yo le permita instalarse a mi lado en la cama y lo ayude a no arrugar una alfombra barata en un pisito donde las palomas agrisaban el barrio con el polvo de las alas, una señora apoyaba la plancha en la tabla de planchar del tendedero y yo asegurándole al individuo

—Mi tío nunca

y sin embargo tal vez, quizá, seguramente casi dejando que me tocara, casi

—Sí

yo

—Sí

mientras los paquistaníes, arrastrando sandalias, discutían en el pasillo con un cliente que se atrasó con el dinero, Seabra que curvaba el cuello aguardando a que yo

no yo, otra persona, un extraño, un compañero, un amigo, yo qué sé, de pie frente a él, exhibiendo un revólver, una banderilla, una espada

qué estupidez, una espada, y por imbécil que parezca creí que una espada, Seabra mostrándole el gollete

—¿Les apetece?

su mano en mis rodillas, su voz en mi cuello

—Marina

yo en Dondo sin pensar en Lobito ni volverme una pala que despierta el sueño, desgarrar la garganta y alza a la luz los huesos bajo las hojas secas, sin pensar en mi padre buscando Luanda en la radio, en el tucán cojo de tantas patas ovillándose en un beso melindroso

—Pseps

y mis puños retorcidos con una congoja redonda, o sea yo pegada a mí misma masticándome el pulgar, suspendida del pulgar con temblores de gotita, aceptando al individuo que

—Marina

aceptándolo a usted, tío, en Dondo, en Malanje, en Luanda

—Marina

aceptándolo a pesar de mi tía, del padre de mi tía, de mi primo, detestándolo

(no detestándolo)

y aceptándolo, no queriendo y aceptándolo, queriendo

(yo no quería)

permitiendo que alguien junto a mí, el individuo con chaleco y camisa en el gancho de la puerta, con calcetines sin lavar que se mezclaban con cuadernos y mapas, yo llegando al almacén y

—¿Es esta?

yo vestida de rojo con un collar de ágatas, la mitad del pelo soltándose de la horquilla, todo de prisa y despacio, de la materia de los sueños, las semillas del culantrillo

—¿Te has despertado, Marina?

un tronco de palmera ocultando la lámpara del barco y en consecuencia cinco luces en el mar, yo mi madre, yo no con el dedo en la boca

—Dios mío

la portezuela de la jaula tlec tlec al viento, no estoy aquí, es mentira, estoy allí dentro durmiendo, yo

—No me gusta este sueño

cambiando hacia arriba la dirección del cuerpo, encontrando la almohada, las sábanas

(las bolsas de pescado seco los cigarrillos)

apartándome de ustedes, ordenándoles

—Suéltense

y escondiéndome entre bultos con una cebolla en la mano.

CAPÍTULO TERCERO

Claro que conocíamos el hecho de que el objetivo había tenido una cantina en Dondo, alejada de la ciudad, pero en África llaman ciudad a tres chozas deshechas, llaman ciudad a todo, basta con que haya un sendero, media docena de cabras con un milano encima, un indígena con un trapo a la cintura muriéndose de hambre y listo, ciudad, una ciudad, señor, una pequeña ciudad, conocíamos el hecho de que había tenido una cantina o sea un tendejón para vender miserias a personas más miserables que él, comida que rechazarían los cerdos, mantas ordinarias y el objetivo, a pesar de ser blanco, un cafre como los demás en esa época, descalzo en el mostrador o dejando a su mujer con los clientes para instalarse en una roca y mirar el monte, nunca el río, el monte que parecía respirar por él, el blanco quieto y el monte moviéndose, hinchándose y deshinchándose al ritmo de los grillos en ese silencio, lleno de ruido dentro, el de un cuerpo grande que duerme, sabíamos que el padre del objetivo sembraba tabaco en Dala-Samba, frente a las tumbas de los reyes jingas en las cimas de los montes, una mulata que apenas se distinguía

¿su madre?

(y el teniente coronel

—Nunca le hable de su madre)

trenzándose el pelo con esos peines de las negras

(—Sobre todo no insinúe que su madre era africana, no le diga que)

su padre con corbata y zapatos lustrados sobre la mesa del comedor, la chaqueta abrochada, no por respeto, sino para que no se viese la marca de la bala del amigo del gobernador del distrito o del ingeniero de caminos o de nadie, una bala perdida

(—Preferimos pensar que una bala perdida, Seabra, le aconsejamos pensar que una bala perdida)

el amigo del gobernador del distrito al objetivo y a su hermano, a la mulata

su madre

(—No mencione a su madre)

al objetivo y a su hermano que no tuvieron madre o murió hace mucho tiempo o se perdió el registro en Malanje

(-Todos los registros se perdieron en Malanje durante la guerra civil)

el amigo del gobernador del distrito, ahora dueño de la plantación de tabaco, requiriendo el testimonio del ingeniero de caminos

—¿No se la compré a aquellos dos?

doblando el cuello del difunto para impedir que la mancha de la camisa

—Mañana no os quiero en la hacienda

la mulata

(-Olvide a la mulata, Seabra, es pura fantasía suya, ¿qué mulata?)

con el peine en la mano sin entender, vivía en una casucha del patio, les servía el almuerzo

(-Criada, no madre, criada, fíjese, al final todo se aclara, Seabra)

comía de un cazo en el balcón, de vez en cuando su padre

—Ven aquí

se levantaba masticando, encajaba bajo el brazo la almohada de la habitación y se dirigía a la casucha con ella, a la mañana siguiente el tractor más temprano, derrapando en los surcos con una especie de rabia, cuando la mulata salía en medio de la noche y se agachaba a orinar en la hierba el hermano del objetivo le pellizcaba la falda

—¿Usted fue mi madre, señora?

perdido en recuerdos difusos que lo intrigaban porque no podía precisarlos, por ejemplo una mujer oscura intentando impedir a un hombre claro que la cogiese en brazos, la mujer oscura dándole de comer en el patio, el hombre claro

—No se te ocurra decirles

el hermano del objetivo entre dos cucharas

—¿Decirles qué?

cuando enfermaba y el olor de las acacias tan próximo la mujer oscura se acostaba en el suelo a su lado, no lo besaba, no se acercaba a él, parecía no verlo, se agachaba en medio de la noche a orinar en la hierba, se oía a su padre roncando en la casucha, el hermano del

objetivo asustado por la fiebre de los tallos y los animales de la oscuridad

—¿Usted fue mi madre, señora?

el blanco más atrás, entre las camelias, y la mulata recelosa, limpiándose con hierbas

—No, señor

la mulata, ahora vieja, acucillada en un ángulo de la sala velando al finado

(no fue esta mujer la que me dio de comer, no fue ella)

protegiéndolo de las moscas con un paipay, sin hacer caso del ingeniero ni del amigo del gobernador del distrito, ocupándose del hombre claro, con corbata y zapatos lustrados, incapaz de ordenarle

—No se te ocurra decirles

por culpa del pañuelo en el mentón, de entrar en la casucha

—Ven aquí

con la almohada bajo el brazo, ahuyentando a sus hijos con la puntera así como ahuyentaba a las gallinas si intentaban seguirlo

—Ox

el pestillo que encajaba en el cerradero y lo separaba del mundo, nosotros dos solos

(-En tercera persona, Seabra, usted no entra en esto)

el pestillo que encajaba en el cerradero y lo separaba del mundo, ellos dos solos, se acercaban a la casucha y silencio o el padre con una voz que adormecía

—Ven aquí

a la mulata que sigue en Dala-Samba sacudiendo un paipay ante las tumbas de los reyes jingas en la cima de los montes

(Fotografía XII en Apéndice: Documentación indirecta)

sabíamos que años después el amigo del gobernador del distrito mejoraría la casa

(paredes de ladrillo, porche, divanes, una furgoneta de Johannesburgo para cazar, negros bailundos que lo ayudaban en la cosecha)

el claxon del ingeniero de caminos sonaba sin cesar y el ingeniero abrazado al volante con un clavo en la frente, el amigo del gobernador del distrito decía que le espantaban la caza

—Mucho ojo que me espantan la caza

la mulata dejaba de abanicarse, al apartarlo del volante el amigo del gobernador reparaba en el clavo, miró a su alrededor en busca de apoyo en el aire, en busca de la pistola y no había pistola, no había bailundos, el tractor en un talud, la mudez repentina de los grillos, creyó avistar a un hombre

(no un adolescente, un hombre, un blanco)

más allá de un tronco alto, un blanco que pasaba por blanco y sin embargo

(mirándolo mejor y el amigo del gobernador del distrito creyó que lo miraba mejor)

con rasgos de negro no en la textura de la piel, en los pómulos, pensó

—¿Lo conozco?

tuvo tiempo

(creo yo)

de comenzar a pensar

—Lo conozco

o si no comprobó que lo conocía cuando el segundo hombre

(-El objetivo, Seabra, ¿o sería el primero aquel al que llamamos objetivo?)

cuando el segundo hombre blanco

aunque la boca, los pómulos, algo en el pelo que no eran exactamente rizos, algo en los gestos

el que sujetaba el martillo y fijaba el clavo

que los blancos no poseen, articulaciones inesperadas en una armonía de baile, el amigo del gobernador del distrito señalándoles el bosque

—A partir de mañana no os quiero ver en la hacienda

seguro de que mandaba sobre ellos como junto al cuerpo en la mesa y a la chaqueta abrochada para que no se viese la cicatriz de la bala, la cicatriz finalmente

lo descubría ahora

un coralito minúsculo, el amigo del gobernador del distrito

—A partir de mañana no os quiero ver en la hacienda

la cicatriz al fin

lo descubría en sí mismo

un coralito minúsculo, descubriendo asimismo que no dolía siquiera, no dolía el clavo que le clavarón en la sien

sentía, tumbado en el suelo, que no le dolía el clavo, notaba la tierra, las hierbas, una hormiga

(decidió que una hormiga)

que le escocía en el pecho tanteándolo, midiéndolo, uno de los hombres que pasaban por blancos alzó el martillo al mismo tiempo que las flores del tabaco

(creyó él)

comenzaban a abrirse, el coche del ingeniero de caminos le tapaba el sol

o si no las cejas, o si no los párpados que se cerraban

y después un golpe próximo y distante, le pareció próximo, le pareció distante, decidió que era distante, la hormiga no cargaba un pedacito de raíz, lo cargaba a él o a una parte de él que no era él y arrastró a la parte que seguía siendo él, después del tercer golpe se acordó de la prima que lo educó de niño ofreciéndole jazmines, iba a aceptar los jazmines y no pudo ya que todas las ventanas se abrieron y cada ventana era una persona diferente gritando aunque su prima le aconsejase protegiéndole la espalda

—Calma, calma

los jazmines desaparecieron, la prima desapareció, todo desapareció menos los gritos, la sospecha de que los gritos eran suyos, la sorpresa de que los gritos fuesen suyos, se asustó, no tuvo tiempo de asustarse

porque después nada, el hermano del objetivo soltó el martillo y el blanco a la mulata, entregándole un paipay

—Abaníquelo, madre

la hacienda vacía desde entonces salvo las sombras de los cuervos, los árboles y las enredaderas ocuparon las paredes de ladrillo, el porche, los espejos de cuerpo entero, la mulata acomodaba al amigo del gobernador de distrito en la mesa, le ajustaba la corbata, le cambiaba los zapatos, se interrumpía por la noche para orinar en la hierba sin que le pellizcasen la falda pues uno de los hijos en Dondo

(-No son sus hijos, Seabra, se ha equivocado, la madre de ellos es europea)

endilgaba pescado seco y miserias a personas más miserables que él y el otro en Lobito

(-Moçamedes, de acuerdo con las informaciones que tenemos Moçamedes)

en el barrio obrero de Lobito, Moçamedes otra cosa, señor, luna llena todos los días incluso durante el día, el desierto, en el barrio obrero de Lobito los cocoteros, el mar, trenes trayendo la muerte bajo la apariencia de negros en Luanda

ratas de alcantarilla, ratas

que conspiraban en las chabolas, llegaban en los vagones de ganado disfrazados de cargadores, guardagujas, sirvientes, los veíamos desaparecer de los poblados por la tarde

ratas

asomar por la mañana en los puestos del mercado

ratas

juntarse, separarse, conversar entre sí en quimbundo

ratas

espíar por la noche, pegados a los arbustos, todo hocicos, todo ojos

hocicos y ojos de ratas, ratas

las viviendas, las avenidas, las calles, uno de ellos creció entre los culantrillos, robó el tucán de mi hija del patio y yo callada, yo con miedo, corrió hasta la cancela y yo pensando se lo digo a mi marido, se lo oculto, ¿yo con miedo a qué?

los encontraba bajo las locomotoras, escondidos en las palmeras,
cuchicheando con los criados, la portezuela de red

tlec tlec

la lluvia que sacudía las olas, mi marido y mi cuñado

mi hermano y yo

el objetivo y el hermano del objetivo se separaron en Dala-Samba donde
la policía reunió, bajo el rezongo de los cuervos, a los bailundos que
transportaron para el poblado los baúles, las alfombras, las calaveras
de antílope, abandonaron a los licaones, el amigo del gobernador del
distrito y el ingeniero de caminos, la mulata en el interior de la chabola
abanicando no se distinguía bien qué con el paipay, la policía alineó a
los bailundos en la plaza, en las tumbas de los reyes jingas huesos de
niño, hachuelas, calabazas, el gobernador de distrito al jefe de la policía

—¿Clavos?

y yo escribiendo esto en Luanda en una habitación de hostel frente a la
desolación de la ciudad, una habitación de hostel en la que Marina a
veces

(dos veces)

o desearía que Marina a veces, escribo esto y mucho antes de haber
escrito esto la policía retiraba a los bailundos de las chozas bajo el
rezongo de los cuervos, bailundos comprados a un administrador del
sur

—Necesito veinte necesito veinticinco necesito treinta

y hostigados hacia la camioneta por los ladridos de los policías,
bailundos que no entendían portugués ni quimbundo y a quienes
maltrataba el clima de Dala-Samba, en busca de las raíces que los
aliviasen de la disentería y sin encontrar raíces, de grillos que pudiesen
asar y estos grillos diferentes, dejando a los difuntos sentados en las
chozas seguros de que las familias, respondiendo a los cadáveres,
habrían de caminar desde Bié con los cabritos y la marihuana del óbito,
el gobernador de distrito ordenaba a la policía que convocase a los
finados también, la mandioca seca, las hachuelas para caminar en el
bosque, ratas que espiaban por la noche, pegadas a los arbustos, todo
hocicos, todo ojos

no sé por qué tuve miedo en África si solo había ratas en África, ratas
con alfanje que degollaron al hermano del objetivo y a la cuñada del
objetivo en Lobito, que pelaron al tucán

—Pseps

y lo devoraron en la playa

ratas

las veo pasar en dirección al pantano mientras espero a mi colega, apoyado en la columna de este lado de la casa, no viejos, fantasmas de viejos tal como en Dala-Samba fantasmas de bailundos, las úlceras de las piernas, los pelos rojos, el paquistaní me cambiaba la bombilla del techo

—Para que vea lo que escribe, señor

yo que no quería ver lo que escribía, detestaba lo que escribía, repetía línea a línea en un desorden presuroso sin cambiar nunca de página, el teniente coronel mostrándome el folio

—¿Qué es esto?

y yo, si él me oyese

—El informe que me pidió

¿no es verdad que me pidió un informe completo, de acuerdo con el modelo A de los informes, señor, preámbulo, consideraciones iniciales, descripción del trabajo, comentario, conclusiones, resúmenes, apéndices y anexos, los capítulos por orden?, haga el favor de leerlo, está ahí, frases encima de frases sin necesidad de que se le fatigue la vista siguiéndolas, mapas encima de mapas que nos ahorran caminatas inútiles, confundiendo Lobito y Dondo y Luanda en lo único que realmente son, fotografías encima de fotografías que vuelven suficiente una sola bala, séllelo, archíVELO, remítalo

un portador de confianza

a quien corresponda, señor, al secretario de Estado, al ministro, a los que le sugirieron, en un despacho que no tengo idea de dónde queda

—Me pidieron que resolviésemos esta cuestión de Angola

y la resolvimos destruyendo a los negros primero, ofreciéndonos a los negros que quedaron para que nos destruyesen después y destruyéndolos por fin así como destruí al objetivo y a la sobrina del objetivo, hasta no quedar más, para los americanos que han de venir, que bailundos sentados a la espera de su óbito, que yo sentado a la espera de mi óbito y una mulata defendiéndonos a todos de las moscas con el paipay, que sigue defendiéndonos de las moscas a pesar de que el gobernador

—Esa también

sorprendido por los objetos sin valor

vasos desaparejados, un pedazo de tintero de cobre, una canastilla de costura estilo chino

que servían al hacendado para imaginarse en una habitación de europeo y a la mulata para acordarse de que no lo era, el gobernador del distrito mostrándole el tintero, protegiéndose de los bailundos muertos con la manga sobre la nariz

—¿Lo has robado?

las tumbas de los reyes jingas siempre presentes por doquiera se mirase, rodeándolo, empequeñeciéndolo, persiguiéndolo, las tumbas y los remolinos que se formaban en la arena, nacidos no sé dónde y esfumados no sé dónde que los policías consideraban una amenaza o un aviso de los dioses, el cabo trajo una foto del hacendado en un marquito de estaño, un casco colonial, una pitillera labrada, dos de las bailundas transportaban a niños dormidos o a enfermos a cuestras y el gobernador del distrito a la mulata, exasperado por los cuervos, mientras las tumbas se inclinaban hacia él e intentaba apartarlas con la mano

—Lo has robado

llegaban a Lobito en los vagones de ganado, disfrazados de cargadores, guardaguijas, sirvientes, los veíamos escaparse de los poblados por la tarde, aparecer por la mañana en los puestos del mercado, espiar por la noche, pegados a los arbustos, todo hocicos, todo ojos, las viviendas, las avenidas, las plazas

el gobernador del distrito no en quimbundo, sino en portugués

—Los has robado

pensando que hablaba con una blanca o por lo menos una negra no sumisa, no humilde, como aquellas a las que las monjas enseñaban a bordar en las misiones, iguales a nosotros, insistían, tan listas como nosotros, porfiaban, y no soportándola por eso, no eres igual a mí, ¿has oído?, no eres tan lista como yo, ¿has oído?, confiesa que no eres igual a mí ni tan lista como yo, eres una bailunda entre bailundos, una cosa que no sé definir, un revés de la naturaleza, un error, una excrecencia, un animal, y el paipay defendiéndolo de su propia muerte, de su cuerpo

con uniforme y corbata y zapatos lustrados

tumbado en la mesa del comedor del palacio de Malanje que no era palacio, cuántos palacios hay en Angola, hay chozas y edificios que disimulamos con cortinas de terciopelo, muebles que calificamos de antiguos, armarios de palo santo que gimen toda la noche, objetos de alpaca que no quisieron en Lisboa tal como no quisieron al gobernador

del distrito ni me quisieron a mí, nos mandaron acabar lejos, nos despreciaron, se desembarazaron de nosotros, indiferentes a nosotros así como la mulata indiferente a él y a los policías, al olor de los bailundos difuntos con las encías enormes

(los dientes, diría Marina, que no paran de crecer)

—Fíjese en los dientes, señor Seabra, que no paran de crecer

a los clavos que traía uno de los guardias, a los cuervos, cada vez más próximos, graznando y graznando, puedo explicarle, Marina, porque no creo que lo recuerde

(¿cómo podría recordarlo con cinco o seis años en aquel entonces?)

que los negros llegaban de Luanda disfrazados de cargadores, guardagujas, sirvientes, en lugar de apearse en la estación huían un kilómetro o dos antes de la ciudad, en el lugar donde los caminos se transformaban en carreteras y donde la lluvia de agosto desnudaba al asfalto todos los años, su madre los veía escaparse de los poblados por la tarde, aparecer por la mañana en los puestos del mercado, conversar por la noche, pegados a los arbustos, todo hocicos, todo ojos, los compañeros de su padre

—Las ratas

preguntándose unos a otros a la salida de la fábrica

—¿Qué quieren las ratas?

las ratas junto a las viviendas, a las traineras, a las plazas, en vuestra manzana en la que crecían culantrillos, en el patio con la puerta de la jaula

tlec tlec

al viento, el criado de la vecina de su madre con ellos, vuestros negros con ellos, el profesor blanco que vivía con una extranjera, componía poemas y meses antes lo detuvieron y lo soltaron, lo llevaron a Benguela y regresó de Benguela más chupado, con el brazo torcido por una caída o un tropezón o algo así, la extranjera indignándose en inglés, el profesor blanco sin empleo, atrasado en el pago de la renta, siempre solo, siempre con un libro, el profesor con ellos, los negros, en la playa, en las veredas al norte, en una aldea desierta en la cual la niebla avanzaba al azar aplastando los restos de mandioca junto con los perros, no perros como los nuestros, chuchos con el lomo despellejado hasta los huesos y las orejas esqueléticas, la niebla, los perros, el profesor blanco y las ratas, la cueva junto a la palmera desharrapada, doblegada por los relámpagos, donde se escondían los alfanjes, donde semana tras semana el profesor iba juntando las armas, las ratas que

comenzaron a jadear en la oscuridad, en torno a las casas, chillidos breves, prisas, secretos, su padre

(es imposible que lo recuerde, que lo sepa)

buscando en la radio las noticias de Luanda, el asalto a la cárcel, los cultivadores rajados del ombligo a la garganta y su madre

—Las ratas

el tucán

—Pseps

que se llevaron consigo con la intención de comer algo que no fuesen restos en el basurero y yo pensando en usted en el hostel de Luanda a medida que escribía, atrayéndola con palabras hacia el interior del papel, puñados y puñados de palabras en una sola página, Marina, recomenzada sin cesar en la misma línea y acabada en la víspera de la salida hacia aquí, el día en que uno de los paquistaníes me decía que un hombre llegado de Lisboa por tres o cuatro días a lo sumo

—Una tarea sencilla, Miguéis, tres o cuatro días a lo sumo

(y el ascenso a la espera, ya lo sé, la mentira del ascenso a la espera)

le informó de que mi habitación se quedaría libre mañana, un hombre con una maleta igual a esta, un traje igual a este, un pasaporte idéntico

—Usted ahora es Seabra, Miguéis

el mismo nombre, el mismo número, la misma dirección, la misma fotografía incluso

—¿Su hermano, señor?

los oía, a los paquistaníes, rezando allí abajo, besando la alfombra de una forma que a mi madre le gustaría, con miedo a las patrullas, a los soldados borrachos en los *jeeps* y arrastrándose toda la noche por las esquinas del centro y disparando contra los murciélagos y los árboles, los niños desnudaban a los muertos y gateaban bajo las balas, aferrados a una gorra, a una sandalia, yo llegando a Angola para ocuparme de mí

—Una tarea sencilla, Seabra, la más sencilla que le hayan encargado alguna vez, se encuentra a sí mismo y se mata

telefoneando a quien correspondía ayudarme y el teléfono sollozando sin respuesta, preguntando por direcciones en cuyo lugar un terreno baldío, ningún edificio, el hotel cuyo sitio inventaron, el ministerio al que me enviaron de despacho en despacho, perdido en los pasillos hasta que un ordenanza o una empleada de la limpieza me echaba a la calle y en la

calle automóviles americanos sin capó, un pedestal al que le faltaba la estatua, una farola al fondo y una vez en la farola el mar, por un momento creí que Lisboa, el cementerio, la tabla de planchar abierta en el tendedero, mi lugar a la espera en el sillón sobre el lugar de mi padraastro y de mi padre y al final las palmeras de la isla, pájaros que seguían a las traineras, una camioneta de soldados

—Alto, alto

en cualquier plaza invisible

sigue escribiendo

Cláudia mientras el paquistaní le mostraba mi colchón, el lavabo sin grifo, este banco, un murmullo impaciente en el interior de la madera

ratas ratas

—¿En serio que vives aquí?

así como podría preguntar mostrando la hacienda en Dala-Samba, los reyes jingas, el paipay de la mulata hacia arriba y hacia abajo, tranquilo, monótono, eterno, sin reposo

—¿En serio que has estado aquí?

ajena al gobernador del distrito que examinaba el tintero, heredado de una parienta lejana, que el hacendado envolvió en periódicos y dejó en la almohada sin anunciar que lo dejaba, en el interior del tintero una llave olvidada que no abría cajones, tal vez abriese el pasado, uno giraba la llave y un sábado distante en que el hacendado olía a anginas, a papillas, a lágrimas, cerrar el sábado deprisa antes de que el gobernador sorprendido

—¿Qué es esto?

esconder la llave, salvarlo, conseguir que se quedase tumbado sobre la mesa, con corbata, solemne, con el reflejo de las hojas

(-Va a verme, va a hablarme)

casi animando sus manos, unas ganas de incorporarse, caminar hacia la casucha

—Ven aquí

y a la mañana siguiente el tractor más temprano, hendiendo los surcos con una especie de rabia, el cabo de la policía al gobernador

—Una llave

y al coger la llave la mulata en medio de la noche, agachada en el capín limpiándose con hierbas y el hermano del objetivo pellizcándole la falda, el objetivo con el martillo

—Usted fue mi madre, ¿no?

decidiendo no fue esta mujer la que me dio de comer, solo la encontraron lavando la ropa en una pila o partiendo un pollo a la hora de cenar en la cocina, no hablaba, no se exaltaba, no se preocupaba por ellos, pies de blanca, ademanes de blanca, en lo demás negra, vieja, el gobernador del distrito gesticulando con los clavos

—Fuiste tú quien lo mató

no clavos, dedos que le pellizcaban la falda mientras un hombre con una maleta igual a esta, un traje igual a este, un pasaporte idéntico, el mismo nombre, el mismo número, la misma dirección, la misma foto, iba subiendo los escalones del hostel aún no herido por una banderilla, una espada, hacía girar el picaporte, me miraba, Cláudia inclinándose hacia mí también desenfocada y yo

—No me acuerdo de ti

ya no me acuerdo de ti, el director, el teniente coronel, el responsable del octavo piso hicieron que no me acordase de ti, quería acordarme, Cláudia, de ti, retenerte tal como eres, no te aflijas, no me preguntes

—Estás bromeando, ¿no?

yo un negro, un fantasma, una rata

(yo una rata)

perdido entre el algodón y el girasol, a la espera, observado por los hijos del delegado regional que se encarnizaban contra mí aunque la lluvia los diluyese en el bosque, en la garganta de los lagartos y de los sapos voceando presagios, ellos dos lagartos, dos sapos

dos ratas

y usted oyendo a los culantrillos, Marina, ajena a nosotros oyendo a los culantrillos, usted a los cinco años, en un rincón de la sala, masticando una y otra vez el pulgar, mirando al criado de los vecinos y al que ayudaba en el mercado, el profesor blanco

(—¿Ve ahora?)

dirigiéndolos desde la calle, el profesor blanco ordenando

—La mujer

el que llevaron a Benguela y regresó de Benguela más chupado, con el brazo torcido debido a una caída o un tropezón o algo así, tu padre al verlo

—¿Qué es lo que

por qué motivo no me habló del profesor, Marina, sabe que fue él quien usó el alfanje, no los negros, por qué motivo me aseguró que habían sido los negros, por qué motivo los detesta, Marina, fue el profesor

no mienta

quien se acercó a su padre, el criado y el otro ni siquiera entraron en casa, por qué razón usted a los blancos

—Aquellos

no le robaron el tucán, no le hicieron daño, un criado y un pobre solamente, ¿no es verdad, Marina?, un criado y un pobre y los compañeros de su padre las carreras, los tiros, el que ayudaba en el mercado ofreciéndole la cebolla

—Toma

pidiéndole que no, Marina, fíjese en lo que escribo, y el director sujetándome el brazo

—Seabra

yo diciéndoles al profesor y al teniente coronel

—No altere nuestra versión, Seabra

un blanco, Marina, un blanco y el responsable del octavo piso

—Se lo prohibimos, Seabra

el profesor con el cual su madre

nunca lo detuvieron, nunca se quedó sin empleo, usted y el Servicio inventaron esto, Marina, su padre en General Machado o en los colonatos de Cela y el profesor con el cual su madre

el teniente coronel

—¿No hemos sido claros, Seabra?

el profesor apartándola con el mango del alfanje, su madre

—Dios mío

y las ágatas una a una en el suelo, los colonatos de Cela donde hombres con chaleco y arados y bueyes rechazaban a los tractores, mujeres con chal negro y largas arrugas de piedra, los portugueses del Miño con los que poblaban Angola, arrastrados a los barcos de Lisboa junto con las mujeres de la vida destinadas a los cabarés de Luanda, su madre a la que su padre encontró en las cabañas de la isla donde dormían de día, no casas, cabañas hechas de tablas lejos de los restaurantes de los ricos, de los barcos de los ricos, de los niños de los ricos

y el director furioso llamando a Miguéis

—Una tarea sencilla, Miguéis, tres o cuatro días a lo sumo

calentaban jarros sobre unos leños en los matorrales, tendían una cuerda de ropa entre dos troncos y a veces un propietario de Carmona, un traficante de diamantes, su tío, su padre, ninguno de ellos con corbata y zapatos lustrados en la mesa del comedor, su padre y su tío con su madre en Luanda

(y su madre mientras las ágatas caían

—Dios mío)

así como el hacendado de Dala-Samba con la mulata vieja, Marina, ofreciéndole el tintero envuelto en periódicos, el gobernador del distrito, que luchaba en vano con la lluvia en los faros y el capín aplastado, quitándole a uno de los policías el martillo y los clavos a pesar del paipay hacia arriba y hacia abajo defendiéndolo de las nubes del norte, no había casa ni chabola ni el automóvil del ingeniero de caminos ni plantación de tabaco, sí estaba la mulata frente a él y su paipay, sí estoy yo escribiendo en Luanda, recordando en este peldaño, apoyado en esta columna, mirando el sendero, mirándote, Cláudia, mirándola a usted, Marina, y más allá de la aldea el ruido del *jeep*, yo escribiendo que el clavo, escribiendo que el martillo, escribiendo que el ayudante del mercado le ofrecía

—Toma, niña

(¿no fue así, no lo recuerda?)

la cebolla, y mientras los compañeros de su padre y las carreras y los tiros y el criado de los vecinos que resbalaba de una cerca, se arrodillaba, se doblaba en el suelo, no censurándola, no enfadado con usted, los dedos de negro engurruñados en una especie de enojo, un tucán, su tucán que volvía por fin

—Pseps

mientras la portezuela de la jaula tlec tlec al viento, yo solo en la habitación del hostel escribiendo el presente informe, Marina, ahora que todo acabó y debería buscar el billete en la maleta, llamar a mi contacto o esperar a que el contacto

—Señor Seabra

qué contacto, nunca hubo contactos, por qué diablos no comprendí desde el comienzo que no había contactos y una vez terminado el trabajo no podría haber yo

(-Las cosas decidieron por usted, señor ministro, todo muy tranquilo en Angola)

buscar el billete en la maleta y en cuanto el contacto diese una señal el aeropuerto y adiós, yo a Cláudia soltando la maleta en el felpudo de la entrada

—Dije tres o cuatro días, ¿no?

a la mañana siguiente los saludos del teniente coronel, estábamos seguros de que no nos decepcionaría, Seabra, ha hecho más de lo que esperábamos, Seabra, personas como usted son las que necesita el Servicio, Seabra, tiene derecho a una semana de vacaciones, Seabra, y en cuanto acabe la semana de vacaciones el ascenso, un despacho tranquilo, una ventana a la plaza de toros y otros toros en la plaza, otros ojos peludos, otros rabos, otros cuernos, y yo creyendo como si me dejasen regresar

no me dejarán

no comprendí que me sacaron del archivo, en el caso de que mi madre se preocupe por mí el responsable del octavo piso, recorriendo la lista del personal con el lápiz, debe de ser un error, señora, compruébelo, si no ha traído las gafas le presto las mías, su hijo no figura, mi madre intimidada por los muebles de roble, el Presidente, la bandera, consciente del pelo sin arreglar y del cordón desatado, mi madre, encogiéndose por timidez en la ropa de los domingos, tal vez mi hijo me mintió, señor, condecoraciones en una vitrina, un potro empinado, de bronce, con los ollares enormes, iguales a los de mi padre

(no me acuerdo de mi padre)

durante el asma por la noche, el teniente coronel ayudando a mi madre a encontrar la salida recorriéndole el bolso que se le escurrió de los dedos, colocándoselo en el hombro fingiendo no darse cuenta del cuero sobado, hay que tener cuidado con los rateros sueltos, el teniente coronel, disculpándose en un movimiento en espiral, no diría que mentiroso, señora, un equívoco, todo el mundo se confunde

—Incluso ayer yo

ahí tiene su casa, madre, la alfombra, la vecina del sótano dejando de barrer

—¿Algún problema, Doriña?

y yo respondiendo por usted que se acordaba del teniente coronel y se aferraba al bolso

—Ningún problema, doña Susana

un tramo de escaleras, un rellano con tiestos, la tabla que el propietario no repara

—Pagan tan poco alquiler

y la tabla cediendo

—Tenga cuidado, madre

nuevo tramo de escaleras, los mismos trazos en la pared de cuando yo era pequeño, uno de ellos marrón de la pintura de un armario

(y yo fijándome en esto en África, escribiendo esto en África)

el mismo tubo a la vista, no nos mudamos, madre, no nos mudamos, ¿no?

nuevo rellano y yo sosteniéndola, ¿no lo ve?, nunca llegábamos juntos, nunca subíamos juntos y sin embargo me doy cuenta ahora de que usted era bajita, de que la atención a los escalones, de que más tiestos, más felpudos, la lámpara colgada del cable, nuevo tramo de escaleras

el nuestro, menos difícil de subir porque es el nuestro, casi no pertenece al propietario, nos pertenece a nosotros, el pasamanos de hierro, el enchufe instalado en el rodapié debido a que un cable

—No hay que tocar el cable, da calambre

y usted con un cubo y una escoba fregando el tramo los domingos, poniendo el cojín del sillón al revés y en el cojín al revés igualmente mi padraastro, mi padre, yo

—No me llenes todo de humo

fumando en el balcón, desde el balcón no el cementerio, la barbería, el mercadito, Lisboa, y al acabar el cigarrillo

—No me llenes todo de humo

echar el humo fuera, impedir que entrase en nuestra casa porque mancha el techo y el canapé se pone gris, mi padrastro iba a fumar a la farmacia con el pretexto de ir a pesarse, me lo encontraba en la acera escondiendo la brasa bajo la manga, enrojecía, se avergonzaba

—No le digas nada a tu madre

un señor amable, pobre, no tuve tiempo de decirle que lo quería, señor Baião, no importa, se lo digo hoy

—Lo quise, señor Baião

mi madre traía la escalera para colocar las cortinas, un alambre a lo largo de la vaina que se sujeta en cada extremo de la ventana con una especie de anzuelo, si intentamos colaborar

—Deja eso en paz, a ver si acabas rompiendo la tela

y yo inútil de silla en silla, en los festivos de invierno no puede figurarse, Marina, el tamaño de la tarde, ¿quién ha hablado de girasol y algodón?, ¿quién ha mencionado un *jeep* que se paraba en el sendero?, qué estupidez, qué exageración, las tonterías que se inventan, los resultados del clima, no nos habituamos a África, a la ola de calor, a la violencia de julio, a los licaones al acecho, al que ayuda en el supermercado poniéndonos a cada uno una cebolla en la palma

—Toma, niña, toma, niño

sonriéndonos y sin tener tiempo de subir a la cancela que

no la jaula, la cancela

tlec tlec

al viento porque se vació de sí mismo deslizándose en el muro, ablandándose sobre las nalgas con una sonrisa que daba lugar a un besito melindroso

—Pseps

que por haber venido de un negro ninguno de nosotros aceptó.

CAPÍTULO CUARTO

Si pudiese no quedarme aquí, si no me vigilasen todo el tiempo
impidiéndome huir, si no encontrase a Seabra en cada esquina o en la
acera esperando, obsequioso, simpático

bajaba y él abriendo los brazos

(tan mal actor)

—Qué sorpresa

mirando a su alrededor, con la misma desgana que yo, estos edificios
vacíos, estas cenizas, las calles oscuras a no ser la amenaza de los *jeeps*

—Alto, alto

y frenos, giros bruscos, el depósito del agua que acabó de caer y sobre
cuyas patas de cemento un niño insiste en correr entre charcos, si
pudiese no quedarme aquí volvería a Lobito o a Dondo en el caso de que
Lobito o Dondo sigan existiendo pero no existen, ningún

tlec tlec

de jaula, ningún viejo liando un cigarrillo, nada, puede ser que los
culantrillos, puede ser que la cancela, una sombra frente a mí o
saltándome en la sangre a la que me apeteció llamar

—Madre

y al final un banco o una incisión en el muro, esas imprecisiones a las
que atribuimos vida, forma, nosotros al borde de un saludo y una coma
de liquen, un arabesco de piedra, cuántas veces he hablado con un
arbusto, he saludado a una escalera, mi tía a mi tío

—Tú eres negro

y yo dirigiéndome a un tronco sin distinguir si era un tronco o una
persona transformada en tronco, todo se transforma en cosas

—¿Yo soy negra también?

una persona transformada en tronco dándome la espalda para evitar la
respuesta, no me preguntes, Marina, no te lo quiero decir, soy un tronco,
¿no lo ves?, si no fuese tronco te lo diría, si pudiese no quedarme aquí
volvería a Lobito o a Dondo antes de que nos hiciésemos ricos, me

acuerdo de buscar en esa foto mía con mi padre en el patio y yo con flequillo, yo con flequillo

—¿Soy negra, foto?

la foto muda, mi padre intentó decir cualquier cosa y no dije

—¿Qué opina, padre?

yo a mi tía

—¿Soy negra, señora?

no me curo con plantas, no adivino la lluvia, fui mujer muy tarde, un trozo pequeñito del vestido rojo de mi madre en mis dedos y mi tía

—Es así

pensé en el tic tic del tejado

tic tic

en el criado de los vecinos, en el que ayudaba en el mercado y ellos no conmigo, ellos lejísimos, la excavadora se los comió mezclados con tierra, los levantó en el aire

(no enteros, una camisa sucia, una zapatilla)

junto con un pedazo de playa, un pedazo de culantrillos, un pedazo de olas y los sepultó en el basurero, mi tía lavándome los dedos

—No se trata del vestido de tu madre, tonta

mi primo oyéndome llorar reflejado en la palangana, su cara junto a la mía ahí abajo

—¿Qué es eso?

casi tocando el vestido rojo de mi madre y retrocediendo de inmediato, su cara enorme en la palangana

—¿Qué es eso?

era un alfanje, una navaja, mi padre de bruces en el suelo, la lluvia del tejado

tic tic

cayendo de él en el suelo

—No llueva, padre

mi tía ahuyentando a mi primo con el codo hastiado

—Quieres que te dé, ¿no?

el bosque inquietándose en mí, el tucán

—Pseps

o sea ningún tucán, yo sola, Seabra ahí abajo en la acera esperando,
bajar del apartamento y antes de que él

tan mal actor

—Qué sorpresa

invitarlo a acompañarme a lo que queda de la casa, decepcionada
porque ni un cuchillo siquiera

¿me matará ahora, me matará después?

—Al menos no me viste de rojo, ¿tampoco trae un alfanje usted?

mi primo intrigado, dos años más joven que yo y al que mi tío ni siquiera
miraba, fue a mí a quien ordenó

—Levántate

a pesar del vestido rojo en la palangana, su cara nublada por la película
de jabón entre la cara de mi primo y la mía, mis dedos de nuevo blancos

(no dedos de negra, dedos de blanca)

mi tío saliendo de la palangana

—Levántate

yo caminando junto a mi tío, siempre un paso atrás, en dirección al
poblado en el límite de la aldea, se pasaba la iglesia, el dispensario
donde el enfermero, cuando me magullaba, me ponía yodo con un pincel
y me convertía la rodilla en una foto antigua, el hospital de los leprosos
donde hacían sonar la campanilla convocando a los enfermos, el capín
cojeaba a veinte metros y eran ellos escondidos, arbustos a gatas que
tosían, bocas de tierra masticando guijarros

¿dientes?

guijarros, casi pegados a las chozas del bordillo de la margen y a la vivienda en la que una señora portuguesa, con rodete y gorra, espiaba por la ventana

la esposa del veterinario, encarcelada entre sus cuadros anatómicos y sus muebles con tapetes, que se negó a partir cuando los demás partieron y recibió a los soldados, o a los que atacaban a los soldados, con botitas de charol, irguiéndose con ayuda del bastón, barriéndolos con el abanico, escoltada por la cocinera igualmente vieja

—Fuera

la cocinera agitaba el abanico de mimbre y los soldados, obedientes

—Señora

la sumisión de las escopetas que se fueron una a una, la esposa del veterinario con un medallón esmaltado al cuello, trémula desde su valor, ordenando al abanico

—Vete adentro, Antónia

un adentro de mendigos, sobrevivían a escondidas, erectas, dignas, a base de infusiones, hierbas y estofado de grillos, mi tío y yo en el bordillo de la margen donde el vapor de los juncos se movía sin viento y el jefe, acucillado, manipulaba cabezas de gallo, piedritas y cauris, el vestido de mi madre en la cresta y en el pescuezo de los animales, por momentos el criado de los vecinos y el que ayudaba en el mercado acercándose en la sala

cuál de ellos rasgó la cortina, qué cortina es esta en mi vientre, en las piernas, mi tía lavándome del vestido

—Es así

mi tío hablando lengua de negros con el jefe y manipulando piedritas y cauris también, sentado sobre sus talones, casi con un paño a la cintura, casi la brasa del cigarrillo en el interior de las encías, casi mandioca, casi cajas de pescado, mi tía secándome con la toalla

—Es así

no, mi tía encontrando en mi tío lo que yo encontraba en el poblado y la repulsión, el asco

—Tú eres negro

no, mi tía que cesaba de secarme con la toalla y su expresión diferente, los gestos diferentes, el desdén de los europeos cuando hablan con nosotros

—Tú eres negra

y por tanto siéntate sobre tus talones con un paño a la cintura, aguza los dientes, frótatelos con cáscaras, hueles a carne descompuesta, a polvo, a hambre

—Eres negra

voy a venderte para que trabajes en el algodón, te acuerdas del administrador con casco colonial llamando

—Tú y tú

introduciendo cubitos de hielo en el culo de las mujeres

—Perezosa

cubitos de hielo en mí, Seabra en la acera

tan mal actor

—Qué sorpresa

mi tío negro, yo negra, capaz de leer mi destino en las piedritas, en los cauris, leer por ejemplo que vamos a ser ricos gracias a los diamantes y después de ser ricos la llegada de Seabra y la

—Esta era la casa

en llamas, si pudiese no quedarme aquí volvería a Lobito o a Dondo

en Lobito el vestido rojo en las paredes, en el canapé y por tanto no volvería a Lobito a pesar del tucán, volvería a Dondo aun con la desconfianza de los blancos, el médico, el administrador, el fiscal, al principio sin creerlo, examinando a mi tío, comparándolo con los que servían a la mesa y arreglaban la carretera, interrogando al jefe en el calabozo de la policía

—¿Él es negro?

el jefe al que los soldados, más desgraciados que él, fueron a buscar a la aldea con miedo a los leprosos en los arbustos y al poder de los cauris, ordenándole como mi tío a mí

—Levántate

y el angular^[1] callado, los viejos callados, una fogata con una rata rata

atravesada en una caña, el médico, el administrador, el fiscal al jefe

—¿Él es negro?

antes de ser comerciante la madre mulata no lo era, la madre con un
hacendado de tabaco en Dala-Samba no lo era, la abuela lavandera de
uno de esos holandeses de Henrique de Carvalho no lo era, el hermano
liquidado por un blanco de Lobito, no por los negros, no lo era

y el blanco a mi madre, que los oí en los culantrillos del patio, en el

tlec tlec

de la jaula, en la cancela hacia delante y hacia atrás toda la tarde sin
que nadie la moviera, si yo pudiese evitar que alguien la moviera, el
agua en el tejado

tic tic

durante horas después de acabar la lluvia, el agua, no el blanco

—Has parido de un negro, Anabela

mi padre durmiendo en la habitación

vvvt

haciendo sonar suspiros, un odre de guijarros y suspiros separándose y
juntándose, una locomotora a doscientos metros y en los intervalos de la
locomotora mi madre y el blanco

(-Tal vez no soy blanca)

apoyados en el muro, padre, si yo fuese blanca hablaría como el blanco

—Vamos a Silva Porto, Anabela

Silva Porto en el otro extremo del mundo, una estación de ferrocarril,
campitos de maíz

(me acuerdo de la capilla)

mi madre respondiéndole al blanco que sí, no le responda que sí, madre,
no imite al tucán, no se oville en un beso

—Pseps

y aun ovillándose en un beso mi madre

—No

y la cancela quieta, los culantrillos serenos, estremeciéndose de nuevo cuando el agua del tejado

—¿Vas a quedarte con un negro, Anabela?

o sea el agua del tejado tic tic tal como mi padre vvvvvt, fue el profesor quien

podría ser el tucán pero me robaron el tucán, el profesor lastimándola

—¿Vas a quedarte con un negro, Anabela?

el administrador al jefe en Dondo y los cauris ay ay

—¿Él es negro?

con miedo a que una cabeza de gallo en su puerta mañana, si pudiese no quedarme aquí, si Seabra no estuviese en la acera esperándome y mirando alrededor estos edificios vacíos, estas cenizas, estas calles oscuras a no ser las amenazas de los *jeeps* que ladran

—Alto, alto

el depósito que acabó de caer y sobre cuyas patas de cemento un niño corre entre charcos, Seabra confundíndome con el niño

—Marina

el administrador al jefe en la comisaría de Dondo, examinando a mi tío, comparándolo con los empleados, los leprosos, aquellos que lo servían a la mesa y arreglaban la carretera

—¿Él es negro?

y yo en cuanto un tren se alejó, o un odre de guijarros y suspiros más tenue, o la puerta de la jaula

tlec tlec

o los culantrillos marchitos callados, yo en Lobito, yo en este edificio vacío de Luanda

Mutamba desierta, la avenida de circunvalación desierta, Seabra apoyado en un tronco esperándome

tan mal actor, Dios mío

yo escuchando al profesor

—¿Vas a quedarte con el negro, Anabela?

pasos de aquí para allá en el patio, no de mi madre, del blanco, una agitación de sombras al principio pequeñas, después grandes, después pequeñas de nuevo, sombras que engordaban y adelgazaban a la par de los movimientos de ellos, no en las paredes, en el punto en que las paredes se transformaban en techo, en el techo, vamos a Silva Porto, Anabela, Silva Porto en el otro extremo del mundo, yo sola, tierra roja, campitos de maíz en los que una mujer con un sacho, un pañuelo en la cabeza

—No mostramos el pelo, nunca mostramos el pelo

horquillas en las orejas, sus pechos tan pequeños

mis pechos pequeños, no se alegre, no me diga

—Qué sorpresa

confiese que mis pechos son pequeños, no me mate

—Suélteme

Silva Porto, General Machado, Luso, el profesor a mi madre no la isla que te conocen en la isla, tus compañeras de la isla en los cabarés de Luanda

—¿No has vivido en la isla?

nosotros fuera de Lobito, Anabela, la sombra de repente gorda, hombros que se prolongaban en manos y devoraban una sombra delgada, mi madre

—No

las sombras separadas de las voces del mismo modo que el tractor separado del sonido, el agua del tejado mezclada con los pasos, la sombra gorda apartándose, la sombra delgada más nítida, los peldaños uno tras otro

poc poc

y mi madre en casa, la puerta de la habitación de mis padres abriéndose y cerrándose, la mía abierta, algo en mi mejilla

(¿la palma de ella?)

—Marina

no abrir los ojos, no responder a la palma, no preguntar

—¿Qué?

inventar que el criado de los vecinos y el que ayuda en el mercado cuando el blanco volvió y no un alfanje ni una navaja, un cuchillo que él esperaba que pareciese un alfanje o una navaja, el jefe, de pie frente a los blancos sentados, al administrador de Dondo, mirando el mango que crecía en la ventana y frutos de murciélagos aguardando el crepúsculo

—No lo sé

le quitaron el cinturón, el sombrero, las sandalias, ordenaron que se quitase la chaqueta de botones plateados que el camarero de un restaurante le entregó por caridad, en el bolsillo de la chaqueta más piedritas, más cauris que se desparramaron por el suelo, el administrador que aplastaba una concha y la concha

cric

sin advertir el mango dilatándose, gigantesco

—Quien habla conmigo debe llamarme señor, ¿vale?

no un alfanje ni una navaja, un cuchillo

yo no con ellos, sino en Luanda acordándome y allí fuera un tronco quemado, la que me pareció una mulata de Dala-Samba con un paipay y no lo era, era lo que quedaba de un poste, la caja con los cables cortados de un ascensor en la acera, mi padre que arreglaba la mesa se encontraba con el profesor

—¿Qué es lo que

la puerta de la jaula inmóvil, si abriesen el grifo del patio el silencio crecería en vez del rumor del agua en el cubo, las piedritas y los cauris de Dondo cambiaron de lugar despidiéndose

—Adiós, Marina

tal vez no fuese aún de noche, no era aún de noche porque el

choc choc

de los carruajes no se asemejaba al sueño, una claridad de flores amarillas, las acacias vivas, todo nítido, sencillo, las casas del barrio obrero con balconcitos gemelos, latas de café con zinnias, una hevea

ay Lobito

ganando fuerza sostenida por una estaca, mi padre abandonando la mesa

—¿Qué es lo que

el profesor que sabía lo que él no sabía, era importante, tenía estudios, había vivido en Coimbra y por tanto sacar del aparador el anís de las visitas, interrogarme con la frente acerca del lugar de las copas

(teníamos tres)

inquieto porque el profesor un caballero

—¿Las copas, Marina?

mi padre que era negro, no atormente al jefe de Dondo que yo se lo explico por él, era negro, humilde como los negros, obediente como los negros, intentando caer bien como los negros

—¿Una copita de anís?

menos que nosotros, que Seabra en la acera, que los restantes obreros, mi padre que hacía recados, limpiaba el taller, comía separado de los colegas, les traía las chaquetas

—Tú, tráeme la chaqueta

les compraba cigarrillos

—Tú, tráeme cigarrillos

y la puerta de la jaula de acuerdo conmigo

—Tlec tlec

mi padre en busca de las copitas de anís

no la escopeta en el armario, no el tubo que le pareció la escopeta, las copitas de anís, el criado de los vecinos y el que ayudaba en el mercado no entraron siquiera, no robaron el tucán

quien lo robó fue

el criado de los vecinos y el que ayudaba en el mercado viéndonos desde el muro, el que ayudaba en el mercado

—Señorita

intentando protegerme no sé de qué

(sé de qué)

—Señorita

mi madre sin reparar en ellos en el patio, el criado de los vecinos

—Doña Anabela

escriba que fue así como ocurrió, escriba que le mentí y el que manda en usted

—Hágame el favor de no tratarme de usted, tráteme de Seabra

le impide corregir, mi padre pensando en las copas y el armario cerrado, la escopeta sin cartuchos que nunca utilizó porque no lo invitaron a cazar, ni siquiera lo aceptaban de guía para encontrar antílopes sables, no salían con él, mi padre

—Doctor

tal como podría haber dicho, como habría dicho, como diría

—Si quiere le traigo la chaqueta, doctor

o

—¿No le hacen falta cigarrillos, doctor?

las piedritas y los cauris del jefe conocían todo esto en Dondo, revolvían las piedras y allí estaba el administrador irritado por la acacia

—¿Él es negro?

El jefe sin cinturón, sin sombrero, sin sandalias, a quien le entregaron una máquina de coser desvencijada con un pedal y una rueda y lo obligaron a coser para los blancos al mismo tiempo que anunciaban a las mujeres

—Ahora es mujer también

el jefe con un delantal que le ordenaron usar, para rebajarlo más, cortando la cabeza de un gallo en la plaza de la aldea los domingos por la mañana y bebiendo el gallo mientras se calentaba la piel de los tambores y el dios Zumbí agitaba las copas trastornando la niebla, el jefe en el sótano de la comisaría con el bolsillo del delantal lleno de agujas, de hilos

—No lo sé

escriba al que manda en usted

—No me trate de usted, tráteme de Seabra, Marina

que mi padre descubre las copas, limpia una silla, sirve el anís, mi padre sin reparar en el cuchillo a pesar del criado de los vecinos llamándolo sin llamarlo, del que ayudaba en el mercado guardando la cebolla

—No necesita la cebolla

mi padre contento de que lo visiten, se interesen por él y tal vez una cacería

antílopes sables

un juego de cartas, un paseo al Duque de Bragança, el criado de los vecinos o los culantrillos

—Atención

los culantrillos

—Atención

los culantrillos que era imposible que mi padre viese puesto que el otro

—No admito que un negro

y fue entonces cuando el vestido rojo en el sofá, en la pared, en la cortina que se soltaba de las argollas que no sé quién

¿mi padre?

agarró, la copita de anís que se rompía, el cuchillo que imitaba un alfanje, más harapos de vestido rojo, más

—No admito que un negro

el jefe y mi padre agachados en el suelo, el tucán robado para que creyesen que los de Luanda en los vagones de ganado, aquellos que nos perseguían

las ratas

conspirando en la playa, escondidos en las chabolas, asomando en el barrio, el criado de los vecinos o yo mordiéndome el pulgar, mi madre

—Dios mío

regresando del patio, no

—Qué sorpresa

como usted

tan mal actor

mi madre

—Dios mío

y ahora sí, la puerta de la jaula

tlec tlec

al viento, ahora sí la cancela, una locomotora en maniobras al fondo,
una trainera a cien metros de nosotros, ahora sí creo que un paipay,
creo que mil paipáis

—No admito que un negro

y el cambio de las olas, mi tía expulsando a mi primo de la palangana
conmigo

—¿Quieres que te dé?

el vestido rojo en el profesor igualmente, en mí no, pues mi tía me
estaba secando

—Es así

el vestido rojo en la camisa, en los pantalones, en el cuello del blanco,
dos sombras al principio pequeñas, después grandes, después pequeñas
de nuevo, una sombra de repente gorda, hombros que se transformaban
en manos y se tragaban a la sombra delgadita

—Anabela

el agua del tejado o el agua de la boca de mi padre

tic tic

diluida en los pasos que se me figuraban no con nosotros, en la vereda,
y no los pasos de mi madre puesto que mi madre

—Dios mío

el

—Dios mío

se deslizaba junto con la espalda a lo largo del revoque, el cuello del vestido no en su cuello, sino en la nuca, las piernas que intentaban, desistían, el tacón del zapato rascando el suelo

dddddd

¿le apetece una copita de anís, madre?, dos dedos de charla, una noche de *jeep* en busca de los antílopes sables, el profesor

—No admito que un negro

el profesor invita, las otras blancas invitan, cocinan en el campamento, elogian peinados, puede hablarle de sus dos años en la isla antes de conocer a mi padre, de cómo una tarde en Lisboa la dueña de la casa con un alférez al lado y el alférez marcando una cruz en su nombre

—Ganas más dinero en Luanda, Rosário

la dueña de la casa

(un segundo piso en Alcântara)

señalando la cruz con un palillo en los dientes

—Rosário era la cheposa, esta pequeña, Anabela

la furgoneta contigo, Rosário, Joana, Salete, Elisa camino del barco, la dueña de la casa ofreciendo a cada una un collarcito de ágatas, Salete observando las ágatas

—¿Qué ágatas?

apostarí que noviembre, apostarí que frío, está viendo Lisboa sentada en la sala, ¿no, madre?, nunca le gustó África ni la miseria de la isla, le prometieron una habitación y en lugar de habitación una tienda de pobre, las pinzas de los cangrejos

zac zac

saliendo del mar, Salete con fiebre o con nostalgia de su hijo, de meses a meses una postal, después ninguna postal, un juguete

una foca de trapo de Ciudad del Cabo

devuelto ya roto, Salete

—Se olvidaron

usted se olvidó, madre, no se acuerda de Alcântara, del tipógrafo que la visitaba los jueves pidiéndole dinero al alférez

—Ella es mía

exigiendo porcentajes

—Cuando tuvo neumonía le di medicinas, la ayudé

el alférez oculto en el cigarrillo con una vocecita mansa

—Andando

el enfermero del ejército con la jeringuilla de las vacunas en el muelle, vigilándoles el baño mientras sacudía un frasco que olía a petróleo y Alcântara allá arriba

—¿Tienes piojos, pequeña?

más allá de los contenedores y de las grúas, una pequeña fragata de pesca con un marinero escondido bajo una manta regresando bajo la lluvia, me dio pena acabar en Lobito, madre, creyó divisar al tipógrafo, ¿no?, al observar el barco, el enfermero que la echaba del baño

—Vamos, vamos

y elegía a Joana, ajustándose los pantalones, mientras que el marinero desaparecía tras un pilar

—Tengo que observarte mejor, muchacha

el tipógrafo que no la quería, madre, nunca le dio medicinas, nunca la ayudó, contaba el dinero sin prisa con saliva en el pulgar

—Falta un billete, ¿no?

y usted nunca

—Andando

usted con miedo a él y disculpas, pretextos, si no venía los jueves pasaba el rato cruzando los dedos de las manos, con pintura de la víspera que empañándole las mejillas, rechazaba a los clientes, le daba náuseas la comida, la dueña de la casa que sabía y no sabía, sabía

fingía no saber acostumbrada a los caprichos

—¿Te duele la barriga, pequeña?

el tipógrafo retrocedía junto con Alcântara, solo tejados, solo grúas en la lontananza del río, unos pajarracos sin nombre que vinieron y se fueron demasiado alejados de promontorios o rocas tal como ella demasiado alejada pero de qué, pero de quién, si desconozco Portugal

(una insignificancia en los mapas)

no había fotografías y no hablaba de usted

—¿Usted tuvo padres, madre?

los pañuelos mojados de las alas de los pajarracos en una vuelta sin rumbo, Joana quejándose del enfermero que le rasgó un tirante

—Me hizo daño

una prisa de nubes subiendo hacia el este, no le dolía la barriga en el segundo piso de Alcântara pero le duele ahora, el tipógrafo entrando en el camarote sobre las máquinas y saliendo del camarote

—Le di medicinas, la ayudé

insistiendo

—Ella es mía

Salete, sorprendida

—¿Cómo?

el tipógrafo en Alcântara que había dejado de existir, su bigote, el reloj que usted le pagó, madre, y el dolor se suspendió, usted en la isla cuando mi tío y mi padre primero y después solo mi padre apoyado en un tronco que no le contaba los billetes, describía Lobito donde no la molestarían los viejos del café ni los militares con permiso, los exámenes del médico que en el momento en que la observaba

—Abre las piernas, pequeña, que aún no he terminado

le daba la impresión de estar pariéndolo, Lobito, el barrio obrero, los trenes, lo que Seabra ya sabía antes de llegar a Luanda, Seabra

tan mal actor

—Qué sorpresa

no tener que beber gaseosa ni téis disimulados acompañando a los clientes, en Lobito un cocinero, un criado y se acabó el cobertizo de

lona, se acabó el hambre, mi padre aguardaba la respuesta cortando una hojita en pedazos diminutos

—¿No tienes vergüenza de mí?

no solo la hojita, un bambú

chasquidos idénticos, madre, al del canalón en Alcântara en una época en que usted no se irritaba por Alcântara, se irritaba por las sábanas que no tenía, la comida que no tenía, intentó vender el collar de ágatas a los cambistas de Mutamba, con sus carteras bajo el brazo y sus gorras arrugadas y los cambistas

—Son falsas

un casita en el barrio obrero, un patio, un fogón, mi madre no tengo vergüenza de ti, estoy demasiado cansada para tener vergüenza de ti, mi tío señalándole los arbustos en el lado opuesto de la playa

—Una última palabra antes de que mi hermano te lleve

y mi padre en silencio, un chasquido del bambú y al chascar el bambú el canalón de Alcântara por un momento otra vez, callecitas inclinadas, la sastrería en la que trabajó de aprendiz, el piso con tres habitaciones, el tendedero también una habitación

la suya

un búcaro con margaritas de tela y usted mirando el búcaro tardes y más tardes, los clientes interrumpían la hebilla del cinturón

—¿Y?

usted preguntándose en el lado opuesto de la playa, creo que sin pena ni curiosidad, distraída, como si el búcaro siguiese allí y mi tío

—¿Y?

qué le había sucedido a Alcântara, si el señor Seabra la conociese se lo diría, ¿no?, informaría que Alcântara esto, Alcântara lo otro, la sastrería en la que trabajó una agencia de seguros, o puede ser que Seabra aburrido con ella

—¿Y?

prefiriendo a Rosário, a Joana, a Salete, a Elisa que llegaría a cantar en la radio

—Llegaré a cantar en la radio, Anabela

y no llegó a cantar porque se la llevó el paludismo, cinco, seis, siete mantas y Elisa

—Qué frío

intentó un bolero y ni la primera nota siquiera

—No puedo

la escondieron en una canoa de pesca, le pareció que no sé qué caía a lo largo de la bahía, el dueño del cabaré

—Calladitas

se repartieron las ágatas que no valían nada, el bolsito de lamé con un tubo de carmín sin carmín y la caja de polvo de arroz vacía, mi padre al profesor, indeciso entre la escopeta y las copitas de anís, mi padre dirigiéndose al profesor o al hermano

al hermano durante el rumor de los arbustos

—¿Qué es lo que

y esto no se lo explicaron en Lisboa, claro, no figura en los dossiers, en los informes, en los ficheros del archivo, obviaron los arbustos en el lado opuesto de la playa que años después fue un desierto de basura, un perro muerto y un milano desgarrándolo, la prueba está en que el director vacilaba cuál de ellos es mi padre, pídale al jefe de Dondo que eche en la plaza las piedritas, los cauris, y decida

—Ese

la piel de los tambores que se tensaba en el fuego

el pilón de los pies descalzos que bailan en el sonido hueco de la tierra

—Ese

sin señalar a ninguno, yo con un collar de ágatas, un bolsito de lamé con un tubo de carmín sin carmín y una caja de polvo de arroz vacía, alisándome la falda al regresar de los arbustos y tropezando con el hermano del que había estado conmigo que cortaba una hojita en pedazos diminutos de modo que con pena de él y de mí y pena de él por qué, no me dan pena los hombres

lo acompañé a Lobito en que después de la lluvia y durante horas y horas el agua

tic tic

en el tejado, no triste, ausente, tal como yo ni siquiera triste, ausente, mi hija pequeña y yo sin prestar atención a mi hija, prestaba atención a las locomotoras, partía y venía con ellas sin abandonar los culantrillos del patio, mi marido

—Anabela

sin entender que yo no tenía marido, nunca tuve marido, lo más parecido que tuve a un marido fue en el tendedero de Alcântara hace siglos, no sé decir cuántos

(¿siete, ocho?)

un búcaro y yo mirando el búcaro mientras que los clientes

—¿Y?

lo más parecido que tuve a un marido fue mi cuñado apeándose del tren en Navidad, llamándome desde el patio cuando mi marido en la fábrica escriba

mi tío llamando a mi madre desde el patio cuando mi padre en la fábrica

—¿Tu hija no crece?

y bajo las palabras que preguntaban

—¿Tu hija no crece?

otras palabras que no entendía por aquel entonces y no estoy segura de entender hoy en día, creo que, por ejemplo

—¿Mi hija no crece?

o solamente la puerta de la jaula avanzando y retrocediendo y en cuanto retrocedía

tlec tlec

al viento, escriba que mi tío no preocupado, divertido

—¿Mi hija no crece?

de la misma forma que las piedritas y los cauris del jefe

—Tlec tlec

resumiendo mi futuro en un rectángulo de estera, si pudiese no quedarme aquí, si no me vigilasen todo el tiempo y me impidiesen irme,

si no encontrase a Seabra esperando en la acera así como el profesor espera entre la cocina y la mesa, el criado de los vecinos y el que ayudaba en el mercado observando desde el muro y él anulándolos con un gesto

—No te preocupes, son negros

el profesor

(o si acaso mi tío)

hablándole a mi madre de Silva Porto

—Silva Porto, Anabela

tierra roja, campitos de maíz, mi madre respondiendo que sí, mirándome, mi madre

—No

vamos a acabar con esto, no me diga nada, no se alegre

—Qué sorpresa

yo cuento, el profesor en las chabolas, nunca estuvo con nosotros, nunca lo encontré en el patio, nunca lo vi en esta casa, escriba que fue mi padre quien

escriba que mi marido esperándome en la sala, lo creía en la fábrica y él esperándome en la sala yo que no tuve marido, lo más parecido a un marido que conocí fue el padre de mi hija que señalaba los arbustos

—Una última palabra antes de que mi hermano te lleve

y mi marido cortando una hojita en pedazos pequeños, mi hija mordién dose el pulgar, mi marido cortando la hojita con un alfanje o una navaja o un cuchillo así como chascaba los bambúes de la isla, chasquidos idénticos a los del canalón en Alcântara

una pequeña fragata de pesca con un marinero escondido en una manta regresando de la desembocadura

era esto lo que antes de irse exigía que yo dijese, señor Seabra, ¿no?, lo que sus jefes aceptarán en el memorando y a lo que llama verdad, dígame que era esto, no me diga

—Qué sorpresa

no finja estar contento de verme, que le interesa verme, no mienta, un ascenso no es así, un puesto de jefe no es así, la paz no es así y en lugar

de la paz el girasol y el algodón difuntos, papeles inútiles que nadie leerá, un *jeep* a su encuentro en el sendero y por lo tanto tome, no la pierda, le regalo la esfera de lágrimas de una cebolla en la palma

guarde la cebolla

la puerta de la jaula

tlec tlec

al viento, el collar de ágatas, el vestido rojo, mi madre

—Dios mío

los negros, el profesor, mi padre

debo decir que mi padre, ¿no?, ¿pretende que diga mi padre?

mi padre con un cuchillo

—Anabela

o sea te di un techo, ¿no?, te di un nombre, ¿no?, y mi madre

(¿se queda contento, señor?)

—¿Qué es lo que

la carta de mi tío en Dondo no en su mano, en el suelo, el humo de una locomotora en maniobras no dejándome ver más que un jefe con un puñado de piedritas y cauris, mi tía secándome con la toalla

—Es así

y una sombra en la pared, ya delgada ya gorda, que me cogía en brazos y me llevaba consigo.

CAPÍTULO QUINTO

Cuando llegué a Dondo

(mapa VII, escala 1/500 y fotografías 13, 14 y 15, siendo la 13, pintada con acuarela, reproducción de una postal adquirida en el comercio llamado Roque Santeiro, en Luanda, que los portugueses, con la prisa del embarque, no tuvieron tiempo de llevarse

armazones de cama, mecedoras, un cojín de raso con una clave de sol dorada que mi madre consideraría digna de figurar al lado de la alfombra mientras Cláudia, mirando la clave de sol al trasluz

—Qué cosas inventan

la citada 13 con una flecha de tinta apuntando a un tejado y en el pico de la flecha las palabras

Nosotros vivimos aquí

se refería a la ciudad antes de la independencia

obsérvese en el pie Dondo en 1971

y las 14 y 15 a su estado actual, obra de un sargento negro que reclamó como paga mi reloj de pulsera y acabó contentándose con una estilográfica casi sin carga y un paquete de cigarrillos)

cuando llegué a Dondo sabe Dios cómo, evitando los remiendos de asfalto de las minas, aldeas de las que no quedaba ni un tubérculo de mandioca y postes de electricidad caídos, incluido gracias a un mercenario francés

(más cigarrillos y mi lima de las uñas)

en una columna del ejército, es decir, un tumulto de camionetas alemanas, dos blindados con cabritos, granadas de mortero y un violín sin cuerdas, todo con el *jeep* de los ingleses al frente

cuando llegué a Dondo con el propósito de comprender dónde había comenzado el objetivo, no vi el tejado en la punta de la flecha de la fotografía 13

Nosotros vivimos aquí

(¿quién vivió allí, quién escribió, quién informaba con orgullo a quién?)

ni los restantes tejados, ni el hospital

(un hospital pequeño)

ni la iglesia, encontré árboles solo raíz, un banco de jardín

(de esos de tablas desconchadas)

ahogado en la niebla, calles que no conducían más que a una paz de hierbas y a un silencio opaco a pesar de los grillos zurciendo pilares y ladrillos rotos, el chalé del veterinario encima y la esposa vigilándonos por un resquicio de la cortina, creo que licaones por unos pasitos presurosos y porque los oímos ladrar

no exactamente ladrar, una especie de chillidos, el sargento olvidado del reloj

—Los licaones

no nos matan por el cuello, nos muerden los tobillos hasta que caemos al suelo y al caer al suelo un hervidero de hocicos, de dientes, tuve la certeza de que me miraban desde grietas de paredes pero quién me mira aquí, un portugués, uno de América, el capitán angoleño a quien el director al teléfono desde Lisboa

(cuando llamé a Lisboa los teléfonos mudos)

—Seabra

(o el timbre sollozando en el vacío, en el número de urgencia una vocecita repitiendo sin fin

—No corresponde a ningún abonado)

la sospecha de que me miran, me siguen, tal vez el teniente coronel al capitán

—Mándenlos por el procedimiento habitual un informe diario

en Dondo el almacén del objetivo mitad de una chabola en la cual un viejo lía un cigarrillo o si no ningún viejo, mi sombra sorprendida, tal vez Marina pues se la oía decir

—Nosotros vivimos aquí

el objetivo, la mujer y el hijo del objetivo en un rincón entre fardos, colchones, y mirando mejor ni fardos ni colchones, restos de paja, polvo, en lo que quedaba de la comisaría una mujer sentada

el administrador haciendo cuenta de que no tenía miedo a los cauris y preguntando a nadie

—¿Él es negro?

de vez en cuando un reflejo de río en unas gafas perdidas

las de mi madre para leer y en la ventana las tipas satisfechas de encontrarme en casa

—Buenos días

no las tipas, las tipas no hablan

(a lo sumo algún gorrión por ellas)

la modista con la que mi madre trabajó de soltera, el barbero

—Buenos días

y yo no en África, en el barrio, estas tiendas me conocen, la Parada do Alto de São João me conoce, el empleado del garaje que jugaba a las damas con mi padrastro en los ratos libres, cuando dejaba de reparar los neumáticos

—Seabriña

introducía las cámaras de aire en un cubo de agua sucia, la lámpara del techo saltaba en el agua y él me mostraba las burbujas, me costaba apretar su mano llena de hollín, de aceite

—¿No me quieres saludar, Seabriña?

seguía hacia casa con los dedos al aire, no los míos porque me los robó el empleado del garaje, con los suyos, los recuperaba a costa de cepillo y jabón pero engurruñados, los dedos del empleado en la loza del lavabo y mi madre frotándolos bajo el grifo

—Qué asco

mi padrastro apagaba el cigarrito clandestino

—No se lo cuentes a tu madre, chaval

no fueron los licaones los que oí en la hierba mordiéndome los tobillos hasta caer al suelo, fueron ellos preocupados por las bazucas, el teléfono

—No corresponde a ningún abonado

un sonido continuo abandonándome, el buzón sin mensajes, en las juntas de los ladrillos lagartijas, polvo, si yo pudiese una punta de flecha en la cabeza

—Vivo aquí

fotografías 14 y 15, en la fotografía 14 yo

(tal vez más delgado, madre, disculpe, le aseguro que como bien, no salgo por la noche, me cuido)

en lo que fuera el almacén del objetivo, una especie de mostrador hecho de cajas de cerveza, el ventanuco hacia el río sin pájaros

(soy prudente, me abrigo)

y una aldea en la margen, todo lo que a mi padrastro, pobre, le gustaría enmarcar en la sala, un río así se compra en las ferias de provincias, señor, en medio de los faroles de petróleo y los cacharros de cerámica, nubes con un trazo rojo, casitas en una curva, para ser completo le falta un arriate de esterlicias y una oveja pastando en vez de aquel leproso

casi un animal

revolviendo hierbas, Marina en uno de estos colchones

uno, dos, tres colchones separados por fardos, en los fardos antaño maíz y hoy insectos, moho, el teniente coronel impacientándose

—¿El objetivo?

(me pongo la chaqueta si hace frío)

el empleado del garaje con un rasgón en la rodilla

—Seabriña

el cuerpo del jefe sin cinturón, sin sombrero, sin sandalias, con los talones en un cepo de alambre

(incluso anoche cené un bistec, madre, no me riña)

en Lisboa caminábamos sobre bayetas por el pasillo, por la sala, por la habitación, porque mi madre había encerado el día anterior pero no existía Lisboa, a lo sumo la máquina de arreglar neumáticos silbando en el cemento mojado, yo en busca de rastros del objetivo en Dondo y solo una palangana donde la tía de Marina le enjugaba las lágrimas y explicaba

—Es así

ningún diamante, una estera con mandioca y mi padrastro de bayeta en bayeta, yo en Dondo sabiendo que en Dondo solo había una cantina y sin embargo la buscaba, Marina, no buscaba a su tío, la buscaba a usted intentando descubrir cómo vivía antes del apartamento en Luanda, yo según las órdenes esperándola en la acera

—En tres o cuatro días nos resuelve el problema, Seabra

no según las órdenes, desde mi partida no había órdenes y yo fingía ante usted, ante mí, ante quien iba a llegar de Portugal o me observaba ya desde una ruina vecina que me obligaban a esperarla en la acera, cuando mi padrastro empeoró el empleado del garaje en el felpudo puesto que mi madre

—Tal como trae las botas no se le ocurra dar un paso más, señor Fortuna

la tía de Marina secándola con la toalla mientras que la columna del ejército se alejaba en dirección a Malanje

—Puede ser que en Malanje, Seabra

un municionero disparaba a los licaones y yo para mí

—¿Cómo era Dondo, Marina?

la vecina de la planta baja a mi madre

—¿Su hijo?

y el hijo mugiendo en dirección a una espada, pregunté a Marina en el hostel de los paquistaníes al mismo tiempo que las ametralladoras repetían y repetían en las esquinas

—¿Su hijo, Marina?

puesto que hubo un hijo, Marina, me explicaron en el Servicio que hubo un hijo, el teniente coronel mostrándome una página que no leí, el responsable del octavo piso no es esa es la siguiente, el teniente coronel golpeando en la página es esta, sacudiéndola sin darme tiempo a verla y asegurando si coge a su hijo, Seabra, tendrá a la pequeña en sus manos, tal vez uno de esos niños con muletas que corren entre las sobras, desnudan cadáveres y piden limosna en Alvalade, los paquistaníes defendiéndose con la tranca

—Los niños

al teniente coronel no se le conoce la edad, no se le conoce a su padre,
yo volviéndome en la cama a la que le faltaba la sábana, la manta

—¿Su hijo es mulato, Marina?

y Marina

—Cállese

si ella tuviese un martillo y un clavo, si tuviese un cuchillo, un altavoz
amplificado por el hueco de las plazas o la extensión del garaje

—Seabriña

(claro que me lavo los dientes, madre)

insistiendo en órdenes en portugués y en quimbundo

órdenes, disparos, una granada más lejos, si tuviese un alfanje como el
criado de los vecinos

o el profesor, o su padre

qué me haría, Marina, yo respondiendo por usted

—Lo mataría

y la rodilla de Marina dura contra mi rodilla

—Cállese

como si la botella me permitiese callarme en esta hacienda de algodón y
girasoles difuntos, repare en los escarabajos contra la llama del
petróleo, en los mosquitos que se queman en el cristal, crepitan, se
encogen, gotean hechos ceniza en el suelo, los faros de Luanda rescatan
de la oscuridad a su tío, mi madre enderezando la alfombra, el padre de
su hijo que no atino a saber quién es midiéndonos callado, dígame quién
es, Marina, el director lo ignora, el teniente coronel lo ignora, los
angoleños lo ignoran, tal vez su tío no lo ignore y Marina

—Cállese

la mano en mi boca, el alfanje, la navaja, alguien por el lado de los
soportales desobedeció a los *jeeps* dado que un freno, un haz de luz y
una descarga sin fin, una mujer descalza

¿usted, Marina?

agachada entre puertas o uno de esos ciegos de la guerra con los dedos
en busca de la propia vista en el aire, usted no, usted casi acostada

sobre mí y yo sintiendo sus músculos, el olor, lo que se me antojaron lágrimas adivinando que iba a mencionar al huérfano recogido en Dondo y por lo tanto su hijo un mulato con un padre de poblado, antes de que mi cuerpo se deslizase por la pared, antes de que el collar de ágatas y el vestido rojo usted

—Cállese

por qué

—Cállese

si yo no estaba conversando con usted sino con el viento de la tierra porque todo pertenece a la tierra en Angola, las nubes, por ejemplo, que bien las distingo bajando hasta el capín, las personas y las casas que regresan al suelo después de agitarse un momento en una pregunta a la que nada responde, encuéntrame deprisa, en esta hacienda a cincuenta kilómetros de Luanda, antes de que vuelva a la tierra también, mis hombros desaparecen, mi cabeza desaparece, la foto de los hijos del delegado regional desaparece ahí atrás

desapareció ahí atrás

de manera que encontrarán, en vez de a mí, un gollete en un peldaño y unos cuadernos superfluos

los cuadernos en los que escribo, Marina, esos cuadernos, su mano en mi boca

—Cállese

nada más que su mano en mi boca

—Cállese, váyase, cállese

el amado mío para mí, yo para él, que se apacienta entre las azucenas. Hasta que sople el día y las sombras; tórnate, semejante, amado mío, a la cabra, o al corzo sobre los montes de Bethel ^[2]

nosotros en Luanda, Marina, y usted expulsándome, uno de los paquistaníes en el pasillo a la escucha, mi padraastro, con temor a mi madre, desaparecía por la acera escondiendo el cigarrillo, yo

—¿El padre de su hijo el objetivo?

(hasta ahora ni una gripe, madre)

en el mi lecho en las noches busqué al que ama mi alma; busquéle y no le hallé. Levantarme he agora, y cercaré por la ciudad, por las plazas y lugares anchos buscaré al que ama mi alma; busquéle y no le hallé.

*Encontráronme las rondas que guardaban la ciudad. Preguntéles:
¿Visteis, por ventura, al que ama mi alma?*

sus músculos, Marina, su olor, su peso, la chabola donde su tío o el
huérfano escondidos, su aflicción que yo

a poco que me aparté de ellas anduve hasta hallar al que ama mi alma.
Asíle, y no le dejaré hasta que lo meta en la casa de la mi madre, y en la
cámara del que me engendró. Ruégoos, hijas de Jerusalén, por las
cabras o por los ciervos del campo, que no despertéis ni hagáis velar el
amor hasta que quiera

encontrase a su tío, Marina

fíjese en que no menciono al huérfano, menciono a su tío y no me diga

—Cállese

no me impida hablar, es mi trabajo, déjeme

*¿quién es esta que sube del desierto como columna de humo de oloroso
perfume de mirra e incienso y todos los polvos olorosos del maestro de
olores? Veis el lecho de Salomón; sesenta de los más valientes de Israel
están en su cerco. Todos ellos tienen espadas y son guerreadores sabios;
la espada de cada uno sobre su muslo por el temor de las noches. Litera
hizo para sí Salomón de los árboles del Líbano. Las columnas hizo de
plata, su recodadero de oro, la silla de púrpura y, por el entremedio,
amor por las hijas de Jerusalén. Salid y ved, hijas de Sión, al rey
Salomón con corona con que le coronó su madre en el día de su
desposorio, y en el día de la alegría de su corazón*

Dondo quieto, tal vez el río Cambo de la desembocadura al nacimiento
transportando consigo un gollete, un cuaderno, usted, Marina, de perfil
a mi lado y su voz

—Cállese

*¡sus!, vuela, cierzo, y ven tú, ábrego, y orea el mi huerto; y espárzanse
sus olores. Venga el mi amado a su huerto, y coma las frutas de sus
manzanas delicadas*

el responsable del octavo piso guiando a mi madre por el pasillo, la
plaza de toros apareciendo y desapareciendo según ventanas o pared,
desapareciendo de una vez en la entrada

—Somos una empresa de exportación de mermeladas con muy pocos
empleados, su hijo nunca trabajó con nosotros, señora

ayudándola con el cierre del bolso y no lo deje abierto, señora, con
tantos rateros que andan por ahí, un señor tan respetuoso, madre, tan

simpático, yo a mi madre ofreciéndole la botella frente al girasol, al algodón

—¿Le apetece?

camino de Malanje un grupo de mandriles en una ladera

y Marina en Luanda

—Cállese, cállese

cuando yo en el hostel

—¿Su tío?

yo en la acera del edificio

tan mal actor

—Qué sorpresa

Cláudia que se impacientaba si yo hablaba y me señalaba a Marina

—¿La conoces?

y en el interior del

—¿La conoces?

un escándalo horrorizado

—Tiene sangre negra, ¿no?

el teniente coronel aseguraba que no eran más que ratas y las ratas se aplastan con una escoba, un guijarro

—Basta con un guijarro, chaval

las ratas, Seabra, ni siquiera dan mucho trabajo, nos acercamos a ellas y las aplastamos con una escoba, un guijarro, tres o cuatro días aplastando a una rata y va a ver el tiempo que le sobra para los cocoteros de la isla, yo no lo llamaría trabajo, lo llamaría vacaciones, desembarca, soluciona la cuestión y unas vacaciones gratis, qué suerte, su tío

Marina

se apeaba del tren, se instalaba en la sala

—Tu hija ya no crece más, ¿no?

se demoraba mirándolos, recorriendo las cosas y de repente el brazo en dirección a su padre

—Llévate a tu hija que no crece y espera ahí fuera, amigo

allí fuera donde el viento y las palmeras y en lugar del viento su padre rondando la casa, alejándose, haciendo como que se alejaba

no se alejaba

su padre con un clavo y un martillo, encontrándola y soltando el martillo, gracias a Dios que a usted, Marina, el viento y las palmeras le impedían ver bien, ¿no?, gracias a Dios que una fragata o las olas

—Estamos aquí, Marina

convenciéndola de distraerse, si le preguntase

—¿Le gustan las fragatas, las olas?

usted

—Cállese

la mano en mi boca en el hostel de Luanda, los *jeeps*

¿se acuerda de los *jeeps* ?

ladrando

—Alto, alto

en el vacío de la ciudad, cuando su tío se marchaba encontraba a su madre en la cocina, su padre en el diván donde había estado su tío, algo en la habitación que había cambiado sin cambiar

por qué motivo quiere a su tío, Marina, por qué motivo no acepta que yo lo

y la mano desprendiéndoseme de la boca atenta a una ráfaga, no salió de mi habitación por querer, fue su tío quien

—Levántate

mostrándole la plaza en Dondo en la que el jefe echaba cauris, piedritas, nosotros camino de Malanje abriendo senderos en el bosque, los faros que se encendían y árboles, la tierra de África solo árboles, Marina, hojas, ramas, troncos y por lo tanto qué importancia tiene que su padre quisiese hablar y que no hablase, ¿no?, su madre de espaldas a ustedes

(idéntica y diferente pero ¿diferente en qué?)

encendiendo la cocina, le parecía que la media de la pierna izquierda enrollada, el pelo casi igual aunque el collar de ágatas torcido

no podría explicar cómo pero torcido, tal vez el cierre no en la nuca, de lado, su padre

—Anabela

arrepintiéndose del

—Anabela

callándose, sembradíos de girasol como este y Malanje tan desierta como Dondo, los mismos edificios derrumbados, los mismos ciegos, su madre encontrando el cierre del collar y girándolo hacia la nuca, alisando la media, colocando el mantel, las servilletas, la ensalada, su padre

—Anabela

y desdiciendo el

—Anabela

con un gesto

pesaba muchísimos kilos el gesto

cogiendo el cuchillo y desinteresándose del cuchillo, su madre sirviéndole a usted, Marina, sirviéndole a su padre, sirviéndose, gracias a Dios la fragata o las olas que por la noche se acercaban casi hasta el patio

—Estamos aquí, Anabela

gracias a Dios los culantrillos que la ocultaban de usted, la comadreja disecada en el armario y distraía a su padre con la comadreja, impídale que se esconda en las mangas, el vestido rojo hinchándose y deshinchándose, antes de que usted

—No llore, madre

su padre, aunque sentado a la mesa, desde mucho más lejos que la mesa

—No finjas

no su voz, otra voz, no conocía la otra voz y la otra voz, la del extraño

—No finjas

o la voz de la comadreja, o la voz de los culantrillos

—No finjas

no su padre, no se preocupe por su padre en silencio, repitiendo las coles, partiendo el pan, oyendo la portezuela de la jaula, comiendo

su padre buscando la escopeta

perdón, soy yo quien escribe la novela, su padre comiendo

su padre buscando la escopeta, trayendo los cartuchos del cajón, colocándoselos en el cinturón

no tenga miedo, madre, esto es una historia, palabra, todo invención, todo artificio

su madre con los cacharros unos sobre otros

una historia

entre la mesa y la cocina, su padre cargando la escopeta, el mar reuniendo desperdicios y liberándose de ellos, las palmeras o los culantrillos más fuertes

yo duermo, y el mi corazón vela. La voz de mi querido llama: Abre, hermana mía, compañera mía, paloma mía, perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos de las gotas de la noche. Desnúdeme mi vestidura: ¿cómo me la vestiré? Lavé mis pies: ¿cómo me los ensuciaré? Mi amado metió la mano por el resquicio de las puertas, y mis entrañas se me estremecieron en mí. Levánteme para abrir a mi amado, y mis manos gotearon mirra, y mis dedos mirra que corre sobre los goznes del aldaba. Yo abrí a mi amado, y mi amado se había ido, y se había pasado, y mi ánima se me salió en el hablar de él. Busquéle, y no le hallé; llaméle, y no respondió. Halláronme las guardas que rondan la ciudad; hiriéronme; tomaronme el mi manto, que sobre mí tenía, las guardas de los muros. Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, que si halláredes a mi querido, me lo hagáis saber. Que soy enferma de amor

el mar reuniendo desperdicios y liberándose de ellos, las palmeras o los culantrillos más fuertes, su madre ordenando las servilletas, los vasos, bajando el peldaño de la cocina, escudriñando la noche como yo escudriño la noche en esta hacienda, Marina, como usted escudriña la noche en Luanda sabiendo que soy el criado de los vecinos, el que ayuda en el mercado, el profesor, su tío, su padre, el que pregunta en el barrio obrero de Lobito

—¿Tu hija no crece?

el que le sujeta el hombro dirigiéndose a usted no en el hostel de los paquistaníes con unos pantalones y un blusón colgados de un clavo y ni una sábana siquiera

—Se han acabado las sábanas, señor

junto al

—Esta era la casa

y el mar a la izquierda, el mar allí abajo siempre a nuestra izquierda, con un alfanje, un cuchillo, una escopeta de caza antigua

—Levántate

ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, duros como el infierno los celos, las sus brasas brasas de fuego encendido vehementísimas. Muchas aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos lo pueden anegar. Si diere el hombre todos los haberes de su casa por el amor como si no los preciase

su tío muerto cuando un ciego en Malanje a mí

—Señor

el huérfano muerto en la chabola, su hijo

—Cállese

su hijo, Marina, un niño corriendo entre los charcos de un depósito de agua hasta que los militares del gobierno lo encontraron y por tanto su hijo

un mulato o un blanco, un mulato hijo de un huérfano o un blanco hijo de su tío del mismo modo que usted es hija de su tío y el director

—No puede ser, Seabra

yo por primera vez enfrentándolo

—Espere

el Presidente, la bandera, la corneta de la plaza de toros llamándome y yo

—Suspenda la espada un momento, espere

yo en la colina de Luanda cerca de la fortaleza

yo soy muro y mis pechos como torres; entonces fui en sus ojos como aquella que halla paz. Tuvo una viña Salomón en Baal-Hamón; entregó la viña a los guardas, y que cada uno traiga por el fruto de ella mil monedas de plata. La viña mía, que es mía, delante de mí; mil para ti, Salomón, y doscientos para los que guardaren su fruto

yo en la colina de Luanda cerca de la fortaleza construida no me interesa en qué siglo

y el mar abajo, el mar a mi izquierda allí abajo

yo corriendo como cabrito montés o cerdo joven por los montes perfumados mientras los *jeeps*

—Alto, alto

no a un viejo, no a una mujer agachada, a un faro que me busca, me encuentra, me pierde, me encuentra de nuevo y yo quieto contra el batiente de una puerta, yo

—No

y volví a correr en dirección a Bengo o a un garaje en la Parada do Alto de São João en la que el empleado

—Seabriña

me mostraba un cubo de agua sucia donde se reflejaba, en mil pedazos, mi cara astillada.

CAPÍTULO SEXTO

Seabra no dio con nosotros en Dondo ni en Malanje y sin embargo si tuviese menos miedo de encontrarnos

porque tenía miedo a encontrarnos, miedo a nosotros, la primera vez que coincidió conmigo en Luanda, no frente a este edificio, sino en el barrio de chabolas cercano al matadero donde los cubanos colgaban en los ganchos a los del sur y donde me escondía entonces

(por la noche aquella brisa color de tripas que me impedía dormir)

él con su ropa demasiado abrigada de Lisboa, la misma que debía de usar desde hace no sé cuánto tiempo

(¿semanas, meses?)

el barco lo trajo a esa zona del muelle en la que aún seguía parte del equipaje de los portugueses en fuga, él con lo que suponía una sonrisa, entrelazando los dedos como iniciales de servilleta

—¿Es la señorita Marina?

tan inofensivo, cohibido, lento, esperando que me extrañase su pregunta, me sorprendiese, mintiese

—No

o comprendiese sus advertencias

(sus ruegos)

y no lo dejase volver a verme

—Tan grande Angola, Marina, Cabinda, Narriquinha, Chiúme, sin hablar de Zambia o el Congo, no me deje volver a verla

hasta el punto de enviar un telegrama a los que mandaban, los que mandaban lo recibiesen y después de haberlo recibido creyesen en él

Seabra a vueltas con el libro cifrado al que los días iban quitando páginas

PQSBV3; 2MX

esto es solicito autorización para considerar mi trabajo terminado, y pasados dos jueves la respuesta de Lisboa fuese un telegrama también,

un mensaje en el buzón inútil o un tipo igual a él enviado de Portugal con promesas parecidas y mentiras parecidas

la misma ropa demasiado abrigada, el mismo recelo, el mismo pasmo, solo que en vez de

—¿Es la señorita Marina?

los dedos aumentaban las iniciales en un bordado confuso

—¿Es el señor Seabra?

igualmente tan inofensivo, cohibido, lento, esperando que a Seabra le extrañase la pregunta, se sorprendiese, mintiese

—No

y finalmente ni una pregunta, la desconfianza del director, del teniente coronel, del responsable del octavo piso naciendo

qué extraño

de ropas demasiado abrigadas, de una manita incrédula que revolvía documentos, dudaba, se enfadaba

—Pruebe que ha acabado su trabajo, Seabra

cuando habría sido tan fácil encontrar en Malanje o en Dondo la choza de la que bastaría con levantar la estera para dar con los diamantes y a ocho pasos la sepultura cubierta de hojas de la mulata que mi tío trajo de un lugar cualquiera

(¿de dónde?)

instaló en el almacén y nunca supo quién era, una vieja agachada en medio de la noche en el capín sacudiendo un paipay, casi vestida como una blanca y con zapatos de hombre, mi tía farfullando quién sabe qué al verla, mi primo molesto

—¿Cómo?

y en cuanto mi primo

—¿Cómo?

mi tío arrimándose el mostrador y mi tía muy deprisa

—Nada

algo en común entre él y la mulata, el contorno de los párpados, la manera de andar, la actitud del cuerpo que me recordaba a mi padre cuando se pasaba los domingos en el patio oyendo los trenes, juraría que la conocía sin poder conocerla y en esto una tarde muy antigua en Lisboa precisándose, el recuerdo de una mujer con un pañuelo en la cabeza, creo

(no estoy segura, todo es muy vago)

que una mujer con un pañuelo en la cabeza según creo

(todo menos vago ahora)

que mi padre

—No me trate de tú que me hace perder el empleo, tráteme de usted

mi padre escondiéndola de sus compañeros

—No salga de la cocina

mi madre y los ojos de él implorantes

hagan cuenta de que creen en mí

—La mandaron de Dala-Samba para ayudar en la limpieza

el

tlec tlec

de la jaula distrayéndome de la vieja, intentaba recuperarla, el recuerdo parecía centrarse y se me escapaba, quedaba la incomodidad de mi padre

—No se deje ver

no lograba distinguirla lavando ropa al fondo, mi padre llevó un saco a la camioneta por la mañana hablando con una especie de sombra

yo dispuesto a comprender de nuevo y el

tlec tlec

de la jaula distrayéndome, casi vi a mi padre

—Vámonos

yo admirada de ver a mi madre contenta fregando la habitación de la trasera, una hebilla de pelo que le cruzaba la frente

—Aquí no ha estado nadie, Marina

creí recuperarla en Dondo

el mismo bulto lavando ropa al fondo

pero tal vez me equivoqué, imágenes tan desvaídas tan gastadas

—No puedo haberla conocido y la conozco

mi tía tan ansiosa como mi madre, enfadada, y antes de que mi primo

—¿Cómo?

mi tía muy deprisa

—Nada

(mi primo cuya cara apenas reconocía fuera de la palangana en la que me lavaban)

—Madre dice que hay olor a negro en la cantina y no es de los otros negros, es de la mulata, padre

y yo casi entendiendo otra vez sin entender que entendía, supongo que entendiendo que entendía en el momento en que mi padre de repente allí a pesar de haberse quedado en el cementerio de Lobito, con un seto de alhelíes y la foto en un corazón esmaltado

—No me trate de tú que me hace perder el empleo, trátame de usted

yo en el momento en que el vergajo con el que mi tío azotaba a los negros que le debían dinero o él decidía que le debían dinero encontró el cuerpo de mi tía y le rasgó la blusa, el tejado

claro

siempre dispuesto a apaciguar el mundo y a mitigar las desgracias

tic tic

en el patio, la boca de mi primo al crecer en la palangana me impedía ver a mi tía detestándolo apoyada en las cajas de pescado seco, su expresión formando la palabra

—Negro

y esto, la palabra y el odio, también podría haberlo encontrado Seabra, con menos miedo a nosotros, en el agua de la palangana en las ruinas de Dondo, la palabra que mi tía no se atrevía a decir, así como podría haber encontrado la sepultura de la mulata separada de las otras, la única con una cruz en la cabecera y el búcaro de cristal para las flores que nunca tuvo y un soldado del Gobierno pisó sin querer, me acuerdo del entierro

(pienso que me acuerdo)

pienso que mi primo

—Madre dice que la negra se durmió en el capín, padre

o sea

—La blusa rasgada dice que la negra se durmió en el capín, padre

o sea

—La marca del vergajo en el cuello contenta porque la negra se durmió en el capín, padre

el paipay roto y mi tío que recogía el paipay, dándose cuenta de que lo miraban, abandonándolo con rabia

casi con rabia

con lo que intuía que era lo contrario de la rabia y yo entonces entendiéndolo todo, yo

—Es su madre

yo

—Es la madre de mi padre

yo sorprendida de mí misma

—Soy negra

y observándome por primera vez de una manera diferente, yo al huérfano de Dondo

—Soy negra como tú

y el vergajo de mi tío en mi cintura, en las piernas sin apoyarme en las cajas de pescado, sin detestarlo siquiera, sin tiempo para detestarlo porque había escuchado a mi padre

—No me trate de tú que me hace perder el empleo, trátame de usted

esto, tan obvio, tan nítido, en las ruinas de Dondo también, los compañeros de mi padre no lo invitaban a casa, no comían con él, tráeme el periódico, tráeme cigarrillos, tráeme ese cubo, paseábamos en la playa solos, pescábamos solos, nos sentábamos los domingos solos en el restaurante donde el dueño conversaba con mi madre sin conversar con nosotros

no existimos, padre, no somos, no son personas siquiera, qué se espera de los negros, el hermano de él, por ejemplo, cuando se murió su madre en lugar de llorarla le rompió el paipay y cerró el almacén no por disgusto, sino por pereza, para ganar un festivo, no organizó un velatorio, no invitó a los vecinos, no respetó a la difunta, vació dos cajas de pescado seco y la acomodó allí dentro en vez de encargar un ataúd, tal vez un cabo belga llamando en Dondo la atención de Seabra

—¿Ha visto alguna vez, amigo, un ataúd de cajas de pescado seco?

y Seabra, sin hacerle caso, aliviándose de la ropa demasiado abrigada de Lisboa seguro de que en cualquier punto de la aldea de los leprosos, del río que corría de la desembocadura al nacimiento, de los árboles, de las únicas cosas que seguían existiendo en África, ciudades vacías, capín y árboles y sobre ellas un tonito ácido

del director, del teniente coronel, del responsable del octavo piso, del compañero que caminaba a su encuentro disimulando la pistola

—Pruebe que ha acabado su trabajo, Seabra

el tío que no organizó un velatorio, cavó la tierra junto a los troncos y mi tía secándome con la toalla, la cara de mi primo en la palangana

—Padre

en el momento en que la pala alisaba la tierra, mi tío le clavaba el crucifijo de dos palos y buscaba alrededor una flor para el búcaro

—Ni una lápida, ni un nombre, ni una flor en la tumba, ni siquiera son personas

(—Ni siquiera son personas, ¿sabía que ni siquiera soy una persona?)

mi tío ordenándole a mi primo a quien nunca miraba

—Dile a tu madre que se acabó el olor a negro en la cantina

el olor

nuestro olor

que Seabra distinguiría

tan fácil

al bajarse de la columna junto al almacén y no solo el olor, el paipay abandonado

abandonado no, tío, a propósito en la hierba, la marca de los neumáticos de la furgoneta en la que después de la consulta al jefe, de las piedritas, de los cauris

y el jefe escribiéndonos el destino con el dedo

partimos hacia Malanje tal como tú años después, sabiendo

(no nos habíamos cruzado todavía)

que si no nos descubriese en Malanje estaríamos en Luanda, en la

—Esta era la casa

o en una de las chabolas que prolongaban la ciudad hacia el norte y el Gobierno

o alguien mandado por el gobierno, o sus dueños en Lisboa

lo señalarían

—Aquel

mi tío creyendo descubrir a mi madre en las cabañas de la isla en las que casi no quedaba ninguna muchacha, descorriendo cortinas de fragmentos de lona

—Anabela

como si mi madre fuese importante para él, deshaciéndose de alguna que otra gallina, de algún que otro trapo, de algún que otro crío descalzo que por allí insistía en revolver con una cuchara de madera en un cazo vacío

—Anabela

mi tío entrando en las cabañas de la isla adonde no iban los ricos y no se ve desde Luanda, se ve el viento en las copas

parece extraño lo que digo pero en serio que se ve el viento en las copas, no cocoteros que se agitan, el viento mismo, la persona del viento y junto con el viento unas mujeres de ese color amarillento que los blancos adquieren en África, sin cabarés, sin clientes, sin collares de

ágata ni vestidos rojos, sin la caridad de un barco que las devuelva, de pura pena, a Europa, a quienes la partida de los contrabandistas de diamantes y de los industriales del café condenó a los cubanos y a los rusos, y mi tío como si siguiese viviendo en Dala-Samba, no lo hubiesen ido a buscar desde Lisboa, no se viese obligado a escapar de barrio en barrio

una rata

—Anabela

mi tío a mí en un refugio cualquiera de Cazenza, esquelético creo yo, consumido hasta los huesos creo yo

—Anabela

conociéndome cuando me aproximaba, rehuyéndome con la mano

—Vete

un viejo a quien Seabra se acercaba día tras día

—Un trabajo sencillo, una cuestión de rutina

preguntando, pagando, tachando zonas con rayas en la lista, esta manzana, esta plaza, acosándolo en una ciudad cada vez más reducida, más simple, unos pocos agujeros de mortero, unos escombros, Seabra trazando círculos a lápiz en el hostel de los paquistaníes, yo

—¿Qué es eso?

y él

—Su tío

hablándome de una hacienda de girasol y algodón donde vacilaría después, de una alfombra a la que le enderezaba los flecos, del empleado de un garaje llamándolo sobre un cubo y un neumático

—Seabriña

del cuerpo del padrastro impreso en el sofá, de una plaza de toros donde lo aguardaba una espada, Seabra cotejando apuntes, estudiando notas, pidiendo que me acostase con él sin tener en cuenta las granadas y la ausencia de luz en Luanda, tres o cuatro días a lo sumo y al final la vida entera o lo que le quedaba de vida hasta que otro individuo terminase por él el encargo de Lisboa, Seabra en el hostel de los paquistaníes que nadie más habitaba salvo tal vez

(me parece)

un huésped cuyos pasos oíamos en una habitación, a veces inexistente y a veces demasiado próximo, tan próximo que se diría con nosotros, que se diría posible verlo, tocarlo, un huésped

(me dio la impresión)

que Seabra incapaz de habituarse a África sabía quién era

(un camarada, un amigo, un agente de la confianza de quienes los dirigían a ambos)

o por lo menos temía, él atento a los pasos, en busca de una botella entre ropa sin lavar y periódicos que alzaba hacia mí ofreciéndola con una delicadeza medrosa

—¿Qué deseaba su tío en realidad?

el líquido de la botella derramándose en el colchón y Seabra sin fijarse en el líquido

—¿De quién quería vengarse?

Seabra que no solo no se habituaba a África sino que no alcanzaba a ver qué era África, se movía en medio de ruinas y troncos pensando que eran troncos y ruinas solamente, este calor, esta fiebre, estos animales extraños, esta violencia sin razón, estas ratas en fuga, mi tío no estableciéndose con una cantina en Malanje, traficando con diamantes en la frontera y vendiéndoselos a los judíos provistos de reactivos y balanzas y lupas, lo recibían como a cualquier otro negro o a los desertores del ejército que, a pesar de la guerra, decidieron quedarse cribando el agua con la esperanza de hacer fortuna, los judíos en sus casitas cuidadas con ánforas de barro que imitaban la porcelana de la India, encendiendo por la noche una lamparita sobre un rombo de terciopelo, pedían

(no pedían, ordenaban)

—Trae

abrían el saquito de mi tío, separaban las piedras, se interesaban por un brillo, se desinteresaban del brillo, probaban el reactivo en un fragmento opaco y el fragmento se disolvía, los judíos a mi tío devolviéndole el saquito

—No valen

sin que mi tío los oyese desde las cabañas de la isla, mi tío

(le digo yo)

apartando lonas y gallinas y críos que revolvían sartenes vacías con cucharas

—Anabela

Seabra agachándose y destrabando la pistola en el hostel como si caminase buscando las cabañas en medio de arbustos, de matorrales

—¿Qué?

el barco lo trajo a esa zona del muelle donde un resto del equipaje de los colonos en fuga permanecía intacto, muebles que la marea terminaba balanceando eternamente en el pontón

los colonos que noche tras noche aguardaban a los barcos y creíamos lejos finalmente no en Europa, frente a nosotros, en Luanda, balanceándose sin fin en el pontón, Seabra en la isla o en la habitación del hostel

—Marina

(no Anabela)

—Marina

no llamándome, pidiendo que lo acompañase al muelle para protegerlo de los militares del Gobierno, de los mendigos, de los ladrones, que lo ayudase a marcharse, a olvidarse de nosotros, a llegar a su edificio, a observar desde el balcón el cementerio, el garaje, una franja del Tajo en la que oscilaban unas luces, el padrastro fumando a escondidas en la farmacia, Seabra que no descubrió nuestro rastro en Malanje

(-En Malanje, Seabra)

donde los judíos rechazaban los diamantes de mi tío y de los negros tan desgraciados como él, el río entre escarpas encima de Marimbanguengo y de la pista en la que no aterrizaba nadie y que separaba Angola del Congo

de Marimbanguengo me acuerdo porque mi tío

—Levántate

sin preocuparse por mí, sin mirarme

—Levántate

y yo con él cribando terrones y arena, ningún comercio, ninguna hacienda, un antiguo palacio o algo así

no palacio, una vivienda de rico y un patio con baldosas rodeado de palmeras, dos o tres mujeres a las que mi tío visitaba en el poblado alisándose la camisa y con el sombrero en la mano como si llegase a Lobito

—Anabela

y después de una hora o dos hablando de esto y lo otro en el tono en que se dirigía a su hermano y a su cuñada me echaba molesto

—Desaparece

señalando el palacio o vivienda o lo que fuese con cuernos de búfalo en las paredes sin revoque y una cantimplora abollada que destilaba olor a vino, mi tío salía de las chozas sin despedirse de las mujeres, ahuyentando a un perro con la bota, limpiándose los pantalones con paja, ordenando

—Marina

arrodillándose conmigo

(y Seabra en el hostel de Luanda arrodillándose con nosotros)

observando el agua, no estuvo en Marimbanguengo

(el director

—¿Marimbanguengo?

con la nariz en el mapa, quejándose de las gafas, unas letritas minúsculas entre letritas minúsculas casi en el vértice del distrito

—¿Esto es Marimbanguengo?)

y a mí que siempre me gustó ayudar señalé Marimbanguengo es ese punto, si pide una lupa podrá ver el palacio o vivienda de rico

vivienda de rico, casi no hay palacios en África, esas casas de un lujo exagerado y luego abandonadas a las hierbas que los negros del sisal rodeaban con miedo sin valor para entrar, si pide una lupa distingue las escarpas que separan Angola del Congo, la altiplanicie en la que se movían camionetas y soldados

porque entonces era la guerra con los portugueses, y sobre todo

(¿no era eso lo que querías, no es por eso que estás conmigo, aborreciéndome, espiándome?)

bajando más allá del poblado hacia el río y evitando ese pantano, ese peñasco, ese cañaveral en el que tal vez una mina ha de encontrar a mi padre

(qué difícil esta novela, no obedece, no se doblega, he escrito mi padre en lugar de mi tío)

ha de encontrar a mi tío en medio de los negros

de las ratas

hurgando en las arenas con una criba o una alforja, estudiando barreduras, echándonos, recomenzando, mi tío un hombre inofensivo, ¿no le parece?, tan desamparado, tan solo, no se entendía el motivo por el cual se quejaba el Gobierno de Luanda, el ministro

—Un desbarajuste en África con un objetivo que se quedó allí, usted tranquilice a esa gente

convencido de que usted conocía realmente a los negros y convencido de que mi padre

(ya estamos)

de que mi tío era blanco, convencido de que no había ninguna madre mulata, ninguna abuela bundi-bangala igual a esas dos o tres mujeres a quien él

—Anabela

imaginándose en la isla de la misma forma que Seabra estaba convencido de que yo era blanca, yo en la habitación del hostel

—Soy mestiza

y no se oían los *jeeps*, ningún *jeep* de la policía en la calle, no se oía a los paquistaníes ni los pasos del huésped en ninguna otra habitación, se oía una trainera saliendo de la bahía

(¿quién me cuenta esta historia, quién narra esto por mí?)

una trainera no, ni pájaros, ni mulatas que te mejoren el capítulo, António, te despiertas con la novela, te duermes con la novela y Marina a la que pensabas haber creado y se creó a sí misma insistiendo dentro de ti

—Soy mestiza

esta narración que más que las otras se ha convertido en una enfermedad que te desgasta y de la que no sabes curarte, puede ser

anda, prueba

una sospecha de viento o un sollozo de pavos reales

no había pavos reales, ¿con tanta hambre cómo podría haber pavos reales?

en la fortaleza antigua nada salvo nosotros, Seabra y yo y en la ventana Mutamba, en Mutamba las criadas lisiadas, los pordioseros, los ciegos que salían de los edificios, después de las bazucas, disputando los cadáveres, yo casi con pena de él y de su misión sin fin, casi deseando que el empleado del garaje lo distrajese con un cubo de agua sucia y un neumático

—Seabriña

el calendario sobre la mesa de las herramientas en la que una muchacha rubia, vestida de Papá Noel, le ofrecía el pecho que no tengo

(—¿Tu hija no crece?)

entre renos falsos

—Seabriña

no un cuerpo femenino, incluso después de mi hijo un cuerpo de muchacho, el pelo cortado a tijeretazos al azar, yo intentando distraerlo

—¿Le gustan los cuerpos como el mío, señor Seabra?

a falta de un cubo y de un neumático sabiendo que si mi tía sospechase

—Déjalo

—Nos matará, déjalo

—Será el culpable de que nos quemen la casa, déjalo

mi tía sí blanca, blanca y madre de un mestizo, mi tía que tal vez supiese de mi madre y de su marido y

—Fui tan estúpida

qué estúpida fue, ¿no?, cómo se dejó engañar, solo muy tarde

—Tú hueles a negro

y el vergajo en el cuello, en la blusa, cómo pudo secarme con la toalla, darme de comer, aceptarme, yo mestiza, yo en el silencio de Mutamba

—No soy blanca, señor, soy mestiza

mi voz sustituyendo a la trainera, al viento, a los pavos reales

(¿te apañaste bien con los pavos reales en otro libro?)

y Seabra me observaba mejor, volvía a observarme, sostenía la botella, dejaba la botella al darse cuenta de que la sostenía, sin dar crédito

—¿Mestiza?

de modo que imagínese a una mestiza enrollando la alfombra de su madre, intrigando a los vecinos, apestando la casa, Seabra comunicando a Lisboa sin que nadie respondiese

(—No podemos responderle, Seabra, suponga que los periódicos descubren su conexión con el Servicio)

comunicando a Lisboa el objetivo no es portugués, no es blanco, es asunto de negros, no es asunto nuestro, sus telegramas a la espera en el correo, sus cartas sin abrir en el felpudo, el director al teniente coronel entreteniéndose con los minaretes de ladrillo de la plaza de toros y pasándosele por la cabeza las banderillas, la música, la espada

—Hay que interrumpir el trabajo, desmentirlo todo, ¿cómo lo silenciamos ahora?

sin embargo Marimbanguengo tal vez ni siquiera un puntito, un error del impresor, un defecto del mapa, el teniente coronel al responsable del octavo piso que intentaba rascar Marimbanguengo con la uña

—Se le comunica al Ministerio que es un defecto del mapa

sin embargo mi tío y yo entre Marimbanguengo y Malanje, es decir, entre la vivienda en el patio de palmeras y baldosas y una choza por el lado de la carretera de Salazar donde murió el padre de mi tía

o no murió puesto que la cara igual, el cuerpo sentado en la actitud de costumbre y solo el papel del cigarrillo en el suelo, mi tío quitándose el sombrero despacio, rascándose, mi primo cogió el cigarrillo y le dio una calada a escondidas, el director en Lisboa

—¿No lo lloraron siquiera?

sin saber que en Angola no lloramos, nunca tuvimos lágrimas, les dejamos eso a los tejados, después de la lluvia

tic tic

les dejamos eso a las traineras de Lobito, a las cancelas abiertas, a las puertas de las jaulas toda la noche

la madre de Seabra diría toda la santa noche y la puerta de la jaula toda la santa noche

tlec tlec

doliéndome, mírelo en el puntito de Marimbanguengo con la lupa, mírelo cómo cabe en el puntito mi disgusto por el tucán, si el que ayudaba en el mercado viniese a entregármelo

—Toma, niña

el director trazando un círculo en torno a Marimbanguengo mientras en la plaza iluminada un pasodoble y una corneta creo yo

—¿Qué historia es esa del tucán a esta hora?

Marimbanguengo, Malanje, Dala, Chiquita, los negros a quienes los dueños de las haciendas ahorcaban en los árboles, les quitaban el banco, ellos quedaban colgados dos palmos más abajo y ni asomo de movimiento, fin, todo quieto, y pasado un rato una sandalia

solamente una sandalia

que caía, el administrador a mi tío

—Tú no eres blanco

mi tío callado, el administrador estudiándole la nariz, los gestos

(¿por qué motivo no me estudia usted la nariz, los gestos?)

—Tú eres negro

y mi tío callado, el teniente coronel un segundo círculo en torno al puntito de Marimbanguengo

—Los ahorcamientos aquí

y no aquí, en Chiquita donde trabajaban los jingas de Luanda, las ramas del mango enormes, la cuerda para atar los sacos de algodón, Seabra esforzándose por seguirme y a esta altura de la novela

está bien

pon allí tu trainera, tus pájaros, describe el sonido de los motores, la forma en que el eco del gasóleo reverberaba en la playa, un pescador a popa ocupado con el fanal, un segundo pescador desplegando las redes, ninguna Anabela en la isla, unos restos de cabaña, unas ropas en una cuerda, la malaria, los ingleses o un carguero de Johannesburgo se las llevaron

Elisa, Salete, Joana, aquella de cuyo nombre siempre me olvido, la gorda

me ha venido en este instante, Rosário

garabateando postales sobre postales que no mandaba nunca y grabando su nombre con un tenedor en los troncos con la ilusión de que alguien, después de marcharse, lo leería, pero los árboles cicatrizaron o se cubrieron de líquenes y engulleron su nombre

(esas lápidas de las iglesias en las que los pies, a lo largo de los años, han desdibujado las fechas)

Rosário a mi madre

—¿Crees que me olvidarán?

de forma que pule tu prosa con la convicción de que la estilográfica obedece y mejoras el libro, de forma que Seabra en el hostel de Mutamba, esforzándose por acompañarme

—¿Era por no ser blanco que su tío odiaba a los blancos, Marina?

Rosário, inquieta, cogía la foto, se la entregaba a mi madre y en la foto una sonrisa que no era una sonrisa, era una pregunta asustada

—¿Crees que se olvidarán de mí hasta que acabe el mundo, Anabela?

el administrador al que mi tío ahorcó en un mango, lo obligó a subir a un banco, el administrador con un susurro de esperanza

—Tú no eres negro

quedó colgado dos palmos más abajo y desapareció la esperanza, olvidada hasta que acabe el mundo, Anabela, en el caso de que abriésemos la tumba no se encontraría ni un hueso, unos tegumentos, unas hebras

—¿Era por ser negro que su tío odiaba a los negros, Marina?

creo que mi tío no odiaba a nadie, solo quería

si al menos usted pudiese hablar con los que mandan en Lisboa sobre las hebras de Angola, ayudarlos a entender cuántas veces pensé en casa en las casas donde he estado, en los culantrillos, en la cancela, el barrio obrero de Lobito un puntito más pequeño que el puntito de Marimbanguengo

hágale un círculo alrededor, use la lupa, fíjese, descúbrame en el patio con una cebolla en la mano, toma la cebolla, niña

—Tome la cebolla, señor Seabra

porque era solo eso lo que mi tío quería, tan poco, tan sencillo, una cebolla en la palma, qué hay de malo, dígame, en una cebolla en la palma, mi padre le tenía miedo desde Dala-Samba y el director

—Dala-Samba, Dala-Samba, juraría que hay un párrafo acerca de Dala-Samba ahí

Dala-Samba otro puntito en el mapa, mi padre y mi tío en el sendero donde derribaron un tronco, dos troncos, ellos a la espera del ingeniero de caminos y mi padre

—No soy capaz

el automóvil ya en la vereda del tabaco, en el granero al que le cambiaron el techo en la época de mi abuelo por una cobertura metálica, mi tío

—Quédate quieto

un mochuelo encogiéndose en la acacia, mi padre aún no adulto, un chaval, quince años más o menos

—No soy capaz

una fuga de cabras delante del motor, mi abuelo sobre el mantel en la mesa del comedor y los bailundos quietos, el ingeniero de caminos abría la puerta del automóvil

tlec

y al verlos, es decir, al ver a mi tío, a mi padre

—No soy capaz

el ingeniero cerraba la puerta, se inclinaba para coger la escopeta bajo el asiento, el bosque de cipreses que mi abuelo mandó comprar en Senegal hablaba un lenguaje diferente, no el lenguaje de Angola, insistía

—No soy capaz

pedía

—Vámonos que no soy capaz

el director desplazaba la lupa un poco a la izquierda y mi tío de pie junto al coche, no un hombre, más joven que su hermano, doce, trece años a lo sumo, el ingeniero sereno, dos chavales, qué daño podrían hacerme dos chicos blancos

—Ayuden con los troncos, muchachos

inclinado hacia la escopeta de modo que ellos no la viesan al caer en la cuenta del martillo, del clavo, el agua del tejado no sé dónde

tic tic

una locomotora creo que en Lobito

lejísimos

cómo podrían oír una locomotora en Lobito y no obstante la oían, las bielas hacia atrás y hacia delante con el mismo movimiento que el martillo, tengo la certeza de que el tucán

—Pseps

y de nuevo

—Pseps

y de nuevo

—Pseps

y después del último

—Pseps

el ingeniero de caminos en paz, mi tío solo quería una cebolla en la palma

—Toma, niño

nunca oí a mi madre pronunciar su nombre, se encogía en el vestido rojo, hablaba sin hablar y no era eso, ¿comprende?, no era eso, incluso usted con miedo a él igualmente

—El objetivo

el ingeniero de caminos tranquilizándose porque dos chavales blancos,
porque cipreses, porque todo en calma, poner la escopeta en el asiento,
qué tontería asustarme

—Ayudadme a quitar esos troncos, muchachos

sin distinguir el codo de mi tía repudiando a mi tío

—Eres negro

la mulata agachada en el capín se marchaba sin mirarlo, mi padre
detrás de él casi llorando pero no lágrimas, esa vacilación de los perros,
esa manera de gemir que no hay otra forma de hacerlos callar que con
un guijarro, una vara, un terrón

—Vete

de forma que no lloramos tampoco, no soy un perro, no voy a llorar, no
lloro, el ingeniero de caminos a la espera de que le apartasen los
troncos

—Decidle a vuestro patrón que he llegado

dos chavales, los hijos del capataz o del mecánico o de un empleado por
el estilo pero por qué el martillo en la mano del más alto, por qué los
clavos, el ingeniero de caminos intrigado por el martillo, qué estupidez
preocuparme, debían de estar arreglando una cerca, el director a
Seabra, buscando en el mapa

—Dala-Samba, Seabra, ¿qué tenemos que ver con Dala-Samba
nosotros?

y Seabra no a él, a los tejados de Mutamba o a mí

—Hace unos quince días conseguí un transporte para Dala-Samba,
Marina

el tabaco nuevo creciendo, milanos arriba, se oían los dientes en la
respiración de mi padre, se oía

—No soy capaz

a pesar de estar callado, no se oía al ingeniero

—Esos troncos

se oía el tractor trasponiendo los vallados, se quedaron durante un año
en el poblado de Santo António a la espera, no comiendo mandioca y

pescado seco, comiendo raíces, bebiendo vino peleón, tratando el paludismo con cáscaras, el director rodeó Dala-Samba con flechas, subrayando su nombre y de repente, en un hostel de paquistaníes de Mutamba, tuve la certeza de entender lo que buscaba hacía tantos años

—¿Era porque había muerto mi madre que odiaba Angola, tío?

el cuerpo del ingeniero de caminos contra el claxon y el claxon alborotando a los milanos, mi tío a mi padre

—No sales de aquí, de aquí no te escapas

era porque ya no existía Angola por lo que no le importaba morir, tío, por eso dejó que Seabra lo encontrase, él que no encontraba a nadie, el director

—Tal vez sea mejor que el tonto de Seabra no encuentre a nadie

que lo esperó en la casa grande, me hizo llevarlo hasta usted, dijo al huérfano

—Quieto

y permitió

era su forma de mandar

que Seabra lo

frente a usted en el despacho igualito a mi padre

—No puedo

y el mar abajo a nuestra izquierda, el mar allí abajo siempre a nuestra izquierda, no se distinguía ningún edificio alrededor debido a los árboles, las acacias de Lobito no sé dónde, el eco atenuado de una voz

—Anabela

el claxon del ingeniero de caminos disminuyendo poco a poco, mi padre sosteniéndose a sí mismo con las manos abiertas

¿vio las tumbas de los reyes jingas, padre?, los mataron los portugueses, no los mató usted, tranquilícese, nunca mató a nadie, hacía recados a los compañeros de la fábrica, obedecía órdenes, se rebajaba, mi madre no se iba por inercia

por gratitud

por inercia, le cocinaba, acababa quedándose, lo aceptaba, en las tumbas de los reyes jingas las palmeras en el extremo, de vez en cuando, por la noche, llamaradas azules a lo largo de la tierra, las calaveras de los difuntos que nos miraban enfadadas, un rumiar de venganzas, cuando fallecía un jefe lo instalaban en su trono asistiendo al tamboreo, le abrían los párpados para que no durmiese, el claxon mudo, mi padre apoyado en una cresta de adobe, mi tío impidiéndole huir

—No hemos acabado todavía

ni siquiera con un gesto, con un cambio de expresión y en el cambio de expresión un dedo que señalaba a una mulata agachada en el capín que ni siquiera lo veía, mi tía allí fuera, en el pasillo de la casa de Luanda con los adornos caros, las bagatelas inútiles

—Marina

como si yo pudiese salvarlos y no podía salvarlos, no les traje el ejército del Gobierno, no les traje a los americanos, un individuo inofensivo con nostalgia de un empleado de garaje en una plaza modesta

unos jubilados, unos bojes

alzando las manos de un cubo sucio donde saltaban vibrando reflejos de bombillas

—Seabriña

era porque ya no existía Angola o Angola era aquellos reflejos de bombillas que se diseminaban sin rehacerse que no le importaba morir, tío, Seabra en las ropas demasiado abrigadas intimidado frente a usted, sus diamantes, sus negros y mi tío al escritorio, casi divertido, aún con la camisa vieja y las zapatillas de pordiosero de esconderse en los recovecos de las chabolas, la cara

lo veía ahora

de negro igualmente, el modo de pronunciar las palabras, la laxitud, la pachorra

—¿Lo han mandado a usted?

sin arrogancia, aceptando

—¿Lo han mandado a usted?

y Seabra

mi padre

Seabra idéntico a mi padre mirándolo, había seguido a mi tío a Dondo, a Malanje, a Marimbanguengo sin desear encontrarlo, intentando entretener al capitán y a los soldados so pretexto de minas, enfermedades, emboscadas, llegando tarde a propósito y buscando donde calculaba que mi tío no habría de estar, preguntando con la esperanza de que no le respondiesen, acompañándome a disgusto mientras se alisaba el pelo, se ajustaba la corbata, se limpiaba las suelas en los escalones, evitaba las alfombras

—Cuidado con los flecos, muchacho

buscando una tabla de planchar en un tendedero sin encontrar el tendedero, una ventana a un cementerio o a una plaza de toros, la marca de un cuerpo

mayor que el suyo

en el sofá, Seabra a mi tío, a mí, retrocediendo en el despacho sin plaza de toros en la ventana, solamente la camelia, algo parecido a un claxon de automóvil pero distante que dejaba de sonar, las plantas del tabaco rodeándolo, rodeándonos, un cubo sucio con reflejos de bombillas y Seabra

—No puedo

asustado por mi tío y sin entender a mi tío

—¿Lo han mandado a usted?

la fortaleza que encendían por la noche estrangulada por viñas vírgenes, arriates que brillaban en la oscuridad, zinnias, camelias, sentí la puerta de la jaula

tlec tlec

una ola, no las olas de Luanda, las de Lobito

—Niña

mi tío mirando finalmente a Seabra así como miraba a mi padre, no condescendiente, no desinteresado, curioso

—¿Lo han mandado a usted?

dándole la espalda en Dala-Samba, comunicándole ni siquiera con un gesto, con un cambio en la expresión

—No hemos acabado todavía

mi tío bajaba a las chabolas acompañado por el huérfano, lo vio en la camelia y desapareció de la camelia, lo vio en el muro y desapareció del muro, me pareció que una risita corta hacia nadie o hacia un hombre sentado allí fuera que no logré distinguir

—Tu hija ya no crece más, ¿no?

Y yo consolando a Seabra o al director de Seabra

—Tranquilícense, que vuelve porque Angola no existe

existe el polvo rojo, niños con muletas, las ruinas de los edificios donde pasean los ciegos, una primera ráfaga de martillos clavando clavos en la oscuridad, más clavos de una segunda ráfaga en las paredes, en los arriates, en el balcón del primer piso en que los cristales al caer

—Ya no creces más, ¿no?

existe Seabra inclinado hacia delante en el hostel de Mutamba como contra un volante en el sendero, con la boca empañando el parabrisas, extendiendo la mano hacia una botella

una culata de escopeta

una botella

—¿Le apetece, niña?

mientras que las farolas se apagaban una a una desde la ciudad a la isla impidiéndonos distinguir, más allá de las plantas del tabaco, a una mulata que se abanicaba con un paipay en la extensión de la hacienda.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Ahora que estoy al final de mi trabajo me doy cuenta de que todo es tan sencillo como si volviese a casa sin haber salido de Lisboa, de tal modo sencillo que llego a pensar que no salí de Lisboa, de estas calles, de estas plazas que creía conocer y me parecen diferentes, que conducen a lugares familiares que sin embargo no conozco

(o conozco y no conozco)

no los conozco, repito sus nombres y me extrañan sus nombres, los encuentro y no descubro la salida, sé cuáles son y me pierdo, me pregunto si vivo aquí

madre

o en África, me sorprendo hablando con usted yo que no hablo con usted, en vez de hablar con usted estiro la alfombra, me pregunto si no me he quedado todo el tiempo allá, en la parada, esperando el autobús del Servicio, veo el girasol y el algodón moverse en la oscuridad tan familiares, tan próximos, desprovistos de amenazas y peligros, iguales a los bojes del jardín de Parada en octubre cuando me acercaba a la ventana para sentir la noche en la sangre, algunos pájaros

(¿cómo se llaman?)

las luces del cementerio dilataban el tiempo dándome la certeza de no envejecer nunca y me apenaba que no estuviese mi padrastro conmigo, él a quien a veces creo en Angola, amistoso, discreto

—No se lo digas a tu madre, muchacho

grabando su marca en el peldaño, no en el cojín del sofá, oigo a los licaones o esos perros miedosos, desacostumbrados a las personas y escapándose de nosotros, venidos de los patios de Chelas para detenerse, cabizbajos, entre las farolas de la avenida, percibo los movimientos de mi madre en el tendedero o de los viejos en la aldea que si me acerco me evitan, juntando las manos con un sobresalto de miedo

—*Muata* ^[3]

así como evitan a los fantasmas de los muertos

rostros de cal

ahora que de acuerdo con las instrucciones del Servicio

—El ascenso, Seabra, un lugar en un despacho sin problemas, tranquilo
estoy en el final de mi trabajo, solamente unas horas hasta que el
objetivo, el ayudante, Marina

—Lo único que tiene que hacer es encontrarlos en la chabola, lo único
que

por lo tanto puedo dejar el hostel, doblar la ropa en la maleta, guardar
las instrucciones que quedaron, los pasos en la otra habitación

(¿del director, del teniente coronel, del responsable del octavo piso?)

atentos a mí, cuchicheando al teléfono

—Seabra

tranquilizando a mi madre

—No se asuste, señora

que cierra la tabla de planchar, apaga la luz, se acuesta

la cama que me parecía grande y tan pequeña hoy en día, su cuerpo
minúsculo allí dentro, le notaba más los pelos canosos y la miseria de la
edad cuando la veía acostada

—No debería acostarse, señora

la lluvia disolvía las ruinas de Mutamba arrastrándolas junto con mi
madre hacia la bahía, el teniente coronel al responsable del octavo piso

—La madre de él

no solo mi madre, la mesa del comedor, la litografía de los apóstoles con
Jesús más alto, más fino, bendiciéndolos en el centro, la alfombra, pensé
en llamarla

—Madre

y no valía la pena, lo que vale la pena es el girasol y el algodón
moviéndose en la oscuridad, tener la certeza de que dentro de unas
horas el objetivo, el ayudante, Marina, yo en este peldaño porque el
trabajo está acabado, si los viejos me aceptasen en la aldea, me dejaran
comer con ellos, ser negro, la lluvia en Matumba y la que bajaba,
invisible a partir del crepúsculo, desde las calles de arriba, ninguna luz
salvo una llamita de gasóleo en el barrio Marçal, ninguna luz en la aldea
tampoco, cuando mi madre me quitaba la ropa por arriba y apagaba la
lámpara

—Duerme

tenía la certeza de que mi padre estaba, sin cara, a mi lado, o si no la cara de la foto en el cajón, yo

—¿Quién es este?

y mi madre

—Un hermano mío, duerme

el hermano que escribía desde Macao

—Murió de fiebres

Ay, Dios mío, hermana, este calor

y no era más que una jarra de dragones retorciéndose y escupiendo fuego

Ay, Dios mío, hermana, estos dragones

pasaba el dedo por la loza, el fondo liso y los dragones rugosos, quitaba el dedo antes de que me quemase, si por la lluvia me prestasen un paraguas en el hostel, una gorra, un sombrero

(soy prudente y no ando con la cabeza descubierta, madre)

un martes llegó una carta con matasellos extranjero, mi madre se la extendió a mi padrastro

—Lee tú

mi padrastro inclinó hacia la claridad del balcón la única lente que servía, llamó a mi madre aparte, salió en busca de rosas, mi madre puso las rosas en el florero

—Tu tío ha muerto

la lluvia de Mutamba disolvía también las rosas, mi madre las tiró en el cubo cuando se secaron, me fui guiando por el revoque de la pensión de rellano en rellano sintiendo el ladrillo, cables, un ángulo de tubo, comprobé con el zapato la resistencia de las tablas, mi madre insistió

—Duerme

y se calló

—¿Adónde fue, madre?

los paquistaníes conversaban en las escaleras con un hombre que no vi,
un portugués pienso yo

(¿mi padraastro, mi tío?)

tuve la certeza de que se referían a mí

—Vive en el jardín de Parada frente al cementerio

aunque el cementerio no fuese más que un muro y más allá del muro
nada, si observase desde el portón solo un empleado barriendo hojas y
el otoño en las copas al sol, postigos empañados

(¿la respiración de los difuntos?)

con cortinas con crespones, nadie, uno de los paquistaníes

—Señor Seabra

hasta que la lluvia lo arrastró, el

—Señor Seabra

diluido en el agua pasando sílaba a sílaba en Mutamba, he comido,
madre, me he abrigado, si pido un huevo en la aldea, un huevo
insignificante de gallinas insignificantes, fingen no escucharme, los
distingo en el fondo de las chozas erizados, tensos, una boca que no veo

(¿de quién?)

—Vete

puede ser que

—Vete

puede ser que

—Vas a morir

no

—Vas a morir

claro, no voy a morir, el Servicio satisfecho conmigo, el Gobierno de
Angola me conoce, algunas horas solamente y el objetivo, el ayudante,
Marina, todo tan sencillo como si volviese a casa sin haber salido de
casa, nunca salí de Lisboa, decir a mi madre que llegué del trabajo,
caliénteme la comida, tengo hambre, grabar mi marca sobre las marcas
de mi padraastro y de mi padre hasta que la lluvia las confunda, pétalos

oxidados en el búcaro, la isla que dejó de existir y ninguna mujer entre los arbustos forrados con rombos de cartón

—Anabela

Cláudia cogiendo una copa de oporto y riéndose ante la copa

—¿Vives aquí en serio?

cuando mi madre se peinaba parecía tener menos arrugas y el pelo más joven, de vez en cuando una mina explotaba en la aldea debido a un animal por los senderos, de vez en cuando un tejado ardía en Luanda o los cadáveres del hospital sobre los cuales echaban una lata de gasolina en el patio, el retrato casi parecido a mí en el cajón, lo miré a medida que caminaba en dirección a la chabola, si le preguntase a mi madre mi madre acomodándolo mientras mi padrastro guardaba las gafas en la chaqueta y desaparecía con la lluvia en dirección a la bahía

—Eres tú, Seabra, duerme

si mandase una carta desde Luanda mi madre extendiéndosela a la vecina de la planta baja

—Lea usted, doña Susana

la vecina secándose en la falda

—Muéstreme

me llamaba desde la puerta cuando yo entraba en el edificio, oliendo a mandarina y ofreciéndome gajos

—Chaval

me acuerdo del canapé y no me acuerdo de ella, de que me apretaba la mejilla y después de apretarme la mejilla un lamento cansado

—Puedes irte

cuando menos lo espero el olor a mandarina conmigo si me despierto creyéndome en Luanda antes de comprender que estoy aquí o pienso en Marina por ejemplo, nosotros dos en el hostel y las casas de Lobito alrededor, los trenes, las palmeras, el mar y a cada

pac pac

de la lluvia un

tlec tlec

dentro de ella, no sé, semejante a una portezuela de jaula

o sea de lo que ella afirmaba que era una portezuela de jaula como si una portezuela de jaula se expresase así, del mismo modo que el agua del canalón no

tic tic

agua solamente, esta lluvia bajo la que camino a su encuentro preguntándole

—Le da pena su tío, ¿no?

y en lugar de responderme la ropa en el suelo mezclada con la mía, los pechos demasiado pequeños para quien ha tenido un hijo, por qué se desnudó, por qué yo

y el olor a mandarina y el canapé de nuevo, el marido de doña Susana trabajaba con los guindastes en el puerto, llevaba la comida en una tartera, no hablaba con nadie, me pareció que la lluvia terminaba en Luanda y se reanudaba en la bahía, tuve la certeza de que me seguían, me miraban, el director al teniente coronel, sin perderme de vista en el mapa

—¿No hay manera de hacerlo parar?

no hay manera de prohibir que Marina, creyendo que me retenía, me hiciese parar

—Tengo un cuerpo de muchacho, ¿no, señor Seabra?

cubriéndose con la colcha porque le daba vergüenza de ella y de mí, las rodillas contra los hombros, el pelo sujeto con horquillas, su delantal tan usado, madre, le regalé un delantal para su cumpleaños y nunca se lo puso siquiera, observó el paquete, lo dejó en la despensa

—A pesar de la lluvia y de que anden buscándome en la hacienda, ¿no puede arreglarse un poco, madre?

y como me buscaban comenzar a correr, no parar de correr, las primeras cabañas del barrio de chabolas, una escopeta que me buscaba y perdía

—Tengo un cuerpo de muchacho, ¿no, señor Seabra?

o sea

—Por favor, no los encuentre

el responsable del octavo piso intentando detenerme

—Seabra

primero la chabola, después la casa en lo alto, se distinguían negros
ratas

escapándose, volviendo, huyendo, algunos edificios que aún resistían, un
esbozo de travesías, de callejas, de callejones, baobabs donde antes
había personas y hoy lluvia y blancos pobres, zambos, hindúes, mulatos,
antiguos soldados portugueses que olvidaron los barcos de regreso o de
quienes los barcos se olvidaron, montando bajo tiendas comercios
inútiles y más lejos, más abajo, más adelante, el objetivo, el ayudante,
usted

Marina

no evitándome, no escondiéndose, aguardándome, es decir, el objetivo y
el ayudante aguardándome, usted los protegía con vergüenza de sí
misma y de mí y apretaba un borde de la colcha o la blusa, una blusa
antaño cara, porque usted fue antaño rica, en los pechos

—Tengo un cuerpo de muchacho, ¿no, señor Seabra?

las palabras poco claras, confundidas con la lluvia, los faros de las
camionetas buscando el origen de un revólver, una ametralladora, un
grito, usted ni siquiera protegiéndolos, Marina, puesto que nunca
entendí lo que sentía por ellos

furia, piedad, disgusto o nada de eso, amor y no importa qué significa
amor aunque signifique furia y piedad y disgusto, usted ocultando a su
hijo que yo no sabía quién era, el hijo del ayudante o el hijo de su tío

y el teniente coronel en Lisboa creyendo que lo obedecería si oyese y a
pesar de oírlo no lo obedecía porque fue esto lo que exigieron de mí, me
aconsejaron que hiciese

me ordenaron

y por consiguiente no entiendo al teniente coronel apartándome del
mapa, ignorando la plaza de toros donde yo corría, atontado, bajo los
aplausos, la música, intentaba regresar pero regresar a qué sitio, a la
casa de mi madre, al Servicio, a Cláudia ajena a mí, al garaje, a Lisboa
y no importa qué significa Lisboa

dónde está Lisboa, díganme, no existe Lisboa ni el cementerio ni un
cubo de agua sucia en el que gorgotee mi nombre, el teniente coronel
extendió la manga en el mapa

—Ya basta, Seabra

como si al extender la manga en el mapa lograra acallarme, yo corriendo al azar, deteniéndome, mirándolos a ustedes y corriendo de nuevo, apartando un borde de la colcha, una blusa y un cuerpo de muchacho que se erizaba con codos, con interrogaciones indecisas, con

¿no era esto lo que pretendía, señor teniente coronel?

lágrimas, o mejor con lágrimas sin lágrimas, algo en los ojos o alrededor de los ojos que prefiero no escribir pero no lágrimas, codos sí, interrogaciones sí, Mutamba de acuerdo, una mujer que corría no sé explicar en qué sitio, no lágrimas, todo tan sencillo, ¿no es verdad?, tan evidente, tan claro

no lágrimas, la mujer deteniéndose, reparando en mí y corriendo de nuevo así como los licaones se detenían al reparar en mí y corrían de nuevo, los sentía en el algodón si creían que yo dormía, con sus hocicos agudos, sus orejas enormes, el empleado del garaje lavándose en el cubo

—¿Dónde has pillado esas orejas, Seabriña?

no lavándose en el cubo, el empleado del garaje en Luanda conmigo, Marina vistiéndose en un rincón, los árboles de Parada o de la circunvalación en la ventana, si abriese la puerta de la habitación del hostel la tabla de planchar, el tendedero, un olor a mandarina, no esta tierra roja, la claridad de marzo creciendo sobre el río cuando las palomas crecen, Marina recogiendo el pelo en la nuca, sacudiéndose un mechón de la nariz y el mechón allí, su tío quería ser dueño de Angola, ¿no?, de los antiguos soldados portugueses, de los mercenarios, de los negros, ser más que un hacendado de tabaco en Dala-Samba, un bailundo entre bailundos, un mestizo, quería ser su dueño, ¿su tío no fue por casualidad el padre de su hijo, Marina? y Marina calzándose y repitiéndose a sí misma, no a mí

—¿No fue el padre de su hijo?

en el tono de quien piensa

—No he oído lo que he oído, no puedo haber oído lo que he oído

confundida con el girasol y el algodón moviéndose en la oscuridad, mi padrastro que buscaba el tabaco en el bolsillo y me convidaba a hurtadillas

—¿Un cigarrillo, chaval?

se inmovilizaba en la sala protegiéndose las costillas, se apoyaba en una silla, su mejilla derecha se fruncía, dejaba de respirar un momento

suspendido de sus propios huesos en una oscilación de caída, el responsable del octavo piso desviándome la pistola

—Está medio muerto, pobre, no gaste balas en él

y mientras que Marina se vestía yo descubriendo lo que hasta entonces se me había escapado

—Usted trabaja para el Servicio en Angola, usted quería que yo

las palomas de Lisboa, las moreras, las zinnias, hizo estos informes, estos memorandos, dibujó estos mapas no solo debido a su hijo sino a su padre en Lobito, a la puerta de la jaula

tlec tlec

cuando su madre sentada en el suelo y el vestido rojo, fue usted, no su tía, quien afirmó

—Es así

mientras su tía no limpiaba su sangre, sino la sangre de su padre, de su madre o sea de una mujer en la isla a quien su tío

—Anabela

no encontrándola en la primera cabaña, en la segunda cabaña, luchando con hojas de cinc, restos de cartón

—Anabela

y una mantilla, una sandalia, coger la mantilla y la sandalia y arrojarlas a las olas

porque la basura como tú pertenece a la basura de las olas, ese gasóleo quemado, esas pajas, esos restos de cajón

su tío no labios, los dientes de su tío

—Anabela

luchando con niños, cestos, ollas, en un espejo que lo reflejaba no a él, sino a la mitad de él, la que entregó a su mujer al hermano o permitió que la llevase a una ciudad del sur entre palmeras, trenes, donde una o dos veces al año fingía visitarlos a ambos y conversar con ellos e interesarse por ellos cuando era a usted a quien visitaba, no a su madre, no a su padre, a usted aunque en su opinión no la mirase nunca o la señalase con una risita burlona

—Tu hija no crece, ¿no?

su tío que robó diamantes por usted, se enriqueció por usted, construyó la casa demasiado grande en la parte alta de la ciudad por usted, indiferente a su tía, a su primo y su tía consciente, con añoranzas de Dondo, susurrando

—Negro

pensando que él no se enteraba así como no se enteraba de las compañeras de su madre en la isla

—Allá está Anabela con tu hermano

aunque su madre no con el hermano de él, no con su tío, no con usted, en Alcântara tal como yo en Lisboa, cansada de esta tierra, de este olor, de este tiempo tan lento del agua

tic tic

en el tejado horas después de la lluvia, su madre que no se fijaba en los hombres

nunca se fijó en los hombres

aunque la tocasen, aunque

—Anabela

puesto que no se llamaba Anabela, se llamaba

(y Marina rehuyéndome a pesar de que yo estaba lejos, en la hacienda

—Déjeme en paz)

puesto que no se llamaba Anabela, tenía otro nombre que la patrona de Alcântara

—No queremos disgustos con las familias, es la costumbre aquí

cambió por Anabela, otro nombre que ni su padre ni su tío ni usted conocían, cuando la llevaron hasta el barco

—¿Anabela qué?

y su madre

—Anabela

un nombre del que se acordaba no como un nombre de mujer, un nombre de niña con vestido blanco y plumas en los hombros, un ángel que empuñaba una vela en la procesión de Pascua

¿Custódia, Filomena, Inês, Cândida?

digamos que Cândida

—¿No te gusta ser ángel, Cândida?

mi madrina Cândida, yo Cândida, yo no Cândida, Anabela, me llamo Anabela, señor, el cabo o sargento o quien fuese alzando la vista desde el registro

—¿Te llamas Anabela?

y Joana

(Ermelinda)

confirmando

—Anabela

ya que el otro nombre lo guardaba intacto en un pueblo de la Beira Alta

¿Canas de Senhorim, Nelas?

se salía de la iglesia de São Miguel, se daba la vuelta a la feria, las campanas tocando a muerto todo el tiempo y la iglesia de nuevo, no te llamas Cândida

(ni Custódia ni Filomena ni Inês)

te llamas Anabela

no queremos disgustos con las familias, el tribunal, la policía judicial, tienes dieciséis años, ¿no?, no has crecido todavía, eres menor, recuerda que no te llamas Cândida, nunca te llamaste Cândida, no existe ninguna Cândida

Cândida Antónia Felícia

no existe Canas de Senhorim ni Nelas, te llamas Anabela y Marina rehuyéndome

—Déjeme en paz

a pesar de que yo estaba en la hacienda con mis instrucciones, mis mapas, lo que quise que recibiésemos en Lisboa de tal forma que su tío, es decir el padre de su hijo, su padre y no me pida

—Déjeme en paz

a mí al mismo tiempo en Lisboa y en un peldaño a cincuenta o sesenta kilómetros

(cincuenta y ocho por la carretera, cincuenta y uno a campo traviesa)

de aquí, encontrado por casualidad cuando el motor del *jeep* se averió en el sendero, yo en busca de un riachuelo y entonces la aldea de los viejos, diez u once viejos

doce

escapados de la guerra civil, del ejército, del napalm, de los mercenarios blancos que un argentino con panamá

un panamá ridículo

dirigía, echaban combustible en las chozas y el argentino

—Ese encendedor

de los helicópteros de los surafricanos y de las granadas de fósforo, los viejos ocultando un sembrado bajo ramas y hojas, el *jeep* exactamente en la curva

si me levanto lo encuentro

donde el segundo *jeep* , el director

—Acabe con esta pesadilla, Miguéis

la bandera está claro, el Presidente está claro, y el director de acuerdo con el Presidente y la bandera

—Acabe con esta pesadilla, Miguéis

su madre Cândida no era, su madre delante del cura y de las andas en la procesión de la Pascua, si no me cree a mí

(y no me cree a mí)

pregúntele por las andas, Marina, las luces de Gouveia y de Mangualde por la noche en agosto, su abuela que un cuñado sacó del pozo, tierras no rojas como esta, azules, postigos de piedra, castaños, un viento de mimosas doliendo en las esquinas, su madre en Alcântara, nunca dio

noticias, nunca mandó dinero, no me lleve la contraria cuando digo esto, cuando afirmo que se olvidó de Nelas, Marina, del mismo modo que no se acordaba de usted a no ser cuando usted

—Señora

y usted nunca

—Señora

usted una portezuela de jaula

tlec tlec

en el patio, la cebolla del que ayudaba en el mercado redondeándose en la palma, el criado de los vecinos observándola desde el muro, una pulserita no de plata, sino de metal barato, envuelta en una página de periódico en la maleta y en la pulserita letras borradas y C dida, dígame si se atreve que en la pulserita no tenía grabado Cândida a fuego por un joyero de feria y usted hacia delante y hacia atrás en la habitación de Mutamba según el soplo del mar

tlec tlec

usted que no salió de Lobito así como yo no salí de Lisboa, nunca salimos, Marina, cada uno en su casa, desconocidos el uno del otro, distantes, nunca habremos de cruzarnos, de vernos, ya se ha dado cuenta de qué sencillo es todo, ¿no?, me mandaron aquí a Angola y a la vuelta qué sencillo es todo, ¿no?, usted con el pulgar en la boca junto a sus padres y el vestido rojo en su mano y en el babi a pesar de que su tío

—Levántate

conforme, si la encontrase conmigo

—Levántate

conforme, al encontrarla con el huérfano

y no me diga que no fue así porque fue así

al encontrarla con el huérfano en la casa demasiado grande que nunca amuebló por completo su tío

¿o deberé decir padre?

¿o digo padre?

no se preocupe que no digo padre, no diré padre

al encontrarla con el huérfano su tío

—Levántate

y el chasquido del vergajo, no el vergajo, no había vergajo

en el cuello, en la blusa, el chasquido del vergajo, no su tío

—Levántate

su tío callado mirándola, por primera vez mirándola, el claxon del ingeniero de caminos que disminuía, se callaba dentro de él, no se enfadó con el huérfano porque no lo veía, claro, o si lo veía

—António

y el huérfano, sin hacerle caso, marchándose con su tío, usted sentada en el suelo con los ojos de su madre en sus ojos, de vez en cuando su padre un perfumecito, una laca

—Anabela

lo dejaba en la mesa cohibiéndose de timidez y nunca como entonces se le antojaba tan mestizo, tan negro, lo veían más adelante en la playa, siguiendo a las traineras, si lo llamaban vacilaba en el patio, obediente, humilde, de modo que hay momentos en que me pregunto a quién pretendía que matásemos en realidad y era a usted, ¿no?, no a su tío, no al huérfano, esta tierra roja, estos árboles sin nombre, un resto de portugueses en su sangre, no *jeeps* en la hacienda porque no había haciendas, se acabaron las haciendas, había miseria y hambre y guerra y los portugueses sustituidos ahora por negros, negros de las cuevas de las chabolas, ratas asustadas, furtivas, súbitamente inmóviles frente a los faros de los *jeeps*

—Alto, alto

unos pobres toros exhaustos dando vueltas en una plaza, yo un pobre toro avanzando al azar en el barrio Prenda con la pistola que no sé usar, el seguro, el cargador, la culata, se agarra por este lado, se empuja con la palma, ya está, yo ciego por la lluvia

—Marina

tome esta laca, este perfumecito, una joya que un portugués cambió por un sitio en el barco de regreso a Europa

(y el director furioso conmigo)

—No ocurrió así)

cuando después de lo que llamaban independencia, o sea después de que los negros irrumpieran y nos robasen, o sea después de que los negros se matasen unos a otros, o sea después de que los negros se llevasen sin disculpas, insultándose, golpeándose, los muebles, las cocinas, las ropas, cuando después de la independencia, o sea después de cánticos y tamboradas y tiendas despanzurradas y los bancos desiertos, sin que se supiese dónde estaban los empleados, cuando la policía se había vuelto invisible, los pájaros de la bahía desaparecían de los soportales con la prisa propia del espanto y la alegría feroz y sin sentido de los animales, rodeados de objetos que no sabían usar y de cosas lujosas destruidas a hachazos mientras millares de blancos desesperaban en el muelle entre fardos, sacos, maletas que los negros pillaban día tras día exigiendo no solo los fardos, los sacos, las maletas sino también el dinero, a medida que iban llegando los cubanos y los rusos y el director furioso conmigo, poniendo como testigo al Presidente, a la bandera

—No ocurrió así

no solo el muelle, el aeropuerto, una especie de militares

lo que ellos llamaban militares o sea facciones que se contradecían, luchaban entre sí exigiendo relojes, chaquetas, mochilas, los colchones en los que se acostaban los portugueses entre cáscaras y basura en la sala de espera, sin hablar del hospital donde un solo médico, con una jeringuilla perdida en la mano, paseaba entre cadáveres, usted con miedo a encontrar a su tío

(¿qué edad tenía, Marina, diecisiete, dieciocho años?)

boca abajo en una de las enfermerías, en uno de los pasillos en el vestíbulo, como si al encontrar a su tío encontrase a su madre, a su padre, el barrio obrero de Lobito que creía perdido y al final allí, la llegada de los trenes que iba a esperar al cañaveral de la estación y en los trenes nadie, los vagones vacíos, la ciudad desierta, el muro destruido por una granada de mortero, la portezuela de la jaula arrancada y ningún

tlec tlec

al viento, el silencio, todo inmóvil en la cocina, en la sala, la franja de una cortina pegándose a los cristales, lo que quedaba de ropa oscilando en una cuerda, usted

(como mucho)

encontrándose a sí misma, Marina, sin valor para consolarse, cogerse en brazos, retroceder, marcharse, la señora que mandaba en Alcântara indicándole la habitación en un antiguo tendedero, dos cajones, un crucifijo porque tenemos fe, muchacha, creemos en Dios

—No queremos disgustos con las familias, ahora eres Anabela

usted en el lugar de su madre en el barrio de Lobito entre el mercado y la playa, casitas idénticas con patios idénticos, los mismos cocineros, los mismos criados, los mismos culantrillos mustios encorvándose ahí fuera, la misma ola de siempre, todos esos años, casi rojiza por la mañana y al mediodía amarilla sobre la cual ningún pájaro, traineras

una trainera

y un barco a vela, siempre el mismo

¿de quién?

los domingos, la única ola retrocediendo, formándose, avanzando hacia la arena y desapareciendo de nuevo, usted después de barrer la casa y de guardar los platos deteniéndose en una sillita a mirar las palmeras sin pensar en nada, sin decidir nada, sin añoranzas de nada, a mirar las palmeras así como en Alcântara miraba los guindastes del río y los montes de Almada, veía los bancos de arena que asomaban de la bajamar y una sospecha de carabelas anclando en Belém junto con cargueros griegos y petroleros árabes, sin reparar en su hija callada a su lado masticándose el pulgar, usted con el vestido rojo y el collar de ágata recibiendo a los clientes y sin ningún cliente, su abuela a la que trajeron del pozo o la señora de Alcântara aburrida con usted, tan elegante, distinguida

—Siempre sonriente, Marina, no te olvides de sonreír

comprobando la cama intacta, sorprendiéndose disgustada

—¿No tienes clientes hoy?

usted olvidada de la pulsera con un nombre grabado, de las cerámicas, de los lechones, de una chica rucia

¿su prima?

su prima no porque usted no tiene parientes, para qué cambiar de nombre si no tiene parientes, sin tener idea de haberse llamado Cândida y asombrada

—¿Cândida?

ya que Cândida tal vez fuese una muchacha en un pinar pero qué muchacha qué pinar, Dios mío, una vereda de moras, pero qué moras, un perro de rebaño que le ladraba, pero cómo si ningún perro, ningún rebaño, una chica rucia

no prima, por qué motivo una prima

revolviendo con una vara la lumbré y de la lumbré sí se acordaba o creía acordarse o inventaba la lumbré así como había inventado

¿en qué sitio?

una higuera quemada por la helada, carros de bueyes, la viña o fue Joana quien lo dijo, o Salete, o Elisa, el hermano de Elisa en Alcântara

—Entréguese a mi hermana

la sombra del edificio vecino escondiendo el reloj de pared que aprovechó para avanzar un minuto robándonos a hurtadillas un poquito de vida, dentro de poco ningún tiempo en las esferas y

—Me da mucha pena pero estás acabada, Marina

el hermano mitigando su deseo de llevársela cuando le presentaron a Rosário, el reloj un minuto más acá, un minuto más allá, empujándonos en dirección a una enfermedad final, un dolor de estómago, una operación de garganta, un pedrusco en el pecho que pasaba por usted y se la llevaba, la pregunta sin ánimo de respuesta, temerosa de la respuesta

—¿Qué tengo, doctor?

unas manos que se abrían

—Vamos a tener que esperar unos días más, nos faltan análisis

por qué nosotros si soy yo la única que tiene que esperar unos días, yo y el reloj que me arrebatara horas, semanas

—¿Cuántos meses me has quitado desde que estoy aquí?

las gaviotas en el balcón si amenazaba lluvia, el reloj desatado en una campanada solemne, un sobresalto del mecanismo, silencio

—¿Ya habremos muerto?

Rosário tranquilizando a Elisa

—Él deja que te quedes, no te preocupes

ya habremos muerto, Marina, un *jeep* del Gobierno, un hombre con traje nuevo

(demasiado abrigado pero nuevo)

en busca en la aldea de los viejos

—¿El blanco?

yo hace cinco años sin quitar ni poner, cuidadoso con los zapatos como si hubiese una alfombra en la tierra

—No arrugues la aldea

yo sin quitar ni poner probando el cargador de la pistola

—Este lado hacia delante

y aunque este lado hacia delante el cargador no encajaba, el seguro se negaba a moverse, la culata acaso oxidada, el director desviándome el cañón

—Mucho cuidado

yo colocándome la pistola en el cinturón y registrando la chabola

—Anabela

es decir yendo de cabaña en cabaña donde montones de jaulas

tlec tlec

no al viento, en la lluvia, me he abrigado, madre, he comido bien, me cuido, tengo mejor color, estoy más gordo, no tengo la culpa de que el reloj me birle minutos, de este malestar en la barriga, de este pedrusco en el pecho, pero creo que pronto, con un masaje, casi no lo siento, mejoro, las cabañas desiertas excepto unas damajuanas, unos harapos, unas mujeres de la isla o de Alcântara

Elisa, Rosário o doña Susana oliendo a mandarina

—Chaval

la bata desanudándose en el canapé, algún defecto en los muelles que agujereaba la tela, me hacía daño, un tobillo sin pantufla y yo contándole los dedos, admirándome de que fuesen cinco y por orden, comenzaban por el grande, terminaban en el pequeño y el pequeño, no doña Susana

—Chaval

doña Susana que prestaba atención a mi madre, no a mí, conversaban las dos sobre mi cabeza, mientras yo me aburría allí abajo

(allí abajo y a la izquierda como el mar de Luanda)

sacudía la orilla de la falda y mi madre

—Qué incordio, ya voy

me acuerdo de que ninguna señal del vestido rojo en ninguna de las cabañas de la isla, una de las mujeres bebía agua de un jarro sin levantarse del colchón y el agua en la garganta, en la barbilla, a partir de cierto momento doña Susana disminuyendo un instante, en la Navidad siguiente mi frente a la altura de su barbilla, doña Susana

—Hola

la mujer

no Elisa, la

la mujer apoyando la cabeza en la pared de cinc, una portuguesa, una blanca que no encontró lugar en los barcos, rondaban los hoteles, ahuyentadas por los criados, en busca de sobras, cogían el humo de las cocinas y se comían el humo

me pongo una chaqueta por la noche, madre, evito las corrientes de aire, un cabrito pasó junto a mí balando, se deslizó en una balsa, desapareció tras un arco y el sonido de sus cascos, ahora uno, después otro, seguía conmigo, intenté caminar al ritmo de los cascos y no sé qué en las piernas

(debe de ser de los zapatos y por lo tanto nada extraño, madre, un calambre o algo así, basta con que me acueste temprano esta noche)

me impedía andar, vamos a tener que esperar unos días por el resultado de los análisis y mientras tanto siga con su vida, no piense en eso, distraígame, de qué sirve pensar, fíjese por ejemplo en el empleado del garaje, el páncreas, el problema de la médula y a pesar de eso

—Seabriña

alzándose del cubo de agua sucia e interesándose por mí, después de que enfermó era yo quien le leía el periódico a mi padrastro, le llevaba cigarrillos a escondidas, sacudía una toalla frente a la ventana para dispersar el olor, mi padrastro solo nariz y mentón

(la nariz y el mentón se soldaban)

rechazando el cojín

—Me encuentro bien

su marca y la de mi padre superpuestas en el sillón, la mía inexistente, puede ser que en el canapé de doña Susana, puede ser que en este

peldaño donde me gusta pensar que tal vez venga Marina, que no le importaría esperar conmigo, frente al girasol, tal como yo la esperé en la chabola al cabo de mi trabajo, dándome cuenta de qué sencillo es todo como si volviese a casa sin haber salido de Lisboa, tan sencillo que llego a preguntarme si salí de Lisboa, de estas calles, de estas plazas que consideraba familiares y me parecen extrañas, conduciendo a sitios igualmente familiares que sin embargo no conozco, pronuncio sus nombres y sus nombres me sorprenden, los encuentro y no descubro qué son, estoy aquí, madre, no en África, me encuentro hablándole yo que no le hablaba, enderezaba la alfombra fleco a fleco en vez de hablar, me pregunto si no me quedé todo el tiempo en la parada después del cementerio esperando el autobús del trabajo, veo el algodón moverse en la oscuridad, desprovisto de amenazas y peligros, igual a los bojes de Parada en mayo cuando me acercaba a la ventana para sentir la paz de la noche en la sangre a pesar de los faros de los *jeeps* en Roque Santeiro

—Alto, alto

expandiendo fachadas, aumentando ventanas, profundizando desvanes, mitad de un soldado con una sola pierna, un solo hombro

—Alto, alto

y en Parada frente a mi madre o yo

(me acuesto temprano, me encuentro bien, le escribo la semana que viene sin falta, no me he olvidado de su cumpleaños, le mando una foto para que se la muestre a las vecinas

—¿No lo ven más pálido?

una sola pierna, un solo hombro

—Alto, alto

y en Parada frente a mi madre o yo que desistíamos, la plancha apoyada en la tabla, la regadera en el tendedero, el azulejo suelto que mi madre

—Tengo que llamar al albañil

y olvidábamos o hacíamos como que olvidábamos porque el albañil era caro, el cristal de la ventana que mi padrastro sabía arreglar y yo no

—Es mejor que no lo toques

y a través del cual entraba el invierno, Cláudia comentando no es que sean pobres, no es exactamente el mal gusto, es el descuido

—¿Ustedes no arreglan nunca las cosas?

(voy a escribirte también)

yo en la chabola a la espera de que una llamita, un ruido, su hijo,
Marina, acercándose a usted con miedo a las camionetas en la
carretera, a una explosión en Catete, un gajo de mandarina de doña
Susana llamándolo

—Chaval

y siguiendo el pasillo de doña Susana

(voy a escribirte una carta larga, Cláudia, puede ser que nosotros dos,
puede ser que me aceptes)

siguiendo el pasillo de doña Susana la terracita que iluminaba el
canapé, la bata que se desanudaba, el tobillo

—Chaval

su hijo

que no distinguí si mestizo si blanco, usted

sin llamarlo

con un vestido rojo

¿con la ilusión de un cliente, Marina?

el tren de la mañana agitando las copas, el que ayudaba en el mercado

—Niña

advirtiéndole desde el muro

—Niña

explicándole que yo, salvándola de mí, avanzando en el patio y no me
importaba que avanzase en el patio con una cebolla en la mano, que
pidiese

—Señor

puesto que mañana regreso, madre, me cruzo con usted callado, me
encierro en mi habitación, me acerco a la ventana para sentir las luces
del cementerio alargando el tiempo y dándome la certeza de no
envejecer nunca, no nos vimos, Marina, no sé nada de Luanda, oigo en
la radio que África y guerra y tal y qué es África, dígame, el director
como si no entendiese

—No he hablado de África, Seabra, no tenemos nada que ver con África
el teniente coronel o el responsable del octavo piso
el responsable del octavo piso

—Está cansado, Seabra, hace ya mucho tiempo que no estamos en
Angola

se empuja el seguro, se desplaza la culata, el cargador no de esa forma,
al contrario, la terracita iluminando el canapé, el olor a mandarina, un
pequeño buda que asciende en un estante o su hijo sonriente, la bata
desanudada, el tobillo

los cinco dedos por orden

—Chaval

yo de pie junto a usted aceptando que me abrace

—Tengo un cuerpo de muchacho, ¿no es verdad, señor?

un cuerpo de muchacho a quien la mitad de mí

—Alto, alto

una sola pierna, un solo hombro

—Alto, alto

y no usted ni su hijo, la regadera de las plantas en el tendedero y yo
quieto mirándola, seguro de que mi madre

—Tan torpe, Dios mío

la levantaría por mí.

CAPÍTULO OCTAVO

Fui tan clara en el hostal, expliqué con tanto cuidado cómo se llega aquí haciendo lo posible para que Seabra no lo sintiese como una explicación, una frasecita casual ahora, una frasecita casual después, todo esto

(como es natural en quien pretende ser natural)

en medio de quejas por la lluvia y la guerra y de comentarios acerca de la penuria de las chabolas, pobres, dije sin decirlo, so pretexto de no recuerdo qué, sentada en su cama primero y ya vestida después, el modo de entrar en el barrio, dónde se gira a la derecha y a la izquierda, dónde se sigue hacia delante, mencioné los baobabs gemelos, hice el gesto

(me acuerdo de haber hecho el gesto)

de rodear los baobabs

—Hay que rodear los baobabs, ¿entiende?

le mostré con el dedo en el cristal de la ventana, mientras fingía dibujar mi nombre

y realmente también lo dibujé y el necio de Seabra descifrando

—Marina

le mostré lo que queda en pie en el pórtico del caboverdiano de la carnicería, o sea la mitad de una columna y algunas tejas de yeso, marqué con una flecha

(no era un garabato bajo mi nombre, señor, eran las plumas de la flecha)

en qué dirección se traspasaba el pórtico y cuál era la vereda

(la más evidente, la más ancha, la que el índice prolongó hasta tocar el cristal, advirtiendo con su lentitud

—Fíjese bien)

que debía tomar

deteniéndome en el cristal para señalar una brecha del conjunto, o sea la choza y Seabra

escondiendo una pistola que yo juraría de juguete en la almohada y revolviéndose en el colchón preocupado por mí, creyéndome pendiente de la firma

—Sus letras se han deshecho, ¿ha visto?

cada letra dos patitas que crecían despacio con una gota en el extremo en la que se concentraban vibrando los faros o las farolas de la ciudad, letras solo patas y finalmente ni siquiera patas, trazos que se atenuaban, yo

—¿No cree que tengo cuerpo de muchacho, señor?

atenuada con ellos puesto que Seabra dejó de encontrarme en la habitación, encontraba pasos que lo alarmaban, una camioneta en la calle

—Es para mí

los paquistaníes en las escaleras

—Vienen a buscarme, Marina

como si fuese tan importante como para que alguien lo busque y pretenda llevárselo aludiendo a un director o a un teniente coronel cualesquiera que en su opinión lo espiaban

(pero ¿de qué modo?)

en Lisboa, enfadándose con él, regañándolo, Seabra preocupado asimismo por una tal Cláudia, prometiendo en sordina

—Mañana sin falta te telefoneo

esto cuando al pegarse al auricular un silencio de cosa, un vacío infinito, como mucho

(de vez en cuando)

una pregunta distante, ni de hombre ni de mujer, del Jesús de la estampa de mi madre tal vez, luego ahogado en un silbido

—¿Perdón?

Jesús haciéndose el desentendido de nosotros que escapábamos de los mercenarios, de travesía en travesía, en carrerillas angustiosas imitando a un mendigo

—No soy el Jesús de su madre, soy un pobre

atendiendo el teléfono con la fantasía de seguir mandando y dándose cuenta de que no quedaba ni la idea de él, sustituido por ruinas, por hambre, por los árboles cortados de la isla, Seabra dejando el auricular, mirándolo de lejos con el temor a que

—¿Perdón?

(¿el tal teniente coronel, la tal Cláudia?)

esto en uno de esos hostales de Mutamba ocultos por los autobuses y la mudanza de las sombras, en que años atrás había de jurar que no entraría nunca, asustada por los desertores portugueses, los camareros de cabaré, los cambistas callejeros con sombrerito raído y ahora las sombras que cubrían la ventana, mi adiós de

—¿Entendió bien cuál es el camino?

y la mano que repetía en el aire los baobabs, el pórtico

—No se olvide del pórtico

insistente

—No hay ninguna dificultad, líbrese de

la mano

—Hasta luego

yo que si me viese allí dentro esperaría por mí en las escaleras y me reprendería con el brazo a modo de metrónomo

—Marina

un brazo más convincente que el mío, más adulto, más grave

—Marina

y ahora las sombras cambiando con el sol trasladándose del este al oeste en la plaza, bastaba que las copas de los árboles se estremeciesen un poco para que los balcones ondulasen a la luz, lo que antes de la guerra me gustaba en Luanda era la ausencia de fijeza, de raíces, las

olas más inmóviles que la playa hasta que los clavos de las balas clavaban todo en el suelo, la mano porfiada pretextando saludos

—Se acuerda del camino, ¿no?

el tal director, el tal teniente coronel sin que yo les viese las caras

si es que poseían caras

tranquilizándome

—Tenemos una confianza absoluta en Seabra, señora, quédese tranquila que él se acuerda

un individuo que siempre me buscó donde no estaba, en Dondo, en Malanje, en Marimbanguengo, en las calles de Luanda en las que sabía que no podría encontrarme, yo

(qué remedio)

que bajaba a Mutamba evitando a la policía y le aseguro que ni asomo de acacias, despedirme de los paquistaníes sin importarme el

—Nosotros no comprendo

ni el

—No mata, no mata

oír en todos los teléfonos al Jesús de mi madre que colgaba el aparato so pretexto de un número equivocado cuando para ser sincero sentía vergüenza ante nosotros

—¿Perdón?

la vergüenza de habernos abandonado, confíeselo, Jesús con los americanos de las plataformas de petróleo en las que se seguía comiendo, no explotaban minas y se duraba más tiempo, Jesús con casco haciendo agujeros en el mar

—Años atrás me rezaban en Angola

ni asomo de acacias ni el olor de las vainas, un murmullo de culantrillos en mi pasado sin que recordase el lugar, decía

—Culantrillos, culantrillos

y un

tlec

que no significaba nada de nada

—¿Qué será este tlec?

mi madre

(¿mi madre?)

—Es el viento en la puerta de la jaula

y como no podía ser mi madre porque mi madre está muerta hace siglos
yo pensando en las vainas de las acacias en marzo y las vainas

—Es el viento en la puerta de la jaula

una jaula de quién, dónde, los mercenarios disparando al azar y yo a los
mercenarios

—¿Qué viento en qué jaula, señores?

pensando en los jacarandás, en la camelia que mi tío

(¿mi tío?)

yo a los paquistaníes

—¿La camelia?

y los paquistaníes mintiendo, se les notaba en los ojos, siempre supieron
de la camelia, qué es de la camelia, hindúes

—Nosotros no comprendo

tal como Seabra no comprende, nadie comprende, un blanco en el
tercer piso del hostel de Mutamba, un blanco en el segundo, dos blancos
idénticos

señor Seabra, señor Miguéis

(los culantrillos marchitos, me acuerdo

creo yo

de los culantrillos marchitos)

tramos de escalones que no terminaban nunca, claridades no de
postigos, de cicatrices de bazuca en las paredes y por las cicatrices la
isla, los pájaros de la circunvalación sin soportales ni traineras,
vacilando en lo que quedaba

(en lo que casi no quedaba)

de una chimenea, de una cornisa, me cansa volver al mismo asunto pero los baobabs gemelos, el pórtico, una explosión hace unos instantes de forma que tal vez se acabó el pórtico que mi tío apreciaba, ordenó que construyesen uno grande y de caliza en la casa allá arriba, me dio pena que mi padre no pudiese sentarse allí al atardecer a disfrutar del fresquito a la vuelta de la fábrica y al pensar en esto me vino a la cabeza el barrio obrero de Lobito de modo que antes de que me conmoviese

(no soy persona de conmoverme)

lo expulsé interrogándome por qué motivo Seabra no llega, tal vez frente a una puerta equivocada, tal vez avanzando a ciegas y dejando atrás la chabola hacia Cuca donde los mercenarios, los sábados de permiso, traían de la isla a las muchachas descalzas que vagaban entre los arbustos y se buscaban unas a otras soñando con Alcântara

(¿por qué Alcântara, de dónde me ha venido este nombre, Alcântara?)

y con los mercenarios botellas de cerveza, un sargento que avanzaba a gatas hacia la ametralladora

—Va a matar, va a matar

y cosía la niebla, Seabra tal vez cosido desde la nuez de Adán hasta la barriga

tlec tlec tlec

y jaulas y culantrillos y listo, sus patrones en Lisboa enterándose días después cuando el segundo blanco del hostel lo encontró, el segundo blanco señalándome a Seabra

—¿Es su amigo, señorita?

—Voy a arreglar las cosas, señorita

—Llámeme Miguéis, señorita

igual al primero en el traje demasiado abrigado y en la pistola de juguete pero entendiendo enseguida las indicaciones en el cristal

—No tome esto como un elogio, es la pura verdad, tiene una letra clarísima

sin decirme que mis letras adquirirían patitas con una gota en la que se concentraban vibrando los faros o las farolas de la ciudad, cada letra una persona con vestido rojo deslizándose en los cristales o en la pared

de una casa de Lobito hasta quedarse sentadas en el suelo para después desaparecer y yo

—¿No tengo un cuerpo de muchacho, señor Miguéis?

desaparecida con ellas, el señor Miguéis que me encontraría sin duda en el barrio de chabolas a pesar de la noche

allí están los baobabs gemelos, rodearlos por la izquierda y atención a las raíces, si una persona tropieza hay siempre una catana o una navajita o un soldado que necesita una chaqueta y nosotros mañana desnudos en un círculo de lluvia que se va volviendo color rosa hasta que queda solamente lluvia, el jefe de la policía al embajador portugués

—¿Ve algo además de la lluvia, amigo?

puede ser que unas gotitas rojas que palidecen también pero no vamos a molestarnos por unas gotitas

(¿qué gotitas, además?)

de modo que el embajador al ministerio en Lisboa

—Solo lluvia, excelencia

allí está el pórtico del caboverdiano

tic tic

por las tejas de yeso, un

tic tic

sin relación con esta lluvia de hoy, mucho más antiguo y no obstante tan presente, casi sofocando a los culantrillos, tal vez todo lo que conserve de aquel tiempo sea un

tic tic

remoto, unos pocos trenes, algunas olas menudas que apenas rozaban la playa y de las que a pesar de todo Seabra

(aunque aturdido)

parecía darse cuenta mejor que Miguéis, puede ser que en el caso de él un canalón igualmente, soniquetes que hablaban toda la noche de no sé qué allí fuera, preguntaba

—Díganme qué ocurre

pedía

—No me dejen así

y las cosas tan antipáticas en su relación conmigo, con la nariz fruncida, altivas, por ejemplo durante las gripes la lámpara encendida aprovechando para hacerme daño en los ojos, los cierro y la lámpara sigue molestándome, por ejemplo los picaportes me entran en la piel, el aire lleno de trozos de cristal cuando se respira, allí están los baobabs gemelos, el pórtico del caboverdiano, el pestillo que dejé abierto

llamo pestillo a una cadena y un gancho en forma de anzuelo

y los diamantes conmigo o sea donde mi tío los juntaba, por debajo de una plancha de cartón entre restos de periódicos, dos cabañas más adelante un ciego extendía la mano de las limosnas en cuanto sonaban suelas o voces, mi tío

—Francisco

y el ciego acomodaban una granada en el faldón, una chabola difunta como le he dicho, este olor a Angola al que usted no se habitúa, nadie excepto tal vez el negro ciego mirándolo, un negro más adelante revolviendo basura, un trasto que no merecía la pena de que el ejército se preocupase por él, conversan solos, comen tierra, apenas pueden andar y mi tío

—Soy yo

otro negro que usted no distingue entre dos muros, habituado a confundirse con la nada tal como usted en el Servicio

por más que usted trajinase de sección en sección durante meses el director asombrándose

—¿Aquel inútil quién es?

de modo que se manda al inútil y el ministerio se tranquiliza, se dan unos retoques en su hoja de servicios, se inventa una proeza en Timor o algo así, se comunica a Luanda que el inútil va para allá

(un muchacho con experiencia, excelencias)

y por lo menos desaparece de mi vista durante un mes o dos, con un poco de suerte se pierde por allá y listo, en caso de necesidad Cortês o Miguéis

Miguéis

le echan una mano a la suerte y Seabra en Angola creyéndose elegido,
el Presidente, la bandera, Seabra

(tan ingenuo)

aceptando vagos elogios que no elogiaban nada de nada, el cigarrillo
que no se atrevió a rechazar y que se consumía entre sus dedos sin
ningún cenicero

qué lata

a mano

el director al teniente coronel

—¿Cómo dijo que se llamaba el inútil?

el ministro sin plaza de toros en la ventana aunque el mismo Presidente
en el mismo cristal y la misma bandera, estudiando la proeza de Timor,
llamando a Luanda

—¿Seabra?

Seabra con el traje de los domingos y la maleta en la que su madre
guardaba el vestido de novia a la espera del contacto en el aeropuerto

(-Espere el contacto)

que debía ir a buscarlo y no fue, el hotel que le indicaron en el Servicio y
en el hotel un blanco que buscaba en el registro pasmado ante la vejez
de la maleta

—Su nombre no figura

patrullas militares, personas que se disputaban un televisor a gritos
mientras un mestizo los apuntaba con la carabina desde una terraza con
azaleas, peanas sin monumentos, montones de personas que tropezaban
y dónde, huían pero de qué, corrían pero hacia quién o si no una sola
persona que se duplicaba en ecos en las fachadas tal como mi voz

—Señor Seabra

a cuarenta metros de los baobabs gemelos, a veinte metros del pórtico
del caboverdiano en el que la lluvia

tic tic

y Seabra sordo al

tic tic

observando, pienso que llevaba la maleta que durante tantos años estuvo bajo la cama de su madre y después en el tendedero con la tabla, si yo pudiese transportar así los culantrillos conmigo, ya no pediría la casa, no pediría la jaula, los culantrillos, el rumor de las hojas secas por la tarde, aunque fuesen nuevas por la mañana y volviesen a ser nuevas por la noche las hojas secas por la tarde, si yo tuviese el rumor de las hojas secas conmigo, no siento la falta de mi padre ni de mi madre ni de los trenes, siento la falta de los culantrillos por la tarde, cómo se pegan los culantrillos a la memoria, persisten, creemos que están olvidados dentro de nosotros, estamos muy tranquilos y en esto

no

tlec tlec

el

tlec tlec

otro cacharro, los culantrillos, no me acuerdo de tallos ni de flores, me acuerdo de las hojas, Seabra

sordo a los culantrillos

a la espera, juraría que llevaba la maleta para escapar de Luanda al escaparse de mí, un par de calcetines dentro, los mapas que al final no le sirvieron de nada, los papeles que escribió y nadie ha de leer, nadie aunque los reciba los leería porque nadie se molesta, nadie se interesa

—Se quema todo, Miguéis

una maleta medio deteriorada que quemarán igualmente, puede ser que un olor a mandarina en una planta baja de Lisboa, restaurantes, quioscos, pequeñas vidas que la corriente de los años va dejando de lado y al dejarlas de lado no fueron

nunca fueron

su vida, señor, yo tan clara en el hostel, Dios mío, explicando con tanto cuidado cómo se llega aquí

cuando yo tenía once años

sentada en su cama primero

—¿No cree que tengo un cuerpo de muchacho?

y ya vestida después, esta falda, esta blusa, esta horquilla en el pelo
cuando yo tenía once años

cómo se entra en el barrio, dónde se gira a la derecha y a la izquierda,
hice el gesto de rodear los baobabs

me acuerdo perfectamente de haber hecho el gesto, la mano así, en una
curva

—Hay que rodear los baobabs, ¿entiende?

cuando yo tenía once años en Dondo

le mostré con el dedo en el cristal de la ventana al dibujar mi nombre

cuando yo tenía once años en Dondo, me acostaba en uno de los
colchones del almacén, observaba mi cara en el barreño aceptando que
era yo sin creer que era yo

—No soy yo

ayudaba a pesar el pescado seco y a vender telas del Congo, cuando yo
tenía once años y tres meses en Dondo, once años y cuatro meses en
Dondo, once años y dos meses en Dondo mi tío dijo

—Levántate

no a mi primo, no hablaba con mi primo, no miraba a mi primo así
como no me miraba a mí

—Tu hija ya no crece más, ¿no?

y aunque no me mirase

—Levántate

miraba a mi madre, a mi padre, los culantrillos, no me miraba a mí

—Levántate

no en Marimbanguengo, en Dondo, en el último poblado antes del río, al
otro lado de la carretera de Malanje donde el jefe echaba cauris y
piedritas en el suelo cerca de un pollo degollado corriendo entre las
chozas como usted ahora en el poblado, encontró los baobabs gemelos,
no encontró el pórtico y yo mostrándoselo en el cristal con una flecha

no era un garabato bajo mi nombre, señor, eran las plumas de la flecha

diciendo cuál es la vereda

la más evidente, la más ancha, la que el índice prolongó hasta tropezar
con el cristal, advirtiéndole con su lentitud

—Fíjese bien

y Seabra escondiendo la pistola de juguete en la almohada

cuando yo tenía once años

y revolviéndose en el colchón preocupado por mí, pensando que yo
estaba pendiente de la firma

—Sus letras se han deshecho, señorita

cada letra dos patitas con una gota en el extremo en la cual se
concentraban vibrando los faros o las farolas de Luanda, letras solo
patas y finalmente sin patas, trazos que se atenuaban y yo

—¿No cree que tengo un cuerpo de muchacho, señor Seabra?

atenuada con ellos, mi voz solamente, no dicha por mí que no me
encontraba en la habitación

—Nunca existí, ¿sabía?

yo no en la chabola a su espera, en el poblado de Dondo en el que las
mujeres se acercaban, distinguí a mi tía

—Tú eres negra

distinguí a una mulata agachada en la hierba

(que nunca había visto y no volví a ver)

sacudiendo un paipay, me acostaron en una choza separada de las
otras, me abrieron las piernas

cuando yo tenía

me pintaron las mejillas con polvo de ladrillo, me rozaron la cara con
plumas murmurando en quimbundo

y la respiración del río, casi puedo asegurar que la respiración del río

la mía

la del río

eligieron un huevo, me introdujeron el huevo y en ese instante estoy
segura de que el criado de los vecinos

el que ayudaba en el mercado extendiéndome la cebolla

—Niña

y la cebolla en mí, no un huevo, ¿comprende?, la cebolla en mí

en mi palma

en mí

mi padre buscando la escopeta sin encontrar la escopeta, la escopeta en
el armario, padre, el profesor, los trenes, no fui yo quien gritó, fue mi
madre subiendo desde el patio

—Vea la cebolla

el huevo

que me dieron, madre

vea mi collar de ágata, mi vestido rojo, fíjese en que me deslizo por la
pared y me siento, cómo puedo gritar con el pulgar en la boca, me limito
a respirar al compás del río, una respiración tranquila

sienta

casi inmóvil de tan lenta, objetos difusos, el silencio de los teléfonos en
los que ningún chasquido, ningún timbre, ningún gorgorito eléctrico

como mucho una pregunta distante que no decía

—¿Perdón?

decía

—Levántate

decía

—Marina

decía

—Alto, alto

cuando yo comenzaba a correr, decía

—Cállate

en una ocasión vi el cadáver de una mula en el río

el blanco de sus ojos redondo, las patas fijas, rígidas, no una mula en serio, no creo que una mula en serio, de madera o algo así con uno de los cascos rotos, ya acercándose ya alejándose de la margen así como Seabra en el barrio Marçal se acercaba y alejaba de mí por sendas equivocadas, intentando distinguir los baobabs, el pórtico, lo que quedaba de la casa grande, yo qué sé, y no había baobabs, no había pórtico, había dos patitas y una gota en el extremo, mi cuerpo de negra abierto por un huevo junto a otros cuerpos de negras que abrió el mismo huevo, la mulata agachada en la hierba que no dejaba de sacudir su paipay, mi tío sentado con los hombres allí fuera en torno a una pipa de calabaza, el

tic tic

de algo en mí, mi tía secándose con la toalla y mirándose con el asco y el recelo de los blancos, sin decir

—Tú eres negra

sin acusarme

—Tú eres negra

callada, mi primo callado, mi tío callado, si al menos un culantrillo, no pedía más que una semillita de culantrillo que me ayudase, que una portezuela de jaula que me ayudase con su

tlec tlec

idiota, que las escopetas de una patrulla diesen conmigo en Mutamba, fui tan clara en el hostel, caramba, expliqué con tanto cuidado cómo se llega aquí, describí las barracas, las cabañas, los esbozos de cornisas, la boca de desagüe que no completaron nunca porque no hace falta, son salvajes, nacen en la basura, crecen entre desperdicios, se reproducen en la inmundicia, los criados de mi tío a quienes ordené que no le hiciesen daño

—No le hagan daño, déjenlo

y por tanto lleve los diamantes a Lisboa, señor, entréguelos en Luanda, véndalos, escóndalos en el algodón y el girasol del delegado regional, el director

—Los diamantes, Seabra

no el director, Miguéis y qué le sucederá a Miguéis

—Los diamantes, Seabra

los diamantes que no le mencionaron, señor

—No se mencionan los diamantes, ¿comprende?

los mencionaron

con cartas, diagramas, memorandos, fichas

un portugués y armas y guerra y el malestar de Angola y un trabajo sencillo, Seabra, llega, lo resuelve, vuelve y el Servicio contento, mi tío tocándome de regreso a la cantina

(hierba alta, hierba muy alta alrededor)

—Ya no creces más, ¿no?

no vino a Luanda en busca de un portugués, señor, vino en busca de un negro, mi imagen en el barreño alterada, me encontré casi tan crecida como mi madre en el espejo frente al que me peinaban los sábados, quiero un vestido rojo, un collar de ágatas, un anochecer en Alcântara, Rosário, Salete, Joana, salí de la choza tropezando en el sol

—Tu sobrina es mujer

la señora de Alcântara

—No te llamas Marina, te llamas Palmira

y yo satisfecha, Palmira

yo blanca

estrenando cada letra y cada letra dos patitas con una gota en el extremo, Palmira rubia, alta, gorda

no muy gorda pero gorda, sin cuerpo de muchacho

—Ya no tengo cuerpo de muchacho, señor

vestido verde, sandalias verdes, mangas con lazos, no vivía en el barrio obrero, vivía en un piso del centro adonde no llegaban los trenes, no se veía el mar, las personas en la calle

—Doña Palmira

la esposa del patrón de mi padre paseaba en automóvil conmigo

—¿Vamos de compras, Palmira?

tenía juguetes caros, no me ensuciaba nunca, no comía con cuchara,
comía con tenedor, si apartaba el plato

—No me apetece

no me insistían, preguntaban

—¿Qué desea, doña Palmira?

y yo

—Una muñeca grande

la esposa del patrón de mi padre eligiendo en la tienda

—Aquí tienes tu muñeca, Palmira

rubia como yo, alta, gorda, con vestido verde, sandalias verdes, mangas
con lazos, la muñeca comía con tenedor también, se acabaron las
cucharas, mi tío admirado

—Su hija ha crecido muchísimo, sí, señores

doña Palmira en Alcântara, más importante que la señora

—Soy yo quien manda ahora

y la señora, qué remedio, aceptando

—Claro, claro

puesto que yo rubia, alta, gorda

blanca

—No me llamo Marina, me llamo Palmira, madre, mire

las letras de mi nombre dos patitas con una gota en el extremo en la
cual se concentraba vibrando la lámpara del techo, letras solo patas

—Adiós, Palmira

y finalmente ni siquiera patas, trazos que se atenuaban y yo atenuada
con ellos

—He vuelto a ser Marina, madre

la esposa del patrón de mi padre no se fijaba en mí

mentira, se fijó una vez en la fiesta de Navidad de la fábrica, ella sí
rubia, alta, gorda

—¿No le dan un regalo a la mesticita?

y una muñeca de morondanga sin vestido verde ni sandalias verdes ni
mangas con lazos

desnuda

—¿Mesticita?

más pequeña

creo yo

que las muñecas de las demás, solo se doblaba una de las rodillas, la
otra no porque tenía el elástico trabado, no bajaba las pestañas que no
eran verdaderas, eran rayas dibujadas en la frente, al sacudirla una
pieza suelta bailaba en la barriga, me entregaron un trozo de tarta en
un plato de papel donde el trozo resbalaba, una guinda o algo así se
despegó de la nata, la vecina de mi madre me lo enderezó

—Cuidado

unos pocos caramelos imposibles de despegar del papel, un compañero
de mi padre tocaba la guitarra en el tablado golpeando el pie al ritmo de
la música, no prestaba atención a la guitarra ni a la música, prestaba
atención al pie admirada por el zapato de gamuza yo que solo conocía
sus botas

señor Fragoso

las personas aplaudían cuando el zapato dejaba de moverse y el señor
Fragoso encogía y estiraba los dedos observando sus falanges

—Hace tiempo que no practico

iniciaba otra música, el meñique fallaba en una cuerda, desistía, el
zapato de gamuza

vencido

derramándose sin vida por el tablado

—He perdido el tranquillo

se quedaba contemplándose las falanges mientras nos íbamos, mi madre en el barrio obrero trayéndome la muñeca

—¿Quieres dormir con ella, Marina?

doña Palmira rubia, alta, gorda

no muy gorda pero gorda

al despertarme la muñeca estaba aplastada y por eso le cruzaba la cara una arruga de burla a causa de su piel más clara que la mía, tuve que arrastrar un banco hasta el armario y subir al banco, un sillín de bicicleta, una caja de bizcochos, el martillo no, al bajar del banco me desollé la rodilla con un clavo

no sangre, una rayita

intenté anular la sonrisa pisándola con el talón y la sonrisa creció, un negro con gorra pasó silbando junto al muro, los hijos del dentista jugaban en la playa, me pareció que el automóvil de la esposa del patrón

—¿Vamos de compras, Palmira?

y el tucán

—Pseps

doña Palmira en el asiento trasero con vestido verde, sandalias verdes, mangas con lazos, una margarita dorada ciñéndole el flequillo, haciéndome señas desde la ventanilla del coche

—Mesticita

fue su sonrisa la que aplasté, no la sonrisa de la muñeca, el cuello que encajaba en los hombros y se volvía con dificultad hacia la derecha y hacia la izquierda con un gemido de roscas, se encontraban muñecas así en la tienda de los negros, la nariz dos agujeritos, las uñas sin pintar, la sonrisa, el señor Fragoso

—He perdido el tranquillo

aceptaba un trozo de tarta en un plato de papel y el trozo temblaba, sordo a los elogios

—Has estado bien, Fragoso

el señor Fragoso torturando el meñique, entregando el plato a la ahijada para limpiarse las mejillas con el pañuelo

—¿Quiere un caramelo de los míos, señor Fragoso?

trabajaba encaramado en un guindaste transportando sacos de aquí para allá, mi padre aseguraba que nunca rompía un saco, la esposa del director

—No se preocupe, señor Fragoso

los fragmentos de la muñeca reuniéndose para sonreír de nuevo, no una sonrisa, la expresión de Seabra en la chabola bajo la lluvia

—He perdido el tranquillo, Marina

y tal vez debido a la muñeca

¿qué edad tendrá hoy el señor Fragoso?

expliqué con tanto cuidado cómo se llega aquí

¿sesenta años, setenta?

cruza Mutamba, sigue subiendo

si me dejasen me quedaría mirando el zapato de gamuza horas y horas

cuando deja de subir se encuentra con una camioneta del ejército portugués en la que a veces unos pájaros corcovados, la camioneta no interesa, usted sigue

palabra de honor que miraba el zapato horas y horas y el zapato decepcionado

—He perdido el tranquillo

el mapa que dibujé en el cristal, solo no pinté la tierra de rojo, no dibujé la lluvia, me olvidé de los pasos detrás de usted, los mismos que oía toda la noche en otra habitación del hostel no atreviéndose a buscarlos, si interrogase a los paquistaníes

—¿Quién es?

los paquistaníes

—Nosotros no comprendo

pero qué importaban los pasos si doña Palmira a su espera, rubia, alta, gorda

no muy gorda pero gorda, sin cuerpo de muchacho

—Ya no tengo un cuerpo de muchacho, señor

con vestido verde, sandalias verdes, mangas con lazos, la señora de Alcântara tratándola con respeto, no de tú, sin atreverse a cambiarle el nombre

—Pues Palmira, doña Palmira, no le cambiamos el nombre

yo rubia, alta, gorda, no en el piso del centro adonde los trenes no llegaban ni se veía el mar, en una choza de barrio de chabolas en Luanda, mis pechos gordos, mi barriga gorda, yo tan guapa, Seabra

—Marina

y yo corrigiéndolo con educación, con paciencia

—Doña Palmira

si me diesen un trozo de pastel no resbalaría del plato puesto que el plato estaría firme, mis dedos seguros

—No dejo caer nada, ¿ve?

caminaría de puntillas sin tocar los muebles, elegante, pausada, las personas, felices de mirarme, se ajustarían los cuellos, se alisarían las arrugas

—¿Cómo está, doña Palmira?

no mesticita, blanca, mi tía avanzando con la toalla toda reverencias, solicitudes

—¿Me permite?

no me acostaron en una choza, no me pintaron las mejillas, no me introdujeron un huevo

nunca me introdujeron un huevo, qué disparate

y por tanto Seabra que se dé prisa si quiere que lo reciba ya que no tengo todo el tiempo del mundo, siempre invitaciones, té, reuniones en la iglesia, ya que dentro de poco la esposa del patrón de mi padre tocando el claxon del automóvil

—¿Vamos de compras, Palmira?

y entonces elegimos una muñeca grande, con pestañas verdaderas, con las uñas pintadas y los brazos no fijos, como es debido, una muñeca casi

de mi tamaño, arreglada como yo, el mismo verde, el mismo pelo rubio,
la muñeca para Seabra

—Haga el favor de entrar, señor Seabra

porque

(como puede comprobar)

no vivo en una choza de un barrio de chabolas con olor a mandioca y a
negro, vivo en un edificio nuevo con jardín, un jardín de rico sin
culantrillos, claro, sin una portezuela de jaula

tlec tlec

que me ponga de los nervios, sin una cancela que desde hace no sé
cuántos años resulta imposible cerrar

(el pestillo atascado no encaja en el gancho)

de modo que siéntese aquí a mi lado en el sillón sin la marca de su padre
o de su padrastro en el cojín, sin una alfombra con flecos, sin tabla de
planchar en el tendedero ni bayetas en el suelo el día de encerar la
tarima, quítese esa chaqueta demasiado abrigada, esa camisa que no se
cambia desde Lisboa, el trapo descolorido de la corbata y por un
instante

(hágame ese favor)

no piense en nada, no oiga los tiros de las patrullas de los *jeeps*, deje la
pistola en la mesita junto al cenicero de plata y deje que la pata de una
letra se le deslice por el mentón, con su gota en el extremo, hasta que
llegue la mañana.

CAPÍTULO NOVENO

Mi madre me llamó cuando ya estaba bajando la escalera del hostel camino a la chabola, de manera que ni siquiera le respondí, me llegó la tos de mi padrastro, me llegó el olor a mandarina en la planta baja, pero Mutamba en lugar del jardín de Parada, es decir, todo vacío y a oscuras pero Mutamba y no obstante mi madre

—Olvidaste la gabardina

si mirase hacia atrás seguro que la vería en lo alto de los escalones agitando la gabardina que perteneció a mi padre y al principio me llegaba hasta los talones

se burlaban de mí en los recreos de las clases

—Payaso

antes de volverse demasiado corta, mi madre

—Te vas a mojar todo, vas a pillar una gripe

y evidentemente no volví a casa porque si volvía a casa me cerraba la puerta de la calle

—A esta hora y con este tiempo ni lo pienses

y no me dejaba salir, me obligaba a quedarme con mi padrastro en la cocina empujando dos bancos al lado del fogón

—Aquí está más calentito

desde el tendedero observábamos el garaje, el café en el que las botellas del escaparate parecían más extranjeras, más caras, alguien que llegaba al umbral masticando o evaluando la humedad con la palma extendida, mi padrastro mientras mi madre

(a juzgar por la protesta de los cajones)

ordenaba servilletas allí dentro

—Ve deprisa, aprovecha

yo pensando

haciendo cuentas

cuántos años hace que él habrá muerto, con ganas de preguntar y con miedo a preguntar

—Disculpe si le parezco maleducado, pero así de repente se me ocurre que murió, ¿no?

yo levantándome y mi padrastro

—Creo que sí, que he muerto

masculando para que no se oyese mis zapatos en el suelo, si ya he dicho que lo quería pues entonces lo digo otra vez, no merecía estar enfermo ni merecía ser viejo y estaba enfermo y era viejo, en el caso de que

—¿Cómo está, señor Baião?

sacaba una sonrisa del bolsillo del pañuelo, como consecuencia de los temblores tardaba en encajársela en la boca

un poquito más a la derecha, señor Baião, un poquito más abajo, la voz iba adquiriendo huesos de consonantes hasta hacerse una voz de verdad

—Siempre perfecto, muchacho

el pañuelo se quedaba allí sacudiéndose solo, el señor Baião doblaba la sonrisa dentro y se la ponía en el bolsillo, se notaba un resto resonando en la comisura del labio

—Perfecto, muchacho

hasta que una piedra en la vesícula o un fallo del corazón la arrugaba con fuerza y la transformaba en un suspiro, el señor Simas derecho al banco, atento al interior de su cuerpo, palpándose para comprobar el estado de la coronaria o la piedra, lo escuché en el rellano

—Los años pasan en un instante, en julio hará siete que fallecí, muchacho

o puede ser que yo confundiese los sonidos y el canalón de Marina

tic tic

en su lugar, se quedó allí sosteniendo nomeolvides en la capilla número tres de la iglesia, mi madre usó el pañuelo de él en el velatorio, pensé que la sonrisa al sonarse y ninguna sonrisa, ninguna voz adquiriendo huesos de consonantes

—Perfecto, muchacho

unas camisas en el armario que me quedaban grandes, una caja de comprimidos fuera de lugar hace siglos, yo disculpándome irritado conmigo mismo

(mi falta de atención, las traiciones de la memoria)

—Pensándolo mejor, ahora recuerdo que murió, señor Baião, disculpe

llegando a Mutamba al llegar a Parada, los relámpagos volvían los edificios no rectos, oblicuos, los sacudían un instante y los retiraban enseguida antes de que yo supiese dónde estaban en realidad

—¿Cuál es el azul?

—Aquel

y no era aquel, era otro, me pareció que el amigo de los neumáticos

—Seabriña

y al final un negro con un cubo

ningún cubo, solamente el negro

un instante en un soportal

¿este, ese?

y al hacerse de noche, pensé en volver atrás e ir a buscar el paraguas de mi madre allí arriba pero tendría que caminar tanto y por tantas calles, estaba tan lejos nuestro piso en Lisboa, antes de encontrar la farmacia, el semáforo, intentaba calcular los pasos de la farmacia al semáforo y no acerté nunca, ciento sesenta y tres, ciento sesenta y nueve, doscientos once y por lo tanto

(ayúdeme, señor Baião)

cuántos pasos de Luanda a nuestro primer piso, dígame, me daba la impresión de que había unas bazucas unas calles más adelante y probablemente no eran bazucas sino millares de canalones y millares de gotas

(mi madre

—Ponte una gorra por lo menos)

tic tic

rodeándome, no sé si preocupada por la alfombra si preocupada por mí,
mi padrastro disculpándola

—Tu madre es muy sensible, muchacho

así como disculpaba a todo el mundo, pero mi padrastro falleció

—¿No falleció, señor Baião?

se interrumpió evaluando el estado de la coronaria y sus facciones
cayeron cara abajo

la preocupación desapareció, acabó el temor de mi madre

y se quedaron en paz, lo que quedaba eran unos ojos semejantes a la
lámpara del techo dibujando ausencias, una grieta en la pared en la que
no me había fijado hasta entonces y la cocina reducida a la grieta, yo a
mi madre

—¿Se ha fijado en la grieta?

Marina se acercó a la ventana en Luanda y no escribió su nombre en el
cristal, escribió Palmira, mi madre indecisa entre la grieta y el nombre

—¿Palmira?

letras que se volvían patitas con una gota en el extremo, por qué motivo
el cajón de los cubiertos nunca estaba cerrado por completo, era yo
quien lo empujaba hasta el fondo, quien colgaba mejor los paños de los
ganchos, quien cerraba bien el grifo, quitando la alfombra y el suelo
encerado quién se ocupa del apartamento, madre, intenté decir

—No es su nombre, Marina

y ella añadiéndole circunferencias, flechas, lo que se diría una especie
de mapa

(mientras no cerraba los cajones no encontraba sosiego)

el teniente coronel

—Un mapa, Seabra

con la esperanza de que sintiese su codo en mis costillas antes de que en
el mapa las tales gotas en las que se concentraban vibrando los faros de
los *jeeps* y las farolas de Luanda, los faros se marchaban, que oía bien
sus gritos, y las farolas no, leyendo menos deprisa que yo

—Palmira

desde cuándo Palmira es un mapa, señor teniente coronel, como mucho una mujer en una casa de Alcântara o una señora en el centro de Lobito adonde los trenes no llegaban y no se oía el mar, alta, rubia, gorda

no muy gorda pero gorda

con vestido verde, sandalias verdes, mangas con lazos, la tal señora a su espera en la chabola, Seabra, no un garaje, no un muro de cementerio, los baobabs gemelos, lo que queda del pórtico del caboverdiano de la carnicería, Angola, ¿comprende?, el fin de su trabajo, volver atrás un momentito por la gabardina, la gorra

Cláudia detestaba la gorra, pareces un campesino, un paleta, ni las patillas te faltan

la gorra de mi padre

—Me cuido para no engriparme, madre

doña Palmira aceptándome en la chabola

—Entre, entre

no solo la tierra roja sino el olor de la tierra roja, en la niebla el viento alzaba polvo de la hierba descolorida, inclinada, las enredaderas de las viviendas sin hojas, solo clavos y alambres y ramas, Miguéis abandonaba el *jeep* a mi encuentro, el traje demasiado abrigado, una corbatita a lunares, mostrarle la botella

—¿Le apetece?

si llega vivo a abril la niebla de nuevo, Miguéis sacando algo del cinturón

(¿la pistola?)

y los viejos de la aldea en aquella lengua suya, disculpe si somos maleducados pero así de repente nos da la impresión de que se va a morir, ¿no es verdad?, que desde hace siglos oigo, el señor Baião que no había visitado países salvo el ejército en Abrantes admirándose ante mí

—Qué cosas pasan en el mundo, muchacho

doña Palmira, casi del tamaño de Marina, abriendo y cerrando los ojos con pestañas verdaderas, sujetando un trozo de tarta en un plato de papel y comiendo la tarta no con una cuchara sino con un tenedor, yo a la entrada de la cabaña igual al criado de los vecinos y al que ayudaba en el mercado

—¿Me permite?

un olor a mandarina

¿por qué no un olor a mandarina, por qué no yo volviendo del colegio?

y un canapé cuyos muelles vivían independientes unos de otros, doña Susana limpiándose en el delantal

—Chaval

los muelles aumentaban su ritmo, el postigo frente al limonero avanzaba y retrocedía, podía coger las frutas, después no podía, después podía otra vez, en el instante en que casi alcanzaba una el limonero se alejó y se detuvo, doña Susana se ajustaba el cinturón de la bata ocultando lo que yo no había visto y desapareció entre encajes, sus palabras mucho más allá del patio, en las calles que bajaban hacia Santa Apolónia y donde vivían gitanos aunque la mano en mi hombro

—Márchate, anda

si veía a un gitano a lo lejos cambiaba de acera con miedo, lo mismo con la vieja con capelina que soltaba tacos en el bordillo

(fue rica, se decía)

de vez en cuando le ponían una inyección en el hospital y regresaba calmada agitando pulseras absurdas, el maquillaje demasiado chillón o si no el polvo de Angola que suavizaba sus arrugas

—Buenos días

hasta que uno de los mercenarios reparase en la capelina, apoyase la escopeta en el guardabarros del camión, le quitase el seguro al gatillo y apostase ante sus compañeros

—¿Le doy?

una palmera incluso quiso prevenirla pero le faltó viento y las hojas quietas, es gracioso cómo los árboles cambian con la llegada de la noche, secretos, profundos, descifrando misterios en un tono demasiado bajo y si nosotros

—Repitan

silencio, la vieja de la capelina se esfumó de repente, mi padrastro me mostró la foto en el periódico

—Se busca

el mercenario se inclinó para un segundo tiro y apoyó la escopeta

—He ganado

mi madre a vueltas con el quemador del gas que desatascábamos con un palillo, sacudiendo una cerilla, metiéndola en la caja

(más cerillas quemadas que cerillas buenas, cerillas igualmente en la encimera de piedra, en el cenicero que era una pequeña pantufla de bronce, en el suelo)

rascó otra cerilla

—¿Qué ha pasado?

la lija repleta de trazos como el nombre de Marina en el cristal o sea no el nombre, señales imposibles de leer, cuando me quedé solo escondí los papeles del Servicio en la maleta antes de que los pasos en la otra habitación los encontrasen y el director

—¿Qué es esto?

apagué la luz y mi padre casi apoyado en la ventana

—Cómo son las cosas, ¿te das cuenta?, yo creyendo que no me acordaba de usted

es decir, creo que mi padre, un bulto sin facciones contra el pasillo claro y después el pasillo oscuro también y ningún bulto, quién podría ser sino usted

—Adiós, padre

(hay ocasiones en que me pregunto adónde van los muertos, me pregunto ¿acaso un día nosotros?

y después gracias a Dios me olvido)

apagué la luz y los trazos en el cristal más nítidos

(si me levantase de la cama y me acercase al bulto seguro que mi padre se esfumaría)

leí Marina o Palmira, quería leer Marina y al final Palmira

Palmira

estiré las sábanas para que mi madre no se disgustase conmigo

—¿Dejas la cama así?

había un rasgón en la manta y no fui yo, madre, se lo aseguro, por complacerla repararía incluso las fachadas, barrería los ladrillos, enderezaría las chimeneas, dejaría Luanda en orden, mi padrastro

—Perfecto, muchacho

el responsable del octavo piso satisfecho

—Ha educado a su hijo como es debido, señora

mi madre deshaciendo el

Palmira

con una esponja, corrigiendo un pliegue, aceptando

—Ve, pues, a la chabola, anda

se baja desde el primer piso obviando el olor a mandarina de la planta baja, en el caso de que doña Susana ponga la basura a la entrada

—Chaval

no oigas

(envejeció tanto desde que yo era pequeño, doña Susana, un abrigo de su marido en lugar de bata, ¿acaso usted sabe, señora, adónde van los muertos?)

crucé el jardín de Parada

(¿acaso un día nosotros?)

en el que no había ningún gitano

a veces, por la noche, canturreos, amenazas, me tapaba los oídos y no había gitanos, nadie te llevará, tranquilízate

una parienta llegó un día con una monja e internaron a la vieja de la capelina en un asilo en Cascais, fíjate en los árboles desprovistos de sombra, unas ramitas que tiemblan, el dueño del café

(no el dueño, su sobrino)

fregando la barra, una persiana de acero en la joyería, antes de venir a Angola conocías a todas las personas y si las saludases hoy no sabrían quién eres, caminas por la acera de la Morais Soares donde tu infancia, tu colegio, como por una calle extranjera, camionetas militares en lugar de automóviles

(hay ocasiones en que me pregunto adónde van los muertos)

lucecitas de taxis que imitan traineras, un pájaro de la bahía al que confunde la ausencia de los soportales, giras a la izquierda donde antes estaba la terraza hacia Sapadores y las moreras del instituto

el director señalando la ventana sin patitas siquiera, gotas que se secaban sin reflejar nada, puede ser que una persona contra el pasillo claro y después el pasillo a oscuras también, ¿sabe adónde van los ?

—Todo explicado en el cristal

pero cómo si en el cristal solamente Mutamba o sea la plaza de Graça tal vez indicada en el mapa

donde mi madre iba al mercado que destruyeron los soldados de Sudáfrica, los baobabs gemelos, el pórtico, y ni baobabs gemelos ni pórtico, Lisboa aunque una chabola allá, los primeros edificios

casi casas

antes de las cabañas, de las planchas de corcho y de cinc, de las tablas, solía jugar unas cinco o seis calles después de la nuestra en un solar así, pequeños patios bordeados de estacas, colmenas

(el aire eléctrico de abejas, desenchúfelo, madre)

un taller en el que se sentía un martillo contra algo metálico, se entraba, el sol se acababa enseguida y no se veía a nadie excepto granitos de luz en una rendija, notábamos la pierna caliente y era un perro que nos lamía

—¿Eso también escrito en el cristal, señor director, el perro también escrito en el cristal?

buscar los baobabs en la plaza de Graça, dos árboles gemelos dice Marina, una única raíz, un único tronco, dice Marina que dijo al escribir Palmira y al escribir Palmira su cuerpo de muchacho un cuerpo rubio, gordo, con vestido verde, sandalias verdes, mangas con lazos, el vestido verde de doña Susana los domingos, subía a mostrárselo a mi madre

—¿Qué tal estoy, Doriña?

mi madre en ese instante tan fea

tan vulgar

a su lado, la máquina de coser trabajó varias semanas, curvas con tiza, hilvanes, hombreras, mi madre estirando la falda en las caderas y el tejido se resistía, observándose de lado en el espejo y el verde desvaído, apagado, el pecho se apoyó en la máquina, la cara desapareció bajo los brazos y los brazos plegados y por debajo de los brazos

yo miraba sobre todo las piernas cruzándose, un pie descalzo el otro descalzándose protestando contra injusticias que yo no entendía, nunca entró en el taller, nunca se interesó por las abejas

—Ya no tengo edad

déjeme cortar una parte del vestido con la tijera, no lo rasgue todo sola, mi padrastro buscó el pañuelo en el que guardaba la sonrisa y antes de que sacase una frase del bolsillo nació una orden de los brazos como si hubiese dos madres allí dentro, la que ya no tenía edad

frágil

la otra furiosa

—Cállate

y el pañuelo arrastrando despacito la frase

(casi a escondidas)

hacia el interior del bolsillo así como la lluvia iba arrastrando las chabolas separándolas de Luanda, los baobabs en Catete, el pórtico del caboverdiano en el mar si es que alguna vez los baobabs y el pórtico en el cristal y todo lo que encontré fueron los restos de un nombre y el arabesco con el que las personas subrayan su nombre, no una flecha que denunciase el lugar donde doña Palmira de verde

—¿Qué tal estoy, señor Seabra?

aunque el teniente coronel al mismo tiempo que una explosión distante en Grafanil, creo yo, parece que dos años con nosotros no le han servido de nada, Seabra

—Miguéis, por ejemplo, comprendía enseguida

de forma que ciertamente Miguéis a mi espera con ella, de forma que estos pasos en una calle cercana

(un traje igual al mío, una maleta con correas, una pistola no de juguete, una en serio)

llegando primero, no necesito gabardina, madre, ni volver a casa a buscar la gorra porque ha dejado de llover, no tengo frío, no he estornudado, como diría Marina solo unas gotas

tic tic

en el suelo, solo millares de gotas de millares de tejados

tic tic

en el suelo y Luanda y Lisboa intactas, es decir, alguna bazuca que otra, alguna ametralladora que otra, un almacén en llamas pero

no se preocupe, madre

sin peligro, alejado de nuestra casa, alejado de mí, los domingos me llevaba a ver las bodas a la iglesia de la Madre de Deus, nos quedábamos en la acera mirando, si había pocos invitados para la foto vacilaban un minuto examinándonos

(mi gorra, su chaqueta)

deliberaban entre ellos, nos llamaban

—Pónganse ahí

en el extremo de una fila y los invitados se apretaban más, usted me quitaba la gorra, me arreglaba deprisa la raya del pelo con los dedos, el fotógrafo salía de la máquina impacientándose con nosotros

—A ver una sonrisa como es debido, señora

ordenaba a mi madre que se quitase la chaqueta después de palparle la tela

—Escóndala a su espalda

las chaquetas nuevas, una de ellas con la etiqueta del precio colgada del hilo, el fotógrafo me torcía los hombros, me levantaba el mentón y frente a mí un carguero, un barco

—Quédate así, pequeño, no te muevas ahora

letras en una lengua extranjera que se descolorían en el casco, no Marina ni Palmira, un nombre de barco, el director

—Fíjese bien, Seabra

y yo bizqueaba a causa del mentón levantado, sin osar moverme

—No veo nada

o sea me daba cuenta de que había un marinero enrollando una cuerda, un segundo marinero se rascaba el cuello, el fotógrafo amenazaba con abandonar la máquina o sea su manga

—¿Qué he dicho, pequeño?

mi madre sonreía más a mi izquierda, dictaba la dirección al fotógrafo arreglándome la raya

—Nos va a enviar una copia, ¿no?

el fotógrafo hacía como que apuntaba ajeno a nosotros, la novia sumergida en blancuras

—¿Quiénes son estos, Artur?

en más de diez álbumes debo de estar con gorra, con un poco de suerte en un aparador, en una cómoda, nunca nos agradecieron, nunca recibimos copias, mi madre mojaba un cepillo, limpiaba la chaqueta, le preguntaba a mi padrastro

—¿Tú ves alguna mancha?

imitaba la pose del retrato, ahuecaba la falda, colocaba el bolso junto al ombligo puesto que el cierre casi parecía de plata, se ponía un poquito de perfume en el cuello y detrás de la oreja con la esperanza de que el perfume se notase en la película, interrogaba a mi padrastro sin dejar de acomodarse

—Debo de haber salido bien, ¿no crees?

mientras que la chaqueta se me diluía en la memoria, no Marina, no Palmira, un nombre de barco no escrito en los cristales, un marinero que enrollaba

¿o desenrollaba?

una cuerda y

¿pájaros?

iba a decir pájaros pero no sería verdad porque no los recuerdo, en Lisboa antes sí y aquí no, aquí carbones, cenizas, mi madre en busca de la fregona para quitar a África del suelo

—Qué mugre

(un resto de su perfume en mí)

recuerdo en esta construcción colonial a cincuenta o sesenta kilómetros de Luanda un niño con gorra a quien le torcieron el cuerpo y le alzaron el mentón intentando orientarse por el

tic tic

de los tejados que lo rodeaba creciendo a falta de un mapa que no supo descifrar y en cuyo centro

—Fíjese bien, Seabra

doña Palmira con vestido verde a mi espera, no una señora rubia, alta, gorda, una niña gorda, si hubiésemos recibido la copia de las fotos tal vez la niña gorda, de mangas con lazos, en medio, no jugaba en la playa de Lobito, se mordía el pulgar en el hostel de Mutamba, pasos vigilándome, una oreja contra la pared que conjeturaba, medía, la información para Lisboa

—Esta noche Seabra

describiendo mi pasado repleto de bodas y barcos, Marina en una de las cabañas impaciente conmigo

—¿Qué he dicho, pequeño?

con pestañas no verdaderas, dibujadas en la frente y el muslo derecho incapaz de moverse no por culpa del elástico sino porque un militar o un policía

—Alto, alto

o ya cerca de la barraca uno de los negros de su tío

¿el ciego?

al que engañó la oscuridad, apóyese con la mano, Marina, no se preocupe por el tiro, camine, la choza a unos veinte metros a lo sumo y en la choza su vestido verde, sus sandalias verdes, sus mangas con lazos, ya el perfume de mi madre, ya unos pendientes más grandes

(el fotógrafo de la boda aprobaría los pendientes)

yo con la gorra en la mano alzando la nariz

—¿Me permite, doña Palmira?

arrugándome al sol y mirándome de reojo como miraba los barcos, la misma expresión en el pasaporte y en el carné de identidad en el que se

distinguen los labios descifrando un casco, casi se ve una iglesia, casi se oye un órgano, pensando a lo mejor puede que no sea un tiro, simplemente el elástico ya que si intentaba doblar la pierna de la muñeca ocurría lo mismo, la baquelita que no cedía, usted a sí misma

—Más fuerza, Marina

y entonces al ceder se rompía, coger la pierna deprisa y entrar en la choza así como el criado de los vecinos intentó entrar en la estación y cuando se le ocurre eso usted

—¿Por qué la estación?

al comenzar a disparar sobre él, probablemente quería volver a la aldea en la que había nacido, durante una cacería en la que le permitieron que llevase las armas su padre cogió a la perra enferma, la soltó en la senda

ni siquiera la senda principal, el sendero donde los búfalos, su padre

—Vete

esto a kilómetros del barrio obrero y dos días después

(¿adónde van los ?)

los culantrillos que entonces comenzaban a crecer

tlec tlec

y la perra

palabra de honor

gimiendo en la cancela, el criado de los vecinos gemía en los senderos, el señor Fragoso abstraído de la mano que le había perdido el tranquillo

—¿Qué le habrá dado a la perra?

Marina

doña Palmira

no de vestido rojo sino verde

—Haga el favor de entrar, señor Seabra

solo que no era yo, sino Miguéis, yo con unos pantalones cortos que habían sido pantalones de mi padrastro observando los cargueros en Lisboa, la perra ocupó la cocina y se durmió así como me apetecía

dormir ahora, cerrar la puerta de mi habitación, Marina, sentir que el
cajón de los cubiertos se cerraba sin cerrarse por completo, el grifo

tic tic

en el fregadero, mi madre en el pasillo

—Hasta mañana

y yo aceptando el hasta mañana, la almohada y el silencio de la casa me
ayudaban, una mujer en el balcón del piso de arriba

—Con el olor de los cipreses no logro dormir

no me importaban los cipreses y el aroma de la casa me mecía, qué
fastidio tener que levantarme, hacer la maleta y salir porque Marina

doña Palmira

—Señor Seabra

en el barrio Marçal, o sea cerca de la iglesia de la Madre de Deus junto
al río, el fotógrafo cambiándonos de posición

—Los novios aquí

el tío de ella, la tía de ella, el primo, los viejos de la aldea alineados en la
escalera, doña Susana con bata

—¿Un gajo de mandarina, chaval?

y en el alféizar de la ventana de doña Susana

nunca me había fijado antes, la botella ayuda

tiestos de geranios, no el girasol y el algodón, no un *jeep* que llega,
tiestos de geranios, el fotógrafo a mi madre en el extremo de la fila
ordenándole que se quitase la chaqueta después de palpar la tela

—A ver una sonrisa como es debido, señora

y un niño con gorra arrimándose a ella sin comprender un mapa en un
nombre de carguero cuyas letras bajaban a lo largo del casco, un niño
que oía a los licaones detrás de la iglesia hacia el lado de Beato en
donde una vez por mes yo

(y mi madre

—¿Adónde vas a esta hora?)

hasta que una tarde una camioneta de mudanzas y las criadas que nunca había visto aquí fuera y me parecían más jóvenes de día, algunas quince años a lo sumo, con ojos del doble de su edad que un padre

o un tío como en el caso de Marina

poco a poco les dio

—No las asustaban los culantrillos, no las molestaba un

tlec tlec

¿de jaula?

las muchachas no Rosário, no Anabela, no Salete, Sandra, Filipa, Berta, la que yo prefería, la de cuerpo de muchacho

(¿Palmira?)

no Palmira, Ernestina

si al menos un vestido verde, sandalias verdes, mangas con lazos, yo

lamentablemente ninguna manga con lazos, esperaban en la camioneta entre trastos, un aparador, un hornillo, la patrona

—Nos vamos a vivir a Algés

donde, con la marea alta, el Tajo siembra barro en las calles y las locomotoras trabajan con el mismo sonido que el agua, si yo fuese a Algés al regresar la luz de la cocina encendida, por más que me esforzase los zapatos me traicionaban en el rellano

czic

la llave chillando en la cerradura

—Estamos aquí, hemos vuelto

el paragüero indignado, la gabardina de mi padre se agitaba acusándome, sin hablar del algodón y el girasol

—Francamente

a pesar de que yo

—Fue antes de vosotros, fue mucho antes de vosotros

los hijos del delegado regional en el marco

—Ay, Seabra

(¿de qué modo el director descubrió que llevo los diamantes conmigo?, soy un torpón, un inútil, ¿no?)

mi madre con el despertador a mi espera, cada aguja censurándome, los números enormes, nunca más perdonaré que te adelantes, nunca más te daré cuerda

—¿Sabes qué hora es?

y mientras yo en Algés usted en su extremo de la fila, el fotógrafo no le envió una copia, no apuntó la dirección

—Puede decírmela que yo no me olvido

y listo, cómo se llamaba el barco, madre, ayúdeme, estoy aquí en Sapadores buscando por los rincones ensordecido por el

tic tic

de los tejados, cómo se apaña en la chabola, si no fuese por las agujas del despertador

—¿Sabes qué hora es?

y contra la voluntad del teniente coronel siguiéndome con el meñique en el mapa

—¿Se ha vuelto loco, Seabra?

encontraba a Marina en Algés en el caso de que no hubiese ninguna patrulla, ningún *jeep*, ningún incendio, Marina en una cocina que transformaron en habitación

—¿No cree que tengo un cuerpo de muchacho, señor?

¿doña Palmira o Marina?

o Sandra o Filipa o Berta o doña Susana eligiendo una mandarina del frutero

—¿Te apetece, chaval?

me parecía que las abejas del solar conmigo o los insectos de Angola, millares de alas a mi alrededor en cuanto llegaba el crepúsculo, no lagartos, no mochuelos, insectos o si no mis oídos estropeados al cabo de cinco años aquí, la patrona señalándome la sala en la que unas muchachas

(no distingo cuántas porque mis ojos hoy en día)

—¿Cuál de las chicas, Seabra?

antes de que se consuman más, corran por la noche a desnudar a los difuntos, se alimenten de grillos y cucarachas, antes de Miguéis en la hacienda y yo extendiendo la botella a Miguéis

(porque África es esto, es solo esto, ruinas y restos calcinados y minas

—No se preocupe, madre, ya falta tan poco, pronto se habrá acabado todo)

no con miedo, libre, casi contento

—¿Le apetece?

y por tanto al final era así, no lo imaginabas tan fácil, Algés, la chabola en Algés, ni baobabs gemelos ni pórtico, una manzana de viviendas casi chozas en realidad, no me mintió en lo que se refiere a las chozas, Marina, la patrona avisada por el director

—Dentro de diez minutos tendrá ahí a Seabra, señora

guiando su atención hacia mí

—Tu cliente, Palmira

mi ropa demasiado abrigada que el fotógrafo aprobaría

(¿aprobaría?)

tal vez me enderezase una solapa, me acomodase el cuello

—Está presentable

regresase a la máquina

—Atención

y solo en nuestras expresiones se notaría el carguero, bastaba mirar la foto y se distinguía un barco zarpando, los rostros siguiéndolo y todo esto impreciso, como percibido en el interior del sueño, por más que me esfuerce solo una silueta oscura contra el pasillo claro

—Duerme

y un

—Duerme

sin garganta, una corriente de aire, una alteración del sosiego, un suspiro

—Duerme

voy a obedecerle, padre, voy a tumbarme en este escalón y dormir, mi madre

—Tu padre

mientras calentaba la plancha y comprobaba la temperatura con el dedo mojado, mi padrastro ensanchaba su marca en el cojín y mi madre se calló o si no la escopeta de un soldado después de

—Alto, alto

acallándola, África Lisboa solamente, señor teniente coronel, pretendieron engañarme puesto que siempre he estado en Lisboa, estas calles, estas casas, estas estatuas nadie sabe de quién, estas capillas repletas de palomas en las cornisas, la plaza de toros y la música, las palmas, yo llegando de clase, del hostel, de los girasoles, del algodón, yo al galope, yo al trote, yo deteniéndome cuando el fotógrafo me levantaba el mentón mientras mi madre me componía de prisa la raya del pelo con los dedos

—Te quedas así

yo llegando a la chabola así, a Algés así, sin fiebre, madre, sin enfermarme ni toser, yo pensando dónde guardé la pistola, aburriéndome de la pistola, buscando otra botella en el escalón, no una choza, un entresuelo junto a la rotonda, se caminaba por travesías en las que el

tic tic

de la lluvia había cesado, arriates de belladona, ventanucos, sacar la sonrisa del bolsillo junto con el pañuelo

—Marina

contenerla

debido a los temblores

encajarla en la boca

—No hace falta que me ayuden, yo puedo

un poquito más a la derecha, un poquito más abajo, la voz que adquiriría huesos de consonantes hasta ser voz de verdad y entonces sí

—Soy Seabra, Marina

los diamantes debajo de una chapa o trapos o pescado seco o basura, no son los negros los que nos preocupan, qué nos interesan los negros y los vestidos rojos

—No rojos, señor teniente coronel, verdes

no vamos a discutir eso, si usted insiste en que son verdes a mí me da igual, verdes, así como me da igual que se maten, que mueran, los blancos que viven con ellos son negros también, una tierra de negros, una tierra sucia de negros que no me interesa dónde queda, nuestra cuestión, Seabra

usted es Seabra, ¿no?, no me he equivocado con el nombre, pensé que era Miguéis, tenemos tanta gente trabajando para nosotros y los nombres francamente me preocupan poco, Miguéis es el que ha de

—Diga, diga

—No importa

—El que ha de venir a reunirse conmigo

ya le he explicado que no importa, no tiene que ocuparse de lo que suceda después, resumiendo y para que le quede claro nuestra única cuestión son los diamantes que el mestizo no nos entrega y no paran de reclamar desde Luanda, el secretario de Estado disgustadísimo, nosotros disgustadísimos, deje ahí la sonrisa que ha salido bien, Seabra, ahora que usted me cae simpático ya no olvidaré su nombre, descúbranos los diamantes que el mestizo o la sobrina nos han ocultado

—Marina

no vamos a discutir eso, si usted insiste en que se llama Marina a mí me da igual, Marina al fin de cuentas una negra como las demás o tal vez más negra que las demás puesto que por el hecho de no ser negra se da cuenta de que es negra, descúbrame los diamantes en tres, cuatro días cuando mucho y en cuanto los recibamos podrá comprobar que no somos ingratos, le basta con seguir las indicaciones en el cristal, parece una firma, ¿no?, parece un nombre

Palmira

una escalera puntuada con casquillos sin bombilla, me pareció que en la planta baja un olor a mandarina y un canapé pero nadie pidiéndome

—Chaval

la patrona de la casa

—¿Prefiere a Palmira?

la alta, rubia, gorda

no muy gorda pero gorda, no un cuerpo de muchacho con rodillas
afiladas, no un pedazo de colcha sobre el pecho, no el pulgar en la boca
mientras las ágatas se desparramaban por el suelo, no el dedito
levantado

—¿No oye?

asegurándome que eran olas cuando en realidad eran pasos, un hombre
que pedía

—Anabela

entre los culantrillos de un patio, nadie salvo nosotros dos, Marina,
puesto que encontré la choza, la puerta como el cajón de los cubiertos
de mi madre y usted

—Cuánto tiempo, Seabra

las patrullas distantes de nosotros, algo que ardía a lo lejos

no un incendio, dos

y ni un ruido de llamas, solo el temblor del girasol, del algodón, una
lamparita en la aldea de los viejos y en esto la lluvia otra vez, sin un
relámpago, sin un trueno, en el techo de la choza, la lluvia presentida,
no oída ni vista, y con la lluvia el olor de esta tierra de Angola, no el
perfume de mi madre detrás de la oreja, en el cuello, casi el mismo que
el de la patrona en Algés

—¿Prefiere a Palmira, amigo?

alta, rubia, gorda, con vestido verde, sandalias verdes, mangas con
lazos y en lugar de cama mantas, paja, esa tela de los sacos en la que
caía el agua

—Cuánto tiempo, Seabra

no me trate como me trataba Cláudia, no se ría de mí, no quiero hacerle
daño, quiero que venga conmigo, así como yo le decía a Cláudia

—Será posible que nosotros

y Cláudia

—No

al mismo tiempo que la lluvia crecía, se hacía más densa, pensé que mi madre me había llamado y aunque me hubiese llamado no le respondía, noté la tos de mi padrastro pero en lugar del jardín de Parada en Mutamba, todo vacío y negro bajo la lluvia

presentida, no oída ni vista

Mutamba y no obstante mi madre

—Te olvidas de la gabardina

si mirase hacia arriba seguro que la vería en lo alto de los escalones agitando la gabardina que perteneció a mi padre y al principio me llegaba hasta los talones antes de volverse demasiado corta

—Vas a pillar una gripe

la gabardina que extendí sobre doña Palmira

sobre Marina

sobre doña Palmira al marcharme para que no se resfriase, no se sintiese mal, para que el vestido verde y las sandalias verdes y las mangas con lazos se mantuviesen secas y Miguéis, cuando llegase, la viera alta, rubia, gorda

no muy gorda pero gorda

no un cuerpo de muchacho

—¿No cree que tengo un cuerpo de muchacho, señor Miguéis?

y no se sintiera obligado a añadir un orificio de bala

¿para qué más orificios, para qué más balas?

al que le dejé en el pecho.

CAPÍTULO DÉCIMO

Nunca tuve mucho y ahora no tengo casi nada, ni siquiera el reloj que mi padre me dibujaba con tinta en la muñeca, le pedía

—Hágame un reloj, padre

y él, con la pluma que me hacía cosquillas, un trazo redondo

(nunca redondo del todo)

en la piel

la esfera

números que a pesar de apiñarse no cabían todos, una aguja grande, una aguja más pequeña, alzaba el brazo para que mi padre completase la pulsera, dos rayas paralelas, un esbozo de hebilla, puntitos que eran los agujeros para cuando yo creciese

—A medida que crezcas tendrás que ir ajustando la correa

le añadía un anillo, es decir, la piedra quedaba así así, tal vez pentagonal en lugar de cuadrada, pero el aro se torcía siempre al dar la vuelta, mi padre

—Quieta

mojaba el pulgar con saliva, borraba el aro, lo corregía, como la saliva no había tenido tiempo de secarse el aro quedaba emborronado, miraba la mano con dudas, no me parecía que el reloj funcionase porque las agujas estaban inmóviles y mi padre

—Claro que funciona, es de verdad

lo comparaba con el despertador de la cocina y fijándome mejor veía que era de verdad, funcionaba, me quedé estudiándolo antes de mostrárselo a mi madre en el patio que debía de ser la única parte del barrio que le recordaba la isla de Luanda, Joana asando un pollo que le había dado un soldado

—Mi anillo y mi reloj, madre

el reloj tres y veinte o siete menos diez o doce de la noche y doce, da igual, era la posición del sol la que tenía obligación de cambiar, no él, Joana hacía girar el pollo en el escobillón de limpiar las escopetas que servía de asador, lo acercaba al fuego y el pollo se doraba, las plumas

no caían porque la palma del aire, aunque insegura, las sostenía, una de ellas rozó el pelo de mi madre en Lobito diciéndole tu hija te está llamando

—¿Prefiere el anillo o el reloj, madre?

solo que mañana al despertar ni reloj ni anillo, unas manchitas confusas, la aguja que se resistía protestando

—No soy una mancha

los culantrillos asintiendo aunque los culantrillos asentían siempre y por lo tanto no le hacía caso a los culantrillos o si no fingía que era extranjera o si no

—Cállense

la aguja que se resistía protestando

—Te has atrasado

yo sin comprender

comprendiendo ahora

—¿Me he atrasado en qué?

una única aguja, no la de las horas, la de los minutos, esa que giraba deprisa y ora me señalaba el codo ora me señalaba el pecho, mi padre no me ponía allí las otras, con las piernas cruzadas, el pie libre moviéndose, la nariz seguía líneas escritas que la boca iba transformando en un discurso silencioso

esas conversaciones de los peces

—Cuando acabe de leer el periódico

llegué a tener un reloj en cada muñeca, tres anillos, una cadena de tinta y en la cadena mi nombre

—¿Qué es esto?

—Es tu nombre

el de mi madre en el cajón

—¿Es su nombre, madre?

aunque le faltase una letra, dos letras, Joana se levantaba sacudiéndose plumas, plumas tuyas creo yo, no del pollo

—Ocúpate del animal un instante, Anabela

me bañaban y yo sin nada, los días cambiados, alegaba contra la sopa

—No estamos en la hora del almuerzo, estamos en la hora de la merienda

(me gustaba la leche)

los trenes de pasajeros, indecisos, me observaban la muñeca

—¿Piensas que podemos llegar, Marina?

yo escapaba de la cuchara apartando la cabeza, proponiéndole a la ventana en la que un vagón iba susurrando dudas, esos

—No lo sé

de las cosas, ignorantes de todo

—Si no tuviese que tomar la sopa se lo diría

en el caso de que les hablase de mi tío, por ejemplo

—¿Va a llegar el viernes?

las sillas secretas, me atacaban las rodillas si me cruzaba con ellas, no servían para nada a no ser para que mi padre

—No te reclines en la silla que la estropeas

en lugar de

—No te reclines en la silla que puedes caerte

la silla más importante que yo

—No te reclines en la silla que la estropeas

Joana volvía al pollo

—Deja el escobillón, Anabela

un ala de pollo quemada, la otra cruda, las garras de las patas, iguales a las garras de mi tío, a pesar de muertas se agitaban con vida, bajaban hacia el reloj de tinta impidiendo que la aguja se moviese, me sujetaban

—Muchacha

y no dejaban de sujetarme porque la aguja seguía quieta y por tanto un silbido de trainera cuajada en el grito, una ola ya encorvada a la espera de poder romper, mi padre que no terminaba de levantarse del sillón, lo noté por primera vez

porque su boca estaba quieta

un diente de metal asomaba del labio, pensé en preguntarle

—¿Es de plata ese diente?

en cuanto mi tío liberase al reloj, pero me preocupaba tanto que lo hubiese borrado

(no le faltaba ni un número, el mejor reloj que he tenido)

que me puse a comprobar las rayitas de la pluma y me olvidé

plata no lo creo, padre, cromado tal vez, en esa época todo lo que no fuese amarillo era plata, los cazos, los cubiertos, salía mostrándole un tenedor al criado de los vecinos

—Somos ricos, ¿sabías?

mi padre olvidó la pluma en la página de los anuncios de trabajo del periódico

—¿Quería mudarse de Lobito, padre?

de modo que intenté añadir un anillo al meñique y la pluma me escoció, mudarse de Lobito a donde mi tío no nos visitase, ¿no?, solo usted, yo, tal vez yo no por la forma en que en ciertos momentos me observaba murmurando, mi madre y yo estirábamos la cabeza sin poder oírlo

—¿Qué ocurre, padre?

—Nada

oíamos los cocoteros de la isla mientras Joana trinchaba el pollo, cinco mujeres

seis

sin anillo ni reloj, si les fabricase unas agujas

—El tiempo apresuradísimo, lo aseguro

los billetes de los clientes en una lata escondida en la playa, hay ocasiones en que me viene a la cabeza si mi madre no haría eso en Lobito por temor a volver a ser pobre, los años de Alcântara, los años

de Luanda, si yo le dibujase un anillo buscaría una excusa para encerrarse en la cocina, se lo quitaría del dedo y lo guardaría, no se pintaba las uñas con mis lápices de colores como yo hacía, madre, no iba de un lado al otro de puntillas cuando estaba sola

—Soy doña Marina

no cerraba los ojos, con los brazos abiertos, para andar por la casa sin atinar con los muebles, tocaba una superficie dura y doña Marina me reprendía en el espejo y me convertía en Marina, ella ofendida conmigo y yo

—Disculpe

conjeturando

—¿Seré dos?

regresaba al espejo y doña Marina solo Marina también, si me cubriese la muñeca con la mano los años se congelarían y no existiría Luanda, Seabra, las chabolas, a pesar de que cada uña con una tonalidad diferente me hacía mayor, una mueca disimulando la desilusión

—Al final no soy mayor

existiríamos nosotros en el barrio, mi padre reforzando el tejado antes de que llegase la lluvia y mi madre no sé si sujetando la escalera o con ganas de hacerla caer, mi padre dos talones en el último escalón y martillazos invisibles, sus hombros se estiraban y se encogían según iba y venía el sonido, no exactamente una persona, la persona los zapatos y el comienzo de los pantalones, una mancha golpeando, de vez en cuando asomaba un clavo del bolsillo, entraba en la mancha y durante unos momentos el martillo más rápido, la lata del dinero no se encontraba en la isla

había un palito que marcaba el lugar

Joana apartó el pollo del fuego

o sea el pollo de repente en la arena

en otra época barcos, ahora ningún barco, cazaban a los pájaros de la avenida de circunvalación con trozos de pan, trampas y redes, en esto

(casi nunca)

un alboroto de alas, Rosário buscándole el pescuezo, fallando, alcanzando una pata

—Es mío

mi madre alejada del lugar de la lata con un pedazo de jabón y una blusa y Salete a mi madre mostrándole el palito, el agujero que alguien había removido en la vispera

—Has sido tú

se esforzaban por estrangular al pájaro y el alboroto de las alas contra la cara de ellas, un pico y Rosário

—Me ha mordido

todo el mundo sabe que pegan enfermedades, fiebres, aplástale la cabeza con el escobillón, anda

—Pero ¿dónde está la cabeza?, solo veo alas, el animal no es más que alas

no lo dejes escapar, el escobillón, una piedra, la cafetera esmaltada, un ojito amarillo rabioso y el pico de nuevo, Salete

—Cabrón

en Alcântara un mantel, platos, la señora exigía que nos arreglásemos para comer a la mesa, vestidos rojos, collares de ágata, el pelo ordenado, se cubrían los defectos de la pared con rosetas de papel satinado, la Virgen del Pilar en un marco primoroso, la señora midiéndolo con las gafas

—Endereza el marco, Anabela

las diez uñas del mismo color

casi violeta

bastaba el halo del pintaúñas para iluminar la comida, sacaba un pincel de un frasquito y soplabá en los dedos, durante un cuarto de hora cogía los objetos con un esmero de pinzas

falanges lentas, zancudas

de joven, afirmaba ella, un padre doctor, criadas, vacaciones en la costa de España

—En Madrid, que hay playas

la Virgen del Pilar torcida hacia el otro lado y la señora entre bufidos

—Tanto no, tontainas

un arabesco del marco iba desconchando el revoque, los blindados
avanzaban entre estremecimientos en el muelle de Luanda, el escobillón
no acertó en el ave y las alas más fuertes, los sábados una mujer
gastada, con pañuelo en la cabeza

Ermelinda

cambiaba la ropa de las camas

Ermelinda u Hortelinda, Ermelinda, conocía a la señora del norte creo
yo, se trataban de tú y cada vez que

—Tú

la señora a nosotros disculpándola

—Es la edad, ¿comprenden?

la mujer golpeando una almohada, con la mano en alto, una palmadita
solo huesos

los pájaros así para remar en el agua

—¿Madrid?

a falta de peces comían barro, alquitrán, un animal muerto que nosotros
y los negros no vimos, no hay nada de comer en África salvo mutilados y
diamantes, señor

—¿Le apetece una cena de diamantes?

mientras mi padre bajaba por la escalera del tejado que se doblaba y
temblaba, los talones pasaban ante mí y se convertían en pantorrillas,
rodillas, ombligo, solo cuando se sentaba o lo encontraba durmiendo
podía aceptarlo sin dudas, decir

—Padre

pues hasta entonces había sido un extraño como los demás blancos

yo pensaba que blanco

si me cogían en brazos reparaba en ellos, si no me cogían en brazos no
eran más que voces, las mujeres se inclinaban hacia mí con la mano al
nivel de mi cintura

—Te conocí cuando eras así de alta, ¿sabías?

como si alguna vez en este mundo

¿no es verdad?

yo hubiese sido una enana, qué horror, el escobillón alcanzó al ave y esta vez un ala se abrió en abanico, se encogió en un espasmo, se detuvo, Rosário la tocó con una caña y un temblequeo de nada, volvió a tocarla y ningún temblor, cómanla deprisa o entiérrenla en la arena junto con la lata del dinero.

—¿Cuánto cuesta un billete de avión para Portugal, Rosário?

y Rosário sumando las monedas

—No alcanza

comer antes que los soldados, los mendigos, los ciegos, los niños que nadie conoció cuando eran así de altos, ¿sabías?, dando saltos con las muletas, Joana en un matorral limpiando el ave y al final una piel encogida, sin carne, en Alcântara patatas, martinetes, un hilito de aceite, en Navidad la señora cambiaba por perlas la medalla del cuello

—Siempre hacíamos esto en Madrid

habituada a esos lujos por su padre doctor y la palmadita de la mujer de edad

—¿Doctor?

traía un roscón de reyes del café, se quedaba sola conmoviéndose, entre señales de la cruz, con el champán, y al día siguiente las congojas, los ojos cerrados, una toalla en la frente, de repente tan vulnerable, tan deforme, suplicando ayuda

—No me hablen que me va a estallar la cabeza

el motor de los barcos la trastornaba

—Sáquenme las traineras de ahí

la mujer se acercaba con un cojín consolándola

—Ciniña

no doña Ciniña como nosotros, Ciniña, si la señora se pusiese un pañuelo en la cabeza las confundiríamos, iba recuperando las fuerzas a costa de lamentos, buscaba el estuche del maquillaje, rechazaba a la mujer

—¿Qué? ¿Hoy no se trabaja?

palpaba los pendientes que no tenía

—¿Mis pendientes?

en cualquiera de sus rincones un nogal puesto que al observar a su alrededor bajo la toalla los pequeños párpados temerosos tanteando el aire

—¿El nogal?

comprobaba su dentadura postiza y con la dentadura postiza la autoridad, la toalla en el suelo

—¿Qué porquería es esta?

una rama de nogal muy antiguo se desvanecía en la cortina, me pareció que la señora en medio de un gesto

(no me sorprendería si tuviese un anillo de tinta con una piedra que debía ser cuadrada y no lo era)

—Nogales

un hombre apoyado en una escarda, un principio de viña, pavos, la señora

no la señora, Salete en la isla mostrando un palito, un agujero, arena que alguien había removido en la víspera

—Has sido tú

el dinero de los billetes de avión para Lisboa en una lata envuelta en un trapo y mi madre callada, no hablaba con mi padre, no hablaba conmigo, los clientes a la señora

—¿Esa chica es muda?

cuenta lo que sentía por mi tío, si es que sentía algo por alguien, no solo no hablaba sino que no parecía escucharnos, puede ser que cuando mi tío

—Ven aquí

una resonancia, un eco, le mostraba las agujas del reloj diferentes de las del despertador de la cocina

—¿No quiere poner la hora según mi reloj, madre?

y usted en silencio

—¿No le gusta mi reloj, madre?

como cuando Salete en la isla

—Has sido tú

casi ni árboles ya, un poco de capín, unas matas, unos soldados que ofrecían una conserva, una raíz de mandioca

—¿Alcanza con esto?

el gasóleo del mar sofocaba a los cangrejos, llegaban muertos a la playa retorciendo las pinzas, intentaba abrirles la cáscara con lo que quedaba de un tenedor y Joana

—No comas, Anabela

en el mercado de Lobito no pedía las verduras, las señalaba con el mentón, guardaba pan en el delantal y nos lo ocultaba, encontré un palito en el arriate y debajo del palito una lata, monedas, llaves que no abrían nada salvo el aire y abierto el aire lo que supongo Lisboa es decir muchachas con vestido rojo en un poyete y un par de caballeros que tardaban en elegir, cerré el aire antes de que la señora me hiciese señas con la esperanza de que los caballeros no me vieses

—¿Crees que tienes edad para estar aquí, chica?

afortunadamente los culantrillos le ahogaban la voz

—Gracias, culantrillos

mi padre entretenido en dibujarme un reloj en la muñeca

—Si no te estás quieta no podré hacerlo, Marina

una ventanita para el día del mes

—Hoy no es dieciocho, es doce

—Haz cuenta de que es dieciocho, listo

y envejecí una semana, aunque hubiese cerrado el aire le pedí a los culantrillos que me ayudasen puesto que uno de los caballeros

—¿No hay aquí un tocadiscos para que las muchachas bailen?

clarinetes, violines, la señora batiendo palmas

—Un poco de animación no le hace daño a nadie

alguien que perdía el equilibrio chocando con una mesa, si al menos
lloviese como en la chabola y el viento del patio sacudiese la jaula, mi
padre acabó el reloj y la música

por suerte

dejó de sonar, ningún caballero elegía a mi madre que escardaba el
arriate

—Me quedo con aquella, señora

solo Seabra allí fuera sin atinar con la choza, cada vez que iba a entrar
se detenía en el umbral o tal vez no era él, el ciego diciéndome que no
era él, la lluvia cambió de sentido, Luanda se desplazó

completa

hacia el interior del bosque, si estuviese en Dondo mi tía encontraría
Luanda poco a poco en el río, los incendios, las patrullas, los tiros,
encontraría el barrio Marçal y a mí

—Tú eres negra

ratas, ustedes son ratas

en la choza a la espera

son ratas, huelen a ratas, nos miran como nos miran las ratas, si
cogemos una escoba huyen de nosotros con miedo y después sus patas
sucias, cuando tu tío me tocaba yo

(si no hubiese sido tan joven cuando lo conocí nunca habría dejado que
me tocase)

cuando tu tío me tocaba yo me moría, el corazón sin latir, las manos
incapaces de un gesto, la tos de mi padre dos o tres fardos más adelante
y yo difunta

entiérreme deprisa, padre, escóndame donde no llegue mi marido,
donde su mano no consiga cogerme, sus dedos en mi boca

—Espera

no palabras, chillidos de rata, las uñas no iguales a las nuestras, el color
rosado de los negros, el hocico que me buscaba el cuello, no es Luanda
poco a poco en el agua, son las ratas, señores, la vivienda demasiado
grande en la que detestaba vivir, muebles que imitaban muebles de
blancos, cortinas forradas, yo en la terraza con la esperanza de que

mi marido no

y no obstante el olor junto a mí, el hocico en mi cuello, aquellas uñas

—Espera

estoy segura de que mi sobrina

no soy tía de una negra

espiándonos desde un tiesto o desde un pilar de piedra caliza y yo

—Entiérreme deprisa, padre, escóndame

mientras mi marido y a pesar de estar difunta dentro de mí yo

—No

no la espiaba, tía, me daba

creo que usted me daba pena, cierre deprisa el aire y tal vez aparezca el dibujo de un reloj igual al mío en su muñeca, la aguja de los segundos, la ventanita para el día del mes, si se cambia el número de la ventanita

esta marca de la pluma que es un botón, basta girar el botón y la terraza vacía, si se gira para el lado opuesto un caballero en Alcântara mientras una señora con anillos no como los míos, sino verdaderos, batiendo palmas en su diván de reina

—Un poco de animación no le hace daño a nadie

y un vaso rompiéndose

—Me quedo con aquella, señora

un collar de ágatas falsas, un vestido rojo que usted desdeñaría y a pesar de su desdén Seabra admirado ante mí, el traje de invierno abrochado y él pequeño allí dentro

—¿De quién heredó el traje, señor?

la corbata compuesta, huesos que la puntera arrojó debajo de la cama, las cejas desoladas

—Disculpe que no tenga una silla en este hostel, Marina

la señora a quien los buenos modales

(su padre doctor)

la conmovían

—Un caballero, Marina, no lo trates mal

una pistola de juguete, la maleta que no le interesaría a un mendigo, mapas no de Luanda dado que las avenidas y las calles venían en un idioma extranjero y donde él caminaba por manzanas inventadas buscando edificios ausentes, ministerios, comisarías, sellando cartas a las que nadie respondía y no obstante recomenzando, insistiendo, surgiendo ante mí a cada paso, amable, insistente

—Marina

con la idea de encontrar a mi tío, los diamantes, de regresar a casa

—¿Aún cree que tiene casa, señor?

en la que una esposa, hijos, o ni esposa ni hijos, a juzgar por el pelo mal cortado y el descuido en el traje no se preocupaban por él, me dijo que vivía con su madre en un tercer piso, creo yo, me habló de los cuidados que requería una alfombra

—Los flecos, ¿comprende?

de las angustias de una tarima encerada, de un garaje donde burbujearan los neumáticos

—Seabriña

llamándolo, yo calculando los meses por el reloj de tinta y tantos meses, tantos años en la esfera descolorida

—¿Piensa que los volverá a ver, señor?

algo como un aroma de mandarina o cosa semejante en Mutamba, creí avistar un pasillo largo y al fondo del pasillo un canapé de cuyo respaldo se deslizaba una bata sin nadie, creí que mi voz

—Chaval

y Seabra irguiéndose, sonriente

—Un caballero, Marina

la camisa más almidonada, la corbata menos trapo, dejando de sonreír cuando Salete a mi madre

—Has sido tú

refiriéndose a una cueva en la isla, Joana ajena al ave, Elisa buscando más adelante en la arena, Seabra recordándome a mi padre, afligido, nervioso, ayudando a mi madre a entrar en la furgoneta

—Anabela

y mi tío a mi padre

—Siempre que yo

mi tío ya casado, ya en Dondo

—Dos veces al año voy a visitarla a Lobito

no, mi tío a mi padre

—¿Cómo sabes que es tuyo el crío que lleva en la tripa?

apartando a Salete ni siquiera con el brazo, apenas con una mirada de soslayo, el claxon del automóvil del ingeniero de caminos, apoyado en el volante, no me permitió oírlos, noté que Joana regresaba al ave en el instante en que mi tío a Salete

—Ven aquí

una especie de refugio con cartones y hules, la señora que entendía de hombres

—Un caballero, Salete, qué africano ni qué mestizo, respétalo, obedécele

mi tío entregando un billete a Salete

—¿Alcanza con esto?

dos billetes

—¿Alcanza con esto?

seis billetes

—¿Alcanza con esto?

explicándole

—No es para mí, que yo no me acuesto con putas, es para aquel que está allí, para mi ayudante

o sea el negro con catana que había traído de Dondo y la señora disculpándolo

—Hay caballeros de color

el negro quitándose el suéter, los pantalones, si la lluvia parase un minutito en la chabola el

tic tic

de los tejados y Salete en un susurro para que la señora y mi tío no se enterasen

—Cabrones

o ni siquiera Salete, el negro enderezando los cartones y los hules que mi tío había derribado

—Vamos a ser compañeros, ¿no? No te olvides de mí

únicamente los tejados

tic tic

en el barrio desierto, esos brillos de agua que transformaban la noche iluminando fragmentos de muro, un relieve de cenizas, mi vestido verde

no rojo, señor, mi vestido verde, las sandalias verdes, las mangas con lazos, el reloj que dibujé para usted y puede vender en Lisboa en caso de que vuelva a la tal alfombra con flecos, a su madre almidonando en el tendedero

porque hubo un tendedero

—¿Eres tú?

los anillos con piedras de tinta que corregí varias veces, no se han borrado por ahora y ha de quitármelos en cuanto acabe lo que su director llama trabajo, lo que su teniente coronel le aseguró que se trata de un encargo de principiante, Seabra, tres o cuatro días a lo sumo, resuelve el problema, coge el avión, entra en el Servicio

—Ya está

y punto, aparte, final de texto, kaput, los negros contentos porque se contentan con poco

ratas

el ministro contento con el contento de ellos, después, más tarde, si fuere necesario

y no va a ser necesario, gracias a usted no va a ser necesario, su currículum habla

le mandamos un colega

¿no conoce a Miguéis?

uno de esos meticulosos, detallistas, especialistas en limpieza, en barrer por una cuestión de celo profesional, no de higiene

los rastros que por casualidad hayamos dejado, pormenores sin importancia, detalles obsoletos, por ejemplo un individuo rodeado de botellas en el peldaño de una hacienda a cincuenta o sesenta kilómetros de Luanda capaz de comprometerlos, en sus charlas de borracho, con acusaciones injustas, unos memoranduchos, unos documentos falsificados y la lluvia que finalmente se había interrumpido

tic tic

en la chabola, no en todas las chozas, solo unos pocos canalones, gotitas espaciadas, mecanismos de reloj, por un momento creí que el mío

y el mío no, las agujas que tracé con la pluma quietísimas, la misma hora siempre

—Se acabó el tiempo, madre

tan pocas gotas que no se encontraba la chabola ni Luanda ni a la señora de Alcântara que no se dirigía a mí como a las demás, me respetaba

—Palmira

una uña de cada color, la hebilla que me ponían los domingos en el pelo, yo inclinada ante mí misma, con la palma a treinta centímetros del suelo

un poquito más, treinta y cinco

—Te conocí cuando eras así de alta, imagínate

en la época en que no me atrevía a salir del patio para ir a la playa o a la estación de trenes, mi madre quitaba la lata del arriate, controlaba los billetes y volvía a enterrarla, quiere ir a Lisboa, madre, quiere dejarnos, ¿no?, mi padre llegaba después de la sirena de la fábrica, la buscaba en la cocina, en la habitación

—Anabela

no

—Marina

por qué nunca

—Marina

padre, por qué

—Anabela

al cogerme en brazos no era a mí a quien cogía, los culantrillos

—No sabemos nada de tu mujer

la jaula

tlec tlec

y usted

—Anabela

yo no contaba, si el que ayudaba en el mercado hubiese pedido

—¿Me da a su hija, patrón?

no habría querido saber nada de mí y me habría entregado a un negro, ¿no?, de manera que ninguno de nosotros tiene casa, señor, de manera que nosotros dos y el

tic tic

de la lluvia, nada más que el

tic tic

de la lluvia en la chabola desierta, el señor con la gabardina que su madre lo obligó a traer haciendo señas en la parte alta de los escalones

—No quiero que te constipes, ¿entiendes?

y usted se ponía la segunda manga a la entrada de la choza, abandonaba la manga para decirme

—Marina

me pareció que se asustaba cuando me susurraron no sé desde dónde

—Chaval

pero tal vez el viento en una rendija o cocoteros que antaño en la isla, en África, por la noche, los sonidos llegan tan lejos, no sonidos fuertes, insectos, murmullos, esos granos que caen de los árboles, los licaones

no exagero, señor

en el capín de la niebla, los viejos de la aldea, alrededor de las lamparillas, que después de que su colega se marche le disputarán el traje, Miguéis sentado en su lugar en el peldaño extendiendo la botella a nadie y el director

—No crea en ella, Seabra

para que la pistola modelo AC-300 funcione con el máximo de seguridad y de modo adecuado debe utilizar, y en el orden que a continuación se indica, los siguientes procedimientos: *a*) lubricarla convenientemente con el producto anexo; *b*) limpiarla con un paño bien seco, con preferencia fieltro o derivado, quitando con precaución el exceso del producto así como hilos de tela o cualesquiera impurezas; *c*) encajar el cargador en la culata de acuerdo con el esquema adjunto

figura 7

es decir, la parte señalada con *x* hacia delante y la parte señalada con *y* hacia arriba, impulsando con suavidad y firmeza hasta oír un leve ruido

vulgo chasquido

que corresponde a su colocación completa; *d*) destrabar la clavija de seguridad en el lado izquierdo del arma desplazándola del punto blanco al punto rojo

—Prefiere el vestido verde, ¿no, señor?

e) accionar la culata con el objetivo de introducir la primera bala en la recámara, para lo que debe, arqueando el índice y el pulgar, empujarla hacia atrás con un movimiento firme y soltarla enseguida, lo que permitirá el retorno a la posición primitiva; *f*) oprimir lentamente el gatillo, interrumpiendo la presión en cuanto reciba la alerta de una leve resistencia; *g*) determinado el blanco, apuntar con firmeza y cuidadosamente alzando el modelo AC-300 en el extremo del brazo extendido haciéndolo coincidir no solo con la mira en el extremo distal del cañón sino también con la pieza en forma de V

(o de U en el modelo AC-300 Special)

lo que se debe efectuar con ambos ojos abiertos; *h*) apretar el gatillo contrayendo el dedo en un gesto rápido y tomando la precaución de no

desplazar la mira; i) repetir este último punto las veces que sean necesarias para la satisfacción del objetivo propuesto

los viejos de la aldea, alrededor de las lamparillas, que le disputarán el traje después de que se marche su colega así como disputarán el traje de Miguéis y de quien suceda a Miguéis

si fuere necesario, y gracias a usted claro que no va a ser necesario

su currículum habla

le mandamos un colega

¿no conoce a Lourenço?

uno de esos meticulosos agobiantes, una especie de amanuense especialista en limpieza, barrer los rastros que por casualidad hayamos dejado no por una cuestión de celo profesional, de higiene, pormenores sin importancia, detalles obsoletos, por ejemplo usted en el peldaño de una hacienda a cincuenta o sesenta kilómetros de Luanda, capaz de comprometerlos con acusaciones injustas si surgiese alguien dispuesto a escucharlo aunque

(afortunadamente)

no habrá nadie dispuesto a oírlo porque no habrá nadie para oírlo salvo esas gotas

tic tic

casi inaudibles en el suelo

(se percibían porque la tierra parecía estremecerse y se encogía)

y dentro de una o dos horas completamente inaudibles en el suelo, la chabola en calma, no creo que los mendigos se atrevan a buscarnos en medio de estos restos no de gente, de ladrillos, de madera, de adobe, tiros tal vez en la circunvalación, en Mutamba, insignificantes, sin peligro y los paquistaníes

—No mata

los *jeeps* del ejército

—Alto, alto

allí atrás en la ciudad que no nos decía nada puesto que nada nos dice puesto que el

tic tic

se ha acabado, la señora contenta conmigo

—Menos mal que has elegido el verde, Marina

mi nombre patitas de letras con una gota en el extremo que no reflejaban nada, ni una trainera, ni el mar de Lobito, ni un casco de barco zarpando para siempre con los rastros

imposibles de leer

de mi nombre pintado, Seabra tan ceremonioso, tan cómico, alisando las instrucciones de la pistola

—No logro entender lo que dice

ajustando las piezas, comprobando el prospecto, preguntándome si tenía un paño bien seco, con preferencia fieltro o derivado a fin de retirar con precaución el exceso de producto destinado a engrasar el arma así como los hilos de tela o cualesquiera impurezas capaces de perjudicar el funcionamiento de la misma, mirando alrededor y yo sintiendo que pensaba en mi vestido verde, desistiendo del vestido, limpiando el modelo AC-300 con la manga de la gabardina, encajando el cargador en la culata de acuerdo con el esquema anexo es decir la parte x hacia delante y la parte y hacia arriba pero cuál es la parte x y cuál la parte y si las dos son iguales, cómo impulsar con suavidad y firmeza hasta oír un leve ruido que corresponda a su colocación completa, una gota que yo no esperaba dado que la chabola en calma

tic

y por tanto puede ser que me haya equivocado, que explosiones y patrullas y minas, que Luanda viva, mi tío

—Ven aquí

vivo, yo viva, nosotros vivos, señor, las once justas en mi reloj de pulsera, las agujas de tinta casi unidas, el día del mes diecisiete, no destrabe la clavija de seguridad en el lado izquierdo del arma desplazándola del punto blanco al punto rojo, no accione la culata de modo de introducir la primera bala en la recámara empujándola hacia atrás con el índice y el pulgar en un movimiento firme y soltándola enseguida para permitir el retorno a la posición primitiva, no apriete lentamente el gatillo hasta sentir una leve resistencia, no determine el blanco apuntando con firmeza y haciéndome coincidir no solo con la mira colocada en el extremo distal del cañón sino también con la pieza en forma de V

modelo AC-300 Normal

en la parte superior de la pistola

lo que debe ser efectuado con ambos ojos abiertos

—No me abra los ojos, señor

no oprima el gatillo contrayendo el dedo y tomando la precaución de no desplazar la mira, no le gustan mi vestido verde, mis sandalias verdes, mis mangas con lazos, las uñas que me pinté con lápices de colores diferentes, la azul, la amarilla, la marrón, la lila, los anillos que corregí varias veces

—Mis anillos, señor

casi tan bonitos como los auténticos, los aros que me costó mucho trazar alrededor de los dedos

—Fíjese en mis dedos

no repita la maniobra las veces necesarias para la satisfacción del objetivo propuesto, siéntese a mi lado, converse conmigo, puede ser que un tocadiscos y la señora contenta en Alcântara

—Un poco de animación no le hace daño a nadie

deme tiempo de buscar una llave o de encontrar la llave porque ha de haber una llave en medio de esta basura, de esta paja mojada, abrir una portezuela en el aire y en cuanto la portezuela esté abierta las amigas de mi madre inclinadas ante mí con la mano al nivel de mi cintura

treinta, treinta y cinco centímetros

—Te conocí cuando eras así de alta, ¿sabías?

o el criado de los vecinos, o el que ayudaba en el mercado

—Niña

cogiéndome en brazos y alzándome más alto que el muro del patio, los culantrillos, la portezuela de la jaula

tlec tlec

al viento, tan alto que no podían tocarme, nunca podrían tocarme

(¿quién podría tocarme?)

de forma que era otra, no Marina, la que Seabra cubrió con la gabardina después de componerle el vestido verde y las sandalias verdes y las mangas con lazos, otra la que se quedó allí con un reloj de pulsera que no sé quién dibujó con la ilusión de que algún día

como si yo creyese que ese día llegaría
habría de ser una señora como yo.

SEGUNDO LIBRO

CAPÍTULO PRIMERO

Como les digo siempre a los más jóvenes

y por no haber tenido a nadie que me aconsejase aprendí por mi cuenta

nacemos inocentes y a costa de la inocencia la vida nos da tantos golpes que nos pone la cara del revés ya que al meternos en esto con delicadeza y buenos modales tarde o temprano

más temprano que tarde

recibimos tamaña coz en el hocico que la única solución es encargarse el entierro

como en mi deseo de ayudar no me canso de repetirles a los más jóvenes si no educáis a vuestras esposas desde el principio la cosa va mal: toman las riendas, que es propio de su naturaleza, lo llevan en la sangre y no las podemos culpar por eso, piensan que mandan en la casa, si las llamamos se arrellanan en el sofá con una revista

—Ya voy

quieren pasarse los domingos en las tiendas, un ojo en la ropa de los escaparates y otro en los hombres, el ojo en la ropa podrías comprarme esto, podrías comprarme aquello para abrir bien el otro ojo a los desconocidos y los platos sucios del sábado que esperen, o si no, deseosas de una mantilla, unos zapatos

—Lávalos tú si quieres

en cuanto volvemos se instalan de nuevo en el sofá sin descongelar el pollo

—Estoy cansada

con la barbilla en la revista pensando en vestidos o en novios lo que

como les digo siempre a los más jóvenes

en materia de desvergüenza viene siendo lo mismo, de modo que si una esposa no es educada desde el principio la cosa va mal: sin ir más lejos, mi padre no tenía permiso por la noche ni para ir al café a dos puertas de la nuestra y mientras sus compañeros jugaban allí al dominó, él, que tenía pasión por el juego, reducido a imaginar las fichas seguro de las burradas de su cuñado, corriéndole sus jugadas

—No se hace así, se hace así

su cuñado que retenía el doble cinco, guardaba el doble, colocaba otra ficha y mi padre lo aprobaba, se sentían las pesadillas de las estatuas por el alboroto de las palomas, el general a quien mataron los franceses pidiendo

—Otra vez no

el poeta de mármol midiendo versos con el dedo deseoso de corregir una sílaba para que no cojease el soneto en nuestros libros del colegio, al desgraciado profesor no le salió bien el soneto, fijaos en que cojea, patria adorada no encaja, si el poeta lograra cuestionar la fecha de la muerte en la peana el soneto sería correcto, la cara barbuda regateando con Dios

—Hay palabras que se nos escapan, una semana me bastaría

se distinguía la cómoda que odiaba al tapete intentando convencerlo de que se largase del tablero y el tapete

—No me largo

mi madre enderezándolo mejor

—No permito que te largues, tranquilo

mi padre, a quien poco le interesaban el tapete y la cómoda, concibiendo una estrategia diferente le susurraba a su cuñado

—Espera

la cómoda oscilaba de despecho a pesar de que el ladrillo la sostenía, la esposa del cuñado de mi padre a veces desde la calle, con miedo

—Son las once, João

se notaba un movimiento del paraguas o las lentejuelas que resistían en el bolso, no se notaban facciones, el anillo iba y venía entre el dedo y los montepíos la última semana del mes, el cuñado equivocándose a pesar del lance de mi padre y amenazando a su esposa

(uno que la educó desde el principio)

mi madre alzaba la nariz de la costura

no la cabeza, la cabeza junto a la aguja, solamente la nariz, se comprendía que era la nariz por las gafas redondas, la cómoda y mi padre fingiéndose distraídos, las gafas se inclinaban de nuevo mientras que un brillo de aguja daba la impresión de sujetarlas, junto con un

imperdible, en una camisa a cuadros, el paraguas protestaba por la calle rehuyendo al marido

—No me levantes el brazo, João

de manera que para evitar una sombrilla esperándome y lentejuelas y lamentaciones anuncié enseguida el día de la boda

—Ya vuelvo

me castañetearon los dientes de frío en el portal de la iglesia hasta medianoche, hice que dejase de llorar con un gesto

llevan el llanto en la sangre, es propio de su naturaleza, no las podemos culpar

—Me parece que no ha muerto nadie, ¿no?

el segundo día compré un frasco de perfume español al lado del Servicio y lo eché en la chaqueta, me castañetearon los dientes hasta las tres de la mañana asqueado por las petunias del perfume, un aroma dulzarrón que me pesaba en la frente, le permití que oliese la chaqueta en las pausas de sus sollozos que presagiaban sevillanas, no esas muñecas que ponen ellas en los cojines con los párpados a medio iris y brazos cruzados, sevillanas en serio, también con párpados a medio iris y brazos cruzados pero que no decían solo mamá, hablaban hasta por los codos sobre todo para pedir dinero, mi esposa sonándose y yo

—Huele todo lo que quieras, soy así, ya sabes la costumbre de la casa

lo que mi padre debería haber hecho con mi madre

(-Discúlpeme si lo ofendo después de su fallecimiento, padre)

en lugar de dirigir el dominó desde la silla de velludillo mirando la claridad del café en la acera

y en consecuencia a partir de entonces

como digo siempre y si le preguntan a mi hija ella lo confirmará

hemos sido felices, no manda en casa, no pasea los domingos, si la encuentro en el sofá se sobresalta

—¿Hay algo que te disgusta, Miguéis?

puede ser que no muy alegre, puede ser que sonriendo poco pero obediente, cumplidora, muy humilde de forma que

(con toda seguridad)

tan satisfecha con la boda como yo, si se me da por entrar en la cocina y la palma se le crispa en el cuchillo del pan es para cortar muy bien las rebanadas, si al despertar me la encuentro mirándome con la almohada en alto es porque intenta ahuecarla para recostarse, el uno de septiembre cumplimos veinticinco años de matrimonio armonioso, tranquilo, no le explico cuándo voy, cuándo vuelvo, cuándo ceno o no ceno y nos sentimos a gusto con la vida, ella acuchilla el pan con energía, llego a suponer que sale sangre de la corteza, el pan se muere y en vez de sangre unas tostaditas magníficas, llego a suponer que me aplasta el cuello con la plancha cuando me almidona las camisas, en cuanto la plancha se acerca a la tabla, dispuesta a quemarme, me acuerdo, para no gritar de miedo, que de niño ponía los pies sobre los pies de mi madre, la abrazaba por la cintura y caminábamos así, por el pasillo, balanceándonos hacia la derecha y hacia la izquierda sin doblar las rodillas, ella adelante y yo atrás, al final del pasillo le pedía

—Más

y me sentía eterno, me acuerdo de los olores superpuestos de comida en su delantal y de las pinzas de la ropa en el bolsillo y me calmo, de darme un baño con un pato de juguete en la bañera que, a medida que se iba llenando de agua, desaparecía entre mis piernas, decidí hablarle del pato a mi esposa, comencé a hablar del pato, el cuchillo se hundió en el pan, mi esposa, que nunca se enternecía, se enterneció pero no por mí sino por su pasado, y me callé antes de que se me presentase con un pato más grande que el mío, más caro, que flotaba siempre y sin la pintura del pico borrada, deseé que sufriese el triple de lo que yo sufría si le cortaban las uñas

—¿No odiabas que te cortasen las uñas?

me sujetaban por la cintura con las piernas, sacaban la tijera de la canastilla de la costura y yo con los puños cerrados, conteniendo las lágrimas con fuerza

—Eso no

a medida que la plancha de mi esposa dejaba de amenazarme el cuello, se convertía en una especie de caricia yo que odio las caricias, desde que tengo uso de razón nunca he aceptado caricias, como digo siempre con mujeres y perros ninguna confianza

—¿Qué es esto?

me permitían que jugase con los botones de nácar escondidos en medio de los otros en el compartimiento de los botones para que aceptase la tijera, eran mis uñas las que huían, no yo, yo indiferente

—Córteme las uñas si le apetece, no me importa

me trasladé de la silla de cuero a la silla acolchada antes de que mi esposa me cogiese en brazos

lo de coger en brazos lo llevan en la sangre también, la manía de coger en brazos

y afirmase

—Ya pasó

los dedos en mi nuca y aquellos ademanes suyos de tarántula, las manos que nos sujetan las mejillas

—No ha sido para tanto, ¿no?

si al menos estuviesen mis pies sobre sus pies, el cuerpo balanceándose por la sala hacia la derecha y hacia la izquierda hasta la puerta de entrada, sin doblar las rodillas, y llegados a la puerta de entrada yo señalando el pasillo

—Otra vez

como siempre digo prefiero que el pan sangre y me escueza el cuello, hace muchos años le traje un pato con el pico de color naranja a mi hija, lo desenvolví delante de ella.

—Fíjate

con una ostentación de ilusionista, lo puse en el baño, el pato vertical

(el mío torcidísimo)

con plumas amarillas y azules, sin nada de agua dentro, mi hija empujándolo con la esponja

—No quiero

mi esposa con jabón hasta los codos, mirándome con piedad

esa ternura de las señoras que si no me controlase

(me controlo)

la cogería sin importarme por la cintura y mis pies sobre los de ella que arrullaba

—Cuacué

moviendo el pato en el agua, elogiando sus colores amarillo y azul,
sugiriendo

—Toca aquí

no por mi hija, por mí, esos trucos que utilizan, por amor dicen ellas,
por pasión dicen ellas y mentira, qué amor ni qué pasión, la esperanza
de que nos ablandemos y permitamos que nos devoren sin que
rechistemos, por tanto mi esposa o el pato

—Cuacué

uno de los dos

—Cuacué

sacudiéndose en la bañera con una agitación seductora mientras yo iba
arrugando el papel del envoltorio, mientras lo iba rasgando, no
imaginaba que se pudiese rasgar un papel en pedacitos tan pequeños,
mi hija arrojándole la esponja al

—Cuacué

y encogiéndose

—No quiero

(si fuese un hijo seguramente me entendería con él)

los pedacitos de papel caían en mis pantalones, en mis zapatos, en el
baño, no imaginaba que se pudiese torcer tanto, rasgar tanto un
paquete, ya no era un paquete, eran mis dedos los que yo rasgaba uno a
uno y los dedos igualmente en los pantalones, en los zapatos, en el baño

quiero poner los pies en sus pies y salir de aquí, madre, bajamos las
escaleras sin doblar las rodillas, nos vamos para siempre a donde no
sepan de nosotros, lléveme al jardín zoológico a ver el rinoceronte e
incluso en el jardín zoológico un

—Cuacué

doliéndome, no tengo dedos, no tengo hija, no me fastidies, pato, odio
los picos color naranja, las plumas de varios tonos, ese

—Cuacué

imbécil, saqué de un tirón al animal de la bañera pero no imaginé que
costaría tanto matar a un animal de plástico, tan esférico, resbaladizo,

sin ángulos, la garganta se me deslizaba de las manos a las que les faltaban los dedos

—¿Fue usted con la tijera, madre?

pillándome distraído con los botones de nácar, haciéndome daño, lastimándome, no me interesan sus pies, no me interesa pasear por el pasillo, suélteme, mi madre como si no entendiese

(no entendía ella otra cosa)

—¿Qué ha pasado?

desde la ventana de nuestra casa se ven traseras de edificios, dos o tres robles creo yo, por lo menos mi padre que se crió en el campo los llamaba robles, al perder todas las hojas en invierno me sentía desnudo por dentro, a través de los robles

(¿robles?)

sin hojas más traseras de edificios, un tiesto de magnolia en un alféizar con un plato de aluminio y sin embargo ninguna persona, nadie, sin la miseria siquiera de una luz por la noche, no me interesan sus pies, madre, no me interesa pasear por el pasillo y mi madre igualita al pico del pato

(no me imaginaba que costaría tanto matar a un animal de plástico)

provocándome

—¿Qué ha pasado?

el pato resistía, se doblaba, volvía a enderezarse, al enderezarse

—Cuacuá

en cada

—Cuacuá

su venganza

—No puedes, estoy vivo

visible en las pupilas pintadas de verde, una más redonda que la otra, más cuidadosa que la otra, señalado al azar en el estante de la tienda entre diez patos idénticos, la misma etiqueta sirviendo de collar el juguete ideal para los niños, desprovisto de aristas, sin sustancias tóxicas, lavable, intenté despachurrarlo contra el fregadero, le clavé un tenedor que resbalaba por las plumas y nada, por casualidad los robles

(¿arces, olmos?)

con hojas no nuevas sino adultas, y sin embargo mayo o junio o algo así,
construyeron una valla para demoler las traseras sin que yo las viese
caer, el tiesto de la magnolia aún estaba allí, cuántas veces se me
ocurrió romperlo con una piedra, ya con la piedra en la mano y

(no sé por qué)

la flor me daba pena, algunos cristales sustituidos por cartulina, un
balcón vallado, si alguien anduviese por allí un eco inmenso de suelas,
un aluvión de polvo, puede ser que una cómoda como la nuestra que
odiase el tapete, al meter al animal, con el pico hacia delante, en la
máquina de picar carne y al comenzar con la manivela mi esposa y mi
hija envuelta en la toalla frotándose los párpados y lamentándose
porque le había entrado jabón en los ojos, no se parecía a mí, se parecía
a un tío de mi esposa que solo conocí por foto y que se ahorcó en
Macao, la primera vez que reparé en eso mi esposa

—Qué cosas dices

como si la niña con la lengua fuera en el extremo de una cuerda, nunca
le pedí que pusiese sus pies en mis pies, nunca paseé con ella hasta la
puerta y vuelta, aunque así, envuelta en la toalla, me apeteciese

no me apetecía así como no me apetece besarla

—Buenas tardes

de lejos, vete allá y listo, confianzas ni lo sueñes, los robles con el mismo
ruidito de años y yo dentro de mí, menos mal que solo un instante

(las cosas extrañas que nos ocurren)

—Madre

mi esposa limpiando a mi hija con la punta de la toalla

—¿El cuacuá?

y el cuacuá asomando de la máquina de picar carne mezclado con el
resto de los filetes en una pasta rosada, mi hija

era de esperar

extendiendo el índice con esa maldad de las mujeres

al menos ella tenía dedos

—El pato

lo que quedaba era el hilo de nailon de la etiqueta, el juguete ideal para los niños, desprovisto de aristas, sin sustancias tóxicas, lavable, no solo mi hija, mi esposa descubriendo la cola del animal aún fuera de la máquina

—El pato

capaz de cogerlo en brazos así como me cogería a mí afirmando

—Ya pasó

y yo

robles

empujando la cola del pato con la palma

—¿Qué pato?

si lo ordenase las hojas de los arces

de los olmos

las hojas de los robles no caerían en invierno, si pillaba una gripe mi padre me sacaba monedas de la oreja pero no debía de ser verdad porque no sentía comezón alguna y era siempre la misma

—Es siempre la misma moneda

él mosqueado

robles toda la vida

—Tonto

mi esposa sentó a mi hija en una silla y el cuchillo volvió a asesinar al pan, esta vez sangre en serio y aun así no sangre, solo rebanadas horribles, observé a mi hija y el tío que se ahorcó en Macao apareció rígido en una viga

¿al demoler los edificios qué le harán a la magnolia?

ha de haber un encargado, un aparejador, puedo comprar el tiesto, colocarlo sobre el tapete y la cómoda

—No

la barriga de mi hija gordita, nosotros aunque no queramos

la barriga de mi hija una barriga cualquiera, trabajaba en recaudación,
vive del otro lado del río

sola, dice ella

(mentiras que llevan en la sangre)

el médico le descubrió un riñón flotante, casualmente con un pico color
naranja y plumas amarillas y azules, el riñón

—Cuacuá

y ella al médico apartando el riñón con la esponja

—No quiero

a pesar de ser ideal para los niños, desprovisto de aristas, sin sustancias
tóxicas, lavable, cuando la visitamos en Montijo

sin robles, solo el Tajo exhausto agonizando en unas piedras

la barriga gordita sustituida por una falda bailando en sus caderas, si el
teléfono llama va a la habitación con el cable tras ella murmurando
secretos, nos quedamos en la sala mi esposa y yo oyendo la danza de los
limos y los barcos que se pudren, unas cigüeñas en una chimenea
herrumbrosa

si fuese rico te daría robles, hija, aunque tú

—No quiero

no permitiría el invierno y a la vez que me arrepentía de debilidades de
este tipo

—No pienses que te los daría

mi esposa, que por delicadeza nunca se quitaba la chaqueta, se
instalaba en el borde del sofá para no molestar y compraba pastas
secas en la pastelería, la argolla de la cuerda en el meñique observando
los cuadros

esas manchas modernas que cualquier chimpancé

—¿No la oyes llorar?

aún servirán para algo mis pies, seré capaz de andar con alguien
agarrado a mí

no estaba pensando en ninguna persona en especial

sin doblar las rodillas por el pasillo y el nadie en especial, al que no le gustaban los patos

(los nadie en especial no apreciaban los patos)

—Otra vez

tirar una piedra al tiesto, ir al jardín zoológico a observar al rinoceronte balanceándose igualmente hacia la derecha y hacia la izquierda, sacarle monedas de la oreja a mi hija, siempre la misma, la fiebre aumentaba y mi padre desde la entrada, no una voz, una tos, un roce de zapatos, una pausa en que un pañuelo

creo yo que un pañuelo

—¿El chico se encuentra mejor?

claro que no un pañuelo ni una tos ni un roce de zapatos, mi padre señalando con el tono del dominó errores en las jugadas, competente, seguro

—El chico se encuentra mejor

en las traseras de los edificios un suéter viejo puesto a secar, una de las mangas sujeta, la otra manga suelta, la respiración del suéter ora lleno ora hueco, mis pulmones en ella y por lo tanto la bronquitis y los dolores no me importaban puesto que no me concernían, distanciados de mí, la chimenea de Montijo un riñón que flota, en los pantalones del tío de mi esposa una carta de despedida y en la carta en la que mi suegra decía que él explicaba todo

cuacuá

mi suegra repitiendo cuacuá

—¿Comprende ahora la muerte de él, Miguéis?

robles

¿cedros?

exigir a los robles que no pierdan las hojas

mi hija regresaba de la habitación, probaba un asiento, probaba otro asiento, se apretaba la espalda con la mano, caminaba encorvada hacia delante respondiendo sin responder

—No es nada

apartaba las pastas secas con la esponja del baño

—No quiero

si lograrse sacarle una moneda de la oreja, encontré una moneda en el bolsillo, intenté esconderla y se cayó enseguida al suelo

una moneda sin magia ninguna, cuando mi padre las tocaba vivían solas, se ocultaban opacas, asomaban brillando

en Montijo incluso las fachadas de los edificios eran traseras de pobres, el barco a Lisboa ondulaba entre juncos, mi hija echándonos a la calle

—Estoy cansada

la impresión de que le faltaban muebles, un aparador, un baúl, se movía con dificultad por la ausencia de las cosas, el teléfono sonó de nuevo y no respondió al teléfono, al mirar su ventana, desde la calle, el teléfono seguía sonando, seguro que mi hija estaba tumbada mirando la pared, no envuelta en una toalla en el banco de la cocina, vestida, con la mejilla sobre la almohada, una lágrima

(lo llevan en la sangre)

bajando del ojo de arriba hacia el ojo de abajo

—¿Quieres que responda por ti, que les diga que no?

se coloca la moneda en la palma o se coge con el índice y el pulgar, si usted estuviese conmigo y debería estar yo sacudiéndole la solapa

—¿Cómo se hace, padre?

cuando llegamos a casa mi esposa reparó en las pastas secas en el meñique, probamos una o dos y las pastas secas sin sabor, una lágrima no del ojo de arriba hacia el ojo de abajo, inmóvil en el párpado, al cabo de diez minutos ni se notaba

(qué estupidez llorar)

si cambiásemos de riñón no me visitarías, ¿no?, y por lo tanto no me preocupo por ti

no quiero saber nada

me verías con una manta en el diván

—¿Se encuentra mejor?

y me olvidarías, como les digo siempre a los más jóvenes

palabra de honor que por no haber tenido quien me aconsejase aprendí por mi cuenta, nacemos inocentes y a costa de la inocencia la vida nos da tantos golpes que nos pone la cara del revés ya que quien se mete en esto con delicadeza y buenos modales tarde o temprano

más temprano que tarde

recibe una coz en el hocico y la única solución es encargarse del entierro, como digo siempre, en mi deseo de ayudar

una magnolia en un tiesto con un plato de aluminio, cualquier día deja de existir la magnolia

si no educáis a vuestras hijas desde el principio la cosa va mal, nos ven con una manta en el diván

—¿Se encuentra un poco mejor?

y se olvidan, para qué afligirme por mi hija si ella no se afligía por mí, ninguna lágrima caía por su nariz del ojo de arriba al ojo de abajo, fue una mota, menos mal que rechazó las pastas secas porque las pastas secas recuperaron sabor, antes de que sus pies sobre mis pies por la escalera y ella abrazada a mi cintura

—Otra vez

ordené a mi esposa, pasmada, en silencio

—Cállate

porque el silencio me estallaba en los oídos haciendo lo posible para distraerme de los robles mientras yo cortaba el pan y el pan sangraba, después del fallecimiento de mi padre hubo un silencio de ese tipo en las paredes, en la cómoda, para enmudecer al silencio me planté en medio de la sala, desafié a la cómoda y a las paredes arrugándoles el mentón y comencé a cantar, mi esposa renunció a todos sus lutos por miedo a las indignaciones de la planta baja

debido al sol en los robles mitad de las hojas en la luz y mitad en la sombra

—Los vecinos, Miguéis

en la mitad de la sombra el cuñado de mi padre cogiendo una ficha de dominó y vacilando en la jugada, los compañeros de juego, felices,

comprobándonos la cortina sin un bulto en los cristales ni monedas en las orejas, el entusiasmo de mi padre saludándome

—Al final eres millonario, Miguéis

millonario de una moneda sola que él me mostraba contento, los compañeros al cuñado de mi padre sumando victorias en una servilleta de papel

—Se te ha acabado la suerte

el cuñado de mi padre mostrándome el doble uno e interrogándome con sus narices, yo calculando las fichas con los dedos, perdiéndome en la cuenta

—Disculpe, señor Mendonça, no lo sé

mitad de las hojas en la luz y mitad en la sombra, me pareció que mi padre en la trasera de los edificios, un hombre un poco encorvado

(mi padre un poco encorvado)

difícil de distinguir entre los árboles, era capaz de silbar con los meñiques en la boca y aún envidio su habilidad, cada vez que intento

y sigo intentando con la lengua hacia delante o con la lengua retraída y solamente un soplido, qué daría yo por llamar a las personas así, mi esposa por ejemplo cuando se paseaba en Montijo evitando a nuestra hija so pretexto de un torero de aluminio en un escaparate, de un perro vagabundo, de un charco en la acera, las piernas antes con carne y ahora flaquitas

—No me atrevo a encontrarme con la niña

el pelo que parece faltarle porque se nota la piel cuando encendemos la lámpara, la alianza que no consigue quitarse

—Debo de estar hinchada, la alianza no sale

de día no se nota tanto, me levanto con sueño y las persianas disimulan pero encendemos la lámpara y envejece, de dónde has sacado esa papada, esa vena en la frente, no un chal de esposa, un chal de viuda, la tela descolorida

(¿lila o marrón?)

unas margaritas sin vigor bordadas en la orla, labios que se mueven sin palabras, yo irritado

—¿Qué pasa?

los labios que siguen moviéndose y ninguna palabra, una mirada
perpleja, más movimientos de labios que traen no sé qué de muy adentro
y entonces sí, el mentón que me apuntaba, la vena creciendo

—¿Perdón?

si al menos mi esposa fuese igual a la mitad de las hojas en la sombra,
siluetas que sospechamos o ni siquiera sospechamos, si no atinan, no
ven, se ve a mi padre plantándose en las traseras de los edificios,
introduciéndose los meñiques en la boca, yo corriendo en dirección al
silbido y al llegar a las traseras de los edificios no encontraba a mi
padre, un callejón al que le faltaban adoquines, una bicicleta en el suelo
cuya rueda continuaba girando

(mi padre nunca tuvo bicicleta)

nadie

yo de pie ¿acaso las lágrimas caen por la nariz de un ojo al otro o se
van coagulando hasta que no las notamos?

robles

¿robles?

en la luz cegándome, volver a casa donde los labios de mi mujer sin
palabras

—¿Perdón?

(espero que se vayan coagulando hasta que no las notemos)

cuando tus labios se mueven de ese modo, ¿en qué piensas?, dime, si le
preguntaba a mi abuela

—¿Qué día es hoy, abuela?

sus labios mascullaban una fecha, otra fecha

—¿Cuál de las dos fechas, hijo?

en la segunda fecha un recuerdo anémico

(en cuanto repare en mí me quedo igual)

se desviaba de las fechas, mostraba el codo

—El otoño en que me partí este brazo me lo arregló el herrero

y el cuello tembloroso, en el extremo del brazo una fotografía que se negaba a mostrar, nos acercábamos y la foto desaparecía bajo sus faldas

—No

—¿Qué día es hoy, abuela?

la puntita de la fotografía a la vista, llena de arrugas, rasgada, más fechas, más recuerdos anémicos

¿el herrero colocándole tablillas?

y al cabo de los recuerdos los labios afirmativos, seguros

—Miércoles dieciocho

y aunque el lunes fuese trece, o el viernes dos, o el sábado veintisiete sus pequeños labios seguros, la duda dentro de mí

(es tan antigua, Dios mío, ha conocido tantas semanas)

—¿Y si es miércoles dieciocho?

nunca descubrimos quién en la fotografía, mi padre la buscó en el baúl donde amontonaba higas, patas de conejo, capicúas, escudriñó bajo la cama, levantó las plantillas de los zapatos nuevos antes de calzárselos para la tumba, volvió a buscar cinco años después, al cambiarle la sepultura, entre huesecillos y tierra, un cuadrado oscuro donde no se descifraban facciones, una parte más nítida que se asemejaba a un bigote, una densidad solemne de ropa en desuso, un herramienta larga tal vez un martillo y mi padre

—¿Quién será?

acordándose del herrero que atizaba el horno y pidiéndole al que juntaba los huesos

—Arréglole con ella

para ayudarla con el codo si le hiciese falta escayola, todas las hojas en la sombra, no había luz en los olmos

en los robles

las traseras de los edificios removidas capa a capa y después de las traseras un hijo con los pies encima de los pies de su madre sin pedir

—Otra vez

apartándose de mí, como no fui capaz de silbar con los meñiques en la boca se empequeñeció y lo perdí, le ordené a mi esposa

(como les digo siempre a los más jóvenes a las mujeres no se les pide, no caigáis en la burrada de pedir, se les dan órdenes)

y en el compartimiento de los botones ni uno de nácar que lo hiciese volver, agarraba a su madre por la cintura sin mirarme, meter el cuchillo en el pan hasta que sangre, sentir en el cuchillo no ya el pan, la tabla, las gafas de mi esposa redondas

—Miguéis

las gafas del director redondas

—Miguéis

sentado entre el Presidente y la bandera, la plaza de toros allí fuera en el centro de copas no

arces

moreras

en el centro de copas no de robles, árboles sin luz ni sombra en las hojas, el director, el teniente coronel, el responsable del octavo piso que entró después de mí en el Servicio, se inició conmigo

casi conmigo

y cuando lo ascendieron dejó de tratarme de tú, árboles vulgares en los que no estaba mi padre, un hombre algo encorvado difícil de distinguir allá delante, el responsable del octavo piso

—Señor Miguéis

un cuchillo hasta que sangre, cortarlo con un cuchillo hasta que sangre, hasta que el

—Señor Miguéis

se calle, el teléfono del director y en esto mi hija allí sin toalla que la cubriese, desnuda, la barriga no redonda, treinta y un años y la piel opaca, costillas

—Estoy cansada

y por lo tanto

amigo Miguéis

se trata de llegar a Angola para un trabajito sencillo, una cuestión de rutina, tres o cuatro días a lo sumo con el fin de limpiar las huellas

(no sé si me hago entender pero con su experiencia me hago entender seguramente, llevamos tanto tiempo aquí, los años vuelan, vuelan)

el director semejante a un pato de plástico, el juguete ideal para los niños, desprovisto de aristas, sin sustancias tóxicas, lavable

llevamos tanto tiempo deslomándonos aquí para alimentar al país de los diamantes que hemos conseguido que no se los lleven los negros ni los americanos, por dónde iba

ya lo sé

la necesidad de llegar a Angola para un trabajito sencillo, Miguéis

amigo Miguéis

una cuestión de rutina, tres o cuatro días a lo sumo con el fin de limpiar las huellas que un colega suyo

un muchacho sin experiencia, buen muchacho pero sin experiencia

fue dejando por África y la primera huella que debe limpiarse es él mismo en una hacienda de girasol y algodón a cincuenta o sesenta kilómetros de Luanda, él mismo, unos documentitos que podrían perjudicarnos y los diamantes, claro, que no hemos recibido todavía

(si lo metiese en el baño el director con plumas amarillas y azules, vertical, sin nada de agua dentro)

un encargo de poca monta para despedirse de nosotros a un mes o dos de la jubilación, dice el señor teniente coronel que ocho meses pero eso se resuelve, corregimos el ocho ponemos dos y a seguir con la buena vida, Miguéis

amigo Miguéis

la paz que todos nosotros deseamos, vacaciones permanentes, qué suerte, su esposa, su hija, el responsable del octavo piso

ustedes eran amigos, ¿no?

le comunica los pormenores, el nombre del objetivo

un torpón que nunca deberíamos haber aceptado en el Servicio, pero quien no comete errores que tire la primera piedra Jesús dixit

el nombre del objetivo

otra vez me falla la memoria, hace siglos que debería haber ido al médico, el nombre del objetivo

no estoy muy seguro y ya no estoy seguro de nada

(el director un pato más grande que el de mi hija, el pico color naranja enorme)

quien debía jubilarse no era usted, Miguéis

amigo Miguéis

era yo, no piense que no lo envidio, sinceramente lo envidio, el nombre del objetivo creo que era Seabra, déjeme ver mejor en este lío de informes, dónde está el del torpón, señores, vive con su madre en el jardín de Parada, no tuvo su suerte, no se casó, no tiene hijos, el nombre del objetivo

ya me parecía, de vez en cuando mi cerebro funciona, pobre, el nombre del objetivo era Seabra, ha de haber unas fotos de fotomatón por ahí en el caso de que se hayan acordado de actualizar los ficheros, aunque con el clima de Angola las personas cambien deprisa, ¿cree de verdad que parezco un pato, Miguéis?, respóndame en serio, ¿cree realmente que su hija me apartaría con la esponja?

—No quiero

de modo que al llegar a casa

y allí estaban los olmos

los robles, le comuniqué a mi esposa sin mirarla

(¿por qué mirarla?)

—Ropa de una semana en la maleta

porque como les digo siempre a los más jóvenes

y palabra de honor que aprendí por mi cuenta, nacemos inocentes y a costa de la inocencia la vida nos da tantos golpes que incluso nos pone la cara del revés ya que quien se mete en esto con delicadeza y buenos modales tarde o temprano

más temprano que tarde

recibe tamaña coz en el hocico que la única solución es encargar el entierro, como yo, en mi deseo de ayudar, no me canso de repetirles a los más jóvenes, si no educáis a vuestras esposas como es debido la cosa va mal, ropa de una semana en la maleta y qué importa la plancha aplastándome el cuello o el cuchillo que sangra el pan, qué importa mi hija en Montijo arrastrando el teléfono camino de la habitación y murmurando secretos, un riñón flotante es la chimenea de una barcaza en el Tajo, no una enfermedad, lo aseguro, el médico debía sacarte monedas de la oreja y no sacó monedas

siempre la misma moneda

claro, si quieres saber la verdad, no una disculpa, lo que se dice una verdad, lo único que me interesa

(no sé si me interesa)

lo único que tal vez me interesaría

lo único que podría interesarme mientras tu madre allí dentro a vueltas con las perchas

no estás cansada, no pienses que estás cansada, son los nervios, el trabajo, este octubre sin fin, no te acuestes con la frente a la pared con una lágrima pasando del ojo de arriba al ojo de abajo y yo asegurándote callado que no vas a morir, lo que faltaba, que te fueses a morir, nadie se muere

la puerta del armario que tu madre abre siempre demasiado y se desencaja de los goznes, el cajón que tenemos que levantar un poquito

(a la izquierda)

para superar aquella prominencia de madera y abrirlo por completo, lo único que realmente me interesa, que podría interesarme además de los robles

robles

allí fuera, siempre me gustaron los robles, si te mencionaba los robles te detenías un momento

—No quiero saber nada de los robles

te distanciabas de mí y yo extraño, no digo triste, extraño, daba un puntapié a una fruta podrida o a un envase vacío para fingir que no pero extraño, si te hubiese educado desde el principio

como les digo a los más jóvenes

no estaríamos mal, te quedarías, obediente, frente a los robles

robles, sí

conmigo, mitad en la luz y mitad en la sombra, asentirías para serme agradable, sincera

—Realmente robles, señor

y nosotros satisfechos, ¿no?, colocaríamos una tabla sobre dos ladrillos, nos sentaríamos en la tabla y después de la tabla las traseras de los edificios, después de las traseras de los edificios un hombre algo encorvado, con los meñiques en la boca, silbando

—Miguéis

que tu madre no oía ocupada en intentar que la puerta del armario volviese a sus goznes antes de que me enfadase con ella, tu madre inclinándose ante los cerrojos de la maleta sin reparar en que colocabas tu pie derecho sobre mi pie izquierdo, tu pie izquierdo sobre mi pie derecho, apoyabas la cara en mi cinturón, tu pecho en mis piernas, me abrazabas por la cintura y esperabas que yo comenzase a caminar, sin doblar las rodillas, de la sala al pasillo, del pasillo a la sala y como tú

—Otra vez

de la sala y del pasillo al felpudo, del felpudo a la entrada balanceando el cuerpo hacia un lado y hacia el otro, esperabas que saliésemos juntos no hacia África, es evidente, no hacia Montijo, no hacia la alameda en la que tus amigas

(Alzira, Lucília)

saltaban a la comba, hacia un lugar sin botones de nácar ni tijeras ni patos, una playa por ejemplo en la cual las marcas de nuestros pasos eran las únicas marcas y no se veía ninguna lágrima cayendo, a escondidas de mí, del ojo de arriba al ojo de abajo porque falta mucho tiempo

mucho tiempo, ¿comprendes?, muchos meses, muchos años

tantos meses, tantos años que no merece la pena pensar en eso

porque falta mucho tiempo

hija

para que seamos mayores.

CAPÍTULO SEGUNDO

Cuando salí de casa evité mirar el edificio para no encontrarme con una cabeza allí arriba despidiéndose de mí

(por propia voluntad ella me acompañaba hasta el rellano ajustándome el cuello y quitándome del hombro cosas que nadie veía)

ni con la manita intentando hacer una seña, arrepintiéndose de la seña porque no me gustan las señas

—No me gustan las señas

y no obstante

(más fuerte que mi esposa, como les digo siempre a los más jóvenes lo llevan en la sangre, no hay nada que hacer)

un dedo, dos dedos, los dos dedos que al encogerse y estirarse me avergonzaban ante los vecinos

—Miguéis

al contrario de mi hija, tres pasos delante o detrás de mí en la calle, si le preguntaba cualquier cosa una ceja enseguida

—¿Qué es lo que quiere?

y la esponja apartando irritada el pato que soy, pensé en telefonarle

—Me voy a África por unos días

pero aguanté antes de que un silencio, en el silencio

—¿Ah, sí?

y el teléfono interrumpido, ese espacio en el que la voz casi cae en el escalón de una respuesta que ha dejado de existir, recuperar el equilibrio deprisa porque no dijiste nada, nunca te atreverías a ser maleducada conmigo

(como les digo siempre a los más jóvenes si no las educamos desde el principio la cosa va mal)

y el

—¿Ah, sí?

otra vez desmintiéndome, indiferente, disgustado, si yo hablaba la ceja
suspirando en el techo

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

o conversando con su madre de un asunto idiota interrumpiéndome a mí

—Tenga paciencia, cállese un momento, señor

y el cuchillo en el pan sin descanso, pensé en la puerta del armario fuera
de los goznes y en volver atrás a arreglarla, olvidarme del Servicio,
olvidarme de Angola, la última vez, hace ya años, aún mandaban los
blancos, no los negros que se ríen sin que haya motivo para reírse y se
enfadan sin que haya motivo para enfadarse, desconfiados, violentos,
estúpidos, quién me asegura que mi hija no está con un negro en
Montijo comiendo con los dedos, él tamborileando desnudo en la sala e
inundando el apartamento con carcajadas, pollos y máscaras, me dio
pena que el negro no fuese el Correo que no se acordaba

(si yo no me acordase de los robles y de los pies en otros pies mi vida
sería más fácil)

de mandarnos los diamantes, el director

—Miguéis

mi hija con la ceja en el techo a pesar del Presidente y la bandera

—Tenga paciencia, cállese un momento ahora

los flamencos del Tajo, color rosa y lila, caminan sobre el agua
levantando los tobillos, se aselan en la estación vieja y en las cañas de
los juncos, dicen que en verano en Egipto, mi hija

—¿Ah, sí?

y la tijera de las uñas de mi madre cortando la llamada, encontré al
Correo en un hotel de Luanda

el cuchillo, manejado por mi hija

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

dejó de torturar al pan

con un nombre diferente, un pasaporte diferente, un billete de avión para Brasil, me pareció oír a los flamencos pero eran los meñiques de mi padre o esos pájaros de la bahía que los negros sin duda cocinaron

me acuerdo de ellos en la isla, no me pidas que me calle ahora

el Correo ofreciendo bebidas a los huéspedes, pagándome bebidas a mí

—Usted también, viejo

a mí a quien mi madre le corta las uñas arrastrándome hacia debajo de la lámpara, el tapete

—Bien hecho

la cómoda con pena y a pesar de la pena de la cómoda mi madre

—No me escondas la mano

al final de la noche solo el correo y yo, las farolas de la isla estremecían a las olas y las obligaban a agitarse con unas escamitas de color carmín, una garza con penacho se detuvo a mirarme cuando atracó el barco de Montijo, mi esposa me sujetó con temor a que saltase al muelle y desvié el cuerpo porque me dio impresión aquel peso en el brazo, iba a llover en Luanda porque las corolas estaban más grandes, un cambio en los sonidos más pesados, más bajos y una especie de viento que no llegaba a ser viento del todo

mi respiración tal vez debido al índice que mi madre recortaba dejando caer los trocitos en la palma y los trocitos de la palma en el cenicero

—No me haga daño, madre

o si no el Correo

—No me haga daño, viejo

la lluvia en Luanda, lágrimas del ojo de arriba al ojo de abajo, los cuellos de los flamencos

los cuellos de las palmeras inclinados hacia el agua, el camarero del hotel recogiendo las botellas

(me apareció otra mujer, mañana hablo de ella)

la ceja de mi hija

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

si yo tuviese su edad no elegiría aquellos bambúes ni las cortinas de encaje, tal vez del gusto del negro, mi hija enseguida

—Pero ¿qué negro, señor?

y el cuchillo del pan censurándome

una gotita de sangre

el Correo una lágrima que no caía en el ojo de abajo, inmóvil, no de tristeza, de vino y la lágrima fraternal, tengo una botella en la habitación

—Me has caído bien, viejo, me resultas simpático

un viejo en el espejo

¿un viejo?

mi hija antes de un silencio

—¿Ah, sí?

y la lluvia en el silencio, esos animales que me buscaban por la noche en casa

—Miguéis

rodando por donde yo no estaba ignorantes de mí, se acercaban, se iban, regresaban en círculos, mi padre

—No hay animales

el Correo cerró la ventana para que el vaho de la lluvia

—Es sofocante, ¿no?

su maleta sobre la cama, el vaso de los dientes aún con el cepillo dentro

todos los pelos torcidos

que servía de copa, las copas de mi hija alineadas en un anaquel de cristal con forma de tulipanes, los tulipanes o el Correo

—¿No tienes sed, viejo?

el tubo de la crema dental en el suelo y yo callado

—Tarda tanto tiempo en contar

yo pidiéndole callado

—No pise

el perrito de la otra mujer llevaba una capa en invierno, se le sentaba en el regazo y ella

—Mi niño

achataba mi nariz, achataba la del perro, con la zapatilla bailando en el vértice del pie, yo derramándome en el sillón, mi cuerpo líquido, mis piernas líquidas, las rodillas sin fuerza y de repente tantos flamencos aquí

—Los hocicos de mis dos niños tan lindos

cerrábamos los ojos bajo su voz, mi cola y la del animal se agitaban, los mismos ruidos de garganta en nosotros dos, desabrócheme mi capa de invierno, indíqueme mi caja en la cocina, el cuenco de la comida, el cuenco del agua, quiero morder su zapatilla a pesar de que mi madre

—Mira la zapatilla de la señora, Miguéis

quitársela

muchos flamencos aquí

roerla, entregársela y ella

—Bonito bonito

una gotita de orina en el suelo que no pude retener, la señora

—Niño feo, ven aquí

al principio me trataba de caballero, me pedía un minutito

juraría que más vieja que yo, se notaba por las pecas de las manos pero bien cuidada, con pendientes, los guantes de goma de la cocina casi nuevos en un gancho, los de mi esposa rotos, colgados del grifo, la lluvia de Luanda disminuía y arreciaba y al arreciar las lámparas bajaban, en la maleta abierta sobre la cama

—Tarda tanto tiempo

tirantes, calcetines, el Correo comprobando la botella

—Pásame tu vaso, viejo

la señora remolineaba entre suavidades bordadas, aparecía con una tetera que se suponía china, puede que el pico rajado pero qué interesa el pico si todas sus falanges en argolla

—¿Le apetece un té, caballero?

al caballero le apetece *whisky*, le apetece té, le apetece lo que usted quiera, señora, sacúdame las orejas, mueva hacia arriba y hacia abajo mi patita derecha, ordéneme

—Saluda a mamá

me hicieron un automóvil con una tabla y cuatro ruedas, me sentaba en la tabla y mi padre empujaba, sentía su aliento cada vez más agitado en la nuca, mi madre

—Cuidado

toqué el muslo de la señora con miedo a que me hubiesen cortado mal las uñas y le rasgase la media, una muchacha con un sombrero de paja en un aparador

—Soy yo

sujetando el ala para protegerse del viento de Angola o de Lisboa

de Angola porque las palmeras

me apartó despacito la muñeca sustituyendo el muslo por un plato del juego de la tetera, las mismas pagodas, los mismos mandarines

—¿Le apetece un bizcocho, caballero?

de Angola porque las palmeras se bamboleaban allí abajo, negros que se ríen sin que haya nada de qué reírse, se enfadan sin que haya motivo para enfadarse, extendiendo baratijas en las terrazas

—Patrón

entre qué baratijas de negro escondiste los diamantes, la tarta de cumpleaños de un paquebote con las velas de los camarotes danzando, la hélice en el techo de la habitación revolvía la sopa del aire, mi madre con delantal probándola con la cuchara

—Hace falta condimentarla, Miguéis

mi padre me consiguió un volante que era un disco en el extremo de un palo y yo hacía como que dirigía las ruedas, mi cuerpo líquido, mis piernas líquidas, las rodillas sin fuerza, pierda la mano en el pelo de mi

lomo, sacúdame las orejas, mueva hacia arriba y hacia abajo mi patita derecha

—Salude a mamá

de tú ahora

—Saluda a mamá

levantarme cuando el correo compruebe la ventana para que el vaho de la lluvia

—Es sofocante, ¿no?

no nos sofocase, charcas donde me vería en el caso de inclinarme intentando una seña, vacilando en la seña porque no me gustan las señas, yo

—No me gustan las señas, ¿comprendes?

indignado conmigo y no obstante

(lo llevo en la sangre)

un dedo, dos dedos encogiéndose y estirándose, las pulseras de la señora respondían enviándome besos desde las escaleras

—Amorcito

y antes de que mi hija

—Tarda tanto tiempo en contar

el cepillo y el vaso de los dientes

o la tetera

en el suelo, el Correo de espaldas en la cama, junto a la maleta

—¿Qué hay, viejo?

creo que pisé el tubo y por lo tanto una crema color lila en la alfombra, el aliento de mi padre cada vez más deprisa en la nuca, mi madre

—Cuidado

dado que crema lila también en el traje del Correo, en la pantalla, en la cama, ser un negro que se ríe sin que haya motivo para reírse, se enfada sin que haya motivo para enfadarse, el azucarero derramándose en el mantel, un pendiente de la señora suelto

—No va a hacerme daño en la garganta, ¿no?

omóplatos que renunciaban a escapárseme, un zapato o una zapatilla

un zapato

desprendiéndose, escurriéndose, huyendo

—Su zapato, señora

no, el zapato del Correo

—Tu zapato

de tú ahora

un calcetín zurcido sin nada dentro

me pareció

ojos que seguían en los míos sin verme

—Amorcito

desviados pero sin parar de mirarme, la corbata no una corbata, una cuerda

—No me haga daño, viejo

ya no de tú ahora

las vértebras de las palmeras contoneándose al viento, la señora agradecida achatándose la nariz

—El hocico de mi niño tan lindo

una cara asomando por debajo de la pintura, otras mejillas, otra boca, pelo a pesar de verdadero

(no sé si me explico bien)

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

postizo, el director desenroscando la baratija de negro y en la baratija los diamantes o el paquete de la pastelería de Montijo que mi esposa sujetaba con el meñique por la argolla de la cuerda

pastas secas sin sabor que nos olvidamos de ofrecer

—Yo sabía, Miguéis

mi hija de espaldas a nosotros, una lágrima que se escurría por la nariz o quieta en el párpado, mi esposa encontró el pañuelo en el bolso que se estremeció un momento y murió en su mano, cerramos la puerta despacio

cerré la puerta de la habitación despacio, en el pasillo del hotel una camarera recogiendo las tarjetas del desayuno, su pico

—Cuacué

nada de eso, su boca al cruzarse conmigo

—Buenas noches

mi esposa se sonó y al sonarse algo en mí

(no sé por qué)

conmovido, una pequeña parte de mí, es lógico, el resto impasible, solamente una pequeña parte y viviría bien sin ella, la pequeña parte con la que, si mi hija me dejase, le construiría una tabla con ruedas, pondría un disco en el extremo de un palo al que llamaría volante, supongo que la camarera encontró el calcetín zurcido a la mañana siguiente, los ojos en los de ella sin verla, la ropa en la maleta que no logré doblar otra vez y asomando de la ropa un juguete para un hijo o un sobrino

no un pato, un revólver que disparaba canicas, no lo llevé a Lisboa por estar seguro de que mi hija

—No quiero

se escondía en el espacio entre el frigorífico y la ventana sin sonreírme, al caminar daba un paso grande primero, uno pequeñito después y después uno grande de nuevo, siempre en las baldosas blancas, nunca pisaba las grises, si por casualidad pisaba una baldosa gris volvía al frigorífico

—No me distraiga, padre

como si yo pudiese distraerla calladito en el umbral, la señora reparaba en mí y me acariciaba la cerviz

—Tan calladito mi niño, te han cortado la lengua, ¿no?

la tal gotita de orina, un escalofrío en el vientre, mi lengua obediente cuando me achataba el hocico

—Dele un beso a su mamá

si por casualidad yo

—Dale un beso a tu papá

mi hija de vuelta al frigorífico crispada de odio

—Pisé la baldosa gris por su culpa, ¿se da cuenta?

si me entregasen un pedazo de pan y un cuchillo la corteza sangraría,
las traseras de los edificios derribadas una a una, padre

ya no nos respetan

¿derribarán los robles?

quién me asegura que no van a derribar nuestra casa también, llegan
con andamios, piquetas, tapias, cuando salí evité mirar la ventana para
no encontrarme con una cabeza allí arriba despidiéndose de mí y no
fueron los dedos de mi esposa

un dedo, dos dedos

los que se encogían y se estiraban avergonzándome ante los vecinos,
fueron los míos antes de que mi madre con una tijera

—Quieto

porque a pesar de todo yo, a pesar de todo nosotros, a pesar de todo
nosotros dos llevamos veinticinco años allí, fueron mis dedos recelosos
de que ella no estuviese allí arriba, no me acompañó al rellano
ajustándome el cuello, quitándome del hombro cosas que nadie veía, oí
cerrar la puerta con varias vueltas de llave, la aspiradora iniciar su
trabajo y yo abandonado en la escalera, la maleta cada vez más pesada
con los años y quién sabe qué en este hueso que yo antes no tenía

(últimamente me nacen huesos en las caderas, en las rótulas)

y me dificulta el andar, esta pierna que no se desplaza conmigo, la estiro
hacia delante y la recupero

espero recuperarla

con un impulso de las nalgas, donde los vecinos del sótano un reloj de
péndulo tropezó en su mecanismo para aclararse la voz liberándola de
tornillos y muelles y repicó horas pomposas, dejé la maleta a un lado
contándolas, me parecieron catorce y al preguntar

—¿Catorce?

el péndulo ofendido respondió que no, cardenalicio, solemne, de un lado para el otro en el interior del cristal, fabricando más horas

¿diecinueve, veintisiete?

en una calma de digestión, visité a los vecinos con mi padre, la agujaafiligranada casi en las doce del mediodía

faltaban tres rayitas

los vecinos frente a la esfera

—Esperen

(nosotros presenciando junto a ellos)

yo apoyado en mi padre y no se llegaban a ver los robles, se llegaba a ver un muro y en el espacio del muro un talud, mitad de una nube y una franjita de cielo, la aguja saltó una raya, otra raya, me apoyé más en mi padre hasta sentir el metal de su hebilla, iba a pedirle

—Abráceme

pero el péndulo del reloj siempre acercándose y alejándose de mí ordenaba

—Cállate

con su voz esférica, los vecinos y mi padre inclinados hacia delante cuando la aguja llegaba al mediodía, el búcaro de las flores a la espera, el aparador a la espera, alguien desplazó el culo en una silla y enseguida unos muelles indignados

—¿Y?

la aguja casi en la raya inmediata cuando finalmente el reloj tropezó en su mecanismo para aclararse la voz liberándola de tornillos y muelles, creció en la pared, avanzó, mis huesos podían decir cuáles eran las monedas en el monedero de mi padre, además de las monedas un clip, un papelito doblado, mi corazón que no coincidía con el suyo, más temeroso, más rápido, dispuesto a pararse

no dispuesto a pararse, parado, el vecino en un murmullo

—Es ahora

el mismo culo en la misma silla, los muelles

—Un respeto

el péndulo interrumpió su curso y en esto las horas demoradas, augustas, cayendo sobre nosotros con vibraciones infinitas, el vecino doblaba una falange por cada una de ellas, mi padre las sumaba con la boca cerrada, mi corazón ensayaba tímidas contracciones, una en este momento, otra dentro de poco, cinco seguidas

—Estoy vivo

cada treinta y un latidos una pausa, en la pausa la esfera retrocedía, el péndulo atinaba con la cadencia, la vecina quitaba con orgullo un grano de arena de la caja, la limpiaba levemente con la tela del puño, el búcaro de las flores o el aparador antes de convertirse en búcaro de flores y aparador

—Se acabó

sin importancia, anónimos, la sopera reparada con grapas, el vecino se fijó mejor, se notó que censuraba a su esposa con la comisura de los labios con la esperanza de que mi padre y yo estuviésemos distraídos y la volvió al contrario, la vecina nos entretenía elogiando el reloj

—Treinta y una campanadas, señor Miguéis, ¿se ha dado usted cuenta?

me liberé de mi padre porque al final el sótano era inofensivo, con brotes en el techo, menos que nuestro piso y sin robles ni edificios

(es mi esposa quien dice que son olmos

—Olmos)

el marco de un policía con una orla de luto y una medalla en la orla, si nos inclinásemos por una grieta en el suelo debería verse el infierno y en lugar de infierno me pareció que un tubo, agua que brillaba, cemento, el infierno huele a desagüe y a tarjeta con moho y no consume las almas, de vez en cuando un gorgoteo distante y el reloj imperturbable presidiendo la humedad, al salir de casa hacia Angola evité la ventana para no encontrarme con una ausencia allí arriba, ningún bulto tras la cortina espiándome, mis dos dedos inútiles, mirarlos con altivez, no son míos, no me pertenecen

—¿Para qué quiero yo esto?

dividido entre tirarlos y perderlos en el bolsillo, si mi madre los encontrase se instalaría bajo la lámpara con la tijera de las uñas

—Esos dedos, deprisa

y mañana o pasado mañana, yo mientras tanto en Angola, mi esposa apareciendo con una jarra que se suponía francesa

se decía que era un bien de la familia desde un abuelo cualquiera que nadie conoció

Adelino

era pensar unos segundos y

—Adelino, me parece

tan remoto que no figuraba en los álbumes, se aseguraba que era pariente de hidalgos del norte, mi padre respetuoso, contemplando un árbol genealógico con todas las ramas en la sombra en medio de los robles

—Tenemos que visitar la tumba del abuelo Adelino en Ermesinde

la jarra en la despensa envuelta en periódicos, los quitaba para mostrarla a los vecinos alisando las noticias

nunca imaginé que unos papeles viejos hiciesen tanto ruido

—Nuestra jarra de Francia

tal vez el asa reciente pero un asa reciente que no acaba en la basura atestigüa sin duda antigüedades difusas

—Hace siglos que pertenece a la familia

no daba campanadas pero se cerraba con llave por temor a los ladrones que como todo el mundo sabe son dados a las jarras, yo en Angola y mi esposa a uno de esos más jóvenes sin experiencia de mujeres, uno de los muchos ingratos a quienes les ahorro los golpes que da la vida porque mis consejos ayudan

—¿Le apetece un refresco, caballero?

y una gota despechada de orina que no logro retener, el hocico que nadie achataba olisqueando perfumes que me llegaban de lejos

—Amorcito

cuando si mal no recuerdo ni un frasco en la cabecera salvo una muestra vacía, con taponcito de goma, que mi esposa encontró en el buzón junto con el corazón de filigrana que no sé cuál de nosotros abolló, era acercar la muestra y no olía a nada, un recuerdo de alcohol,

jacintos, desvanecidos como los de la tumba del abuelo Adelino, no de mármol, de granito

(mi padre estaba convencido de que para los hidalgos granito)

en el cementerio de Ermesinde y al final lejos del cementerio, en una carretera que no conducía a sitio alguno a no ser campos, viñas, unas rejas caídas, una mudez de hierbas, mi padre derrotado, mi madre

—¿No lo dije yo?

la jarra contemplada con desprecio

—¿Le apetece un refresco, caballero?

mi esposa con los pendientes de los bautizos, mi padre

—Ni el asa sirve, quédate ahí si quieres

vasos desaparejados bastante menos franceses, en uno de ellos el jardín de Caldas da Rainha con un cisne, los otros carentes de jardín, anónimos, el abuelo Adelino una vaguedad de huesos del tipo de la muestra de perfume vacía, el árbol genealógico se reseco entre los robles, solamente dos hojas sin importancia oscilando, la de mi padre, la mía insignificante porque no había ninguna cabeza despidiéndose allí arriba, cogí la maleta de nuevo a la vez que el hueso de la pierna me iba rasgando el músculo, si me empujasen en una tabla con ruedas, colocasen mis pies en otros pies y nosotros camino del aeropuerto sin doblar las rodillas, la sensación de haberme olvidado del betún o de los comprimidos para el hígado, la puerta del armario que se desencajó de los goznes

(que desencajó de los goznes sin querer)

y mi esposa

—Ya lo he visto

el cajón del que era necesario tirar porque del lado izquierdo la madera estaba combada, el puño de un suéter se enganchó en el carril, lo intenté con más fuerza y el carril quieto, un clavo sin duda oxidado en el pulgar, lo lavé y el pulgar inflamado, si yo a mi hija

—Creo que he pillado el tétanos

mi hija de charla con su madre agitaba el brazo apartándome

—¿Ah, sí?

yo con el pulgar apuntado hacia ellas lo agarraba con la otra mano para impedir que el microbio se extendiese por el brazo, por el cerebro, mi hija sin interrumpir los cuchicheos

(allí estaba la ceja en el techo, suspirante, irritada)

—Tenga paciencia y espere un momento, señor

si me acariciasen la cerviz

me sentasen en el regazo

—Mi niño tan lindo

de modo que volver al cajón donde el suéter

—No salgo

ayudar con el cuchillo con el que sangraba el pan y entonces la lana que cede, el tejido deshilachado, el reloj repicando sesenta y cinco horas, el hueso de la cadera anunciando en un giro

—Voy a quebrarme

cuál de vosotras dos riéndose en la sala, como les digo siempre a los más jóvenes si no las educan desde el principio la cosa va mal, nos cogen por la cerviz y nosotros desamparados, inútiles, nos mueven hacia arriba y hacia abajo la patita derecha sin importarles el tétanos

—Eso como mínimo

divertidas, burlonas, les gusta ver sufrir

—Salude a mamá

el abuelo Adelino unas rejas en el suelo, una mudez de hierbas, puede que aquel viento estremeciendo las cañas

tal vez nunca nació

una losa de granito pero Francisca Menezes, números de esfera no grabados en un círculo, en fila, o sea una fecha y una serpiente por debajo, mi padre vigilando la serpiente

—Apóyese en mí, padre

sienta mi monedero, el metal de la hebilla, adivine cuánto dinero, cuántos papelitos doblados, cuántas llaves tengo, menos una en este momento porque cambié la muleta de mano y la tiré a la zanja, se acabaron los robles, las traseras de los edificios, la ventana desierta,

como les digo siempre a los más jóvenes mostrando el Servicio, la plaza de toros, el mundo, lo que más hay son mujeres, debería haber destrozado con una piedra el tiesto de la magnolia para que no quedase ni ella, acordarme de la

regresando de Angola

llegar por las traseras y tirarle un guijarro, tirar también un segundo guijarro a nuestra ventana

—Adiós

pensando en mi lugar en el sofá, mi madre poniéndome el pijama y haciéndome la raya después de ducharme, fingiendo que me afeitaba las mejillas

—Aféitame las mejillas, madre

con la navaja de mi padre, un copito de espuma en la brocha, una sensación fría

—Ya está

y yo muy grande, me ponía sus gafas

—Présteme sus gafas

yo mayor que todos y por lo tanto para qué una servilleta atada con cintitas al cuello si soy muy grande, ¿no?

—Soy muy grande, ¿no?

el Correo me sorprendía al no atinar con el gollete en el vaso de los dientes, buscándome hombreras para una palmada efusiva

—Eres todo un hombre, viejo.

su maleta parecida a la mía, los cierres que se negaban a saltar, el de la derecha trabado, al lavarme en el cuarto de baño su cara me sonrió, miré de nuevo y la mía seria, subir las persianas y respirar la lluvia, marcharme, cambiarme los pantalones y ponerme unos de la maleta y sin embargo los pantalones más sucios que los míos, seguir por el pasillo pegado a la pared, sin pisar las baldosas grises y no había baldosas grises, ninguna grieta donde ladrillos, tubos, esos desagües del infierno, un reloj no sé dónde que se aclaraba la voz, liberándose de tornillos y muelles, buscando el mediodía de rayita en rayita, elegir entre el ascensor y las escaleras, la certeza de que mi hija al recepcionista

—¿Ha visto?

probar una puerta que anunciaba Privado y un desván con bandejas, escobones, el Correo insistiéndome al oído

—Me caes simpático, viejo

años y años en la frontera escapando del Gobierno, viviendo con los negros, adelgazando con ellos, riéndose sin motivo para reírse, enfadándose sin motivo para enfadarse, ocultando los diamantes en un fetiche, en una máscara, en un yacaré de madera

en una máscara, esta máscara

no telefoneaba, no venía, atravesaba el bosque de Marimbanguengo a Chiquita y de Chiquita a Malanje, esperaba en Luanda el avión de Brasil y ahora mitad del Correo sobre la cama en una habitación de hotel, bajar la persiana porque me caes simpático, por no querer que te molesten oculto la mañana, ya no vives con negros, no adelgazas con ellos, el viejo te ayudó, no necesitas esconderte ni dormir en el capín, te he cubierto con la colcha y van a creer que descansas, si lo tuviese conmigo llenaría la bañera y te daría el pato, el pico color rosa, plumas azules y amarillas y tú satisfecho

¿no?

—Cuacuá

mientras yo elegía entre el ascensor y las escaleras, si al menos tus pantalones estuviesen limpios, tu chaqueta decente, una camisa sin sangre, el ascensor frente al empleado de la recepción, las escaleras más lejos, tal vez ahora que es de día menos luces encendidas, la claridad del mar en la avenida, los primeros pájaros, remolones de sueño, de la fortaleza a los soportales, doliéndome este huesito que comienza a nacer, mi hija no a mí, al techo

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

en el vestíbulo columnas mesas sillones, la perversidad de las cosas, si me levanto de noche se crispan mirándome, más espesas, más duras, tener que hablar con ellas de la manera en que se habla con los negros para que me toleren, me acepten, acercarme sin prisa

—Tarda tanto tiempo

y ellas sosegadas de nuevo, este cenicero, este tenedor, si no piso las baldosas grises la cocina me reconoce

—Eres tú

la gota del grifo sesenta y tres campanadas en el desagüe, la vecina contenta

—Sesenta y tres campanadas, señor Miguéis, ¿se ha fijado?

y al coincidir con ella la escalera para enroscar las bombillas de la lámpara apoyada en el umbral, los robles y mi esposa

—Olmos

yo

—Robles

y mi esposa

—Arces

arces o robles u olmos que el tiesto de la magnolia ilumina, el abuelo Adelino, a pesar de una vaguedad de huesos y una mudez de hierbas, en cualquier parte en las traseras de los edificios con su jarra francesa

—¿Le apetece un refresco, caballero?

cruzar el vestíbulo del hotel junto a las vitrinas con cebras y leones de marfil, el mostrador donde un negro de uniforme

se ríen sin que haya razón para reírse, se enfadan sin que haya razón para enfadarse

iba escribiendo en un libro

esos anillos que a ellos les gustan, vistosos, falsos, las pasas de pelo grisáceas, casi la dignidad de los blancos, casi los modales de los blancos, arrugas que se me acercaban hasta el armazón de las gafas

—Son las cinco, señor

y cómo las cinco si sesenta y tres campanadas

en el desagüe, el brillo del marfil en las vitrinas, antílopes negros, jirafas, animales fantásticos, ningún pato, si llevase uno de ellos a Lisboa mi hija

—No quiero

el cielo menos oscuro por el lado de la tierra, no por el lado del agua, no se avistaban casas ni ventanas y por lo tanto ninguna cabeza allí arriba despidiéndose de mí, se avistaban tejados, masas color adobe que se alteraban lentamente, los días no comienzan de esta forma en Lisboa, no esta especie de frío en el interior del calor, quién encontrará al Correo en la habitación, quién llamará al gerente, quién abrirá la puerta, dejará el desayuno junto a la cabecera y se acercará sin ver,

pedirles presten atención al calcetín zurcido, a la boca que insiste a duras penas

—Me caes simpático, viejo

y como

—Me caes simpático, viejo

el negro del mostrador escribiendo en su libro ajeno a mí y luego menos frío en el interior del calor, no necesito colocar mis pies sobre otros pies para llegar a la calle

—Puede quedarse sentado, padre, no pierda tiempo conmigo

y ahora sí las primeras ventanas, el gasóleo de las traineras en los lagos de alquitrán, tal vez, observando mejor, nuestro barrio después, el café donde se jugaba al dominó, los vecinos del sótano, nosotros tres, madre, no mi esposa ni mi hija, no la ceja en el techo y los dos dedos que se encogen y estiran aunque no hacia mí, nosotros tres, madre, tal vez visto desde ahora no éramos infelices, claro que no, coja mis uñas y córtelas siempre que me preste los botones de nácar que me ayudan a ahuyentar el miedo, finja que me afeita, hágame la raya más abajo, donde hay pelo

hágame la raya como si tuviese pelo

al observar el hotel las luces se apagaron y Luanda un boceto de teatro, unas pocas circunferencias, unas pocas rayas, pinceladas deprisa, un muñeco en la habitación del hotel imitando al Correo, alguien entre bastidores diciendo por el muñeco

—No me hagas daño, viejo

un actor cubierto de pintura oscura, con pasas de pelo postizas, garrapateando en el mostrador

—Son las cinco, señor

qué cinco, trece, cuarenta, ochenta y una, las que el reloj del vecino toque, el gasóleo de las traineras

el mar

pongan ahí enfrente las palmeras, la isla, arbustos que se vuelven casi verdes a medida que avanza el día, algunas flores rojas para que mi madre

—Son bonitas

debería haberme lavado los dientes con el cepillo del vaso para que se me desvaneciese este sabor agrio en la boca, usar la loción de él para después del afeitado y mi esposa por error

—Amorcito

achatándome el hocico, rascándome el vientre, quitándome un hilo de la cola o una costra de sangre

una costra de sangre pero soy su niño y por lo tanto enternecida, amiga

—Siempre ensuciándose, qué feo

más que amiga, mamá, y la patita haciendo señas

—Salude a mamá

salude a mamá mientras finalmente el día, ninguna clase de frío en el interior del calor, unos restos de lluvia en la circunvalación que reflejan los árboles

estoy seguro de que robles y no obstante mi esposa

—Olmos

mi esposa

—Arces

diga lo que le apetezca, yo lo confirmo, unos restos de lluvia en la circunvalación que reflejan a los arces

y el director

—Se acuerda del Correo hace unos años, en esa ocasión Seabra o Miguéis, creo que Seabra, los nombres empiezan a escapárseme, usted limpia las huellas y listo

restos de lluvia en la circunvalación que me reflejan a mí, a un pájaro, a dos pájaros, un barco e inmediatamente después el barco menor que el ruido que trae camionetas, personas, el camarero de la terraza limpiando las mesas

se ríen sin que haya motivo para reírse

el barco desapareció sin que el sonido disminuyese, el mismo sonido, bielas que fallaban, un desorden de cilindros que siguió un instante

—Usted limpia las huellas y listo

hasta que desapareció a su vez

se acuerda del Correo hace unos años, Miguéis, el que no nos mandaba lo que debía mandar, explicaba por teléfono

—Voy a colgar, no escucho

y usted nos resolvió el asunto en un hotel de Luanda que la guerra civil, ¿comprende?, los sudafricanos, los de Cuba, toda esa parafernalia de cañones y bazucas, risas sin razón para reírse, enfados sin razón para enfadarse, aunque hubiese jurado no contárselo a mi hija

—¿Qué es lo que quiere?

las monedas en la caja de la cabina

(nunca imaginé que las cajas de la cabina fuesen tan huecas y tan grandes)

—Me voy a África por unos días

y antes de un silencio, en el silencio

—¿Ah, sí?

y la llamada interrumpida, decidir me he equivocado con el número, no te atreverías a semejante grosería conmigo

como les digo siempre a los más jóvenes si no las educamos desde el principio la cosa va mal

y como no podía hablar contigo y con tu madre

—¿Le apetece un refresco, caballero?

observé la cabeza allí arriba despidiéndose de mí, intentando una seña, vacilando en la seña porque no me gustan las señas

—No me gustan las señas, ¿comprendes?

y no obstante

(más fuerte que mi esposa, lo llevan en la sangre, no hay nada que hacer)

un dedo, dos dedos que se encogían y se estiraban avergonzándome ante los vecinos, ella que por propia voluntad me acompañaba al rellano ajustándome el cuello, quitándome del hombro motas de polvo que nadie veía, insistiendo

—Mi niño

ella que por propia voluntad me achataba el hocico, me sentaba en su regazo y se quedaba, con la zapatilla en el vértice del pie, a la espera de que llamasen a la puerta para arreglarse el pelo, mirarse al espejo, sustituir los pendientes pequeños por pendientes grandes de cobre, correr por el pasillo implorante

—Un momento

y descorrer el cerrojo para que entrase un colega del Servicio mientras se esmeraba con el escote arrullando amorcito.

CAPÍTULO TERCERO

Mi primera idea al regresar a Luanda fue entrar en el hotel, subir al sexto piso y ver si el Correo seguía junto a la maleta abierta veinte años después, mitad en la cama, mitad fuera de la cama y el calcetín zurcido avanzando por el suelo, la mitad en la cama

cabeza, hombros, dedos que intentaron magullarme, desistieron sin

—Me caes simpático, viejo

sin

—No me hagas daño, viejo

dejaron de pertenecerle, no sé si la lluvia dentro o fuera de la habitación, caminé a ciegas, apartándola, en dirección a la puerta y más allá de la lluvia la bahía, yo en el pasillo de Lisboa sin escuchar a mi esposa

—Ya has encontrado la manera de arrugar el traje, Miguéis

y como de costumbre el cuchillo en el pan, la plancha quemándome, no me acuerdo del hotel, me acuerdo del vaso de los dientes

ese sí, nítido

no llovía en él

y en el vestíbulo cesaron las palmeras, mis pasos tras de mí persiguiéndome, no al mismo tiempo que yo, más rápidos, tocándome casi

si pudiese reírme sin que haya motivo para reírme

en el taxi al aeropuerto los baobabs secos, el capín de la niebla amarillo, cuando mi madre falleció fue indignación lo que sentí

—Esas manos no le pertenecen, ¿dónde están las tuyas?

otras manos, otra persona, mi padre sacudiendo moscas de la cara de una extraña

—¿Para qué atarle la mandíbula si no la conocemos, padre?

y él callado como si supiese quién era

no lo sabía

mi primera idea al regresar a Luanda fue entrar en el hotel, subir al sexto piso a ver si el Correo seguía junto a la maleta abierta mirándome, en la ficha de Seabra que el director me mostró un hombre no de mi edad, todos mas jóvenes que yo, sesenta y un años y la maleta que agradecería si alguien la llevase, ningún blanco en la calle salvo extranjeros armados, el hotel vacío, dos o tres mujeres a gatas en la isla

¿las mismas?

en busca de los cangrejos que las olas rechazaron, si les hablase me volverían la espalda

—Estoy cansada, déjeme

y Montijo allí, las chimeneas, los flamencos, un olivo que medía la marea, yo pensando en aquello de que una lágrima cae por la nariz, creyendo que la gente no la nota, es capaz de contenerla, dos o tres mujeres en la isla y después del Correo yo en la isla con ellas con la esperanza de que no viesen la sangre en los pantalones, las mujeres

Joana, Salete, Rosário, otra más distante cuyo nombre no recuerdo

¿Anabela?

con dos mestizos salidos de una furgoneta

acucillados en la arena sin prestarme atención, una luz flotaba en las traseras de los edificios como si hubiese alguien finalmente y solo el reflejo de la lámpara de la cocina bailando en el cable, mi primera idea al regresar a Luanda fue entrar en el hotel y no había hotel, un pedazo de fachada, un *jeep* del ejército sin motor ni neumáticos en el arriate, el director su último trabajo, Miguéis, y para mi envidia la familia, el sosiego, no sacudí las moscas de la cara de mi padre

para qué sacudir las moscas si no era mi padre, ¿en qué sitio consiguió esa cara?

después de su muerte compramos muebles nuevos y acomodamos los antiguos en el desván, los crujidos de la madera protestaron el primer mes y se callaron, por mi parte no subo la escalera no vaya la vitrina

—Miguéis

a lamentarse nunca te hemos hecho daño, esas cosas así, el vecino del sótano metió la llave inglesa en el péndulo e inmovilizó el reloj por respeto al velatorio, las agujas cinco y once hasta el día siguiente y en consecuencia no el día siguiente, el mismo día siempre, el mismo minuto

interminable

de julio en que silencio y moscas, no puede ser de noche todavía, no creo en la oscuridad, qué hacen aquí las lámparas encendidas, son las cinco y once de la tarde, el hotel del Correo no existía en Luanda pero las mujeres seguían en la isla

Joana, Salete, Elisa, la otra no

Anabela

esperé que los mestizos se marchasen y su furgoneta a trompicones en la playa para llamarla

—Usted

no una casa ni una habitación, unas tiras de hule amarradas a un tronco, Joana y Salete entretenidas con una lata contando monedas

—Dentro de poco Lisboa

al levantarme Luanda nítida hasta el final de la bahía, si el reloj de los vecinos estuviese conmigo seguro que también las cinco y once, Anabela no se sacudía las moscas de la cara, miraba lo que me pareció Alcântara por un eco de grúas y de nuevo mi madre, mi padre, el Correo, los tejados que quedaban, se jubila y la paz de la familia, mi esposa, mi hija, sentarme en el sofá, levantarme, dar la vuelta alrededor de la mesa, volver a sentarme, mi esposa

—Eres un culo de mal asiento, Miguéis

abrir la boca, cerrar la boca, volver a abrirla y al abrirla mi esposa

—¿Qué pasa ahora?

yo pasando la lengua por una muela y decidiendo debe de haberse roto

—Nada

comprobar si los dientes se ajustan, no se ajustan

debe de haberse roto

préstame tu espejito del bolso para estirar el labio con el índice en anzuelo y qué extraño ser así por dentro

tantos salientes

siglos hasta la hora de cenar

(la jubilación, el sosiego, la paz)

observar los robles, desistir de los robles, sumar los cestitos del papel de la pared, multiplicarlos por nueve y perderme en la cuenta, insistir, equivocarme, qué me importan los números, si conversases conmigo y no conversas conmigo

(qué me importa que hables)

ahora cuántas piezas de madera en el suelo, cuántas borlas en la pantalla con borlas, cuántas grietas en el rodapié rajado si nosotros dos

si yo

no interesa

en mi horóscopo de hoy atención al hígado, preste atención a la vesícula que supongo que está por aquí o más adelante o más cerca de la espalda y la vesícula ni un dolor, en sordina, perfecta

—Gracias, vesícula

doblo la pierna y la pierna obediente, la mitad de sombra de los robles creció dos tercios

no, tres quintos

no, siete décimos, la profesora

doña São

me corregía en rojo

—Incompleto, Miguéis

así como Luanda incompleta, casi ningún colmillo, doña São rayando todo con rojo, las avenidas, las plazas, el hostel de Mutamba del que me habló el teniente coronel y doña São

—Tú no aprendes, Miguéis

nos mandaba limpiar la pizarra para no toser con la tiza, se tapaba con el libro

—Borra para el otro lado, hazme el favor

por ejemplo hacia el barrio de chabolas derribadas, los negros antes de preguntarles cualquier cosa

—No lo sabe, señor

el hostel de Mutamba al lado de un garaje que las bazucas
transformaron en carbones con un postigo en un rincón, doña São

—Incompleto

porque me olvidé de mencionar un estante con herramientas, un cubo

—Tú no aprendes, Miguéis

que los ladrones desdeñaron, el libro que la defendía de la tiza
subrayando las herramientas

—Basta con que prestes atención, describe el garaje y el hostel, Miguéis

o sea unas escaleras hacia un vestíbulo sucio igual a los que yo
imaginaba en las traseras de los edificios, una especie de patio

se oían gatos o el llanto de un niño aunque tuviese la certeza de que no
había niños, nunca esos juguetes de los pequeños

¿un pato?

volviendo al principio el vestíbulo sucio, doña São

—No te pierdas en descripciones inútiles, más deprisa, falta el blanco en
los peldaños, anda

un blanco en los peldaños comiendo cualquier cosa de un cesto, un
suéter de la Marina masticando siempre y masajeándose el tobillo,
dejando el tobillo, intentando agarrarme pero no lo conseguiría, mi
padre no lo dejaba

jure que es verdad, padre

de día no pienso en usted, por la noche hay momentos en que cuesta, el
hombre acomodándose mejor

—No quedamos muchos en Angola, ¿no?

se me ocurrió

(no voy a jurar)

que la otra mujer, no Rosário, no Salete

Anabela

un anillo dibujado con tinta, muéstrame el meñique, qué es eso y doña São

—¿Pensando en las musarañas, Miguéis?

Luanda nítida hasta el final de la bahía, si me obligasen a definir el color del mar vacilaría

—Un momento

ni azul ni verde, por qué no un morado transparente, un rojo pero diáfano, blando, como encendido por abajo, los propios árboles más claros, una espesura por así decir desprovista de peso, capas leves que bailaban inmóviles y nada de eso hoy en día, ausencias calcinadas, no estoy pensando en las musarañas, doña São, estoy contando cómo era, no descarte todo con la pluma, óigame, han pasado muchos años, crecí, ya trabajaba en el Servicio cuando la encontré en la calle disfrazada de delgadez, el lápiz de las cejas, antaño cuidadoso, inseguro, torcido, con el pelo blanco, simulando

qué tontería simular, simula mal, doña São

que era complicado desplazarse y a pesar de sus intentos de disfraz yo a mí mismo

—La conozco

y su nombre enseguida, instantáneo, sin esfuerzo, no logra engañarme, confíeseme qué usó para aumentar su nariz, quién le enseña a protegerse con los codos, parpadeando y retrocediendo de miedo

—Nunca llevo dinero, no me puede robar

usted que sabía los ríos, las capitales, la gramática, nos mandaba limpiar la pizarra para el otro lado

—Borra para el otro lado, hazme el favor

y obedecíamos, la curva de las cejas redonda

seguro que la corregía con golpecitos pacientes

la crema anulando una cicatriz en el mentón, pestañas separadas entre sí que prolongaba el pincel, usted con una cicatriz a la vista o con una cicatriz que se hizo a propósito con la pretensión de engañarme y no me engaña, doña São, su nombre enseguida, instantáneo, el movimiento de la boca con el que me reprendía

—¿Pensando en las musarañas, Miguéis?

insistiendo en la calle, con la misma mueca, las cejas autoritarias, burlonas, sin darse cuenta de que yo ya era grande

—¿Pensando en las musarañas, Miguéis?

solo que en lugar de

—¿Pensando en las musarañas, Miguéis?

una representación, un teatro, esa vena

¿dónde compró la vena?

latiendo en el cuello con arrugas compradas también, no intente convencerme de que son arrugas, las arrugas no se pliegan así, un bolsito de jubilada de falso charol y que

perdóneme la franqueza

no queda bien con los ríos, las capitales, la gramática, no debería exagerar, doña São, para qué un atuendo holgado, antaño un cinturón con piedritas azules en la hebilla que a mí me parecían carísimas, me siguen pareciendo carísimas, no de cristal, no intente engañarme, admita que carísimas, diga

—Carísimas, Miguéis

y yo le suelto los hombros que no pueden ser tan esmirriados, cuando usaba blusas en verano su contorno redondo, suave

—Nunca llevo dinero, no me puede robar

deje de mentirme, póngase sus hombros auténticos, no me provoque, cállese, ordéneme que repita veintidós veces un presente de indicativo, que busque la raíz cuadrada de ciento noventa y siete, que divida continentes, no me muestre los análisis, no me diga que se puso enferma, la médula, el páncreas, no me acerque la tarjeta de la consulta, Maria da Conceição Antunes Figueiredo, jubilada, qué Maria da Conceição Antunes Figueiredo, doña São, raye mi despecho con rojo

—Incompleto, Miguéis

tápese con el libro para no toser con la tiza, sacúdase el polvo con la mano, no una palma con pecas, aguda de tendones, de nervios, no el charol que se despega, su mano auténtica, colóquese el cinturón, la blusa floreada con el botón de arriba que no abrochaba nunca y nosotros adivinando encajes, esferas, intimidades que no comprendíamos bien

—¿Seguimos pensando en las musarañas, Miguéis?

pero que duraban casi todo el recreo y resurgían después de la cena bajo la forma de una agitación extraña, risitas, mudeces abismadas, mi padre

—¿Estás enfermo?

por la puerta de la habitación vislumbré a mi madre casi desnuda, tirantes y más tirantes, montones de tirantes sobre las tales esferas solo que ningún encaje y un olor no tan bueno pero parecido, qué se hizo de su olor, doña São, devuélvame, a los quince años me volvió a la cabeza en un lugar en el que una mujer

no se llamaba Anabela

—¿Te desnudas o qué?

no tenía ningún nombre, ni un tirante siquiera, se quitó el suéter y listo, sin que las tales esferas me mirasen, miraban el suelo, una de ellas con un lunar grande o una verruga

—Si se quita la verruga me desnudo, señora

en mi cabeza los nombres de los ríos, Miño Lima Cávado Ave, las capitales en orden, Lisboa Londres Madrid París Bruselas, la mujer

—¿Es para hoy?

y yo quieto, yo en el colegio, yo limpiando la pizarra para el otro lado, quitándome la tiza de las palmas, limpiándome las palmas en los pantalones y a ante cabe con contra de desde en entre, creo que una cama y sin embargo no reparé en la cama, reparé en la falta de tirantes y la falta del olor, un ovillo en la raíz de las piernas que me amedrentaba y me haría daño, Bernardino tenía fotografías

no muy buenas

con aquello en una silla, encima de una moto, lanzándonos besos, facciones que se me antojaban risueñas, carnívoras

—¿Te asustan?

la mujer llamó a la patrona de la mujer

esto en Alcântara

y la patrona de la mujer

—¿Qué edad tienes, chico?

esa sí, los encajes, el olor y por el olor se comprendía que toda la gramática en la punta de la lengua y con buena voluntad, más que doña São ya que

—No tienes por qué temblar, chico, la primera vez ocurre

tirantes y más tirantes, montones de tirantes negros, dorados, violetas y no me rayó con la pluma, me sujetó el mentón, dos dedos

—No has cumplido dieciocho años, qué dieciocho, no me mientas

ofendiéndome

—Doce

sin darse cuenta de que tenía barba en las comisuras de los labios, no se nota demasiado en la piel porque es rubia, pase el pulgar por aquí, barba, estoy juntando dinero para comprarme una afeitadora eléctrica, palabra, y en cuanto tenga dinero mis mejillas oscuras, si yo le digo diecisiete años acepte lo que le digo

—Diecisiete, señora

y aunque hombre aún quepo en un regazo, hay momentos

estoy bromeando

en que necesito colocar mis pies en otros pies, no soy pesado, no la lastimo, haga la prueba de avanzar sin doblar las rodillas, lléveme hasta el felpudo que después me marchó solo, disculpe pero es el olor lo que impulsa mi nariz hacia usted, toqué uno de sus tirantes con la intención de saber cómo era y doña São

no doña São, la señora

no exactamente doña São ni la señora, una mezcla de las dos

—Pillín

las cejas, por ejemplo, idénticas, medio círculo de lápiz, si llegaban a enfadarse no podían juntarlas, quedaban entre la frente y los párpados en una admiración infinita que anulaba la crueldad de los labios

—Tú no aprendes, Miguéis

a veces una mancha de carmín en un diente, la boca más gruesa por el afán de tener más boca, en nuestra casa había una postal con una muchacha de ese tipo que roza con sus mechones a un cordero degollado reluciente de brillantina, el cordero con una pajarita sonreía

de una manera que yo ensayaba en el espejo y dirigía de reojo a la señora

a doña São

a la mezcla de las dos, ahora la blusa floreada ahora un vestido de raso holgado en las axilas, la mezcla de las dos o sea las cejas, el carmín, asombradas conmigo y al asombrarse el olor más fuerte estimulaba la sonrisa

soy el cordero degollado con pajarita al que mi madre encuentra guapo

—¿Qué muecas son esas?

en el reverso del cordero degollado la letra de mi padre, un corazón con una flecha y gotitas sueltas que caen de la herida, no destinadas a mi madre porque en casa si uno de ellos hablaba el otro se encogía de hombros y no obstante mi madre sonriéndole al corazón y acariciándolo con unos deditos idiotas que yo debería haber cortado con la tijera de las uñas, algo en los ojos idéntico a la muchacha de los mechones

quemarla con la plancha, cegarla

una voz que no era la suya, eso lo sé, qué vergüenza si fuese la suya, lenta, arrastrándose y el olor doliéndome por primera vez

—Tu padre cuando me pidió que fuéramos novios, fíjate

encójase de hombros, madre, no le haga caso, siga sin tener paciencia con él, un tipo cargante, un viejo, líbrese de aceptarlo

—Sí

meta la postal en el cajón, entréguemela que yo la rasgo, un corazón qué tontería, unas gotitas qué estúpido y sobre todo no me toque, no quiera darme un beso que detesto sus besos, me los limpio con la mano y los tiro, no están aquí, no los siento, suélteme, no huela, si no esconde los tirantes yo a ante bajo cabe con contra de desde en entre y no hay tirantes, ¿comprende?, hay yo a doña São

—Soy Miguéis, doña São

el bolso de charol que se inmoviliza, vacila, reflejando la tarjeta de la consulta, suspendida en el aire

—¿Miguéis?

Maria da Conceição Antunes Figueiredo, jubilada

las piedras de la vejiga entrechocándose en alguna parte

—¿La raíz cuadrada de ciento noventa y siete, gandul?

un número cualquiera con coma y decimales, no me obligue a hacer cuentas, doña São, no me raye con rojo, han pasado muchos años, trabajo en un Servicio del Estado, mi hija rechaza patos con pico color naranja con la esponja del baño

—No quiero

si pretende que me vaya le suelto el hombro que no es su hombro, son hombreras con brillo, son alambres y me voy, no se altere, no pretendo su bolsito de charol, no le robo y tal vez de ese modo la vena del cuello tranquila, los pelos grisáceos de nuevo sujetos con la horquilla, los análisis

seguro que no son suyos, ¿de quién?

en el sobre

Maria da Conceição Antunes Figueiredo, jubilada, buenas tardes, doña São, no se olvide de los ríos, las mejorías y los pasitos alejándose con una prisa lenta

usted creía que rápida pero despacio, a duras penas, interrogando

—¿Miguéis?

tal como yo a duras penas en los peldaños del hostel donde el blanco comía cualquier cosa y mi hija

ya se sabe

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

el blusón de la Marina masajeándose el tobillo, intentando agarrarme pero no lo conseguiría porque mi padre no le dejaba

—Ya no quedamos muchos en Angola, ¿no?

confirme que no lo dejaba, padre, de día usted no me hace falta aunque por la noche hay momentos en que cuesta, no sé si le perdono el cordero degollado y el corazón en la postal, tal vez si me trajese una tabla con cuatro ruedas y un círculo de madera clavado en un palo a manera de volante, mi madre sonriente con el dedito en las gotas

—No lo vas a creer, pero tu padre era atractivo de joven

mi padre respirándome en la nuca con las suelas resbalando en el suelo, cansado cada vez que el automóvil subía y yo girando el volante sin que las ruedas girasen, dónde está el atractivo de él, señora, un torpón

despeinado, retorciéndose del esfuerzo, recobrando el aliento con las manos en la cintura, manos que le pertenecían, normales

—Espera un minuto, hijo

capaces de abrirse, cerrarse, empujarme otra vez en una especie de sollozo

—Vamos, campeón

sea sincera y respóndame, dónde está el atractivo de él, su espalda encorvada, los ruidos de la garganta, las congojas

—Campeón

usted enternecida con un cordero degollado, acercando los mechones a una sonrisa imbécil que copié sin éxito durante horas frente al espejo, este músculo así, esta mejilla así, la expresión más romántica, me falta el color rosa de la piel, la pajarita, el secreto está en la pajarita, cómpreme una pajarita en Navidad o para mi cumpleaños, madre, aunque sea barata, con un elástico, y compare nuestros atractivos, confíese su error, la señora de Alcântara

—¿Qué edad tienes, galancito?

la sonrisa que copié sin éxito durante horas frente al espejo, o sea que si no lo hago mejor

no cuesta nada

es porque mi padre me da pena, ¿entiende?, en la parte alta de los peldaños no se escuchaba al blanco

—Ya no quedamos muchos en Angola, ¿no?

y solo quedaba yo porque dentro de una hora o esta noche o mañana el ejército lo descubre en las escaleras

—Alto, alto

un disparo de revólver, el cesto, no el hombre, rodando hacia la calle, daba unas vueltas en la acera hasta que un mendigo se lo llevase consigo, quedo yo en Angola, punto final, doña São, con una pluma roja, marcando un círculo alrededor del punto

—¿En serio llamas a esto punto final, Miguéis?

doña Maria da Conceição Antunes Figueiredo, jubilada, el bolsito de charol cubriéndole el pecho, no

—Borra la tiza para otro lado, hazme el favor

no

—Que no se oiga ni pío en esta aula

una pequeña desesperación ahogada

—Nunca llevo dinero, no me pueden robar

el hombre que a su vez habría de rodar hacia la calle también y una negra con un blusón de la Marina en una chabola cualquiera, el mar ni azul ni verde, otros tonos, morado transparente, rojo pero diáfano, blando, como encendido por debajo, sin mencionar árboles más claros a mi espera

—Arces

una espesura por así decir desprovista de peso, capas leves que danzaban inmóviles y nada de eso ahora, ausencias calcinadas, restos que lo mismo es decir después de los peldaños un escritorio, un paquistaní al que mi madre

con ese mal gusto suyo que aún hoy no entiendo

si lo hubiese conocido de joven le parecería atractivo, humos de incendio en el balcón, me gustaría anunciar que robles, hojas hacia allá y hacia acá pero ni robles ni hojas, el paquistaní inclinado sobre el tablero

—Esto es lo que le gusta, ¿no?, ¿esto le parece atractivo?

en la actitud de quien empuja una plancha invisible, tener que admitir, qué lástima

—Esto es lo que le gusta

no hojas sino la cara del paquistaní, la sonrisa de cordero degollado que a pesar de mis esfuerzos no

—Solo acepta dólares, señor

logro copiar en el espejo, una delicadeza, una distinción, algo de nardo que yo no traje al nacer, traje gestos demasiado ásperos, facciones que no ayudan, los humos de incendio remolinos negros, una llamarada que surgió y se apagó

—No tienes por qué temblar, muchachito

no me envuelvan con olores, cállense, habitaciones en dos pisos,
postigos hacia dicho incendio, colchones a los que solo les faltaban
ruedas y el volante de madera y yo encima circulando por Mutamba
siempre que mi padre ayudase, el paquistaní proveyéndose de flechas y
haciendo gotear corazones

—Solo acepta dólares, señor

sin mencionar los deditos de mi madre que yo debería haber cortado
con la tijera de las uñas, de vez en cuando

—Alto, alto

allí fuera silencio, botas que corrían, una escopeta o algo así, más
silencio y en el más silencio un motor que reducía la velocidad en una
esquina, un

—Alto, alto

lejano que no nos afectaba, el hueso de la cadera, recordándome
miserias, advirtiéndome

—No te libras de mí, estoy aquí

mientras lanzaba andanadas de aceite hirviendo a lo largo de la pierna,
un segundo paquistaní

pequeñito

nos adelantó desparramando basura mientras barría el suelo, en
Alcântara la señora ocupaba un sillón de brazos como quien dirige el
mundo asistida por una virgen de altar en el canapé, antes de ensayar
una frase le componía la aureola

—Tengo que repararlo

la virgen con algo de la muchacha de la postal, la misma dignidad
tímida

(el diccionario: recato)

nunca he visto uñas tan bien cortadas como las de sus manos juntas, dos
mástiles en la ventana, remolcadores ventrudos, un carguero que
pusieron en el río

—Pónganme el carguero ahí

acomodando la cortina, probablemente el blanco de la Marina trabaja
de grumete comiendo de su cesto y dando más fuerza a las máquinas, si

al menos un reloj de péndulo, una aguja devorando rayitas y mediodía
en Luanda, la escopeta de hace poco

o una ametralladora que sollozó y enmudeció sin

—Alto, alto

alguno, el paquistaní no cerró la puerta

—No tiene llave, no hurta

y yo solo, ¿ha oído, padre?, la del armario de nuestra casa no encaja en
los goznes, cada vez que lo intentaba el canto de la puerta rascaba la
pared debido a que el espigón no entraba en el quicial, mi esposa en el
pasillo

—Déjalo

y el armario reparado de buenas a primeras, no me achataba el hocico,
no me acariciaba la nuca, se marchaba soplándose el polvo de las
falanges

—Qué torpe

el hostel donde vivió el tal Seabra, el director mostrándome registros de
telefonazos, cartas, informes, mensajes con el código antiguo que
archivaban sin leer

—Solo necesitábamos que los negros supiesen que él andaba por allá

peticiones a las que no respondimos pero usted es otra cosa, Miguéis,
conoce nuestras reglas, el primero levanta la caza y el segundo recoge,
por lo tanto nos limpia lo que él ensució, calma a los negros, vuelve con
los diamantes y listo, Luanda nítida hasta el final de la bahía, cocoteros

ocho cocoteros

no arces, no olmos, y yo

obvio

pensando en los robles, el tiesto de la magnolia me atravesó el alma y lo
perdí, si lo llamase

—Tiesto

podría ser que se quedase, pero cómo llevarlo después sin derramar
tierra ni estropear los pétalos en el avión de Lisboa, mi madre

—¿No falta el tiesto allí?

sin entender la pobre, ocho cocoteros

dije yo

la circunvalación, el rinconcito de la isla en el que Joana, Rosário, la que no hablaba

Anabela

y frente a Anabela, antes de que me diese cuenta de ello, los ríos, las capitales, la gramática, ¿no te desnudas?, ¿es para hoy?, ¿te asusta?, ¿qué edad tienes, muchachito?, una lágrima caía por la nariz del ojo de arriba al ojo de abajo, me acosté sobre las tablas y las tiras de lona para escuchar a la hierba y la hierba tirantes y más tirantes, montones de tirantes negros, dorados, violetas, tocar uno de ellos con la intención de aprender cómo era y la hierba

—Pillín

no la hierba, el discurso de las hierbas hablando de qué

—¿De qué están hablando?

palabras susurradas y yo con la palma en el oído

—Más alto

en lugar de las hierbas los paquistaníes en la habitación vecina a un huésped o al marinero del cesto

—Solo acepta dólares, señor

exíjame la raíz cuadrada de ciento noventa y siete, doña São, aguante un momentito que yo le respondo, no me diga adiós, quédese aquí, hay momentos

(¿cómo se expresa esto?)

en que preferiríamos

(supongamos)

caminar sin doblar las rodillas

(no es complicado, se lo aseguro)

en dirección a la calle, basta con esconder la cabeza en una barriga cómoda, respirar contra la barriga, apretar la cintura y vamos, quité las piezas del forro de la maleta

Maria da Conceição Antunes Figueiredo, jubilada, no profesora
jubilada

—Borra para otro lado, hazme el favor

comencé a montar la pistola que me entregó el teniente coronel

—Mejor así por precaución, Miguéis

y le faltaba el gatillo, si hubiese reparado en el responsable del octavo piso interesado en un hilo de solapa o en la forma en que el director mudó el tintero de lugar entendería y entonces cogí los mapas, los códigos, el esquema del buzón inútil y los rasgué así como rasgué el número de emergencia y el contacto en la embajada, volví a desmontar la pistola, envolví todo en una de las dos camisas de la maleta, hice un nudo con las mangas, la tiré en Mutamba y solo mucho después un sonido blando en el asfalto que no tenía que ver conmigo

Luanda nítida hasta el final de la bahía

tenía que ver con el imbécil que dejé de ser

el mar ni azul ni verde, otros tonos, morado transparente, rojo pero diáfano, blando, como encendido por debajo, si alguien en el Servicio

—Espere ahí, señor Miguéis, no es así, me equivoqué

corrigiendo un esquema con la goma para dibujar otra vez, yo tapándome con el libro

—Borra para otro lado, hazme el favor

en invierno una bufanda de mi padre, la gorra de la que se burlaban mis compañeros y yo escondía en la cartera, cuando me la quitaba mis pelos al aire, los aplastaba con la mano y ellos de punta otra vez, doña São se abrochó la garganta robándome las tales intimidades que no imaginábamos bien a pesar de que Bernardino cuchicheaba sacándolas del bolsillo

—Mujeres desnudas, Miguéis

en una silla, encima de una moto, lanzándonos besos, facciones que se me antojaban risueñas, carnívoras, repul

—¿Te asustan?

sivas, volví la cabeza y los intestinos contraídos, asqueados

—Miguéis se asustó

no me asusté aunque Miño Lima Cávado Ave, aunque Lisboa Londres
Madrid París Bruselas

la pluma roja de doña São

—Incompleto, Miguéis

una vena que no sé dónde compró latiendo en el cuello, esos pliegues
fingiéndose arrugas, doña Maria da Conceição Antunes Figueiredo,
jubilada, con miedo de mí, creyendo conmoverme con la cicatriz del
mentón, la médula, el páncreas, la curva de las cejas torcida a la que le
faltaba lápiz, ahora que ya no hace daño, que el bolsito de charol ha
chascado, que los huesos se me pulverizan en la palma pregúnteme

—¿No te desnudas?

pregúnteme

—¿Es para hoy?

pregúnteme si no le importa

—¿Qué edad tienes, muchachito?

y tal vez vuelvan a mi cabeza los tirantes, el olor, la blusa floreada

—No tienes por qué temblar, Miguéis

no tienes por qué temblar, Miguéis, qué te importan los mapas, la
pistola, el número de emergencia, los códigos, si tienes a Luanda nítida
hasta el final de la bahía y un *jeep*

—Alto, alto

dirigiéndose a ti, tu sombra en la pared de Mutamba que los faros
crucifican y como te iluminan desde abajo tú mayor, tú grande, nadie te
pregunta

—¿Qué edad tienes, muchachito?

me tratan con delicadeza, me respetan, como les digo siempre a los más
jóvenes si no las educamos desde el principio la cosa va mal, se vengan
en el pan, se vengan en la plancha y el imbécil del pan atravesado por la
flecha del cuchillo

—Si atiende a mis pretensiones, señorita

a las gotitas, que gotee, así delante del *jeep* no me duele la postal en el cajón, el blanco de los peldaños acomodándose mejor

—Ya no quedamos muchos en Angola, ¿no?

masticando siempre y masajeándose el tobillo, abandonando el tobillo, intentando agarrarme mientras el cesto está allí abajo en la calle, no me molesta que me arrastren hacia el garaje de al lado

y doña São

—Describe el garaje, Miguéis

que las bazucas transformaron en carbones de ladrillos, a medida que el *jeep* se acerca mi sombra va menguando, dieciocho años

—No tienes dieciocho años, dieciocho de qué, no mientas

sin advertir la barba en las comisuras de los labios, no se nota en la piel porque es rubia, pase el pulgar por aquí, barba, y mientras los faros aumentaban diecisiete, quince años y alguien

¿una señora en Alcântara?

ofendiéndome

—Tienes doce

doña São reprensora

—Miguéis

los tirantes, el olor, déjeme tocarle la blusa

—Miguéis

tengo sesenta y uno y con los cambios en el Gobierno el Servicio no existe, nunca existió, una simple dependencia del ministerio, señores, una pequeña administración perdida, qué calumnia los diamantes, esos que los inspectores afirman que son agentes ni nosotros sabemos dónde están, señores, no trabajaban con nosotros, les encargábamos de vez en cuando, por caridad, alguna visita que otra, no negamos que en África, pero exportaciones de artesanía, mermeladas, por mala suerte para nosotros no pueden dar testimonio porque con los conflictos de Angola y las guerras de los negros nos dicen de la embajada que fallecieron de esas enfermedades que ellos tienen, el paludismo, la disentería, fíjense en Luanda nítida hasta el final de la bahía, el mar ni azul ni verde, otros tonos, en el *jeep* no negros

un negro

dos negros, los restantes americanos, el *jeep* a la entrada del garaje y mi sombra diminuta, no doce años, diez años, ocho años, cinco años, tengo cinco años, amigos, yo me siento, yo me acuesto, yo me vuelvo contra la pared, esta lágrima que cae por la nariz del ojo de arriba al ojo de abajo no me pertenece, no es mía

pregunten en Montijo si es mía

del mismo modo que esta bota no es a mí a quien pisa, este brazo no me sujeta el cuello para observarme la cara, no me confronta con una cara

hasta el final de la bahía, Luanda nítida tejado a tejado

impresa en una página doblada, la del archivo del Servicio y la pluma roja del director

de doña São

—Incompleto, Miguéis

rayándola con un par de trazos en cruz

—Tu jubilación, Miguéis

y ahora que el *jeep* retrocedía mi sombra sin moverse en la pared, casi ni sombra, una neblina oscura que tardaron en distinguir en el cemento roto.

CAPÍTULO CUARTO

En el hostel oía por la noche pasos y toses y muebles que se arrastraban como si el tal Seabra estuviese en una habitación vecina, me levantaba de la cama a pesar del hueso de la cadera

—Déjame descansar, Miguéis

negándose a acompañarme, paralizándome la pierna

—No me apetece

escudriñaba el pasillo, los pasos, la tos y los muebles se detenían, el hueso reteniéndome de nuevo

—¿No te dije que no había nadie?

y una vez acostado durmiéndose sin mí, un dolorcillo que se alejaba, desaparecía, mientras yo inventaba robles en la ventana y los dedos de mi esposa, que me recogió del suelo, en mi cerviz, en mi cola

—¿De quién es este niño lindo, eh?

yo derramando una gotita de placer y el hueso sobresaltado pellizcándome los tendones

—¿No eres capaz de quedarte quieto?

apuesto que el tal Seabra me imaginaba a mí cada vez que pasos y toses y arrastrarse de muebles, el que enviaron de Lisboa, Miguéis

—¿Cómo será Miguéis?

exigiendo una cerradura y los paquistaníes

—Nosotros no roba

colocando sillas contra el picaporte de la puerta, arrimándose a la pared para que no lo viese entrar

—No hay nadie, pues, me equivoqué

y yo corriendo hacia el cuenco de agua en la cocina, yo peludo, insistente, estúpido, babeando ladridos y no obstante

—Venga con su mamá y salude a este señor, Miguéis

el teniente coronel a su lado en el sofá apartando la mano y mi esposa a él mostrándole mi hocico

—No creo que no sea capaz de hacerle una caricia a esta preciosidad

los robles hacían sitio a las palmeras de Luanda, a ninguna palmera, a la respiración del mar más allá de los tejados porque me dormí en tu regazo, en el caso de que mi hija me empuje con la esponja

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

explicarle que no estoy aquí por el Servicio, hija, sino para que no pienses que tu padre era un tontainas de visita en Montijo con un paquete de pastas, un viejo de sillón en sillón, no necesito que me enciendas la luz de la entrada que no enciende, solo parpadea, que me ayudes a no resbalarme no vaya el pobre hombre, en el estado en que está, a perder el equilibrio en el felpudo, a romperse la cadera y a traernos disgustos, antes me venía con un pato y ambos, él y el pato, con la boca de color naranja, ambos gordos, con los ojitos redondos, mi padre haciendo

—Cuacué

por el pato que si hiciese

—Cuacué

nunca sería así y molestándome en el baño como si no bastase con su albornoz apestando a tabaco, si se lo ponía lo arrastraba por el suelo

—Soy una princesa

y como soy una princesa acabe con el

—Cuacué

déjeme en paz, no quiero, mi madre un codo blanco de jabón desviando al pato

—Asustas a la niña, Miguéis

y él en la sala, mohíno, mirando unos árboles sin ningún interés a los que llamaba robles y eran arces, olmos, traseras de edificios, la magnolia en el tiesto

—¿Ves la magnolia, niña?

no una magnolia, un cardo, brotes resecos que me apuntaban con sus espinas y en medio de tanta necedad

—No hay un día en que no me pregunte qué he visto en tu padre

él en un hostel de Luanda que no hace falta describir para saber cómo es, los tales robles, las tales traseras de edificios

—No hay un día en que no me pregunte

y mi padre inclinado ante latas vacías y trozos de botella, feliz, sustituyendo el

—Cuacué

por sus relatos sin fin, no gaste energías, padre, lo soporto desde hace tantos años que hago su discurso por usted, no estoy aquí por el Servicio, hija, pero para que no pienses que yo era un tontainas con un paquete de pastas, si él cogía un bibelot el bibelot

la ardilla por ejemplo

resbalando

—Voy a hacerme trizas, socorro

y en el momento en que yo casi cogía el animalito en el suelo, a pesar del animalito en el suelo y de mi madre

—Me pregunto qué he visto en tu padre

lo que quedaba de Luanda, hija, unas sombras incompletas, unos cimientos quemados

—Les hizo lo que le hizo a la ardilla, ¿no?, tiró a Luanda al suelo

nítida hasta el final de la bahía, él mostrando una silueta a lápiz a hindúes o paquistaníes o algo así, de esos que venden baratijas en la acera, se agujerean la lengua con clavos y son todos iguales en la miseria, mi padre alisando con la palma dicha silueta, una hipótesis de nariz, un proyecto de boca, manchas que se pegaban a la piel y ni nariz ni boca

—¿Lo conocen?

los hindúes por encima de los hombros unos de otros en una piña pensativa, demorándose, farfullando entre ellos, devolviéndosela a mi padre

(las olas ni azules ni verdes, un morado, un rojo, un reflejo rojo en mi piel, hija, tócala, los hindúes

—No no)

no un hostel, rincones con colchones, un lavabo en el que se demoraba el desagüe revolviendo pequeños guijarros, se abría el grifo y un sollozo, una sacudida, un musgo que se sumía por la rejilla antes del silencio final, debe de haber una foto suya por ahí, padre, tal vez encima del armario, no lo sé, no la busco nunca, me acuerdo mejor del pato porque él al menos no

—Cuacué

callado en un rincón de la bañera, al vaciar la bañera quedaba tumbado en el fondo con espuma en los ojos, aunque le escociesen se portaba como una persona mayor, no se los frotaba, se aguantaba, iba a verlo veinte minutos después y la espuma seca, igual a esta lágrima que no me cae por la nariz, se coagula, se evapora

—Fíjese en cómo se puede contar una historia en un minuto, aprenda

Luanda nítida hasta el final de la bahía y la neblina de Montijo en julio hasta el punto de no saber exactamente si caminaba en el río o caminaba en el muelle, los hindúes

—No no

intentando impedirle registrar el hostel

(no por el Servicio, hija, para que no pienses que yo)

cuarto por cuarto y colchón a colchón, yo de espaldas a mi padre y él en el umbral de la habitación sin atreverse a entrar, si me volviese estaría el umbral desierto y un silencio durante el cual el riñón se olvidó de vivir, lo consideraba perdido y no obstante en el hospital, con los médicos

—No me he ido, no te has librado de mí

si yo rezo, me concentro con mucha fuerza

—No tengo nada, no tengo nada

recito el alfabeto al revés, al llegar a la última letra

antes de llegar a la última letra

me curo, pensaba este dolor no es mío, no tengo nada que ver con él, se equivocó de persona, adiós, y tantas garzas en el tojo, ningún medicamento, ninguna inyección, yo corriendo, yo leve, mi madre sin lograr alcanzarme

—A más ver, madre

y ella contenta, extendiéndome las pastas secas, ella a mi padre

—Tan leve

y en esto el doctor de perfil hacia mí

muchas estilográficas en la bata y yo solo me fijaba en la alianza

levantando una placa al trasluz, yo a la espera y la alianza mirándome de repente, la ventana vacía de garzas, mi madre recogiendo las pastas

—La radiografía está peor

de modo que no intente convencerme

para qué mentir, la radiografía está peor

que no es por el Servicio, hija, cuando era realmente por el Servicio, hija, el director al teniente coronel

—Miguéis al final

y una zapatilla en un vértice de pie, dos dedos en gancho
aprisionándome el hocico

—Pillín

Luanda nítida hasta el final de la bahía y yo contrayendo los muslos
para contener mi gota, nadie en el hostel salvo el hombre que comía de
un cesto

—Ya no quedamos muchos en Angola, ¿no?

una camioneta del ejército frenando en Mutamba y los paquistaníes
inmóviles

—No mata

como yo en Montijo pero el paquete de las pastas te temía, hija, las cejas

—¿Ah, sí?

no te veía la cara, veía el pelo en la almohada, tú vestida, con las
rodillas dobladas, los zapatos conmoviéndome en la alfombra

—Estoy cansada

los alineaba junto a la cama con las punteras hacia fuera, un pendiente en un espacio entre tablas y el pincho sin rosca, buscar la rosca a gatas, dar con el enchufe de la lámpara soltándose

al ajustarlo una chispita

brotes, un bote de yogur con la cuchara dentro, la camioneta aceleró alejándose de nosotros y antes de acelerar un diálogo en inglés, el blanco del blusón de la Marina despertando en los peldaños

—¿Dónde está la salida, amigo?

a medida que nuevas camionetas, un niño abrazado a una cafetera mirándonos, mi hija a veces así horas seguidas con un frasco de mermelada en la mano, me pareció que mi esposa a mi lado abría el paraguas porque va a llover en Montijo, Salete extendiendo plásticos sobre las lonas, las tablas, yo a gatas en la habitación de mi hija en busca del tal Seabra en la alfombra, el canapé y los rulos del pelo en una bolsa con un corazón bordado afortunadamente sin gotas, dónde estará el frasco de mermelada vacío que sujetabas antes, si te pedía

—¿Me lo das?

el frasco se escapaba, mi esposa apagando el secador

¿para quién te peinas?

—No abrumes a la pequeña

no solo el frasco se escapaba, la cabeza hacia un lado y hacia el otro

—No

el secador volvía a funcionar y nosotros sordos, los paquistaníes

—No mata no mata

mi esposa pulsaba un botón y el sonido iba disminuyendo enrollado en sí mismo, faltaban casas en Mutamba, un tanque con una bandera soviética abandonado en una esquina, el tal Seabra expulsado por el secador hacia un rincón de Angola, una hacienda de girasol y algodón, insistía el teniente coronel, donde el cepillo de mi esposa luchaba con los tallos

—No abrumes a las personas, qué manía

yo a gatas tanteando en el capín, en la tierra, tal vez otro pendiente de mi hija allí, otros zapatos que yo pudiese acomodar y una especie de agradecimiento en su cara, de amistad, de estima, en las chabolas criaturas inmóviles, todo inmóvil en Luanda, los baobabs, las cabañas,

alinear los baobabs y las cabañas como alineé los zapatos, dejar la habitación en orden, Angola en orden, rascar una costrita de sangre a un militar extranjero y tal vez mi hija no

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

una voz venida de la pared, desembarazándose por un momento de mí

—Gracias

si mi esposa ayudase con el secador el capín ordenado, una barrera militar en la carretera de Catete y más allá de la barrera una aldea, colinas, acomodar igualmente la aldea y las colinas de modo que el doctor a mi hija, midiéndole la tensión

—Su habitación da gusto

sembradíes abandonados, montes, dicen que animales en África y aseguro que junto a la cama ni una carrera de licaones, señores, si la llevaba al cine su mano en la mía, al encenderse las luces los dedos se soltaban, la cabeza hacia un lado y hacia el otro

—No

al menos si una palma me achatase el hocico, si me sacudiese las orejas y la mecanógrafa del servicio ofendida

—¿No está bien de la cabeza, Miguéis?

siempre estirándose la falda hacia abajo, nunca cruzaba las piernas, nunca almorzaba con los compañeros, encaramado en el ordenador un hipopótamo de goma con gafas y corbata que me recordaba no sé a quién del que no lograba acordarme, tal vez un pariente nuestro funcionario de finanzas

hijo de una tía de mi madre creo yo

que juntaba las puntas de los dedos y cerraba los ojos graves solicitando asentimientos al terminar una frase, nosotros repetíamos la frase asintiendo también, después de irse teníamos que impedir que las puntas de los dedos se juntasen en una autoridad lenta cada vez que hablábamos, los dedos de la mecanógrafa, en cambio, se enredaban enfadados

¿cómo les deshace el nudo, doña Lurdes?

y el hipopótamo de las gafas por ella, redondo, pausado, la tela de la corbata hinchándosele en el pecho

—¿No está bien de la cabeza, Miguéis?

almorzaba sola una empanadilla de ternera, traía un vaso de agua del cuarto de baño de las señoras, secaba la base con el pañuelo de papel con el que se secaba la boca al final, si la mirábamos protegía la empanadilla con los brazos, al tragar sus párpados se estremecían, las clavículas colaboraban y se notaba la empanadilla bajando por la garganta, todo el cuerpo participaba en la desaparición de la ternera que recorría segmento a segmento del cuello a las rodillas, en cuanto la empanadilla alcanzaba honduras inesperadas y se calmaba dentro del cuerpo, orgulloso de la proeza, se inmovilizaba contento, el blanco del blusón de la Marina, más alto en pie de lo que podía esperarse al verlo sentado, observando la imagen del tal Seabra, atento a la comida del cesto

—Debe de haberla diñado, ya no quedamos muchos en Angola, ¿no?

a gatas conmigo en la habitación de mi hija y yo a él

—No la despierte

antes de entrar en el colegio, cuando la extendía sobre las mantas y le ordenaba

—Duerme

se ponía ombligo arriba, anunciaba

—Estoy durmiendo, ¿no lo ve?

siguiéndome con el rabillo del ojo por miedo a que me fuese y apagase la luz, me decía desde la cama

—Si apaga la luz juro que me despierto enseguida

me apretaba el índice para asegurarse de que seguía con ella, si intentaba levantarme retirando el dedo a medida que las hojas de los robles

de los arces, de los olmos, de los que les venga en gana, disminuían en la oscuridad, me agarraba la muñeca con la otra mano

—Padre

juguets que yo aplastaba sin querer, los platos y las tazas de las comiditas por ejemplo, al entrar en el barrio Prenda yo al blanco de los peldaños

—Cuidado con las tazas

tazas con limonada, platos con migas de pan, mi hija, sirviéndome líquidos inventados

—¿Quiere probar mi café, señor Miguéis?

con buenos modales y diciéndome señor puesto que como les digo a los más jóvenes si no las educamos desde el principio la cosa va mal, el blanco soltando su cesto y fingiendo que bebía, en los senderos del barrio ni explosiones ni mendigos, la ropa que yo le había quitado a mi hija, las sandalias, el babi, la mecanógrafa en medio de la empanadilla de ternera, con el estímulo del hipopótamo con gafas

—¿No está bien de la cabeza, Miguéis?

y observandome mejor un negro con una bala en el cuello, olvidado de apretarme el dedo con la mano, el secretario del consulado

—¿Seabra?

recorriendo un archivo con el palito de una cerilla, pidiendo otro archivo y recorriéndolo también, volviendo a la silla con el Presidente atrás y en la silla el hijo de la tía de mi madre asintiendo

—No tenemos ningún Seabra

lo encontrábamos en los velatorios siempre más de luto que los demás, en lugar de arrodillarse miraba el crucifijo de igual a igual, colega de Dios que debía dirigir, en los impuestos, una delegación vecina, dejando la taza de juguete

—Esta vez ya no queda nadie en Angola, ¿no?

quedan dos o tres mujeres en la isla acordándose de Alcântara mientras esperan un transporte que no vendrá nunca, venía el frío de la niebla y algún que otro barreño que la marea dejaba en la arena, no quedaba Anabela, quedaba Joana y yo señalándole un matorral porque mi hija

—Estoy durmiendo, ¿no lo ve?

y como mi hija se ha dormido quítele el babi, Joana, las sandalias, la blusita, el de los peldaños ofrecía a Salete la comida del cesto, la secretaria vivía con su madrina en Xabregas, callejuelas que parecían superponerse, arcos con muchos hipopótamos con gafas y corbata en los rincones de la piedra

—¿No está bien de la cabeza, Miguéis?

casas de una sola planta o siempre la misma casa con las mismas cortinas y las mismas jaulas sin pájaro y en la misma casa doña Lurdes, la madrina, demasiadas consolas, demasiada penumbra, brillos de cuencos, jarros, una bailarina de cristal cambiando de sitio como el pájaro, el mundo engañándose constantemente al alterarse sin aviso y yo

el ingenuo

creyendo en él tal como creí en mi esposa, en el director, en mi padre hasta el punto de llamar automóvil a unas tablas con ruedas y colocar mis pies sobre los suyos con una esperanza de viajes que se limitaban a cojear del pasillo a la entrada y, llegados a la entrada, en el momento en que soñaba con Nepal, se afirmaban sin piedad en el suelo

—Seguimos mañana, Miguéis

yo desilusionado en el felpudo

—¿Y Nepal, entonces?

mi padre fundiéndose con las noticias y ninguna respuesta, creí incluso en mi hija, en las comiditas, en el dedo cogido en la cama

—Estoy durmiendo, ¿no lo ve?

y después de tanta comidita y tanto dedo la nariz indiferente a mí en la cama, que bien la veía desde la puerta, sus espaldas rehuyéndome

—Estoy cansada

de manera que no me hablen de jubilación, de las alegrías de la familia, de tiempo para distraerme, todo el tiempo del mundo para usted, qué libertad, Miguéis, de falsedades por el estilo, yo en Xabregas frente al jilguero de la mecanógrafa cuya jaula cubrían por la noche con un paño y un ligero temblor cuando el muelle

instantáneo

cambiaba de aseladero, la cortina corrida un centímetro

unos centímetros

la palma horizontal, junto a las cejas, desenfocándose por lo empañado del cristal, reapareciendo con una tajada de melón, desempañando el cristal y desenfocándose otra vez, si ella en la isla de Luanda le señalaba un bosque

—Allá

nadie en el barrio Marçal, nadie en el barrio de la Cuca, nadie en el Sambizanga salvo lo que se encuentra en cualquier alfombra de habitación, brotes, vajilla de niños, un yogur vacío con la cuchara dentro, no quedamos muchos en Luanda, ¿no?, hay ocasiones en que me pregunto si quedamos nosotros y las desgraciadas de la isla o si las desgraciadas de la isla son una idea nuestra y nosotros criaturas

gesticulando con la fiebre de la malaria entre sus tablas y sus lonas deshechas, el objetivo en la hacienda

¿qué hacienda?

de girasol y algodón, una vivienda de delegado regional, una aldea de viejos, Seabra

—Los diamantes, Miguéis, no olvidar los diamantes

que me da la impresión de que se parece a mí menguando en el papel, ni siquiera trazos, borrones, la mecanógrafa cerró la persiana y en los espacios entre las tablillas la mitad de arriba de la bailarina girando, la lámpara se apagó y la certidumbre de que una tajada de sandía me observaba indignada, el teniente coronel me llamó a su despacho

—¿Estamos molestando a doña Lurdes, Miguéis?

la mecanógrafa cambiando el hipopótamo de posición y un palmo de rodilla por un segundo o dos, como les digo siempre a los más jóvenes si no las educamos desde el principio la cosa va mal de modo que esa tarde yo en Xabregas de nuevo, las callejuelas, los arcos de piedra, una curtiduría donde los nidos de cigüeña auguraban mayo, me acordé del Correo de Luanda al que le caía simpático y del calcetín zurcido asomando al borde de la cama

—No me hagas daño, viejo

a esas alturas ni siquiera

—No me hagas daño, viejo

una expresión tranquila y por lo tanto la certidumbre de haberlo ayudado a no importunarse con la policía, con los negros, con nosotros

—¿No es verdad que lo ayudé, amigo?

el ladrillo que desde mi infancia

cuarenta años ya

destinaba a la magnolia del tiesto, la señora de Alcântara

—¿Qué edad tienes, chaval?

no sostenía el cigarrillo, sostenía una boquilla cromada que hoy me pregunto si no era de plata, el vestido holgado en las axilas, la dentadura postiza oblicua en las encías

—¿Qué edad tienes, chaval?

el ladrillo que desde hace cuarenta años destinaba a la magnolia en el
tiesto, mi padre reprendiéndome

—Miguéis

yo impaciente

—No me agobie, padre

mi hija murmurando en su sueño

no, mirándome desde el sofá con una especie de desdén

¿por qué, hija?

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

de forma que para no disgustarte voy a ser rápido, conciso, el director

—Conciso, Miguéis, que debería haber comenzado una reunión hace
diez minutos

conciso aunque doña São y los tirantes y el olor, no se jubile, doña São

—Incompleto, Miguéis

yo borro para el otro lado, no la molesto con la tiza, Maria da
Conceição Antunes Figueiredo y una dificultad al andar

¿también un hueso?

los análisis del páncreas, el bolsito gastado

—Nunca llevo dinero, no me puede robar

tan difícil ser rápido, hija, tan difícil ser conciso, señor director, Luanda
antaño nítida hasta el final de la bahía y en lugar de Luanda hoy solo la
bahía, dónde queda el hotel del Correo

—Me caes simpático, viejo

las palmeras, Mutamba, yo en Xabregas con el ladrillo que desde hace
cuarenta años destinaba a la magnolia en las traseras de los edificios,
después de los robles, de los arces, de los olmos

para complacerlos no robles aunque mi padre

—Son robles

de los arces, de los olmos, como se les ocurra llamarlos, yo en un portal donde no podían verme pensando cuántos metros había de aquí a la bailarina y en alguna región de mí

tan secundaria que no me daba cuenta de cuál era

un cuchillo en un pan que sangraba, cortar el pan, dividirlo, aplastarlo hasta que no haya sangre alguna, yo con los pies en sus pies y usted sin doblar las rodillas, nunca

—Hijo

nunca

—Miguéis

caminando callado, demasiadas consolas, brillos de cuencos, jarros, tiré el ladrillo, oí las persianas, el cristal y no sé si la bailarina porque yo estaba lejos, doña São, ¿comprende?, los pulmones, a medida que corría, lo ensordecían todo, sujetar el bolsillo izquierdo donde llevaba el dinero y las llaves, las mismas que ayer, en la bahía de Luanda, un circulito en aumento, dos circulitos y listo

—Buen viaje, llaves

el agua serena, no había llaves, no viví en Lisboa

—¿Dónde está Lisboa, señores?

al final de una esquina un olivar, almacenes, una extensión desierta

el Tajo

los pulmones demasiado grandes para la dimensión de mi cuerpo, cuando se contraían, de mi tamaño, cuando se dilataban, fuera de mí, enormes, no me hieran el corazón con una flecha, no me hagan gotear y en el lado contrario una muchacha inclinando la frente ante un cordero degollado, la sonrisa de mi madre y el cuchillo que comenzaba a deshacerme, a cortarme, no una tijera de uñas, el cuchillo grande del pan, tal vez no lo creas pero tu padre de joven era atractivo y el cuchillo insistente sin descanso

si aceptase ser mi novia, señorita

no es que crea que un paquebote, un paquebote realmente, se distinguía el casco, no se distinguían las olas o mejor dos cascos, el primero hacia arriba y el segundo hacia abajo, igual a la sota de espadas, la chimenea fija en el casco de arriba y moviéndose en el de abajo

alternadamente gorda y delgada

con la idea de partir sola, si aceptase ser mi novia, señorita, y él pasando debajo del alféizar sin atreverse a hablarle, se detuvo veinte metros más adelante, inició una seña y a pesar de la voluntad del brazo no hubo seña, la pobre mano hundida en el bolsillo, el cordero degollado gracias a dios vencido, al día siguiente el teniente coronel mirándome y en su silencio

—So cabrón

el responsable del octavo piso

—Doña Lurdes se ha puesto enferma, ¿sabía?

y en el

—Doña Lurdes se ha puesto enferma, ¿sabía?

él también

—So cabrón

mis compañeros sin mirarme, preferían observar por la ventana, en Lisboa, Luanda nítida hasta el final de las luces convencidos de que Luanda seguía existiendo y no existe, existo yo preguntando por el tal Seabra y

—No mata

yo detrás de una camioneta en Xabregas y un obrero reparando una ventana a la que le quitaron la jaula y la cortina, cuando el obrero se marchó alguien

¿la madrina?

pasando junto a los cristales, la lámpara no se encendió por la noche y por lo tanto ignoro si la bailarina giraba en las consolas, sé que el hipopótamo solitario en el ordenador con melancolías de viudo, explicar a los compañeros que como les digo siempre a los más jóvenes si no las educamos desde el principio las cosas van mal pero los encontré tan ocupados falsificando un pasaporte que comencé a sellar, es decir, golpeaba el sello innúmeras veces sin cambiar la página advirtiéndome que se enfadaban no solo con los ojos, la boca y la frente reprobándome también de forma que la única solución consistía en colocar los pies sobre los pies de mi padre y coger el autobús a Alcântara donde tal vez la señora, dado que soy mayor, aceptándome el dinero

—Puedes entrar, Miguéis

la primera habitación a la salida de la sala, no tienes que golpear ni pedir permiso y los ríos, las capitales, la gramática, doña São enfadándose conmigo

—¿Has estudiado las preposiciones, Miguéis?

de vez en cuando el pelo recogido con horquillas en un moño y su nuca tan blanca, unos ricitos sueltos que me apetecía tocar y no tocaba, las nalgas en abanico en la silla no se enfadaban conmigo, me aceptaban, me comprendían, casi me daban a entender

—Ven aquí

las nalgas

—Ven aquí

mientras doña São, por el contrario, levantando la regla

—¿Pensando en las musarañas, Miguéis?

y por pensar en las musarañas me limpias la pizarra para el otro lado, hazme el favor, y escribes las preposiciones cuarenta y cinco veces con una letra decente aunque la mujer a tu espera

—¿No te desnudas?

acostada, apoyada en el codo, sentada mirándose el esmalte de una uña

—¿Eres raro tú?

evaluándote sobre la uña con el ojo izquierdo cerrado mientras en Luanda una llamarada en un almacén hacia Grafanil, creo yo, debido al petróleo o a los diamantes o que a los negros les gusta morir, ya no quedamos muchos, ¿no?, solo el tal Seabra tal vez a mi espera, la mujer aprovechando la uña para rascarse el lóbulo

—¿Qué es lo que te gusta, viejo?

no roja, azul, las diez uñas azules, las de doña São rojas hasta el punto de que no se podía saber si era la estilográfica o la uña

—Incompleto, Miguéis

las mías cortas porque la tijera de la canastilla de la costura

—Coge los botones, no te muevas

la mujer componiéndose el sostén hasta que un roce en el pasillo y un golpe en la puerta

—El viejo no puede, señora

mientras que más camionetas en África, americanos, portugueses y el ejército del Gobierno con ellos, un niño abrazado a una cafetera mirándonos, mi hija a veces de ese modo hora tras hora con un frasco de mermelada en la mano, el cielo oscuro sin una gota y mi esposa abriendo el paraguas porque va a llover en Montijo

a ante cabe con contra de desde en entre

Salete observando las nubes y extendiendo plásticos sobre tablas y lonas

con contra de

charcos donde muchos patos con pico color naranja sin que una esponja los empujase

—No quiero

o sin que mi hija

en entre

—No quiero

los patos

—No mata, señor

mi hija no un frasco de mermelada, abrazada a una cafetera mirándonos

—No mata, señor

mi hija

—Me caes simpático, viejo

y una lágrima cayendo por la nariz del ojo de arriba al ojo de abajo o si no coagulada, fija

—No me hagas daño, viejo

que es como decir

—No me haga daño, padre

y tenía que hacerte daño, hija, disculpa, no por el Servicio, no me preocupaba el Servicio, por la misma razón que el ladrillo en Xabregas, no me digas que tardo mucho tiempo en contar una historia, voy a ser rápido, conciso y doña São

su nuca tan blanca, los ricitos sueltos

aantebajocabeconcontradedesdeenentre

—Conciso, Miguéis

que me apetecía tocar y no tocaba, o sea tocaba pero no con los dedos y sin que ella lo sintiese

¿no lo sentía?

puede ser que lo sintiese puesto que la voz más baja

—¿Pensando en las musarañas, Miguéis?

comenzó a crecerme el bigote, doña São, no se nota porque es del color de la piel pero fíjese en las mejillas y en las comisuras de los labios, la mujer no sentada, no apoyándose en el codo, las uñas pintadas de azul en mis brazos, en la espalda, achatándome el hocico

—¿No te apetece darle un beso a esta ricura?

Lisboa Londres Madrid París Bruselas

Bruselas

Bruselas

—¿Por qué no dijiste enseguida lo que te apetecía, viejo?

y ningún roce en el pasillo, ningún golpe en la puerta, la mujer

Salete, Joana

Bruselas

no Anabela, ¿Anabela dónde?

Anabela tal vez de espaldas a mí

—Estoy cansada

Salete, Rosário, Joana

—¿Has acabado, viejo?

yo rápido, eficiente, conciso, acercándome al niño abrazado a una cafetera que nos miraba, a la bailarina de cristal, a mi hija con un frasco de mermelada en la mano, no por el Servicio, hija, qué me importa el Servicio, por la misma razón

y estoy seguro de que me perdonas

que el ladrillo en Xabregas, estoy seguro de que me disculpas ante el teniente coronel, el director, los compañeros puesto que no era al niño ni a ti ni al tal Seabra a quienes me acercaba, no a la mujer, no a doña São, no a la señora

—Me alegra que nos haya visitado, Miguéis

perdón

—Me alegra que nos haya visitado, señor Miguéis

no viejo, no Miguéis, señor Miguéis

—Me alegra que nos haya visitado, señor Miguéis

era al señor Miguéis a quien me acercaba con la plancha o el cuchillo del pan, el señor Miguéis en la columna hacia Dondo con la silueta de sí mismo en el bolsillo de la chaqueta, el oficial americano a los soldados

—Esperen

y entonces un licaón, dos licaones, tres licaones rondando una aldea de viejos, me entregaron un *jeep*, se despidieron de mí y siguieron allí, bien que los sentía en una linde del bosque, el director al ministro

—Espero que declare en los periódicos que no sabíamos nada

el ruido de la cafetera en el suelo, los ojos del niño que no dejaban de mirarme, yo un cordero degollado que no dejaba de mirarlos

si aceptase ser mi novia, señorita

el oficial americano a mí

—Me caes simpático, viejo

y tal vez no lo creas pero tu padre

hija

era atractivo de joven, ha de haber por ahí una foto en la que él, con una cafetera en la mano, junto a una pared en una chabola de Luanda no deja

no ha de dejar nunca

de mirarte.

CAPÍTULO QUINTO

Si me dejasen pedirle algo a la vida

y no me dejan, me lo prohíben, el ministro al director buscando mi nombre, el director

—Miguéis

y el ministro repitiendo

—Miguéis

remarcando las sílabas

—Está seguro de que él

no debía de haber corridas porque en la plaza de toros no había ni carteles ni música, si sentía que la observaba doña Lurdes comía la empanadilla de ternera no encima de la mesa, en el interior del bolso, sumergía la mano de nuevo y se limpiaba con el pañuelo, habrá pagado otra bailarina en la quincallería, habrá pegado la primera, cuando te rompí la gacela de porcelana

sin querer, hija

juntaste los trozos en el recogedor en silencio, esperé que

—Francamente

que

—¿Se ha fijado en lo que ha hecho?

y ninguna recriminación, oí la escoba echando los añicos en el cubo de la cocina forrado con una bolsa de la compra, oí cómo acomodabas la escoba en la despensa, tu voz incolora diciéndome que me apartara

—Permiso

y quien observase la sala por primera vez se daría cuenta enseguida de que faltaba una gacela, la asimetría, el desequilibrio, doña São de inmediato un círculo rojo donde había estado el animal

—Incompleto, Miguéis

el ministro remarcando las sílabas, la forma en que se agrupaban en la lengua

—¿Miguéis?

no había corridas porque la plaza de toros estaba desierta, mi hija

—Permiso

sin acritud ni odio, quién es usted, por qué razón está aquí, no lo conozco, padre, tampoco el director me conocía

—No tenemos la menor idea de qué Miguéis se trata, señor ministro, ¿comprende?

de modo que tal vez el tal Seabra pueda ayudarme, tal vez si nos encontrásemos Seabra, yo y el Correo de los diamantes en Brasil, en Australia, en el quinto infierno, una gacela diez veces más cara llegando a Montijo, doña São borrando el círculo

—Me equivoqué contigo, Miguéis

mi hija sin sacudirme con la voz

—Al final creo que lo conozco, padre

si me dejasen pedirle algo a la vida pediría una o dos horas en Lisboa, no durante el día, por la noche, cuando la vejiga me despierta y nuestra casa tranquila sin que una garganta proteste ni una mirada nos censure, nos asomamos a la ventana, en el lado opuesto a los robles, y el barrio entero en paz, el número dieciséis encendido con la viuda del empleado de la aduana también asomada a la ventana, dibujaría en el aire un corazón en caso de que acepte, señorita

no señorita, casi de mi edad

en el caso de que acepte, señora, ser mi novia, esbocé una sonrisa de cordero degollado, el ministro al director

—¿Miguéis era así?

y el director observándome mejor, si ellos se callasen se oirían los robles y algo

me pareció

como un niño cantando, esbocé la sonrisa confiado en que la viuda conociese la postal pero no se veía en la oscuridad y al no verse en la oscuridad después de un momento la ventana cerrada, con la ventana cerrada, quién sabe por qué, el niño se quedó callado, no pido más que

una o dos horas en Lisboa sentado en mi silla, con mis muebles a mi alrededor

incluso los que trajo mi esposa y me detestan

oyendo los robles, el Correo y el tal Seabra acompañándome en el sofá

—Nos caes simpático, viejo

el Correo que por cierto me ayudaría en Luanda, en Marimbanguengo, en Dondo, a encontrar una hacienda de girasol y algodón

cuando lo que más hay en esta tierra son haciendas de girasol y algodón cerca de ríos y de aldeas de viejos puesto que lo único capaz de durar aquí son los viejos que murieron demasiadas veces como para morir de una vez, con los licaones

(ni siquiera los buitres, ni siquiera las hienas)

mordiéndose, ladrando, esperando que uno de los viejos esté lejos de la hoguera y entonces una hembra que se arquea en un salto, se lanza sobre una pantorrilla, se retira, rodea el poblado, da una dentellada de nuevo, si me dejasen pedirle algo a la vida pediría una o dos horas en el número dieciséis donde no se avistan los robles ni las traseras de los edificios, la viuda protestando

—Es tarde

desde que el inspector de aduanas enfermó el automóvil parado en la calle con un borracho durmiendo en sus asientos, el inspector se pasaba toda la mañana del domingo lavándolo, frotando los cromados, dándole más brillo al capó y después subía a la ventana y se quedaba contemplándolo durante el resto del día, magnífico, reluciente, mientras nosotros cambiábamos de transporte en Lumiar y en la plaza de España y cogíamos el barco para llegar a Montijo mientras los licaones nos siguen desde las cajas, desde las boyas, desde los cables, si me permitiesen una o dos horas en Lisboa

no me hacía falta más

subiría al piso de la viuda, cerrojos y más cerrojos hasta que la puerta cediese y una mujer en el umbral mirándome asombrada

—¿Quién es este?

pensando me defiende con la tranca no me defiende con la tranca, el director descontento conmigo

—Nunca esperamos, Miguéis

yo pidiéndole a la viuda

—Ayúdeme

avanzando un paso en el felpudo, sus dedos en busca de la tranca, antes de que la tranca yo

—¿No se acuerda de mí?, he cambiado mucho pero viví enfrente, ayúdeme

la viuda desconfiada intentando recordar

si lograrse entender por qué me olvidan tan fácilmente

no me saludaba en la calle, no me veía, su casa más grande, más tallas en los muebles, un cuadro con una farola donde un caballero con sombrero y paraguas

¿Jesús?

caminaba en el agua, una alfombra que representaba pieles rojas cazando bisontes, seguro que el director y el teniente coronel en pisos así, borlas, adornos, yo baldosas grises y blancas

no pisar las grises

las cosas antiguas de mis padres cojeando quietas, la vitrina de la que perdimos la llave y en la vitrina las copas de champán que mi madre me prohibía tocar

—No se ve con las manos, se ve con los ojos, Miguéis

una tarde mi hija enjabonó la llave en el baño, cuando se la pedí la sumergió en el agua

—No

busqué en la bañera, entre los juguetes, en el suelo, mi esposa conteniendo el llanto con un trozo de tarta

—No eres capaz de dejar en paz a la niña, ¿no?

una fuga de licaones en las cortinas, en el baúl, mi esposa con la mano detrás de la oreja recogiendo las migas

—¿Qué ha sido eso?

no ha sido nada, querida, un movimiento en el capín, mi padre llamándome hacia la tabla con ruedas

—Deprisa

interponer la mesa de noche entre las cortinas y nosotros

—Los licaones, cuidado

la primera ocasión en que me mandaron a trabajar a Angola, no en Luanda, en Uíje, en una plantación de café

montañas y montañas, comprueba que has apuntado las montañas, Miguéis, las plantas verdes y las montañas

¿cuál es el motivo?

negras, tantas copas y negras, el *jeep* en un túnel de neblina y el día no verde ni pardusco, negro, poblados al borde del sendero no amarillos, negros, chozas de adobe pero negras, negros enrojecidos de polvo y no obstante no rojos, negros, una o dos cabras negras, gallinas negras, un milano que casi llegó a rozarnos y el sonido de cuyas alas se demoró agitado, convulso

negro

si por casualidad una quema de rastrojo las llamas negras también, la casa de la hacienda

negra

en lo alto, máquinas, el tractor, un capataz, juraría que negro, tiestos con plantas

negras

a lo largo del balcón

(comprueba que has apuntado las plantas, Miguéis)

un segundo milano y unas segundas alas

negras

que permanecieron con nosotros todo el tiempo cuando el mestizo que me consiguieron en Luanda y el director

—Un mestizo, Miguéis

llamó el capataz

—Tú

montañas y montañas, las plantas verdes y las montañas negras

las plantas negras en lugar de verdes, comprueba si negras, acércate a ellas

lámparas en el balcón, tengo idea

(es difícil precisarlo)

de que una mujer se arreglaba el pelo al mismo tiempo que se quitaba el delantal

—¿Amigos tuyos, Elmano?

una chica de siete u ocho años, una chica más pequeña con una sola sandalia y el otro pie con un vendaje, un papagayo

(una cacatúa, un guacamayo)

alzaba la pata repitiendo

—Elmano

sus uñas no color tabaco, negras, todas uñas negras, plumas negras en la cabeza, el capataz se quitó el sombrero y el pelo tan negro como las plumas, sus zapatos marrones

negros

los pantalones marrones

negros

el que se me antojó el hijo mayor cavando un surco con un sacho, aumentó la intensidad de las lámparas en una maniobra del motor, el capataz creyendo que entendía sin entender y en esto los ojos

negros

entendiendo realmente

—He venido a propósito de Lisboa para visitarlo, señor

la mujer de dedos negros en el cinturón del delantal con una especie de alarma o recelo

—¿Amigos tuyos, Elmano?

y a pesar de la alarma o del recelo la chica de siete u ocho años sonrió y el mestizo le sonrió de nuevo

(si fuese el mestizo el que entregase el pato mi hija no lo apartaría con la esponja, lo aceptaría, mi esposa lo aceptaría, me cambiarían por él

—Es el turno de tu colega, Miguéis)

la niebla volvía vagos nuestros gestos, formas negras que no llegaban nunca a precisarse, el hijo apoyado en el sachó con una gravedad de adulto, el papagayo sustituyó

a la cacatúa, el guacamayo sustituyó la pata izquierda por la pata derecha y se inmovilizó torcido

—Elmano

al leer nuestras redacciones doña São en una actitud idéntica con los encajes del pecho exhalando y aspirando perfume, si me dejasen pedirle algo a la vida pediría que me devolviesen un segundito

¿para qué una o dos horas?

aquel perfume, madre, la estilográfica roja picoteaba despacio la mesa, si crees que tardo mucho tiempo en contar una historia cuéntala por mí, escríbela en el informe del Servicio, firma con mi nombre, impídeme que diga lo que falta mientras yo a la viuda del número dieciséis

—Ayúdeme

el capataz rodeó la vivienda con el mestizo y conmigo, un neumático colgado de una cuerda a manera de columpio, un pozo con larvas de insecto que hormigueaban en el agua donde un muñeco con el brazo fuera

no la cabeza, el brazo

—Han llegado, por fin

el director ha de apreciar el brazo, hija, le gustan los detalles de ese tipo, vuelve a leerlos

—Qué interesante, Miguéis

el capataz al frente, el mestizo, yo, el papagayo

—Elmano

la mujer que tras un paso o dos renunció a acompañarnos, el hijo del
sacho ocupado con su surco de nuevo, en las traseras una pequeña era,
cabañas, el olor

negro

de la mandioca secándose en las esteras, la chica de siete u ocho años
inició una frase y se calló

el sol negro

se adivinaba el papagayo

(cacatúa, guacamayo, animales que no entiendo)

oscilando en el alféizar, se adivinaba a la mujer

—¿Amigos tuyos, Elmano?

las lámparas proseguían por el balcón, una carretilla, un triciclo y
ahora que llegué aquí ocúpate del informe, hija, original y dos copias, la
del teniente coronel, la del archivo, rubricar cada página en el ángulo
superior derecho y firmar al final mientras yo en el felpudo de la viuda,
sin robles, sin traseras de edificios

o no yo, mi boca que tardaba en encontrar las palabras debido a la
neblina, a las montañas, al olor

negro

del café

—Ayúdeme

di que llegamos al despacho de la hacienda o sea una barraca pegada a
los dormitorios de los negros que pagaron a los delegados del sur,
traídos en remolques de ganado desde Nova Lisboa, Lobito, Cela, los
soldados con uniforme color tierra

negro

nos elegían con la escopeta

—Tú, tú

di que el café no florecía aún

arbustos

que era casi de noche por la mudez de los insectos, ningún milano, las copas ya no verdes, negras

negras

que te pareció ver un hocico de perro desapareciendo, una zapatilla en el vértice de un pie

—¿No dan ganas de besar a esta ricura?

y una gota de orina, no teclees las letras tan rápido, no tengas prisa en llegar al final, habla del pato con pico color naranja, de tu enfermedad, de nuestra visita los sábados, con la cabeza gacha o mirando alrededor cohibidos por ti, cuánto tiempo hace que dejaste de ser nuestra hija, cuéntame, no reconozco tus gestos, tu modo de hablar, tu indiferencia acerca de las baldosas grises, si me vienes a la cabeza me pregunto quién eres, mi hija un recuerdo prolongado en tarjetas postales, dibujos, tú una extraña, por qué razón nos vestimos de domingo para visitarte, me afeito con más cuidado, presto atención a la corbata, compruebo las manchas y si hay manchas la solapa en la tabla, agua caliente, jabón, la duda de si sigue la mancha o solo agua caliente, por qué razón nos callamos si hablas, no hacemos preguntas, nos levantamos en cuanto tú

—Estoy cansada

no nos quitamos las chaquetas a pesar del calor, tu madre el broche con un racimo de uvas de alpaca de ir a cobrar la pensión, el anillo de la madrina en el dedo, el

—Hija

que no sale, no viene, sale

—Señorita

sale

—Señora

y evitamos el

—Señorita

y el

—Señora

conteniéndolos en la boca en el instante en que se sueltan, las fotografías que tenemos de ti ya mayor ¿de quién son?, ¿a quién sacaríamos del baño si te bañásemos?, en el caso de que yo

—Cuacuá

una mueca de asombro

no de diversión, de asombro

en facciones en las que no descubro un solo rastro de las mías

—¿Perdón?

y por lo tanto quien se acuesta en la cama de espaldas a nosotros no eres tú, puede ser que en el modo de hablar pero no nos hablas nunca, en el modo de caminar pero casi no caminas, en el diente defectuoso que aprendiste a ocultar y cubrió el carmín, dejó de existir así como las montañas de Uíje con la llegada de la noche, intenté contar las farolas y doce

no, quince

no, trece

doce o quince o trece y un murciélago entre ellas, las alas que persisten como ciertas memorias, ciertos remordimientos, ciertos ecos prolongados, el silbato de los barcos por ejemplo incluso después de los barcos, durante años, nosotros creyendo haberlos olvidado y el silbato de vuelta, mi abuela malita preguntándonos

—¿Es así como se muere?

hace siglos fuimos a buscar a un tío mío a Leixões y desde entonces todos los barcos conmigo, un remolcador, un petrolero, esas lanchas de pesca aumentando y disminuyendo parecidas al motor de gasóleo en Uíje, doce o quince o trece farolas

¿dieciséis?

por el balcón, el papagayo

(papagayo, vale)

dentro de casa en un varal, en un perchero

estoy seguro de que el papagayo, no la mujer

—¿Amigos tuyos, Elmano?

la mujer tratando de adivinarnos a través de los ruidos en el despacho

—He venido a propósito de Lisboa para visitarlo, señor

armas de caza, cuernos, juguetes baratos de metal y de madera, la lámpara que oscilaba igualmente torciendo las paredes, máscaras de Luanda

negras

los huecos redondos de las órbitas, el hueco rectangular de la garganta, el pelo de paja tapando las orejas, a medida que la neblina se dispersaba las montañas crecían juntamente con los mochuelos, una de esas cadenas a las que se atan los monos en la base de una vara y en el extremo de la cadena un collar abierto, yo acercando un banco con el pie, instalándome en el banco como antes en el borde de la bañera y esto en el momento en que los robles de las traseras de los edificios comenzaron a hablar o sea el mismo viento que dispersaba la niebla y a veces bajaba de la chimenea arrastrando hollín, yo con el brazo del muñeco en la mente, no todo el muñeco

¿acabaré de ese modo?

mi brazo que el mestizo señalaba al capataz antes de coger una botella y soltarla en el suelo

—Este señor ha venido a propósito de Lisboa a visitarte, qué suerte

dando con un sonido diferente en una de las tablas, probándola con el talón, recorriendo con el dedo la juntura de la madera, alzando un ángulo de la tabla, un segundo ángulo, la mujer dijo

—Elmano

allí fuera y mi padre arrimándose a la puerta

yo arrimándome a la puerta, yo digo, yo escribo, prometo que no tardo mucho tiempo en contar, yo al capataz en el momento en que la mujer

—Elmano

—En su lugar no respondería, señor

el hijo del sacho asomando por la ventana

todos los barcos, palabra, no hay un único silbato que no sepa de memoria, si no lo creen pregúntenme

las montañas casi apoyadas en el almacén, en el despacho, un licaón

(si no se escribe como se pronuncia después lo corrijo, padre)

que ladraba en el bosque, un tumulto de cuerpos que duró un instante y se apartó de nosotros, los dientes de una cabeza de jabalí en la pared iguales a mi diente raro, disimular con el labio, con el carmín, poner la mano por delante, desde que enfermé las mejillas menguaron y me falta carne en la cara, no me preocupa, no lo disimulo siquiera, la enfermera que regula el suero mirando de reojo, yo desde la cama

—Mire el diente sin reparos

segura de que ella, fingiendo sorpresa

—¿Qué diente?

porque mientras no estén en mi lugar

y han de estar en mi lugar, es un problema de tiempo

no dejarán de mentir, mejores colores, mejor aspecto, no ha adelgazado casi nada, si sigue así dentro de un mes

¿cuál es la apuesta?

nos resarcimos con un almuerzo en un restaurante de los caros, como va a perder la apuesta paga usted el almuerzo y yo respondiéndole en silencio, tan lejos de todo, ocupada en echar el aire de los pulmones que durante años

qué tonta

no imaginé que cansase

—Mire el diente sin reparos

atraer el aire, tragarlo y el aire más espeso que los bronquios, me ponen tubos en la nariz y otro aire en ese aire, deje el aire en paz, no me lastime con los tubos que hieren no sé dónde y en lugar de herirme y levantarme la nuca para sujetarlos con un elástico mire el diente sin reparos, la zapatilla en el vértice del pie hacia delante y hacia atrás, enternecida

—¿A quién no le gusta darle un beso a esta ricura?

la ricura del hijo del sachó asomando por la ventana, la mujer detrás de él

—¿Amigos tuyos, Elmano?

montañas y montañas, las plantas verdes y las montañas verdes

las plantas negras en lugar de verdes, comprueba que son negras, hija
negras

acércate a ellas, tócalas y mi padre al capataz, amable, tranquilo,
mientras que el mestizo revolvía bajo la tabla

—Pídale a su familia que se vaya, señor, y ninguno de ellos se ofende

periódicos, una camisa vieja, más periódicos, un rectángulo de tienda en
el interior de un rectángulo de plástico atado con cuerdas, un cuchillito
en las cuerdas y pinzas, reactivos, una balanza, sobres con papeles de
plata de chocolate cada cual con su piedra no blanca

negra

que el mestizo iba abriendo y cerrando

—Cinco sobres, señor

los cinco sobres de nuevo en el rectángulo de plástico, en el rectángulo
de tienda, habíamos traído dos latas de petróleo en el *jeep* y por lo tanto
si una quema de rastros las llamas negras también, las paredes del
despacho

negras

cenizas que persistirían mucho tiempo como ciertas memorias, ciertos
remordimientos, ciertos sonidos, mi abuela sin creerlo

—¿Es así como se muere, es esa la única forma de morir?

sin esperar respuesta, ya conocía la respuesta de manera que dentro de
poco una sacudida

apenas una sacudida

y se acabó, mi madre corrió las cortinas, cubrió los espejos con los
paños de luto y apagó la radio de la difunta en la cabecera porque esa
es la única forma de morir, confiesa que no fue difícil, vieja, uno se
para y chao, el mestizo me entregó los diamantes y los robles de las
traseras de los edificios dejaron de hablar, el capataz un juguete con
demasiada cuerda a punto de estallar en pedazos a la ventana en voz
muy baja

—Se marchan

la voz el primer pedazo que estalló, el mestizo colocándole la mano en el hombro

ahora ceremonioso, lento

—Cuídese, señor

la mano en el hombro

dedos no mestizos, negros

volviéndolo hacia mi padre, quejándose entristecido

—Este señor no ha sido honesto, señor

el despacho de la hacienda o sea una cabaña pegada a los dormitorios de los negros contratados por medio de los delegados del sur, más altos que los negros de aquí, menos oscuros

más negros

traídos en remolcadores de ganado de Nova Lisboa, de Cela, los soldados los elegían con las escopetas

—Tú, tú

un petate, una manta doblada, perdían un zapato sin cordones

—Mire el diente sin reparos

intentaban volver atrás para calzarse el zapato y las escopetas impidiéndoles llegar al zapato

—Tú, tú

que las familias disputaban a gritos, durante meses junté dinero para sustituirlo por un diente falso que se pareciese a uno auténtico pero me dio miedo la anestesia y desistí, comencé a hablar poco

—¿Ah, sí?

con la cabeza gacha durante las comidas y a pesar de eso las personas en el restaurante, bien que las veía, señalándome

—¿Han visto?

el despacho de la hacienda o sea una cabaña que las montañas

negras

comenzaban a comprimir, gotas de agua en las hojas incapaces de atravesar la nariz del ojo de arriba al ojo de abajo y por consiguiente inmóviles, se percibía que los licaones ladraban junto a la puerta y mi padre

—Van a entrar

porque los lomos rozaban el umbral y las patas insistían en la tierra, el mestizo al capataz con un disgusto sincero

—¿No se siente culpable de robar al Estado, señor?

dijo a mi madre

—Muéstreme el álbum

el álbum anunciando

Álbum

con letras como escritas a mano que iban perdiendo el dorado, algunas páginas sueltas, un rasgón en el lomo y mechones de mi pelo sujetos con cintas, mi madre enternecida con los mechones

—Tenías la piel blanquita

como si la piel blanquita fuese una victoria suya, en las fotografías protegidas con papel vegetal mis dientes de leche eran derechos, iguales y después de caerse este diente de aquí

victoria suya, madre

rompiendo la encía, superponiéndose a los otros y saliendo más arriba, pasaba la lengua y lo sentía, me demoraba en estudiarlo, en enfadarme con él, mi madre

—Tan blanquita

y la medalla de mi cuello que perdí no sé dónde según ella, la finca de la hacienda se apagó, nadie

—¿Amigos tuyos, Elmano?

los dormitorios callados, el papagayo callado, un licaón tosió al marcharse y tosió al volver, el capataz calculaba los pasos que lo separaban de la pistola en el cajón y mi padre como si durmiese y creo que dormía, hablaba en su sueño, distraído

—No haga eso, señor

antes de que doña São, apuntándolo con la regla, con el libro sobre su cara debido a la tiza

—¿No estás aquí, Miguéis?

el *jeep* en un túnel de neblina y el día no verde ni pardusco, negro, poblados al borde del sendero no amarillos, negros, chozas de adobe pero negras, negros enrojecidos por el polvo y no obstante no rojos, negros, una o dos cabras negras, gallinas negras, un milano que casi llegó a rozarnos y cuyo sonido de alas se demoró agitado, convulso

negro

lo que conozco de Uíje es esta bruma, este frío, un tractor que la humedad impedía localizar en la cuesta, si me dejasen pedirle algo a la vida cambiaría mis dientes por tus dientes, hija, el mestizo trajo las latas de petróleo del *jeep* y la neblina a la entrada solo que no negra, blanca, las copas blancas, la mujer del capataz

blanca

en la oscuridad blanca de la noche, una ausencia de lechuzas, no nos amenazaban, no pretendían vengarse, la chica mayor con la más pequeña en brazos, los murciélagos, no una hacienda grande, cinco o seis hectáreas que el capín invadía a pesar de las catanas, un sembradío que le dejaron por caridad casi sin sol, en el instituto en Luanda

nítida hasta el final de la bahía

al pesarle los sacos

—¿Solo esto es lo que lleva?

antes de las latas de petróleo

y mi padre pensando en las musarañas, abstraído

el mestizo registraba el despacho apartando cajas de cerveza, menudencias oxidadas, encontraba baúles, forzaba los baúles, mostrándole a mi padre

nos resarcimos con un almuerzo en un restaurante de los caros y como pierde la apuesta quien paga es usted

la tela de terciopelo azul oscuro

negro

y la lámpara de ozono para estudiar los diamantes, la misma que el dentista mientras una jeringuilla aumentaba su habilidad, un gancho tirando de la mitad de mi lengua

—Mantenga la cara así

y sin ocuparse del mestizo mi padre se volvía con indiferencia en su sueño, fijaba sus ojos, inesperados

—¿Cuántos son hoy?

y los apartaba de nuevo, es así como se muere, padre, es así como se muere, las uñas y la barba más obvias, el dentista eligiendo un estilete en una bandeja blanca

negra

—Un minuto, por favor

y durante el minuto el mestizo vertía el petróleo en el suelo, en los robles de las traseras, en los cuernos, en el pato con pico anaranjado

no anaranjado, negro

de mi baño, amarrando el tobillo del capataz a la cadena del mono

—¿Es justo o no es justo, señor?

enganchándola en una viga y en el instante en que la enganchaba en una viga

—Elmano

no

—¿Amigos tuyos, Elmano?

un timbre agudo en busca de una respuesta, palpándola

—Elmano

me dio la impresión de que el hijo mayor con la culata de una escopeta que se deslizaba, se trababa, despertaba a mi padre

hace siglos fuimos a buscar a un tío mío a Leixões y desde ese momento todos los barcos conmigo, fragatas, corbetas, veleros, conozco sus nombres, la forma de llamarlos, los motores de gasóleo de doce o quince o trece bujías

dieciséis

por el balcón, los ojos de mi padre y no

—¿Cuántos son hoy?

en dirección a la puerta tardando en habituarse a las piernas, las suelas lentas perdiendo una cojera de prótesis

—¿Se da cuenta del trabajo que nos consiguió, señor?

barcos de Surinam, de Botswana, de Venezuela, mi tío arrastrando un baúl y mi madre

—Elmano

mi tío arrastrando un baúl y mi madre

—Luís

escribe esto por mí, hija, acaba esto por mí, firma con tu nombre, impídeme decir lo que falta, el petróleo de la segunda lata desde el despacho hasta las hierbas del patio, el depósito de gasolina

conozco mejor los cargueros que los demás barcos, mi tío viajó en un carguero

que extrajeron del *jeep* y mientras mi abuela abrazando al capataz

—Luís

la gasolina en el despacho, en los barrotes del techo, en mi sofá estampado, en la cama donde yo de espaldas a ellos

—Estoy cansada

a pesar del mejor aspecto, de no haber adelgazado casi nada, de si sigue así dentro de un mes

¿cuál es la apuesta?

y para qué replicarles si yo estoy ocupada en echar el aire de los pulmones, traer el aire al cuello y el aire más espeso que los bronquios, hiriéndome no sé dónde o si no era el vapor de la gasolina que me mareaba, me obligaba a toser, o si no montañas y montañas, las plantas verdes y las montañas negras

las plantas negras, comprueba que eran negras, hija

negras

acércate a ellas, tócalas a medida que te colocan tubos en la nariz y otro aire en ese aire, no me levante la nuca para sujetarlos con un elástico, no salga del despacho, no encienda esa cerilla, no prenda el capín y una única llamarada instantánea

negra

instantánea

de la plaza al almacén, si me dejasen pedirle algo a la vida y no me dejan, me lo prohíben, querría que me sentasen en la cocina envuelta en la toalla, mi madre con la bata de trabajar en casa por encima de la ropa, mi padre llegando del Servicio, deteniéndose en el umbral, extendiendo el piquito de los labios

tan tonto

—Cuacuá

pisando las baldosas grises

no negras, grises

y pisando las baldosas grises hacerme llorar, lágrimas que caían por la nariz del ojo de arriba al ojo de abajo, o coaguladas, quietas, yo en Uíje en donde paredes negras y

—Elmano

una chica de ocho o diez años con una chica más pequeña en brazos, humo, tizones, una última viga casi roja

negra

cayendo en el silencio, mi madre ponía el mantel, los cubiertos, las servilletas de ellos en argollas, la mía con dos cintas de atar al cuello y un payaso estampado, siempre me daba la impresión de que el payaso

—Ayúdeme

el pelo amarillo, una chistera minúscula con una margarita clavada, las botas gigantescas rumbo al *jeep*

ahora esta, ahora aquella, con una cojera de prótesis

los labios del payaso sobre los labios auténticos saludándome

—Hija

como si pudiese ayudarlo y no lo puedo ayudar, escribo esto por usted,
firmo con mi nombre y no me mienta ahora, no diga nada, desocúpeme
la tienda mientras la marea sube en Montijo, los flamencos van
cambiando el barro por las traineras desiertas, el agua crece en el
molino de piedra, no sé quién

—Elmano

frente al almacén destruido y el *jeep* del payaso bajando por el sendero
con un mestizo al volante, a lo largo de una plantación de café que

ahora sí

amanece.

CAPÍTULO SEXTO

Si por milagro mi marido o mi hija viniesen a casa

(es un suponer, puesto que ella está desde hace once meses en el cementerio de Montijo y él no sé por dónde en África, dice Jaime que viviendo con los negros y oliendo a negro)

no reconocerían nada y tal vez sería mejor que no reconociesen nada, pues esa sería la manera de que no se me metiesen en casa a incordiar ahora que me he habituado a estar sola, derribaron los arces y los olmos que mi marido insistía en llamar robles tal vez porque su padre los llamaba así

—Los robles, hijo

árboles demasiado grandes y con demasiada sombra para mi gusto, casi pegados a la sala, oscureciéndolo todo, nunca de día en las hojas incluso en verano y con sol, abríamos el balcón y ellos torturándonos con sus ramas

—Váyanse para dentro, es de noche

tal como mi suegra si intentaba ayudarla con el almuerzo

—¿No te das cuenta de que no caben dos personas en la cocina?, cuando la comida esté lista te llamo

y yo, qué remedio, mirando los arces y los olmos con mi suegro

—Los robles, hija

en la sala de muebles también oscuros, prolongando a los árboles en la alfombra, en el suelo, la aguja fija del barómetro de pared, que se averió en otoño, la esfera dividida en cuatro partes y en lugar de verano estío, si yo dijese

(es un suponer)

—Nací en el estío

quién lo entendería, y no obstante otoño invierno primavera estío, verano para todo el mundo y estío para nosotros, en el jardín de mi padrino el estío una señora de cerámica a la que le faltaba el dedo gordo del pie, con una corona de hojas de parra en la cabeza, uvas en la mano y los pechos fuera que comparaba intrigada con la ausencia de los míos, en compensación ningún dedo roto, yo entera, lo palpaba y

continuaba allí, pluviosidad en vez de lluvia en uno de los cuadrantes del barómetro que nadie me saca de la cabeza que tenía un parentesco con la estatua

(hermanos o primos o algo así)

tiempo seco y los cristales llenos de gotas, las uvas del estío goteando en la tierra, los robles más negros si eso fuese posible y él, porfiado, tiempo seco, la columna de mercurio de la temperatura sobresaltándose con un saltito y yo

—Por lo menos aún te queda algo vivo

la madre de mi marido a mi marido entregándole la bandeja con el almuerzo

—Pregúntale a tu esposa si sigue con hambre

nunca visité sus tumbas, era él quien cambiaba el agua de los búcaros, golpeaba con las uñas en el cristal del barómetro y el tiempo seco inamovible, la madre de mi marido a mi marido robándome la bandeja

—Pregúntale a tu padre si sigue con hambre

y algo parecido a un susto en el viejo con un saltito de mercurio, el dedo gordo que faltaba, la corona de hojas de parra insegura, una pluviosidad invisible, el tenedor escapándose lejos de nosotros

—Los robles

mi suegra

—Chopos

chopos que hay ahora de sobra, en el camino hacia el médico los veo desde la reja, primero

(aún lejos del muro)

las sepulturas, después, incluso sin mirar el portón, una capilla y chopos, ande ya con sus chopos, quédese con ellos, guárdelos bien, si me acuerdo de usted en la mesa hago una pausa con la bandeja dirigiéndome al barómetro con la marca en inglés

(Junkin & Junkin)

esperando que me comprenda

—Pregúntale a tu mujer si sigue con hambre

y el barómetro tiempo seco doña Georgina notó, nadie llora por usted, no les duele, soy yo quien decide acerca de la casa, la ahuyenta de la cocina

—¿No se da cuenta de que no caben dos personas en la cocina?, cuando la comida esté lista la llamo

cambia las cortinas, manda en estos muebles oscuros, desatornilla el barómetro

un saltito asustado de mercurio

y le cambia la aguja, probé la primavera, el otoño, el invierno, acabé eligiendo el otoño debido a que los arces perdían

gracias a Dios

las hojas trayendo una sospecha de día al interior de la sala, había comenzado a rascar el estío con la aguja de ganchillo pero me vino a la cabeza la señora de cerámica y me detuve por consideración a mi padrino, la tarde en que vendió la casa me llevó a pasear por el jardín, sonrió a la estatua y a pesar de las arrugas en los ojos la sonrisa temblaba, se quitó la gorra, se puso la gorra y entre el quitarse y ponerse la gorra su pelo a propósito ralo para fastidiarme, pensé

—Así no vale, padrino

unas hebras descoloridas le cruzaban el cráneo, tan vulnerables, tan frágiles, el labio inferior aumentaba

—No haga eso, padrino

un día de estos se muere, ¿no?, y después yo, señor, los pantalones más vacíos que antes, la chaqueta con pocos músculos dentro, la pajarita que no se adhería al cuello, colgaba goteando, que es por su gordura, por su voz de papada, por los empleados de la ferretería, temerosos

—¿Me permite, señor Taborda?

todo esto por una estatua de cerámica, no lo creo, padrino, no vale nada, le falta el dedo gordo del pie, algo en mí como la mañana en que el médico examinándome la barriga

—Tenemos que operarte del apéndice, una cosita rápida

el corazón del corazón en un hilo, yo gritando en silencio

las sábanas entendieron, creo que nadie más entendió

—Quiero a mi madre

su mano huyendo porque extendí la mía y no la encontré en la manta,
encontré el lugar de la palma tibio, hueco, el hombro de Jaime no
rozaba el mío

—¿A qué edad te operaron?

si adelantase el hombro

(y no adelanté el hombro, uno aprende, ¿no?)

un lugar tibio, hueco, cambiar el barómetro a tiempo seco deprisa, mi
padrino vigilando las hortensias, dentro de poco los empleados,
temerosos

—¿Me permite, señor Taborda?

así que péinese, padrino, muéstreles la cadena del reloj con dos libras
en las argollas y ellos comprenderán quién manda, rásquese la mejilla
con la patilla de las gafas desconfiando, meditando, impídales salir

—Un momento

no le costó, ¿no?, ¿ve cómo pudo?, las hebras descoloridas que
cruzaban el cráneo duras de brillantina, firmes, cuando yo cumplía años
abría la billetera, sacaba un billete al azar, me lo extendía sin mirarme

—Toma

y yo con los dedos al aire tras él, la esposa de mi padrino

doña Isménia, se decía que de joven había tocado el arpa

—Toqué el arpa de joven

y el pecho vibraba confirmándolo, la esposa de mi padrino

—Mira a la pequeña, hijo

mi padrino, feroz, devolviendo el dinero a la billetera

—¿Qué pequeña?

mirándome los dedos

—¿Qué quieres tú, chica?

en el interior de mis párpados una pluviosidad en la que nadie reparaba,
doña Isménia conocedora de barómetros y más atenta a la pluviosidad
de lo que yo imaginaba buscando monedas en el bolsito

—Toqué el arpa de joven

y las falanges redondas entregándome las monedas

—No le hagas caso, pequeña

el arpa en el trastero del jardín, si se me daba por acercarme oía mis
pasos, debía de saber quién era, se la sentía por una rendija de las
tablas

—Pequeña

y doña Isménia en un saltito de mercurio que en su pecho hacía eco en
pequeñas olas nostálgicas

—El arpa

si mi marido o mi hija viniesen a casa el arpa en la habitación que fue de
ella

—Pequeña

se gira el pomo y las persianas bajadas, un chal sobre la cama que no
llegué a ordenar o que estaba segura de haber ordenado y de repente
allí

el mundo tan raro, palabra

si por casualidad el chal

—Madre

no le respondo, no oigo, lo doblo por las arrugas, lo coloco en el cajón y
el

—Madre

me molesta menos, había que acercar la oreja para percibirlo, las
persianas bajadas, el colchón, la cómoda, un actor de cine recortado de
una revista que se desvaía en el espejo y al lado del actor yo a quien un
defecto del cristal alargaba la nariz, al alzar la cabeza la nariz
cortísima, fue el espacio entre la nariz y el mentón lo que aumentó de
repente, un centímetro más y la garganta interminable, un centímetro
más y el collar enorme, en el cajón, además del chal, el pato con el que
mi marido asustaba a la niña pero abollado y sin pintura, lo soltaba en

la bañera y no se mantenía derecho, avanzaba inclinado, ahogándose, mi hija encogiendo las piernas y salpicando el suelo

quien limpiaba era yo antes de las marcas de suelas por toda la tarima

—Me ha mordido

cerrar deprisa el cajón no vaya a morderme a mí, mi padrino quitaba la pantalla de la lámpara, ponía sus manos una encima de la otra, se miraba las manos y un racimo de dedos, miraba la pared y después de un conejo a saltitos

—Un conejo a saltitos

un pastor alemán ladrando

—Te regalo el pastor alemán, pequeña

me acercaba a la pared y no estaba el pastor alemán, estaba mi sombra palpando el revoque y yo toda negra, sin facciones, la sombra de mi padrino desprendiéndose de la silla, aumentando, engulléndome

—¿Qué quieres, chica?

y en esto el pastor alemán me mordía la oreja, yo me moría y no sentía nada, doña Isménia se volvía sombra también

—No le hagas caso, pequeña

no sé cuál de ellas hablaba, si doña Isménia de verdad o la sombra en la pared que no se parecía a ella, menos nítidas que las nuestras, igual a las formas

es un suponer

que se revolvían en el estanque del jardín antes de subir a la superficie, nosotros a la espera de un ahogado dispuesto a arrastrarnos consigo y solamente una pequeña espiral de barro y un pez que no asustaba a nadie, con pestañas sin color, mi padrino y doña Isménia ni siquiera sombras hoy en día, recuerdos disueltos en la distancia del tiempo, recuerdos que puedo convocar o despedir y me obedecen

—¿Qué quieres, pequeña?

yo sin necesidad de expulsarlos con el brazo

—Esfúmense

y ellos

qué remedio

se sometían, se acabó su autoridad, señor Taborda, quítese la gorra, póngase la gorra, sus pantalones más vacíos que antes, ni un gramo de relleno, para muestra, en el interior de la chaqueta, puede ser que un antiguo empleado se acuerde de su gordura y de su voz de papada pero sin miedo, burlándose

—El idiota de Taborda

y usted calladito, incapaz de ordenar

—Un momento

doña Isménia usaba una peineta española en el moño que imitaba flores de marfil, deseé tanto esa peineta y ¿qué ha sido de la peineta, señora?, a veces me atraía hacia sí, me cogía por las rodillas con un olor a jaboncillo de espliego que me pareció encontrar el otro día en el droguero cuando el empleado descubrió en el almacén una caja vieja de envases, polvo de talco, perfumes, yo en un sobresalto

—Doña Isménia

que me hizo retroceder cincuenta años pidiéndole al empleado

—Espere

el empleado que nunca había visto una estatua de cerámica ni sabía nada de arpas

—Si le apetece la basura, quédese con ella, señora

las rodillas de doña Isménia me sujetaban a la caja

—Pequeña

dentro de poco un refresco, unos bombones, una cucharilla oscilando

—¿Más azúcar, pequeña?

cosas que por no servir para nada valían tanto, ¿no?, su carmín en la servilleta, mi madre en cuanto yo llegaba a casa

—¿Qué te has puesto en la cara?

me frotaba la mejilla y desaparecía el gusto de los bombones, si conservase los papeles de plata de los chocolates usted estaría conmigo, señora, mi madre quitándome la cuchara

—Ya has comido demasiado azúcar, te vas a estropear los dientes

qué me importan los dientes, qué me importa que se caigan, la
cucharilla de alpaca desilusionada

—¿No puedes?

no entrístezca a doña Isménia, madre, no es por mí, es por ella, por
consideración a doña Isménia mi madre autorizando

—Madrina

un cuadro en el que Guillermo Tell

—¿Sabes quién era, pequeña?

mostraba una manzana a un hombre en un trono delante de montañas
nevadas

—El gobernador, pequeña

parecido al señor Taborda con barba, ordenando

—Un momento

en la ferretería, estudiando sobre las gafas el terror de los empleados, si
yo a mis padres

—Un momento

todo presa del pánico a la espera, mi madre bajito

—¿Me permites?

incapaz de prohibirme el azúcar, no quiero a mi madre, quiero a doña
Isménia, la caja de polvo de talco, perfumes, yo al muchacho del
mostrador

—¿Conoce a Guillermo Tell?

mi marido ayudando al pato en el baño y el pato cada vez más torcido,
hundiéndose, soy un naufrago

—¿Guillermo Tell?

la cara del empleado y la cara de otra clienta, ya la de él ya la de ella,
compadeciéndome

—Pobre

busqué mejor en los envases y no encontré el olor

—¿Dónde está mi olor?

polvo de talco, perfumes, una cucharilla que no atinaba con mi boca

—¿Más azúcar?

devuélveme a doña Isménia, empleado, el refresco, los bombones, me vi en el espejito del bolso y la mejilla limpia de carmín

—Exijo mi mejilla

las caras al mismo tiempo

—Pobre

rodillas que no me dejan escapar, una vibración en el pecho creciendo dentro de mí

—Pequeña

me alisaba el pelo con la peineta española, las flores de marfil me rozaban las orejas

—Espera un instante, pequeña

me desprendía de las rodillas, me mostraba en el tocador

—Igual que una sevillana, pequeña

y en el tocador ningún vestido con lunares, ni puños retorcidos con castañuelas trágicas, ni talones que agujereaban el suelo, yo con la ropa de siempre, las punteras de los zapatos pisándose por el despecho

—No he mejorado, doña Isménia

me curaba los orzuelos con la alianza, aseguraba

—Ojalá yo tuviese tu edad

cuando mi edad eran gestos de susto al despertarme en plena noche en la habitación, mis padres en el tren de Francia, un caballero con polainas

más un abuelo que un padre, nunca lo llamé

—Padre

con la palabra padre dentro de la idea de padre, lo llamaba padre
porque me decían

—Tu padre

y puños surcados por venas que se cruzaban sobre un bastón, me sería
más fácil

menos difícil

más fácil

llamar

—Padre

al bastón, una señora encorvada

ella sí madre, la llamo

—Madre

y me acuerdo de los mastines que traían las olas de Póvoa, la marea
creciendo y los mastines husmeando gaviotas, mi madre en el tren de
Francia

—Ven con nosotros, hija

y mi tía me lo impedía no sujetándome la ropa, sujetando lo que se me
antojaban mis huesos en carne viva o los mastines de Póvoa que ajenos
a las gaviotas se volvían hacia mí y ladraban, si pudiese explicarle a mi
tía

—Los mastines

mientras que el tren se alejaba y mi padre de la edad de mi padrino

—¿Me permite, señor Taborda?

tropezando por temor en la ferretería

hay momentos en que me pasa por la cabeza que era mi padrino, no mi
padre, quien, con un billete sacado de su cartera sin mirarme

—Toma

si no fuese por Francia y la enfermedad y el hospital le habría
preguntado a mi madre

—¿Quién fue mi padrino?

la seguridad de que doña Isménia lo sabía, pruebe un conejo si es capaz, padrino, un pastor alemán que me muerda la oreja, venga, al comenzar a construir un edificio en el lugar del jardín quién sonreía a la estatua, quién se conmovía con medio metro de cerámica, los empleados de la ferretería difuntos, ustedes difuntos, que les vaya bien, adiós, padrino o padre qué importancia tiene ahora, quité la pantalla de la lámpara, el barómetro creyendo que lo consultaba

—Tiempo seco

pero quién consulta el barómetro, mi hija de niña estaba fascinada con él, si fuese a visitarla al cementerio de Montijo se lo llevaría

—¿Aún te interesa el estío?

y más allá del cementerio la desbandada de gaviotas del Tajo, le dije a Jaime

—Presta atención a esto, amorcito

tocándole el hocico con la palma, extendí las manos una encima de la otra al trasluz, las mezclé con un racimo de dedos y en la pared no un conejo ni un pastor alemán, al principio un recuerdo de tren

—Ven con nosotros, hija

una postal de Francia en mi cumpleaños, escrita por mi madre y al final mi padre no firmaba

Padre

firmaba

Manuel

su nombre sin relación ninguna con inquietudes sobre mi salud y besos y te echo de menos, su nombre arrugas, esbozos de gestos, solamente Manuel, un empleado a quien mi padrino

—Un momento

cambié la posición de los dedos, me acerqué a la lámpara, volví a cambiarla antes de que mi hija

—Déjese de estupideces, madre

negándose a ver, el cuerpo de espaldas a mí, la manga despidiéndome

—Estoy cansada

si llegaba a levantarse con la palma ayudando a la columna, los pies sin preocuparse por las baldosas grises, el pecho encogido conteniendo el dolor, el médico dejaba las cápsulas de la medicina en la cabecera y ella

—Tírenme el tratamiento a la basura

nada que cayese por la nariz del ojo de arriba al ojo de abajo, el rostro seco, seco, el estío del barómetro que agrietaba la piel, si yo pasase la aguja al otoño, al invierno, una pluviosidad mansa, Jaime en el sillón

—¿Esa quién es?

si mi marido o mi hija viniesen a casa no reconocerían nada, la cocina tal vez, la habitación de ella, el pasillo donde solo pagué una mano de pintura y cambié el suelo, en vez de responder encogí el pulgar, el índice, el meñique y en la pared mi marido en África viviendo con los negros y oliendo a negro según dijo Jaime que le informaron en el Servicio, mi marido a él

—Señor teniente coronel

Jaime acabando con una información

—Un momento

el mentón en la pajarita que colgaba goteando, hebras descoloridas que cruzaban el cráneo y yo arreglándolas una a una, la voz de papada

—¿Qué quieres tú, muchacha?

o sea

—¿Qué quiere usted, Miguéis?

encogí el pulgar, el índice, el meñique y mi marido en Luanda

Jaime asegura que no vendrá a casa

—No hay peligro, muñeca

mis manos en su hocico y los músculos vibrantes, ojos que no ordenan, piden, una gotita de orina que se le escapa del vientre

—No hay peligro, muñeca

atraerlo hacia mí, sujetarlo entre las rodillas y dentro de poco un refresco, unos bombones, una cucharilla de azúcar, mi marido en una

ciudad que no sé dónde queda, nítida hasta el final de la bahía,
camionetas militares

—Alto, alto

y mis dedos haciendo niños en la pared, a este no le puse dos piernas, le
puse una, fíjate

inmóviles frente a los *jeeps* porque se les acabó el miedo así como se les
acabó el hambre, no tienen espacio dentro de ellos para comer siquiera

los faros de las camionetas buscándolos en el canapé, en el techo

niños abrazados a los jirones de ropa que les quitaban a los muertos

cada falange un muerto

y se ocultaban en las esquinas de las chabolas

esta cómoda una esquina de chabola

que aún resistían, mi marido

aquel tapete el mar

con una silueta en una hojita de papel insistiendo no por el Servicio,
hija, por ti, como si su hija de espaldas a nosotros en Montijo y siempre
una media o una blusa o un cinturón en un respaldo, como si su hija

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

siguiese impacientándose, lo rechazase

—No quiero

así como lo rechacé desde que ella, hace treinta y siete años, nació, mi
hija cenizas, las palabras de las que aún era capaz cenizas

—Estoy cansada

su recuerdo cenizas, si le extendía un vaso de agua el cristal entre los
dientes

—Déjeme

le vendí los objetos de la casa, las plantas, los cubiertos, el hombre que
compró se demoraba en las fotos, una excursión a Fátima, grupos de
amigas en las fiestas del instituto, Alice Dulce Suzete, vestidos que iba
arreglando a costa de alfileres, este cuello, este volante, no te encorves,
levanta el codo, yo pensando no sé si me gustas tú o si me gusta que

hayas nacido, por un instante mi madre en el tren de Francia, el que en medio del humo iba haciendo señas por la ventanilla, muñecas solo venas cruzadas en el bastón, mi tía sujetando lo que parecían ser mis huesos en carne viva

—No suelte mis huesos, tía

hasta conseguir que los mastines de Póvoa corriendo junto a las olas

—Los mastines de Póvoa, Jaime

se volviesen hacia mí y ladrasen, yo gritando en silencio, el hombre que compró los objetos de la casa señalando las fotos

—¿Esto también, señora?

esto también, señor, mi madre no tuvo una hija, yo no tuve una hija, nacimos solas, hay una media o una blusa o un cinturón olvidados en un respaldo, entregarle la media o la blusa o el cinturón y nada en mí, vacío

—Esto también, señor

cuando dejamos de ver el tren el reloj de la estación siete y veinticinco

(es curioso cómo perduran estas cosas)

la plataforma desierta y después de la plataforma una casita, pinares, nunca permitiría que nada cayese por mi nariz del ojo de arriba al ojo de abajo, si presiento que, si supongo que, el barómetro en el tiempo seco, el hombre que compró los objetos de Montijo demorándose en los bailes del instituto sin entender que los vestidos estaban sujetos con alfileres

—Si no te mueves mucho no se cae

y por lo tanto no los toque, señor, allí siguieron en la furgoneta entre soperas, mesas, la del tablero de hule con una rasgadura de cuchillo y un adhesivo encima que se tapaba con un plato, cuando ella murió creo que pluviosidad y justo ese día un alfiler para componer una arruga

—Si no te mueves mucho no se cae

mi hija obediente haciéndose cargo de la arruga, levanto la lámpara, avanzo los dedos por la pared y siento la pluviosidad que en ciertas y determinadas tardes en verano

en el estío

me hace recordar el otoño, si por un milagro mi marido o mi hija viniesen a casa me encontrarían retorciendo las manos sobre la

lámpara y encontrando sus sombras, mi hija que no se parece a ninguno de nosotros

no sé qué de mi padrino en ella, el orgullo, el desdén

—Toma

mi hija agobiada conmigo

—Usted tarda tanto tiempo como mi padre en contar una historia

mientras que mi marido una llavecita cautelosa, la nariz indagando el silencio

—¿Entro? ¿No entro?

y tal vez en el Servicio

(como les digo siempre a los más jóvenes si no las educamos desde el principio la cosa va mal)

pies que se diría caminan sobre otros pies, él dejando la cartera en el arco de la entrada, la tos postiza que le servía de

—Buenas tardes

puesto que mi

—Buenas tardes

era la plancha en la tabla o el cuchillo cortando el pan, por la noche iba hacia la cortina de la ventana no para mirar la calle, para esfumarse donde no pudiésemos encontrarlo como la fregona o la escalera, diluido en los arcos a los que llamaba robles porque su padre

—Robles

en la mitad de las hojas que persistía en la luz y que la mitad de sombra iba devorando así como devoraba una tabla con ruedas y un círculo de madera que servía de volante, mi marido sin nadie que lo empujase, intentó mi hija y mi hija

—No

(como les digo siempre a los más jóvenes si no las educamos desde el principio la cosa va mal)

y sin embargo

palabra de honor

a pesar de no hablar o de que ella no respondía salvo con las cejas
apuntadas al techo y

—¿Ah, sí?

entre los restitos de palabras de los que aún era capaz, por ejemplo

—Estoy cansada

(Alice Dulce Suzete, pulseritas sin valor, lazos que se soltaban del pelo)

rechazando el vaso de agua que chocaba con sus dientes

—Déjeme

la impresión de que

—Padre

le acercaba la oreja a la boca y estaba a punto

no estoy segura

de decir

—Padre

puede que un susurro y en el susurro

—Padre

esas cosas de quien no logra respirar y comprendemos lo que más nos
conviene, mi hija a mí

—Déjeme

y al dejarla

—Padre

así que le vendí los objetos de la casa, las plantas, los cubiertos, el
hombre que los compró demorándose en las fotos

mi marido con ella en Setúbal, una excursión a Fátima

—¿Esto también, señora?

y claro que esto también, sobre todo esto también, el vestido ajustado y
alfileres que no llegaste a agradecerme, yo

—Vuélvete hacia la derecha

—Vuélvete hacia la izquierda

y dobladillos, y hombreras que te mejorasen la figura, al día siguiente encontraba el vestido en el suelo y el sostén hecho una miseria, si intentaba una protesta, un lamento, mi hija

—Ya sé que no consigo novio, cállese

y por consiguiente

—Esto también, señor

más la media y la blusa y el cinturón y el susurro

—Padre

principalmente el susurro

—Padre

el susurro en la furgoneta entre inutilidades semejantes a él, soperas, el cortinaje de la cocina del que resolví las partes más difíciles, lo colgué de la barra y acerqué el Tajo, que se había vuelto casi morado más allá de la tela, aumenté los flamencos de la fábrica con una garza en el canalón, la garza me miraba así como yo me miro en la pared, una sombra que mis manos tardan en completar, la cabeza, el cuello, lo que

si corrijo los dedos que se equivocan

se convertirá en un cuerpo, mi cintura, Jaime, mis caderas, no la cintura y las caderas de hoy, las que quedaron en la estación detrás del tren, o sea un resto de vapor que se disipaba, pinares

—Quiero a mi madre

si me sentaba a la orilla de las olas, en Póvoa, los mastines se interesaban un momento por mí, no tardo más tiempo que tu padre en contar una historia, hija, voy a callarme, digo solamente que me quedé un momento en tu piso apretando la llave en la palma, no una llave, tres llaves en una argolla con un muñeco peludo que hacía

—Ji ji

si lo sacudíamos, la llave de la calle, la llave de aquí arriba, la llave del buzón

(¿qué habrá en el buzón?)

clavos en lugar de cuadros, la marca de la rinconera, el escabel junto al sillón al que se le descascaró el barniz, tal vez el fregadero con un cortejo de hormigas en el punto en el que el metal se juntaba con el revoque, marcharme evitando las baldosas grises, caminando sobre las blancas para no tener que volver atrás y demorarme en esta habitación, en esta sala, en la cocina en la que se abría el grifo y nada de agua, seco, ni una amenaza de pluviosidad en el barómetro excepto lo que

si no tuviese cuidado

(tengo cuidado)

caería por la nariz

(no la mía)

del ojo de arriba al ojo de abajo

(no los míos)

Jaime que no comprendía

—¿Qué estás haciendo?

y mi sombra avanzando en la pared

—Nada

así como mi marido en una hacienda de algodón y girasol destruida por la hierba y que no sé dónde queda

¿dónde queda?

explícame dónde queda, Jaime, para que se la muestre a mi hija cuando ella

—Padre

tal vez no

—Padre

esa angustia de quien no consigue respirar y comprendemos lo que más nos conviene, pero para el caso de

—Padre

explícame para que yo le muestre a mi hija un punto cualquiera en la ventana, no importa si el río, si una plaza, si arces

olmos

chopos

a los que ella para fastidiarme, sabiendo que eran arces u olmos

o chopos

a lo sumo chopos

—Robles

no bromeando, muy seria, convencida

—Robles

finjiéndose muy seria, finjiéndose convencida

—Robles

explícame para que yo le muestre a mi hija, acercando mi boca a su oreja, en la hipótesis de que

—Padre

y señalando no importa qué, una construcción colonial por ejemplo

—Tu padre allí

junto a una aldea de viejos y él en el peldaño

en el segundo peldaño a tu espera

—No por el Servicio, hija, por ti

mientras los licaones ladraban a su alrededor

me basta con cambiar la posición de las falanges para que los licaones en la hierba, en las chozas, si doblo el dedo cordial

de este modo

consigo un ojo que acecha, este anular más este una mandíbula abierta

los bostezos de los animales

el codo una pata, quizá no quedó muy bien pero es cuestión de cambiar la lámpara, acercarme a la pared y he ahí la pata, una carrerilla

dos patas alcanzan

si coloco la lámpara detrás de ti asomas en aquel ángulo y haz cuenta de que sin salir del sillón eres un poco mi marido entrando en casa, indagando el silencio, perdiendo el valor

—¿Entro? ¿No entro?

y probablemente, en el empleo, como les digo siempre a los más jóvenes si no las educamos desde el principio la cosa va mal

no, y probablemente, en el empleo, usted llega a Luanda en un instante, resuelve el problema de los diamantes y una vida sosegada después, todo el tiempo para usted sin horarios, sin nervios, el descanso, la familia

tú dejando la cartera en el arco de la entrada, la tos postiza que servía de

—Buenas tardes

puesto que mi

—Buenas tardes

la plancha en la tabla o el cuchillo cortando el pan, tú buscando un lugarcito donde esconderte de mí, los arces a los que llamas robles porque tu padre

—Robles

aunque tu madre

—Chopos

tú en la mitad de las hojas que persiste en la luz o en busca de una tabla con ruedas, un círculo de madera que sirve de volante en las traseras de los edificios y sin nadie que te empuje de modo que es imposible que huyas, tu sombra, Jaime, quieta en la pared, tus manos inmóviles en el sillón y los licaones

—Jaime

que te rodean, te amenazan, te rompen la camisa, te quitan una bota, se marchan, regresan, no mi marido, tú, mi marido

—¿Qué tal África, señor teniente coronel?

—¿Le gusta Angola, señor teniente coronel?

—Era de esta manera como yo debía morir, ¿no es verdad, señor
teniente coronel?

llega a Luanda en un instante, resuelve el problema de los diamantes y
una vida sosegada después, todo el tiempo para usted, sin fastidios, sin
horarios, el sosiego, la familia, los dedos de mi esposa en su lomo, en la
cola, ella achatándole el hocico con la palma

—¿A quién no le gustaría darle un beso a esta ricura?

y una gota de orina

una gotita

en el suelo, usted una sombra que dejó de ser sombra cuando mi esposa
apagó la lámpara y la sala a oscuras, la casa a oscuras, apostaría que
el mundo también a oscuras si no fuese por las hojas de los robles

o arces u olmos o chopos me da igual

si no fuese por la mitad de luz de las hojas de los robles que le permite
ver

que me permite ver

que nos permite ver a un hombre sentado en el sillón como un rombo de
ganchillo en el respaldo que dentro de poco los licaones arrastrarán
hacia el bosque

sin pisar las baldosas grises

mientras mi hija a mí con una sonrisa de burla, no enferma, viva, mi hija
viva

—Vaya, menos mal, señor, que su historia acabó.

CAPÍTULO SÉPTIMO

En momentos como el de hoy, en que me siento cansado, me acuesto en el hostel de Mutamba y veo una nada a la que no me atrevo a llamar cielo en los cristales porque ningún viento la pliega, ninguna nube asegura su existencia, ningún insecto surge de un rincón para atormentar mis oídos e inaugurar el insomnio

el insomnio y la luz encendida y la almohada arrojada al techo porque parecía y no era, en cuanto los oídos de nuevo empuñan un zapato, vengativo, a la espera, la impresión de que tal vez no un mosquito, las orejas, despegadas de mí, amenazándome la mejilla, el cuello, la barriga, escondiéndose en una grieta de la escayola, las veía en la pared y desaparecían al verlas, se callaban un instante, prometían irse del todo, las palpaba en mi cabeza

—Están aquí

y al acabar de palparlas huían por la habitación existiendo en todos los lugares al mismo tiempo tal como hoy me parece que existo al mismo tiempo en todos los lugares de mi vida, yo en la playa con un sombrero de paja cuyo elástico me pellizcaba y mi madre dándome un capiroto

—¿Quieres ponerte enfermo tú?

condenado a hacer tartas de arena con un molde y un cubo, la tarde en que mi padre, al verme, dejó de abrazar de repente a una prima nuestra

o la vecina del sótano

la prima hablando hacia donde yo no estaba solo con la mitad de los labios, alterando la posición de uno de los pechos en la blusa y el pecho pasaba del escote al interior de un nido invisible del que se adivinaban transparencias oscuras, lazos, rositas

—¿Crees que se ha dado cuenta?

una de las medias arrugada, yo intentando ayudarla

—Estire la media, prima

los ojos de mi padre que me pedían algo relacionado con mi madre

¿qué?

ella que siempre, al cambiar la posición de las cosas

—Mira que eres torpe

la mañana en que entré por primera vez en el Servicio y el director alzando la vista de un *dossier* hacia mí

—Conque entonces Miguéis, muy bien

volviendo al *dossier* y yo de pie frente a él, olvidado, el director atendió el teléfono, corrigió una frase, se dio cuenta de algo extraño en el despacho y era yo quien estaba allí

—¿Pensando en las musarañas, Miguéis?

no

—¿Sigue usted ahí?

va a mandarme escribir veinticinco veces las preposiciones por orden después de que limpies la pizarra para el otro lado, hazme el favor, en la plaza de toros un clarín, aplausos, una puerta abriéndose en el sitio en el que me encerraron y una palma golpeando las tablas que me llamaba

—¿Te has dormido, Miguéis?

cómo podía dormirme si había montones de orejas a mi alrededor y el zapato me goteaba de la mano, en días como hoy en que me siento cansado, me acuesto en el hostel de Mutamba y una nada a la que no me atrevo a llamar cielo en los cristales, creo tocar un tirante de doña São que no obstante se me escapa, siento mi hueso nuevo

a pesar de estar inmóvil

rasgándome el muslo y no sé qué me inquieta, si acaso el silencio, la ausencia de los paquistaníes en el pasillo del hostel, sus susurros en una lengua que se diría inventada a propósito para conspirar contra mí, me acercaba y la fuga de un gato todo ojos

las patas ojos, el lomo ojos, la cola ojos

los paquistaníes delicadezas, celos

—No mata

ninguna camioneta del ejército en una mudanza que chillaba, ningún freno de *jeeps* y el freno

—Alto, alto

casi ningún tiro, mi padre que me hace señas desde allí, junto a la puerta, él que nunca hacía señas, me miraba con las manos en los bolsillos, al hacerle señas lo pierdo

—¿Dónde se ha metido, padre?

mi madre con un barreño de ropa lavada

—Quédese conmigo, madre

y ella, sin oírme, rumbo al tendedero, no con la edad a la que murió, no gorda todavía, sin vientre, treinta o cuarenta años a lo sumo

no sé decir si era guapa, madre, soy su hijo

en esa época soñaba con que me perseguían, no una persona, una especie de bicharraco que no llegaba a ver

—Voy a comerte, Miguéis

casi con el mismo tono amable de

—Me caes simpático, viejo

en el sueño mis padres me soltaban la mano, seguían corriendo y yo incapaz de moverme, las piernas no me obedecían, la garganta se negaba a gritar, en el momento en que el bicharraco iba a agarrarme me despertaba detestándolos

—No significo nada para ustedes

probaba las piernas y las piernas sí, andaban, no había ningún peligro en la habitación

—¿Qué bicharraco?

mi ropa a los pies de la cama

la ropa sabía lo que ocurría

con un aspecto de inocencia que merecía que la rasgase y mi madre

—Cierra los ojos y duerme

preparándose para correr de nuevo y abandonarme

mamá mala

ella que no corría nunca, si caminaba más deprisa el cuello se le hinchaba, la mano en el corazón, palabras no dichas, susurradas

—No puedo

dedos que tardaban en atinar con los objetos, no se adaptaban al mundo, cogían, soltaban, volvían a servir, me doblaban la sábana

—Cierra los ojos y duerme

mi padre más lejos, no sentado en mi cama

(nunca se sentaba en mi cama)

recogiendo del suelo un cuaderno del colegio que el bicharraco

(no fui yo, fue el bicharraco)

hizo caer, yo en el hostel de Mutamba seguro de que el bicharraco estaba esperando que yo me durmiese, algunas luces de la bahía o el reflejo del mar

(me inclino hacia el reflejo del mar)

alcanzan el alféizar, se marchan

ni camionetas del ejército ni mar, se acabó Luanda

y mi esposa en la cama, parte de la cara achatada en la funda, la otra parte normal, cogiéndome un botón del pijama como si yo fuese todo el botón

(¿cuánto tiempo hace que mi piel no te siente?)

como les digo siempre a los más jóvenes si no las educamos desde el principio la cosa va mal

—¿Qué historia es esa del bicharraco, has ido a la sala a beber?

mi padre nunca se sentaba en la cama, si por ejemplo yo cumplía años aprobaba desde la silla

—Sí, señor

listo para apartar la cabeza en el caso de un beso, olía a café y a plomo de soldadura, a qué huele ahora, a qué huelen los muertos cuando dejan de oler, me aprobaba desde la silla decidido a protegerse

—Ya te he dicho que sí, señor, ¿o no?

usted que pasó su vida protegiéndose de todo, padre, del frío, de las corrientes de aire, de los ladrones

tantos cerrojos

de mi madre acuciada mascullando

—Sí, señor

igualmente, la prima le escribía al trabajo sobres con caligrafía infantil en los que se adivinaba el cuerpo todo hombros de esfuerzo, una lengua de fuera perfeccionando las letras, doña São agitándome el sobre, disgustada

—Tu padre, francamente, Miguéis

de vez en cuando, en el hostel de Mutamba, un centelleo recordándome los faros de los automóviles en la persiana cuando mi madre

—Cierra los ojos y duerme

y el bicharraco a mi espera en las sábanas tal como el centelleo

¿una ola?

en la isla, en cuanto cerrase los ojos, en Luanda o en Lisboa, las piernas paralizadas, una calle

¿qué calle?

en la que mis padres se distanciaban de mí, por favor cogedme en brazos de prisa antes de que

—Voy a comerte, ¿sabías?

a la mañana siguiente los paquistaníes me notaban una vena en el párpado que insistía en latir, la espalda que se estremecía al notar la lluvia

—¿Se ha puesto enfermo, señor?

la prima trazaba rayas a lápiz a lo largo del sobre con la ayuda de la regla

¿de un mango de cuchillo?

y las letras vacilantes desobedeciendo a la raya a pesar del esfuerzo de los hombros, a pesar de la lengua

aquella que mucho te

mi padre comprobaba que mi madre estuviese dentro, las ocultaba en los libros de aritmética del colegio

—No leas esto, Miguéis

por un rasgón del sobre aquella que mucho te, el compañero de las fotos de mujeres

—La cambio por una foto, Miguéis

aquella que te ama de corazón y en lugar del corazón el dibujo, la flecha, las gotas

era de esperar

—Tal vez no lo creas, pero tu padre de joven

doña São al compañero y a mí interrumpiendo las ciudades incluso antes de Bruselas

—Acercaos aquí los dos

en días como hoy en que me siento cansado, me acuesto en el hostel de Mutamba, veo una nada a la que no me atrevo a llamar cielo en los cristales y que prolonga la nada de Luanda probablemente nítida hasta el final de la bahía si existiesen edificios, casas, existe doña São abriendo el sobre

aquella que te

y el corazón, y las gotas, y tu padre de joven, creo que lo detesto, padre, no voy a jurar pero creo que lo detesto, no existen camionetas del ejército ni jeeps ni niños con su basura en brazos, cayendo con un ruido de aluminios que si no detiene enseguida

ídem con esas monedas de rellano en rellano a pesar de haber solo un rellano

y no obstante están los otros, los que no vemos

o los barcos que ya desaparecieron hace siglos y cuyos motores permanecen, si llego a callarme aún oigo los cargueros igual que oigo a mi hija

—No

no es por el Servicio que estoy aquí, hija, es por ti, para que no juzgues a tu padre

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

un pasmarote con un pato de juguete a la espera de una tabla con ruedas, el mundo entero en el mapa de doña São, Portugal microscópico y no obstante Lisboa sin fin, montones de avenidas, estatuas, neptunos que el tranvía dejaba atrás y perdí, nunca reparé en Angola, reparé en el océano Índico al que le faltaba lustre, un pedazo de Australia sin pintura, si hubiese reparado en Angola sabría dónde Seabra, tengo la certeza de que doña São lo señaló con el puntero

—Seabra aquí

el aula cristalizada, todo inmóvil alrededor, doña São leyendo la carta de la prima de mis padres, su nuca curvada donde tan fácilmente una navaja en una habitación de hotel

—No me hagas daño, viejo

doña São entregándome el sobre indignada, las esferas en el vestido más grandes, la cintura

(no sé explicarlo bien)

más deprisa

—Tu padre, francamente, Miguéis

mi padre que olía a café y a plomo de soldadura, a qué huele ahora, padrecito, a qué huelen los muertos cuando dejan de oler, a qué voy a oler yo dentro de unos días en una hacienda no distante de Mutamba cuando me acuesto en el hostel y no sé qué me inquieta, si acaso el silencio, la ausencia de los paquistaníes en el pasillo de la pensión, susurros en una lengua inventada a propósito para conspirar contra mí, las gafas de la prima de mis padres dos peces que hacían pestañear aletas, un movimiento de colas como látigos contra las cartas

—¿Las has robado, Miguéis?

y el cristal de las lentes inmóvil de nuevo, las lágrimas de abajo arriba de esas burbujas de acuario que al reventar en la superficie no han llegado a nacer, nos equivocamos, me pareció que más burbujas al cerrar la puerta con las cartas en la mano y unos momentos después una aspiradora rabiosa sorbiendo el suelo, en esa época ya no colocaba los pies sobre los pies de nadie, bajaba a la calle solo, mi padre llegaba más tarde a casa el día de los peces, una oscilación en la mano izquierda y burbujas de acuario de abajo arriba que mi madre no distinguió así como no distingo el viento plegando el cielo de Luanda,

creo que una trainera en la bahía y no hago caso a la trainera, los girasoles de Seabra en busca de la luz, mi padre llegaba más tarde el día de los peces, se inclinaba hacia los robles y murmuraba con sus ramas disculpas y pedidos, lo sentí toda la noche caminando por la casa, el sonido de la botella en la alacena, un vaso en la cocina que no terminaba de lavar y más disculpas

—No sé cómo Miguéis

más pedidos

—No me echas

de los robles o suyos, los girasoles creciendo en la mañana, el algodón, los licaones, los viejos en la aldea que hace tanto me esperaban, creyendo oír un *jeep* a trompicones en el sendero y un rato después una conversación

—Me caes simpático, viejo

una discusión

—No me hagas daño, viejo

un estampido, una pausa, otra vez el *jeep*, sosiego, mi padre llegaba más temprano las semanas y los meses siguientes, sin

—Sí, señor

callado, nunca con nosotros, invisible en la mitad de sombra de las hojas, encontré la tabla con las ruedas rotas, encontré arrancado el círculo de madera que imitaba un volante, incluso me senté en el automóvil, imité el acelerador con la boca, intenté que bajase por la ladera y no bajó por la ladera, se caló, difunto, sentí una especie de peso sin peso, me volví y mi padre en la ventana, no observándome, no vengado, no contento, ondulando con los robles, deshice los ejes de las ruedas con una piqueta de las obras, tiré la tabla a un matorral y Seabra en el balcón al que le faltaban pilares

—¿Por qué?

no rompía nada, no destruía nada, unos pantalones como estos, una camisa igual y tal vez sea eso lo que me inquieta en el hostel de Mutamba además del silencio, de este olor de ciudad abandonada excepto los extranjeros del petróleo y los cadáveres de los negros, los pájaros que renacen en la bahía venidos de los portones del palacio de Gobierno en el que los portugueses antes y el director

—Tenemos por ahí uno o dos que nos ayudan

y le informan de mí, no abandona Luanda, pregunta por las calles, asegura a su hija que no es por el Servicio, es por ella, se pasa tardes enteras en la isla con las mujeres de Alcântara que los barcos no llevaron, una Rosário, una Joana, una Salete

una Anabela nunca

Miguéis más porfiado, más tiquismiquis, en busca de un mestizo que lo ayudó antaño, lo acompañó a la plantación de tabaco, señor director, ¿se acuerda?, el capataz, el almacén, los diamantitos que le mandaron hace años, el Correo del hotel

—Me caes simpático, viejo

y quién iba a preocuparse

—Alto, alto

por los blindados sudafricanos en Angola y los mercenarios que avanzaban manzana a manzana, con una barraca ardiendo entre barracas deshechas que mi padre iba siguiendo a través de los robles, intentando distinguirme

—No esfuerce la vista, padre

(a qué huelen los muertos cuando dejan de oler, ¿cuántos años hace que se murió, padre?)

más allá de las traseras de los edificios y yo

claro

ayudándolo

—Estoy en África, padre

si mi hija me escuchase en Montijo

—¿Ah, sí?

conversando con mi esposa sin ofrecerme un anís, sin preguntarme cómo ando

—Estoy en África, hija

sin desenvolver el paquetito de pastas, las frentes unidas que me excluyen, las voces en un murmullo para que no las oiga, si mi madre estuviese en Montijo me señalaría

—De esa manera él no oye

pero mi hija no conoció a mi madre y mi esposa indiferente a ella, usa sus pendientes a veces, juntó el resto en una bolsa

—Quiero esta basura allí abajo

vestidos, zapatillas, la chaqueta con cuello de zorro

no exactamente zorro

una borla de polvo de arroz sin plumas

—Quiero esta basura allí abajo

en una caja de vidrio que mi madre

—Cristal

no se altere, madre, cristal con un barro al fondo, casi del color de esta tierra cuando acaba la ciudad y una carretera, dos carreteras para escaparnos de Luanda escapándonos del mar

los cargueros de mi infancia que desaparecen con él

los primeros árboles, el primer capín, mi hija acechando, un susurro a mi esposa y las dos acechando, el director al teniente coronel siguiéndome en un itinerario que desplegó sobre la mesa

cada carretera una raya con anotaciones y números, las vías férreas dos líneas paralelas señaladas con azul

—Hasta que al final se decidió

y yo en el hostel de Mutamba viendo una nada a la que no me atrevo a llamar cielo en los cristales o si no los primeros árboles, el primer capín, una cabra que alguien robará esta tarde, mañana, otro día y yo lejos, atravesando el Tajo o a cincuenta

cincuenta y seis

kilómetros de Luanda, deteniéndome cerca del río, reparando en la aldea de los viejos al mirar este cielo, que ningún viento pliega, de la construcción colonial si es que se puede llamar construcción colonial a un fragmento de tejado

ni siquiera medio tejado, un tercio de tejado

una o dos columnas que destruyen las enredaderas, un pedazo de balcón que perdió los barrotes y concluyendo

—He llegado

o sea gallinas, un sembradío de plantas cuyo nombre ignoro y tal vez se ignoran a sí mismas

—¿Quiénes somos nosotras?

dos milanos a la espera, ¿por qué no me manda cerrar los ojos, madre?

—Cierra los ojos y duerme

mi padre que nunca se sentó en mi cama

—¿No quiere sentarse aquí, padre?, no tiene por qué defenderse con la manga, tranquilo, que no lo voy a besar

recogiendo del suelo el suéter que se deslizó de la silla, apareciendo contra la ventana donde no robes, fachadas, inclinándose hacia mí para comprobar si dormía, me dio la impresión de que el beso casi se le escapó de la boca y mi padre lo impidió, me dio la impresión de que se arrepentía de haber roto la tabla, yo a punto de sugerir

—Hacemos otro automóvil, padre

y callado, no hicimos otro automóvil, no volvió a empujarme en las traseras de los edificios porque creo que comencé a crecer, ya usted estaba enfermo y pregunté

—¿Se acuerda de la tabla con ruedas?

sus ojos me miraban y estaban lejos, buscando, volvieron a llenarse

contentos

llevando a la prima consigo

(¿a qué huele ahora, padre, a qué huelen los muertos cuando dejan de oler?)

inclinado hacia mí para comprobar si dormía, sus dedos no sabían doblar la sábana, la retorcían más, al estirar la manta descubrió uno de mis pies, pensé que iba a acariciarme el pie y no lo acarició, si por casualidad yo

—Mi pie

se perdía apartándose, en compensación tocó el boliche de la cama, no una caricia, es evidente, un golpecito al descuido que lo desprendió de la cabecera, encajó el boliche asustado, mirándolo como si una vidita personal, oculta en las volutas, se empeñase en torturarlo, si le pedían que cogiese a un niño estiraba los brazos con miedo y la rigidez de quien equilibra un vaso de agua en un plato, el temor a que una existencia, inestable y temblorosa, se desparramase a gritos por el suelo, mi madre en la despena

—¿Qué has roto ahora?

y unos pasos sin destino por la habitación, una esperanza de desaparecer en los robles

—Aquí no hay robles, padre

solo mi armario donde no cabe, las botas de mi abuelo que mi madre siempre amenaza con tirarlas mañana y por lo tanto el silencio, lo que no me atrevo a llamar cielo en los cristales dado que ningún viento lo pliega, ninguna nube asegura su existencia, ningún insecto en los oídos que inaugure el insomnio, yo con los ojos cerrados

—Quédese tranquila que cierro los ojos, madre

finjiendo que dormía, la prima hablando hacia donde yo no estaba, sólo con la mitad de los labios, cambiando la posición de uno de los pechos en la blusa y el pecho pasando del escote al nido donde se acomodó con una placidez de incubadora

cada nido un tirante, doña São, entiendo sus tirantes

—¿Crees que él se da cuenta?

el relieve, el perfume, algo de mi padre en el perfume, no solo el olor a café y a plomo de soldadura, algo más allá de la carne que volvía más carne a la carne, agitaciones que comenzaban a sacudirse en mí sin que yo creyese que las tenía, doña São solo tirantes, solo encajes

—¿Pensando en las musarañas, Miguéis?

la tiza se me disgregaba despacito en la mano, esta humedad en los dedos, no sudor, otra cosa, puede decirse sudor, ha de haber quien diga sudor pero otra cosa, yo en el hostal de Mutamba

y ahora que el tono es más claro en la ventana un pájaro, alas o las zapatillas de los paquistaníes trotando junto a la puerta, mi padre comprobando que el espigón del boliche estaba en su agujero de madera, cerrando mejor la persiana, yéndose y yo reteniéndolo

no por el bicharraco de los sueños, lo juro

—No se vaya

por no sé qué que me inquieta, tal vez el silencio, tal vez los girasoles que he de alcanzar mañana y en el peldaño el tal Seabra, hija, usted ya estaba enfermo, yo

—No la prima, padre, el automóvil

sus ojos que me miran buscando, registrando el escondrijo donde acumulaba los días, observando a la luz un soldadito de juguete, una aprendiz de peluquera, una extranjera encontrada en la playa de Sines, tenía usted dieciocho años, ella no lo vio y no obstante desde ese momento sus gestos lo acompañan, la manera de llevar las sandalias con el índice y el dedo cordial doblados mientras la aprendiz de peluquera ni su nombre recuerda, la casi certeza de encontrarla en la calle al otoño siguiente con un niño en brazos y un hombre

—¿No andas más deprisa tú?

así que abandone allí a la aprendiz, no se agobie, padre, concéntrese en la tabla que valía tan poco y para mí era carísima, sacó con la palanca dos tablas de una caja, mi padre mirando un soldadito con casco y escopeta a la que le faltaba la culata

—Me lo dio mi tío, hijo

olvide el soldadito, no me interrumpa, señor, sacó con la palanca dos tablas de una caja, las reforzó con una plancha de cinc y los robles allí arriba, o sea la mitad de las hojas en la luz encendiéndole los hombros, puso una almohadilla en la plancha

—El asiento del conductor, hijo

trajo las ruedas del trabajo, la extranjera en la terraza, Rosário Joana Salete Anabela

Anabela

y usted o yo acucillado en la isla hablando con Salete, sin valor, pasmado

aguzó los ejes de madera con la navaja, encajó las ruedas y no humedad en sus dedos, sudor, humedad con la extranjera, padre, cosas que comenzaban a existir sin que soñase que las tenía, no insista con que

—El soldadito de juguete me lo dio mi tío, hijo

quién se molesta por un soldadito mal hecho, manco, Anabela no hablaba nunca

(la señora en Alcântara

—¿Qué edad tienes, chaval?)

obedecía en silencio, una extranjera en la playa que ni lo vio, después de colocadas las ruedas un mango de escoba y una rodela de madera como volante

—Falta el claxon, hijo

falta el claxon, los faros

—Alto, alto

una de las ruedas desigual y el coche cojo, la aprendiz de peluquera usaba un vendaje en el tobillo porque el zapato le hizo daño, fueron novios un mes, el hombre

—¿No andas más deprisa tú?

y la aprendiz arrastrando el zapato, el niño no se parecía a ella ni al hombre tal como no me parezco a usted ni a mi madre, padre, a quién me parezco, a quién se parece mi hija, faltaban el claxon, los faros, los pedales, una de las ruedas coja y no obstante un automóvil, padre, a medida que envejezco creo que me voy pareciendo más a usted, aquí en el hostel de Mutamba, por ejemplo, somos idénticos, fíjese, también voy a la ventana con la esperanza de robles y veo una nada a la que no me atrevo a llamar cielo en los cristales puesto que ningún viento lo pliega, ninguna nube asegura su existencia, solo los insectos

esos sí

que inauguran el insomnio, a veces de los árboles nos llegaban escarabajos y mi madre

—Son las almas de los muertos

que ignoran a qué huelen cuando dejan de oler y no obstante tendremos un automóvil para que usted me empuje rumbo a la hacienda de girasol y algodón, padre, y acabemos con esto, si al menos el soldadito de juguete

—Me lo dio mi tío, hijo

encontrase al tal Seabra por mí, deja la carretera en un poblado casi intacto después de tantas chozas quemadas, encuentra no una senda, una vereda con casas de blancos, un tendejón, un silo y todas las puertas

de las casas de blancos, del tendejón, del silo

abriéndose y cerrándose con una cadencia sonámbula, cada puerta un pulmón que respira solo o un reloj que contradice a los demás

nunca supe por qué los relojes se contradecían en los escaparates de las casas de empeño, tantas horas diferentes todas seguras de sí mismas, tantos segundos que se desmienten y acusan y más allá de las puertas un simulacro de cortina, begonias imprevistas en África, no damos crédito y begonias, empuje el automóvil por la vereda, padre, indígnese con la aprendiz de peluquera o con el soldadito de juguete

—¿No andas más deprisa tú?

que ha de matarnos a ambos, a Seabra y a mí, yo diciéndole en las traseras de los edificios

—Gire el volante hacia la alameda, padre

usted ordenándome que me levante

—Espera

dando la vuelta a la plancha

—Ya puedes sentarte

empujándome de nuevo y el coche obediente al volante, ya estaba usted enfermo con la bandeja de las medicinas al lado en el peldaño de la hacienda

en el sillón de la sala donde pensábamos que se distraía con los robles porque mi madre

—Si intento acostarlo, pobre, protesta enseguida diciendo que no

yo ayudándolo con la almohada que se deslizaba de lado y le torcía la espalda

—¿Se acuerda de la tabla, padre?

inhalaciones de mentol, el comprimido triturado en una cuchara y mi madre

—Lo disimulo con azúcar, ¿sabes?

el mentón de mi padre

—Ha perdido la boca, señor

refugiándose en la manga

—No me apetece

las gotas que no conseguía tragar, se quedaba masticándolas, se deslizaban de una arruga hasta que mi madre con la servilleta

—No puedo verlo en ese estado, ya

y la servilleta morada de las gotas, mi padre

—¿La tabla?

los ojos trayendo algo que no veía bien y se me ocurrió que no tenía ruedas ni volante ni la almohadilla del asiento, las manos tendidas hacia mí entregándomela

—La tabla

y ninguna tabla, las palmas se le acomodaron en las rodillas, vacías, mi padre solamente almohada y manta, un ángulo de encía que

pienso yo

sonreía, quiero pensar, en momentos como este en que me siento cansado, me acuesto en el hostel de Mutamba y no sé qué me inquieta

tal vez el silencio, tal vez mi hija

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

que sigue sonriendo aunque no hay ninguna tabla, padre, y como no hay ninguna tabla el *jeep* del ejército negociado con un sargento en el barrio de la Cuca, mi dinero, mi pasaporte, mi billete de avión a Lisboa, pasé por la isla con la esperanza de que Salete estuviese enterrando una lata en la arena como si algún día regresase a Europa, nadie regresa a Europa, nos pudrimos aquí, el director al ministro

—Quédese tranquilo que no encontrarán a Miguéis

(¿qué Miguéis?, díganme quién es Miguéis)

Miguéis en la vereda, en el sendero, en un segundo sendero, equivocándose de camino, probando por una senda que se desvanecía en el bosque, otra senda en la que unos leprosos se espulgaban con las uñas agachados en los peñascos, ni una hoja en la luz, mi madre que cerraba el tendedero

—No es cuestión de fuerza, basta con darle un toque en este sitio, ¿lo ves?

una enfermería en ruinas detrás de los leprosos, el temor de los licaones por ahora no licaones, más tarde, la claridad de abril que hacía menos espeso el bosque y entonces sí el girasol, el algodón, el balcón, mi hija

—Estoy cansada

yo en busca del paquetito de las pastas

no, en busca del pato de plástico

no, en busca de la pistola en la camisa y en lugar de la pistola mi mano extendida

—¿La tabla?

y ninguna tabla, la palma que se me acomodó

vacía

en las rodillas, la mitad de sombra de las hojas me devoraba la cara o si no era la cara que se devoraba a sí misma, yo a mí

—Me caes simpático, viejo

mientras la almohada me retorció la espalda, yo comprobando si yo dormía, los dedos que no sabían doblarme la sábana, que la retorcían más, no quiero salir del *jeep* y ver a Seabra en un peldaño mirándome, no con miedo de mí, satisfecho, los mismos pantalones que yo, la misma camisa, este color de los blancos en África que se confunde con el polvo, la botella

—¿Le apetece?

si Anabela estuviese con nosotros, si al menos, por piedad del director, Anabela estuviese con nosotros

el tal Seabra apartándose para sentarme con él en el peldaño y no mires, hija, no pierdas el tiempo conmigo, no oigas, finge que yo estoy muy lejos, yo regresando del servicio y no aquí, no aquí, aceptando la botella, escuchando

—Me caes simpático, viejo

viendo a los licaones y olvidando a los licaones

¿qué Miguéis, qué licaones?

yo indiferente a los diamantes, a lo que tengo que hacer, a lo que hice, posando su cabeza en mis rodillas, con un desvelo de amigos, con la

esperanza de que mañana o pasado me hagan lo mismo para que yo descanse mejor.

CAPÍTULO OCTAVO

El cuerpo se movió sin mí, bajó las escaleras de la casa donde un cuchillo en la cocina iba sangrando el pan, bajó las escaleras de Mutamba y los paquistaníes

—No mata

y allá fui por Lisboa

por Angola

sin saber a ciencia cierta por dónde caminaba, qué travesías, qué barrios, no la bahía, el Tajo, y no palmeras, los jacarandás de abril, allá fui por Lisboa

por Angola

no al encuentro de Seabra repitiendo

—Marina

a tu encuentro, hija, tú no enferma, no en Montijo, sujetándome el dedo al apagar la luz y apretándolo una, dos, tres veces para explicarme que

(le apreté el dedo tres veces, ¿se ha fijado?)

—No me he dormido todavía

no me he dormido todavía ni me dormiré nunca, le prohíbo que se marche, quédese aquí mientras las paredes crecen, el techo se aleja y yo de espaldas a usted

—Estoy cansada

no aún Montijo, los árboles de Lisboa

(tan remotos)

en el momento en que el dolor, en que la fiebre, en que no soy yo, es la otra, porque no estoy enferma, ¿entiende?, soy la que le aprieta el dedo

—Le apreté el dedo tres veces; ¿se ha fijado?

y al apretar el dedo anuncia

—No me he dormido todavía

no me he dormido todavía ni me dormiré nunca y no solo tú me das explicaciones, los juguetes que avisan

—Tu padre se ha levantado

la manta que crece y tú sentada, con ojos iguales a los de los juguetes, furiosa conmigo

—Padre se ha levantado

de la misma forma que tú en este momento, de espaldas a mí y no obstante las cejas en el techo, la impaciencia, la delgadez y la falta de fuerza que no te permiten una palabra, un gesto y sin embargo

gracias, hija

la palabra, y sin embargo el gesto, yo pensando

—Puedo servir de algo

pensando

—Puedo serte útil, hija

tú

—Padre se ha levantado

mientras sin reparar en eso bajo las escaleras de nuestra casa, las escaleras de Mutamba, avanzo por Lisboa

—Por Angola

a tu encuentro, hija, dime dónde se cogen los barcos para Montijo, dónde se encuentra la vereda, Seabra en el peldaño a mi espera, ya no un blanco, un negro y

como cualquier negro

superfluo porque no nos interesan, Miguéis, nos interesa lo que nace de la tierra sin que ellos sepan que nace, los diamantes, el café, el petróleo que usamos en lugar de los negros dándoles la ilusión de que se los compramos, negros, Miguéis

ratas

porque de ratas hablamos, escondidas de nosotros en cuevas de chabolas sin protestar, sin matarnos, sin huir siquiera, cansadas de

protestar, de matar, de huir, a la espera así como Seabra me esperaba y yo esperaré a mi vez, después de él, ofreciéndole la botella

—¿Le apetece?

a nadie, mientras el girasol y el algodón murmuran en el silencio y tú en la salita de Montijo

—¿Ah, sí?

sin importarte las pastas, los flamencos, las garzas, llevándote el dedo contigo, con la esperanza de dormirte, al hospital donde te acostarán, apagarán la lámpara, se marcharán y robles, no la mitad de sombra, la mitad de la luz, tus pies sobre mis pies, tú al médico

—Mi padre

segura de que al estar conmigo no te pueden hacer daño, asustarte

—Mi padre

mientras que camino por Lisboa

por Angola

a tu encuentro como cuando iba a buscarte a la salida del colegio, yo en la cerca del patio de recreo y tú nunca

—Mi padre

simulabas no verme, permitías, avergonzada de mí

¿por qué?

que te acompañase a casa pero sin tocarte y nunca a tu lado, detrás de ti, del mismo modo que no me permitías ayudarte con los libros y los cuadernos, si por casualidad yo

—Hija

no me respondías así como tu madre no me respondía, yo volviendo del Servicio, dejando la cartera, y

—Buenas tardes

y silencio, el silencio que reencuentro hoy en Lisboa

en Luanda

incluso en la isla, incluso en Alcântara donde hay mujeres sentadas en la arena o distribuidas por los cuartuchos de un segundo piso sobre el río

se veía el Tajo, de eso me acuerdo, delfines, contenedores, una nave antigua tal vez

un piso donde una señora mayor

¿extranjera?

—¿Qué edad tienes, pequeño?

con una especie de curiosidad o de pena, el enfado de doña São en ella

—¿Pensando en las musarañas, Miguéis?

el mismo perfume, los mismos tirantes, la misma marca de carmín en un diente, la misma palma que me achataba el hocico y yo trémulo, feliz, acordándome de un gajo de mandarina

—Miguéis

de la prima alejándose de mi padre

—¿Crees que él se ha dado cuenta?

el director al teniente coronel guardando el mapa en el escritorio

—Se acabó, Jaime

observando la ausencia de público en la plaza de toros, la bahía de la que me alejaba hacia el interior de África, camionetas de soldados a la par de algunos incendios a lo largo de la carretera, la casa que tu madre, hija, si yo no llego a tiempo

he de llegar a tiempo

vendería después de tu muerte, la alacena, la cómoda, los pequeños objetos sin valor

cartas, bibelots

en los que porfía el pasado, Seabra, un negro idéntico a los demás negros, a mí a quien él consideraba un blanco y en consecuencia respetuoso, humilde, contento de verme

—Ha tardado cinco años, señor

no algodón, el algodón tallos difuntos, girasol solamente, mantas, paños y debajo de las mantas y los paños, en un rincón sin tarima, el motivo de todo esto, los diamantes, Seabra ajeno a los licaones

—Deben de haberle dicho en el Servicio cuántas piedras, puede contarlas, señor

a medida que se encendían las hogueras en la aldea de los viejos, se divisaba a una mujer corriendo o intentando correr

intentando correr, la pobre

entre dos chozas y el frenesí de las gallinas, Seabra haciendo lugar para que yo cupiese con él en el peldaño

—Aquí estamos, pues, señor

ofreciendo la botella

—¿Le apetece, señor?

no de tú

—¿Le apetece, señor?

un agente que no recordaba en el Servicio, puede ser que uno de los más jóvenes a quien yo, instalándome ante el escritorio y quitándome la chaqueta

—Si no las educamos desde el principio la cosa va mal

y mi esposa

qué remedio

callada obedeciéndome, mi hija obedeciéndome

—Padre

no

—¿Ah, sí?

no con la ceja hacia el techo

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

mi hija

—Padre

porque las eduqué desde el principio y ellas

como se comprende, como cualquier persona comprende

aceptando del mismo modo que el tal Seabra aceptaba

más que aceptar pedía al extenderme la botella sujetándome el dedo

—No se vaya, quédese hasta que me duerma

y yo a él como a ti, hija, no me voy, tranquilo, yo mayor, yo adulto, capaz de defenderlo de las presencias vagas que asoman en la oscuridad, su madre, el padrastro, Cláudia desdeñándolo

—¿Vives en una pocilga?

o Marina más tarde

—¿No cree que tengo un cuerpo de muchacho, señor?

desdeñándolo igualmente, prendiendo fuego a la vivienda

—Era esto, ¿no?, ¿era esto lo que quería?

mientras Seabra corriendo confundido en una plaza de toros

y música y aplausos y pañuelos de colores

Seabra que había venido a Angola por tres o cuatro días a lo sumo

—Tres o cuatro días a lo sumo, Seabra, y después el ascenso

reducido a unos metros de girasol y algodón, a aguardiente de palma, a los grillos que los viejos le dejaban comer, Seabra o tú apretándome el dedo

(le apreté el dedo tres veces, ¿se ha fijado?)

—No me he dormido todavía

creyendo ver robles y no hay robles en Angola, hay este silencio de menudos rumores, los mochuelos que la noche lanza hacia nosotros y al lanzarlos se los lleva, Seabra preguntándome sin fijarse en los perros

—¿Se va a quedar en esta escalera, señor?

esperando que otros Miguéis bajen de otro *jeep* cumpliendo las órdenes de Lisboa y después de las órdenes la jubilación, amigo, la familia, el sosiego, el teniente coronel en Lisboa

—El sosiego

calculo que el médico a ti, hija

—Después del tratamiento el sosiego

sin que yo pudiese ayudarte, colocar tus pies sobre los míos aunque tú

—No quiero

y arrastrarte conmigo

—No los escuches, hija

con tan poco para darte excepto un pato en el agua, tú envuelta en la toalla en el banco de la cocina no parecida a mí, no parecida a nadie, tan seria, preocupada en no pisar las baldosas grises así como Seabra desplazándose por el balcón incapaz de reparar en nadie salvo tal vez, en el hostel de Mutama, en la hija del mestizo cubriéndose con la sábana

—¿No cree que tengo un cuerpo de muchacho, señor?

esperando que él no la tocara y desilusionada porque no la tocaba, Seabra

—¿Cuándo me ayuda, señor?

o sea

—¿Cuándo me ayuda a dormirme, señor?

cuándo me ayuda a no acordarme de nada, a no conocer nada, a que no me importe nada, Lisboa por ejemplo de la que recuerdo una plaza, un garaje en la plaza, el cementerio, la tarima encerada

—Cuidado con los zapatos

la alfombra a la que mi madre le enderezaba los flecos, no se levante ni salga de aquí hasta que no me duerma, señor, ayúdeme como mi padastro a veces, a escondidas de mi madre, me ayudaba, en la víspera de mis dieciocho años me llevó a conocer a las mujeres de la isla de Luanda en Lisboa en una casa del Beato, en la manzana de la iglesia donde se oían las palomas y es eso lo que me acompaña, las palomas, alas y picos y gargantas de palomas, no la puerta encontrada entre la farmacia y lo que supongo una carnicería, no la escalera subida uno

detrás del otro con mi padrastro apoyado en el revoque, descansando en el primer rellano, en el segundo, en el tercero, las gargantas

y las alas y los picos

de las palomas cada vez más ansiosas y cercanas, mi padrastro orientándose por un simple añadido a la espesura de las sombras hasta una especie de desván con ventanuco al río

—Fue en este sitio donde a los dieciocho años yo

en el ventanuco un árbol de tronco plateado, un abedul igual al abedul entrevisto una tarde por la ventanilla del tren de Sintra donde visité con mi madre a una parienta lejana, prima de una prima o tía de una tía o prima de una tía o tía de una prima a la que mi madre

—Doña Aldora

sumida entre humedades difusas, respaldos que se complicaban con pelitriques, montones de cojines en tinieblas, doña Aldora a mi madre al darse cuenta de un cambio en la humedad, tal vez un peso en los respaldos complicados, tal vez mis suelas que no alcanzaban el suelo

—¿Has venido acompañada, sobrina?

sin observar a mi madre ni observarme a mí, observando un punto de la sala donde ninguno de nosotros, la cabeza altiva de los ciegos o sea la nariz y la boca están en la cara y no están, existen y no existen, los vemos y sin embargo no los vemos

¿qué es de su boca, de su nariz, doña Aldora?

la rigidez del cuerpo con que buscaba los sonidos desorbitada ante un cuadro, una sopera, la colcha floreada pegada a la pared ocultando el moho, mi madre gesticulando para que no hiciese ruido y la parienta alegrándose con lo que no era alegría

(los ciegos no se alegran, se arrugan)

era una mueca sin destinatario que merodeaba buscándonos también

—¿Has venido acompañada, sobrina?

se movía entre tiestos de plantas y olor a orina de gato sin gato rozando los objetos con la puntita de los dedos para experimentar de los dedos el silencio, darle forma y sentido, mi madre de cojín en cojín en la sala, no desorbitada ante un cuadro, una sopera, la colcha que ocultaba el moho, las marcas de la vejez de una casa antigua apoyada en una muralla o algo así, en busca no sé de qué intentando que la prima no la advirtiese

—¿Qué ha ocurrido, madre?

y mi madre

—No hables

encontrando unas cucharillas de plata con mango de madera

—Caoba, hijo, caoba

alineadas en un aparador, examinándolas, abriendo el bolso,
pidiéndome

—Tú como si nada, Seabra

la parienta alzando más la cabeza en el cuerpo más rígido, con la
expresión más hueca explorando el hueco de alrededor solo que esta vez
una arruga de la frente, no la nariz, no la boca, una arruga que se
espesaba por la desconfianza, la alarma, aumentando más allá de
nosotros

—¿Qué ocurre, sobrina?

mientras mi madre cogía una cuchara, una segunda cuchara, las pesaba
en la palma, avanzaba hacia la tercera cuchara tanteando el silencio,
igual a doña Aldora con las puntitas de los dedos, yo afligido

—Madre

me acuerdo de un árbol de tronco plateado, casi un abedul

y de mi asombro por encontrar un abedul

entrevisto una tarde por la ventanilla del tren de Sintra, las ramas sin
hojas y erguidas, el cuervo que nos miraba en una de ellas y el peso del
cuervo doblando la rama, las arrugas tan tristes de la alegría de la
ciega

—¿Qué ocurre, sobrina?

el cuervo abandonó el abedul y la rama erguida otra vez, los dibujos de
la colcha que representaban pavos reales, cada pavo real su ojo que,
ese sí, nos observaba, antes de que los pavos reales avisasen a la
parienta agitándose entre graznidos y antes de que la parienta

—So ladrona, so ladrona

yo a mi madre

—No haga eso, madre

las cucharas una a una

cuidadosas

de regreso al aparador, un plato que debía de haber sido de porcelana y ahora de barro con un molino pintado, la penumbra de los helechos mojando la ventana

—Ay, señora, ay, señora

tomando el partido de quién, dialogando con quién, el bolso se cerró con una decepción prolongada, las farolas de la calle ampliando la niebla, un murciélago por ahora no del todo murciélago

sería murciélago más tarde

tomando el pulso a la noche, la arruga de la parienta

(prima de una prima o tía de una tía o tía de una prima o prima de una tía

no sé decirlo y ya murió hace mucho tiempo, es decir, murió completamente por lo que no creo que siga en un álbum)

desapareciendo de la cara, la cabeza menos altiva, el cuerpo recogido

—¿Vas a volver, sobrina?

o

—Juraría que venías acompañada, sobrina

el murciélago

ya murciélago, una prisa sin rumbo

merodeando por el patio ya junto a los arriates ya en una copa de mimosa, en la estación de trenes una linterna separada de una mano

¿quién sostenía la linterna?

la locomotora y adiós linterna, buenas noches, adiós llama de petróleo

(es decir una llamarada y ciscos negros)

quise repetir

—Madre

y ninguna voz entre nosotros, el cobrador a mi madre

—¿Ha venido acompañada, señora?

y por un instante doña Aldora endureciendo el cuerpo, en el cruce de Mem Martins encontré mi reflejo en el cristal, no encontré el abedul, si estuviese en Lisboa iría en su busca, palabra, tal vez me quedaría allí al bordecito de los surcos, tal vez

—Hola, Seabra

y yo contento con ella

—¿No te has olvidado de mí?

había leído en una revista caer en el olvido

—¿No he caído en el olvido?

o tal vez no en Mem Martins, en el desván de Beato donde mi padrastro llevándome por el codo

(no obligándome, llevándome por el codo)

—Fue en este sitio donde a los dieciocho años yo

yo ensordecido por las palomas sin prestar atención a nada más a no ser

había leído en la revista quizá

a no ser quizá a una mujer que no olía a doña São, un suéter, unos pantalones, unas pantuflas de hombre, la mujer

—Vamos

y después lo que no sé describir bien, una agitación rápida, una prisa callada, mi padrino sacando dinero del bolsillo y la mujer mofándose del dinero

—Eso costaba hace cuarenta años, viejo

mi padrastro murmurando con las palomas

—Fue en este sitio donde hace cuarenta años yo

sacando un billete del bolsillo trasero, planchándolo con los dedos, creo que el río dos esquinas más abajo

un rumorear de aceite, unas pequeñas branquias de olas, mi padraastro pisándome los talones

—No hay que contarle esto a tu madre, chaval

y al llegar a casa dormirme deprisa, deme su dedo, señor Miguéis, para no tener que levantarme y sosegar me, ¿comprende?, basta con doblar las rodillas en este peldaño, ¿lo ve?, doblar los brazos en las rodillas, dejar la cabeza en los brazos y no lo molesto, se lo aseguro, no voy a llamarlo, me quedo así, quietecito, no hago caso a los viejos de la aldea ni a los licaones, se lo prometo, sé que están ahí, en las habitaciones del fondo, siento su presencia, su olor y no me asustan, ¿entiende?, cómo podría asustarme si su dedo está conmigo, su cuerpo de pie junto a mi cuerpo acostado, usted acompañándome, ocupándose de mí, usted casi un abedul

y mi sorpresa por descubrir un abedul

no entrevisto una tarde por la ventanilla del tren de Sintra sino presente, inmóvil, con ramas verticales que dentro de poco descenderán sobre nosotros, creo que he de oír a los cuervos

no un cuervo, miles de cuervos de Lisboa en África, los cuervos de las murallas, de las casitas de campo de Paiã, de Damaia y de los edificios antiguos de la parte baja de la ciudad, en el interior de las fachadas grandes salones decrepitos donde habita una ausencia de siglos, usted un abedul, señor Miguéis, al que no necesito reencontrar porque nunca lo perdí, ensordecido tal vez por las palomas de Beato en la víspera de mis dieciocho años y mi padraastro, pobre, tan atento, tan modesto, tan preocupado por mí

—Fue en este sitio donde yo

el chaleco que no combinaba con la chaqueta, las gafas que no le servían e insistía en usar, los cigarritos clandestinos fumados en la farmacia con temor a que mi madre

—¿No te da vergüenza?

mi padraastro

si no le importa

acompañándonos un momento

—¿Me permite que le presente a mi padraastro, señor Miguéis?

y él limpiándose la mano en los pantalones antes de dársela agradecido por su interés por mí, el empleado del garaje escuchándolo conmovido

—Buen muchacho Seabriña, señor

es un favor que le hace, un favor que nos hace, dejaba que lo ayudase en el trabajo, llevase el cubo con agua sucia en el que comprobaba las pinchaduras, alguien

yo, Miguéis

—¿Qué es eso, mocito?

porque me pareció ver un movimiento de retroceso, un brazo delante del cuello rehuyéndome, negándose, de modo que lo reprendí

—¿Qué es eso, mocito?

el *jeep* a mi espera en el sendero junto al río, ningún viento en el girasol, en el algodón, los robles de las traseras tranquilos, mi hija tranquila en el hospital con un paño sobre la cara, no

—¿Ah, sí?

no

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

tranquila, no te hacen daño, hija, ya nadie te molesta, afortunadamente para ella la eduqué desde el principio y como les digo siempre a los más jóvenes antes de quitarme la chaqueta e instalarme frente al escritorio mientras ellos me respetan

no se burlan de mí, me respetan

si no las educamos desde el principio la cosa va mal, mi hija, que admira la autoridad de un hombre, quejándose a lo sumo

—Estoy cansada

de espaldas a mí en Montijo no por despreciarme, para ahorrarme el verla, consciente de que era por ella, no por el Servicio, por lo que yo en África ahora, el padre cumple hasta el final lo que le exigen que haga, el padre pensando en encender una hoguerita con los pilares del balcón y ahuyentar a los licaones, desistiendo de la hoguerita por pena del tal Seabra

—Su casa, Seabra

su casa durante cinco años, Seabra, sus botellas vacías y aunque vacías la amabilidad de

—¿Le apetece, señor?

de

—Me cae simpático, señor

no la mala educación del Correo

—Me caes simpático, viejo

el sentido de la jerarquía, la consideración, la delicadeza

—Me cae simpático, señor

tal como tú me caes simpático, Seabra, permito que las palomas te ensordezcan y no prestes atención a nada, que una mujer surgida no sé de dónde

¿yo?

—Vamos

lo que no puedo dejar es que coloques tus pies sobre los míos, me rodees con los brazos la cintura y caminemos hacia la calle, hacia la senda porque me ordenaron

—Seabra no abandona África, Miguéis

me dijeron en el despacho sobre la plaza de toros

—Solo tiene que limpiar lo que Seabra ensució

y es eso lo que hago

fíjate

limpio, un trabajo sencillo, amigo, envió los diamantes a Lisboa y dejo Angola impecable, solo tienes que soltarme el dedo un instante, comportarte como la parienta lejana, prima de una prima o tía de una tía o prima de una tía o tía de una prima a la que tu madre

—Doña Aldora

la cabeza altiva de los ciegos o sea la nariz y la boca están en la cara y no están, existen y no existen, las veo y sin embargo no las veo

¿qué es de tu cara, de tu nariz, Seabra?

la rigidez del cuerpo con que buscas los sonidos desorbitado ante mí,
ante un gollete que rompí, ante el pedazo de gollete que te hiere el
cuello, tú alegrándote con lo que no era alegría, era una mueca sin
destinatario que merodeaba por allí

—¿Le apetece, señor?

el mentón sobre el pecho en el momento en que el golpe, una especie de
protesta

—No me he dormido todavía

no me he dormido todavía ni me dormiré nunca, le prohíbo que se
marche, quédese aquí, señor Miguéis, y el señor Miguéis

—Te lo prometo

me quedo, te llevo hasta el peldaño, vuelvo a entregarte el dedo, no me
aprovecho del ruido de las palomas

—Vamos

por el contrario te acomodo mejor en las escaleras e impido que te
caigas en esta tierra roja, tal vez te seque esa manchita de sangre y
nada de sangre, muchacho, el girasol afirmando

—El señor Miguéis se ha levantado

el señor Miguéis que retira despacito el dedo y tú, sin reparar en mí,
pasmado ante el abedul, un árbol de tronco plateado entrevisto una
tarde por la ventanilla del tren de Sintra, una rama que un cuervo dobla
en silencio y no te preocupes por la luz apagada que el *jeep* continúa en
el sendero, los viejos apagan las hogueras en la aldea porque amanece y
permanezco contigo, tranquilo que permanezco contigo secándote la
sangre del cuello

no ha dolido mucho el gollete, ¿no?

para que tu madre no te reprenda por mancharte la camisa

—Esta mancha no sale

sofocada, como nosotros, por el ruido de las palomas.

CAPÍTULO NOVENO

Lo único que pretendo es que me dejen en paz sola conmigo misma o mejor sola con esto que no soy yo y en lo que me he convertido, lejos de aquí, en el trabajo, en el cine, tomando el barco de Lisboa

el barco de las siete y media de la mañana a Lisboa en verano, las garzas escapándose de nosotros junto al agua y nosotros con ellas, todo claro, sin sombras, los pantanos de Montijo, los juncos, la antigua estación de trenes más atrás, minúscula, el tubo averiado, del que le escribí al dueño porque me mojaba la cocina, sin importancia alguna, el inquilino de abajo protestando en las escaleras

—Por culpa de su tubo mi techo

y a las siete y media de la mañana en septiembre qué me importaba el vecino si yo levantándome de los islotes con las garzas

(¿dónde hacen sus nidos, dónde empollan sus huevos?)

mi cuello largo, mi ausencia de peso, este pico, estas plumas, cuando mi madre venía los sábados yo

—Soy una garza, madre, fíjese en mis alas

mi madre probando los muelles del sofá antes de sentarse por la columna, la artrosis y el doctor

—Asientos duros, señora

preocupada por la limpieza de la falda se sacudía unas migajas que al final no había, yo aún yo en aquel tiempo, no este, aceptando las croquetas

—Fíjese en mis alas, señora

mi madre tan terrestre, sin entender que yo volaba

—¿Perdón?

comprobando desconfiada si por casualidad el coñac estaba por allí o algo extraño en mi andar, en mis gestos, mi padre callado

casi nunca hablaba

enrollándose la punta de la corbata en el dedo mientras yo recordaba que de pequeña la corbata era yo, le sujetaba el índice con miedo a

dormirme como mi abuela en el ataúd, la llamé y nada, la advertí sobre las moscas

—Mire las moscas, abuela

y ella con los zapatos lustrados

cuando antes zapatillas

indiferente a las moscas, la cara con menos arrugas, más seria, por debajo de las pestañas un asomo de ojos blancos, le atornillaron una tapa y adiós zapatos lustrados, con el fin de impedir que me atornillasen también apretaba el dedo una dos tres veces, no lo dejaba marcharse, mis ojos gracias a Dios no blancos, marrones, yo sin zapatos lustrados, descalza, mi madre me ponía medias en invierno, antes de acostarme, y yo temerosa de la tapa, encogiendo las piernas

—No me las ponga, señora

no quiero quedarme con la boca ni cerrada ni abierta y la punta de mis dientes a la vista, blancos como el blanco de los ojos meditando no sé qué porque no había respuestas, mi madre me estiraba las medias hacia arriba enfadándose conmigo

tal vez se pondría contenta si me atornillasen una tapa, tal vez ella del otro lado de la tapa

—Estoy contenta

y en lugar de

—Estoy contenta

sujetándome las piernas

—Quieta

cuando lo único que pretendo es que me dejen en paz sola conmigo misma o sola con esto que no soy yo y en lo que me he convertido, yo lejos de aquí

en el trabajo, en el cine, tomando el barco de Lisboa

y esto que no soy yo y no tiene que ver conmigo acostado en la cama por mí, con la nariz contra la pared, rehusando

(¿para qué aceptarlos si no son para mí?)

visitas, cartas, medicamentos, teléfono, los que se interesan por la otra y la animan, consuelan, hablan de temas que no tienen que ver conmigo, lo que tiene que ver conmigo

(por favor escúchenme, no me impidan hablar con sus termómetros, sus cucharadas de jarabe, su oxígeno, sus palabras que ahogan las mías y escúchenme)

lo que tiene que ver conmigo son las garzas del Tajo, septiembre, si les tirábamos piedras retrocedían dos pasos, nunca se posaban en las chimeneas de Montijo, nunca ninguna en la antigua estación de trenes, se agachaban en una mata de hierbas, no las oía graznar, a los patos sí en otoño, mi padre buscándolos desde la ventana los domingos, si yo en la bañera él

—Cuacuá

obligando a un muñeco

creo que de goma

a hacerme reverencias estúpidas, lo metía en la bañera y el muñeco se hundía entre burbujas, no era el muñeco el que me asustaba, era el hecho de que se pareciese a mi abuela, así acostado, extraño, en un ángulo medio olvidado de la memoria, el mismo en el que mi madre desnuda hace muchos años, entré en su habitación un domingo cuando sacaba el vestido de la percha, ella mucho mayor que con ropa, los hombros enormes, los muslos gigantescos y mi pánico por encontrar todo aquello desnudo una segunda vez, mi padre meneando el pato de mi abuela frente a mí y por lo tanto yo

—No quiero

antes que ella unas pocas burbujas cada vez más raras

—No se ahogue, abuela

en la superficie del agua, lo que mejor recuerdo era su manera de mirar los robles dándoles con la ventana en la cara

—No soporto a estos árboles

se sorprendía ante mí intrigada por las baldosas grises, se detenía a observarme, protestaba

—Tú, tú

rociando la ropa y en una ocasión, abuela, la encontré imitándome

tan mal

salía del frigorífico y no pisaba las junturas, cuando quise enseñarle me sacudió el brazo, ordenó a las hojas

—Chitón

con el rociador en alto amenazando al mundo, mi madre, afortunadamente vestida, pisando las grises y las blancas sin molestarse con la perspectiva

las baldosas grises son vengativas

de que nadie se enamorase de ella cuando fuese mayor

cómo, siendo tan grande desnuda, cabría en la falda, en la blusa, para que mi padre tuviese espacio en la cama se ponía un camisón que olía a sueño y en el camisón los hombros poco más gruesos que los míos

¿sabrían las otras personas de su tamaño sin ropa o era un secreto solo nuestro?, pensé en advertirle a mi padre para que tuviese cuidado y se apartase de ella

—Madre desnuda es un gigante

él llegando a casa con la cartera del trabajo, sorprendido de mí en vez de agradecerme la advertencia, el cuerpo inclinado de lado, la mano sujetando la cartera ya apoyada en el suelo, me pedía que colocase los pies en sus pies, le sujetase la cintura y caminásemos así por el pasillo, yo siempre deslizándome, incómoda, él muy por encima de mí con una sonrisita feliz que vista desde abajo me daba la impresión de un pájaro

aún no conocía las garzas

incapaz de volar, las comisuras de los labios alas que a pesar de intentarlo no se desprendían de la piel

—¿Usted no vuela, padre?

la misma sonrisa los sábados solo que difícil de distinguir de sus arrugas ahora o que a fuerza de durar se había convertido en una arruga también, los dedos en la cuerda del envoltorio que no servía de nada, no me duermo con él, ni una garza siquiera, ni un barco, la antigua estación de trenes sin cambiar de tamaño, no minúscula, igual, el único motor que oigo es el de mi sangre aquí dentro

sí no, sí no, sí no

de vez en cuando un sollozo y recomienza a duras penas

no sí no sí no sí no

no yo como se comprende, yo lejos de aquí, esto que no soy yo y en lo que me he convertido, una ceja hacia el techo en el caso de que mi padre, asomando desde el envoltorio

—Hija

y la palabra

—Hija

acercándose de puntillas y llegando hasta mi hombro, yo sacudiendo el hombro

—Saque la palabra de ahí

solo que en vez de

—Saque la palabra de ahí

un suspiro aburrido

—¿Ah, sí?

y en el interior del suspiro la casa de donde salí a los veinte años y se me antojaba tan vieja en la distancia, no me acuerdo bien del pasillo ni de las habitaciones, me acuerdo del mármol roto en el que se apoyaba la cocina, de las hormigas que bajaban por el pretil de la cocina para desaparecer en un hueco de la escayola y presente en todo eso, oculta en todo eso, sin almohada, sin manta, sin sábanas, menuda, terca, constante, una pequeña protesta indignada

—No me he dormido todavía

no buscando el dedo de mi padre, buscando mi dedo y yo apartando mi dedo, cubriéndolo con los otros, escondiéndolo en la manga y cruzando los brazos encima, yo a la protesta

—No

el mismo

—No

que descubrí en el espejo después de que Artur se marchase y que debe de haber existido todo el tiempo en mí mientras él movía cajones, acomodaba un pantalón, escondía no sé qué

(un perfume que me pareció de mujer)

en una bolsa, iba y venía por la habitación haciendo la maleta sin mirarme, gestos a los que no estaba acostumbrada

¿son tuyos?

no atinando con las cosas y arrugando una chaqueta, en silencio porque el empleado del gas anotaba los números del contador en el vestíbulo, me pedía una firma en un bloc, me dejaba la copia en la mano, mi tristeza no conmigo, fuera de mí pero allí, por ejemplo en el papelito manchado de papel carbón que sujetaba sin reparar en que lo tenía, cuando el lápiz de rellenar la factura regresó a la oreja una mirada examinó mi bata, sin encontrar a una mujer, encontrando a una niña sin sueño que retiraba mantas

—No me he dormido todavía

y cansándose de mí, los pasos de él azotaron los peldaños hasta la puerta de la calle, la puerta se abrió y un sol instantáneo, sin relación con Artur, me ofreció en la palma tendida un rombo de mosaicos, dándome los tiestos de la entrada por un momento la esperanza de que no habría despedidas, la puerta se cerró y los tiestos inexistentes, el rombo apagado, Artur equilibraba el peso de la maleta caminando despacito como yo por las baldosas blancas

ojalá que haya una gris para que vuelvas al principio

—Has pisado una gris, comienza desde el fondo otra vez

al cruzarse conmigo casi una garza volando junto al agua porque solo distinguía su nuca y la maleta golpeándose en las escaleras, la vecina que aspiraba el felpudo lo miraba, me miraba, preguntándose algo que preferí no oír, se ocupaba del felpudo, preguntaba de nuevo, al abrir la puerta regresaron el rombo de mosaicos y los tiestos de la entrada, una de las plantas marchita, con las hojas parduscas, al mismo tiempo en el tiesto y en mis dedos transformándose en el papelito del gas, en el instante en que el rombo y los tiestos desaparecieron y la vecina sin pregunta alguna, guardé el papelito

la hoja sin vida

entre otros papelitos

otras hojas sin vida

en la caja del contador también un alicate, fusibles, la copia de las llaves unidas por un pedazo de la cuerda de la ropa, en el armario de la habitación las perchas vacías

dos perchas de madera, tres perchas de alambre

una pasta de dientes que no me pertenecía, estrujada por el medio, retorciéndose en el vaso, la tiro, no la tiro, volví a colocarla en el vaso y yo menos sola, no es una compañía, un rastro de persona, lo mismo con un pelo en el lavabo, una depresión en la almohada no de mi lado, del otro, la manzana de plata en la mesita, sentarme en el sillón a observar la manzana que antaño no combinaba con el fetiche de México y hoy no soy capaz de explicar de qué modo y no obstante combinaba, le desenrosqué la mitad superior y encontré un botón de pijama con un hilo colgando, se fuese a donde se fuese le faltaría un botón

te faltaría un botón

durante diez minutos sin fin el botón en mi palma y ninguna vida más alrededor, solo yo viví aquí desde siempre, yo y mis padres los sábados, el timbre que sonaba y se retraía de inmediato modificando el silencio, contar treinta segundos hasta que el sonido de nuevo, espiaba por la mirilla y mi madre y mi padre deformados, sin piernas, mi madre a mi padre redondo

—Ponte derecho

y a pesar de

—Ponte derecho

la boca no

—Ponte derecho

una frase silenciosa de pez, una tos que no casaba con las facciones, tan humana, tan próxima y en contrapartida el tercero izquierda a kilómetros de allí, en el extremo de un túnel de paredes curvas, mis padres se acercaron y ambos una nariz solamente pero gruesa, un hocico de congrio rozando el acuario, devolver el botón a la manzana y cerrarla deprisa antes de que la casa se haga esférica, yo esférica, flotando sobre el canapé con un palpar de agallas, con el girar de los goznes la mirilla se desvió del tercero izquierda y aumentó el pasamanos antes de desaparecer, el piso recuperó ángulos, aristas, se oían los motores de los barcos que se dirían menos lejanos que el río, en lugar de las personas deformadas, sin piernas, mis padres allí, mi madre repitiendo

—Ponte derecho

mi padre con un paquetito de pastas con la cortedad de siempre, secundario, mudo, demorándose de mueble en mueble incapaz de sentarse, ansioso por disolverse en los robles donde tal vez una tabla con ruedas y mi abuelo que lo empujaba liberándolo de nosotros, nunca entendí bien dónde es que trabajaba, entendía a mi madre curioseando un sobre

—¿No ganas más que esto?

una oficina de importaciones

decía

junto a la plaza de toros, de vez en cuando una semana en África y durante África ningún pato idiota

—Cuacuá

naufragando en el baño, esta última ocasión me visitó solo, no un sábado, un domingo, y me impidió quedarme en paz con esto que no soy yo y en lo que me he convertido, yo volaba junto al Tajo con las garzas en los juncos del pantano y la antigua estación de trenes ya perdida, minúscula, con sus capullos de avispas y sus tablas podridas, un banco adonde al comienzo de mi enfermedad, en la época en que los médicos fruncían el ceño ante los análisis

—No lo sé

iba a esconderme de mí, convencida de que este dolor en la columna se asustaría con los agujones o no me encontraría, mi madre

—Has adelgazado

y en cuanto ella

—Has adelgazado

yo piel y huesos, el malestar de la columna extendiéndose hasta la pelvis, yo flamencos, yo garcetas, yo a mi madre, decepcionada por la delgadez

(por qué me habla de la delgadez, no me atormenta con la delgadez)

consolándome con las aves

—Los flamencos son así

y aunque yo un flamenco las blusas coincidían no conmigo, con ella, sobrándome en el pecho, muchos flamencos en el hospital aselados en los frascos de suero, en los aparatos, en las camillas, la enfermera

—¿Qué tiene ahí en la mano?

yo con el puño apretado y tanta rabia en mí

Artur

—Nada

ella me separaba los dedos y un botón de pijama, en el botón de pijama el recuerdo de la manzana y de la pasta de dientes, no de las perchas vacías

—Sigues en casa, sé que sigues en casa

comprarte el periódico, arreglarme como a ti te gusta, ponerme los pendientes de argolla, cambiar el elástico del pelo por un lazo rojo que quemé un poquito al plancharlo, el maquillaje que disimula la delgadez

—¿Parezco menos delgada, madre?

la enfermera robándome el botón y tirándolo al cubo de las vendas

—¿Para qué quiere esto?

la maleta a pesar de que yo

—El botón

golpeándose en los escalones, un rombo de mosaicos, los tiestos de la entrada, nunca conocí el nombre de las flores, conozco los robles

o arces u olmos

mi padre

—Robles

porque mi abuelo

—Robles

y la mitad de sombra donde ellos me esperaban, bien que los distinguía yo entre los troncos y las hojas diciendo mi nombre, mi padre me visitó solo, no un sábado, un domingo, yo vuelta hacia la pared

no yo, claro, esto en lo que me he convertido midiendo el dolor en el riñón, tan cansada, y en el timbre

tuve la certeza

Artur, yo de nuevo yo o yo y no yo, eso, yo más yo que esto, que me levanta sosteniéndome la columna y al levantarme me doy cuenta de los huesos y de cómo les costaba a los huesos obedecerme, moverse, casi impidiéndome andar

—Has adelgazado

y todo lento y difícil, las rodillas, las caderas, la resistencia del cuello cuando me incliné hacia el cubo con la esperanza del botón y la enfermera me cogió por los hombros de regreso a la cama

qué pasa con el aire, qué le ha sucedido al aire que mis pulmones no lo reciben, la enfermera

—No está la cosa como para andar por ahí, ¿qué hace?

levantarme de la cama a pesar de mis hombros

—¿Qué hace?

porque la maleta de Artur subiendo los escalones y la ropa que él no sabe doblar, manchas de las que no se da cuenta y las garzas que se escapan frente a mí, no me digan que he adelgazado, que no consigo, no puedo, me pondré el suéter negro que a él le gustaba, le mostraré el botón

—Te acuerdas del botón, ¿no?

(si pudiese pedirle a la enfermera a pesar de estos tubos, de esta sonda, de la tirita sobre la aguja del suero

—Mi botón, señora)

una falda que disimule los muslos de esto en lo que me he convertido y que no podrás ver debido al carmín y a la pintura de los ojos pero el lápiz se me corre del párpado, las mejillas demasiado rosadas, la alianza de mi abuela con una fecha confusa, mi madre al entregármela

—Un día será tuya

no lo será, lo es, porque ese domingo la maleta a mi encuentro

seguro

de rellano en rellano mientras él recobraba el aliento antes de reiniciar la subida, en la mirilla de la puerta nadie, las paredes curvas y el tercero izquierda en Japón, ningún sonido en el hospital, ningún sonido en Montijo, los barcos del astillero pero tan alejados que no los notamos salvo durante el invierno cuando se lamentan, sollozan, la enfermera comprobando una esfera

—¿Qué hace?

las garzas del pantano en la época de la puesta pero quién presta atención a las garzas, me observé en el espejo que apenas reparó en mi cara

nunca reparaba en mi cara, siempre tenía que decirle

—Estoy aquí

y él

el egoísta

absorto en las cortinas, se interesaba por mis amigas, por Artur, por el cielo de la ventana y por lo tanto era natural que no

—Has adelgazado

ni se preocupase porque yo tumbase una silla

—¿Te sientes bien en serio?

el espejo que mi madre venderá un día con el resto de la casa y entonces, a pesar de no haber ningún mueble, todo intacto en él

muebles, cortinas, alfombras, la manzana de plata, el botón

¿para qué buscarlo en el cubo si el botón está aquí?

un periódico antiguo que

ibas a venir

no tiré ni sustituí en el sofá y ahora la maleta

estaba segura

llegando al piso de modo que yo, con las mejillas demasiado rosadas

más que rosadas, carmín

párpados con un trazo azul extendiéndose por la frente, los islotes de las garzas y un barco adornado en un charco de gasóleo, yo no delgada porque el espejo en silencio, deseando que el dolor no ahora, no ahora

—Ahora no, dolor

y topándome con mi padre en el felpudo, no mi madre y mi padre, mi padre sin la cuerda de un paquete de pastas cruzada en los dedos,

mirando más allá de mí sus traseras de edificios o ni siquiera edificios
tal vez, una bahía nítida hasta el final de las luces, gente

¿negros?

o unos restos de incendio

(como si eso me importase, ¿qué me importaba mi padre?)

mi padre en el rellano

—Vengo a decirte adiós, hija

sin tabla con ruedas para huir de aquí ni pies donde colocar sus pies, mi
padre que a mi madre en la cocina

—Si no las educamos desde el principio la cosa va mal

mitad en las baldosas grises y mitad en las blancas, sangrando el pan
con el cuchillo y yo envuelta en la toalla negándome a verlo así como me
negaba a verlo de pie en el felpudo, yo

—¿Ah, sí?

(y si no fuese por la debilidad y los dolores realmente yo

—¿Ah, sí?)

yo

—Tarda tanto tiempo en contar una historia

despidiéndolo

—Estoy cansada, señor

o no exactamente yo, esto que no soy yo y en lo que me he convertido,
yo lejos de aquí, en el trabajo, en el cine, tomando el barco de las siete
de la mañana a Lisboa en verano, las garzas junto al agua y nosotros
con ellas, todo claro, sin sombras

—¿Ah, sí?

los juncos, la antigua estación de trenes más allá, minúscula

cuántas veces esperé un vagón que no vendría nunca y yo a mí

—Tardas tanto tiempo en contar una historia

mi padre en el felpudo sin pato, sin paquete, sin mi madre

—Ponte derecho

sin nada que darme salvo su dedo por la noche cuando apagaban la luz y la luz apagada hace tanto tiempo que no necesito de usted, lo único que pretendo es que me dejen en paz, con mi carmín, mi lápiz, mi pincel de las pestañas, la alianza de mi abuela que nadie me pondrá en la mano ni en la mano de esto en lo que me he convertido porque es tarde, ¿comprende?, no solo tarde para mí, tarde para usted también

—He venido a decirte adiós, hija

usted que en todos estos años nunca me ha dicho nada que no fuese adiós, de mí no conoce más que mi enfado

—No quiero

que me acompañó la primera vez al hospital respondiendo a cada frase del médico sin encararlo, con los ojos fijos en el suelo

(no exactamente una respuesta pero ¿cómo explicarlo de otra forma?)

—Disculpe, pero mi niña, no lo creo, señor

e inmediatamente después rumiando aturdido, mi hija

no mi hija, mi hija envuelta en una toalla en la cocina o de baldosa blanca en baldosa blanca, otra en lugar de ella, una marioneta chillona cuando la visité el domingo antes de irme a Angola, con la ropa colgada no de la cintura, de los huesos y los huesos colgados unos de otros por cordeles de tendones, la marioneta en Montijo desde donde se avistaba el río

(y los flamencos y las garzas, padre, no se olvide de las garzas)

igual a las marionetas que encontré en Luanda agachadas en la arena y yo sin poder ayudarte, yo en África no por el Servicio, hija, por ti, creyendo encontrarte en la hacienda de algodón y girasol y no estabas, el tal Seabra en tu lugar

—¿Le apetece, señor?

así como no estabas en Montijo, estaba otra persona que me volvió la espalda

—¿Ah, sí?

cuando le comuniqué

—He venido a decirte adiós, hija

decirte adiós antes de que una de estas noches los licaones me arrastren con ellos hacia el bosque, los diamantes en el suelo de la hacienda que nadie reclamaba o puede ser que los americanos, los negros, uno de los colegas del Servicio a quien yo, cogiendo la chaqueta del escritorio, autoritario, respetado

—Si no las educamos desde el principio la cosa va mal

y luego la plaza de toros en la ventana donde me matarán una tarde sin que entienda por qué y al matarme yo no estaré pensando en ti, estaré pensando en los robles tal como tú pensarás en los flamencos, en las garzas, en la antigua estación de trenes donde siempre una inminencia de partida, una esperanza de vagones mientras tu madre achata un hocico con la palma, se conmueve con una gota de orina extendiéndose por el suelo

—¿Quién no tiene ganas de darle un beso a esta ricura?

y nosotros

nosotros dos

junto al agua por el matorral del Tajo en donde no pueden alcanzarnos ni hacernos daño, tu novio mostrando este edificio no sé a quién

y qué nos importa a quién

—Viví allí unos meses

porque son los flamencos los que nos importan, las garzas, los licaones, la fiebre, de modo que he venido a decirte adiós, hija, no puedes colocar tus pies sobre los míos que ni pies tengo ya para darte, yo ciego a los robles

los olmos, los arces

a mi padre y su volante de madera, ciego a los huesos de marioneta y las mejillas lilas, contradiciendo a la enfermera, contradiciendo a tu madre

—No has adelgazado, hija

no has adelgazado, te lo aseguro, no estás enferma, ningún dolor te abate, tienes cinco años, seis años y yo aquí a tu espera a la salida del colegio

intentando distinguirte entre las otras niñas y pensando en cada babi, en cada mochila con libros, en cada pelo suelto que bajaba las escaleras

—Es esta

y tú después de la última, siempre después de la última, colocando las suelas una delante de la otra como si hubiese baldosas blancas, por un instante doña São tapándose con el libro

—Borra la pizarra para el otro lado, hazme el favor

y el perfume, las preposiciones y los tirantes todo mezclado en mí,
Maria da Conceição Antunes Figueiredo, jubilada

—Incompleto, Miguéis

e incompleto realmente, doña São, es verdad, imposible engañarla,
usted me conoce, cuatro años con usted pensando en las musarañas,
¿no?

—¿Estás en Babia, Miguéis?

tantas cosas que no dije, no me atrevo a decirlas y en este momento
demasiado tarde, disculpe, escriba en mi cuaderno

el alumno Miguéis no se aplica

raye todo con rojo, yo me conformo, su previsión al exhibirme ante los
compañeros

—No serás un hombre como Dios manda, Miguéis

fotografías de mujeres desnudas, ciudades de menos al recitar las
ciudades

—¿Y Madrid no cuenta, perezoso? ¿Y Bruselas no cuenta?

ríos de los que me olvido

me acuerdo del Tajo, me acuerdo de este aquí, en medio del bosque,
junto a la aldea de los viejos, no soy un hombre derecho, doña São, mi
esposa o el tal Seabra

una lejos y el otro con una herida que apenas se nota en el cuello
incapaz de hablar

coincidirán con usted, incluso sin haberme conocido en esa época estoy
seguro de que coinciden con usted, mi esposa distrayéndose por un
momento de la ricura, el tal Seabra

—Nos ha quitado las palabras de la boca, doña São

yo a la espera de mi hija a la salida del colegio frente al algodón seco,
mechones grises que se desprenden de los tallos y se van volando,
volando, no garzas junto al agua a las siete y media de la mañana en

septiembre, no la antigua estación de trenes allá atrás, minúscula, mechones de algodón flotando a mi alrededor, los aparto y siguen girando en el capín, les extendiendo la botella

—¿Te apetece, algodón?

y ellos coinciden con usted

—No has sido un hombre como Dios manda, Miguéis

ellos

—Te has pasado la vida pensando en las musarañas, Miguéis

siempre todo incompleto, una caligrafía horrible, las ciudades que faltan

—¿Y Lisboa, Miguéis, tampoco cuenta Lisboa, Miguéis?

Lisboa cuenta, doña São, perdone, yo a la espera de mi hija a la salida del colegio con un cebo de caramelos

—¿Te apetecen unos caramelos, hija?

y tú nanay, una miniatura de muñeco al que ni mirarías o si lo mirases

—No me interesan esas tonterías

y yo mueve las piernas, ¿lo ves?, no es un pato, es un perro, un perrito, el rabo hacia la derecha y hacia la izquierda, tú sin pisar las baldosas grises de la cocina

de la calle

—Estoy cansada

crees que estás cansada, no estás cansada, hija, te encuentras bien, no has empalidecido nada, tú sin coger el perrito

—Guárdese el muñeco, señor

por lo tanto no me he olvidado de Lisboa, doña São

Maria da Conceição Antunes Figueiredo, jubilada, ¿perdió sus tirantes, su perfume, los ricitos casi transparentes de la nuca?

cómo podía olvidarme de Lisboa, de usted, de mi hija a la pata coja a la salida del colegio

—¿Ve cómo lo hago, padre?

entregándome la mochila y el cesto del almuerzo para saltar mejor

—¿Ve cómo lo hago, padre?

mi hija abriéndome la puerta de Montijo y que el algodón seco va separando de mí, si le doy la mano me la rechaza, si quiero sujetarla no encuentro su muñeca, circula a mi alrededor igual a la niebla que se me escurre por la cara o a la mitad de luz de los robles que no logro agarrar, en la mitad de luz de los robles mi padre

—Miguéis

mostrándome una tabla con ruedas en las traseras de los edificios, afirmando

—Yo empujo

y cómo decirle sin desilusionarlo

—No tengo tiempo, padre

cómo explicárselo sin herirlo

—Ahora no puedo, padre

mi hija

cómo ganar tiempo

—Ya voy

no la tabla vieja, una tabla nueva

—Madera buena, Miguéis

con ruedas nuevas y un volante nuevo, mi madre señalándome la tabla

—Una sorpresa para ti, Miguéis

(mi primer nombre, Hélió)

no un disco de madera, casi un volante de verdad que nos da la certeza de ser capaz de girar, no me he olvidado de Lisboa, doña São, e incluso en Angola no me he olvidado de Montijo ni de las garzas ni de ti, hija, no me he olvidado de nosotros

tú y yo

ambos a la pata coja a la salida del colegio, yo con la mochila, el cesto del almuerzo y el muñeco que mueve las piernas, ¿lo ves?, no es un pato,

mueve la cabeza, ¿lo ves?, no es un pato, se hace así y el rabo hacia la derecha y hacia la izquierda

—¿Te apetece el perrito, hija?

doña São irritada con los mechones tapándose con el libro

Maria da Conceição Antunes Figueiredo, jubilada

—¿Te importa borrar el algodón para el otro lado, por favor?

y al borrar el algodón no veo a mi hija, veo los flamencos, los licaones, las garzas, lo que supongo que es el río, veo la aldea de los viejos y los viejos

—Nunca serás un hombre como Dios manda, Miguéis

veo al tal Miguéis

al tal Seabra

al tal Miguéis bajando las escaleras de Montijo y un rombo de mosaicos, los tiestos de la entrada, el sol

todo este sol, hija

veo a un espantajo de regreso a la cama

—Estoy cansada

y que no eres tú, no eres tú, no creo que seas tú puesto que tú vas saltando a la pata coja por la calle, deteniéndote a mi espera impaciente conmigo

—¿Es para hoy, padre?

mientras estos pájaros se elevan del pantano y nosotros los seguimos por el Tajo

ya lo sé todo de memoria, doña São, no necesita enseñarme

hasta llegar a Lisboa.

CAPÍTULO DÉCIMO

Siempre pensé que serían los licaones, esa especie de perros que no olían a perros, olían a carne podrida, a bosque, tal vez a los viejos que se alejan de la aldea y ni siquiera un grito, un galope súbito, un remover de tierra, un cuerpo que se dobla y después ningún cuerpo, pedazos de tela de golpe hacia los árboles, siempre pensé que hoy o dentro de unas horas o mañana o quién sabe cuándo serían los licaones, el girasol cruzaba las hojas sobre mí

otra vez sereno

los pétalos no amarillos, blancos, siempre pensé que serían los licaones y después de los licaones los pájaros grandes, de cuello pelado, que desarticulan a tirones lo que queda de la gente, que serían los licaones o uno de los compañeros más jóvenes del Servicio a quienes yo, en el caso de que me dejen enseñarles

—Si no las educamos desde el principio la cosa va mal

ellos levantándose deprisa y componiéndose la ropa

—Es verdad, señor

los licaones o uno de los compañeros más jóvenes, un segundo *jeep* oído desde muy lejos y durante mucho tiempo parando en el sendero casi pegado al mío, un silencio en el que los pájaros de cuello pelado se picoteaban a sí mismos y después el compañero avanzando desde el algodón hacia la terraza de la casa

pantalones iguales a los míos, camisa igual a la mía, yo

—Tú ahí

y él abrochándose la chaqueta que no había, él respetuoso

—Señor

hasta entonces de la edad de mi hija y de mi edad en este momento, yo los mismos gestos que Seabra, la misma botella

—¿Te apetece?

o si no él a mi lado en el peldaño

—¿Le apetece, señor?

y como el tal Seabra

(yo pensando en las musarañas, yo en Babia)

inclinándome hacia el suelo, arrodillándome en el suelo, yo en el suelo,
el director mostrando fotografías y en las fotografías una construcción
colonial más pequeña de lo que me parecía, alguien de bruces en la
tierra, un balcón en llamas

—Como ve no hay ningún motivo para preocuparse, señor ministro,
hemos acabado

la señora de Alcântara extendiéndome bajo una sábana mientras
advertía a las empleadas

Salete Joana Anabela

Anabela

—No lo pongan nervioso, chicas

cerrando la puerta y disminuyendo en el pasillo mientras las sirena de
un barco

un paquebote iluminado

anunciaba la partida, los viejos de la aldea tranquilos, los licaones
distantes, ningún motivo para preocuparse, señor ministro, los
diamantes con nosotros, nadie que proteste o nos moleste en Europa,
quedan tal vez los robles en Lisboa, en las traseras de los edificios, yo
para siempre en la mitad de sombra recordándolos en África, el Servicio
nunca existió, señor ministro, qué Servicio, una delegación inofensiva,
copias, duplicados, naderías de ese tipo, Miguéis pensando que seríamos
nosotros o los licaones, imagínese qué tontería, licaones, dentro de unos
meses

no años, meses, solo los robles perduran, allí están, padre, ¿no los oye?

y con la ayuda del capín y de la lluvia nadie dice que hubo una hacienda
aquí, se encuentra el río, las chozas desiertas, puede que nosotros

o los americanos por nosotros

ayudásemos a los pájaros de cuello pelado antes de regresar a Luanda,
un favor que los viejos no tuvieron ocasión de agradecernos cuando los
reunimos frente a las cabañas

—Deprisa deprisa

un puñado de viejos en sus paños sin color, dos o tres con un palo a modo de bastón, una especie de mujer en una especie de silla entonando una letanía monótona, uno de los americanos

uno de nosotros

la levantó de la silla y la mujer prosiguiendo su discurso apoyada en un cañón de escopeta, nosotros

los americanos

echando hacia atrás la escopeta y haciendo que la mujer perdiese el equilibrio

—Suelta, suelta

cogiendo una gallina por la punta del ala y extendiéndole la gallina que, esta sí, se debatía, esta sí, adivinaba

—Toma

los pájaros de cuello pelado esperaban en las columnas de la vivienda y por las copas de alrededor, buscándose o caminando de lado a la largo de una rama

sus graznidos, padre, yo oyendo los graznidos, hay ocasiones en que me pregunto si después de mi venida ellos en Montijo, sobre los cascos o en los islotes del pantano, espiondo a mi hija también, eso a medida que montaban la ametralladora en el trípode, no islotes de arena, desperdicios, restos de barcasas, lodo, que se formaban y deshacían a merced de las mareas, uno de los viejos

¿el jefe?

con un suéter hecho jirones y zapatos de novio de charol marrón

creo que en la boda de mi tío él con zapatos así, yo ocho o nueve años y pelo duro de brillantina, mi madre

—Te dije que no te ensuciasas, ¿no?

un caballero de edad

el primo Januário que murió en un asilo

entregándome un vaso

—Bebe

y un calor feliz, no avanzaba a paso firme, se deslizaba en medio de los invitados sin ser un invitado, era una risita insegura que se derramaba, mi madre

—Ya te has ensuciado, idiota

me acuerdo de pensar

—Me he olvidado de mi padre

y disgustarme conmigo por haber olvidado a mi padre

te irás al infierno, Miguéis, de forma que

deprisa deprisa

—Discúlpeme por haberlo olvidado, padre

usted en un punto cualquiera

muéstrenme

y por lo tanto contar una a una las personas con el dedo si el vaso del primo Januário lo permite, muchos zapatos de charol que Montijo recibirá un día, mi padre ahí está

una oreja y un tercio de mentón entre solapas y hombros, equilibrar la risita sin derramar ni una gota de risa, extendérsela a la niña de las alianzas y la niña de las alianzas a unas rodillas que la alzaban y apartaban de mí

—Quiero que me cojan en brazos

mi madre frotándome con la servilleta

—Tranquila que después hablamos

solapas y hombros en la aldea de los viejos, las chozas o las fachadas de Lisboa por ahora intactas, no derribadas por culatas y hachas y las camionetas de los blancos empujando el adobe, una cabra pisándose a sí misma, mi padre una oreja y un tercio de mentón y yo

irás al infierno, Miguéis, por haber olvidado a tu padre

—Discúlpeme por haberlo olvidado, padrecito

equilibrando mi risotada sin derramar ni una gota, yo sucio de tarta o de nata

no de sangre

y mi madre frotándome con la servilleta ahuyentaba a la gallina que picoteaba a su alrededor

—Tranquila que después hablamos

dos o tres viejos con un palo a modo de bastón, una especie de mujer en una especie de silla, la niña de las alianzas sin prestarme atención, de puntillas ante unas rodillas que la alzaban y la apartaban de mí

—Quiero que me cojan en brazos

todo el restaurante o sea la hacienda, Lisboa, los robles

sus robles, padre, no me he olvidado, lo recuerdo

los mechones de algodón entrando y saliendo por la casa deshecha, uno de los americanos

no nosotros, señor ministro, nunca dirán que nosotros

levantando a la mujer de la silla mientras el girasol crepitaba, ascendía, la mandioca aumentaba, apóyese en un cañón de escopeta, madre, no permita que

—Suelta, suelta

en el instante en que la cabra comenzó a balar

a retroceder

a balar

quise ayudar a mi padre, impedir que las escopetas, la ametralladora, los tiros aislados de pistola después, la fosa que abrieron junto al río

—Deprisa deprisa

y no cubrieron nunca

—No lo he olvidado, padre

derramaron gasolina al azar, le acercaron un trapo ardiendo y el olor a gasolina, padre, los motores más lentos en dirección a Luanda, ni siquiera usted

su oreja, su tercio de mentón

no tenemos que preocuparnos, señor ministro, se acabó, qué negros, qué hacienda, qué diamantes, solo los mechones del algodón en lo que debe de haber sido Angola, la madre de Miguéis frotándolo con la servilleta

—Tranquilo que después hablamos

dándose cuenta de que Miguéis no estaba allí, nadie allí, el primo Januário a quien le amputaron las piernas debido a la diabetes y lo dejaron al sol, con pijama, dormitando en un patio, nunca lo imaginé a él tan viejo, padre, aceptaba un cigarrillo y el cigarrillo muerto en los dedos, el cigarrillo un dedo, llevaba los dedos y el cigarrillo a la sien, se rascaba, desistía, debía de haberse dormido por la nariz caída, en lugar de un mentón dos mentones, tuvo una tienda en Belém y si pasábamos por Belém en el tranvía usted

—La tienda del primo Januário, Miguéis

un escaparate que nunca llegué a ver, me volvía y un jardín, una estatua, la tienda igual a usted entre solapas y hombros

—¿Qué es de la tienda, señor?

qué es de usted, el primo Januário luchando con el sol

—¿Ustedes quiénes son?

deteniéndose en nosotros, inclinándose hacia donde antaño las pantorrillas

—Me duele ahí abajo, ¿sabían?

que los dedos y el cigarrillo masajeaban creyendo poseerlas todavía

—Tuve una tienda en Belém

dónde queda su tienda, primo, una empleada se lo llevó todo adentro en un trochemoche de fardo

tápalo todo, algodón

antes exuberante, pesado, autoritario

—Bebe

casi un niño hoy en día

—¿Ustedes quiénes son?

al llevárselo uno de los dedos se desprendió de los otros

¿el cigarrillo?

lo cogí y el pulgar, el índice

lo cogí y en vez del pulgar o del índice afortunadamente el cigarrillo,
cuando me cojan a mí grumos sin peso, cenizas, las camionetas de los
americanos aplastando el girasol

pétalos no amarillos, blancos, tallos mustios

un pollo que quedaba revoloteando en el capín hasta que un revólver,
una vibración de hierbas, los pájaros extendiendo picos en dirección al
sonido y el capín quieto, África no personas, capín, quemas de rastros
y capín, bosque y capín, los túmulos de los colonos con sus cruces de
madera y sus fechas a navaja

(no nombres, iniciales y fechas)

y capín, plataformas de petróleo y capín, los lisiados capín, las chabolas
capín, los difuntos capín, la empleada instaló al primo Januário a la
mesa del almuerzo y el solecito en el plato, cómase el solecito, primo,
buen provecho, la tienda en Belém que no llegué a ver

¿tienda de comestibles, pasamanería, casa de empeño?

mi padre ayudándolo con el asado, un dedo fuera de los restantes,
suelto, la empleada se lo apretó en la palma

—Coja el cuchillo como es debido, señor Januário

y el cuchillo parado, un dedo mayor que los otros que no cortaba la
carne, siempre pensé que serían los licaones o uno de los compañeros
más jóvenes y en lugar del *jeep* el bosque de repente a la espera, uno de
los viejos mostrando las chozas más allá del río donde quedaba el
sendero y las tres camionetas alineadas en la senda, mi madre,
preocupada por la mancha, la disimulaba inventando una arruga,
buscaba un cepillo en la maleta para alisarme el pelo

—Van a pensar que no he sabido educarte

tirándome de la hombrera

—¿Vas a recibir a las visitas sentado?

los americanos bajando de las camionetas con los faros encendidos a
pesar del día de tal modo que podía pensarse que era el solecito de
Lisboa en los cristales, el solecito de octubre que tarda en encontrarnos

preguntando a las cortinas o a las flores del balcón por nosotros,
brillando donde no debe

un cacharro, una colcha

y quedándose en el cacharro, en la colcha, hasta que la oscuridad lo
disuelva, diez u once americanos, madre, vestidos como yo me vestía al
llegar a Luanda y un portugués guiándolos, vi las escopetas, la
ametralladora, las pistolas, los depósitos de gasolina que apilaban en el
suelo, no ocupados conmigo, no hablando conmigo, hablando entre sí
mientras rodeaban la aldea y la casa de manera que

dígame

para qué recibir a las visitas de pie si no me saludan siquiera, para qué
el cuello compuesto, el pelo peinado, yo un negro igual a los viejos, ¿se
da cuenta?, una especie de humedad que no era humedad sino mi piel en
el interior de la camisa, el primo Januário casi sin dedos que le rascasen
la frente

—¿Ustedes quiénes son?

a la espera del cigarrillo que no le daban, no venía, fachadas que se
sobreponían ocultándole la tienda, qué se ha hecho de su escaparate,
primo

una tienda de comestibles, una mercería, una casa de empeños

—Tuve una tienda, ¿sabían?

un murmullo en la sala del fondo, un ladrido creo yo, los licaones
refugiados en el bosque, mi madre bajito

—Van a pensar que no he sabido educarte si los recibes sentado

mientras que unos pasos en el balcón, los racimos de la enredadera
oscilantes, no una buganvilla, flores enormes, azules, mezcladas con
arbustos silvestres, los mismos que crecían en los espacios de los
peldaños y en las juntas de las tablas, pasos en el porche, en el balcón
y en el lado opuesto al balcón en el que antaño hubo un patio, una rejilla
de jaula

¿y qué en la jaula?

pero tumbada, vacía, yo de pie, madre, yo de pie, fíjese en que yo de pie
sacudiéndome las semillas en medio de los racimos de las flores, ha
sabido educarme, señora, no se aflija, me ha educado, el portugués no
con escopeta ni con ametralladora, solamente un revólver, el director
tranquilizando al ministro

—Mire por usted, señor ministro, archívese

los americanos sin necesidad de entender lo que conocían de sobra, uno de ellos con el mapa del servicio, otro con una bazuca en bandolera

no un cañón sin retroceso del Gobierno, una bazuca, madre

comparándome con una imagen imprecisa

¿la del tal Seabra, la mía, la imagen de nosotros dos?

aguardando a que el portugués

—¿Miguéis es usted?

no por necesidad de respuesta, porque los viejos tardaban en alinearse, porque dos o tres horas antes del crepúsculo y demasiada luz en los robles, porque tal vez mi padre con su tabla de ruedas y por consiguiente aguardar a que él en el trabajo o en un cuartito en Alcântara

¿iba a Alcântara, padre?

oyendo los barcos por la ventana abierta y una mujer

—¿Y?

dígame que fue a Alcântara, conoció a Salete, a Joana, a Anabela, que la señora a usted también, en su trono de terciopelo y de talla barata a la que le faltaba el dorado de la pintura, divertida con usted

—¿Qué edad tienes, chaval?

al mismo tiempo que un barco camino del estuario y por lo tanto no se vaya a fin de que los americanos sigan aguardando y comprobando la hacienda en el mapa, reuniendo a los viejos de la aldea y sobre todo

¿comprende?

que yo no oiga al portugués

—¿Miguéis es usted?

yo que siempre pensé que serían los licaones

(y los racimos de la enredadera rozándome el cuello, no una buganvilla, flores enormes, azules, mezcladas con arbustos silvestres)

o uno de los compañeros más jóvenes a quienes después de quitarme la chaqueta

y ellos con corbata y chaqueta puesta

me permitía enseñarles

—Si no las educamos desde el principio la cosa va mal

siempre pensé que en el caso de que uno de los compañeros más jóvenes el nerviosismo de él, las explicaciones de él

—Yo no quería, señor

o

—Me caes simpático, viejo

o

por temor a que la mano le fallase y fallaba y al recomenzar casi fallaba de nuevo

—Voy a intentar no hacerle mucho daño, disculpe

su cuerpo desaparecía de arriba abajo, los tobillos que intenté abrazar, los zapatos de novio, los cordones embetunados, yo en un islote de Montijo que se formaba y deshacía a merced de las crecidas del Tajo, sobras, desperdicios, restos de barcazas, lodo, yo de espaldas a ellos

y el gusto de la tierra

yo

el gusto de la tierra, de las raíces, de lo que deben de ser hojas, de lo que tal vez sean hierbas, yo

o tu hija, por mí

tu hija, por mí

—Estoy cansada

sin escuchar al compañero más joven que decía

—Perdone

me animaba

—Listo

yo un cadáver de gaviota desplumándose en el pantano, un pez hinchado, un cesto, los americanos midiendo la altura del solecito en el patio, calculando si llovería y no llovería dado que los árboles derechos, yo de pie para que no pensasen que mi madre no me educó y aunque de pie, con el cuello como es debido, ocultando la mancha con la palma, el portugués acercándose a la gaviota, al pez hinchado, al cesto

—¿Miguéis es usted?

y no oí los tiros, no me pidas disculpas, no me has hecho daño, chaval, algo en la cadera pero sin malestar, sin molestia, algo en el ombligo, algo en el pecho, el cadáver de la gaviota

no garzas, no flamencos, una gaviota difunta, una pata que se encogió, se estiró

sentí que se encogía y se estiraba después

un dedo que se rascó la frente sin pertenecerme ya, debe de haber habido algo en la cabeza también

en la nuca

algo en la nuca que no me afectaba, la mitad de luz de los robles se mitigó y se desvaneció, mi esposa terminó de sangrar el pan y salió de la cocina donde solo las baldosas grises y blancas, el teniente coronel

—¿Cuáles son las que tu hija no pisaba, tesoro?

muebles diferentes, cortinas diferentes, las traseras de los edificios donde hoy un barrio sin robles

o arces u olmos

una plazoleta, calles, quién se acuerda de nosotros, diga, quién va a acordarse de nosotros

—¿Miguéis?

una pausa, un silencio, una mueca de extrañeza

—¿Miguéis?

quién va a acordarse de nosotros dentro de un año, seis meses, cuatro meses incluso, los últimos mechones de algodón girando en el vacío, Miguéis un mechón de algodón girando en el vacío niebla tras niebla, lo cogemos y ningún mechón, un error nuestro, una semillita y ninguna semillita, una mota de polvo, nada, tu madre una lámpara nueva, una

mesa de comedor nueva, un sofá que no conoceremos nunca, la disposición de las habitaciones diferente, qué Servicio, señor ministro, una delegación inactiva, unos ordenadores, unos ficheros, un teléfono llamando a nadie, nosotros creyendo que dejaba de sonar y seguía sonando el porfiado, las garzas de Montijo a veces o no garzas, la ilusión de que eran garzas, ningún vuelo a flor de agua, ningunos huevos en los juncos, un miércoles no encontramos al primo Januário al solecito perdiendo dedos en el patio, otros diabéticos contando y volviendo a contar sus dedos para anunciar

—Tenemos todas las falanges

y por debajo de

—Tenemos todas las falanges

el temor a que se las robasen, buscar en este bolsillo, buscar en aquel y en los bolsillos una navaja, pelusa, nada capaz de agarrar cosas, de moverse en el extremo del brazo

—Doña Mizé, aquí falta un dedo, me lo han quitado

un miércoles el primo Januário no, un mes después la carta de su muerte en el buzón, la nota de los gastos, el reloj de pulsera que no funcionaba siquiera

—Tuve una tienda en Belém

y en lugar de la tienda fachadas tras fachadas

—Era allí

si el primo Januário estuviese vivo no encontraría la tienda, las horas del reloj de pulsera sin relación con el tiempo, sus cuatro horas, por ejemplo, otras cuatro horas, no estas, unas cuatro horas en las que la tienda existía, el primo Januário, con piernas, atendía a los clientes, aparecía autoritario

—Bebe

los americanos en el balcón por encima de la gaviota que soy

o los restos de barcaza, o el pez, o el cesto que soy

apartando trapos y basura

botellas rotas, una botella entera, aquella que el tal Seabra

—¿Le apetece?

hasta encontrar los diamantes en el hueco del suelo, en la foto de los hijos del delegado regional un reloj diferente del reloj del primo Januário en el que por más que intentase no distinguía las manecillas y en consecuencia la foto eterna incluso después de quemarla, un relámpago hacia el lado de los cerros, un segundo relámpago, la lluvia, no exactamente lluvia por ahora, frutos esparcidos, manzanas de gotas en la oscuridad levantando ecos en lo que quedaba de la casa, la chimenea

negra

sobre los carbones del tejado, el mechón de algodón que una de las gotas deshizo, una mancha roja

sepia

casi ocre en la camisa y mi madre quitándola con la punta de la servilleta, decepcionada conmigo

—Te dije que no te ensuciaras, ¿no?

a pesar de que yo

y lluvia ahora así, la ametralladora, el revólver, las escopetas restallando por todas partes en el girasol, en el río, los islotes y los pantanos de Montijo en Angola, picos de arena, lodo

¿dónde andan las garzas?

la cabra osciló despacio en un desnivel de barro y la perdí, un vapor de choza que cesa y la choza derrumbándose viga a viga, el *jeep* se elevó un momento, se volvió más compacto y se hundió otra vez, no el *jeep* entero, lo que quedó de la explosión del motor, una granada en el *jeep*, una corola de llamas y a partir de la lluvia ninguna corola, si mi padre viese el *jeep* como una tabla con ruedas, me invitase

—Miguéis

pero me olvidé de usted, padre, disculpe, se convirtió en un asomo de sonrisa entre hombros y solapas, mi madre de vez en cuando, no madre, solo pañuelo

—Tu padre

y el pañuelo venido de la manga regresaba a la manga, el disgusto, escondido en la nariz, sorbido en medio de un ruido de burbujas, el vértice del pañuelo que acechaba desde la muñeca

—Tu padre

la añoranza de mi madre igual al cadáver de la cabra oscilando en un desnivel de barro, si pudiese andar vería sus ojos abiertos y por no poder andar la perdí como te perdí a ti, hija, el vapor de la choza cesó y la choza se derrumbó viga a viga, la cama, el sofá, el paquetito de pastas que no llegaste a probar, al sábado siguiente lo encontrábamos en la cómoda, con el papel sin abrir, la argolla de la cuerda que nadie cogía, si mencionásemos las pastas la ceja

—¿Ah, sí?

los pasos sin pisar las baldosas grises, mirando mejor el suelo de tablas las baldosas allí, mis pasos cuidadosos tampoco, no por mí, hija, por ti, no pisé ninguna en Angola, el portugués destrababa el revólver pisando

él sí

las baldosas grises

—¿Usted es cojo, Miguéis?

tal como las pisaban los americanos, no yo, explicarles

—Así no vale

vuelvan a las camionetas y desanden el camino, sin tocar las rayas, a partir del capín del sendero con huellas de licaones, mías, de los hijos del delegado no

¿habrían estado aquí, habrían vivido aquí?

del tal Seabra pero borradas, antiguas, cinco años sin abandonar el escalón, a mi espera

—¿Le apetece?

no a mí, a los girasoles

—¿Les apetece?

y los girasoles en silencio

me pregunto si los pájaros de cuello pelado habrían venido con los motores o conmigo, alas sucias que se instalaban en las copas mirándome de lado, coloquen de nuevo las ametralladoras, las escopetas, las latas de gasolina en las camionetas, vuelvan a quitarlas, cotejen la hacienda en el mapa, cotéjenme con la imagen impresa, desanden el camino sin tocar las grises

mi hija envuelta en la toalla viéndolos

zapatos con puntera de charol comprobando las baldosas, minuciosos, lentos, aquel

el rubio

perdió, no puede moverse, se queda en la aldea de los viejos, no tiene permiso para alejarse de las cabañas donde cada gallina

las gallinas adivinaban los tiros, ¿sabían?, cada gallina una nariz sin pañuelo

—¿Tienen un pañuelo de más?

que se sonaba disgustos, cada gallina

—Tu padre

no, cada gallina apiadándose de mí

—Pobre Miguéis

el rubio en la aldea, otro, más bajo, que tropezó con una calabaza o con un pilón de manera que usted, el de la calabaza

o el del pilón

perdió también, se queda en la aldea igualmente agrupando a los viejos, no tiene derecho a la casa, no gana, los que quedan que vigilen el suelo, no me vigilen a mí, rodeen el balcón, prudentes, alzando las rodillas, tardando en andar, no se preocupen, no se asusten porque no hay nadie conmigo, no piensen que estoy armado, un gollete solamente, un pedazo de vidrio que no uso, no sirve, mis manos en el cuello y todos mis dedos sueltos, inútiles, ningún reloj de pulsera, ningún

—Tuve una tienda en Belém

ningunas cuatro horas sin tiempo, sigan rodeando el balcón, no se apresuren

—Rápido rápido

para qué rápido si no me muevo, no se equivoquen, no fallen, en el caso de que haya una baldosa rajada la línea de la raja cuenta

no se olviden

una junto al tendedero, una

más traicionera

entre el poyo y la cocina, el portugués del revólver que no falló, va a ganar

los pájaros inclinados ante él ya no en las copas, en las ramas

serán arces, olmos, quién fue el que dijo

—¿Usted es Miguéis?

uno de los americanos con él casi alcanzando el peldaño, un zapato de novio en ese cuadrado, otro zapato en aquel

va a ganar

no se distraiga con los licaones, la nariz de las gallinas, el pañuelo que regresó a la muñeca

—Tu padre

y la puntita de fuera, nada importante, señores, o que merezca atención, únicamente mi madre que se consoló de los disgustos, olvidó a mi padre como lo olvidé yo, saca una cuchara del cajón, una cacerola del armario, se coloca el delantal, lava el arroz, comienza la cena, dentro de unos instantes la latita del cilantro, la latita del perejil, la margarina tan dura en el frigorífico que cuesta cortarla, no un trozo, una de las esquinas derretida hirviendo, nada importante, señores, no mi hija

—Estoy cansada

una mujercita inofensiva de sesenta y un años y por lo tanto puede destrabar el revólver, apuntarme sin que se enfaden con usted, para que no piensen que no supo educarme, madre, yo levantado, derecho, el cuello como es debido, una arruga ocultando la mancha

no se nota, ¿no?

invitándolos a entrar

—Siempre se invita a las personas a entrar, Miguéis

solo que

—Tal vez olmos, tal vez tenga razón, madre

mi hola no llegó a hola, se me cayó de la cara y sin embargo, por lo menos, no la hice pasar vergüenza, señora, termine

sin temor

la cena, orgullosa de mí.

TERCER LIBRO

CAPÍTULO PRIMERO

Claro que llegamos demasiado tarde

(si no llegásemos demasiado tarde me sorprendería)

con el herido retardándonos y quejándose de la pierna todo el tiempo

no se quejaba hablando, se quejaba callado o insistiendo en que no le dolía, que podía andar y dejarnos atrás, porfiando en que podía andar por miedo a que lo dejásemos en el bosque, con la rodilla vendada con una tira de tela de los pantalones

—Uno o dos días y volvemos, palabra

a pesar de la rodilla magullada caminó unos metros y sus ojos

(hace años, desde que comenzamos en Lunda, solo encontramos ojos así)

—Fíjense en cómo puedo andar

apoyándose en un tronco y más pasos, apoyándose en otro tronco y la boca en el tronco, esa respiración de la fiebre, canicas de mármol en la frente, algunos dientes

el herido solo dientes

el dolor que iba subiendo y encías y dientes

—No me caí, tropecé con una raíz, con una piedra, todo el mundo tropieza, me encuentro bien

y moscas solo tuyas que hervían en la llaga, más canicas de mármol, tantas encías que tenemos y yo no sabía que tantas, no rojas, moradas, y no moradas, pálidas

(en cuanto tenga ocasión estudiaré las mías en el espejo)

unos pasitos que no atinaban con el sendero, juraban con una sonrisa

menos dientes de los que yo suponía al principio y torcidos y ralos, los de los antílopes sable más numerosos, más blancos, los de él oscuros, sin esmalte, ante un movimiento de escopeta el cuerpo sintiendo la bala, unos pasitos difíciles

—Me encuentro bien

de modo que atar con más fuerza la tira de tela de los pantalones y al atar la tira los dientes alzados hacia nosotros mordiendo el aire, las canicas quietas, un guijarro

o un terrón

en la boca que se desgranó en palabras

—Me encuentro bien

los dientes escondidos y el cuello ahora, no la garganta, el cuello, unos tendones, unas vértebras, no un cuello verdadero, hace siglos que trabajo con ustedes, no me dejen aquí, alguien tras él mostrándome la culata, haciendo el gesto de la culata en la nuca, yo con el dedo

—Después

y él dándose cuenta del dedo

miles de mariposas en un boj, cuando de niño arrojaba papelitos desde el balcón los papelitos igual, subían en lugar de bajar, parecían tropezar con los cables de la electricidad y no tropezaban con nada, si uno de ellos llegaba a regresar me daba la impresión de que estaba vivo, amenazador a pesar de ser tan pequeño y yo escapándome

—No me hagas daño

afortunadamente las mariposas no tropezaron conmigo, tropezó el herido dándose cuenta del dedo

—Me encuentro bien

y por lo tanto claro que llegamos demasiado tarde para colmo evitando los senderos, los poblados, el ejército, mandando a este o a aquel a adelantarse y batir el monte, buscando en la radio las conversaciones del ejército únicamente restallidos, interferencias, silbidos, cómo no íbamos a llegar tarde si el guía vacilaba ante las pisadas

¿son nuestras, son de ellos?

lamentándose de la lluvia que confundía los rastros, quién pisó este capín, quién aplastó estas ramas, ni una raíz de mandioca en los sembradíos del mapa

—Tienes el mapa al revés

y no tenía el mapa al revés, el mapa envejeció o destruyeron los sembradíos

destruyeron los sembradíos

aldeas distinguidas de lejos tal vez con trampas

(incluso antes de las aldeas un jarro, una trenza de estera pero antiguas, inútiles)

comprobar si había minas con un palo, soplar, apartar tierra con las palmas

olor a gente u olor a herido, el gesto de la culata en la nuca y yo con el dedo sin que él note el dedo y los dientes le crezcan de nuevo, mi hermana sujetando un papelito, mostrándomelo y el papelito inofensivo

—¿Te asustaste con esto, Gonçalves?

yo avergonzado del papelito deshojaba una de las plantas de los tiestos, yo al de la culata, con el dedo

—Después

no, yo con el dedo señalando a mi hermana

—Ya

y cómo explicarle a mi padre el cuerpo de bruces en el balcón y los geranios tumbados, mi padre sin preocuparse por mi hermana

—¿Has tirado tú los geranios?

cómo explicarle a mi padre que no era tierra de los geranios, tierra de las minas, señor, y no había minas, solamente una calabaza, mitad de una pala y nosotros a vueltas con la pala averiguando si había detonadores alrededor, si había pólvora, las mariposas y los papelitos desaparecidos en el capín y yo sin temor a nada, mi hermana planchándose el pelo, quitando pelos del cepillo con la pinza del índice, del pulgar, frotaba el índice y el pulgar y los pelos en el suelo

a menudo brillaban

—Tontainas

de forma que yo a la culata

—Otra vez

en las aldeas ni geranios ni papelitos, una caja en la que se había
acabado el pescado seco, la penumbra que solía encontrar al
esconderme de mis padres bajo la cama, los lugares de ellos dos
concavidades de muelles y no eran las concavidades las que me
buscaban sino voces, ruidos de zapatos, yo quietecito

—No oigo

si mirase hacia fuera el cisne de cristal del polvo de arroz lucía más que
los santos, la escoba de mi madre encontrándome

—Sal de ahí, desgraciado

y un brazo después de la escoba, entrar en los ladrillos de la pared

(los fantasmas pueden)

y salvarme del brazo, mi boca respirando contra la cal, la del herido en
un tronco, no quemaron las aldeas y sin embargo el ejército, no pies
descalzos, huellas de botas en la terraza, heces de cordero y el guía

—De cerdo, tuvieron cerdos aquí

un cigarrillo americano del que bastaba con deshacer el tabaco para
saber que era americano y el guía deshaciendo el tabaco

—Americano

fumaba las colillas de cigarrillo de mi padre, quitaba el olor con el elixir
de las amígdalas y me quedaba media hora con aliento de angina, mi
madre notando diferencias en el aire a mi alrededor, olisqueándome
intrigada, acercando su mejilla a la mía, evaluando su propia mejilla
con el dorso de la mano, decidiendo

—No tienes fiebre

los árboles cambiando de nombre con la caída de la noche

¿cómo se llaman ahora?

los ruidos sin color, insectos e insectos, todo agitándose y cantando en el
suelo

no exactamente cantar, otra cosa pero cantar sirve, se entiende,
abandonar la aldea, regresar al bosque, cuando viajamos a Angola no
entendía el silencio, me paraba en medio de la sala con una galleta en la
mano

—¿Qué es esto?

mangos y mangos fabricando la oscuridad, mi madre que me quitaba la galleta

—Después no cenas, claro

y yo ajeno a la galleta porque todo zumbaba, crepitaba, vibraba, un no sonido que se ampliaba en el interior del sonido y si el no sonido me alcanza quién soy yo, mi hermana en la ventana respirando la luna que se cogía con la escoba, las plantas del patio, la humedad antes de la lluvia

no exactamente humedad, otra cosa, si yo dijese puertas que no existen abiertas se entiende, en cuanto mis padres lejos de la sala el novio moldeándole el pecho con sus deditos

—Princesa

mi hermana como si rezase, despertándose de la oración y enfadándose conmigo

—¿No has visto nunca esto?

y yo para mis adentros

—Si quiero vuelo

tal vez incluso vuelo pero con el herido y los demás y la bazuca que no sé si dispara

con suerte va a disparar

no dispara a menos que sustituyamos el muelle y perdimos el muelle, abandonar la aldea y regresar al bosque por si un rastreador del ejército estuviese siguiéndonos o los americanos nos descubriesen

—Se encuentran en este espacio

en cuanto localicen la radio, la escoba bajo la cama

—Tienes diez segundos para salir de ahí, desgraciado

el silbido de un pájaro que no es un pájaro, el capín en la colina y el guía

—El capín en la colina

en el instante en que una granada y el pájaro que no es un pájaro silbando de nuevo

pensamos que no es un pájaro, sospechamos que no es un pájaro,
comprendemos que no es un pájaro y el guía

—No es un pájaro

cuando la pistola da la señal a las ametralladoras, partes nuestras que
saltan hacia atrás

el pecho por ejemplo, la barriga por ejemplo

mientras otras

los miembros por ejemplo, las facciones por ejemplo

desisten, mi padre desistía los domingos, yo sacudiéndolo

—¿Se encuentra mal, padre?

y mi padre sentándose, buscando el cenicero, bostezando

—¿Perdón?

claro que llegamos demasiado tarde sin quinina ni agua, si bebemos de
estas hojas, si estas raíces se comen, si pudiese cortarme las uñas,
darme una ducha, quitarle un clavo a la plantilla, un segundo clavo del
estómago, si al menos lloviera, si nosotros de pie sin ninguna brisa en la
piel, si nos acostamos las hierbas que no cesan, cuando los relojes se
paran según qué relojes se ponen en hora, el del herido las tres y cuarto,
el mío las siete y diez, el de la culata las once, la manecilla del herido
seguía moviéndose y por consiguiente las tres y cuarto tal vez pero
cómo las tres y cuarto si es de noche, los árboles no árboles, túneles de
sombra y después de los túneles otros túneles, después de los otros
túneles mi hermana quitando pelos del cepillo

—¿No has visto nunca esto?

un pelo en el lavabo y el lavabo parecía roto, pero cómo las tres y
cuatro si los ruidos incoloros, los insectos, todo agitándose y cantando
en el suelo

(no exactamente cantar, otra cosa, pero cantar sirve, se entiende)

el de la culata envidiando las botas del herido, perdimos la furgoneta en
Uíje a la salida de una plantación de café, no negros en ese caso,
blancos, me acuerdo de un grupo de mandriles escapando de nosotros,
de la furgoneta ardiendo

en el barrio donde crecí con mis padres una furgoneta a la que le
faltaban las llantas servía de guarida a un viejo que se afeitaba allí

dentro, los muchachos rompían los cristales y el viejo amenazándolos con el volante arrancado

—No me revuelvan la casa

mi madre

—Tome

se acercaba a la cancela con una lata de sopa y él ni

—Gracias

calentándose en la lata, al quedarnos solos, después del cañón en la furgoneta, no reparamos en el herido, uno de los neumáticos seguía girando y yo lo miraba pasmado, me acerqué con la esperanza de que hubiese un viejo afeitándose en el asiento

—Señor Gomes

y él misterioso

—No digas nada, Gonçalves

el del mapa contemplando el motor donde una llamita consumía los cilindros

—¿Señor Gomes?

al acercárseme mi madre con las costillas más deprisa que el resto del cuerpo, el labio de arriba temblando contra el labio de abajo, dicen que me parezco a ella

los labios no porque no tiemblan, de mi abuelo, de mi padre

y puede que sea verdad o lo haya sido antes de esto, de nosotros a pie robando gallinas en los poblados y una mujer que nos veía, un cabrito balando y las personas ni pío, el pescado seco de las cantinas y mi hermana a los camareros, deshaciéndose de un pelo que no paraba de brillar

—¿No han visto nunca esto?

o si no, en lugar de mi hermana, el de la culata a los camareros

—Ay de ustedes si vuelvo

abrir las tablas de la caja de pescado, volcarla en un saco, los perros siguiéndonos unos metros, si un rastro de collar y en el collar una medallita colgada

—Dragón

yo no sabía leer y mi madre

—Dragón

rascaba toda la santa noche la rejilla de la cocina, cambiábamos de habitación y Dragón ladrando en la ventana, con el hocico llegaba al alféizar

—Gonçalves

desaparecía, ladraba junto al muro, mi madre se levantaba de la cama a medias protestando en el interior del sueño, a medias fuera del sueño

—Dragón

se oía una pantufla, la otra no aparecía porque los objetos cambian de lugar sin aviso

perdida en el suelo de repente inmenso

si no fuese por la pantufla el suelo pequeño, nosotros a tropezones con las aristas y gracias a la pantufla infinito, la pantufla calzada que tiró a la pared

—Que la parta un rayo

ella o la pantufla irritándose frente al patio

—Dragón

un pie grueso, un pie delgado debido a un parásito cualquiera

el enfermero recomendaba pomadas y las pomadas impotentes

—Dragón

los perros que nos seguían unos metros se apartaban con el hocico sin energía en cuanto se les daba una palmada en el lomo, uno grande, castaño

se le notaba una cicatriz en las ancas

—Dragón

que trajimos de Lisboa y envenenaron en el patio, me acuerdo de él en las plantas, un movimiento de la cola, un espasmo

(no exactamente un espasmo, otra cosa, pero si digo un espasmo se entiende)

mi padre mirándolo y nunca vi a nadie tan callado, no tenía frente, no espalda, solo perfil y callado, volvió a tener frente y codos

sobre todo codos

al cenar, con la pala de cavar la fosa al lado, mi madre

—La pala

y mi padre acercando más la pala hacia él, mirándola como el perro nos miraba si le apartábamos la comida del plato, los ojos pálidos, los labios apretados, no dientes todavía, los dientes

cuando regresábamos de la cantina

del herido apuntándonos el arma, reconociéndonos y el arma desviada de nosotros, si la rodilla fuese mía no me cabe duda de que el arma crecería, el dedo al de la culata

—Ahora

mi padre guardó la pala en el armario de la ropa cogiéndola de una manera diferente, la mano hacia arriba y hacia abajo a lo largo del mango como nunca en mi cuello, palabra, esa noche mi madre levantándose de la cama

se oyeron los muelles separándose por su peso al incorporarse y uniéndose exhaustos al dejar de pesar, la primera pantufla asomó enseguida por la colcha y el pie grueso llenándola, el pie delgado tanteando en vano la segunda pantufla, ayudando a descalzar la primera, tirándola al espejo

—Que la parta un rayo

además ni espejo, un rectángulo negro, solo existía en la luz y sin embargo

digo yo

cómo será nuestra casa en tinieblas

probablemente tampoco existe, creemos que somos y no somos, no hay nosotros, hay los mil ecos de lo que solo se vuelve casa cuando la pantalla se ilumina, sillas que extraño, el fogón, el grifo del fregadero sin cerrar, mi madre casi

—Dragón

casi

—Cállate

y comprendiendo que Dragón porque mi padre en el patio, ni de espaldas ni de frente, componiendo la tierra, menos padre con pijama, casi de mi edad sin peinarse

—¿Usted es mi padre?

al volverse hacia nosotros fue un perfil lo que vimos, quien caminó a nuestro encuentro no era él, era un adolescente que no se entendía con las sandalias, el cuerpo aquí y las sandalias allí, todo moviéndose por separado y juntándose por fin al chocar contra el tanque

—Que la parta un rayo

no mi padre, mi padre es mayor, una camisa limpia al irse al trabajo

vale

y mi padre otra vez, aún de perfil pero casi adulto, con menos sombras en el interior de los ojos, ningún perro que lo acompañase a la cancela y él sin ver al perro

o tal vez viese al perro porque el cacharro y la cadena que se deslizaba por un alambre estaba abandonada en las dalias, mi padre preparando restos en un cazo, acordándose, desistiendo del cazo, ahora que no hacía falta, que ningún hocico en el alféizar

—Doña Eugénia

la segunda pantufla siempre junto a la primera, los objetos que no nos hacen falta tan fáciles de encontrar, ofreciéndose a nosotros, útiles, insistentes

—Estamos aquí, ¿has visto?

los libros del colegio, por ejemplo, los calcetines raídos, las camisetas sucias siempre por encima de las limpias, el pie delgado de mi madre, a pesar de allí al fondo, más visible que las manos sin defecto alguno, pasada una semana impaciencias, rezongos, mi padre frente y espalda, peinado, con camisa

—¿La porquería de la pala?

trozos de botella en el borde del muro, la pala

sin ninguna palma en el mango

sacada del armario

—¿Quién la ha metido ahí dentro?

para reparar un arriate y dejada al azar ni siquiera contra el tanque, el cuenco del perro roto, la cadena en el baúl del sótano junto con la radio con la bobina quemada, de vez en cuando mi madre dejando la bandeja

—¿No lo oyen ladrar?

mi hermana

—Señora

trabajaba de telefonista en el banco

y mi madre

preocupada por el pelo a causa de los auriculares en los oídos

mi madre cambiando el

—¿No lo oyen ladrar?

por el

—Ni caso

de los hombros, mi hermana comprobando su flequillo entre dos llamadas, me hacía ir a la habitación recogándose los mechones de las sienes

—¿No ves una cana?

un lunar sí, arrugas sí

—Veo arrugas

el universo se balanceaba en un sobresalto ofendido, su dedo al de la culata

—Ya

claro que llegamos demasiado tarde

(si no llegásemos demasiado tarde me sorprendería)

con el herido retardándonos y quejándose de la pierna todo el tiempo,
quejándose sin hablar, quejándose callado o si no insistiendo en que no
le dolía, que podía andar y dejarnos atrás, la fiebre en sus ojos

hace años, desde que por orden del Servicio entré en Moxico y el
director

—Ocúpese de controlarnos los diamantes, Gonçalves

solo encuentro ojos así, ojos de perro envenenado pidiendo algo que yo
no entendía

una pala tal vez

ojos de mi madre por la noche en la ventana

—Dragón

los pies descalzos en el suelo infinito, la casa más próxima, de día
abierta a la siembra y tan remota, señores, a partir del crepúsculo en
cuanto se alteraban los sonidos, desde hace años solo encuentro ojos
así, evitándose cuando deseaban encontrarse y en el caso de
encontrarse repeliéndose desconfiados, furtivos, de campamento en
campamento y de poblado en poblado porque el ejército, porque los
americanos, preguntaba a Lisboa si los americanos y el Servicio mudo o
un sonido continuo o

—El número que ha marcado no corresponde a ningún abonado

yo argumentando frente a la voz grabada

—No puede ser

insistiendo frente a la voz grabada

—No me mienta

pan con mermelada fideos madre padre hermana Dragón

nunca existimos, señor ministro, exageraciones, equívocos, devuélvanme
las camelias y las acacias y yo les entrego la fiebre, el cansancio, el
herido retardándonos insistía

—Me encuentro bien

y nos encontramos bien, señor director, el paludismo y nos encontramos
bien, la diarrea y nos encontramos bien, las niguas y nos encontramos
bien, nosotros con la boca en un tronco, solo dientes

—Nos encontramos bien

las cabezas de antílopes sables que los pájaros no comieron
desencajadas de ese modo

—Nos encontramos bien

no caímos, tropezamos, todo el mundo tropieza, que levante la mano
quien nunca ha tropezado, mi hermana tropezando consigo misma para
mirarse al espejo

—Arrugas, ¿qué arrugas?

nos encontramos bien y arrugas solo nuestras, los pájaros de cuello
pelado a la espera, de vez en cuando uno de ellos una especie de sollozo,
plumas que se erizaban y bajaban y nosotros a los pájaros

—No se entusiasmen, nos encontramos bien

los pájaros, los licaones, el olor de las hienas que no avistábamos
nunca, mi padre a mí

—Nos comen llorando

orejas manchadas, ancas manchadas, una especie de baba igual a la
nuestra antes de las bocas en los troncos, si gateábamos en busca de
mandioca en los sembradíos que se secaron ni un tallo, hierbas
amargas, serpientes, llegamos demasiado tarde a la aldea de los viejos,
los *jeeps* en el sendero, los licaones girando sobre sí mismos, el del
mapa

—¿Qué estás esperando?, dispara

mi padre

pan con mermelada fideos padre

no disparó al perro, se detuvo a mirarlo

volviendo al comienzo y poniendo los hechos por orden primero el río
disminuía bajo la niebla y una extensión de lodo, se sabía del agua antes
de avistar el agua, lentejuelas en las copas, una transparencia en el aire,
el herido

el cisne del polvo de arroz brillaba más que los santos

apoyándose en un tronco

si retirábamos la mitad de arriba del cisne la casa olería a la comadre de mi madre, no la rubia, la morena de quien mi madre

—Aquella

cuando me cogía en su regazo

—Gonçalves

en cuanto ella se marchaba mi madre abría las ventanas y disipaba el perfume con la toalla

—Aquella

a medida que el regazo de la comadre se iba borrando en mí, lanzado al mismo rincón en el que se juntaban el coche de los bomberos con una campanita y una cuerda y mi abuelo

el bigote definitivo mientras yo fingía leer el periódico

—Este chico es listo

venido de lo alto del diván con una autoridad de campanada y un silencio de respeto alrededor, Dragón persiguiendo ratas en el muro, un revoltijo de recuerdos confusos, el

—Este chico es listo

más amplio que los restantes recuerdos aunque más diluido en el tiempo, el rincón con un barco a África también en una época en la que mi hermana tenía más fuerza y corría más deprisa que yo, declaraba

—Voy a ser general

y no lo fue, fue telefonista, volviendo al principio y poniendo los hechos por orden

primero el río que disminuía en la niebla y, donde la humedad y los árboles se prolongaban en limos, opaco, lento, disperso en la planicie, me pareció que un licaón nos observaba, me aquietaba en el perfume, en las pulseras, en el regazo, el perfume, las pulseras y el regazo surgiendo de repente del rincón

—Nos llamamos Arminda

Arminda

Arminda

y desapareciendo privados de nombre

—¿Cómo nos llamamos?

en el coche de los bomberos con campanita y cuerda, el coche de los bomberos o el del mapa

—¿Arminda?

dicho por ellos no lo podía aceptar, no estropeen lo que me pertenece, me pertenece tan poco, mi abuelo que es como quien dice una campanada convencida sonando desde las alturas

—Este chico es listo

Dragón y qué más si dejamos de lado el cansancio y la fiebre, un bigote que asentía enseguida y al momento siguiente cabeceaba su siesta, yo al periódico

—¿Ya no soy listo, señor?

y por respuesta un silencio igualmente muy por encima que masticaba pelos, primero el río y marcas de pies descalzos, botas

no, una pantufla, una sola pantufla

animales en el capín, chuchos, un cordero, lo que nosotros

—Licaones

y el guía

—Licaones

el sendero después del río, los *jeeps*, lo que quedaba de la aldea y habrían sido chozas, hoy basura, sin peso, mezclándose con mechones de algodón que algo, no el viento, otra especie de soplo

¿el de mi abuelo masticando pelos?

llevaba y traía

—Este chico es listo, ocultó los diamantes en un dobladillo del cinturón, pegó el cinturón con un adhesivo, si llega a la frontera

y no llega a la frontera

se va a vivir a Argentina

la comadre de mi madre en Argentina no con su marido, con un
compañero de trabajo, yo caminando por la calle

en Buenos Aires, en Córdoba

y en esto el polvo de arroz, las pulseras

no sacudan una toalla, no la aparten de mí mientras el regazo

—Gonçalves

el río, el *jeep*, la aldea, los pájaros de cuello pelado se alejaban de
nosotros a un paso paciente con lo que no quise ver colgando de sus
picos, sacudiendo los hombros almohadillados con plumas, mi padre
que amenazaba a uno de ellos en el patio, el que bajó del muro para
posarse en Dragón

—Ox

y aleteó un buen rato antes de abandonar el arriate, qué inteligente mi
nieto con sus diamantes inútiles, la esperanza de Argentina, una tienda,
un negocio, no tengo hambre, no tengo fiebre, ningún americano
persiguiéndome

—Soy casi rico, señor

desde la aldea se distinguía la hacienda diferente del mapa, el guía
calculando tamaños y veredas

—Nos engañaron, Gonçalves

un cachorro de licaón saltando de sorpresa, una hembra que lo cogió
con los dientes por la nuca y se escapó con él, cójame con los dientes
por la nuca, madre, escápese conmigo deprisa a donde mi hermana se
peina y me espera el pan con mermelada, en el extremo de la hacienda
una construcción colonial con una galería rodeando la casa y
enredaderas en los pilares donde los mechones de algodón que mi
hermana no peina

—¿Por qué no peinas al algodón?

van posándose en los cuerpos del peldaño, en las paredes y en el suelo
que la gasolina salvó, en el lugar del mapa, donde debían encontrarse
los diamantes, ningún diamante, los cuerpos vestidos como yo, la misma
camisa, los mismos pantalones, los pájaros de cuello pelado
balanceándose en las tablas y el herido a los pájaros

—Fíjense en cómo puedo andar

insistiendo en que podía andar por miedo a que sus picos, las uñas y mis tripas a la vista

—Fíjense en cómo puedo andar

intentando un paso, otro paso, canicas de mármol en la frente, el del mapa indicando el sitio donde los diamantes en un hule

—Los han robado

las canicas inmóviles y mi abuelo

—Este chico es listo, llegará a Argentina, tendrá un establecimiento, una tienda, algún día será rico

madre padre Dragón hermana

madre

dónde estarán las mariposas, los papelitos que yo arrojaba en la sala y subían en vez de bajar, parecía que iban a chocar con los cables de la luz y no chocaban nunca, si sucedía que uno de ellos volvía me parecía vivo y amenazador de tan pequeño, el herido a los papelitos, los pájaros

—No me hagan daño, no me toquen

la comadre de mi madre encontrándome en Argentina

Buenos Aires, Córdoba

las mismas pulseras, el mismo perfume, el mismo regazo

—Gonçalves

cuando ella entraba mi padre sin perfil ni espalda, solo frente y con corbata, él que nunca sabía nada de nada

—Yo qué sé de esas cosas

encontrando las tazas, la tetera, quitando el tapete de las rosas casi naturales del aparador, buscaba elogios que no llegaban, mi madre alerta, igual al Dragón cuando había voces por la noche, preguntándole a mi padre

y la comadre que alababa nuestras tazas sorda

—¿No te da vergüenza, Aires?

la comadre apagándose dentro de usted, padre, en el rincón donde se ponía la moto de la que me hablaba siempre

—En cierta ocasión compré una moto, ¿te he hablado ya de la moto?

mi madre joven con los dos pies idénticos, un piso cualquiera en Alcântara

—Yo en Alcântara a veces los festivos

visitando a personas que nunca me dijo quiénes eran, parece que una señora de edad

—Una mujer con educación, una amiga

recibiéndolo en una sala con damascos y dorados, parece que muchas habitaciones, parece que barcos, mi madre

—¿No te da vergüenza, Aires?

él guardando Alcântara deprisa y yo desilusionado porque me alegran los barcos, banderas extranjeras, la idea del mar

—¿Tiene nostalgia de Alcântara, padre?

nostalgia de la señora de edad, de la amiga, los festivos, mientras escardaba en el patio, oyendo los paquebotes

no, las tórtolas

—En Alcântara las tórtolas

cuando muera se llevará las tórtolas y los paquebotes consigo, la moto que no llegué a ver, en una ocasión usted camino del colegio

desviándose unos metros del camino del colegio donde estaban los baobabs y donde a veces fútbol

entregando dinero a un mulato mayor que yo

¿de mi edad?

más viejo que yo

¿más viejo que yo?

también solo perfil, sus gestos los gestos de mi hermana por una pluma si cogía el cepillo, una camiseta que me pareció que había sido mía

le pregunté a mi madre si conocía los baobabs y mi madre

—Cállate

la certeza de que mi padre me vio, dijo algo al mulato y al rato solo el camino del colegio

una camiseta verde y mi padre pasándose el cepillo por el pelo

pasándose la mano por el pelo, deme un barco de Alcântara para que yo viaje solo, una voz que no imaginaba que él tuviese

—¿Qué mulato, hijo?

hipócrita

y me recordaba las voces de las fotos antiguas si pudiesen hablar, con una dedicatoria y una fecha por debajo donde no solo se desvanecen las personas y las palabras, sino también el pasado, un sollozo de vida o ni siquiera vida, la imprecisión de los sueños, nadie que los haya conocido o se acuerde de ellos

quedaron un anillo, unos cubiertos, un biombo que suspira de noche el lenguaje que entienden los retratos, nosotros no

años que son números sin más significado que números

¿qué significa un siete, un nueve, un catorce?

no tiempo, nostalgias ceremoniosas, ternuras de alcanfor, abanicos a los que les falta tela, si les dijésemos

—¿Quiénes fueron ustedes?

una sorpresa tranquila

—¿Nosotros?

ellos sorprendidos de sí mismos

—¿En serio que aún estamos aquí?

un búcaro con florecitas, frasquitos de aceite alcanforado, un marco oval con su lazo de bronce, ellos extrañados, perplejos

—¿Eso realmente nos perteneció?

semanas después creí ver al mulato en el mercado

la camiseta, el perfil, los meneos del cepillo

ayudando a una negra con bandejas de mango, mi madre
endureciéndose a mi lado, la boca desprovista de labios

una raya

una especie de tos

no tos, y mi clavícula

no me quejé de nada, quien se lamentó fue la clavícula

—Me ha hecho daño, señora

bandejas de mango sobre bandejas de mango hasta dejar de verlas, la
iglesia de San Sebastián y después de la iglesia palmeras, arbustos de
guindilla, quitar las bayas rojas

—¿Dónde vives, negra?

y tal vez si le ardiese la boca mi madre más serena, la negra entre dos
chabolas ocupada con un churrasco, el mulato asomó por una cortina
de mostacillas y se marchó de nuevo, la camiseta doliéndome

¿hace cuántos años, baobabs?

el de la culata haciendo el gesto de la culata en la nuca, yo

—¿Para qué?

y los perdí así como perdimos los diamantes por llegar demasiado tarde,
depósitos de gasolina americanos, balas de ametralladora americanas,
cuerpos que el fuego no consumió por entero en la que debe de haber
sido una aldea de viejos y el guía

—Una aldea de viejos

los mechones de algodón que habrían de cegarnos casi hasta la
frontera, los pétalos del girasol no amarillos

blancos

el herido sentado en el suelo disparando a los pájaros de cuello pelado
mientras un ángulo de balcón continuaba ardiendo, canicas de mármol
en la frente, los ojos canicas de mármol gritándonos, un perro

¿Dragón?

no Dragón, delgadísimo, con un desgarrón en las ancas circulando entre las chozas en busca de sí mismo, un licaón

dos licaones

aparecieron en el capín

diez licaones bullendo alrededor, colas, ladridos, el del mapa

—Cabrones

el perro se volvió, intentó un salto sin lograr el salto

cogí al del mapa por el brazo

—Espera

a él también el director

—Tengo confianza en usted

a él también el director

—De todos los agentes que trabajan en Angola

un silencio al teléfono, alguien susurrando

—¿Se lo creyó?

o

—¿El idiota se lo creyó?

no

—¿El idiota se lo creyó?

prefiero pensar

—¿Él se lo creyó?

el director tapando el micrófono con la mano, destapando el micrófono

—¿Aún está ahí, Gonçalves?

aún estoy aquí, señor, en la hacienda de algodón y girasol junto al río
puesto que de todos los agentes que trabajan en Africa, puesto que mi
abuelo

—Este chico es listo

y alguien susurrando

madre padre hermana la comadre de las pulseras

—¿Se lo creyó?

no

—¿Se lo creyó?

otra frase

—¿El idiota se lo creyó?

y el idiota se lo creyó en efecto

el idiota apoyado en el balcón entre los mechones de algodón viendo al
perro morder el aire sin morder a los licaones, el del mapa

—Cabrones

canicas de mármol en la frente, algunos dientes

él solo dientes

el enfado que iba creciendo y encías y dientes

—Cabrones

una pata un momento y después ninguna pata, mi padre observándolo

—¿No le importa que Dragón muera, padre?

no mi padre, el herido apoyado en un tronco

hace siglos que solo encuentro ojos así

amarrando una tira de tela en los cartílagos al aire y ningún licaón, el
capín que se serenaba, ninguna oreja, ningún hocico, cuando
viajábamos a Angola yo no entendía el silencio, me paraba en medio de
la sala, con una galleta en la mano

—¿Qué es esto?

mangos y mangos que inventaban la oscuridad, mi madre quitándome la
galleta

—Después no cenas, claro

y yo sin hacer caso a la galleta porque todo zumbaba, crepitaba, vibraba, un no sonido ampliándose en el interior del sueño y si el no sonido me alcanza quién soy yo, mi hermana junto a la ventana respirando la luna que se cogía con la escoba, las plantas del patio, la humedad antes de la lluvia

no exactamente humedad, otra cosa, si yo digo puertas que no existen abiertas se entiende, en las puertas abiertas la frontera, Argentina y en Argentina la comadre de mi madre

—Gonçalves

y yo durmiéndome en su regazo, satisfecho con el perfume, apagándome en el mismo rincón en que mi abuelo

—Este chico es listo

Dragón persiguiendo ratas en el muro y un coche de bomberos de hojalata con una campanita y una cuerda.

CAPÍTULO SEGUNDO

Para un oficial en el servicio de contraespionaje desde hace once años sería el trabajo más sencillo del mundo, si no fuese por los trenes inmóviles bajo la lluvia. Recibí la orden de presentarme en el Estado Mayor a las tres y el consejo

—Conociendo como conozco a nuestro general, si fuese usted llegaría con el uniforme de gala y diez minutos antes

vacilé llevo o no llevo las condecoraciones, en opinión de mi mujer, a quien no le gusta el gris del uniforme y le encanta la pompa, las debería llevar

—Pareces menos pálido con ellas

gracias a Dios no vivimos cerca de las vías del tren ni oímos las locomotoras por la noche

(ya basta con las que me persiguen cuando estoy solo)

me pareció que había engordado porque la ropa me apretaba la cintura, mirándome de lado al espejo se me ocurrió que no aunque mi mujer, señalándome la tripa

—Hay una curva ahí que hace un mes no tenías

me fijé en una tela de araña en la pantalla, solo dos hilos por ahora

tres hilos, encogí la barriga, conteniendo la respiración, el cuello se me puso rojo, la curva desapareció, mi mujer

—Así no vale, Morais

y mientras expulsaba el aire la curva de nuevo, no barriga, claro, una por así decir espesura que me restaba dignidad y podía ser que las condecoraciones disimulasen, los hilos de la telaraña, hasta entonces insignificantes, centelleaban enormes, no fue mi mujer quien se burló, fue la cajita de porcelana que heredó de su madre, al lado de la foto de nuestra boda, y que no servía para nada a no ser para guardar una llave que no sabíamos a qué cerradura correspondía, de vez en cuando uno de nosotros abría la caja, sacaba la llave, la probaba en un cajón o en una puerta, la miraba pensando, no llegaba a ninguna conclusión, se intrigaba, se cansaba de intrigarse, aceptaba el misterio y volvía a guardarla, yo a la llave, no a mi mujer

—Si crees que he engordado, ¿por qué estás aquí?

sintiéndome viejo a los cuarenta

casi cuarenta

sintiéndome deforme, en la foto de la boda estaba delgadísimo, del brazo de un remolino de tules que había envejecido también, el remolino de tules con bata y restos de la crema de noche en la cara

en sus tiempos de remolino no usaba cremas en la cara, tenía mejillas, cejas que no se depilaba, una sonrisa de me gustas, Morais, que había dejado de mostrar porque iba muy lenta la reconstrucción del colmillo, le aseguraron que cinco sesiones y llevamos meses de orfebrería dentaria, ¿acaso el médico y ella?, la acompañé a una consulta y no creí que el médico

él sí, extrañísimo, todo instrumentos crueles, todo ganchos y agujas

—Si le hago daño, levante el brazo

y los dedos que se aferraban con fuerza al respaldo de la silla, blancos de miedo

al principio, cuando la foto era verdad, un suspiro en la oreja al apagar la luz cuando una pierna contra mi pierna, un pie frío en mi pie

(las medias de lana en invierno comenzaron después)

—No vas a hacerme daño, ¿verdad?

la llevé a conocer a mi familia en coche para escapar de los trenes, rodeé el pueblo para que no me molestase ningún vagón, no éramos nosotros en la foto o no somos nosotros ahora, la cama sin estrenar entonces, las cortinas recién compradas, un ardor que se perdió

(¿cómo, cuándo?)

y podía ser que las condecoraciones lo disimulasen, si la llave abriese los años pasados me traería hasta aquí no mayor, alférez, o antes de alférez, alumno en el colegio de los curas, o antes del colegio de los curas, niño en una de esas casas que la compañía construyó para los ferroviarios viendo por la ventana, más allá de los pinos, un tren inmóvil bajo la lluvia, mi mujer adulta apoyando su mano en mi espalda con la paciencia intrigada que se dedica a los pequeños

—¿Qué ha pasado, Morais?

yo deseando que no me tocara, incapaz de palabras, la mano no se apoyó en mis galones, barrió una mota de polvo que yo no tenía en el

pecho, se levantó un poco como si la molestase el colmillo que no la molestaba, como si un gancho, una broca

—Si le hago daño, levante el

mi mujer que me pareció que iba a hablar y no habló

por qué motivo nos separamos tanto, dime, por qué motivo no

la llave tintineó en la cajita de mi suegra y se calló, el niño de la ventana un hombre de repente, no delgadísimo, robusto

y no obstante estaban allí los trenes, estaban allí los trenes

(qué complacencia para conmigo mismo, robusto)

comprobando las horas

—Conociendo a nuestro general como lo conozco, si fuese usted llegaría diez minutos antes

levantando el brazo porque me dolía el recuerdo de la lluvia, me pareció que mi mujer iba a decir

—Morais

cejas que no se depilaba, un cuerpo que solo se completó realmente después de nuestro hijo como si él, no el tiempo, le hubiese dado caderas, pelvis, una espesura de carne que yo no supe ofrecerle, ganas de preguntarle

—¿Cómo lo has hecho?

nuestro hijo concentrado en el suelo con un rompecabezas

—¿Qué le has hecho a tu madre?

y él estudiándome un segundo antes de abstraerse de mí, de vuelta al rompecabezas como quien se pretende inocente, pretendiendo que veintiún meses, que monosílabos y boberías por el estilo, cuando le pellizqué el culo y comenzó a llorar mi mujer

—Morais

quitándomelo, consolándolo, haciéndolo desaparecer contra las caderas y la pelvis que el idiota

no yo, el marido

le ofreció

los trenes solitarios bajo la lluvia y yo viéndolos, Dios mío, así como veía a mi mujer tan joven apagando la luz, protestando con una voz que no le conocía

dedos que se apretaban con fuerza, blancos de miedo

—No enciendas la lámpara, por favor

una voz que me rehuía en la oscuridad, dejaba de rehuirme, se resignaba, todo aquello inerte, sumiso, presa del pánico

—No me vas a hacer daño, ¿verdad?

y debo de haberle hecho daño porque lloraba, el camisón que se negó a quitarse con un suspiro acongojado, rodillas en mi pecho y yo apartaba sus rodillas pensando no voy a ser capaz, sintiendo que no iba a ser capaz y por lo tanto enfureciéndome conmigo y contigo, viniéndome a la cabeza la impaciencia de los perros y la indiferencia de las perras, yo un perro que husmeaba, se levantaba, intentaba a ciegas, apartaba no solo rodillas, muslos, volvía a intentar

—Quietecita, perra

no te me escapes, perra, quietecita, quietecita, y no se escapaba, y lágrimas, yo acostado junto a ti

—Perdona

ganas de levantarme, lavarme, irme, yo buscando tu cara

—Perdona

mi brazo torpe en tu nariz, encontrar por primera vez la alianza en el dedo y entender que estaba casado, tan extraño, estaba casado, no sé qué es casarse y me casé, encontrando tu alianza, igual a la mía, en un dedito mojado y, porque me casé contigo

—Perdona

la lámpara encendida y la manga escondiéndose de mí, el camisón en el que tu madre puso lazos, puntillas, estirado hacia arriba, arrugado, un lunar junto al ombligo que no me imaginaba que tuvieses, la cicatriz de la apendicitis que me conmovió de tan humana

—Perdona

tu padre saludándome después de la iglesia, desconfiado, afligido, tu habitación de soltera vacía, tus conejos de peluche huérfanos, la muñeca en la almohada, a la que yo no le caía bien, abriéndote sus brazos de celuloide

—¿Te vas, Selma?

el cartel de un cantante en la pared, muy diferente de mí, el bolígrafo
con la marca de tus dientes en el capuchón, el frasquito de lavanda con
tu olor en la tapa, tu pavor cohibido, consintiendo, y yo un perro, yo un
perro

—Perdona

debajo de la manga la boca de quien llora, tu alianza observada con
asombro

qué extraña tu mano con alianza

los pies descalzos allá al fondo, abandonados, censurándome

—¿De qué sirven los pies?

las uñas pintadas de color rosa y la pequeña casi no uña, un trcito,
susurrar que te quiero y el susurro que no llega, llegaban trenes
inmóviles bajo la lluvia, llegaba la muñeca, los conejos, cómo puedo
ayudarte, ayudar a tus pies, animarlos

—¿No puedes andar?

intentar una caricia y los pies que la aceptan o no la sienten

no me sientes, no me sientes

ofrecerte el capuchón del bolígrafo para que lo mordieses

—Toma

tocarles el timbre a tus padres, con una gabardina sobre el pijama,
advirtiéndoles la antipatía de la muñeca y de tus compañeras en un marco,
risitas y cabezas unidas entre la vergüenza y la burla

si era solo una, vergüenza y los zapatos pisándose, si eran varias la
burla

burla del fotógrafo y burla de mí

no burla, indignación, las compañeras que se indignaban conmigo

—Vengo a buscar el bolígrafo

la noche en la calle, automóviles estacionados hasta el final de la acera
o del mundo porque la manzana no acababa nunca, fachadas, persianas

algunas de ellas torcidas

tendederos de vez en cuando y en uno de los tendederos

no en el tuyo

una claridad de gente, en cuanto se fue la claridad y dejó de haber gente
tus padres en el portero automático, con una voz áspera

—¿Quién es?

una persiana que comenzaba a subir resistiéndose tablilla a tablilla

se adivinaba el esfuerzo de la correa, tu madre protestaba contra el
carril deformado, unas gafas soñolientas que me buscaban abajo, la
pregunta simultáneamente en las gafas y en el portero automático

—¿Quién es?

si la llave de la cajita de porcelana les cerrase las preguntas, si la lluvia
parase sobre los trenes inmóviles y el niño en la ventana no hubiese
existido, si no se desprendiese un vapor de locomotora de mis botas
mojadas secándose en el fogón, mi mujer sin lágrimas

—Has cambiado tanto, Selma

no señalándome la barriga, intentando reducírmela con una palmadita
sin dolor

—Hay ahí una curva que hace un mes no tenías

y nuestro hijo sin molestarse por nosotros

¿alguna vez se molestará por nosotros?

indiferente, reuniendo en el suelo las partes del rompecabezas, en el
paragüero dos maletas tuyas olvidadas hace años, la bandeja con
propaganda de supermercado y facturas de teléfono, qué les sucedió a
tus lágrimas y cuánto tiempo hace que dejé de fijarme en tus pies que
deben de haber cambiado, que sin duda han cambiado, alguna que otra
vez vuelvo a convertirme en un perro, te busco en la cocina, apoyo en
tus hombros las patas delanteras y te transformas en la muñeca de la
almohada que se llevaba mal conmigo

—Mira al pequeño, ten cuidado

abriendo los brazos no por enfado, solamente disgustada

—Ten cuidado

y yo en la sala, en el pasillo, en el despacho, cambiando de lugar el estandarte del batallón de Guinea, sentándome frente al escritorio, volviéndome perro otra vez

fíjate en mi cola, fíjate en mis ojos

y corriendo hacia ti, tú inclinada, con una falda que ni siquiera me gusta, colocando el detergente en la lavadora con la cucharilla de plástico

una medida, dos medidas, ¿no?

no me gusta la falda y en este momento tampoco me gustas tú

soy un animal, ¿entiendes?

una señora que colgaba ropa en el balcón de enfrente y qué me importa la señora, me importa este frenesí, esta urgencia, no hablo, sollozo, no un sollozo, un ladrido, la convicción de que tengo pelos, de que mi mentón se alarga, me cuelgan las orejas, explicarte que no soy yo pero soy yo, que no me es posible esperar

—No me es posible esperar

y donde debería haber dicho

—No me es posible esperar

un gruñir, un gemido, una exaltación de vísceras, una pierna que resbala en los azulejos, intento

—Selma

y no

—Selma

el tal sollozo, el tal ladrido, la lengua demasiado grande, demasiado rosada que me traba las palabras, yo ridículo, yo estúpido, con ganas de huir e incapaz de huir, de buscar un cuenco con agua y sin encontrar el cuenco, la caja donde debía dormir y no hay caja, las patas en tus hombros

siempre las patas en tus hombros y no era eso lo que yo quería, perdona

—¿Me perdonas?

y a pesar del

—¿Me perdonas?

morderte el codo, agarrarte, impedir que te escabullas, algo parecido a

—Quietecita, perra

y te juro que no pensé en quietecita, perra

no quise ofenderte, la señora de la ropa colgada gritándonos con una pinza en la mano y ajena a la pinza, si me encontrase en la calle me ahuyentaría con el paraguas

—Mira al estúpido del perro

soy mayor, no un perro, un oficial de carrera, tengo cuatro condecoraciones en la vitrina del armario, soy un niño con la nariz en la ventana observando los trenes inmóviles bajo la lluvia

un tren inmóvil bajo la lluvia, no me preocupaba por los demás, mi padre

—Sal de ahí

haciendo la sopa para nosotros dos

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te quiero ahí?

y pinos, y lluvia, el tercer vagón, fue en el tercer vagón el veinticinco de octubre cuando yo

cerrar el veinticinco de octubre con la llave de la caja, para esto servías, llave, al final era esto, el polvo de la lavadora cayendo de la cucharilla, la cucharilla cayendo también, la palma de mi mujer empujándose por el pecho

—Debes de estar loco

mi padre colocaba los platos uno delante del otro, dos servilletas, dos cucharas

¿y el plato, la servilleta y la cuchara que faltaban?

no faltaban, es así, por qué no llevan el carruaje y los pinos solamente, caminar entre los pinos sin encontrar los rieles y si se llegan a encontrar los rieles sin mirarla, madre, yo no miro, no te lo conté, Selma, fuiste tú unos meses antes de casarnos, durante toda la función no estuviste atenta a la película, no me dabas la mano, me dabas dedos muertos, creí que era chicle pero mascabas una idea, los labios cambiaban de forma suponiendo, calculando, el anillo de plata que te

compré más conmigo que tú, después del cine suponías, calculabas, de repente, en el café

—¿Tu madre se mató?

y una parte de mí corriendo entre los clientes como entre vagones de comestibles y tantas ruedas enormes, yo nada en la cabeza salvo la necesidad de correr, de llegar muy deprisa a casa y mi madre en un banco mondando guisantes en el barreño y aunque nunca corriese de esa forma el banco vacío con el barreño encima, el delantal sin mondaduras, los patos con hambre y el pienso sin abrir en el saco detrás de la puerta, yo

—No me ocupo de ustedes, no voy a ocuparme de ustedes

teníamos un estanquecito en el lugar del nogal, la cama hecha, el suelo barrido, el cuadro de la cascada que parecía arrojar agua

arrojaba agua

si lo enchufábamos, solo lo enchufábamos cuando había visitas y mi madre no lo enchufó antes de marcharse, pasando una cuerda que descubrió no sé dónde por el gancho en el techo del vagón de ganado, todo en orden, por lo tanto, todo a la espera de que yo llegase o la Guardia o los bomberos o la primera vecina, yo sin responder o respondiendo a la vecina con un sollozo, un ladrido

respondiendo a mi mujer con un sollozo, un ladrido y mi mujer

—Debes de estar loco

limpiar el polvo de la máquina con un paño mojado antes de que nuestro hijo lo probase

—No dejes que el chico entre que esto es peligroso

cuando la primera vecina apareció yo encaramado en el banco sujetando el barreño de los guisantes y observando la cascada, el agua eléctrica siempre la misma sobre peñascos, arbustos, sobre el cuerpo derecho, la cara que decidí no mirar

no es verdad, la cara no morada, no torcida, normal, lluvia y después sol y después lluvia de nuevo, tú rumiando una idea

—¿Tu madre se mató?

y lluvia de nuevo, una vecina, dos vecinas, la segunda vecina ocupándose de los patos, con la cascada funcionando los muebles más bonitos, más caros, la pared más grande, no me quiten el barreño, no me prohíban mondar guisantes, mientras mondo guisantes no ocurre nada, son las manos de mi madre, no son las mías, doña Leónia, dígame

si hay algo más triste que un tren inmóvil bajo la lluvia, pedir la cajita de porcelana a mi mujer y acabar de una vez con los trenes y la lluvia, la indiferencia de los patos, no ver a mi padre luego ni mañana ni pasado mañana, me presenté en el Estado Mayor a las tres menos diez

—Conociendo a nuestro general como lo conozco, si fuese usted llegaría

una tarea sencilla para quien desde hace once años se dedica al contraespionaje, es decir, el trabajo más sencillo de este mundo si no fuese por mi mujer que cerraba la puerta aunque el ascensor

el de la derecha que el de la izquierda solo una lucecita roja

Averiado

(seguro que entre el sótano y la planta baja un hombre en el techo atornillando cosas)

aunque el ascensor venía cuando mucho en el sexto piso la puerta cerrada, el rellano a oscuras, nuestro hijo preguntando algo que no comprendí, mi mujer respondiendo algo que no comprendí tampoco, callados ambos y yo solo, si al menos un banco, un barreño y ni un banco ni un barreño ni guisantes, un perro que no sollozaba ni ladraba esperando el ascensor con uniforme de gala sin condecoraciones

—Pareces menos pálido con ellas

y por consiguiente pálido, mi madre no pálida, su color

—Suélteme la mano, señora

pensando no sé en qué

(sé en qué, sé en qué)

rozando el suelo con las punteras

—¿Tu madre se mató?

mi madre con nosotros en el café a medio camino de la barra y de las mesas, no como la encontré en el vagón del ganado, arreglando un dobladillo en la máquina de coser sin prestar atención a los camareros, a nosotros, tú

—¿Tu madre se mató?

y mi madre viva, cerca de nosotros, movía el volante de la máquina, deslizaba la tela y la aguja hacia arriba y hacia abajo en el paño, tú observándola de reojo sin conocer los trenes, inclinándote hacia mí, en voz muy baja, con una servilleta de papel disimulando tu boca

—¿Tu madre es aquella?

llegué al Estado Mayor no a las tres menos diez

por mi reloj las tres menos doce

venias, sargentos, un capitán de edad gritando en el pasillo donde un
cenicero vacío en un alféizar vacío

—Un momentito, Abel

y de repente la cascada iluminada, patos, mi padre caminando entre
ellos sin verlos, el ascensor se detuvo entre sacudidas en el séptimo y un
muchacho con la mochila del colegio

no un barreño, no guisantes

bajando conmigo sin reparar en mí

así como yo no reparé en doña Leônia

golpeando los dedos

¿al ritmo de las locomotoras?

en la placa de los botones, y digo al ritmo de las locomotoras porque de
vez en cuando, en medio de los trenes parados, un tren que llegaba

no me acuerdo de trenes que se fuesen

adónde si hay pinos, si llueve

y sol, sí, señor, aunque me olvide del sol, me acuerdo de que todos los
vagones llegaban, describían una curva junto al chalé del médico y se
acercaban con una majestad de humo, con chirridos de frenos, si
cuando tú

—¿Tu madre murió?

yo pudiese contarte, hablarte no del verano, del invierno, de la
decepción de los estorninos, de los grises sobre grises, del verde oscuro
de las copas, de la caja de cerveza donde se guarecían los patos, de mi
padre visitándome en el colegio los domingos, siempre con una
chaqueta diferente de los pantalones y nosotros no en la recepción como
los demás, en una de las aulas con una perplejidad muda, se afeitaba
mal, le quedaban pelos en el mentón, me irritaba, me desilusionaba, me
apetecía que me dejase en paz

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

me avergonzaba de él, de aquellos calcetines tejidos, de la raya en el pelo demasiado arriba o demasiado abajo, en una de las visitas, antes de marcharse, sacó una naranja del bolsillo deformado y me la puso en la mano, no olía a naranja, no olía a nada, la tiré por encima del muro

—No me fastidies, naranja

lo veía llegar al portón, sin volverse atrás con su ropa ridícula, un solo plato, una sola servilleta, una sola cuchara, cómo es posible comer sopa

cuénteme

bajo la cascada apagada, ni

—Adiós, hijo

nuestro general

—¿Usted es Morais?

ni

—Hola, hijo

mi padre un ojo que se escurría sin fijarse en mí

—¿Y?

media hora en silencio, dos horas de autobús, paradas, un paso a nivel donde a veces un buen rato con una mujercita que agitaba una bandera inútil, para media hora en silencio, observaba la pizarra, los pupitres, los libros, encontrando todo extraño, encontrándome extraño, y porque me encontraba extraño no se detenía en mí, el autobús lo recogía en el portón y allí se iba con él, yo a mi vez observando la pizarra, los pupitres, los libros de una manera diferente, igual a la suya, pasmado

—¿Qué es esto?

una pelota de *ping-pong* no sé dónde

—¿Por qué viene aquí, padre?

se notaba cuando la pelota estaba en la mesa y cuando estaba en el suelo, los soniditos rápidos, cada vez más tenues, de cuando la pelota estaba en el suelo, una pausa en la que alguien se agachaba para recogerla y la mesa y las raquetas de vuelta, ir a buscar la naranja

ir a buscar a mi padre

al otro lado del muro, el cura de Geografía

—¿Qué tienes ahí escondido, Morais?

yo le mostraba la chaqueta que no combinaba con los pantalones, la barba que no le hubiese costado nada afeitarse con más cuidado ante el espejo

—Mi padre, señor

mi padre inmóvil o secándose las palmas en la camisa sin saludar a nadie, la boca formando un

—Buenos días

casi una sílaba, casi un sonido y al borde de la sílaba y el sonido desistiendo del

—Buenos días

el general

—Siéntese, Morais

mi padre después de la cena encendiendo la cascada

y agua por un segundo

apagando la cascada

nada de agua al final, doña Leônia apareciendo y desapareciendo en las cortinas a las que el melocotonero daba un tono más rojizo, el hombro de mi mujer asomó desde la sábana, yo un perro que se exaltaba

no todo yo, una parte, la cola, las ancas

expulsando al perro

—Vete

y el perro doblándose en el vientre, desilusionado, ofendido, el general

—Una hoja de servicios aceptable, Morais, el brigadier Resende me habló de usted en Guinea

un tipo de paisano en otra silla, un segundo tipo en el sofá, un mapa de Angola proyectado en la pared

no una cascada, un mapa y no había agua corriendo, había círculos de ciudades, carreteras en rojo, ríos en azul, zonas señaladas que ¿qué representaban?

la marca del bañador en el hombro de mi mujer alteró su posición acercándose a mí, redondeándose más y un asomo de perro que un tren bajo la lluvia

no un tren, un carruaje, no un carruaje, un vagón

disolvió de inmediato, la cara de mi mujer alzándose de la almohada, volvió a arrugar la mejilla, los párpados

tu cara solo mejilla y párpados

el comienzo del pecho que la manta olvidó y donde la piel más clara, más sensible, más suave, no había peligro de que el perro se animase en mí porque mi padre espiaba a doña Leónia donde solo cortinas, el marido de doña Leónia la sonrisa de los difuntos en su óvalo de macramé, esa benevolencia de ellos, las facciones ordenadas una a una por el tiempo o el fotógrafo, esta oreja, esta arruga, un bigotito, hala, con una compostura solemne, él que casi todas las noches cantaba jubiloso por el vino, amenazando al mundo con la azada y cayendo por fin en las margaritas con una especie de llanto, implorando disculpas y declarándose infeliz, la mejilla de mi mujer en la almohada en una mueca de alegría ausente de mí y que no me tenía en cuenta, seguro que los conejos de peluche y la muñeca con ella, el cantante con gorra y expresión desdeñosa con el que flirteaba en secreto, el diario en un cajón donde tal vez no aparecía siquiera mi nombre

—¿Quién habrá sido este?

en contrapartida al general le gustaba repetirlo

—¿Conque Morais, no es verdad? Morais, muy bien

los dos tipos de paisano asintiendo con una aprobación amable

¿enternecida?

no

—Morais, muy bien

señor mayor, una hoja de servicios estupenda, señor mayor, once años de contraespionaje en Guinea, mi padre muerto hace tres y yo en el cementerio

—¿Y?

por lo menos la camisa combinando con los pantalones, ¿le apetece una naranja, padre?, ¿quiere llevarse una naranjita para el viaje?, puede ser que esta vez algún tren se vaya en lugar de llegar, no un tren completo

no necesita un tren completo

un vagón de ganado en una línea secundaria a la que le faltan traviesas, la más alejada de la estación, ¿así que Morais, no es verdad? Morais, muy bien, tuve que ponerme de puntillas para alcanzar el vagón, es decir, uno de los trabajos más sencillos de este mundo y al principio no se distinguía nada aparte de paja y la bosta de los bueyes, amigos nuestros localizaron una columna aquí, en esta zona del mapa, enchufé la cascada, los peñascos, el agua, me parecía que un niño con el babi del colegio de los curas pasmado ante aquello, mi mujer sacudiendo al niño

—¿Qué gracia le ves a algo de tan mal gusto, Morais?

y en consecuencia

—¿Morais, no es verdad? Morais, muy bien

de la colaboración con estos nuestros amigos

los peñascos y el agua en una plancha de cristal, ya ningún plato a la mesa, ninguna servilleta, ninguna cuchara, solo el negro con el bombín tocando clarinete del que mi madre se enorgullecía

había otro tocando el tambor que se cayó y se rompió

como consecuencia de la colaboración con estos nuestros amigos y el ejército angoleño traerlos para el norte y neutralizar la columna, intentamos pegar al negro del tambor pero faltaban pedazos, las baquetas por ejemplo, usted

—¿Morais, no es verdad?

hace de puente con nuestros amigos, acompaña al ejército

—Morais, muy bien

el plato en el escurridor junto con los otros dos platos

el mío era el del borde mellado

y de paso nos recupera unos diamantes que nos interesan, mi plato el del borde mellado y con el plato los guisantes, el barreño, el banco, mi madre que no estaba y si estuviese tal vez un ojo escurriéndose sin fijarse en mí

—¿Y?

y después del

—¿Y?

no el colegio, la lluvia, yo que volvía a correr antes de que las vecinas, antes de que doña Leônia no en el pueblo, en el Estado Mayor

—Acércate, Morais

nuestro general a uno de los tipos de paisano, el del sillón

—Señor director

no cansado de correr en el pinar, con la boca cerrada, recatado, sonriéndome con aprecio, si me visitase en el colegio nosotros no en un aula, en el despacho con cojines, vírgenes y un águila de alpaca que reservaban al obispo cuyos dedos sin huesos me cogían el cuello con una blandura suave

no me cogían ninguna parte, nos bendecían retraídos en esbozos de crucecitas, el obispo o el director

no distingo cuál de ellos

—Unos diamantes que nos interesan

con el tipo del sofá arreglándose la corbata satisfecho con la marca que hacía coincidir con la línea de los botones, dedos de obispo también, igualmente sin huesos, entrelazados unos con otros con el abandono de las cintas

diez cintitas inertes

la raya de los pantalones dividiendo las rodillas en mitades idénticas, el mapa de Angola apagado

la cascada apagada

—¿Ha comprendido, Morais?

y pared solamente, doña Leônia intrigada con la pared

—¿La cascada, Morais?

agua que parecía realmente agua, casi saltando, casi viva, tracios de espuma repitiéndose sin descanso, vacilando si la bombilla parpadeaba

y volviendo a repetirse en cuanto la bombilla estaba firme, la palma de general en la tapa

—Y es esto, Morais

la cascada en el momento en que creo que mi padre buscaba a doña Leónia o ella en nuestra casa, entrando por el fondo porque se oía a los patos

uno de ellos parpando por la noche cuando los patos

se sabe

no parpan en la oscuridad

mi padre más cuidadoso con la barba, intentando la raya sin lograr la raya a pesar del peine mojado, tal vez una naranja deformándole el bolsillo, no solo el hombro de mi mujer, la curva del dorso y el perro

palabra de honor

ausente porque yo seguía a doña Leónia y mi padre intentaba entender, la claridad del melocotonero los enrojecía a ambos, un par de rostros lisos sin atisbo de facciones, la naranja que caía al suelo

no una pelota de *ping-pong* , qué pelota de *ping-pong*

y rodaba hasta mí, nuestro hijo despertándose

¿una pesadilla, otitis, una muela rota?

y yo

—Papá ahora no, hijo mío

el general de pie, los tipos de pie, el de los dedos como cintas que se me perdían en la mano y yo pensaba despeguense de mí, suéntenme

—Sabemos agradecer a quien sirve al país, señor mayor

el general

ese sí, no yo

con una curva en la barriga, codeándome con una amistad blanda

—¿No conocía al señor ministro, Morais?

mientras las cintas me liberaban la mano y regresaban a la corbata, si mi padre estuviese peinado así yo no tendría vergüenza, el ministro en el

colegio de los curas y mis compañeros formados en el recreo después de un baño la víspera

y más tiempo y casi caliente

sin ser día de baño, los curas en un grupo obsequioso con el rector al frente

—Señor ministro

el ministro a la espera de que le abriesen la puerta para salir del automóvil de ministro apartándolos con las cintas, impaciente con ellos

—No es a ustedes a quienes quiero, ¿dónde está Morais?

mi mujer orgullosa de mí, si apoyase las patas en sus hombros consentiría, me ayudaría

—Cuando dije que debías de estar loco estaba bromeando, palabra

indiferente al polvo de la máquina en el suelo, indiferente a nuestro hijo, anunciando al automóvil

—Nos llevamos a las mil maravillas, soy su esposa, señor ministro

de manera que no te me escapabas, perra, y no se escapaba, sumisa, feliz a pesar de la señora que colgaba la ropa y de nuestro hijo con su rompecabezas, yo al mismo tiempo con ella y delante del tercer vagón ya que fue en el tercer vagón el veinticinco de octubre y sin embargo ningún sollozo, ningún ladrido, ninguna lengua demasiado grande, demasiado rosada que me trabase las palabras, mis patas desistiendo de ti, las vísceras no exaltadas, vacías, yo no contigo, con la nariz en la ventana frente a los trenes inmóviles bajo la lluvia, montones de trenes después de los pinos, el general

—Puede retirarse, Morais

y yo subiendo al tercer vagón, el general

—Le he dicho que puede retirarse, Morais

y yo entrando en el tercer vagón, el general

—¿Qué está esperando, Morais?

y yo comenzaba a distinguir, en el tercer vagón, el gancho del techo, la cuerda, mi madre no blanca ni morada, mi madre de siempre, tan natural, tan quieta, tranquila que pongo su plato en la mesa, la servilleta, la cuchara, no necesita darse prisa en volver a casa, no se

preocupe por nosotros, si yo consiguiese cerrar esa tarde con la llave de la cajita, mi mujer asombrada

—¿Ha ocurrido algo, Morais?

una perra al fin y al cabo, los conejos de peluche mentira, la muñeca sobre la cama mentira, el marco de las compañeras mentira, creí en ti y me engañaste

—No vas a hacerme daño, ¿verdad?

qué embuste las lágrimas y la manga escondiéndote de mí, para qué ese teatro, ese juego, la preguntita hipócrita

—¿Ha ocurrido algo, Morais?

el montaje del camisón con lazos, puntillas, los pudores al llegar a la habitación, el pretexto que di por nerviosismo, recelo

—Espera

y un grifo abierto, la cisterna, más grifos, tú interrogándote ante el espejo

—¿Cómo voy a hacer para que crea en mí?

o

—¿Cómo voy a humillarlo?

confiesa que he acertado, no esperabas que acertase y he acertado

—¿Cómo voy a humillarlo?

el general

—¿Alguna duda, Morais?

el director, el ministro, las cintitas de los dedos soltando la corbata, desmenuzando lo que no lograba escuchar, ninguna duda, mi general, es el trabajo más sencillo del mundo para un especialista desde hace once años en contraespionaje, yo buscándote la cara

qué imbécil

—Perdona

creyendo en el capuchón mordido del bolígrafo, en el lunar junto al ombligo, en la cicatriz de la apendicitis

¿cómo se simulan las cicatrices?

que me conmovió de tan humana, yo el ingenuo

—Perdona

y boda, iglesia, alianza

esta alianza en mi dedo, la habitación de soltera que ordenaron deprisa,
el cartel, el escritorio

barato

la entrada del primer cine al que fuiste conmigo metida en el cristal
donde yo

el paleta, el ingenuo

no estaba de cadete, volver al despacho, empujar al ordenanza

no empujarlo, inmovilizarlo con los ojos, vamos aprendiendo con el
tiempo a inmovilizar soldados con los ojos, avanzar un paso o dos
interrumpiendo al director, el ministro, si me permite una pregunta, mi
general, ¿cree en mi mujer?, pero el agua en la cascada que no sé quién
encendió, el capitán de edad gritando en el pasillo

—Un momentito, Abel

comunicados en paneles de corcho, un furriel apresurándose

correr muy deprisa entre los carriles, correr

trasladando papeles de una mampara a otra, escaleras que me pedían

—Baja

el Tajo en la ventana imitando a un lago sin que yo tuviese tiempo de
entender dónde estaba la desembocadura, nuevas escaleras y

—Baja

un cabo con palillo que no se ocupaba de nada y cuadrándose al verme

correr muy deprisa entre los carriles

—¿Crees en mi mujer, cabo?

yo pasado mañana en Luanda con nuestros amigos, yo dentro de tres
días en el bosque, ¿conoce el este de Angola, Morais?, si no lo conoce no
tiene importancia, va a conocerlo la semana que viene, pocos árboles,

milanos cayendo en picado de las nubes, perros que no son usted en aldeas de hambre en el caso de que dé con una aldea como dio con su mujer en un baile de la Academia, casualmente me acuerdo de la música, de la vacilación de ella pidiéndoles consejo a sus amigas

esas conversaciones ni siquiera de ojos, solo narices

antes de bailar conmigo, no atinar con los pasos, agradecer contrariado

—No atino con los pasos

las amigas consejos, apreciaciones, preguntas, una gorda jovial, con un bolsito plateado

—¿Si yo bailase con la gorda?

algo en la cara de mi mujer, no exactamente un sí

un sí

las ganas de atinar pero las piernas que traicionan, aunque las piernas me traicionasen la mejilla a diez centímetros, a cinco, rozándome después del tropezón de otra pareja

—Gracias, pareja

desviándose, quedándose, mi cola que asomaba, el perro que iba creciendo, la esperanza de que mi mujer no reparase en el perro y tal vez no haya reparado aunque su muslo estaba presente

su muslo reparó

el flequillo haciéndome cosquillas, aguantar el flequillo, dedos no cintas, cada vez más mojados, auténticos, señalándome la tripa

(-Has cambiado tanto, Selma)

achatándola con una palmadita sin dolor

—Una curva que hace un mes no tenías

yo no perro, yo no perro, yo con ella, hace tiempo, antes del día veinticinco de octubre, no la lluvia, no locomotoras, sol, yo caminando en medio de los patos, sin correr

no necesitaba correr por aquel entonces

manchas de luz en la huerta, mi padre que construía el gallinero, mi madre con un rastrillo contra el muro, ningún reloj que acelerase el tiempo, esa manía de minutos, de horas, de mañana, de ayer, de dentro

de un año, la noche no continuaba porque no existe mientras dormimos, existe durante la cena, un rato después de la cena cuando el viento traía los pinos de los que nos habíamos olvidado

no exactamente pinos, solo una fiebre de agujas

y justo después día de nuevo, no otro día, el mismo que se escondía y volvía, las manecillas podían colocarse en la posición que quisiesen que no cambiaban nada en absoluto, es decir, mi padre siempre construyendo el gallinero y mi madre junto al muro, la cascada apagada y el agua inmóvil también, yo no caminando en medio de los patos, en suspenso, los patos en suspenso, una hoja de nuestro limonero

en suspenso

sin alcanzar el suelo y por consiguiente no habrá octubre, habrá muchos meses entre ahora y octubre, separando por ejemplo enero de febrero o febrero de marzo, después de febrero un espacio interminable y marzo larguísimo, si no miramos el calendario nunca llegará a haber, nuestro hijo que me tira de la manga, se cansa de tirarme de la manga y se aleja de mí, mi mujer asombrada

—¿Ha ocurrido algo, Morais?

y para qué responderle que no ha ocurrido nada, estoy aquí con mis padres, no sé quién es ella, no sé qué es bailar, nunca oí hablar de Angola, no me preguntan

—¿Conoce Angola, Morais?

además excepto algún tren que otro ningún ruido en el pueblo, si me dijese que un perro

—Quietecita, perra

no lo creería, claro, así como no creo en un sollozo, en un ladrido, en orejas que crecen y un gruñir, una exaltación de vísceras, patas resbalando en los azulejos

—Selma

qué Selma, explíquenme, inventaron a Selma, inventaron a este muchacho que me tira de la manga, esta señora

una extraña

—¿Ha ocurrido algo, Morais?

acercándose a mí, cogiéndome el mentón, alarmándose

—¿Te ha ocurrido algo, Morais?

yo sin comprender la alarma dado que es tan fácil verme, comprobar que yo estoy en paz en el patio con mi madre y mi padre, la portezuela del gallinero, un aseladero, una escudilla con agua, veo el banco, el barreño de los guisantes, un ángulo de la cocina con adornos de esmalte, tan fácil encontrarme con una naranja en la mano y comiendo la naranja

esto en la cáscara ¿mis dientes o un picotazo de pájaro?

esto en la cáscara mis dientes sobre un picotazo de pájaro, alguien del otro lado del muro afligiéndose, asustándose, alguien con un flequillo y dedos en los míos cada vez más presentes, más mojados, auténticos

—¿Te ha ocurrido algo, Morais?

o durmiendo a mi lado y un hombro en el que no me apoyo, no quiero, quiero a mi padre y a mi madre a la mesa, tres platos

el mío con el borde mellado

tres servilletas, tres cucharas, ellos con los codos apoyados en el tablero, yo que apenas llego al mantel, la lámpara del techo destruyendo las sombras, mi madre sirviéndome primero, quitándome las espigas

o las pieles o los huesos

sirviendo a mi padre, sirviéndose, colocándome la servilleta en el cuello, doña Leônia que se demora un instante mirándonos, yo mirando a mis padres allá arriba, mucho mayores que yo, mi madre

—Leônia

la indignación de ella

—Leônia

cerniéndose por allí, oprimiéndome, mi madre

—Cualquier día

pero debido a que yo no alcanzaba el reloj que el anaquel me esconde el cualquier día no es, ni el tercer vagón, ni la lluvia, ni mucho menos yo corriendo sobre los carriles de modo que no te asustes, Selma, no ha ocurrido nada, perdona

—Perdona

si quieres voy contigo a tu habitación de soltera y traemos la muñeca, la colocamos en el cojín con los brazos abiertos y no encendemos la lámpara, lo prometo, no necesitas levantar la manga y esconderte de mí.

CAPÍTULO TERCERO

Debíamos ir hacia el norte, rumbo a la frontera, pero el guía se quejaba de no comprender el viento: miraba el capín, miraba el río, se agachaba en busca de huellas de pasos y en mi opinión no miraba ni el capín ni el río, pensaba

—Si os entrego a los americanos no me matan

nos señalaba

—Están allí

y ellos agradecidos, indulgentes, el guía en Luanda, en una plataforma de petróleo, rico, y no obstante los americanos escondidos, solo licaones, buitres, el silencio de paja quemada de las chozas de los viejos, trapitos, cazos, miserias oscurecidas por el fuego, se detenía a escuchar

—¿Eso no es una puerta?

cuando no había ninguna puerta en la hacienda, había las ruinas de la casa, tallos de girasol, algodón, Gonçalves

—¿Qué puerta?

nosotros con el peso de las nubes por encima y sin creer en él

—¿La puerta?

ese ruido de goznes en una casa vacía donde las tinieblas se abren despacio revelando más tinieblas, sospecha de personas escondidas mirándonos, el brazo

¿qué brazo?

de no sé quién llamando a no sé quién, hojas transparentes, ramas invisibles, mi difunta esposa más allá de las ramas

—Tú

la puerta cerrándose, una vez, dos veces y todo inmóvil, a la espera, mi difunta esposa marchándose

—Tú

cuando pasamos a Luanda creí verla en el patio, prolongando el gato al acariciarle el lomo y el gato larguísimo, recuperando uñas y

disminuyendo de repente cuando la mano lo soltó, entonces sí, una puerta hacia acá y hacia allá todo el tiempo, tal vez la que el guía se detenía a oír viendo la boca que después de la muerte seguía creciendo, que en mi recuerdo crece aún más, la boca reparando en mí

—Tú

las avispas de la casa se multiplicaban en la pared, el cuerpo tardó en formar parte de las sábanas y aun el cuerpo muerto la boca insistiendo

—Tú

antes de una mudez de velas del tamaño de la noche en que los muebles se tambaleaban cada vez que entrábamos, no las llamas, los muebles, las llamas quietas, las sillas se afinaban y se aplanaban, el techo iba y venía, el herido despatarrado en un talud, sobreponiéndose a la fiebre para asegurarnos

—Me encuentro bien

no sobreponiéndose a toda la fiebre porque la sangre seguía ardiendo y él se consumía en la sangre, intenté comprobar en el mapa cuando el guía entre dos senderos

—Por aquí

y la puerta callada, en el mapa rayas, trazos, no la aldea, no el algodón, no nosotros, el viento que no comprendíamos blandía girasoles mezclando los caminos y por un instante, en medio de los girasoles, mi hija que llevaba la cara en el cubo

—Madre ha muerto, ¿no?

agua del cubo, no lágrimas, el pelo mojado, palmas que quitaban arrugas al asombro al limpiar las facciones y las facciones inexistentes

—¿Ha muerto?

el guía sin reparar en mi hija

—No hay puerta, me he equivocado

de modo que nadie mirándonos desde el rincón de las habitaciones, mi suegra y mi cuñado disueltos en un cortinaje blanco que a su vez se disolvió en el bosque, Gonçalves

—¿Era tu familia, Mateus?

como si mi familia estuviese a cincuenta kilómetros del mar, mi familia en Lunda, mi hija

me dijeron

a quien el ejército

—¿Tu padre?

y ella sin poder responderles porque no tenía facciones, si por ejemplo la nariz asomaba de inmediato la palma la quitaba, si poseyese orejas repararía en las ametralladoras en el barrio, una granada que la obligó a saltar, se oía respirar a los soldados, no se oían las armas, el automóvil en el que un blanco huyó y que siguió funcionando contra un poste, el caballo del holandés galopando en la acera con las tripas fuera, otro tiro y el caballo cambió de dirección y galopó hacia ellos, le faltaba una pata, dos patas, se encabritó, siguió corriendo, chocó contra un árbol, contra un segundo árbol, la sangre viva en el tronco, tal vez la sangre del árbol, tal vez la sangre del tronco, un sargento a mi hija en la sala en la que mi difunta esposa antes de la tumba, con las manos amarradas con el rosario para no dejarla trabajar

—Permiso, que no puedo estar en el ataúd con la cena sin hacer

el sargento tirando del pelo a mi hija

—¿Tu padre?

creo que la sangre de los troncos porque el caballo casi junto a los soldados, una catana en el cuello, una catana en el ijar y de quién esta sangre

suya, de mi hija, del herido

—Me encuentro bien

de mi hija de rodillas, del caballo de rodillas

¿cuál derribó esta cuba, cuál nos miraba desde el suelo?

el caballo despeñándose no entero, por partes, los muslos, las ancas, la barriga, un primer diente que se rompió en el suelo, si mi difunta esposa estuviese allí el barretero o el tenedor de la carne

—No tienen vergüenza, no, desaparezcan de mi vista

y los negros obedientes, el sargento respetándola

—Señora

mi hija de rodillas, el caballo tumbado, un tobillo que colgaba en el aire, iba bajando uno a uno escalones que no había, las bazucas se

estremecían en silencio en el barrio, una pierna de mujer al final faldas
quietas

la mujer una falda

mitad de un hombro

(una falda, una blusa rasgada, el hombro no, ¿qué es del hombro?)

un cuchillo cortando a rodajas una protesta o un llanto, cada rodaja un
ruidito escondiéndose en el suelo, el ojo del caballo cosa, no ojo, los
dientes cosas, él cosa, el tobillo que desistió casi al final de los escalones
ya no exactamente tobillo pero aún no cosa

ahora cosa y solo cosas en Lunda, no personas, no casas, ninguna
puerta

—¿No es esto una puerta?

sobre todo ninguna puerta, qué puerta, cosas, si me acordase de ellas
mi difunta esposa

—Soy una cosa, ¿no lo ves?

me casé con una cosa, viví con una cosa, enviudé de una cosa, antes de
que la torre cayese la campana de la iglesia repicaba sola, creía que
seguía vivo entre cosas, se dio cuenta de que no y se calló, el sargento
soltando el pelo de mi hija

se oía respirar a los soldados, no se oían las armas, nada salvo las
hormigas que se multiplicaban en las grietas, no eran las camionetas del
ejército las que avanzaban, las camionetas inmóviles, éramos nosotros
rumbo a la frontera sin comprender al viento, el herido intentando
convencer a los licaones

—Me encuentro bien

y los licaones naciendo del capín

—No creemos en ti

girasol, algodón, en el este de donde veníamos ni girasol ni algodón,
unas cuantas matas, arena, una población en el mapa

yo el del mapa

y nosotros dándonos cuenta por la tonalidad del sosiego y la ausencia
de milanos de que el ejército y los americanos a la espera,
enmascarados de cosas

un pliegue de tierra, cercos de madera, abejas

cientos de abejas

el tenedor de libros del Servicio, el del labio leporino, diría centenares

lápidas de cementerio al revés, cruces torcidas y mi hija de rodillas o el caballo tumbado en las cruces, Gonçalves sujetando al de la culata sujetando al caballo

—No

dado que ningún caballo, mi hija no lágrimas, agua del cubo y si yo estuviese con ella

—Sécame esa cara deprisa

una enredadera señalando esto es una rama venida de no sé dónde y en cada rama un negro y una escopeta

cosas

Gonçalves

—No

no a mi hija que no necesitaba de órdenes, necesitaba dos palas de tierra y ni eso le dieron, a nosotros

—No

dado que si no existió el Servicio no existimos nosotros, qué mentira los diamantes, qué mentira gente nuestra en Angola, qué gente, pruébemelo, muéstreme en qué sitio están además de este caballo y esta muchacha ambos de rodillas, ambos tumbados, haciéndose compañía el uno al otro en la miseria de Lunda y que nadie conoce

no ya caballo y muchacha, cosas dentro de unos instantes viejas que el capín transforma en una hierba de huesecillos, qué diamantes, qué gente nuestra en Angola, Mateus dijo usted, Mateus, si con Mateus se refiere a un individuo con un mapa

(y la esposa difunta preocupándose en el umbral de una puerta inventada)

cuatro vagabundos más con él y uno de los vagabundos herido, jurándoles

—Me encuentro bien

rumbo a la frontera, no sabemos quiénes son, pregunte a los
americanos y al ejército que los siguen

es usted quien lo afirma

por la radio y por el surco de los pasos y con la próxima lluvia los pasos
hierba también, lo que llama Mateus hierba, capín, raíces, no un
hombre, el guía sin comprender al viento se detenía a escuchar

—Otra puerta, ¿no les parece?

lo que fue un cuartel de portugueses entre tilos olvidados, el escudo del
batallón de yeso al que le faltan pedazos, unas casernas de madera y
todo aquello en un abandono en el que trajinaban carcomas, un lagarto

una sombra de lagarto, no un lagarto grande, un deslizarse rápido,
verde

desapareciendo allá, mi hija de rodillas, mi difunta esposa
censurándome

—¿Dejas a la niña así?

sin tiempo de irritarse conmigo porque aún debía hacer la cena

—¿Yo con tanto trabajo, Dios santo, y con los dedos atados?

en cuanto el paludismo me visitaba de noche mi difunta esposa
indignada

no, sin tiempo para indignarse, sacando la ropa de la pila y
empujándome porque le obstruía el camino

—Yo difunta, pero qué tontería, pero qué manía la tuya

empujándome de vuelta con el jabón, la lejía

—Sal de la tienda

en el cuartel de los portugueses, que no encontré en el mapa, jirones de
tilo modificando el silencio, tal vez un río cerca y el de la culata

—Ha de haber un río por ahí

un agüita que disminuía en la niebla transformada en ranas o sea un
crepitar de gente sin gente, goznes de puerta pero despaciosos,
desgarrándose, pinzas de barro a saltos, mi madre me mandaba a la
vivienda del cazador en el extremo de Lunda, casi en el bosque, y yo le

tenía miedo al cráneo de hipopótamo entre las flores rosadas en el
balcón, una cabeza enorme advirtiéndolo

—Ten cuidado conmigo, Mateus

por el hueco de la garganta donde hablaban insectos, moscas de alas
cruzadas en la espalda que me traían a la mente a mi tío en la sala
interrogando

—¿Te acuerdas de Lisboa?

y me acordaba de una lluvia diferente, blanduzca, el horizonte
acabándose, en vez de árboles, en la acera siguiente, en lugar de calles
escaleras sin fin que me afligían dirigiéndose

¿adónde?

auxiliadas por colgajos de hiedra, jacarandás que cerraban el mundo y
más allá del mundo pordioseros con gafas oscuras con la moneda de un
pájaro en la ramita de la mano, cangilones de barcos guiando gaviotas,
la luz de los cuervos sirviendo de mañana

—¿Te acuerdas de Lisboa?

me acuerdo de frascos de mermelada en fila en la despensa, ventanas
sobre ventanas y, en las ventanas, viejas, narices que me acechaban y
después de acechar mordían como dientes

—No me muerdan, narices

finados que suspiraban

¿por quién?

con coronas de gladiolos, estatuas a las que la estrechez de las plazas
impedía cualquier gesto, mi abuela una horquilla de dedos que me
sujetaba la manga

—¿Te gusta Angola, hijo?

y yo encogido por allí, oculto entre las copas de licor con temor a las
viejas, lo que recordaba de Lisboa era un baúl con santitos educados
con sus sombreros de aureolas, un hilo de acordeón que de seguirlo me
conduciría a la silla de ruedas del primo suboficial que le daba a los
fuelles inclinándose de lado, la oreja, pegada al instrumento, flotando
con una risita

—Mateus

con los ojos vueltos hacia mí y las piernas muy flacas, Lisboa un callejón
que la música estrechaba y ensanchaba y después del callejón el mar al
que volvíamos ahuyentados por pañuelos, postales casi sin palabras

que se escribían grandes y no cabían

en un frasco de mermelada balanceándose en las olas hasta llegar a
Luanda, las alas de mosca de mi tío cruzadas sobre los riñones

—¿Y Lisboa?

el acordeón desvanecido, las piernas del suboficial durmiendo,
accionaba las ruedas con las manos sin rozar un baúl, mi abuela

—Primo

un licorcito blanco animaba las piernas y los fuelles con un suspiro que
los hijos mulatos de mi tío no percibían, iguales a nosotros en la
hacienda

—¿Esto no es una puerta?

yo santito educado, pero sin sombrero de aureola, en la vivienda del
cazador, con miedo al cráneo

la mandíbula inmensa masticándome, las flores rosadas en el balcón

—Señor Júnior

la fuerza de la tierra sin callejones ni copas, los diamantes que mi padre
pulía en el despacho de los holandeses, lágrimas biseladas que ningún
cubo limpia, hija, y nosotros rumbo a la frontera con ellas, en la
vivienda del cazador no eran las puertas lo que yo oía sino monos
disecados burlándose de mi susto, pasillos de ecos que iban a dar a la
negra con delantal en el fogón de la cocina o a las traseras donde
despanzurraba búfalos

y las tripas despacio sobre una estera

la negra del fogón me iluminaba todo casi sin reparar en mí, yo
ignorando

desmañado

cómo se usaba la luz, lo supe más tarde por una prima mulata que me
enseñó la vida señalándola con el dedo

—Es aquí

y yo, guiado por ella, encontrándola, creyendo el cazador que nos venía bien ahora por conocer los caprichos del viento, separaba las nubes con el faro, hasta donde la vista se extendía era el camino seguro, el de la culata

—¿Un cazador dónde?

yo con él en la penumbra de la vivienda en la que solamente existían los pies de la negra y el celo del cazador memorizando sus pasos, si él estuviese con nosotros ahora el ejército acabaría confundido, pedirselo a mi madre en Lunda

—¿El cazador?

esto con la esperanza de mi madre viva, no caballo tumbado entre hogueras, ella sí que recordaba Lisboa y hoy, si siguiese, una nariz que mordía como un diente, desterrada en horizontes de árboles que nunca fue capaz de aceptar

—¿Para qué los quiero yo?

criada entre cristales que se reflejaban mutuamente y rosas de olor exiguas, nadie que le escribiese una frase

(meditando en el lápiz, mojado en la lengua, su saliva de añoranzas)

yo iluminado por la negra a medida que el cazador iba partiendo el búfalo y la sangre en los pelos del brazo, en sus pantalones, en el patio, igual que el herido apretaba en la rodilla del otro lado de la fiebre, se lo llamaba y él ausente, se lo volvía a llamar y atravesaba el dolor, con el cuellito solícito

—Ya va

simpático

no simpático, ansioso

—Ya va

el de la culata preparando un golpe en la nuca y Gonçalves

—Espera

el herido volviéndose asustado

—Me encuentro bien

por mí el cazador lo despanzurraba en las traseras y yo delicado despidiéndome

—Adiós

quédate ahí dando semillas en la niebla, tranquilízate, perdona que no tengamos tiempo para una cruz pero si mi tío de alas cruzadas me interrogase, no desde el interior de la barba, sino en cualquier punto en el fondo de él

—¿Te acuerdas de Lisboa?

te sumo a los arcaduces de los barcos y prometo que te recuerdo también así como recuerdo las nalgas de la negra entre el sofá y la cama, yo de regreso a casa arrebatando el búfalo a una constelación de perros, mi madre viva y el cazador esparcido hace siglos en la lluvia sin poder ayudarme, un día amaneció despanzurrado en las traseras en el lugar de los animales y la negra junto a él, mi tío a nosotros

—Se puso otro delantal para recibirnos

un compañero trajo la escopeta y la negra inclinada hacia delante, de manera que la sangre de su boca contra la sangre del cazador en el suelo, deben de haber matado al viejo durante la noche y a pesar de no haber sido ella fue ella

—Nosotros los blancos somos personas, no matamos a nadie

todo lo que mi tío tuvo que hacer fue mudarse al sur con su hija embarazada, la mulata que me enseñó la vida señalándola con el dedo

—Es aquí

seguroque algo de ella en la vivienda fuera de Lunda, con el cráneo de hipopótamo entre las flores rosadas y los monos disecados burlándose de mi susto, algo de mi prima en el sofacito, en la cama, una peineta, una de esas colillas de cigarrillo que a veces me daba

—Toma

divirtiéndose si yo tosía, sin mi tío nunca más me acordé de Lisboa, me quedaron en ciertas noches los frascos de la despensa con cuadraditos de papel por encima defendiendo la mermelada de cucarachas y cucharas, un ganchito de dedos que me sujetaba la manga

aún me la sujeta si me siento huérfano

—¿Te gusta Angola, te gusta?

nadie sabe dónde mi tío cruza las alas en la espalda o si alguno de estos años se las cruzaron por delante, iba a decir que la hija entregándole una colilla de cigarrillo

—Tome

divirtiéndose con su tos de finado, el cazador que se distribuyó con los años

y la vivienda con él

en la lluvia y en las raíces sin poder ayudarme

debe de existir la calavera de hipopótamo y el portoncito de hierro que no había necesidad de abrir porque nunca hubo muro, yo al cazador

—¿La frontera, señor Júnior?

la negra del fogón en alguna parte en otra Lunda y él, sin rencor hacia mi tío

—Es difícil ayudarte, Mateus, me falta el cuerpo

él el tal viento a quien el guía deteniéndose a escuchar

—¿No es esto una puerta?

un escalofrío en torno o la mulata poco más grande que yo llamándolo, el índice que le enseñaba la vida y anulaba a los búfalos

—Es aquí

si pudiese haberla visitado no sé dónde

¿Narriquinha, Lucusse?

una casa habitada de miseria y chuchos, mesas con cajas de pescado, mandioca en la techumbre, mi abuela que nunca quiso conocerla

—Una negra

afilando el diente de la nariz para morderla, las otras viejas picoteando desde las ventanas y envolviendo silbiditos de escándalo en los chales

—¿Tu nieta, Preciosa?

en los intervalos de truenos mustios y del sol que en el verano las descoloría como a la poca ropita colgada en las cuerdas, la mulata ahuyentando a los chuchos sin ahuyentar la miseria

—Es esto

y un niño de miembros frágiles clavado por los labios en la escasez de su pecho

así

ella no gorda, sin luz alguna en el cuerpo excepto tal vez un pabito antiguo

—Es esto

con treinta años volvía a tener quince recordando al cazador

—Amália

y se apagaba enseguida, el herido cojeando, solo rodilla y encima y debajo de la rodilla la fiebre, su certidumbre de que Angola no terminaba nunca y ninguna Argentina a su espera, mi certidumbre de que vísceras de búfalo o un caballo que goteaba sangreen los troncos se dirigían a nosotros, nosotros también caballos y el último tobillo, después la catana en el pescuezo y la catana en el ijar, bajando escalones que no había y es esto, prima, es esto, yo una cosa y tú levantándote para ahuyentar a los chuchos

—Tu nieta, Preciosa

además del villorrio

Narriquinha

o del barrio de chabolas con la paja de los tejados

Lucusse

acechando desde el adobe, huevitos sin yema para comer por la noche, ella a la que conocí en Lunda limpiando los domingos la tumba de su madre a la que mi tío nunca iba

una negra, una negra y mi abuela picoteando

o sea los frascos

(y un vaso)

que servían de búcaros sobre una loma de tierra que limpiabas a mano, el cadáver encima de un tablón, creía yo que a punto de asomar desde allí, tú marchándote descalza, el carricoche del cazador en un declive y mi tío creo que en el almacén viéndolos, las caderas de la mulata

sacudían el aire y en los frascos de la tumba unas florecitas secas, tú
aún no

—Es aquí

sin darte cuenta de que el aire vibraba al ritmo de los cabellos así como
nosotros no nos damos cuenta de los americanos, del ejército, de
alguien enviado por el Servicio a vigilarnos

si mi prima se diese cuenta las caderas sacudirían más aire

no, mi prima solo con la fuerza de ahuyentar a los animales, sin limpiar
ninguna tumba o cuando mucho preparando la suya como el de la
culata imaginando la del herido y Gonçalves

—No

mientras el guía miraba a una rata, con sus vergüenzas a la vista en la
abertura de los pantalones, el guía casi hermano de mi prima en el
grano de la piel y en los modales y el de la culata vengándose

de repente solo nariz, de repente solo diente

—Mulato

un buitre por encima informando de nosotros, otros, más alejados,
encorvándose en las ramas, otros incluso en un espacio sin árboles,
cojeando juanetes con la impaciencia temblorosa de quien trae barro en
las botas, el herido amedrentándose en su lado sin margen, buscando la
pistola, la palma hueca disparando pulgares, mi abuela pidiendo ayuda
al altar de los santitos

—Una nieta mulata

y el acordeón del lisiado tan contento al final, la cabecita absorta
arrimándose a los fuelles, la música contraía y dilataba a Angola, por
ejemplo una carretera asfaltada lucía su charol de vapor, una camioneta
me pareció que de soldados sin preocuparse por nosotros, yo
comprobando en el mapa y en el mapa no una carretera, montes sí, un
poblado que no encontrábamos, una represa que existía en el papel sin
existir en la vida, un África en el bolsillo, toda informaciones y números,
y otra sin informaciones a nuestro alrededor, tal vez una represa antes,
un reguero de pólvora y hoy una ausencia de colonos que no hacen
estallar nada, vinieron los frascos de la despensa de mi abuela y nos
llevaron abrazados entre lamentos y pertenencias sin tapa, el azúcar de
la mermelada convocaba a las gaviotas que se despedían a gritos, mi
difunta esposa armaba la tabla en Lunda, sin una mirada a la acuarela
del crepúsculo, mi hija entretenida con los alhelíes y las espinas de los
cardos entregándonos ramilletes

—Tomen

con el fin de que nos pinchásemos para reírse de nosotros

—Los engañé

se lavaba en el agua del cubo y las facciones dónde están, ni una arruga siquiera que me la trajese, mi difunta esposa no haciendo caso a los frascos

—Con esta cantidad de camisas para planchar no me parece oportuno que nos escapemos

los automóviles seguían desde Lunda hacia el mar sin nosotros con bolsas

¿de qué?

dentro de ellas, el calor de la plancha, probado con el meñique, ayudaba a olvidar, si me tendiesen en la tabla y alisasen mis arrugas tal vez estaría en la frontera, yo en Argentina en lugar de los buitres en las ramas, los perros nos ladraban por la noche y mi difunta esposa sabía sus nombres por el sonido incluso a lo lejos, planchar los ladridos también, la rodilla del herido, el viento que confundía al guía en el camino, si planchasen el viento el mapa estaría seguro, la carretera en el papel y entre las copas, nosotros en uno y en otras con el herido cada vez más distante, algo que balaba

—Me encuentro bien

y ya no oíamos, el de la culata levantando el arma y Gonçalves

—No

a la espera porque la camioneta de los soldados se desvió del asfalto y tal vez nos persiguió sin que lo notásemos, el suboficial abstraído del acordeón

—El mar

encantándose con los frascos en la despensa, uno o dos anaqueles de barcos zarpados del muelle donde quedaban unos trastos viejos y los monos embalsamados de los negros bailando a su alrededor imitando tijeras

—Corta, corta

mi hija, sin dormir, en la sala, enorme de tan breve, ocupándolo todo, abría la puerta de la habitación y el guía sin reparar en ella

—¿No es esto una puerta?

auscultando rumores, animales que no conocíamos

¿soldados?

el hilo de plomo del sol en un mediodía perpetuo y el herido con sombrero de paja arrojándose a un talud, cerrando los ojos, desapareciendo tras los párpados

no existe el herido

y regresando a duras penas, un buitre con ilusiones sacudió el barro del zapato hacia él, mirándome por encima del hombro al escaparse de mí, su odio redondo sin ninguna pestaña, cuando mi hija nació sus pies tenían demasiados dedos, un tiro y si después del tiro comprobase sus pies los encontraría largos y delgados y por no pertenecerle ella seguiría viva, el pelo mojado sin necesidad de cubo, el caballo que me parecía yo, las tripas a rastras y mi difunta esposa

—No les muestres eso a las personas, abróchate la chaqueta

se oía la respiración de los americanos, no se oían las armas, solamente sus pulmones, yo abrochando intestinos y mi difunta esposa aprobándome, yo cambiando de rumbo y corriendo hacia ellos, el de la culata alzando el cañón y Gonçalves en vez de

—No

ordenándole

—Sí

cinco o seis dientes

mi abuela solamente uno

en la boca abierta, Gonçalves

—Sí

yo

—Sí

(dándome cuenta del aliento de la niebla en mi relincho

—Sí)

me faltaba una pata

dos patas

las encontré por un momento y seguí corriendo, el caballo del holandés siete dientes, yo ocho, el dentista del Servicio venía una vez al año a arrancarlos, me observaba por dentro con sus manos en las rodillas, al enderezarse el brazo vertical encajaba la tenaza, me sacaba un añico que dolía demasiado al compararlo con el tamaño que tenía

—Ay, está todo podrido, señores

yo chocando con un árbol, con un segundo árbol, la sangre viva en los troncos tal vez mi sangre, tal vez la sangre de las cortezas, creo que la sangre de las cortezas dado que yo estaba junto a los americanos, no necesitaron catanas en el pescuezo y en el ijar para que cayese no entero, por partes, los muslos, la cola, la barriga y con la última pata

ya no yo, la pata

los tales escalones del aire uno a uno, Gonçalves

—¿En qué estás pensando?

la puerta del viento impidiéndome escucharlo, las plumas de los buitres abatidos en las ramas

ninguno de ellos se sacudía el barro de los zapatos ahora

el hervidero de los insectos rompiendo capullos y por consiguiente, dentro de poco, la lluvia, es decir, la noche sin aviso, opaca y azul oscuro en Lunda sacudiendo los cristales, la súbita conciencia del tejado, la casa solo cristales y tejados desprendiéndose del suelo para mudarse de lugar, tumulto de muebles que no teníamos en un fulgor de pared volviéndonos radiografías de nosotros mismos, el hueso fosforescente de la piedra caliza reflejándonos, desapareciendo, regresando a otra pared, todo huesos instantáneos, vivos, agujeros y hendiduras en la madera que tal vez ya estaban allí o los truenos creaban porque así como surgían así dejaban de ser, solo en el espejo

porfiado

seguía el día, cómo será mi cara y de qué color mi pelo ahora que no lo veo, nos veo a nosotros refugiados en el bosque, solo el suboficial se acomodaba el acordeón al cuello y se ocupaba de mí

—¿Te agrada la música, Mateus?

no

—¿Te gusta la música, Mateus?

una delicadeza de marinero antiguo dándoles sentido a los fuelles, el licorcito blanco descansando en un borde

—¿Te agrada la música, Mateus?

y una tristeza amplia que él, con los taloncitos roídos, no podía acompañar con la puntera, cerraba los ojos para volar con ella y al regresar del vuelo tardaba en encontrarme a pesar de estar yo allí, me encontraba sin reconocirme, encaramado en el vértice de un bemol, bajaba del bemol

—Bonito, ¿no?

yo con ganas de que empujase las ruedas sin tocar una cómoda, se me antojaba que el mundo había envejecido, yo joven y el mundo antiguo, incomprensible, el sillón que tardaba en ser sillón, el pequeño paisaje de la aceña sin meterse en el cuadro, demasiadas pantuflas bajo las camas, un modo hosco de vivir, el plato con tres alambres, en relieve en el plato amo a mi padre y una orla etérea de golondrinas, no iba a huir de Lunda, en un frasco, para esto, abrazado a un cocodrilo de marfil o a una máscara quioca mostrando amenazante los dientes, el Servicio buscándome en el despacho

—Nos convenía un muchacho con iniciativa, Mateus

no el director con el director en Lisboa, Gonçalves

—Nos convenía un muchacho con iniciativa

los diamantes de Lunda a Malanje, el judío a mi espera en una casa después del instituto donde había plátanos como en Lisboa, ya que estamos con los plátanos gorrones creía él, gorrones claro que no, los gorrones con las estatuas y la luz de los cuervos sirviendo de mañana, otros pájaros

lo que no falta son pájaros

el judío que espiaba a las chicas a la salida de clase con morrito de chivo babeándose, una ansiedad de codo feliz apuñalándome, me llamaba desde el escondrijo de enredaderas donde chupaba el tabaco sacado a tirones del bolsillo, la brasa de la mecha centelleando de esperanza

—¿No las ve?

el judío todo él porcelana tímida siguiendo a las chicas y yo pensando

—Se va a romper

colgado del pico de sí mismo, una gota a punto de caer, redondeándose antes de la caída, aguantándose, una cosita frágil que vacilaba, se recomponía, después de la última chica en el muro del cuartel iba ganando espesor, firmeza, autoridad, midiéndome y despreciándome, yo no el director, no Gonçalves, un Correo

la idea de las alumnas sacudida con la mano, el judío frente a mí en los peldaños, en el vestíbulo, no

—Haga el favor

pasaba él y yo detrás, una mujer entre puertas y la mano

—¿Ya no trabajas tú?

me pareció que más allá de la mujer flechas de negros, bronces, lo que más tarde habría de soltar en la zozobra del miedo cuando los colonos en Luanda, en la bodega de los frascos en fuga por el muelle y mi abuela cuchara en ristre, saliendo de la despensa donde el veneno iba reduciendo a las hormigas

tantas hormigas muertas

la horquilla de los dedos anclándose en mi manga

—¿Quieres probar?

como estaba diciendo los peldaños, el vestíbulo, el pasillo donde la mujer entre puertas

¿la esposa de él?

con algodón en la oreja

—Albano

al final de las puertas el despacho y el judío encerrándonos, un vistazo a la ventana por donde las buganvillas agitaban la cartulina de los pétalos previendo la noche, después de las buganvillas un invernadero de orquídeas que el judío me robó al correr las cortinas y allí estaban la pinza, los reactivos, la lente que se atornillaba en la órbita y le hacía unas pestañas inmensas

yo de tamaño natural en la pupila

cavando un redondel rojo en la piel que tardaba en borrarse, el yo de la pupila rascándose el hombro, dudando

—¿Seré así?

en un medallón de pelos, líquidos salados, venitas

una chica del instituto pasando por la pupila y el judío sin preocuparse por la chica, los diamantes en el cajón

—Están entregados

y luego la pupila minúscula

(¿qué es de mí?)

sin saludarme ni acompañarme al vestíbulo

—Puede marcharse

la mujer

su esposa

atornillando el algodón en el oído que la buganvilla ensordecía, allí estaba ella retorciéndose las muñecas incómoda con el crepúsculo, lanzándome anzuelos a la ropa

—Quédate aquí

en la hondonada de Malanje que la corneta de los militares rascaba con la uña hiriéndome los oídos, el viento deshacía el manglar despojándolo de los murciélagos que abandonaban el bosque hacia la escasez de lámparas, mi hija nunca de rodillas si pensaba en ella, un redondel rojo señalándomela y ella en el arco del redondel lavándose la cara en el cubo

—Madre ha muerto, ¿no?

no lágrimas, el pelo mojado, el codo del judío apuñalándome la tripa, el tabaco sacado a tirones del bolsillo y él turbio de humo que lo escondía señalando

—¿No la ve?

una gota a punto de caer colgada del pico de sí misma

él o yo una gota a punto de caer colgada del pico de sí misma

yo una gota a punto de caer colgada del pico de sí misma y mi hija secándose con la toalla, el judío un pasito hacia delante

—Niña

yo ningún paso mientras el guía y el de la culata iban armando la tienda a la que le faltaban estacas, la lona en la que mañana o pasado mañana envolveríamos al herido para balancearlo en un charco no por amor a él, por desprecio a los buitres, uno de ellos acercándose a nosotros mientras comprobaba el barro

la boca de sapo del barro, que tragó al herido, imperturbable

sin contar los licaones, las hienas casi de pie con su andar amarillo lleno de manchas negras pero como no mañana ni pasado mañana el herido apretando la rodilla en la tienda sin atravesar ya la fiebre, no

—Me encuentro bien

ausentándose de nosotros y bebiendo el propio silencio del hueco seco de la mano, él conversando consigo mismo abstraído de nosotros, en los dedos la vibración de las flechas cuando alcanzan el blanco y el primo suboficial que lo animase con los fuelles del acordeón, con la mejilla pegada al instrumento flotando en una risita

—¿Le agrada la música, amigo?

de modo que el herido no en Angola, en casa de mi abuela en Lisboa y yo con él, con él, yo no caballo, no hija de rodillas, no sangre por los troncos, no tiros, no mi difunta esposa censurándome porque la cena sin hacer

—Yo con tanto trabajo tumbada aquí con las muñecas atadas

nosotros en Lisboa, a salvo, adonde el de la culata no llegaba y no me molestes con el jabón y la lejía

—Sal de la tienda

déjame aquí con el herido bajo una lluvia diferente, pequeñita, el horizonte terminando en la acera siguiente, lo que llamaban castillo en la cima, es decir, guijarros sueltos, pavos reales, escalinatas dirigiéndose

—¿Adónde?

ayudadas por colgajos de hiedra, un gato solo pelo bostezando en arco, esquinas que me cerraban el mundo y más allá del mundo los americanos que no nos hacían daño, no podían hacernos daño de tan lejos que estaban

díganme qué frontera, qué Congo, qué Argentina

llevados por los arcaduces de los barcos que arrastraban gaviotas

esos ojos amarillos, esas uñas crueles

la luz de piedra de los cuervos sirviendo de mañana, canalones,
tortolillas, mártires educados con sus sombreros de aureolas

clavos de sufrimiento en barro, no auténticos, en los mantos, en las
túnicas

ninguna sed, ningún hambre, ningún miedo siquiera, los fuelles que
dilataban y encogían el callejón en el que ventanas sobre ventanas y, en
las ventanas, viejas, es decir, narices que nos acechaban pero no
animales, calma, solo los perros inocentes de los azulejos con cacerías
antiguas y un ciervo

no nosotros

en el rincón del cuadro, rodeado de individuos con capuchas con
lancitas vidriadas, el mar del que llegaban postales casi sin noticias
porque se escribían con letra grande y no cabían en ellas, nosotros
consolados por un licorcito blanco sin importarnos que el guía se
detuviese a escuchar

—¿No es esto una puerta?

y ninguna puerta, calma, unas zapatillas que suenan en el tendedero
mientras cuecen el pescado, mi difunta esposa saludándolo, satisfecha
conmigo

—Al fin traes a casa a un compañero decente

sin notar la rodilla, la fiebre, el

—Me encuentro bien

el de la culata levantando el arma y Gonçalves

—Ahora

y por tanto no te aflijas por la puerta que no hay ninguna puerta que nos
asuste, dentro de poco nos preparan la cama en dos colchones en la
sala, sacan mantas del armario pidiéndonos disculpas

—No avisaron que venían

se despiden en el umbral

—Felices sueños

nos apagan la luz, Gonçalves sin vernos

—¿Qué es de ellos?

y nosotros con nuestros sombreros de aureolas bendiciendo a África en aquel estante, ajenos a mi hija con el pelo húmedo que aparta la cara del cubo sin mirarnos

¿cómo mirarnos con las facciones vacías?

de regreso a casa mientras se enjuga un resto de agua con una punta de la toalla.

CAPÍTULO CUARTO

Cuando llegué a África y entre el aeropuerto y la ciudad vi la tierra de Angola no roja como me habían dicho sino amarilla, una extensión de miseria en la que ni siquiera árboles, solo troncos y barracas dispersas, mi mujer preguntó, creo que apenada por mí

—¿Fue aquí adonde te mandaron, Morais?

y comprendí que estaba solo y no necesitaba responderle al buscar la dirección de la voz sin encontrar a nadie salvo al camarero del hotel en el cristal a la espera de la propina y los pájaros de la bahía atravesando su cuerpo, la habitación desierta y el camarero en la ventana enderezando la santa Senorina, estirando la colcha, fingiendo que se marchaba y no obstante allí, sus ojos parecidos a mis ojos

¿sus ojos mis ojos?

al volverme para entregarle una moneda ningún brazo recibéndola, el brazo del reflejo, ese sí

—Muchas gracias, señor

y una trainera en equilibrio en la manga, coge la moneda antes de que la trainera caiga, las copas de la isla en mi chaqueta ahora, yo quitándomelas de la manga y mi mujer más nítida que nosotros

—Ayer trajeron esa chaqueta de la lavandería, no está sucia, Morais

la chaqueta limpia, sin isla, la habitación que se cerró con un sonido de última puerta más allá de la cual nada más

más allá de la cual la nada

lo que mi madre

(pienso yo)

seguro que sintió mientras bajo la lluvia los trenes, afortunadamente no estaba conmigo como a veces en Lisboa, si me costaba dormirme, me arrebujaba con la sábana, me sacudía la almohada, lo que debía ser mi mujer en la oscuridad

—¿No eres capaz de quedarte quieto por lo menos un instante?

aunque en la oscuridad siempre otras personas, se enciende la luz y las conocemos, se apaga la luz y no sabemos quiénes son, por la mañana se

va volviendo ella a medida que se despierta, antes de subir la persiana una extraña, subo la persiana y tú o sea alguien diferente de ti que vuelve poco a poco a ser tú, ojos cargados de párpados que se transforman en los tuyos, movimientos imprecisos que van ganando dedos, el pelo ya no de estopa, auténtico, la boca que deja de masticar la lengua, probándose a sí misma, para crecer en un bostezo, en el fondo del bostezo una muela que no imaginé que el dentista había tratado, cómo era tu vida antes de mí, qué pensabas, en quién pensabas, cuántas cosas me escondes, acostada pareces mayor, qué extraño, el montoncito de los pies que bajo la manta se me antojan otros y los míos, también de otro, al lado, pruebo a mover el izquierdo y el izquierdo que no me pertenece se contrae, lo saco fuera de la manta y siento frío y me pertenece, la cicatriz del tobillo, el lunar que durante la noche

¿por andar mucho mientras lo olvido?

creció, comienzo despacito a pertenecerme, los muebles, que no existían, en el sitio de la víspera, la camisa que se deslizó de la percha y se enrolló

¿qué hombre se la puso por haberme distraído?

en el suelo, las horas en el reloj de pulsera de la mesa de noche que pasaron

por maldad

sin mí, qué habrá sucedido durante todo ese tiempo, explíquenme, creí que la tierra de Luanda era roja

me aseguraron que era roja

y resultó amarilla, el ascensor del hotel que parecía llevar la habitación consigo de piso en piso al sacudir los cables, estoy en el octavo, en el sexto, en el segundo, vuelvo a estar en el octavo, los pinos del invierno por un instante aquí

—Háganme compañía, pinos

yo caminando por el borrajo en dirección a los trenes en el momento en que un topo molía tierra allá, el borrajo una tarima encerada, mi maleta en un rincón, los pinos

—Has crecido, ¿sabías?

no hay botas soltando vapor arrimadas al fogón, hay un cuartel donde antes un cuartel portugués, un olor diferente del olor de Guinea, menos denso, más leve, la tierra no roja, amarilla, inmóvil en el aire impregnándolo todo, mi uniforme amarillo, mi nariz amarilla, casernas de cemento

amarillas

temblando al sol

¿o era el sol el que temblaba?

un teniente amarillo comprobando mi papel y repitiendo las frases,
intentando un saludo que aprendió no sé dónde

¿dónde aprendió usted el saludo?

y no llegaba a la gorra

—Mi mayor

soldados descalzos al fondo, en Guinea uno de ellos, ya viejo, que nos
servía de rastreador

¿dentro de veinte años lo encontraré viejo?

cogió la catana y degolló a un alférez, el alférez un paso, casi dos pasos

el alférez un paso y medio

por casualidad me acuerdo de su nombre, se llamaba Galvão

y de repente sin piernas, el rastreador soltó la catana sonriéndonos, es
decir, no sonreía, creíamos que sí, Galvão sonriendo igualmente

tampoco sonriendo, el coronel desabrochó la pistolera y no sentí los tres
tiros, reparé en el rastreador que saltaba sacudiéndose, se apoyaba en
una camioneta, se sentaba en el suelo, el coronel al rastreador

—Firme

obligando a dos sargentos a levantarlo

la cabeza del rastreador hacia la derecha y hacia la izquierda

—Firme

el hombro de mi mujer que me rozaba aumentó, la marca de la vacuna
que siempre me enternece al sugerirme que habías sido niña, besarte la
marca de la vacuna como si pidiese perdón, me apetece ver el hombro
de mi mujer asomar fuera de la manta, había momentos en que el pezón
llegaba a la axila, más oscuro desde que nuestro hijo nació, mi enfado

—La estropeaste

y él encajando unas en otras las piezas del rompecabezas, la pistola del coronel buscándole la sien, mi hijo en posición de firme, el teniente señalando unas casas de madera a lo lejos

—Por aquí, mi mayor

unos meses después de que mi madre muriese doña Leónia saliendo de su habitación

me dio la impresión de que perfume

—He venido a ayudar a tu padre en la limpieza

su marido borracho en el hospital de Coimbra, prendió fuego a unos trapos en la cocina, derribó unas cajas y la policía se lo llevó, un pelotón de instrucción haciendo que corría pasó ante nosotros con esa manera de los negros en que los huesos se doblan, el coronel al rastreador

—Descanso

la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda

los sargentos lo soltaron y no hubo un hombre cayendo, sino ladrillos unos más pesados que otros, la espalda por ejemplo, las rodillas, lo que quedaba de la sonrisa por fin y después de la sonrisa me di cuenta de los tiros, mi padre pagó con un olivar a los curas del colegio, con el dinero apretado en la mano se despidió de los árboles explicándose ante cada uno, el comprador a un vecino

—Se está disculpando

mientras él hacia delante y hacia atrás entre rezos afligidos, el pozo con la roldana y en la roldana el balde en el que bebían las palomas silvestres, siempre que mi padre iba allí tiraba piedras al balde y parecía jovencísimo, si llegaba a notar que yo lo veía

—Tonterías

¿podríamos haber sido amigos nosotros?

mantuvo el dinero apretado en la palma cuatro o cinco días hasta que se lo entregó al director, cuando cruzamos el olivar para coger el autobús de Lisboa me ofreció una piedra

—¿No la quieres?

distinguí la sillita de lona a la que mi abuelo iba a fumar en agosto, al dar la calada se convertía en una calavera, al expulsar el humo engordaba otra vez, las casas de madera del cuartel sin pintura, un cabo escribía en un cuaderno respondiendo al teléfono

en el colegio de los curas hubo un compañero negro pero solo estuvo un año, era hablar con él y su mentón se aflojaba, enmudecía, el director contaba los billetes uno a uno, cada billete un olivo, una paloma silvestre, un pozo, mi padre en busca de mi abuelo entre sepulcros y tumbas

a la suya le faltaban las fechas

—Perdone

y una calavera dando la calada al atardecer sin expulsar el humo, descubría las horas por el colorcito del viento, decía

—Las seis y diez

o

—Las siete y once

y acertaba, los olivos anochecían no verticales, extendiéndose en el campo, el comprador los mandó cortar y plantó árboles frutales, la sillita de lona siguió siglos en la linde, el teniente señalando una de las casas

—El comando es ahí

o sea un mástil de bandera en el tejado, una antena de radio, una pareja de centinelas

dos payasos con armas automáticas

los profesores trataban a los alumnos de usted y a mí

—Ese, el de los olivos

y al negro de tú, dormíamos ambos en la parte del dormitorio colectivo pegada a los urinarios, en lo que el teniente llamaba comando una lámpara sucia de tierra amarilla con balanceos de mariposa, un brigadier al que los curas tratarían de tú

—Descompón este polinomio, Honório

a los americanos de usted, los americanos haciendo cuenta de que se trataba de un brigadier en serio y él gordo, con barba

fueron a buscarlo a una chabola cualquiera y seguro que la barba es postiza, esos pelos de alambre o de lana que les crecen, eligieron al azar

—Tú, el de la barba, ven aquí

le sustituyeron la mandioca y el pescado seco por comida de gente, no tenedor y cuchillo, tenedor y cuchillo para qué, cuchara

—Sujeta la cuchara, negro, aprovecha

lo disfrazaron de militar

—Ponte esto

lo adornaron con condecoraciones, perendengues, estrellas

—¿Quieres ser brigadier, muchacho?

pulseras, anillos

—A vosotros os gustan las cosas que brillan, ¿no?

los domingos el negro y yo solos en el recreo y de vez en cuando la idea de un tren bajo la lluvia, si ponía flores

no flores compradas, las arrancaba de una cerca

en el marco de mi madre las encontraba en la basura, una hoja en el delantal de doña Leónia, doña Leónia sujetando el búcaro vacío y el búcaro un bicho muerto al que se coge de la cola

—¿Qué flores?

si visitaba a su marido en Coimbra las flores

algunas con raíces

oscureciendo el agua, ciertas mañanas un ruido de locomotora, yo inmóvil, Honório inmóvil

—El correo de las once

y Honório

—El correo de las once

incluso hoy, hasta en Lisboa, palabra, hay momentos en que espero el correo de las once, yo contando los vagones, corriendo hacia él, al llegar al pasillo dejo de ver el tren y mi mujer

—¿Qué ha pasado?

nuestro hijo, un intruso, encajando dos piezas, los plátanos del patio de recreo

—Bztrl bztrl

yo a Honório

—Me equivoqué

Honório con el oído alerta seguía oyendo, tal vez no trenes ni plátanos, Angola, los pájaros de la bahía atravesándome en el reflejo del cristal, la isla que existía y no existía

¿un barco?

existía, se notaba una franja blanca, arbustos, cocoteros vacilando en el mar

todo vacilando en el mar

o al revés en el agua, solo la tierra amarilla era auténtica, ni siquiera estas chozas, el cuartel, ni siquiera yo aquí, no estoy aquí, asegurar a mi mujer que no se preocupe porque no estoy aquí, estoy a tu lado en la cama moviendo los pies bajo la colcha, encontrando tu pie y yo contento con el pie, contento de que seamos dos, ¿comprendes?, de que haya otros pies en este mundo además de mis pies, el brigadier que ya había olvidado

—¿Te interesan los cocoteros, Honório?

Honório disfrazado de brigadier

—Nuestro mayor se encarga del contacto entre estos señores y el ejército

la lámpara oscilando de aquí para allá, contacto entre estos señores y el ejército por causa de cuatro o cinco ladrones, el general en Lisboa

—Cuatro, tal vez uno de ellos herido

que yo ignoraba quiénes eran, estos señores lo localizan, el ejército soluciona el problema y usted

no tú

usted

y usted se lleva los diamantes consigo, doña Leónia llegaba de Coimbra y unos minutos después, sin que me diese cuenta, el búcaro vacío, mi madre en el marco

soltera

con raya al medio y cuello blanco, no se preocupaba por doña Leónia o por las flores, pasábamos ante ella y ni

—Buenos días

doña Leónia a mi madre

—Ya no perteneces a este sitio

la empujó hasta el fondo del anaquel y mi madre aceptó, era tan raro hablar, indignarse, heredé la lluvia y sus pinos, si ahora recuerdo sus facciones me parece que nubes, una brisa de silencios y nubes, no la raya al medio, nubes, nunca decía mi nombre

—Diga mi nombre, venga

se inclinaba sobre el pozo del olivar no con el cuello blanco, con la bata de trabajar en la huerta en la que siempre plumas de pollo, tierra, si yo me acercaba

—Vete

no era mi madre la que me echaba, era el pozo, todo oscuro y nuestras cabezas más oscuras que la oscuridad

cada vez que se oía un sonidito las cabezas vibraban, allí estaban ellas mirándonos, sin ojos, eran las cabezas las que nos miraban, la mía más pequeña y con orejas, la suya más grande y sin orejas, mechones ordenándose

—Vete

y yo en la sillita de lona esperándola con miedo a las lagartijas, a los sapos, balanceando los pies sin encontrar los tuyos, todo tan grande alrededor, amapolas de repente inmensas, una grieta en los ladrillos del muro, gigantesca

si entro allí ¿quién me encuentra después?

el tiempo inmóvil, es decir, muchas cosas pasando en mí, por ejemplo la muchacha con raya al medio llevándome consigo y el tiempo parado, abandonamos el pozo, el olivar, la casa, seguimos en dirección a Viseu, más allá de Viseu, Guarda, más allá de la Guarda, Venezuela, Suecia, la India

el hermano de mi madre establecido con una tienda en Venezuela

—Que ya eres un hombre, mi niño

comenzó a construir una casa, desistió, quedan los azulejos, el arco de la rosaleda, un tigre de mármol, palmeras que nunca plantó y acabaron secándose en la harpillera en la que llegaron de Lisboa

Lisboa entre Venezuela y la India

el hermano de mi madre a mi madre dándole palmaditas en las manos

—Vas a vivir conmigo

al cabo de una semana en el pueblo su lengua se entendía, camisas floreadas, pantalones violeta, me señalaba el tigre que hacía ademán de atacar a las personas

—Vas a vivir conmigo, mi niño

mi madre con cuello blanco otra vez, doña Leônia confundiendo

—¿No te mueves tú?

sin darse cuenta de que nosotros no estábamos allí, estábamos lejos, no nos hacía falta mover las piernas, íbamos con las palomas silvestres, no valía la pena poner flores en el marco

—No vale la pena poner flores en el marco, ¿no es verdad, madre?

las raíces van a mancharle el vestido, no se preocupe por las flores, el hermano de mi madre de regreso a Venezuela para vender el supermercado, una carta

—Vas a vivir conmigo

ninguna carta después, las cabezas más oscuras que la oscuridad, la de los mechones

—Vete

y después los pinos y el vagón bajo la lluvia, usted no pálida, normal, la cara del marco mirando lo que yo no sabía qué era y ahora sé

desde entonces lo sé, en esa época unas florecitas con tierra, la lluvia sin parar en los pinos incluso después del sol, cuatro o cinco ladrones

—Cuatro, tal vez uno de ellos herido

al norte de Luanda rumbo a la frontera, si yo a Honório

—Los pinos

tierra no roja, amarilla

Honório o el brigadier

—Los pinos

en el recreo del colegio, con el mentón flojo, escuchando, Honório
escuchando, el brigadier

—Un tercio de los diamantes son nuestros

no estoy exagerando, es tal cual se lo cuento, nunca imaginé que ellos,
que un negro

—Un tercio de los diamantes son nuestros

casi modales de blanco, casi nosotros hablando, una pata entró en el
comando con una fila de patitos, rodearon la mesa de los mapas,
desaparecieron por la puerta con el pescuezo estirado

no pálidos, normales

el coronel señalando al rastreador

—Sáquenme ese trasto de ahí

un mes después del vagón de ganado una postal de Venezuela, seguro
que

—Vas a vivir conmigo

y la rasgué sin mirarla, cuando los patos salieron noté los muebles
inútiles, una Venus de Milo sujetando papeles, faltaban el pescado seco,
la mandioca, las esteras de los negros, Honório ni siquiera maleta, una
cesta, lo mandaron de regreso a Santo Tomé

una isla en el planisferio del tamaño de un puntito donde nada cabía

—No aprendes a leer

el conductor del autobús obligándolo a sentarse en la parte de atrás,
abriendo la ventanilla

—Me lo estás apestando todo

Honório sin responderme a la seña, la cesta en el tejadillo junto con el
equipaje de los blancos y un sonido de locomotora

lo aseguro

al que no presté atención, si al menos una sillita de lona para sentarme a esperar hasta que ninguna locomotora, ni olivar, ni nosotros, mi mujer encendiendo la lavadora y yo empinándome con un sollozo, con un ladrido, con una prisa de los muslos intentando olvidar

—Ayúdame a olvidar

cargaron al rastreador no en la camilla de la enfermería, en una tela de tienda, lo que quedaba de la sonrisa se escurrió de las mejillas al vernos, la tierra de Guinea no amarilla, roja, y a medida que lo cargaban la sonrisa espiándonos no ya desde las mejillas, desde el cuello, evaporándose del suelo, empújelo hacia el fondo del estante, doña Leônia, donde no lo veamos, el cura de Geografía susurrándome al oído

—Bonito

me llamó para corregir mi examen, me mandó sentar frente a él y los plátanos preocupados por mí

—Morais

las manos iban errando por el libro

más plátanos

se equivocaba de página abstraído de mí por un instante

más plátanos, más plátanos

buscaba mejor

no plátanos ahora

una de las piernas se sacudía

los plátanos de nuevo

la otra pierna inmóvil, yo ensordecido por los plátanos, no los oía, quería oír y no lograba oír, un diálogo de hojas que no sabía traducir, unas ganas de huir y quedarme

de quedarme

de huir

una urgencia, un terror, preguntar a los plátanos

—¿Qué?

y las ramas en mi cintura, un dedo

¿o una rama?

despacio en la piel, dos dedos

dos ramas

la lluvia arriba, en secreto, mitad de la lluvia conmigo, la otra mitad
atenta al pasillo, a los compañeros, al picaporte de la puerta

—Bonito

que podía girar, debía girar, deseé que girase y no giró

plátanos

dedos mojados de lluvia o de la resina de los troncos, creo que de la
resina de los troncos, se abría la corteza con un machete y la madera
sangraba, se acercaba un cuenco de barro a la madera para recibir la
sangre, mi madre la juntaba en la palma, me la mostraba, Honório solo
en el patio o no sé dónde ahora con el correo de las once, hasta en
Lisboa, palabra, hay momentos en que el correo de las once regresa sin
motivo

¿por qué?

yo observando la locomotora que entra en la estación, mi mujer
enroscando la tapa del frasco de esmalte con la puntita de los dedos

—¿Qué ocurrió?

ocurrió que la sotana del cura de Geografía con manchas de resina o
estearina de velas, yo inclinado hacia delante y sus patas en mis
hombros, un sollozo, un ladrido, quería que fuesen palabras

—Tienes errores en el examen, Moraes, no has estudiado

y en vez de palabras un sollozo, un ladrido

—Bonito

el picaporte de la puerta que podía girar y giró, una segunda sotana,
una cabeza en el pozo

no la de mi madre ni la mía, más grande, una orden que no se entendía
de quién venía

—Vete

mi madre llevándome consigo y nosotros abandonando el aula, el pozo,
el colegio, dejando atrás el olivar en dirección a la casa, el director, sin
poder alcanzarnos, no a nosotros, al cura, ellos dos cabezas más
oscuras que la oscuridad, una sotana que ondeaba sobre la otra sotana

—Pecado

los pies de mi mujer distanciándose de los míos bajo la sábana

—¿No te apetece, Morais?

no pies, unas patas, un sollozo, un ladrido, una sotana manchada, no

—¿No te apetece, Morais?

un secreto

—Bonito

al contrario de la mañana los párpados de mi mujer no se
transformaban en ojos, las palmas sobre ellos, acariciar el pelo y el pelo
sin vida, no decir

—Tu pelo se murió

en vez de

—Tu pelo se murió

qué estupidez

—Tu pelo se murió

qué injusticia, las costillas que temblaban, el pecho entero temblando

—Maté a tu pelo, perdona

en vez de acariciar el pelo y el pelo escapándoseme

—No

apartar sus palmas

—No llores

y las palmas con más fuerza en los ojos, estearina de velas, resina, ser
un cuenco de barro recibíendote, tú ahuyentándome

—No

los pies imposibles de alcanzar, lo que se me antojó una nalga y la nalga escapándose

no nalga, un hueco de colchón, tú sin cuerpo, apartada de mí y sin cuerpo, codo solamente y el codo

—No

el brigadier a la espera, los americanos a la espera, un saludo que no tocaba la gorra con la seguridad de que la gorra

—No

la gorra mientras las costillas, el dorso, todo el pecho

—¿No eres capaz de quedarte quieto por lo menos un instante?

tierra amarilla, me dijeron que roja y sin embargo amarilla, el teniente donde antes un cuartel portugués, edificios sin pintura, un pelotón de instrucción haciendo que corría a esa manera de los negros en que los huesos se doblan, todo con una lentitud perezosa, hasta los milanos lentos, el polvo sin ganas de asentarse, dentro de poco las chabolas, la isla donde yo, el teniente o una trainera encaramada en la manga en el reflejo del cristal

—Seguimos mañana, mi mayor

la isla donde yo esa tarde, arena amarilla, no blanca, mar amarillo, no verde, arbustos amarillos, cabañas amarillas, la bahía nítida

amarilla

hasta el fin de las farolas y las farolas rotas o sea las palmeras del hermano de mi madre rotas, los azulejos, el arco, el patio que no barrieron ablandándose bajo la lluvia, en el marco no una raya al medio, no un cuello, zapatos viejos que habían sido los zapatos de domingo de su hermano

—Eres un hombre, mi niño

la bata de trabajar en la huerta en la que había plumas de pollo, semillas, la que usaba en el vagón de ganado bajo la lluvia y en la isla dos o tres

dos mujeres blancas tan miserables como las negras y por lo tanto más miserables que las negras asando un pájaro, las plumas en una camisa del ejército, en una tela que una pinza de ropa iba transformando en falda, no dos, tres mujeres, la tercera acostada, la nariz y la boca sin deslizarse, fijas, de una materia diferente pegada a la piel, una de las mujeres abstrayéndose del pájaro

—Salete

y volviendo al pájaro mientras nuestro hijo, que huía de mí, iba encajando las piezas de su rompecabezas, la cama con rejas en la habitación contigua, no un pie contra mi pie, un talón ahuyentándome

—Él no se ha dormido, ¿no entiendes?

en la isla una puerta casi entera flotando pero sin bisagras, sin un picaporte que girase, sin una cabeza más grande que la mía amonestando a otra cabeza

—Pecado

ninguna sangre de pino o estearina de velas, un sollozo, un ladrido, el libro de Geografía en el suelo

—Un error, señor

en el libro tantos países, tantas ciudades, los Apeninos, los Alpes

los Alpes llenos de nieve en un grabado a color

el cura cogiendo el libro

ya no patas, manos

—Un error, señor

bajo la sotana sus piernas afligidísimas

las mujeres de la isla no blancas, amarillas, en la bahía una de las farolas encendida, un automóvil durante la farola y no automóvil después, el motor apenas pasados unos segundos no motor, la mano de una de las mujeres la mano del camarero en la ventana del hotel

—¿Tienes dinero?

y no hice nada, juro por Dios que no hice nada, créame, no era yo, era un perro, ese vientre encogido, esa cola doblándose, la mano que recibió el dinero sujetando una piedra mientras el perro la observaba, la olfateaba, disgustándose consigo mismo, guardando la vuelta en el bolsillo, el perro

no yo

aflojando la hebilla del cinturón, mostrando ese vientre encogido

no yo

esa cola doblada, el perro

la nariz de la tercera mujer un poquito nariz y después no nariz

el perro sacudiéndose hacia delante y hacia atrás, no yo, yo quieto, yo mañana en el bosque, juro por Dios que no yo y no necesito jurar, tú sabes que no yo, tú me conoces, cómo podría ser yo si nuestro hijo está despierto, un talón ahuyentándome, tú lejos de mí, una blanca tan miserable como las negras y por lo tanto más miserable que ellas, no una mujer, una perra, tal vez un perro pero no yo, ni por un segundo supongas que yo

la puerta

y tú girando el picaporte, entrando

flotando por allí, claro que no yo, es evidente que no yo, unas infelices que no desistían de volver a Lisboa, monedas en una lata

nunca volverán a Lisboa

la piedra sin fuerza para golpearme en la sien

¿de qué servía la piedra?

casi muerta de hambre, yo qué sé qué enfermedades, qué parásitos, qué piojos, una herida en el ombligo, una herida en el muslo, te acuerdas de una ocasión, antes de casarnos, en la terraza de la playa

una hilera de gaviotas en el parapeto, el mar no amarillo como aquí, verde, las personas no amarillas, blancas, ningún negro que imitase a los que trabajaban reparando la muralla, tu blusa con tirantes, unos pendientes que me hacían sollozar, ladrar

no ladrar, una manera de convencerte de que me gustaban los pendientes, lógico que no ladré, yo no perro

la terraza después de Cascais, yo teniente

el teniente en el cuartel de los portugueses

el cabo dejó de escribir en el cuaderno mirándonos

—Seguimos para el bosque mañana

no debía de saber cómo se escribía, pobre, unas espirales, unas bolas, una apariencias de esfuerzo para que pensásemos que escribía, nosotros en la terraza, te habías pintado los labios, te habías pintado los ojos

casi no te pintas los labios, casi no te pintas los ojos

—¿Te excita si finjo que soy puta, Morais?

nuestro hijo no te había estropeado todavía y en esto una perra sarnosa entre las mesas, te acuerdas de tu movimiento de retroceso, de tu asco

siempre que te secabas los labios con la servilleta te volvías más joven

el camarero se dio prisa desde la barra y la echó, el hocico obediente, una llaga en el ijar, una perra como las perras de la isla contando las monedas de la lata con la esperanza de un barco a Lisboa y mostrando las monedas a la perra tumbada

—Ya falta poco, Salete, a más tardar en febrero

la nariz casi nariz, una contracción de la boca, una voz

al final tenía voz

repitiendo

—Febrero

la voz contenta

—Febrero

segura de que no febrero ni octubre ni junio, tal vez unos días más, una semana a lo sumo y al cabo de esos días más, de esa semana, Lisboa, los árboles amarillos, el cielo amarillo

no rojo, amarillo

y Salete con una alegría de palabras que nadie oía

—Estoy en Lisboa, Joana

estoy con ustedes y la señora en el piso de Alcântara sin recibir a los clientes, almorzábamos en ropa interior en la cocina, comida verdadera, no restos, no pájaros, no tallos que no sabían a nada

—¿Te acuerdas del olor de las frituras, Joana?

nosotros sirviendo a la señora antes de servirnos a nosotros, sus gestos educados, se coge el tenedor así, se coge el cuchillo así, es el pescado el que va a la boca, Rosário, no la boca la que va al pescado, el tronco no torcido, no encorvado, derecho, encoge los bracitos que no tienes alas,

que no, pescado auténtico, patatas auténticas, no la ilusión de pescado y patatas masticando toallas, un mantel, vasos, la señora tan limpia

—¿Te has duchado?

ahorrando en el perfume, una gota detrás de cada oreja, se frota el tapón, que a los hombres les gusta el olor, le teñíamos el pelo con un frasquito violeta, la señora en el lavabo con la toalla en los hombros, el líquido en la loza

—No desperdicien tinte

patiezuelos apretados, vecinas que sacudían alfombras, la señora vigilando nuestra ropa, haz que no se note mucho el zurcido, cose mejor el dobladillo, yo aquí acostada no por debilidad, que gracias a Dios estoy bien de salud, si estuviese enferma la señora

—Disculpa pero tienes que irte, Salete

tumbada para saborear el almuerzo, coser mejor el dobladillo, poner música porque los clientes, Salete, prefieren que estemos animadas, la señora a Anabela

—No pongas esa cara de velatorio, sonríte

de forma que yo sonriendo, no una contracción, no arrugas, atiéndeme

ten paciencia, la señora comprende

ese cliente, ese mayor, ese chico del colegio de los curas

ese perro

mientras acabo de saborear el almuerzo y de coser el dobladillo, mientras en la terraza de la playa

una hilera de gaviotas en el parapeto

el camarero echándome, mi hocico obediente, mi llaga en el ijar

mentira, la señora no lo permitía, ninguna llaga en el ijar

—¿Qué cosa horrorosa es esa, Salete?

yo con una gota de perfume detrás de cada oreja corriendo por la playa y olfateando los restos, no coja, no con la tripa caída, saludable

estoy bien de salud, ¿no lo ves?

si el mayor no paga

sigue mañana para el bosque

—Sigo mañana para el bosque

la piedra, ¿comprendes?, con la que afilamos el pico, en la sien, en la frente, yo en Lisboa con la señora, a la espera, ustedes en el rellano y la señora

—Joana y Rosário, ve a abrirles, Salete

no esta puerta que se balancea ahí, una puerta en serio con goznes, con llave, se abre la puerta en serio y se acabó Angola, la tierra no roja, amarilla, Alcântara y la señora con la toalla en los hombros sin que le importase, por primera vez, que se corriese el tinte

—¿Se han duchado?

esa camisa del ejército y ese paño en la basura, todas las habitaciones completas y por lo tanto más clientes aquí en casa, la música en la radio porque nosotras animadas

no pongas esa cara de velatorio

aquí no caben tristezas, ponte este collarcito, levanta ese mentón, sonríe

ve subiendo la música que en la planta baja hay un almacén abandonado y en el primer piso el viejo de la Marina

un amigo

al que atendemos gratis, la señora a él, dándole el brazo

un compinche

—Los domingos, señor Nolasco, que es un día más tranquilo

o ni siquiera atendemos, se sienta por ahí mirando, tontainas, atento

—Qué ricura de chicas, qué ricura de chicas

un cartucho de bizcochos todo apretujado en el bolsillo, él ofreciéndonos un bizcocho avariento

—¿Les apetece, señoritas?

nosotras negándonos so pretexto de dietas y él satisfecho escondiendo el cartucho, aplastándolo con una palmada

—Si les apetece, está aquí

los bizcochos que va royendo por la noche, en secreto, en un cuenco de leche, protegiéndolos con la chaqueta del apetito de los muebles, es decir, los trastos que los del empeño rechazaron

—Llévate esos trastos, tontorrón

él royendo los bizcochos con el cuenco en el regazo y siguiendo con el bastón la cadencia de la música, Joana que entiende de muletas le reforzó el bastón con unas vueltas de alambre, dobló las puntas con las tenazas

—Tenga cuidado de no lastimarse

y el tontorrón radiante trayéndole un camafeo que encontró entre los pabilos de cuando falta la luz

—La semana que viene cenas en mi apartamento conmigo

un aro abollado de cobre

el gancho que un hojalatero le soldó con unas gotitas de metal, Joana a la señora

—¿Qué le hago a esto?

se mete en el envase de la margarina bajo cáscaras y huesos a causa del marino que hurgaba en los contenedores de la acera, disputándoselos a otros viejos, gitanos, viudas que repescaban desgracias

botellas, latas, cartones

que les compraban al peso, de vez en cuando la señora a mí señalándome la sartén en el caso de que nos sobrase besugo

unas pieles, unas mandíbulas

—Llévale esto a mi compadre

se cubría la sartén con la tapa de un cazo

—Esa no, que está buena

se añadía una rebanada de pan y unas verduras más pálidas, bajaba las escaleras con aquello, atenta al escalón solo clavos que asustaba a la señora

—Ten cuidado con el tétanos que se pillan con los clavos

me acercaba al umbral a gritos porque el viejo era duro de oído, todo a oscuras y yo

—Señor Nolasco

eternidades de silencio, más

—Señor Nolasco

más

—Señor Nolasco, soy Salete

creo que me da miedo la oscuridad

los pulmones exprimidos en un anuncio de catástrofe

—Soy Salete, señor Nolasco

un gruñido pensativo digiriendo mi nombre

—¿Salete?

encontrando mi nombre en una canastilla de nombres

—Salete

uniendo mi nombre a mi recuerdo

no es que crea, realmente me da miedo la oscuridad

—Qué ricura de chicas

la frase disminuyendo

—Espera, ricura

ruidos que él pensaba sutiles escondiendo los bizcochos y la leche en el ladrillo de la pared donde guardaba las maravillas conquistadas en la basura, después de los ruidos comprobando el ladrillo, felicitándose a sí mismo por la brillantez de la idea, yo con la sartén y el señor Nolasco avanzando

—Ricura

un cubículo escondido, un desván, un rastro de leche en el camino hacia el ladrillo, no una mesa, dos bancos, la sartén en un banco y el señor Nolasco en el otro, los brazos tanteándome

—Ven aquí, ricura

de modo que ocúpate del mayor

del perro

dado que no puedo ahora, el señor Nolasco

—Solo quiero que me muestres, ricura

yo desabrochándome la blusa, levantando el sostén, ofreciéndole uno de los pechos y el marino con los ojos cerrados

—Gracias, ricura

olvidándose de mí.

CAPÍTULO QUINTO

Si Gonçalves me dejase por mí los mataría a todos, los enterraría en una fosa para que los americanos y los negros no tropezasen con los cuerpos y nosotros dos seríamos capaces. Cuál es la ventaja

pregunto

de tener a esos inútiles con nosotros, el del mapa siempre buscando en el papel a su hija de rodillas en Lunda en lugar de en la frontera, siguiendo un río con su deditos, ilusionándose

—Con el caballo del holandés por aquí, ella no debe de estar lejos

cuando de hija o caballo nada, un error de impresión o un pliegue del mapa, yo

—Eso es un pliegue del mapa

y el del mapa alisando el pliegue ofendido conmigo como si el pliegue fuese una cosa viva, una persona, el tal caballo, la tal hija, el silencio de los árboles cambiando de dirección y acercándose a nosotros, dentro de unos segundos los insectos que preceden a la oscuridad, no hay nada que no se agite en África con la cercanía de la noche, ojos de animales, luces, agua donde no sospechábamos agua, huele a agua en el aire, intentamos beberla y en vez de agua barro o un destello de piedras, Angola no dejó nunca de mentirme, no creo en Angola, no creo en Gonçalves que me sujeta el brazo

—Déjalo

yo pensando que debía matarlo también por el tiempo que llevamos aquí y a pesar de las vueltas y vueltas del guía ni un pueblo con casas de blancos para muestra, una senda de cazadores, una carretera decente, el Congo no ha de estar muy lejos y en el Congo mi cuñado a la espera, es cuestión de pedirle al herido que me enseñe a manejar la radio, cómo se hace con el dial, con los botones, el herido desplazándose a duras penas debido a la rodilla, un eje fijo que daba la impresión de no pertenecerle y a cuyo alrededor el resto del cuerpo

que ese sí le pertenecía

giraba, la rodilla sana se cruzó sobre la rodilla enferma

—Me encuentro bien

una bota colgada desobedeciendo a los músculos, una mueca extraña afirmando

—Es mía

tal vez no una mueca, una invitación, no una invitación, una solicitud

—Díganme que es mía

y la bota en un ángulo torcido, sin dueño, desmintiéndolo, al andar caminaba por su cuenta harta de nosotros

—No tienen por qué saber adónde voy, es asunto mío

el herido la traía de regreso, le disimulaba las manías afirmando que eran suyas

—Creí que un sendero

con la fiebre tardaba el doble de tiempo en conectar la batería, regular el aparato, los cables se escapaban sin atinar con las clavijas, no los mismos gestos de dos semanas atrás, la enfermedad se los quitó y los sustituyó por otros que no sostenían siquiera un tornillo, la mano de antes volvía por momentos y una voz extranjera en la radio que la mano de ahora perdía, la miraba sin entender

—No entiendo

también con otros ojos, más hundidos en la cara, que se sorprendían de nosotros, nos recorrían cargados de dudas, tardaban en conocernos y al conocernos las nubes se disolvían en la frente, una especie de placer abriéndose camino en las facciones

—Ustedes

la bota colgada su bota por un segundo y al colgarse de nuevo no bota, eso que el mar desdeña, sombreros sin cabeza saludando solos, una silla de aquí para allá respirando en la playa, la bota se acercó unos centímetros

—Me encuentro bien

y se vació de vida, solamente suela, cordones, badana, mi cuñado con la camioneta a la espera en el Congo, hablé con Gonçalves, prometí a mi cuñado el cinco por ciento de los diamantes y mi cuñado diez, cinco y medio por ciento y él nueve, seis por ciento y él

—Consiguieron un socio, Mendonça

mi hermana oyéndonos, no hermana de padre y madre, de padre y de la hindú que trabajaba para nosotros, la hindú embarazada y mi madre en silencio, si por casualidad le observaba la barriga mi padre

—¿Algún problema?

hasta que mi hermana nació mi madre fabricando muñecos de cera, amasándolos con pelos y clavándoles agujas, mi padre se enteraba de los hechizos por la noche por causa de la velita encendida, allí estaban ellos, adornados con plumas, mirándonos desde la hierba, mi padre llamaba a la comadre que nos ordenaba alejarnos

—Atención a los espíritus

susurraba oraciones creciendo en importancia y tamaño, apagaba la velita con salpicaduras de agua bendita apuntando con un crucifijo a los demonios, yo con la sensación

la certidumbre

de que los murciélagos cubrían la luna, decenas

cientos de murciélagos subiendo desde los árboles, la comadre a la que yo siempre veía con su ganchillo, sus labores de punto, de repente tremenda, mi padre a mí

—Cuidado

mientras ella conjuraba a los muñecos

—Satanás, Satanás

les clavaba un cuchillo en el pecho y los muñecos llorando de rabia

—Ya no podemos hacerle daño a nadie

callándose bajo responsos de misa, latines, ellos inertes y la comadre pisándolos

—Ya está

al dejar de ser Dios se vaciaba de majestad reducida a las proporciones del ganchillo

la luna sin murciélagos y observándola mejor ni siquiera luna, la farola del jardín del gobernador que transformaba las copas en hojas

mientras el marido, en el muro

—¿Te has olvidado de mi infusión para el hígado, Irene?

mi padre se encerraba con mi madre en la cocina y sonidos diferentes de cuando se encerraba con la hindú en el lavadero, con la hindú resuellos, con mi madre objetos que caían, brazadas de náufrago pidiendo auxilio y el grito que enmudecía porque de un topetazo se cerraba la puerta, en el instante del grito invisible la farola del jardín del gobernador se volvió luna de nuevo, las hojas murciélagos, la hindú a mi lado oyendo

me oía las lágrimas y yo enfadado con las lágrimas, si me dejasen la mataría

mi padre salió solo estudiando marcas de dientes en la muñeca, al comprobar que el cerrojo se corría asestó un puntapié a la cocina y una sopera que supe que teníamos al romperse, las lágrimas desenfocaban el mundo, arrancarlas deprisa

—No piensen que me van a cegar

mi padre viendo a la hindú que conducía a duras penas la carretilla de la barriga

todo aquel peso y pasadas unas semanas mi hermana tan leve y minúscula

—No hay nada para comer en esta casa

se veía a mi madre subiendo al lavadero hasta quedar de pie, si la ayudaba me sacudía con un exceso de labios que complicaban las palabras

—¿Soy inválida acaso?

la hindú con mi hermana en el lavadero que mi padre amplió, me acuerdo de las acacias color miel incluso durante la noche, el resto sin contornos y las acacias nítidas, pequeñas gotas que me llovían en la espalda, los murciélagos ahora sí entre el cementerio y la estatua, mi cuñado a nuestra espera en el Congo manipulando la radio, desplazando la camioneta más cerca o más lejos del río de manera tal que le llegasen los sonidos, la aguja comenzaba en el dial y los americanos, el ejército, el herido cambiando de frecuencia

—No soy capaz de cogerlo

el guía comparando el mapa con una quema de rastrojos, montes, creía él que palmeras

—No podemos estar lejos, Marimbanguengo está allá

Marimbanguengo escapándonos, cuántos kilómetros hasta el final de Angola que nunca paró de mentirme, no creo en Angola, no creo en Gonçalves, en Argentina, en un pasaporte español, yo Ramón, yo Julio

—Pasaportes perfectos, Mendonça

en un café y en una esposa para mí, no creo en mujeres, cuando mi padre estaba de cacería y mi hermana durmiendo entraba en el lavadero, mi madre siguiéndome sin expresión alguna y antes de cualquier expresión

las gotas de las acacias por todos lados en la casa, el aire color miel, yo color miel, incluso el viento que precede a agosto allí fuera, antes de cualquier expresión

—¿Usted nunca me vio?

un colchón que dejamos de usar, la cuna encontrada en la cerca del hospital cuando trasladaron los enfermos al edificio nuevo y armarios y damajuanas en la acera, cajones de archivador unos sobre otros, mi padre disputándole la cuna a un negro mejor vestido que sus compañeros, con gorra pero descalzo, que le mostraba orgulloso un carné de identidad

—Soy portugués, señor

una corbata, un chaleco y ninguna camisa, el negro a veces con pajarita y en una ocasión con un látigo promoviéndose a blanco, mi padre que le rompía el látigo

—¿Quieres tragarte el carné de identidad, mono?

el negro a gatas juntando los pedazos que mi padre lanzó al jardín del ayuntamiento, seguro que mi cuñado guardando la radio en la mochila

—Una hora más y renuncio

él no hindú, europeo, hablándome de mi hermana, todo respeto y solicitud de permiso, el hombre casi me dio pena

—¿Casarse con una mestiza?

sin embargo íbamos por el lavadero, por el colchón, por la cuna, yo lleno de paciencia ayudando a mi cuñado

—No hace falta casarse, que tiene la sangre sucia, llévesela con usted y se acabó

la parte reciente del lavadero sin techo, tejas apoyadas en las vigas, al final de la pared ni siquiera tejas, capín, un postigo al que le faltaba el cristal y después del postigo el camino de los Dembos, yo a mi hermana

—Haz la maleta y acompaña a este señor, muchacha

en el lavadero un orinal con begonias también en una mesa de hospital, marcas de pies en el suelo de tierra, yo reteniendo a mi hermana con el zapato

—Como solo tiene quince años, se la dejo por tres billetes, amigo

una de las escopetas de mi padre apoyada en el colchón, creí que la hindú cogía la escopeta, que se enfadaba conmigo

ese teatro de las mujeres

haciendo escenas

—Fuera

y ella indiferente, avejentada, perdida en el camino de los Dembos más allá del postigo, mi padre de vez en cuando unos retales de tela, pescado seco, patatas, creía oír la cantar y me equivoqué, eran las ramas de las acacias convaleciendo de la lluvia, el herido consiguió una voz en la radio y un americano en lugar de mi cuñado

¿en Marimbanguengo, en Kuela?

el del mapa

—¿Sería mi hija?

como si su hija estuviese viva, no de rodillas en Lunda, la hija un caballo que iba sangrando por los troncos

catanas en las ancas, en el ijar

una segunda voz respondiendo a la primera, el bosque curioso también, el capín mudo, atento, el galope del caballo de la hija cesando, el último tobillo bajando escalones invisibles, las palmeras de Marimbanguengo

el guía insistía en que Marimbanguengo

tracitos minúsculos contra el cielo casi verde, Gonçalves comprobando el arma

—Saben dónde estamos, apágala

no uno, cinco caballos huyendo al azar que iban sangrando por los troncos, si al menos la casa de mis padres en los Dembos me escondería en ella, buscaría el lavadero donde la hindú solía estar quieta, me envolvería en el colchón

—No los dejes entrar

mi madre viéndome en silencio

—No me entierre en el patio, no me clave agujas, señora

la velita encendida danzaba en la hierba indicando

—Allá

mi padre tras las gacelas, mi hermana durmiendo

no blanca, mestiza, parecía blanca y era mestiza, casarse con una mestiza, dice usted, cuando puede tenerla por tres billetes, casarse como si fuese una mujer en serio, por qué pierde el tiempo, ir a la iglesia con ella si no son personas, amigo, no piensan, obedecen, huelen como los licaones, no viven como nosotros

cinco caballos

cuatro caballos y un herido y el herido sin tropezar en los troncos, con una mueca penosa

—Me encuentro bien

la hindú no en el lavadero, en el camino del norte donde el perfil de las copas borraba el horizonte, sembrados que acompañaban a los ríos, remolinos de niebla empolvando los arbustos

tierra no amarilla, roja

mis pies sumándose a sus marcas de pies y a las marcas de mi padre del lado de acá del colchón, mi hermana se despertó y se sentó en la cuna

una mestiza, no una persona, casi un animal, amigo, ¿cree que a alguien le importan los animales?

con las barras sin pintar, mi hermana con los brazos abiertos

no una persona viva, un muñeco de cera

y aún con los brazos abiertos cuando me marché, mi boca muda, eran mis ojos los que deben de haberle dicho a mi madre, plantada en el pasillo mientras yo prefería no verla, mis ojos

no la boca

ordenándole libreme de su venganza, de sus preguntas, mis ojos

—Apártese

y su espalda en la pared con temor a mí tal como el del mapa y el herido
y el guía con temor a mí, Gonçalves

—Espera

y yo negándome a escucharlo apoyado en las acacias sintiendo las gotas
color miel que me llovían en la ropa, sintiendo mis lágrimas y enfadado
con las lágrimas

si me dejasen las mataría

no lágrimas, algo despacioso y denso

si me dejasen las mataría

que me bajaba de los párpados no hacia fuera, hacia dentro a lo largo
de los pómulos y en el interior de las encías, distinguía a mi madre en el
balcón con un cubo y un cepillo so pretexto de limpiarlo, el agua en las
tablas

no lágrimas

el cepillo barriéndolas sin barrer las mías en la garganta, en el pecho y
esta vez sí, la boca

—Apártese

no era el corazón el que latía, era la acacia, el dial de la radio
buscándonos, encontrándonos, un falsete en portugués dictando
latitudes y Gonçalves

—Ya saben dónde estamos, apágala

mi padre a la mañana siguiente, sin afeitarse, una vena de insomnio en
la mejilla y una gacela o dos

no blancas, no personas, no se va a la iglesia con ellas

mi madre descoyuntaba sus huesos, troceaba su carne, la salaba sin
entender que me descoyuntaba y troceaba y me salaba a mí, yo
encerrado en cestos con las moscas alrededor y la gula de los perros,
mis ojos espejos y en el interior de los espejos los júbilos de mi padre en
el lavadero y mi hermana con los brazos abiertos, ni ella ni la hindú un
ruido siquiera, cuando mi hermana se casó observé por el postigo y las

begonias del orinal unos pétalos difuntos, casi solo marcas mías desde que mi padre enfermó de la columna, mi madre

—¿Te apetece comer, te apetece?

obligándolo a arrastrarse en dirección al plato, le ofrecía una cuchara y él

—No puedo

las gotas de las acacias en el alféizar de la ventana, en el suelo, se me da por pensar si después de estos años las acacias continúan, un sitio donde apoyarme enfadado con las lágrimas, Gonçalves

—Te he dicho que saben dónde estamos, apágala

disparó sobre la radio y las voces se callaron sustituidas por resistencias, bobinas, mi cuñado cambiando de frecuencia, cargando la batería en la camioneta, buscando el canal de emergencia en el límite de una aldea y nadie, mi hermana falleció de parto, por no haber ataúdes debido a la guerra una sábana, tierra no amarilla, roja

¿quién insistió en que amarilla?

amontonándosele en el cuerpo, cada vez que se echaba una pala su cara se movía, me irrité con mi cuñado

—¿Lloras por una mestiza tú?

ni siquiera una cruz, el velo de la boda en un palo, conchas de unas vacaciones en Moçâmedes y mi hermana allí abajo oyendo el mar en las conchas, conocí a un negro que se paraba con la nariz hacia arriba y anunciaba una columna a un día de distancia, no solo la columna, el número de vehículos, casi el número de soldados, esto en la época en que destruían pueblo a pueblo en los Dembos, yo preocupado por las acacias

no por mis padres, por las acacias, me bastaba sentir una rama en la mano y me calmaba, no me espiaban nunca, no me amenazaban

—Mendonça

entendían, puede ser que mi hermana entienda pero los africanos no me inspiran confianza, ella que se ocupe de las conchas recordando Moçâmedes, olas lilas en la postal que me mandaron, no me interesaron las palabras, me interesaron las olas, debe de ser igual a Argentina aunque Gonçalves

—No creo en Argentina

aunque Gonçalves no crea en Argentina y yo a él mostrándole la culata con las acacias en la mente

—Los dos podemos

mi cuñado ocultando la radio en el interior de la camioneta y debía de haber un pantano o el galope de un animal cualquiera

no caballos, no la hija de rodillas, no nosotros

o los negros de un poblado que se alejaban deprisa, mi cuñado interrogándose sobre la razón de que los negros del poblado se alejasen deprisa y por interrogarse sobre la razón de que los negros del poblado se alejasen deprisa no reparaba en que lo seguían no con temor ni curiosidad, asombrados, no exactamente asombro, otra cosa que no tuvo ocasión de distinguir qué era, distinguió solamente que ni temor ni curiosidad ni asombro, le vino a la cabeza mi hermana vestida de novia y la casa moviéndose hasta desaparecer por completo cada vez que la pala, tierra no amarilla, roja, quién sugirió que amarilla, quién mintió, quién intentó engañarme, tierra roja y las conchillas de Moçâmedes enmarcando la tumba, el mar lila en las conchas y mi hermana

—El mar

ella que nunca me habló del mar, no me hablaba de nada, si me encontraba apoyado en las acacias se apoyaba en el muro y al apoyarse en el muro yo sabía

sabíamos

que se apoyaba en mí, no una mujer, una mestiza, llévese a la mestiza por tres billetes, amigo, úsela, gástela, haga de ella una criada, muéstrele quién manda pero no se case con ella, cásese con una blanca y deje a mi hermana en paz en las acacias conmigo, ocupándose de mí, cocinando para mí, mi hermana que era la única persona

he dicho persona, me equivoqué, no persona, no persona

mi hermana que era la única persona

no mi padre, no mi madre

que yo aceptaba, toleraba, casi le pedía

nunca le pedí

que me hiciese compañía cuando las lágrimas en el interior de los párpados, en el interior de los huesos y las gotas color miel lloviéndonos en la espalda, falleció de parto a los dieciséis años y me negué a ver al niño

—Tiren al niño a la basura

porque no una blanca, una mestiza, una negra, un animal sin importancia como un cabrito o un perro, quién se conmueve con un cabrito o un perro, si desaparecen se sustituyen por otro cabrito, otro perro, la tierra no amarilla, roja y yo furioso con mi hermana porque mi hermana allá abajo, yo sin una palabra, sin que mi cuñado comprendiese, sin que los compañeros de mi cuñado comprendiesen, sin que yo comprendiese

sobre todo sin que yo comprendiese

—Hermanita

yo

—Las acacias, hermanita

yo

—Te necesito apoyada en el muro, hermanita

y ella muda, claro, no conversábamos, para qué conversar, nos quedábamos así, despiertos, sin que las luces de los Dembos nos descubriesen en la noche, sin que los faros de los automóviles nos alumbrasen en el patio y de repente el velo de novia atado al palo y adiós, yo ni siquiera adiós, con las manos en los bolsillos, sin tristeza, indiferente

—Mestiza

no me haces falta, no me disgusto contigo, me disgusto con la frontera y Argentina y el café que voy a tener, no creas ni por un instante que me disgusto contigo

con las acacias

contigo, tú sentada en la cuna, tú un muñeco de cera que el médico del hospital troceó con el cuchillo, no me disgusto contigo, el médico a mí lavándose tu sangre en el barreño

tierra roja, roja, no insistan en que amarilla, roja, el médico después de lavarse las manos secándose con una toalla

un desperdicio

el médico de europeo a europeo, de blanco a blanco

—¿Conocía a la mestiza?

tú ni siquiera en una habitación, en el pasillo del hospital, no se desperdician camas con negros, los negros sobre mantas en el suelo

—¿Conocía a la mestiza?

el médico dándose cuenta de la pistola en su cuello, creo que mi pistola, mi mano en la culata, creo que las olas lilas prolongadas en las conchas, creo que la bata del médico arrugándose entre mis dedos, creo que mi cuñado

—Mendonça

creo que el médico comparándome con mi hermana, la frente, las orejas, la tierra roja en las orejas, en la frente

—Disculpe

creo que las gotas de las acacias separándome de él, creo que nadie en el muro, creo que yo en el lavadero con una hindú vieja y sin tocar a la hindú, creo que no solo la hindú, creo que mi padre viéndome, olvidado de la cuchara, olvidado del plato, creo que yo

—Mi hermana

no creo que yo

—Mi hermana

yo en silencio, Gonçalves

—No lo atormentes, Mendonça

Gonçalves

—Los diamantes, Mendonça

diamantes como las olas de la postal, lilas, yo un caballo de rodillas chocando con las acacias, la ametralladora, granadas, yo corriendo aún

—Los dos podemos

mi cuñado metiendo la radio en la mochila, metiendo la mochila dentro de la camioneta y el galope de un animal cualquiera, no un caballo, no una hija de rodillas y el del mapa señalándola con el dedo, no nosotros, los negros de un poblado que se alejaban deprisa, mi cuñado interrogándose sobre por qué los negros del poblado se alejaban deprisa

no europeos, negros, quién se casa con un negro si puede tenerlo por tres billetes

y por interrogarse sobre por qué los negros del poblado se alejaban de prisa sin reparar en que lo seguían no con temor ni con curiosidad, asombrados, no exactamente asombro, otra cosa que no tuvo ocasión de distinguir qué era, distinguió solamente

así como distinguí a mi hermana en la tumba, apóyate en el muro de las acacias, hermanita

que no temor ni asombro, el poblado desierto, los remolinos de la niebla, el galope de un animal cualquiera, su propio galope al descubrir a los militares

no congoleños, no angoleños, blancos

uno delante del capó de la camioneta, dos a su lado, un último atrás que parecía dirigir a los restantes, no reparó en mi hermana ni en las olas de Moçâmedes

en las conchas

mi hermana

—El mar

mi cuñado subiendo a la camioneta, encendiendo el motor

mi cuñado con la desesperación de intentar encender el motor en el momento en que la escopeta del blanco del capó rompió el cristal, al romper el cristal el motor en marcha, la camioneta un metro, seis metros, mi cuñado de bruceas ante la ventanilla allí dentro, en el caso de que yo fuese el blanco que dirigía a los restantes

—Te casaste con la mestiza, ¿no?, quisiste casarte con la mestiza, ¿no?

pero no yo, yo a ocho kilómetros de Marimbanguengo de acuerdo con el mapa, lamentablemente no yo

—Mataste a mi hermana, por tu culpa mi hermana no está viva, por tu culpa la tierra no amarilla, roja, hiriéndole la cara

y no una escopeta, la culata, yo levantando la culata aunque Gonçalves

—Espera

la camioneta girando hacia la izquierda, volviendo a girar hacia la izquierda, los cristales que no paraban de romperse y la puerta

abollada, uno de los neumáticos delanteros resollando tanto como mi padre en el lavadero, una camioneta usada que él alquiló en los Dembos

—Alquilas una camioneta en los Dembos, cruzas la frontera y nos esperas con la radio

y al acabar el viaje te nombro socio de mi café de Argentina, cuñado, deberías haber llevado a la mestiza y haberla dejado en la choza de un poblado, no ir a la iglesia con ella como si fuese una persona en serio, para qué ir a la iglesia con ella, no pienses que van a la iglesia, son animales, los animales se amortajan con una sábana, unas cuantas palas encima y nos olvidamos

—Eres un animal, hermana, me olvidé

qué casa, qué acacias, qué muro, qué lágrimas bajando al interior de los huesos y yo enfadado con ellas, escondiéndolas de ti

—No son más

cómo podían ser más si yo con el médico, de blanco a blanco, y el médico no triste, distraído, acabando de lavarse las manos

me pareció que en el orinal de las begonias

y de secarse en los flecos, en la toalla

—No aguantó la cesárea, ¿y después?

no en el edificio del hospital, en el anexo de los negros, un antiguo almacén de maíz con el revoque deshaciéndose, restos de comida y esparadrapos en el suelo, gotas de acacia lloviéndonos en la espalda

qué acacia, mangos y la sombra de los mangos en las ramas, una enfermera sin cofia chancleteando lentitudes, ni siquiera las intimidades de mi hermana

la camioneta

ni siquiera las intimidades de mi hermana

de la mestiza

cubrieron, un pendiente en una oreja, el otro pendiente se lo robaron, se comprendía que de un tirón porque le rasgaron la carne, la camioneta se desplazó del sendero trasponiendo el relieve del arcén, me pareció que inspiraba meditando, una granada la ayudó a decidirse y osciló despacito, dónde estaban los brazos de mi cuñado, la cabeza, me pareció que el viento en las hojas, que los militares en un *jeep* y en el *jeep* el polvo

no amarillo, rojo

ocultando el poblado, uno de los soldados

¿americanos, portugueses?

se llevó la radio y la voz del herido, que llamaba entre silbidos,
enmudeció un instante, aunque no la oyésemos

nadie oía

volvió a llamar o si no eran los chuchos del poblado volviendo del
bosque, los negros alrededor de la camioneta no con miedo, con
curiosidad, asombrados, y después el no temor, la curiosidad, el
asombro arrancando los asientos, el depósito, las válvulas del motor, el
pendiente que le faltaba a mi hermana en el hospital, me entregaron su
ropa, sus zapatos, la cadenita que mi padre

mentira, la cadenita que yo

nunca le regalé cadenitas, mi padre

—Hija

se lo compré a la viuda del empeño y la viuda

—Oro puro

demasiado deprisa para que fuese verdad, cerré el puño sobre la
cadenita y se la entregué a la mestiza

—No se la muestres a nadie, métela debajo de la blusa, guárdala

un metal oscuro apareciendo con el tiempo, aun así había momentos,
cuando ella en el muro, en que lo sentía brillar, no necesitaba verlo para
sentirlo brillar, la enfermera a nosotros

—No guardamos el cuerpo

una fosa en las traseras, una regadera con cal viva, yo en el lavadero

una caja de pescado seco abierta

—Su hija murió

los ojos de ella entre la cuna y el postigo hacia el norte, desdeñando la
cuna, mirando el norte, la carretera que se ahogaba en las montañas de
las que había venido hacía siglos traída por mi padre con las gacelas de
la cacería, mi madre con la escoba, yo con un molinete de caña al que le
soplaba las aspas y las aspas se atascaban en vez de girar, mi padre

sujetándole el cuello para que mi madre la observase mejor, los músculos, la edad

—Abre la boca

y sin muelas todavía, once años, doce años a lo sumo, mi padre

—Resultó barata

comprada al delegado que vendía bailundos y los bailundos enfermos, llegaban de Huambo tosiendo, con malaria, mientras a esta se la veía saludable, una muchacha virgen barata sin niguas ni quistes ni diarrea, saludable, muévete, ahora para, ahora muévete otra vez, saludable, una negra barata para lavar, para planchar, para limpiar la casa, mi madre apoyada en la escoba, yo soplando el molinete y el molinete no giraba, el del mapa señalándome los Dembos, rodeándolos con el dedo y solo líneas, rayas, no acacias, no nosotros, cada vez que salía mi hermana a la cancela a esperarme y en el mapa nadie excepto el dibujo de una brújula, palabras que el papel usado me impedía leer, el dedo

—Mira

esto pueblos, esto aldeas, estos redondeles con un punto en el centro ciudades, el del mapa

—Los Dembos

como si los Dembos fuese aquello, los Dembos

por lo menos donde yo crecí

la iglesia, la administración, el mercado, los negros casi sin ropa asfaltando la carretera que comenzaba no sé dónde y acababa no sé dónde, tal vez de Moçâmedes a Lisboa y de Lisboa, de año en año, un gobernador, un ministro, una banderita para cada alumno de la escuela, un discurso que los altavoces impedían oír, en qué lugar los altavoces en el mapa, la plaza de los discursos, la chabola en la cual nosotros a las negras, a la salida de clase

—Ven aquí

y las negras riéndose, no se escabullían, se reían, las barrigas de sus hijos tan grandes y el árbol en medio de la chabola que era el lugar

me contaron

a partir del cual se inició el mundo, los terneros, las boas, las nubes, el cáñamo, el rayo que cayó en una choza y la choza carbones, quedó una cafetera y la ciega de la pipa con un pavo en brazos, los negros del poblado dejaron a mi cuñado en el sendero de manera que buitres, licaones, él con chaqueta de novio alargando el cuello para comer y

protegiéndose la corbata con la palma con terror a las salsas, la alianza de mi hermana le volvía la mano diferente

—Esta mano no es mía

y la mano apoyada en el mantel sin pertenecerle, solitaria, inerte, la mano derecha auténtica, esta falsa, no tuya, las palmeras de Marimbanguengo más invisibles, una pista de aterrizaje con una bandera

no lila, no Moçâmedes

indicando el viento, viviendas deshabitadas y Gonçalves a mí

—Comprueba que los americanos no estén en las viviendas ni en aquel bosque de allí

por lo que dedujimos de la radio por lo menos un portugués con ellos, un mayor que traducía recados, elaboraba mensajes, mi cuñado galimatías, todo lo que él dijo galimatías, todo lo que hizo galimatías, los Dembos un pedazo de papel con líneas, rayas, mi vida rayas y líneas, eso una colina, eso una aldea, eso la calle donde viví antaño, yo al del mapa

—¿Se ve a mis padres ahí?

mis padres una de esas líneas, una de esas rayas, mi madre pasmada ante el calendario de las misiones en la pared, 3 de julio san Heliodoro, obispo, 5 de julio san Antonio María Zacarías, confesor, 6 de julio

sábado

san Lorenzo de Bríndisi, 7 de julio los hermanos Cirilo y Método, apóstoles de los eslavos, le interesaban más los santos que las fechas, santa Juana Francisca de Chantal, viuda, san Venceslao, duque de Bohemia, mártir, santa Margarita María Alaccione, san Galián y santa Episteme, san Juan Delante de la Puerta Latina y ella delante de la puerta de la hindú sin atreverse a golpear, la mañana en que me marché

11 de mayo san Mamerto, obispo

llegué al este el 15 de mayo

san Isidro, labrador

y Gonçalves a mi espera con el herido y el guía

—¿Por qué no llegaste ayer?

san fray Gil

en el este ni tierra amarilla ni roja, hambre, arena, la gula de los
milanos allí arriba, llamas donde las quemas de rastros avanzaban,
casi no mandioca, raíces, escribí en una ocasión

14 de agosto santa Atanasia de Badessa

y la carta regresó meses después cerrada, 30 de septiembre san
Jerónimo, doctor de la Iglesia, 21 de octubre santa Úrsula y
compañeros, mártires, 9 de noviembre beato Dionisio de la Natividad y
redento de la Cruz, casi el calendario entero, madre, las hojitas color
miel de las acacias, santa Viviana, san Ambrosio, arzobispo de Milán,
san Sérvulo, modelo de los pobres, yo al del mapa con el gesto de quien
aparta gotas, tomando un pliegue por un camino o un lago, una gota
por un distrito, un defecto por un calendario en un clavo

san Paterno, obispo de Vannes

—¿Se ve a mis padres ahí?

el del mapa desdoblado provincias para buscar con el meñique, si
pasamos Marimbanguengo los peñascos en la frontera desde donde, en
las tardes sin nubes, al irse la niebla, se ve el Congo, Argentina, tu café,
Mendonça, los clientes de la terraza

san Hilarión, san Gotardo, san Nicasio

tú contento, tú rico, sabiendo que no llegaremos nunca a
Marimbanguengo, si Gonçalves me dejase los mataría a todos, los
enterraría en una fosa para que los americanos y el ejército no
tropiecen con los cuerpos y los dos podríamos, cuál es la ventaja

pregunto

de tener a esos inútiles con nosotros y de lo que nos obligan a llevar, una
hija de rodillas, un caballo chocando contra los troncos, mi hermana

no mi hermana, una mestiza

con una cadena de oro que no era oro junto al muro retrasándonos

—¿Por qué me retrasas, hermanita?

el médico ha de ayudarme

—¿Conocía a la mestiza?

y decenas y decenas de palas de tierra sobre ella lo más deprisa posible,
un velo de novia, conchas, la oreja rasgada porque te robaron el
pendiente y yo expulsándote del patio, quiero estar solo con las acacias,
no me persigas, déjame

no el hospital, lo que debe de haber sido un almacén de mandioca o algodón o maíz con esteras y lonas destinadas a los negros

si Gonçalves me dejase enterrarlos a todos lo conseguiríamos, tomen conchas de Moçâmedes, olas lilas, una cuna para sentarse mirándome, tomen una cadenita para esconder bajo la ropa, mi hermana día 25 de noviembre

santa Catalina, protectora de los estudiosos

con sus partes a la vista y yo tapándolas no porque me preocupe por ella, por vergüenza de una mujer

no una mujer, claro que no una mujer, una mestiza y el médico

—¿Conocía a la mestiza?

si tendía camisas mi madre

11 de junio santa Juana Falconieri, virgen

—Vete

si intentaba ayudar en la cocina el tenedor de asar la carne

—¿Te he dado autorización para que te quedes aquí?

de modo que mi hermana en el patio, aún no en las acacias, las acacias más tarde, cuando yo llegase a casa, contando las abejas de marzo bajo el postigo de la hindú donde comenzaban todos los árboles, todas las gacelas y toda la sombra de los Dembos, mi hermana agachada

no como los europeos, como los negros, los europeos en Marimbanguengo, en la frontera, si Gonçalves nos dejase lo conseguiríamos

mi hermana que nunca conoció la frontera, nunca conocería Argentina, nunca tendría un lugar en mi café agachada en la tierra entre lombrices, hormigas, restos de lluvia en los cardos semejantes a las espinas

no lágrimas

que se me escurren desde el interior de los párpados hacia el interior de la cara y yo enfadado conmigo, te vi comenzar a caminar, comer tallos, ser expulsada del balcón, inventar juegos sola, tu pelo ni siquiera muy oscuro

castaño

y no obstante mestiza

—¿Conocía a la mestiza?

que se distinguía entre las palmas, en la forma de secarte la boca después del zumo de los mangos, en la sombra más pequeña que ella que no alcanzaba las cosas, se deslizaba con un ritmo diferente del cuerpo, tu sombra rezagada corriendo hacia ti, no tuve el coraje de cogerte en brazos, presencié con las manos en los bolsillos cómo te abrieron la tumba en el cementerio de los blancos, fuera de la cerca, abajo, adonde van los indígenas como tú y las ovejas enfermas, nunca dije tu nombre

no voy a decir tu nombre

3 de abril santa María Egipcíaca, penitente, 17 de mayo san Pascual Bailón, confesor, mi madre deletreando con la nariz en el calendario

—¿Por qué no respondieron ustedes a mi carta?

el del mapa alzó el dedo de los Dembos, al mirarme me di cuenta de que había adelgazado y por consiguiente yo delgado también

—¿Tu madre aquí?

dos semanas en las que solo hojas, raíces, las guaridas de los grillos sin grillos, los primeros pájaros de cuello pelado a nuestra espera en los árboles, al despertarnos siempre uno o dos en un tronco alisándose las plumas, espulgándose, si Gonçalves me dejase les dispararía, no me importaba que los americanos estuviesen cerca, que el ejército en Marimbanguengo o en el bosque aunque ningún asomo de humo, ningún ruido, cuando yo era niño y los negros atacaron los Dembos tampoco ningún ruido y en esto la cabeza del dueño de la cantina en el mástil, mitad de su esposa en la barra, la otra mitad en el depósito de aceite, no sabía que los intestinos de los blancos fuesen azules, el hígado azul, el corazón azul, el hijo vivo, sin manos, apoyado en un fardo de semillas

8 de septiembre san Sandalio, mártir

Gonçalves apretándome el hombro

san Norberto, obispo de Magdeburgo, san Menardo, obispo de Nozon

—Cállate

pero cómo podría callarme si las gotas me llovían en la espalda en la noche del entierro de mi hermana

ella mestiza

—¿Casarse con una mestiza, dice usted, como si fuese una mujer en serio ir a la iglesia con ella?

y yo no bajo las acacias, apoyado en el muro y aunque apoyado en el muro

—Casarse con ella si no son personas, amigo, no piensan, obedecen, huelen como los licaones, no viven como nosotros

las gotas lloviéndome sin cesar en la espalda, en el interior de los párpados imitando lágrimas

—No lágrimas, no hay razón para lágrimas, ¿qué lágrimas se merece una mestiza, amigo?

lágrimas o espinas de cardos, mi cuñado y la mestiza en la iglesia, la bendición del cura, los discursos del cura, claro que rechacé la fotografía que me dieron

—No acepto fotografías de negras

no almorcé con ellos, me escondí en el patio y el muro vacío, ninguna sombra y yo furioso con ninguna sombra

la sombra más pequeña que ella que no alcanzaba las cosas, se deslizaba con un ritmo diferente del cuerpo y yo furioso con el muro vacío, con qué derecho te casaste, con qué derecho el muro vacío, el del mapa alzando el dedo de los Dembos

—¿Tu hermana aquí?

mi hermana una orla de conchas y de olas lilas, la cara moviéndose mientras las palas de tierra, el velo de novia gris que seguía solo, el médico de blanco a blanco, incrédulo, risueño

—¿Conocía a la mestiza?

nosotros a las mestizas

y con esa no hay lugar a error, mestiza

las usamos y las tiramos, qué recuerdo el suyo, doctor, no conozco a la mestiza, puedo haberme cruzado con ella al cruzar el barrio de chabolas pero cómo distinguirla si son todas iguales, las enfermedades, el hambre, no acepto fotografías de negras, mi hermana callada

12 de agosto santa Hilda, fundadora, 3 de junio santa Clotilde, reina

la fotografía temblando en el extremo de su brazo y la lluvia de las
acacias tan fuerte, las gotas cegándome

santa Clotilde, reina

la lluvia que aumentó de intensidad la mañana en que yo en el trayecto
del hospital con la escopeta de las gacelas, no encontraba a mi hermana

a la mestiza

en el mapa, encontraba la calle del médico, las araucarias, el cuadro
con carabelas al fondo y misioneros que mostraban crucifijos a salvajes
desnudos sin que encontrase a mi hermana desnuda en el almacén entre
ellos, una señora blanca en traje de baño leyendo, flores casi tan lilas
como las olas de Moçâmedes, el guía

—Podemos rodear Marimbanguengo de manera que los americanos no
reparen en nosotros, ha de haber bosque capín lugares donde los
rastreadores no estén

Gonçalves calculando distancias al mismo tiempo que yo calculaba la
distancia entre la vivienda del médico y el hospital, buscando una
esquina, un atajo, un pilar, no dos cartuchos en la escopeta de caza,
solamente un cartucho

—¿Conocía a la mestiza?

el médico lavándose las manos, sonriéndome

esos dientes de los europeos que envejecen deprisa

solamente un cartucho, si las gotas de las acacias me permitiesen verlo,
señor, si la tierra dejase de caerme en la cara, si mis muñecas no
estuviesen atadas con una cuerda, si yo cerca de mi hermano en el
patio, no una esquina, un atajo, un pilar, la cornisa de la iglesia donde
me casé hace un año

31 de agosto san Raimundo Nonato, confesor

y él en la puerta de la iglesia cerrada

yo en la puerta de la iglesia cerrada a pesar de Gonçalves

—No

con su brazo en mi brazo

—No

por una mestiza no, por una negra no, se les pagan tres billetes y si te he visto no me acuerdo, no sé quién eres, no la tocaba, no hablaba con ella, nos quedábamos como extraños bajo la lluvia de las gotas y después yo sin nadie bajo la lluvia de las gotas imaginando la cadena debajo de la blusa, el meneo al apartarse el pelo y el pelo regresando de inmediato

no negro, castaño como el mío, no negro, no sepultaron a mi cuñado, arrojaron su cuerpo al pantano y el cuerpo

en medio de los desechos y los guijarros

haciéndome señas de disculpas desde el agua

—No permitieron que te ayudase, Mendonça

en su radio las frecuencias de la nuestra, las instrucciones, los lugares, los puntos de paso en Moxico, en Cassanje, el barco de Panamá en noviembre

Santiago Interciso, mártir, madre, Santiago Interciso, compruébelo, tranquilícese

nosotros camino de Argentina protegidos por san Pedro Chanel, primer mártir de Oceanía, no le costará nada encontrarlo en la pared, un misionero mostrando crucifijos a salvajes desnudos, el médico el caballo del holandés en Lunda chocando con los troncos

—Me encuentro bien

que sigue caminando hacia mí

no caminando, galopando hacia mí

—Me encuentro bien

el tobillo que bajaba escalones invisibles balanceándose, dejando de balancearse

—Me encuentro bien

Gonçalves

—¿Por una mestiza, dices tú?, ¿matar a un blanco por causa de una mestiza, Mendonça?, ya puestos ¿por qué no casarte con ella, por qué no llevarla a la iglesia?

Gonçalves sin reparar en las acacias, en las gotas que me llueven en la espalda, en la frente, en los hombros, en los ojos

no lágrimas, gotas, yo inclinado hacia atrás para sentir las mejor,
semillitas insignificantes, rápidas, leves, sin reparar en las ramas que
me rodeaban el pecho, en las hojas que me separaban de ustedes, en las
copas que me escondían de los americanos y me impedían morirme

yo no muero

me transportaban consigo lejos de aquí así como transportaron a santa
Tecla, virgen y mártir

23 de septiembre

o san Eulogio, patriarca

13 de septiembre

salvándolos de los pecadores que los perseguían, yo discutiendo precios
en Argentina, entregando los diamantes, comprando el café, la terraza,
los clientes

san Hilario, san Gotardo, san Nicasio

saludándome

—Mendonça

conversando conmigo, acompañándome entre risas y cigarrillos rumbo
al cielo donde san Verísimo, santa Máxima y santa Julia, mártires

—Mendonça

de manera que no necesito mataros a todos, enterraros en una fosa,
huir, me quedo aquí, si los americanos se acercan les explico que me
encuentro bien

—Me encuentro bien

así como el médico

—Me encuentro bien

así como el herido

—Me encuentro bien

mientras mi tobillo

el último tobillo

va bajando escalones invisibles, mientras mis dedos en el capín, mi
hermana

hermanita

—Casarse con una mestiza, dice usted, como si fuese una mujer en serio
cuando la puede tener por tres billetes

mientras mi hermana apoyada en el muro viendo llover a las acacias

con un pendiente en una oreja, el otro pendiente se lo robaron

distinguiendo a Gonçalves detrás de mí

—Ahora

señalándole mi nuca a un americano cualquiera.

CAPÍTULO SEXTO

Y en Marimbanguengo ningún tren bajo la lluvia, ningunos pinos, ningún vagón de ganado, la tierra amarilla a la que no sé por qué llaman roja

roja ni por asomo, yo

—Amarilla

ellos ofendidos insistiendo

—Roja

y yo callado, una casa abandonada

me apetecía escribirte y no podía escribir

dos o tres pabellones de caza anteriores a la guerra, huellas de neumáticos de un todoterreno

decirte no sé qué, cualquier cosa incluso sin sentido

la cerca de un patio al que le faltaban baldosas, la pis

palabras desprovistas de relación unas con otras, frases sin nexo que tal vez entendieses

la pista de aterrizaje

restos de la pista de aterrizaje en una colina y del otro lado de la colina los peñascos de la frontera, frases sin nexo

un sollozo, un ladrido y tú molesta

—Los vecinos lo oyen todo, Morais

por temor a los golpes de un palo de escoba, escribir por ejemplo que según los americanos dentro de dos días

tres a lo sumo debido al herido retrasándolos

cinco blancos aquí, cuántas veces la escoba en el techo y mi mujer

—Los vecinos

cuando los cinco blancos aquí mi mujer topándose con ellos donde las palmeras comienzan

—¿No podías hacer esas cosas en la calle, la emboscada, los tiros, sin despertar a todo el edificio?

la casa en penumbras incluso de día debido a los mosquiteros en las ventanas sin cristales, mis pasos mil pasos que iban y venían y yo solamente mis pasos a mi encuentro al mismo tiempo que huían de mí así como yo al encuentro de mi madre mientras la lluvia en una lengua desconocida

—Blablablá, blablabá, Morais

y yo escabulléndome de ella, escribirte por ejemplo sobre las hojas de trébol alrededor del vagón, plantitas que con los meses iban creciendo en las tablas, polvo en la finca de la hacienda, ni siquiera los rectángulos más claros donde estuvieron los muebles, faltaban vigas en las salas y no obstante, a pesar del mediodía, fíjese, el teniente no mil pasos, sus pasos solamente o ni siquiera pasos, el escalofrío de una presencia inesperada

¿mi madre?

él con una vocecita humilde

¿sabes lo que son pinos tú?

—Mi mayor

de vez en cuando mi abuelo a escondidas

—Calladito, chico

para comer bombones a pesar de la diabetes, la tapa de lata se negaba a abrirse y el viejo, lleno de papadas, apretándola contra el pecho mientras las uñas resbalaban en el cierre, pendiente de que alguien de la familia le quitase la lata

—¿Usted se quiere morir?

los tendones de los pies descalzos se endurecían con el esfuerzo, yo compadecido intentaba ayudarlo

los bombones se entrechocaban allí dentro

—Tire del otro lado, abuelo

la lata sin tapa sobre la mesa y ninguna papada, la boca no dura como la mía, blanda, una especie de saco medio vacío paladeando, migajas en la pechera del pijama, mi tía

—Padre

y unas palmaditas para sacudir el pijama, la lata de vuelta al aparador, la tapa fuera de sitio denunciándolo

—Estoy aquí

el saco de las encías inmóvil, mi tía descalza también

—Usted no tiene remedio

se parecían tanto que se me antojaba mi abuelo joven reprendiendo a mi abuelo de hoy, una sola persona enfadada con aquel en quien se convertiría

—Usted no tiene remedio

aquel en quien se convertiría intentando colocar la tapa en la lata sin atinar con la lata, mi tía me descubría en un rincón, me agarraba con un brazo larguísimo, elástico

—Tú tampoco tienes juicio

el tren de mercancías de las cuatro de la mañana sigue despertándome en invierno y me apetecía escribirte eso también, explicarte que no tengo la culpa, no se trata de pesadillas, de insomnio, es la agitación de los pinos, tú alzándote desde la almohada con una cara de sorpresa dentro de una cara con sueño

—¿No te pareció un tren, Morais?

y la escoba quejándose del tren porque un vibrar de cortinas, un vibrar de paredes, el tren en Marimbanguengo y saliendo del tren una vocecita humilde

—Mi mayor

los negros alrededor de la casa, de los pabellones, del anexo, mi mujer, solo pelo, formando parte de la cama al desistir del tren, una rodilla contra la mía aunque muerta, no encontraba tus pies, encontraba calcetines míos, de lana, que te ponías a partir de noviembre, la falta de elástico de los calcetines me ayudaba

me apetecía escribir esto y no puedo escribir

a quererte, a sentirme

no soy capaz de decirlo mejor

responsable de ti, llevabas una camisa que me perteneció

demasiado grande

y me perturbabas siempre, besarte los calcetines, la camisa, sin que
estuviese el perro en mí, antes de acostarnos tu almohada llena, gorda,
al levantarte

los americanos en la radio, supongo que entreviendo a los blancos en el
bosque

—Dos días, tres a lo sumo, y ellos en Marimbanguengo, mayor

distribúyanse por los pabellones y déjennos entrar hasta la casa de la
hacienda, un grupo de cinco hombres, mayor

cinco blancos, uno de ellos herido

y la vocecita humilde del teniente

—Sí, señor

no mil pasos como yo, pasos simples, esperan que se agrupen y hacen
fuego desde ahí, no se acercan siquiera, los mil pasos del eco de los
tiros en Marimbanguengo, en la penumbra de las salas, más fuertes que
el tren de mercancías despertándonos a las cuatro de la mañana,
interrumpiendo la lluvia en la habitación y nuestro hijo no

—Padre

desgraciadamente nunca

—Padre

nuestro hijo, el estúpido

—Madre

si pudiese escribirte palabras sin sentido, desprovistas de relación unas
con otras, frases en las que no encontrarías

—¿Qué significa esto, Morais?

lo que se llama nexo, hablaba de mis calcetines de lana, de la camisa, de tu pelo la única parte tuya que no pertenecía a la cama, llevabas una camisa mía y nada ladraba en mí, yo tranquilo

—Selma

al acostarnos la almohada regordeta, al levantarte casi un trapo con arrugas y en cada arruga un párpado tuyo, el agua de la ducha lavaba a la tú de día, que no necesitaba de mi ropa, sin correspondencia con la tú de cuando se apagaba la luz, mi abuelo subalterno, él que antes de la diabetes ocupaba la cabecera sacando la servilleta de la argolla

la servilleta más lenta que las nuestras

mi abuela le extendía la sopera, los negros montaban las ametralladoras en los pabellones de caza, las palmeras informaban

—Los americanos aquí

en cuanto cambiaba el sentido del viento, los americanos que no entendían portugués

—Palmeras que hablan, ¿ha estado bebiendo, mayor?

mi abuelo a la cabecera, mi abuela a nosotros, interrogando a la servilleta rezagada

—Él os autoriza a que os sirváis

el meñique en alguna parte entre dos dientes dando permiso y ahora los azúcares desgastándolo, mi abuelo consumido, atontado, no en la cabecera, con un paño al cuello en una silla aparte, pescado hervido, grelos, una gotita de aceite

—¿No mastica, padre?

el saco medio vacío triturando resignado, un ojito que yo pensaba que no me veía y me veía, encendiéndose un instante y fundiéndose de nuevo, en el momento en que se encendió

—Ayúdame, chico

nosotros dos con un paño al cuello, cada cual en su rincón, si quiere nos vamos hasta el olivar, el pozo, su silla de lona, hasta donde los relojes andan al revés en un tiempo que ya fue y usted de nuevo joven, la argolla en la mano izquierda, la derecha desdoblado la servilleta, si le hablábamos al pozo una gama de gargantas hasta el centro del mundo, el enfermero al paño

—¿Cómo va eso, tío Roque?

los dedos de mi abuelo se acomodaban el cuello, desistían

—¿Quién es este muchacho?

la barba que mi tía intentaba afeitarse, la mano multiplicaba posiciones en la navaja y las posiciones confundándose

—No me entiendo con esto

el negro del reconocimiento descubrió a los blancos en un claro del bosque a medio día de aquí y los buitres alrededor, uno de los blancos alzando la culata hacia un segundo blanco

el tal herido

cinco blancos, uno de ellos herido

y un tercero

—No

cinco blancos, uno de ellos herido, es correcto, compruébalo, una camioneta a la espera en el Congo y no se preocupe por la camioneta, mayor, las ametralladoras en los pabellones de caza, una última en el anexo donde su abuelo con el paño al cuello

—Ayúdame, muchacho

solo el pelo y los calcetines en los pies de su esposa no pertenecían a la cama porque la rodilla contra la suya muerta, aunque la toque no logra tocarla, la perdió, queda su camisa y nadie en la camisa, quién se enternece con una camisa vieja, señor, los dedos de ella no alcanzaban los puños, le hacía señas con un faldón en medio de los muslos y los extremos de las mangas desiertos, casi un muchacho, casi un niño, el saco de su boca

usted ya viejo, mayor

masculando una petición

—Ayúdame, Selma

y solo, usted una silla de lona en un olivar que vendieron, usted unos años después ni la silla siquiera, el pozo y el balde en el pozo, el eco de su voz

decir no sé qué, por ejemplo que las ametralladoras en los pabellones de caza, una última ametralladora en el anexo donde ni su abuelo ni su esposa, cosas que la prisa de la partida impidió llevar, esas huellas de los blancos que escapaban de la guerra, diez y veintiuno en el reloj pero

de qué mes, de qué año, diez y veintiuno mañana, dentro de dos días cuando los blancos lleguen diez y veintiuno también, qué son las diez y veintiuno, diez y veintiuno de qué, usted disparando dentro de dos días

tres días a lo sumo

a las diez y veintiuno de hoy, el cañón de la ametralladora en una grieta de cemento y a través de la grieta las baldosas, las palmeras, las diez y veintiuno eternas de Marimbanguengo en Angola, tierra no roja, amarilla, el de la culata

—Roja

y usted preguntándose

—¿El de la culata quién es?

su tía a las diez y veintiuno de un día de estos luchando a su vez con la tapa de la lata o ni siquiera eso, en el hospital con los intestinos comiéndole la carne y el médico traduciendo la enfermedad

palabras sin sentido, frases que no significan nada

—Blablablá blablablá

su tía sujetando la solapa de la chaqueta cuando usted se iba

—No tengo mal aspecto, ¿no?

en la mesita de noche unas manzanas, unas peras, la santa fosforescente incapaz de milagros, su tía palpándose la cara y encontrando a una extraña

—No tengo mal aspecto, ¿no?

no preguntando por usted sino por la extraña, palomas allí fuera no las mismas de cuando ella estaba bien de salud, palomas de cuando estamos enfermos, ventanas y árboles de cuando estamos enfermos y la enfermedad en las palomas, en las ventanas, en los árboles, yo imaginando

—Después de irnos del hospital, ¿en qué piensa cuando se queda sola?

me volvía y solo narices, las manzanas y las peras de la mesita de noche inmensas, el cura de Geografía

—Bonito

tan insignificante en el pasado que no me molestaba, vi a mi tía doblando la colcha antes de dejar de verla, por la noche encendían en el

hospital, casi a ras de suelo, unas lucecitas pálidas, todos los ruidos aturdíán y usted en qué pensaba, señora, usted no pensaba en nada, usted con miedo, recuerdos que iban y venían sin detenerse nunca, el gato que creía perdido y ella corriendo tras el gato, el vestido de la primera comunión y mi tía llorando de sueño en la iglesia cuando la madre la sacudía o era la enfermera con un comprimido

—Tome

sujetándole la nuca

—Ya duerme, no se preocupe

obligándola a tragar

—¿Cree que no tengo otra cosa que hacer?

tragar el agua, el comprimido no, el comprimido pegado a la lengua, la enfermera explorando con el dedo, encontrándolo

—Aún está aquí, so idiota

Honório apuntó la ametralladora hacia las palmeras

—Va a matar a las palmeras

que nos denunciaban a los blancos aun sin viento como hoy, ningún viento y ellas

—Están aquí, no vengán

la enfermera llenado medio vaso en el lavabo

—¿Te vas a morir y aún estás de broma, esqueleto?

el comprimido se detuvo en la garganta, la sofocó, tosió y al acabar de toser no lo tenía, las lucecitas pálidas quietas, la santa fosforescente azulando las manzanas y las peras, nunca imaginé que me cansaría tragar, tragó saliva y no se cansó, qué bueno, la consoló poder dormir sin que su madre

—Hoy puedo dormir sin que mi madre me sacuda

una especie de felicidad, de paz

no una especie de felicidad, paz

—No tengo mal aspecto, seguro

el teniente reguló la ametralladora de Honório bajándola hacia el patio,
al observar por la mira los cinco blancos

al observar por la mira una extensión de baldosas polvorientas, una
felicidad, una paz, quiso mover el brazo y el brazo se movió

hizo ademán de moverse

el brazo al final mío, el comprimido me cura, mañana uno de los
médicos

—Doña Natércia tiene el alta

el brazo otra vez y sigue perteneciéndome, la enfermera en la cama de
al lado, solo una mancha blanca sobre otra mancha blanca

—Si hubiese imaginado lo que me esperaba, no habría aceptado este
empleo

el vestido de la primera comunión o la cicatriz de la cirugía que le
pellizcaba la barriga, los altares de la iglesia temblorosos de velas

—Déjeme dormir, madre, que me encuentro bien

las manzanas y las peras disminuyeron de tamaño, volvieron

—No crezcáis, manzanas

y las manzanas inmóviles, con pena, al mirarlas de nuevo habían
crecido y brillaban

no coloradas, azules

se apresuraron a encoger un poquito

—Nos encogemos lo más posible, doña Natércia, disculpe

intentando convencerla de que encogían en serio

—Encogidísimas, ¿ha visto?

esa jovialidad de las personas que se deshacía cuando no las miraba

hasta las palomas

—Hola

las señales entre sí, el tono de voz agudo pretendiéndose alegre, noticias
del mundo

como si perteneciese al mundo

risitas, tú sin mis calcetines y mi camisa entrando en el cuarto de baño con el gorro a cuadros, pelos que se escapaban del elástico en la nuca, en la frente

—No abras el grifo del agua caliente, Morais

el espejo empañado donde lograrías escribir con el dedo frases desprovistas de relación unas con otras, no

—Te quiero

no

—Hasta luego

otras frases, por ejemplo mi tía recuerdos que iban y venían en el hospital sin detenerse nunca

—¿Quiere que la ayude a tirar piedras al balde del pozo, tía?

la señora de la catequesis repartiendo medallitas

—No las pierdas que las ha bendecido el párroco, Natércia

un muchacho trajinando con una ternera

no se distinguía bien

y mi abuelo divertido, el bingo de las vecinas que no lograba ganar, le faltaba siempre un número

el treinta y ocho, el siete

y nunca el treinta y ocho, el siete, si tira piedras al cubo del pozo le aseguro que acierta, se cuentan veinte pasos, se hace una raya en el suelo con la puntera

un grito de acuchillada

—¿Has abierto el agua caliente, Morais?

y no se pisa la raya, yo empujando sus piernas, un estornino casi a nuestra altura, mi tía distraída por el estornino mientras le señalaba la raya

—Más atrás, tía

mi mujer un grito de acuchillada ahogado por el vapor, la toalla
que sujetaba en el pecho

—Morais

yo casi ladrando a la vista de las gotas en tus hombros, tu almohada un
trapo con arrugas y mi mano

mi pata

en la almohada, mis dos patas delanteras en la almohada, mi hocico en
la almohada, un sollozo, un ladrido, las ancas que me temblaban

—¿Te gusta hacer el payaso, Moraes?

encontrar los calcetines míos que tú usabas, ponerme mi camisa para
sentir tu olor, el vapor de agua que se quedó conmigo cuando abriste la
puerta y en el que jaboncillo, champú, yo más perro con el champú, tú
comprobando la temperatura de la ducha

—Te gusta hacer el payaso, Moraes

sacudiendo la cabeza, despreciándome, el perro

pobre perro

—No me desprecies, Selma

coger un pelo tuyo de la almohada y acariciar el pelo, minas alrededor
de las palmeras de Marimbanguengo, dibujar el esquema de las minas

—Tres días a lo sumo

cables con los que se tropezaba

acariciar los cables a falta de pelos y cerca de las minas

—Selma

granadas, ocho negros en el bosque, los demás aquí, nuestro hijo

—Madre

no

—Padre

nunca

—Padre

si le extendía los brazos me rechazaba

—No

ni la huella de un rasgo mío en los suyos, las expresiones no mías, las manzanas y las peras en un plato esmaltado, dudando

—¿Cree realmente que se encuentra bien, doña Natércia, está segura?

mi tía sin responder ocupada con los recuerdos, no trenes bajo la lluvia, no el olivar, no pinos, el estornino tal vez pero tan rápido, unos juncos que se alteraron y se acabó el estornino, un hombre llamándola

—Natércia

fumando en los plátanos de la plaza y ella con miedo a mi abuelo

—Usted no tiene remedio

fingiendo no oír antes de que la servilleta en la cabecera se saliese de la argolla, no el criado de los terneros, un viajante de objetos de aluminio, telas, allí estaba el hombre en los plátanos y el cigarrillo se elevaba hasta la boca

—Natércia

Natércia se va a morir

protegía el encendedor y una llamita dentro, mi abuelo a mi padre, soltando la servilleta

—Trae la escopeta

mi tía mirando al hombre mientras le pedía a los recuerdos

—Esperen

y se disolvían sin escuchar siquiera, el viajante disuelto, la plaza sin plátanos, ella en el hospital buscando a su alrededor más allá de la santita

—¿Dónde han puesto los plátanos?

el automóvil con el guardabarros atado con cuerdas donde los objetos de aluminio, las telas, el hombre se peinaba frente al espejito del coche antes de rondar nuestro patio, el encendedor salía del bolsillo junto con

facturas, cordeles y en cuanto brotaba la llama del encendedor no duro, lánguido

—Natércia

mi abuelo y mi padre en la plaza, mi padre llevando la escopeta, mi abuelo con las manos en los bolsillos, el cigarrillo que comenzaba a vacilar, no

—Natércia

callado, salías de la ducha con la toalla de la cara a manera de turbante, una docena

menos

de rizos mojados asomando por el cuello, lamentablemente ya casi ninguna gota en los hombros, los omóplatos que aparecían y desaparecían mientras que tus gestos me compensaban por la falta de las gotas y mi vientre rígido, el cuello alargado buscando tu olor, la tierra no roja, amarilla, y mientras buscaba el olivar en la tierra amarilla yo a mi padre

—¿Cuántos años hace que vendimos el olivar, señor?

los americanos dando órdenes en la radio y los negros

todos con uniformes diferentes, cubanos, portugueses, rusos, uno de ellos con una chaqueta de botones dorados de las de servir a la mesa en los restaurantes de Luanda

tendían trampas en los senderos en dirección a la frontera cubriéndolos con arbustos, con ramas, mi abuelo a mi padre parándose a diez metros del cigarrillo, sacando las servilletas de las manos de las argollas de los bolsillos

—Tráeme la escopeta, hijo

no exaltado, sereno, sin mirar al hombre

no existía el hombre, existían los plátanos, la plaza, el automóvil antiguo en el que ninguno de ellos se fijó, soñolientos, distraídos, con una pereza de siesta

—Tráeme la escopeta, hijo

incluso pensé que un estornino y no había estorninos, ni un pájaro para muestra en las ramas, las palomas silvestres de octubre pero no aquí, en Cercal, una cigüeña tal vez

la que incubaba los huevos, el macho

en el tejado del médico, el nido, tu pelo cuando las rodillas inertes

una sola rodilla, la otra demasiado lejos deslizándose fuera del colchón,
mi padre entregándole la escopeta y mi abuelo, indiferente al cigarrillo
que el hombre seguía fumando, o sea poniéndoselo en la boca y
sacándoselo de la boca sin reparar en que fumaba, mi abuelo
extrayendo

pausado

los cartuchos del chaleco y el cigarrillo fumándose a sí mismo, levantó
la escopeta de caza y encontró al hombre, la cigüeña del médico
chasqueaba el pico convocando a la hembra, el sonido de las palomas
silvestres semejante al de las palmeras advirtiéndolo a los objetivos

—Tengan cuidado

mi padre comprobando la hora

deje de comprobar nada, padre, las diez y veintiuno, siempre las diez y
veintiuno como en la casa de la hacienda todas las horas del día

mi padre comprobando la hora en el reloj de la iglesia y diez y veintiuno
en efecto, aunque las cinco de la tarde las diez y veintiuno, teniente, los
soldados que no se preocupen, faltan dos días

con el herido tres días

las manzanitas y las peras azules una felicidad, una paz, diez y
veintiuno, tía, mañana le darán el alta, la escopeta se desvió del hombre

creí que las cigüeñas y no las cigüeñas, el automóvil antiguo, el
automóvil una sacudida y la puerta agujereada, una segunda sacudida y
el maletero abierto, retales, telas, mi padre una mansedumbre de
animal, una pereza, una lentitud, el aire del secador te desordenaba el
pelo, tu nariz de lado que me sorprendía siempre, me mirabas y la nariz
cambiaba

—Ponte de perfil, Selma

el rrrrrrr del secador te impedía oír, reparabas en mis labios y el
rrrrrrrr se extinguía

—¿Qué pasa?

si me atreviese a acariciarte la cabeza, si pudiera escribirte

y no podía escribir

mis dedos en el cuello, mi voz desilusionada

—No pasa nada, te has confundido

los plátanos de la plaza tan presentes, la cigüeña en el tejado del médico
juraría que observándome

mi abuelo a mi padre entregándole la escopeta de caza

—¿Ya se ha ido ese tipo, hijo?

las diez y veintiuno y aunque las diez y veintiuno un sosiego de siesta en
la plaza, cigarrillos pisados en el suelo y ninguno de ellos

—Natércia

la santa fosforescente consumiéndose toda la noche, las manzanas y las
peras

—No crezcáis, manzanas

gigantescas, mi mujer deslizando los hombros fuera hacia la alfombra
en busca de las zapatillas y mis patas delanteras temblando en el aire,
desistiendo vencidas, mi padre a mi abuelo recibiendo la escopeta de
caza

ambos sonámbulos, lentos, espesos

—Se ha ido, padrecito

unas gotas de lubricante del motor y unas telas en el suelo, mi tía aún no
en el hospital en cuya entrada un empleado con el pulgar en la
manguera para que el agua saliese en abanico y la tierra no amarilla ni
roja, negra, hirviendo, dos muchachas en bata transportando una caja,
enfermos en el jardín y sus ojos

—No tenemos mal aspecto, ¿no?

las palmas palpando la cara y encontrando a extraños, las marcas de
las agujas entre los nervios de las manos, si el balde del pozo estuviese
por allí le daría una piedra a cada uno, los distraería, les empujaría las
piernas más allá de la raya que marqué con la puntera

—Está prohibido pisar la raya, retrocedan

mi tía aún no en el hospital, en casa, viéndolos regresar de la cocina sin verlos regresar

—No existen porque los detesto, aunque llegasen a rozarme no repararía en ellos

los dientes apretados en el labio, una cacerola que olvidó dando saltitos en el fogón, el rápido de las diez y veintiuno se acercó bajo la lluvia a pesar de que ninguna lluvia, agosto, el olivar seco, casi ni sombra puesto que no hojas ni ramas, mi abuelo en la cabecera mientras la servilleta

metros de servilleta

surgía de la argolla con una pereza tranquila

se la atarán al cuello, señor, le darán la sopa y usted obediente, atontado, usted a mi abuela

—¿Esa cena para cuándo?

mi abuela en Marimbanguengo conmigo alarmándose

—¿Las diez y veintiuno ya?

pequeña, redonda, con lutos superpuestos

tantos difuntos, abuela

al contrario de lo que yo esperaba la frontera no matorral, peñascos, una choza solitaria en equilibrio en las rocas, un hilito de río

arrojar a los objetivos al río que se estancaba entre charcos, informar a los americanos de que todo está listo, señores, en Guinea yo a veces con la lavandera del cuartel cuando me traía la ropa, no la abrazaba, no la besaba, le apartaba las prendas, me imaginaba contigo y mis patas rápidas, acabar con el vientre a ras de suelo en un trotecillo ultrajado

—Perra

has planchado mal los pantalones, aquí faltan calzoncillos, me ovillaba junto a la cama sintiendo cómo mi cola golpeaba el suelo, no un sollozo ni un ladrido, la ropa a mi alrededor y yo ajeno a la ropa

—Vete

tú vestida, eligiendo pulseras en la cómoda

—¿Hoy no te levantas, Morais?

sin entender que no puedo responderte, no hablo, rozo tus tobillos, te
lamo las piernas, digo

—Selma

con los ojos, insisto

—Selma

me doy cuenta de que te molesto y me ovillo de nuevo así como me
ovillaba en Marimbanguengo con los negros sin poder dormir, la palma
palpando la cara y encontrando a un extraño, la censura de las
palmeras invisibles

¿censurándome qué?

los insectos de la noche, luces vagas

¿plantas, restos de lluvia, animales?

que la oscuridad de África va trayendo consigo y en la oscuridad mi
abuelo

—Calladito, chico

bajando las escaleras para comer bombones a pesar de la diabetes, si
viese la hora

—¿Ya las diez y veintiuno?

y yo solo, el teniente cubriéndome con una manta

—Mi mayor

torpe, humilde, creyendo que me ayudaba a olvidar los trenes, la
cantidad de veces que me vino a la cabeza preguntarle a mi padre
cuando nosotros en silencio en el colegio de los curas

—¿Ha olvidado los trenes?

mi madre bajo la lluvia, los pinos

—¿Ha olvidado los pinos?

las locomotoras preguntando por mí donde no podía verlas,
sobresaltándose

—¿Ya las diez y veintiuno?

salimos de Luanda con los americanos a las diez y veintiuno de hace quince días, la bahía nítida hasta el final de las farolas, lo que quedaba de los pájaros blancos

no gaviotas, más estrechos, más grandes

entre los soportales y la isla, los *jeeps* de la policía en las chabolas

—Alto, alto

y un niño corriendo entre pedazos de cemento, ladrillos, lo que debe de haber sido Malanje igual a la casa de mi abuelo que nadie habita hoy día, paredes, un resto de gallinero, los trenes desviados hacia otro pueblo y ni vías siquiera, por la mañana las palomas silvestres en dirección a la sierra, el pantano que desecaron para la fábrica de conglomerados y para los barrios nuevos de modo que yo a mi padre en el colegio

—¿Y las palomas, señor?

se esperaba en un matorral, al frío, antes de las cuatro o cinco de la mañana

de las diez y veintiuno de la mañana

las orejas heladas a pesar de la gorra, fajas incoloras en el lado izquierdo del cielo, mi abuelo rebuscaba en el interior de la chaqueta y me ofrecía vino

—Entónate, muchacho

pensaba que era otra mano la que lo agarraba y era la mía, la mancha caliente se expandía dándome brazos, piernas, no estos, brazos y piernas que nacían de estos, mi abuelo

—Sostén la escopeta, muchacho

el oficial definiéndose en la cuesta, un campanario, un muro, la escopeta en los brazos del vino y me entonó, abuelo, yo en Marimbanguengo, yo mayor

—Mi mayor

yo adulto, no las palomas, los objetivos, esperar a que se junten en el patio, decirle que sí al teniente con un gesto y en cuanto las palomas se alzasen en el matorral las ametralladoras de los pabellones y del anexo de la casa, yo no un perro, yo de pie, cuando la primera paloma o el primer cigarrillo junto a los plátanos

—Natércia

mi abuelo a mí

—Dispara

cinco hombres, uno de ellos herido, el que mandaba más corpulento y con sombrero de paja

si pudiese escribirte, decir no sé qué, cualquier cosa incluso sin sentido, la paloma vaciló en el aire como mis patas a veces, cambió de dirección, cayó en un desorden de casas más allá de un seto, la tierra, a pesar de ser de día, color de manzanas y peras en el hospital por la noche, mi tía se miraba su propia cara con la palma afligida, lenta, encontrando a una extraña

—No tengo mal aspecto, ¿no?

no preguntando por sí misma, preguntando por la extraña, inquieta por la extraña ante la duda de ser ella

—¿Seré esta, Morais?

el del sombrero de paja retrocediendo sorprendido, árboles cuyo nombre no conocía

conocía los olivos

y retamas y arrayanes, la segunda paloma por el lado de la capilla desviándose hacia el este y mi abuelo

—La segunda paloma, muchacho

ora confundida con los arbustos ora encima de ellos en medio de un piar de terror y en esto un zarzal abriéndose y la bandada entera

gris y verde y blanca

frente a nosotros, mi abuelo sacaba cartuchos del chaleco, los dejaba caer, los recogía a gatas

—Dispara

fue usted quien gimió, quien ladró, no fui yo, usted un perro

—Dispara

sus patas en mis hombros, su prisa

—Dispara

las ametralladoras y el herido girando sobre la rodilla enferma, la piel desprotegida, clara, de las palmeras, surgiendo bajo la corteza

los negros hacían una incisión con la catana y bebían, siempre me negué a comer grillos con ellos

la orden de mi abuelo en mi oído, no

—Bonito

el dedo sobre mi dedo en el gatillo

—Dispara

un caballo de rodillas, la hija de no sé quién de rodillas, un último tobillo bajando peldaños invisibles, cuatro o cinco palomas en los arrayanes, un macho que parecía salvarse vacilando, cediendo, durante semanas visité el vagón de ganado y nadie, solamente lluvia, solamente el pinar, el gancho del techo al que le faltaba la cuerda, como no había nadie en el vagón de ganado entraba en casa seguro de encontrarla, un aturdimiento de miedo en el patio

—¿Y si no está?

pero el estanque en el lugar de costumbre serenándose, los limoneros, la huerta, el castaño que injertaremos mañana y ha de recobrar vigor, durar, la puerta de la cocina cerrada

mi madre nunca cerraba la puerta, era mi padre quien la cerraba, tardaba en decidir cuál llave entre las llaves y se equivocaba siempre

la puerta de la cocina cerrada, la puerta delantera cerrada, la alfombra secándose en la ventana, los cuencos de los animales con agua, maíz, los escalones barridos y por consiguiente ningún motivo para inquietarme, tener miedo

antes de llegar inspeccioné el olivar y el pozo vacío, sin una cabeza oscura allí abajo

me entretuve observando los tallos de las alubias, la raja del canal de riego que reparamos con escayola, para qué mirarla, comprobar si mi madre allí, en el caso de que yo

—Madre

su voz, sus pasos, de manera que enderezar los tallos, ajustar un alambre, todo en orden en el cuartucho donde mi padre se afeitaba, la brocha, la navaja, el frasco de brillantina con el hueco del dedo, el temor a tener miedo de nuevo y yo desdeñando al miedo, desafiándolo

—¿Cuánto te apuestas?

dirigiéndome a la cocina y la cocina limpia, patatas en el barreño a la espera

si quisiese mis facciones en el agua

yo a las patatas

—¿Cuánto os apostáis?

y las patatas ni pío, conscientes de que perdían, elogiar a las patatas

—Sí, señor, sois listas

y no obstante, sin motivo

—¿Cuál es el motivo, eh?

los pies más lentos que yo, un dolor en las tripas

no por angustia, por capricho, casi tropecé con un cubo y me enfadé con los pies

—Idiotas

los pies, arrepentidos

—Fue sin querer

rodeando la despensa encontraría el escobón y encontré el escobón, yo sin atreverme a pasar más allá del mango hasta que mi madre

hasta que doña Leónia

doña Leónia

—Me has asustado

mi padre guardando el dinero del mes, ajustaba los billetes con un elástico, reunía las monedas, sumaba todo en un papel, doña Leónia con un delantal que no le pertenecía

—Ese delantal no es suyo

zapatillas que no le pertenecían y le quedaban grandes, el anillo al que desde que tengo uso de razón le faltaba la amatista, el agujerito en el oro y mi madre

solemne

desatando las cuerdas del saquito con la marca del joyero, estirando el algodón

—Aquí falta la amatista

olores diferentes en la casa, jabón diferente, cera diferente, el sitio de las sillas cambiado, las cortinas puestas a lavar y por lo tanto más patio alrededor, el sillón con aplicaciones de ganchillo en el respaldo y en la espalda justificándose por lo bajo

—No fue culpa mía, Morais

un mantel blanco y amarillo, no blanco y granate, un toro de cobre con la etiqueta del precio agitando los cuernos al aire, mi abuelo giró la mira de la escopeta en dirección al toro

—Dispara

el dedo sobre mi dedo en el gatillo

—Dispara

sacando cartuchos del chaleco, dejándolos caer, cogiéndolos a gatas

—Dispara

el olivar que se definía en la cuesta, no el pozo ni la silla de lona, el campanario, un muro, yo en Marimbanguengo, yo grande, no el toro, no las palomas, los objetivos

cinco hombres, uno de ellos herido

doña Leônia con el anillo de amatista al que le faltaba la amatista, mi padre contando el dinero

—Morais

ametralladoras en el anexo, en el pabellón de caza, la última paloma en el sendero de la frontera antes de los peñascos del río, todo esto a las diez y veintiuno de la mañana

o de la noche

de la mañana cuando unas fajas incoloras del lado izquierdo del cielo, esperar a que doña Leônia y mi padre se reúnan en el patio, decirle al teniente que sí con un gesto, el teniente hablando en quimbundo con los

negros, cinco hombres, uno de ellos herido, el que mandaba, con sombrero de paja, advirtiendo nuestra presencia

mi padre advirtiendo mi presencia

si pudiese escribirte, decir no sé qué, frases desprovistas de relación unas con otras que no significan nada, el herido que giraba sobre la rodilla enferma, el que desplegaba un mapa corriendo hacia las palmeras, desistiendo como mis patas a veces

escribirte que desistiendo como mis patas a veces

cayendo en un desorden de alas contra las escamas de los troncos

la piel desprotegida, clara, de las palmeras, asomando bajo la corteza, la tierra no amarilla ni roja, del tono de las manzanas en el hospital que mi tía no miraba así como no miraba el que desplegaba el mapa, miraba su propia cara con la palma afligida, lenta, descubriendo a un extraño, no

—No tengo mal aspecto, ¿no?

callado, de rodillas

escribir que un caballo y la hija de no sé quién de rodillas, doña Leônia de rodillas, mi padre

—Morais

fue él quien sollozó, quien ladró, no fui yo, él un perro

—Morais

con el hocico en el patio, gorgoteos de heridas, de respiraciones, de voces, la paloma escapándose hacia el este y mi abuelo

—Ese objetivo, muchacho

ora confundida con los arbustos ora encima de ellos en medio de un piar de terror, deteniéndose, revoloteando un momento, la lengua de él

solo la lengua de él

—Hija

mi padre nunca

—Hijo

doña Leônia

—Tú

el que mandaba apoyado en el codo, vivo, pretendiendo liberar la
bandolera de la escopeta sin atinar con la bandolera, mi abuelo con sus
patas en mis hombros, su ansiedad, su prisa

escribir que mi ansiedad, mi prisa

—Dispara

y después del

—Dispara

una especie de felicidad, de paz, yo al que mandaba

—Puedes dormir, anda, que nadie te molestará

no una especie, felicidad, paz, y una vez que el objetivo felicidad, paz,
escribirte que no te alarmes si mi hocico en la almohada, si mis ancas
trémulas, no me preguntes

—¿Te gusta hacer el payaso, Morais?

no me impidas ponerme los calcetines míos que tú usabas, la camisa mía
que te quedaba larga de mangas para sentir tu olor, no cierres la puerta
del cuarto de baño donde champú, vapor

—Te gusta hacer el payaso, Morais

desdeñándome mientras encuentro un pelo tuyo en la sábana,
encaracolado, largo

siempre me sorprende que sea encaracolado, largo

y al acariciar el pelo el pozo, nuestras dos cabezas

la de mi madre y la mía

la tuya y la mía reflejadas abajo, nuestras dos cabezas que no se juntan
nunca, no se acercan nunca, en un círculo que el olivar o el viento de las
palmeras estremece de vez en cuando, la mía más pequeña, la tuya más
grande y la tuya más grande porque la mía se aleja, dejo de distinguirla,
desapareció, la mía de rodillas

como un caballo o la hija de no sé quién

con la palma palpándola despacio y encontrando a un extraño con el
hocico en el suelo, con ganas de tumbarse en los rieles, así de humilde,

así de quieto, con la esperanza de que el rápido de las diez y veintiuno
vuelva a surgir bajo la lluvia.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Ni siquiera fueron los americanos los que hablaron conmigo, por mi parte nunca los vi y me pregunto si alguien los vio, todo el mundo repetía que andaban por Angola y no obstante tal vez eran rumores o Angola demasiado grande, se decía que al principio construyendo plataformas de petróleo en Cabinda y después interesándose por otras cosas al darse cuenta de que las otras cosas también les daban dinero, el cobre, el algodón, el café, las armas con las que los negros se mataban unos a otros y por medio de las armas llegaron a los diamantes, no directamente, claro, unos holandeses, unos rusos

a cierta altura sobre todo rusos, portugueses y rusos

despachos en Amsterdam o en Alemania y a partir del momento en que descubrieron los diamantes la guerra arreció, se pasaba por un poblado en el que aún ayer había maíz, cabritos flacos pero vivos y no se encontraba el poblado, se encontraban marcas de neumáticos, restos calcinados, a veces la cabeza del jefe mirándonos desde una estaca, apoyaban al gobierno y quién combatía al gobierno, subían hacia el norte, se extendían hacia el este y las ciudades del interior destruidas una a una, grupos de infelices con barrigas enormes iban pillando restos, mi hermano frente al almacén de la hacienda

—Mira

y el arroz perdido, él sin quejas, trajo una silla de casa, no la de comer, el sillón, se instaló en él, con una pipa, haciendo cuentas de las deudas, tanto de las máquinas, tanto del anticipo sobre las cosechas, tanto de lo que se vence ahora en el banco, lo dejamos pensar mejor añadiendo desgracias, no exaltado, tranquilo, muy seguro de sí menos el sosiego que no combinaba con los zapatos cambiados, cuando mi cuñada le dijo a mi sobrino que lo llamase para ir a la mesa observé desde el balcón y allí estaba él a noventa metros a lo sumo, con la palma en la mejilla buscando soluciones, mi sobrino con el casco colonial del abuelo

—Me parezco al gobernador, ¿no?

fue por el sendero arrastrando un automóvil de madera con una cuerda, de vez en cuando se indignaba con el coche obstinado en volverse, exigió la reverencia a un criado

el criado en posición de firme

y al tractor sin ruedas que él conducía una que otra vez imitando ruidos de frenado

—Sal de ahí que te atropello, cuidado

siete u ocho años creo yo, aparecía en medio de la noche en la sala defendiéndose de la lámpara con el brazo, se paraba frente a nosotros, nos entregaba una lágrima con un asombro dentro

—No sé soñar

se subía al sofá esperando imágenes, enredos, soltaba la cuerda del automóvil, se hacía pasar por un búho o los vapores sin destino del cielo y en cuanto los vapores del cielo mi sobrino en busca de la cuerda antes de que lo cogiésemos en brazos

—¿No se dan cuenta de que no sé soñar?

él en el sendero que conducía al sillón, mi cuñada recogiendo el pelo con una horquilla, una especie de sonrisa por encima de otra sonrisa que no me interesaba entender, que incluso entendiéndola me molestaba entender, el pelo recogido, la oreja tan desnuda mucho más que una oreja

—¿Me queda bien, Sampaio?

y no solo la oreja, la mitad de la nuca, el cuello, un cuerpo desnudo a pesar de la ropa que vi y no vi, que esperé no ver, que vi, la sonrisa escondida más grande que la especie de sonrisa, el brazo redondo, la cadera casi alcanzando la mía, yo al mismo tiempo apartándome y quieto

apartándome quieto, aliviado, desilusionado con la cadera por no alcanzar la mía, deseando que mi cadera creciese y ordenándole

—No crezcas

la mano que sujetaba el pelo iniciando un gesto y no era un gesto, una de las uñas gracias a Dios rota ayudándome a decidir

—No un gesto

ningún vapor sin destino en el cielo, unas nubes que no servían de nada y yo obligándome a fijarme en las nubes, qué me importan las nubes, me importa el pendiente que aumentaba la desnudez, si las orejas no tuviesen lóbulo y los perfiles no tuviesen oreja mi vida sería más simple, mi sobrino delante del sillón rígido primero, metiéndose con su padre después, las nubes habían cobrado una importancia repentina, dejé de ver la oreja, casi no sentí su mano

más tímida de lo que pensaba

en la camisa, yo en el sendero sin responder a la reverencia del criado, sin conducir el tractor no solo sin llantas, sin cambios también

—Sal de ahí, Sampaio, que te atropello

mi sobrino, el sillón, mi hermano sentado, mi sobrino quitándole los zapatos y calzándoselos como es debido, el automóvil de madera volcado, me dio la impresión de que aplastado con una piedra o pisado porque se veía torcido, la pipa en el suelo haciéndole compañía al revólver y se acabaron las deudas

tanto de las máquinas, tanto del anticipo sobre las cosechas, tanto de lo que se vence ahora en el banco

apenas se distinguía el agujerito en el chaleco, se distinguía el olor a quemado del almacén, mi sobrino satisfecho con el nudo de los cordones

—Ya está

mi cuñada con el pendiente a la vista y la oreja y el cuello

no mi cuñada, el defecto de la uña intrigada primero, bajando las escaleras después, descubriendo algo

el brazo no redondo, las caderas finalmente feas, mi sobrino disponiendo los zapatos, quitando un grano del tacón con la yema del dedo

—No diga nada, tío, cállese

mi cuñada como si el sendero estuviese repleto de desniveles, de guijarros, la oreja que asomó entre unos mechones y desapareció de inmediato, casi no oreja ni lóbulo, la cara interrogante, frunciéndose, las piernas demasiado delgadas, las rodillas huesudas, por qué es que mi hermano, cómo es que mi hermano, el muelle de la voz soltándoseme sin lograr agarrarlo

—No deberías haberte casado con ella

dándome cuenta de que no lo censuraba a él, me censuraba a mí, no me refería a bodas, me refería a mi cadera creciendo, no creciendo y creciendo, me censuraba a mí y a ella, a la delgadez, a las rodillas, fíjate en la expresión, en la nariz

le impide sonarse

mi sobrino puso la pipa en el bolsillo de mi hermano

—No diga nada, tío, cállese

impida que mi madre se suene y no se sonó, las nubes que tal vez
sirviesen para secarse las manos, secarme en las nubes y colgarlas de
nuevo en el gancho donde estaban, no se sonó, nadie se sonó, coger el
revólver, asentir

—Te queda bien el pendiente

y las sonrisas ausentes, la especie de sonrisa y la otra, la más grande,
mi sobrino aferrando la cuerda del automóvil roto

en los ojos de mi cuñada todos los automóviles rotos, cosas más allá de
los automóviles

no amor, hábitos, pienso que hábitos

que se rompieron también

mi sobrino de vuelta a casa cruzándose con el tractor que no atropelló a
nadie, el níspero que mi hermano

—Va a prender, palabra

protegía con periódicos, alimentaba, peinaba, frutitos antes de
temporada, hojas enseguida marrones sin llegar a verdes, él vitaminas,
sulfatos, lo vigilaba de noche con la linterna convocando carcomas

—Va a prender, vais a ver

le prohibí a mi cuñada que su nariz creciese

—No quiero escenas, chica

en lugar de escenas puedes animar al níspero

—¿Me queda bien el pendiente?

el automóvil, pobre, de repente en el balcón perdiendo la capota, las
visitas evitaban el coche que circulaba entre ellas, costó cerrar la boca
de mi hermano a pesar de los esfuerzos del pañuelo, ojos que se
escapaban de las pestañas hacia el alféizar de la ventana

—Le preocupa mucho el níspero

en el cementerio de los colonos unos pedazos de lanza y sobre todo
raíces donde las palas resbalaban deformando la fosa, un alacrán con
su aguijón al aire junto a un cuello y yo absorto con el alacrán, cómo se
coordinan seis patas, cómo se hace para mover todo aquello, la nariz de
mi cuñada afortunadamente se contuvo, al despedirme sus hombros sin
carne, mi sobrino y el automóvil en equilibrio en el tractor sin ruedas

—Salga de ahí que lo atropello, cuidado

el recuerdo del níspero me acompañó unos días en Moxico, mi cuñada no, distribuíamos los porcentajes y entregábamos los diamantes al Correo de Luanda, Gonçalves

—¿Nísperos?

no creyendo que hubiese un níspero en Cuíto, para él Cuíto eran sembradíos que envenenaron, guerra, mi cuñada la especie de sonrisa sin la otra por debajo que no me interesaba entender, nunca entendí, asegurarle a mi hermano

—No he entendido, lo juro

una crucecita con dos tablas del almacén y su nombre la pintura de cajas que prolongaba las letras estrellando gotas en la tierra, el apellido incompleto porque

Gonçalves

—¿Nísperos?

no cabía en la tabla, la especie de sonrisa sin la otra por debajo y la otra más nariz que sonrisa

no te suenes

—¿Y ahora?

no

—¿Y ahora?

la nariz

—¿No te quedas?

o

—¿No nos llevas contigo, Sampaio?

yo sin comprender el

—¿No te quedas?

el

—¿No nos llevas contigo, Sampaio?

comprendiendo unas piernas delgadas, la nariz conteniéndose

—No me sueno

mi hermano letras que el sol disolvería en una semana a lo sumo, no necesitaba confiar en unas tablas deshechas, en un níspero muerto

—Nunca he entendido, lo juro

Gonçalves

—¿Nísperos?

y yo de acuerdo con él

—Estaba exagerando, no haga caso

realmente

qué idea la mía

no hay nísperos en Cuíto ni un niño que aparezca en medio de la noche en la sala todo envuelto en párpados hasta que una noche de estas

¿el año pasado, hace dos años?

una banda cualquiera de negros, una columna del ejército, tal vez quedase en el capín el automóvil y la cuerda, alguien que no conocí

no te conocí, cuñada

abandonando la mandioca, que no había quien la escardase, recogándose el pelo con una horquilla y mostrando un pendiente barato, un cuello, una nuca

—¿Me queda bien, señores?

y una granada y listo, cuando pasemos por allí me he de fijar si hay un tractor, Gonçalves equivocándose

—¿Se está sonando, Sampaio?

como si yo me sonase, míralo al tonto, no me sueno, ninguna lágrima con un asombro dentro, ninguna cabeza en el sofá esperando imágenes, enredos, en ausencia del Correo llevaba yo los diamantes a Luanda, un compañero en la terraza de Mutamba

—Te necesitamos

y no un americano, que los americanos no hablaban conmigo, tal vez viviesen en las casas de los ricos, en los cuarteles, en lugar de los americanos un señor de Lisboa alejándose de nosotros rumbo a un hostel de paquistaníes donde no vivía nadie, la sospecha de que los negros o el ejército se hubiesen marchado sin que mi sobrino cayese del tractor, encaramado recomendando

—Huyan

a las catanas y a los *jeeps*, al recuerdo de mi sobrino mi codo, no el suyo, defendiéndose de una lámpara que ya no había, el señor de Lisboa con ropa de Lisboa y aún no amarillo como nosotros en Angola, mi cuñada que no recuerdo, mi hermano, yo, la tierra no amarilla, roja, las personas sí amarillas, mi madre, pobre, mirándose las manos

—Amarillas, fíjate

nacida en Portugal, al sur, de cuando en cuando, en sus suspiros, muros claros, alcornoques, el señor de Lisboa con un mapa de Cassanje

y el tractor aplastándome y aplastándome sin tocarme, el sillón delante del almacén vacío, un sillón de napa con un rasgón en el respaldo

—¿Usted conoce Cassanje?

da igual que lo sepa, al fin y al cabo la miseria es la misma con las sepulturas de los reyes jingas en las cumbres de los montes, mi madre que le mostraba sus manos sin que él se las viese

—Amarillas, caballero, fíjese

añadiendo ya ausente, desaparecida

—Matábamos el cerdo en Ourique

y recayendo en el sueño, le dábamos vino dulce, bizcochitos, mermelada, en Cassanje Marimbanguengo que apenas se ve, el dedo del señor de Lisboa

—Este punto

por donde los cinco habríamos de intentar llegar a la frontera y yo revelándoles, con un palmadita en un tronco, inventando cocodrilos, cebras

—Venía aquí de pequeño, Marimbanguengo, ya sé

ningún muro, ningún alcornoque, ningún cuchillo en un pozo, sendas que las lluvias alisaron, haciendas sin nadie, viento

el viento por el capín surgiendo de los poblados e irritándose con nosotros, serena al viento, hermano, con vino dulce, bizcochitos, mermelada, así como serenabas a madre acomodando casi dedo a dedo sus manos en la manta

yo incapaz de tocarla, desde que tengo uso de razón incapaz de tocarla

—No son amarillas, son blanquísimas, madre

la terraza de Mutamba dos mesas, tres mesas, un mulato ocupado en abrir grifos por los que asomaba el óxido de una gota, el humo del gasóleo

parado

que permanecía en la calle, todo parado, las personas, la isla, la ola que no llegaba a la playa y desistía, ustedes en Marimbanguengo, este punto que no se distingue bien, el compañero corrigiéndolo

—Más a la izquierda, doctor

usted con ellos en este punto y si usted con ellos en este punto

mi madre salía a la superficie del sueño rumiando alcornoques

—Alcornoques, madre

un hombre con sombrero y algo a la espalda

—Mi tío

mi madre alegrándose ante el hombre

—Matábamos el cerdo en Ourique

y en este punto, no importa si en el mío si en el de su compañero

da igual

la casa, los pabellones de caza, el anexo, nosotros a su espera y como nosotros estábamos agradecidos usted en el Congo por su cuenta, Sampaio, puede que un pasaporte, un transporte hasta el muelle, dinero, aunque me apeteciese llamarlo el tío de mi madre ausente, la policía en Muxima

—Alto, alto

y el hombre con sombrero dándose prisa en Ourique, creo que un vuelo de agachadizas o un negro que caía

esas ratas

creo que nada después salvo yo en las gafas del señor de Lisboa, me acerqué a comprobar si mi madre también y mi madre no, me pareció que una muchacha recogiendo el pelo con una horquilla, no lo creí, me acerqué más, el señor de Lisboa alejándose

—¿Qué es esto?

y las gafas desiertas, tal vez la esposa tomando té, cortinas de damasco, mesas italianas, el señor de Lisboa cerró el apartamento al pasarse un pañito en las gafas en el momento en que su esposa iba a ofrecerme una taza

—Por favor, señor Sampaio

el tío de mi madre que mataron en Marimbanguengo o en Ourique

—¿Dónde murió su tío, madre?

las agachadizas, siempre un vuelo de agachadizas cuando acababan los tiros, Gonçalves con la estilográfica levantada, Quanza Sul, Quanza Norte

—¿Dónde queda Marimbanguengo?

esperé que algodón, tabaco, el viento por el capín doblegándolo todo, doblegándonos, la lluvia a las tres de la tarde y con la lluvia la noche, Gonçalves no vio a su esposa ni la taza, golpeó el escritorio asegurándose de que no era una mesa italiana

—Estaba a punto de asegurar que era una mesa italiana, estoy tonto

vivía con una negra de trece o catorce años en la calle siguiente, yo vivía solo en el Servicio porque por extraño que parezca el lóbulo, el pendiente, en momentos de suerte el colchón casi una cadera, el almohadón casi un brazo redondo, probé con unos huesos de níspero en un tiesto, salió una hojita, me regocijé con la hojita y al otro día una birria, todo lo que usted tiene que hacer es entretenerlos, errar por Cassanje so pretexto de huellas y entrar en Marimbanguengo después del veinticinco, una granada de mortero en el otro extremo de Muxima, la taza de la esposa onduló y se recompuso, la negra de Gonçalves golpeaba el pilón, Gonçalves con nosotros cogiendo la mochila

—Voy andando

y ella de pie callada, el sol enredado en la viña virgen cubría sus gestos y no había gestos, unos días después

—Alto, alto

ni siquiera el ejército o la policía

—Alto, alto

un grupo con escopetas, un rumor de sandalias en el porche, en la huerta, los trastos que iban llevando a la calle, el frigorífico a queroseno, media docena de tenedores, máscaras retiradas de la pared donde los clavos crecían enfadados, esas cosas desgastadas con las que vivíamos, en serio que usted era feliz en Ourique, madre, su padre llegando a casa

—Granujas

la añoranza del

—Granujas

del vaso rompiéndose, de pisar añicos incluso

de pisar añicos incluso porque llegamos a esto, añoramos pisar añicos, sea sincera, madre

las sandalias

llevando a la calle el pescado seco, la harina, el traje de Gonçalves si el Servicio lo llamaba, su tío con algo a la espalda y usted

—Tío

yo pensando en el

—Granujas

para escapar de las sandalias, Gonçalves

—Voy andando

sin caer en la cuenta del tiro, trece o catorce años y no trece ni catorce, once años, elegirla en medio de las otras

—Esa

entregar al padrino una cabra, un hacha, no la gorda, esa, once años, diez años

—¿Qué edad tiene la pequeña?

—Veinte años

mentira y menos mal que mentira, con veinte años no hay problema

—Saber leer revistas, es más cara

no sabía leer, nunca sabría leer, una negra

—Esa

con un hato en la cabeza y vestidito a lunares, clavículas diminutas que se deshacían en los dedos

—Esa

nalgas de niña, la más joven, esa, preguntarle el nombre y nada, ella en un ángulo de la habitación

—Acuéstate

y se acostó en el suelo, no con él, una pulserita de goma, un collarcito de crin, la garganta hacia arriba y hacia abajo no de persona, de lagarto, la garganta de los lagartos así, levántate del suelo, acuéstate conmigo, quédate quieta, no quieta de esa forma, con la garganta tan rápida, solo quieta, sin apretar ese clavo en la mano, de qué te sirve el clavo

¿ibas a herirme con el clavo?

—Esa

siete meses la garganta persiguiéndome sin perseguirme, sin pedir, sin protestar, obedecer al blanco

—¿Eres muda?

debes de ser muda, no hablas, por qué motivo escondes los pañitos ensangrentados en la tierra

esa

sandalias en el porche, en la huerta, en el patio, los trastos de Gonçalves llevados a la calle, el frigorífico a queroseno que los portugueses olvidaron, tenedores a los que nunca te habituaste

eras negra

escondías los pañitos con la sangre en la tierra y Gonçalves machucándote el brazo

—¿Estás embarazada de mí?

el enfermero

—Calma

una rama todo el tiempo en la ventana mientras dedos, un estilete metálico, tú catorce, quince años o doce o trece, el enfermero

—No tiene más de diez años

la pulserita de goma, el collarcito de crin, paños ensangrentados que enterrabas en el instante en que el tiro, qué sentías, qué pensabas, no sentías, no pensabas

—Calma

y ahora que el enfermero

—Se acabó el embarazo, señor Gonçalves

entiérrate a ti misma, anda, un cuerpo de niña

¿ocho años, nueve años?

si te abriesen la mano encontrarían el clavo

tal vez nueve años a juzgar por el pecho, con esta gente es difícil

un pañito, tú de bruces en la estera

¿mi cuñada de bruces dónde?

—¿Me queda bien, Sampaio?

el brazo que ella suponía redondo, que tal vez mi hermano supusiese redondo

—¿Suponías su brazo redondo?

Gonçalves midiendo distancias y calculando el tiempo entre el puntito y la frontera

—¿Marimbanguengo, Sampaio?

una segunda mesa italiana, taraceas, cajoncitos secretos

—Una mesa italiana, qué tontería

y en uno de ellos muros claros, alcornoques, creo que un cementerio a la salida del pueblo con las tumbas de los soldados en una guerra de

Francia, letras con musgo, cruces a las que la helada les iba comiendo el basalto, mi madre, ya de por sí vieja, asombrada en Cuíto

—El cementerio en Ourique, hijo

con lo imposible de las fechas

de mi padre no hablo

rascar el musgo con un pedazo de caña y debajo del musgo números de compañías, mi cuñada trayendo el vino dulce

—¿Dónde está Ourique, señora?

yo odiando a mi hermano que decidía

—No me caso

sus piernas tan delgadas, mi hermano fumando en el cobertizo y la especie de sonrisa

no, la otra escondida por debajo

—¿No me llevas contigo?

la lucecita de la pipa allí fuera, detesto tu pipa y te detesto a ti, te mato en Marimbanguengo y el señor de Lisboa aprobándome, el compañero satisfecho, la policía en Muxima

—Alto, alto

el hostel de los paquistaníes cuya fachada echó abajo un cañón sin retroceso, yo dado que el Congo, dinero, un barco hacia Ourique y en Ourique nísperos en serio, tal vez algún pariente en el muelle

—¿Si conozco Marimbanguengo, Gonçalves?

los americanos en Marimbanguengo con ustedes y yo en el Congo, yo libre, muros claros, alcornoques, se acabó Cuíto, la vocecita insegura

—¿No te quedas?

imaginando lo que no me interesaba entender

y entendía

me molestaba entender, la oreja desnuda mucho más que una oreja, el pendiente que podría haberle regalado

no de mi hermano, mi

mi sobrino con una chaqueta más cara, mejor, a mí en Ourique no habría de presentarse en medio de la noche en la sala para entregarnos una lágrima invisible con un asombro dentro, mi sobrino que no se cayó del tractor, se quedó allá

—Salgan de ahí que los atropello, cuidado

hasta que el capín se le cerró por encima con ocasión de las próximas lluvias, no era Gonçalves ni los otros, son ustedes los que no quiero, las rodillas huesudas que no paran de caminar hacia mí hasta Luanguinga cuando la emboscada del ejército a una hora de la sabana, el de la culata empujándonos

por suerte no empujó a mi hermano ni a mi cuñada, mi hermano y mi cuñada frente a las escopetas para que la sonrisa y la pipa no me molesten más, yo tranquilo en Ourique, bye bye, fíjense en que el de la culata solo nos empujó a nosotros

—Cuidado

yo tranquilo con mis muros claros, mis alcornoques, mis cerdos, olvidado de haber nacido en Angola, de haber vivido en Angola, deben de existir barcos del Congo a Alentejo, gente que se acuerde de mi madre

de mi padre no hablo

alquíleme una habitación

solo necesito una habitación

acépteme, permita que plante un níspero en un ángulo del huerto

—Un níspero solo mío

y déjeme en paz, debe de existir un viejo con algo a la espalda que no responda si lo llamo, Luanguinga lejísimos tal como el herido que se incorporó demasiado pronto para contemplar la rodilla admirado por la sangre, lo que parecían músculos rasgados, huesos

—Me encuentro bien

el ejército granadas, la explosión de una mina, yo lejísimos de las lanchas de plástico de los fusileros con el motor casi intacto, lejísimos de mi padre

de mi padre no hablo

o sea lejísimos de un hombre marchándose, hace muchísimos años, con mi hermana en brazos

de mi hermana no hablo

un hombre marchándose hace muchísimos años con una niña en brazos,
las piernas de mi hermana

las piernas de la niña delgadísimas, el pelo que le recogían de lado

mi hermano no intentó un movimiento hacia el hombre, semanas
después mi madre con una carta o un pañuelo sucio en la mano

una carta, yo

—Muéstreme la carta, madre

y mi madre rasgándola

—No era una carta, era un pañuelo, ¿no lo ves?

yo lejísimos de la niña, del pañuelo, del herido atándose la rodilla con la
tela de los pantalones y asegurando

—Me encuentro bien

y su nariz pálida, yo en Portugal

en Ourique

tengo esperanzas de que Ourique junto al mar

lejísimos

las primeras flores del níspero

el de la culata detrás del herido interrogando a Gonçalves y Gonçalves

—No

las primeras flores creo que rosadas del níspero, por qué el hombre con
la niña en brazos no me dio explicaciones, no dijo, la niña se volvió, uno
de sus brazos, redondo

—Sampaio

no

—¿No me llevas contigo?

no

—¿No te quedas?

no una especie de sonrisa

las primeras flores rosadas del níspero

mi nombre

—Sampaio

yo en Ourique lejísimos de mi nombre

—Sampaio

de mi madre rasgando sin leerlos pañuelos con palabras escritas, los frutitos, verdes al principio, formando cuerpo con las ramas, iban cambiando de tonalidad, al acercarnos a Cassanje el viento surgiendo de los poblados e irritándose con nosotros, ahuyentándonos por el capín y el capín doblegado, Chiquita, Mangando, Marimba, los yacarés de Cambo y en Marimba dos comercios y el dispensario de la lepra vacíos, una boa con la mitad de una gacela fuera, centenares de murciélagos a la espera en los mangos y yo lejísimos

nísperos

un día una carta

o un pañuelo

más grande, mi madre demorándose en ella, entrando en la habitación, la puerta del armario, telas y ella de luto riguroso, me dijeron que la niña

o me mintieron que la niña

de mi hermana no hablo

en la isla de Luanda

adonde no fui por cobardía y aunque fuese por mi vacilación, cuál de ellas

¿esta?

¿la morena clara?

¿aquella?

el miedo a que una cadera en la mía

—¿No me llevas contigo?

una especie de sonrisa

—¿No te quedas?

el tal brazo redondo

—Sampaio

y yo incapaz de ayudarle, mi madre no recuerdo dónde

—¿Usted dónde, madre?

tal vez ya enferma, ya vieja

vino dulce, bizcochitos, mermelada

mirándose las manos

—Amarillas, fíjate

mi madre recuerdo dónde, del otro lado de la ventana cerrada viendo marcharse a la niña, las palmas

—Amarillas, fíjate

en las mejillas, en la boca, la luz en los cristales impidiéndome distinguir sus facciones, mi hermano no se parecía a usted, yo no me parezco a usted, la niña

no la de Cuíto, la de la isla

—Sampaio

el brazo no redondo

esquelético, sus hombros esqueléticos

comían insectos, cangrejos, pájaros

y yo lejísimos de aquí, en Ourique, donde un muro claro me protegía de la miseria de las mujeres y me impedía verlas agachadas contando monedas de una lata que habían enterrado en la arena

en el caso de que aquella basura fuese arena, mi hermana seguro que parecida a mí, al llegar a Marimbanguengo Gonçalves mandando en patrulla al del mapa

—¿Estás seguro de que es Marimbanguengo?

o sea Marimbanguengo sin americanos ni ejército, casi Argentina, casi Buenos Aires, señores, Marimbanguengo no Angola, no diamantes, no guerra, cortinas, mesas italianas, la esposa del señor de Lisboa ofreciéndole la tetera

—Haga el favor, señor Gonçalves, sírvase

y Gonçalves a la negra de diez u once años

el enfermero

—Diría que diez años

avergonzado de sus botas, de la camisa manchada

—Mi traje, deprisa

y el traje demasiado corto, al llegar a Marimbanguengo mi hermana estaba segura de que se parecía a mí ayudándome con el níspero de Ourique, cocinando para mí, llamándome cuando la comida estaba lista

no necesitamos más de una habitación, para qué más de una habitación, ninguno de nosotros va a casarse

—Sampaio

y dos sillones de napa

no uno, del mismo modo que nuestras manos no amarillas, blancas

no frente a un almacén de arroz, frente a Ourique y al mar, al llegar a Marimbanguengo

un puntito más abajo con respecto al puntito que el señor de Lisboa pensaba, el compañero en la terraza de Mutamba

—Marimbanguengo aquí, doctor

Gonçalves

—¿Estás seguro de que Marimbanguengo?

sin caer en la cuenta de las ametralladoras en la casa, en los pabellones de caza, en el anexo, de los americanos, de los alcornoques, del tío de mi madre con algo a la espalda, de mi hermana a mí

—No te suenes, Sampaio

la pista de aterrizaje, el patio al que le faltaban baldosas, todo conforme a lo que me habían descrito, la frontera, una claridad de bruma, la desolación, el viento, un perro vagabundo

o el herido

qué perro vagabundo, el herido cojeando al azar

—Me encuentro bien

y yo no con ellos, yo en el Congo, el compañero de Mutamba y la esposa del señor de Lisboa

—Haz el favor

encantados conmigo, entregándome un pasaporte, una taza de té, un billete de barco

—Para Ourique, ¿no?

Marimbanguengo más grande de lo que yo imaginaba decrecía a medida que las nubes, la lluvia, no esas lluvias de Cuíto, inesperadas, feroces, que destruían las cornisas, una lluvia de flores rosadas, casi sin peso, lenta, mi madre del otro lado de una ventana anónima

una ventana cerrada

yo a mi madre

—No se suene

y aunque no se sonase advirtiéndome de no sé qué, desee oírla y no obstante la cortina, el crujido de las palmeras, las flores rosadas o el primer disparo

supongo que el primer disparo

que me impedían entender, Gonçalves o el de la culata

—Sampaio

sospecho que

—Sampaio

puesto que yo lejísimos, en Cuíto o en Ourique o en el Congo, yo en Cuíto, con los zapatos cambiados, frente a un almacén que robaron, arrastrando un automóvil de madera con una cuerda indignado con el

juguete que se obstinaba en volverse del revés, observando desde el balcón

mi hermano Sampaio que no quiso visitarme, se quedó en Mutamba y evitó la isla, me evitó a mí, observando desde el balcón sin que yo pudiese preguntarle

—¿No me llevas contigo?

preguntarle

—¿No te quedas?

sin que pudiese decirle

—Tu compañero te mintió

—El señor de Lisboa te mintió

—No hay pasaporte ni dinero ni billete de barco, van a matarte como a los demás, Sampaio

mi hermano sordo porque una mujer le rozaba la cadera recogiendo el pelo con una horquilla, una especie de sonrisa por encima de una segunda sonrisa que no le interesaba entender, que aunque la entendiese

y la entendía

afirmaba no entender porque le molestaba entender, la oreja desnuda mucho más que una oreja

—¿Me queda bien, Sampaio?

y no solo la oreja, mitad de la nuca, el cuello, un cuerpo desnudo a pesar de la ropa, que vio y no vio, que no quería ver y vio, la sonrisa escondida más grande que la especie de sonrisa, el codo redondo

no redondo, que él deseaba redondo

él al mismo tiempo alejándose y quieto, aliviado y desilusionado con la cadera porque no se rozaba con la suya, intentando que la suya creciese y a la vez ordenándole

—No crezcas

la mano que sujetaba el pelo casi un gesto y no gesto, una de las uñas

¿la del índice, la del pulgar?

gracias a Dios rota ayudándolo a decidir

—No gesto

ningún vapor sin destino en el cielo, ningunas flores rosadas

—No hay nísperos, Sampaio

nubes que no servían de nada, insignificantes, diminutas, y él obligándose a fijarse en las nubes y decidiendo no me importan las nubes, me importa el pendiente de la mujer que aumentaba su desnudez, si la oreja no tuviese lóbulo y el perfil no tuviese oreja su vida sería más simple, me acuerdo de que me agujerearon las orejas para ponerme los pendientes, mi madre con una aguja, un hilo y yo llorando

—No

tú con un automóvil de madera casi igual al de tu sobrino

—No

y nuestra madre a ti

—¿No tienes ganas de que tu hermana sea una señora, sea guapa, Sampaio?

la aguja atravesando las orejas, casi nada de sangre y yo guapa, Sampaio, yo en brazos de mi padre sin despedirme de ti

¿para qué despedirme de ti?

en vez de despedirme de ti mostrándote el cuello y la nuca, yo tan desnuda

—¿No me encuentras guapa, Sampaio?

y tú

—Put

tú

—Nunca me voy a casar, puta, puta

y no te casaste, Sampaio, dormías en el cuartucho al fondo del Servicio

balanzas, reactivos, pinzas

no en una cama, en un colchón, odiando a tu padre, odiándome, si sucedía que mi hermano me mencionase en Cuíto

de mi hermana no hablo

—No sé quién es, cállate

puta

puta

de manera que tú en Marimbanguengo

porque Marimbanguengo antes de Ourique, había dicho el señor de Lisboa, es decir, no dijo antes de Ourique, no mencionó Ourique, desconocía Ourique, dijo que tal vez

tal vez

dijo que puede que sí, que tal vez un pasaporte, un transporte hasta el muelle, dinero, dijo que nosotros a su espera y como nosotros agradecidos usted en el Congo por su cuenta, Sampaio, no he dicho más que usted en el Congo por su cuenta, Sampaio, no deberías haber aceptado, creído en él, respondido a Gonçalves

—¿Si conozco Cassanje?

aunque hoy me dé cuenta de que no creíste, lo sabías, no era a ti a quien mataban, era a mí, confiésalo, no a nuestro hermano, no a nuestra cuñada, no a ti, era a mí a quien mataban, a mí a quien mataban al matarte, no fuiste a buscar la escopeta, no te escondiste, tú a las ametralladoras

—Mátenla

un vuelo de agachadizas

los pájaros de nuestra madre

—Las agachadizas, Sampaio

y silencio después, tu codo defendiéndose de una lámpara que no había nunca hubo, Sampaio

del exceso de claridad en los muros, del sol en los alcornoques, creo que el viento de Cassanje doblegándolo todo, surgiendo de los poblados e irritándose con nosotros, alguien aquí en la isla, un cliente

un negro

sorprendido conmigo

—¿Ha ocurrido algo, señora?

y evidentemente

estarás de acuerdo

no podía, no sería de buen tono comunicarle

—Estoy muriendo en Marimbanguengo en este instante

no podía mostrarle las balas en mi cuerpo, en la barriga, en el pecho,
explicarle que esto en la boca no es saliva, es sangre, esto en la
garganta un recado a mi hermano que me apetecía decir y no digo, yo

—Sampaio

yo otra vez

—Sampaio

yo

—¿No me encuentras guapa, Sampaio?

y tú

—Putta

tú

—No eres más que una puta, te odio

yo apoyada en un tronco de palmera entre la finca de una hacienda y un
pabellón de caza, el negro insistiendo

—¿Ha ocurrido algo, señora?

de manera que yo

y estarás de acuerdo conmigo

—Sigue, no ha ocurrido nada

yo sujetándome el pelo con una horquilla

y mi cuello tan desnudo

para ayudarlo a acabar, cuando acabe mis compañeras, Salete, Joana,
me encontrarán en este arbusto, en esta barraca junto a este níspero, y
ellas

—¿Un níspero aquí?

admiradas ante las flores rosadas que no paran de caer y me separan,
me aíslan, me dejan sola hasta que un hombre

digo un hombre puesto que no permites que hable de padre

me coja en brazos y se vaya conmigo a pesar del brazo redondo que te
tiendo.

CAPÍTULO OCTAVO

El teniente debe de haber dicho un montón de veces

—Mi mayor

antes de que yo lo escuchase, debe de haber preguntado un montón de veces

—¿Quiere verlos?

antes de que yo

—¿Perdón?

hacia allí, hacia el capín, con el arma trabada, no en Angola, no en Guinea, ni en África siquiera, en el balcón de casa, con las manos en los bolsillos, mirando la calle por la noche indeciso me acuesto no me acuesto, me siento en mi lugar de la sala o me tumbo en la cama a tu lado, los muelles menos elásticos en el lado izquierdo del sofá y los pliegues de la tela que mi espalda hizo crecer con el tiempo, la mancha de la cabeza de cuando me duermo con una revista en las rodillas pensando

y, por el hecho de pensar, seguro de que oyes

—Déjame descansar que en cinco minutos estaré contigo

me doy vagamente cuenta de que te levantas, decido acompañarte, juraría que te acompaño y sigo sentado, tus pasos en el pasillo y por lo tanto mis pasos también, un ojo se abre flotando solo, independiente de la cara

no tengo cara

te ve caminar, rascándote la espalda, rumbo al pasillo, se fija en tus piernas, intenta atraer mi atención

—Las piernas

el cerebro repite apenas

—¿Piernas?

en una interrogación lenta

—¿Qué son piernas?

apenas creo saber e inicio un esfuerzo complicado

soy tantas cosas dispersas

para fijarme en las piernas

un dedo mío se contrae

el ojo se desinteresa de ellas, vaga por el estante a medida que se sumerge

¿dónde?

descubriendo un retrato con nosotros dos en el marco

—¿Qué piernas?

vacaciones en Italia creo yo

¿qué yo?

nosotros fingiendo que sujetamos, con los brazos extendidos, la torre de Pisa

tú con el pelo corto ese agosto

el ojo acaba por perderse con la impresión de que el televisor está encendido, se disuelve en espiral de desagüe en la cara que no tengo, me gustaría que tu pelo corto siguiese conmigo mientras mi cerebro se disuelve también, mientras caigo comprobando

—No soy nada

y contento de no ser nada en el interior de mí mismo, yo lonchas que se esfuman, una de las lonchas del brazo derecho encajada en el sofá y después no loncha, yo una nada que oye

oigo caer un zapato

la nada que oye estrechándose, declarando

—En cinco minutos estaré contigo

con la conciencia de que no declaraba, no hablaba, el garaje del edificio abriéndose

un mecanismo más complicado que el mío

el teniente

—Mi mayor

rompiendo las membranas de sueño que me envolvían hasta llegar a mí,
películas y películas y yo un feto que protesta

—Cinco minutos

en el centro, palabras con filos que hieren, pedirles sin boca

no poseo boca

que no me sacudan, no me toquen

—No me toquen, palabras

por la mañana el estilete del despertador en el nervio vivo que soy,
maldad de dedos que me desenvuelven a la fuerza exponiendo la herida
de la carne

—Morais

en el caso del sofá comenzaba a emerger dos o tres horas después, es
decir, una especie de molestia en una región que no me pertenecía y se
convertía en la nuca

¿por qué la nuca?

se iba convirtiendo en la nuca y aquello que se iba convirtiendo en mi
mano u otra mano de la que mi mano se apropiaba masajeando la nuca,
nuca y mano ajenas a mí, fragmentos con los que no tenía nada que ver
y donde entraba a duras penas para vestirme de persona, yo nalgas

nalgas, sí

formando cuerpo con el sofá y libres del sueño, puf, alfombra y persiana
azules que el televisor iluminaba y un par de ojos no flotando, fijos
frente a la tal nuca y a la tal mano pensando

—No las conozco

examinando mejor, dudando

—¿No las conozco?

encontrando la mancha de café en la alfombra, los flecos descosidos y
la birria de la revista que había abandonado mis rodillas

a propósito de rodillas una de ellas desplazándose, la parte de abajo de mis ojos atenta a la rodilla, la palma en la rodilla, una alianza

¿quién está conmigo aquí?

la cicatriz igual a la que un clavo me hizo en el pulgar cuando era niño, zonas más fluidas, nacidas a partir de las nalgas, convergiendo, adquiriendo cartílagos, uniéndose, la nuca transformándose en cabeza, los ojos fijos empañándose, distrayéndose

yo fluido de nuevo

regresando más nítidos, recoger la revista del suelo, algunas porciones

las caderas por ejemplo

aún indecisas, levantarme logrando equilibrar más o menos todo esto que soy, pedazos que resbalan, desfallecen, se enganchan por fin y el teniente, con los filos desapareciendo de las palabras

—¿Quiere verlos?

mi cuerpo con la dificultad de los viejos y la mano cambiando la nuca por los riñones, un paso que aprende a andar, soporta toneladas de fatiga, construye otro paso, nos encuentra en el marco sosteniendo la torre, la claridad del televisor haciendo la noche más noche al añadirle sombras que se movían según los colores de la pantalla, la mancha de la alfombra que cambiaba de sitio, los flecos descosidos ondulando

no tropezar con los flecos

en el sofá una moneda que se me escapó del bolsillo, al recogerla la moneda entre dos cojines, introducir el dedo cordial y el índice entre los cojines y en lugar de la moneda el capuchón de una estilográfica que dejé en el cenicero, introducir, además del índice y el cordial, el puño, el antebrazo y el espacio entre los cojines sin fin, en pos de la moneda sin ninguna importancia y no obstante vital, dentro de poco el hombro, yo entero desapareciendo allí dentro, metros y metros de sofá y un cigarrillo roto, un botón, una estilográfica sin capuchón, la moneda finalmente pero que no era la mía, los árboles y las farolas de la calle no en la sala, en el techo, las ramas y las hojas que agitando las farolas alteran la luz, dividiéndola en fracciones, lanzándolas hacia un ángulo de pared donde continuaban bailando, tacones en el piso de arriba, ruidos de agua, una puerta, al apagar el televisor el contorno de la cómoda que tu madre nos regaló avanzando hacia mí, deteniéndose de mala gana resignada a ser cómoda, uno de los cajones medicinas, un martillo

mi moneda no

me acuesto no me acuesto

aunque mi cabeza tarde en reflexionar, haya pausas en el raciocinio,
bisagras que se niegan

este codo, este muslo

una zona de mi cerebro soñando por su cuenta, decido no sentarme en
el sofá para que el sofá no me devore, yo y la moneda en un túnel de tela
estampada que me impide respirar y en el que tal vez haya más
estilográficas, una pila del mando del vídeo, un pañuelito de papel, un
tren, antes de que el tren en marcha abra el frigorífico y el frigorífico
cegándome, la botella de zumo, mi mujer

—No se bebe a morro, Morais

pero mi mujer allí dentro, el teniente

—Mi mayor

allí dentro o sea un saliente en la manta que se resuelve en pelos
subrayados por los números rojos del reloj con música, nuestro hijo con
el hocico de conejo del chupete trabajando de vez en cuando, al cerrar
el frigorífico la pila y la tabla de planchar en el tendedero retrocedían
en la oscuridad, me pareció que las zapatillas de la criada descansando
en el alféizar y un par de pantalones míos colgados de una cuerda, la
comezón de un estornudo comenzó a formarse en la región indefinida
donde se inician las lágrimas, fue creciendo, desenfocó la cocina, me
ensanchó las costillas, tomó posesión de mí, desistió lentamente, mi
madre de inmediato

—No estarás contento hasta que no te constipes, Morais

pero mi madre cómo si mi madre muerta hace años y ni me acuerdo de
su voz, me acuerdo del eco del pozo en el olivar cuando nos veíamos
reflejados y el eco de nuestros nombres solamente o ni siquiera nuestros
nombres, una alteración del silencio, una locomotora sacudiendo los
campos, el teniente debe de haber dicho un montón de veces

—Mi mayor

antes de que yo lo escuchase, debe de haber preguntado un montón de
veces

—¿Quiere verlos?

antes de que yo

—¿Perdón?

agachado en el capín con el arma trabada, nosotros fuera de
Marimbanguengo, en medio de una cuesta a cien metros de los blancos,
cinco desharrapados con mochila alrededor de un mapa, uno de los
desharrapados señalando lo que según mis cálculos no era la frontera,
Dala-Tando o Mangando y él convencido

—La frontera

los restantes, excepto el herido ocupado con la sangre, quitándose los
prismáticos y discutiendo la orientación, atravieso el pasillo, me tumbo
en la cama a tu lado y me desembarazo de ellos, entre las horas y los
minutos del reloj con música un puntito rojo menguante y creciente, se
ajusta el corazón con el puntito y el corazón se adelanta, el sofá me
guarda el sueño así como guardó las estilográficas, la moneda, la
barriga pesada, creo que un defecto en un diente, cada víscera un
lamento, todo en mí importunándome, quejándose, tu paz que me irrita

—Si me muero ni te enteras

el hocico de conejo del chupete trabajando y aquietándose en medio de
animales monstruosos

un elefante, un mono

que se veía enseguida que estaban riéndose de mí, si le doy un puntapié
al elefante el elefante derriba el triciclo, nuestro hijo

—Madre

y tú con el elefante en brazos

creo que le torcí una pata

—Francamente, Morais

yo abandonado agonizando en la cama con el teniente

la única persona en el mundo que se preocupa por mí

—Mi mayor

la inquietud diminuta de las hierbas, charcos con un hervidero de sapos,
los labios de mi mujer formando un nombre

—Morais

y yo

—¿Cómo?

diferente de mi nombre

—¿Quién se llama así, Selma?

la tierra amarilla

no roja

ablandada por la lluvia, un milano inmóvil en el aire a la búsqueda, cuando mi abuelo estaba en la silla de lona rascando el suelo con el tacón también un milano, dos trazos paralelos, un tercero que los cortaba

—En cuanto me distraiga, tu padre vende esto enseguida, chico

no entendía sus arrugas, los accidentes de su piel

—¿Cómo se envejece, señor?

huesos de las manos encordonados de venas y manchas marrones, más saliva en las frases, falanges que tardaban en atinar con las cosas, después del almuerzo se quedaba en la mesa sin mirar a nadie, con pupilas húmedas, ese olor a herbario y a baúl de las personas viejas, la boca masticando lo que no era carne, porfías, jirones de ideas

—En cuanto me distraiga

los pensamientos tardaban mucho tiempo en llegar y al llegar los apartaba con un gesto

—¿Qué ha sucedido, abuelo?

la boca masticando un silencio largo porque le costaba alcanzar el

—¿Qué ha sucedido, abuelo?

y una vez alcanzado se olvidaba pues su inteligencia iba en un sentido diferente, las arrugas se borraban un instante, las falanges seguras, la servilleta que le ataban al cuello ajustándola bien

—Una tarde la criada del conde

y las arrugas de nuevo con un júbilo hueco, me acuerdo de él garrido, con un pañuelito en la chaqueta, atando la mula a los varales, mi tía en el porche y mi abuelo destrabando el carro

—Si fueses una mula, me serías más útil, Natércia

el teniente debe de haber dicho una docena de veces antes de que lo escuchase

—¿Mi mayor quiere verlos?

y yo encontrando a mi abuelo con escopeta de caza, estudiando el mapa junto con los objetivos, las orejas de la mula apuntadas a nosotros, los cuervos de los olivos

—Morais

mi abuelo dirigiendo, claro, dilatando el labio inferior con la lengua y tensando los tirantes como en el juego del chaquete, mi abuelo superior

—¿Ustedes solo saben eso?

o sea mi abuelo

—¿Marimbanguengo, chicos?

antes de jugar paseaba su desdén en torno, lanzaba un beso al cubilete, la criada del conde, solo chales, lo esperaba en el parral, una pérgola donde la condesa, con boquilla, pintaba flores a la acuarela

—La esposa del conde una tarde

la criada ovillándose en las lanas, una ninfa de piedra en el silencio del estanque donde mi abuelo colgaba el sombrero con un empujoncito a la ninfa

—No mires ahora

y la ninfa sosteniendo una concha sin mirar, la condesa cambiándole el filtro a la boquilla

—¿Ese quién es, Leonice?

mi abuelo aún en la mesa con las pupilas húmedas, el olor a herbario y a baúl de las personas viejas, el mentón masticando algo que no era carne, visperas desvaídas, jirones de alegría

—La condesa

el chófer de uniforme en el olivar cerca de la silla de lona

—Tú ahí

desde las cortinitas fruncidas del asiento trasero salió un índice en argolla llamando a mi abuelo y mi abuelo dos trazos paralelos con el tacón y un tercero

despaciioso

cortándolos antes de tensar los tirantes dirigiéndose hacia ella, los olivos no amarillos ni rojos, grises, un buitre arqueaba el pescuezo hacia el herido componiendo sus alas en los hombros, el teniente en un susurro con temor a que el viento fuese hacia los objetivos a juzgar por el modo en que soplaba el capín

—¿No vio?

no vio la boquilla

o un guante de raso

abriendo la puerta del coche, el abuelo de mi mayor dilatava el labio inferior con la lengua paseando su desdén en torno

—¿Usted no sabe más que eso?

falanges que tardaban en atinar con las cosas, la boca masticando un silencio largo, mi tía atándole la servilleta al cuello donde estaba mal afeitado, mi abuelo no pañuelito, no garrido, manchas marrones, arrugas

—Le convendría que yo fuese una mula, ¿no?

la mula muerta hace siglos

¿la envenenó, tía?

el carro en el cobertizo con uno de los ejes roto y el viejo sin entender, un júbilo hueco, una risita, o sea encías, más arrugas, la risita silenciándose porque él se había olvidado de que reía, traerlo de nuevo, con la correa de una pregunta, desde la distancia en que estaba

—¿Ha colgado el sombrero en la ninfa, señor?

entender que él en su busca

—¿Qué ninfa?

fingiendo que la encontraba para que lo dejásemos en paz

—Eh eh

cabeceando de cansancio, no dormía con mi abuela, dormía en un colchón en la cocina al que le mojaba el esparto a pesar del orinal en medio de grasas frías y de gotas de salsa, un mechoncito de pelo sin descanso en la frente, nos despertaba llorando sin motivo, nos impacientábamos con él

—Francamente, Morais

nos impacientábamos con él

—Acabe de una vez, señor

ojos que pedían

—Ayúdenme

dejaban de pedir, se afilaban de regocijo sin encontrarnos, las encías

—Eh eh

le guardábamos la dentadura en el cofre de los gastos, centenares de muelas asustándonos

—¿Ustedes no saben más que eso?

se cerraba de prisa el cofre y las muelas

—Eh eh

tuvimos que hacerlas callar con un paño encima, mi tía, acordándose del viajante

—Juro que mato a este viejo

el teniente debe de haber dicho un montón de veces

montones de veces

—Mi mayor

antes de que yo lo escuchase agachado en el capín con el arma trabada, no en Angola, no en Guinea, no en África siquiera, en el balcón de casa con las manos en los bolsillos mirando la calle por la noche

me acuesto no me acuesto

la tarde en que mi tía cogió la escopeta de caza apuntándola a mi abuelo, incluso mirando de frente a mi tía y solo una parte del mandarino en el patio, se distinguía mejor al mandarino que a ella

las frutas, las ramas

así como se distinguía mejor el deshollinador de porcelana
embelleciendo la radio, creí que el mandarino era pequeño y enorme, mi
tía levantando la escopeta de caza, las ramas del árbol en el cristal y a
pesar de las ramas el tacón de mi abuelo trazando rayas en el suelo, mi
tía y él en el pozo y la sombra de mi cabeza observando desde arriba, el
teniente agachándose conmigo en el capín

—¿Los está viendo, mi mayor?

admirado porque yo estuviese en el sofá, con una revista en las rodillas

—Déjenme dormir que en cinco minutos estaré con ustedes

notando que los objetivos encontraban el sendero de Marimbanguengo
que habíamos hecho para ellos y desconfiaban del sendero,
comprobaban si había minas, concluían que no había, desaparecían tras
un vallado, volvían atrás para enfadarse con el herido

uno de ellos alzando la culata, el más corpulento impidiéndolo y el
herido

—Me encuentro bien

no

—¿Ustedes no saben más que eso?

intentando correr sin lograr correr, apoyándose en un tronco,
asegurando

—Me encuentro bien

cinco individuos, uno de ellos herido, tranquilizar a los americanos

—Comprueba

el herido o yo que juraría que te acompaño y continuó sentado, tus
pasos en el pasillo y por lo tanto mis pasos también, un ojo flotando solo
independiente de la cara

—No tengo cara

y el ojo

—Déjame que en cinco minutos estaré contigo

el teniente a mi oído

yo a tu oído

el teniente a mi oído

pensaba que yo a ti y al final el teniente a mi oído

—¿Perdón?

nuestras cabezas, la del teniente y la mía, en el contorno del pozo, los olivos, los cuervos, de vez en cuando las horas de la iglesia o del reloj de la radio, el garaje del edificio abriéndose en mi cuerpo

tablillas metálicas, goznes

desgarrándome las tripas, encaracolarme como un feto, protegerme del mundo

yo agonizando solo

—Me encuentro bien

pedir que no me lastimen y la escopeta de caza me lastima, tía, las mandarinas casi maduras ahora, los huesos de mis manos encordonados con venas y manchas marrones, falanges que tardan en atinar con las cosas y al atinar las sueltan, la boca masticando lo que no era carne, porfías, jirones de ideas, no la criada del conde, una muchacha antes de ti

—¿Cómo se envejece, Morais?

dime cómo se envejece, cómo se llega a esto, cómo se consiente que el tiempo nos use, la muchacha antes de ti a quien le pedí noviazgo por carta

la única vez que hice versos

y ella que sin duda leyó disculpándose

—No tuve tiempo de leerla

el corazón

más que el corazón, el corazoncito del corazón inmóvil, prosiguiendo e inmóvil, me movía y el corazón inmóvil, dijo que sí por falta de tiempo e inmóvil, el sendero de los objetivos seguía el borde de los sembradíos en cuyas márgenes había plantas de tabaco, marihuana y Marimbanguengo después, antes gallinas, cabritos, una cantina, negros, se advertían las sobras de la cantina, la muchacha antes de ti no un lazo

en el pelo, una especie de peineta, se pintaba los labios a la manera en que un niño apresurado completa un dibujo y se lo entrega a su maestra

—Tome

el carmín fuera de sitio mejor que en su sitio, mechones que menos mal que se soltaron de la peineta

—No tuve tiempo de leerla

casi hombros de hombre y ella más mujer en los hombros, el perro que aún soy confuso, buscando, pasmándose consigo mismo

—Qué extraño

este lomo y este vientre extraños exigiendo qué, el deshollinador

—Morais

mi tía destrabando la escopeta de caza

—Soy la mula que no le conviene, padre

la mula del viajante

—Natércia

pisando cigarrillos en los plátanos, descubriendo a una vecina, reculando entre sombras, cuando la ahijada de doña Ivete me entregó la misiva mi madre intentando prevenirme, sus ojos

—Natércia

sus manos

—Natércia

y al mismo tiempo que los ojos y las manos, el miedo de mi madre

—Él te mata

mató al mulo cuando el mulo le rompió la pierna a tu hermano y tu padre tranquilo, lento, conversando con el mulo, no un insulto, casi un elogio

—So cabrón

la pierna rota que el enfermero tuvo que volver a romper con un tubo de cinc para que no cojease, los ollares del mulo, las ondulaciones de la piel, al borde de los sembradíos tabaco, marihuana, el herido

—Marihuana

el mulo intentando morder a tu padre y tu padre admirándolo

—Eres corajudo, so cabrón

el viajante cobarde, el mulo corajudo

—Sabía que yo acababa con él y corajudo

un cabrón

un cartucho, dos cartuchos, tu padre mostrándole los cartuchos

—Dos cartuchos, so cabrón

antes de introducirlos en el arma, el mulo hirsuto, el pescuezo vencido,
el ijar contra el pesebre golpeando, golpeando

mi sobrino y el teniente en Marimbanguengo al mismo tiempo que los
objetivos, mi padre

el dueño del mulo

sacando la servilleta de la argolla en la cabecera más despacio que de
costumbre, el pañuelito en la chaqueta, gemelos de cobre, él garrido

—¿Ustedes no saben más que eso?

ordenándome

—Trae acá

no hablando más alto, sirviéndose cocido

—Trae acá

demorándose en la mesa, con las pupilas húmedas, dilatando lo que
quedaba

no quedaba casi nada

del labio inferior con la lengua, la nuquita estrecha, los hombros junto
al cuello de la chaqueta a la manera de los pájaros en Marimbanguengo
multiplicándose en las ramas, aquellas narices extrañas, aquellos
cuellos pelados, la tierra amarilla

no roja

de la que mi sobrino habla y qué me importa la tierra, apuntar la escopeta de caza y mi madre

—Natércia

no los ojos, no las manos, mi madre

—Natércia

yo que nunca comprendí mi nombre, Natércia, oírlo y ser yo, mi hermano con un aparato en la tibia

—Alcánzame las muletas, Natércia

en cuanto los pinos bajo la lluvia y el correo de las seis se callaba, una tarde yo arreglando unos pantalones y mi sobrino llegó más temprano del colegio, se acuclilló a jugar junto a mí, es decir, no jugaba, creí que jugaba y no jugaba, cogió una blusa de mi cuñada que necesitaba arreglo y la tijera de la costura y comenzó a cortarla mientras una locomotora en maniobras llamando desde la estación, cortó el cuello, las mangas, la pechera, mi sobrino casi apoyado en mis tobillos rasgando y rasgando, mi madre llamando a gritos a mi cuñada para que la ayudase con la leña, preguntándome por ella, preguntándole al patio, la locomotora no en la estación, aquí, el fogonero con gorra abandonando el carbón

—Natércia

sus brazos gordos

si sus brazos sin que mi padre reparase en ello, cuándo sus brazos

sus brazos gordos, una concavidad a su espera en mí, oír mi nombre y ser yo, casi tener el gusto de ser yo, esa noche me apeteció ser yo, los brazos gordos en las palancas, la locomotora parada, el teniente

—¿Quiere verlos?

el viajante olvidado, los retales, las telas, nunca había pensado que mi nombre era yo, yo Natércia, en el apeadero so pretexto de la iglesia

después de cortar la blusa mi sobrino cortando los pedazos

donde antaño pasajeros, equipaje, no me encontraste, no pienses que me encontraste, di

—Natércia

di mi nombre otra vez, el apeadero donde Leônia a mi madre

—Allí está su nuera

el teniente debe de haber dicho un montón de veces antes de que yo lo escuchase

—¿Quiere verla?

y cómo podría escucharlo

a él o a mi tía o a doña Leónia

si estaba ocupado con el algodón rameado de la blusa, cortando deprisa no la encontraban en el vagón de ganado, no a ella, encontraban la paja, el gancho, medio metro de cuerda, mi madre a mi abuela cogiendo el cesto de la leña

—Estaba en la huerta, señora

si cortase deprisa doña Leónia no en mi casa, en la suya, no personas, no sillas todo alrededor de las paredes, no mi abuelo con la servilleta al cuello, las arrugas borrándose por un instante

—¿Ustedes no saben más que esto?

hasta que su inteligencia en un sentido diferente y las arrugas de nuevo, el cura leyendo en el libro y él el recuerdo de la estatua donde colgaba el sombrero

—Eh eh

desembarazándose de la chamarra

—La criada del conde

temblequeando en el asiento mientras los cañones de la escopeta lo seguían y mi tía

—Padre

ya no joven, canosa, un cartucho, dos cartuchos con él cerca del pesebre donde el mulo golpeaba

—Eres corajudo, so cabrón

mi tía

—Discúlpeme por no ser mula, padre

mi abuelo mascullando un silencio largo porque las palabras tardaban en llegarle y al llegarle las olvidaba, la muchacha antes de ti

—No tuve tiempo, Morais

el tiempo que tengo en Marimbanguengo mientras que los objetivos se reúnen en la casa de la hacienda o en el patio enlosado y no me preocupa que las palmeras

—Atención

visto que nadie da crédito a las palmeras, señores, dan crédito al mapa, a la frontera, es decir, unos tejados metálicos justo después del río, ora este ora aquel, según el capricho de las nubes, la camioneta a la espera y dentro de tres semanas un barco saliendo del Congo, Argentina, los diamantes, la herida de la rodilla curándose

porque va a curarse, los negros me preparan un emplasto de los suyos y listo, ni una marca, ni una hinchazón, ni el sofoco en el pecho, estos calores de la fiebre

—Me encuentro bien

mi tía tan vieja como mi abuelo, su olor a herbario y a baúl, manchas marrones, arrugas, una risita o ni siquiera una risita, un agitarse de costillas callándose de golpe olvidado de que se reía, el viajante o el fogonero

—Natércia

un cigarrillo, brazos gordos y ella acechando una locomotora en una vía secundaria o los plátanos de la plaza, ella indecisa

—¿Cómo?

porque corté la blusa no encuentran a mi madre en el vagón y por lo tanto mi madre viva, no necesita cogerme en brazos ni conversar con nosotros

no conversaba con nosotros

me basta con que esté ahí

los desharrapados de Marimbanguengo ahí, el teniente ahí, yo ahí, el lado derecho del sofá sin arrugas en la tela que la espalda de mi mujer no ha gastado todavía, yo a mi mujer

—Te presento a mi madre

y mi mujer, que no imaginaba los olivos ni las cabezas en el pozo, frente a una campesina con un vestido barato sin relación con su cuerpo acompañada por un regalo de huevos cubierto con un tapete bordado, sin hablar de su aseo, ¿no?, los zapatos con cordones

—¿Tu madre era así?

en la sala con nosotros, intimidada por las piezas de alpaca de tus padres, los cuadros, nuestros hijos encajando las piezas de su rompecabezas, ajeno a los trenes, a los pinos, al mandarino, a la lluvia, ninguna piedra tocando el pozo y borrándonos las cabezas, mi mujer llamándome al despacho y pidiendo

—Permiso

al tapete

—¿Era por su causa por lo que sufrías, Morais?

mi madre tratándola de

—Señora

no, de

—Señorita

y levantándose a cada

—Señorita

como la hijastra del presidente de la Junta o las hijas del médico, la hijastra del presidente de la Junta devolviéndome la carta sin despegar el sobre

—No tengo tiempo de leer esto, disculpa

se pintaba los labios a la manera en que un niño apresurado completa un dibujo, el carmín fuera de sitio mejor que en su sitio, casi hombros de hombre y ella más mujer en los hombros, un defecto en la ceja preferible a ningún defecto, mi mujer con el mentón

—¿Fuiste novio de esta provinciana?

trenes y trenes bajo la lluvia, la mansión del almirante Rosado con un campo de tenis, yo aquí fuera observando

incluso en Marimbanguengo, incluso a las cuatro de la mañana, cuando me despierto en la sala sigo oyendo el ruido de la pelota, la nieta del almirante y las amigas con falditas blancas, llamaban a mi tía y a mi

madre si necesitaban personal de limpieza, nunca fui novio de esta provinciana, Selma, el sobrino del almirante la llevaba en coche a Coimbra, me entregó la carta sin que el sobrino la viese

—No tengo tiempo de leer esto, disculpa

ningún sitio donde posar mis patas, desamparadas, cabizbajas hacia casa

—Solo he sido tu novio

acerqué una cerilla a la carta en el patio, solo he sido tu novio pero a veces el defecto de la ceja, el carmín, los hombros, en el momento en que el sobrino del almirante se casó la mandaron a trabajar a una compañía de seguros en Lisboa, el teniente debe de haber dicho un montón de veces

—Mi mayor

antes de que yo lo escuchase, debe de haber preguntado un montón de veces

—¿Quiere verla?

antes de que yo

—¿Perdón?

agachado en el capín con el arma trabada y ella en medio de los objetivos pensando no en Argentina, en una mansión con torrecitas, almenas, bojes que iban dejando de podar con el tiempo, cada tiro una pelota de tenis que sigo envidiando

—No has leído mi carta

si los americanos me dijese por la radio en qué calle vivirá, en qué barrio, con quién, usaba durante el invierno una gabardina blanca difícil de distinguir de la casa, del anexo, de los pabellones de caza, la gabardina en las losas

—No vas a llegar a Buenos Aires, te has muerto

ahora que soy mayor me responderías a la carta o tú como mi abuelo al reparar en la escopeta, en mi tía

—Eh eh

no mi tía, una mula andando de lado y gimiendo a quien él le robó el viajante, el fogonero, ellos

—Natércia

y yo finalmente entendiendo mi nombre, oyéndolo y siendo yo, si mi madre o mi hermano

—Natércia

no era nombre, no tenía sentido, mi nombre solo una cosa viva, mía, con ellos, mi vientre mi nombre, mi garganta, que no les respondía, mi nombre, estas ganas casi de morir mi nombre, desplazarme entre las tablas del apeadero o los plátanos de la plaza y las tablas y los plátanos comprenden, usted no, usted no

—Natércia

usted con pañuelito en la chaqueta, usted garrido, en lucha con el animal tirándole del freno, azotándole los muslos, colocándolo entre los varales

—Si fueses una mula me serías más útil, chiquilla

la boca abierta de la mula mi boca, la cabeza que se resistía antes de obedecer mi cabeza, estas crines mis crines

—Mire su mula, padre

yo en Marimbanguengo a la espera, las ametralladoras, las granadas, los cables que hacían tropezar, nuestras mulas, teniente, seguir las con las manos en los bolsillos desde el balcón por la noche intentando decidir me acuesto no me acuesto, me siento en mi lugar de la sala o me tumbo en la cama a tu lado, los muelles menos elásticos en el lado izquierdo del sofá, las arrugas de la tela imposibles de alisar

—Cómo has dejado el sofá, Morais

tardaba en acercarme y al acercarme me olvido porque mi inteligencia en un sentido diferente

—Una tarde la hijastra del presidente de la Junta

y mentira, como la criada del conde mentira, la hijastra del presidente de la Junta mentira, solamente la mansión del almirante Rosado donde no podía entrar

puedo sentarme en la silla de lona, entrar en el olivar

pelotas de tenis con las que jugaban los demás, me acuerdo de un cuco en los saucos y yo al acecho desde el muro, ordenar a uno de los tiradores

—Sal de ahí

regular la ametralladora palmera a palmera hasta el centro de las losas, afirmarla en una cuña, desplegar la cinta, el tirador, un furriel, una persona educada para obedecer

una mula

señalándome la patilla de seguridad

—Mi mayor

y yo

—Cállate

cállate ya que no son los objetivos, qué me importan los objetivos, es un hombre pensando, seguro de que su mujer lo oye

—Déjame descansar que en cinco minutos estaré contigo

notando que la mujer se levanta y decidiéndose a acompañarla, convencido de que la acompaña y quedándose sentado, los pasos de él en el pasillo y por lo tanto sus pasos también, un ojo flotando solo, independiente de la cara

—No tengo cara

que la observa desplazándose, rascándose la espalda, rumbo al pasillo, mi tía a mi abuelo

—¿Cómo me llamo, padre?

mi abuelo en el banco de lona

mi abuelo en la silla

y un milano en el aire que busca

rayando el suelo con el tacón, dos trazos paralelos, un tercero cortándolos, los huesos de las manos encordonados con venas y manchas marrones, falanges que tardaban en aceptar las cosas y al aceptar las soltaban, las falanges aceptando la mira de la escopeta y soltándola, mi tía frente a él

por primera vez frente a él

—Repita mi nombre, padre

repita Natércia, padre, por lo menos una vez en la vida pronuncie Natércia, padre, si le aclaro que yo no quería que lo dijiesen ellos sino usted, usted

—Natércia

padre, y ningún ruido de tren, ninguna lluvia anulando mi nombre así como mi sobrino anuló el nombre de mi cuñada con la tijera, padre, no mi madre en el vagón de ganado, otra persona, mi madre no existe, existe una cabeza que se inclina junto con la mía hacia el fondo del pozo, el teniente debe de haber dicho un montón de veces

—Mi mayor

sin que lo escuchase, debe de haber preguntado un montón de veces

—¿No los ve?

sin que yo

—En cinco minutos estaré contigo

antes de que la otra muchacha entregándome la carta

—No tengo tiempo de leer, disculpa

antes de que yo

—¿Perdón?

antes de que el trapo de la señal en la ventana, las ametralladoras comenzasen a disparar, las balas en las losas, en las palmeras, en ellos y esos brazos que no pertenecen a los cuerpos, esos cuerpos que se asemejan a piernas desistiendo bajo ellos, se acabaron las piernas, para qué necesito piernas si llegué a Argentina y un negocio, una pequeña estancia, un café, mi difunta esposa conmigo, mi rodilla curada, yo curado

—Me encuentro bien

la tierra de Angola que definí amarilla no amarilla, roja, nuestro hijo

—Madre

y mi mujer con el elefante en brazos mostrando el relleno de serrín o de algodón de una pata

—Francamente, Morais

si al menos tu pelo sujeto con un lazo, las marcas de carmín de un niño con prisa de completar el dibujo, si ella en la cafetería con las amigas su taza

no la tierra

roja, besar la taza donde la taza roja y mi boca roja, yo rojo, el teniente examinando a los objetivos uno a uno, los soldados que salían del pabellón de caza, de los anexos, del bosque, un sargento espantando a los pájaros pelados

—Fuera

y los pájaros un saltito en diagonal, una carrerilla alborotada, un graznido y volvían alargando los pescuezos, parecidos al cuello de mi abuelo a mi tía

—Eh eh

como si en lugar de la escopeta la medicina de la tensión, el jarabe de los pulmones, la cuchara del almuerzo, la locomotora en la que el fogonero antes

—Natércia

sumergiéndose en las travesías, no solo travesías, juncos, el cobertizo de la estación ya no recto, oblicuo, derribaron el olivar pero supongo que la lluvia sigue en los pinos, nuestra huerta sigue, el mandarino sigue, mi abuela o mi padre

—Natércia

y por no ser su nombre, no pertenecerle, no relacionarse con usted

el nombre de una desconocida

mi tía amartillando la escopeta

—¿Cómo me llamo?

mi tía

—Diga cómo se llama su mula, padre

mi abuelo intentando escucharla

se notaba que intentaba escucharla porque la boca casi dejó de masticar, las pupilas húmedas más allá de ella en el huerto, en mi

abuela, en mí, me dio la impresión de que el rápido o el viento en el eucaliptal del francés, que el viajante

no, el fogonero

—Natércia

que yo en la sala y mi mujer descalza

—Morais

el camisón que se me antojó de seda porque el televisor lo azulaba, uno de los tirantes escurriéndosele del brazo y la clavícula, el comienzo del pecho, el olor al sueño, mis patas

—Selma

zonas más dispersas, nacidas a partir de las nalgas, convergiendo, ganando huesos, uniéndose, apoyarme en el sofá porque algunas articulaciones

las caderas por ejemplo

por ahora indecisas, levantarme logrando equilibrar más o menos todo esto

tantas cosas

que soy, pedazos superpuestos que resbalan, caen, se enganchan por fin, un paso que aprende a andar, otro paso, la claridad del televisor haciendo la noche más noche al añadirle sombras que se desplazaban según los colores en la pantalla, los flecos descosidos en la alfombra

no tropezar con los flecos

casi sin darme cuenta mis patas delanteras subiendo, pensando en ti, lograr una frase

—Te llamas Natércia

y asombrarme de la frase mascullando silencios largos ya que mi inteligencia en un sentido diferente, tú alejándote de mí sin comprender

—Natércia

y no es malo que no comprendas, Natércia

no es malo, no tiene importancia, no me preocupa que mi hija Natércia no comprenda, se detenga a mirarme porque me olvidé de ella mientras

mi nieto, antes de seguir a la mujer por el pasillo de la casa, abre un ojo
que flota solo, independiente de la cara

no tiene cara

advierde que en las fachadas de la calle solamente dos ventanas, en una
de ellas un brazo

esos brazos lentos del insomnio

extendiendo hacia el fogón una cafetera invisible

¿o, en lugar de brazo, un movimiento de rama?

y en la otra una muchacha que viste una gabardina con una carta de
hace muchos años en la mano que tal vez llegue a leer esta noche, de pie
en el tendedero, antes de abandonarla en la bolsa de plástico con los
restos del día que a la mañana siguiente recoge la portera de los
rellanos y los deposita, uno a uno, con sus sobras de comida y sus
envases usados, en los cubos de basura del edificio.

CAPÍTULO NOVENO

Como si esto pudiese ocurrirle a quien está en casa tranquilo con su familia y por familia se entiende mi esposa y mis tres hijos, dos chicos y una chica de once, ocho y tres años respectivamente, más o menos sentados en la sala un domingo de julio

y digo más o menos porque los niños nunca se sientan mucho tiempo en ninguna parte

pidiendo que me ayuden a decidir ya que a pesar de mi autoridad natural de marido y padre no me gusta decidir solo, si vamos a la playa o no vamos a la playa disfrutando, por un lado, de este sol, este calor y esta ausencia de viento que me ayudan a inclinarme a favor de la playa, y por otro la sospecha

casi la certeza

de que a esta hora y en esta ciudad de Lisboa centenares, quizá millares de maridos y padres con la misma idea que yo se acumulan en la carretera y, por consiguiente, el viaje rumbo al mar lento y penoso debido a las constantes paradas de los vehículos, al olor desagradable a goma quemada, gasolina y gasóleo que originan los arranques constantes, a los semáforos que se mantienen rojos demasiados minutos y verdes solo miserables segundos, para colmo con los automóviles delante del nuestro que tardan en darle a la primera y el que está justo delante poniéndose en marcha con la luz ya amarilla que nos obliga a frenar violentando con innecesaria dureza las cervicales mientras el coche justo detrás hace sonar cóleras con el claxon con un ruido de tiza, motivo que me permite oponerme con vehemencia al automóvil que está justo delante que se aleja

pienso que divirtiéndose a costa nuestra

con una tranquilidad sarcástica, sin contar, una vez llegados, el tormento de estacionar el vehículo en un aparcamiento improvisado asesino de amortiguadores y peligroso para los tubos de escape, con mi esposa y mis hijos, sobre todo el segundo

el mayor un alma cándida que pasa de todo

asegurándome con el índice por fuera

—Allí hay un lugar

y no hay ningún lugar, informando

—Aquel va a salir

cuando solo ha abierto el maletero para sacar de dentro una silla de lona

verde, por casualidad

mi esposa, con una obstinación impropia

—Pregúntale si va a salir

negando la evidencia de la silla, articulada además, de fabricación reciente y no del todo verde, verde y blanca, argumento con paciencia

con relativa paciencia

—No va a salir, hostia, ha venido a buscar la silla

mi esposa con un panamá en la cabeza que la vuelve al mismo tiempo más joven y más fea

para ser justos solo más fea, demasiado roja de calor para mi gusto y preferencia

¿por qué me habré casado contigo?

sin pintura y con un brillo de sudor en el labio de arriba, introduciendo el pulgar en un bote de crema con la intención de protegerse la nariz

—¿Qué te cuesta preguntarle, Tavares?

de manera que para evitar discusiones desagradables y después de decirle a mi hija que lloriquea de sed en el asiento trasero

—Tranquila que dentro de poco beberás algo

interpelo al individuo de la silla, un hombre con bermudas y sandalias de gladiador, más quemado que cualquiera de nosotros y sin necesidad de bote, con un llavero adornado con una pata de conejo, girando el cráneo hacia mí o sea gafas oscuras que le otorgan una apariencia severa, inquiero pidiendo disculpas por la nariz blanca que llevo al lado

¿cómo explicar sin hostilidad que la nariz blanca me da vergüenza?

a través de mis gafas no oscuras que me disminuyen, me vulgarizan, me vuelven un miope inofensivo

—¿Va a salir?

el individuo acabando de cerrar el maletero y mostrando la silla a la vez que la pata de conejo que adorna las llaves

—No

el

—No

que los miopes inofensivos reciben todos los días y en el que creo discernir un obvio desdén no solo por mi suerte

la suerte desgraciada que es el destino de los miopes

sino también por la sed de una niña de tres años a quien su hermano mayor, frotándose el tobillo

alma finalmente no cándida, no conocemos siquiera a nuestros hijos

le asesta un codazo a mi entender excesivo

—Me has arañado con la puntera, estate quieta

seguida de un alboroto de lucha que busco en el retrovisor con el propósito de tropezar con los ojos de ellos y calmarlos con una expresión en la que un puño pedagógico se agita en el aire mientras mi esposa dándose la vuelta, con las rodillas en el asiento

—Si no os estáis quietos inmediatamente volvéis a casa a pie

el individuo de la silla regresa a la playa balanceando la pata de conejo y yo lanzo el automóvil contra un montón de piedras donde se inmoviliza entre una furgoneta y un *jeep*, oigo quejidos de neumáticos, sonidos de metales que se rayan, tenemos que salir todos por la puerta opuesta a la mía, la de mi hijo del medio, dado que las otras están pegadas a la furgoneta y al *jeep* de manera que mi esposa tiene que pasar sobre mi cuerpo, el bolso lo consigue, el cesto de los botes y de la nariz blanca lo consigue, ella no, prueba con la cabeza hacia delante, prueba con los pies, gira a la derecha y a la izquierda, distingo por momentos su cara, una pierna que lucha, un gemido de rabia

—Solo a ti

dejo de distinguir la cara y una nalga me ahoga, una rodilla me empuja el pecho, la otra se apoya en el volante

—Solo a ti

las zapatillas pedalean en el techo, en el afán de ayudar le doy un empujón a la espalda, la boca se aplasta en el reposacabezas

—Idiota

las manos gatean entre jadeos por el montón de piedras, al incorporarse, sorprendida de estar viva, el bote roto, mi hijo del medio quejándose de que un cristal, mi turno ahora y llegado mi turno el cambio de marchas en la barriga, un tirón en la espalda, nosotros cinco aquí fuera, mi esposa y yo comprobando huesos y articulaciones dislocadas, una de las ruedas que se aplana sin aire, al observar la rueda el dichoso tirón de la espalda un cuchillo en el lomo

no solo hoja, sosa cáustica, ácidos

que me impide andar sufriendo en cada desnivel del suelo, cada mata de hierbas, cada guijarro diminuto, el panamá de mi esposa una lástima, una varice que no había notado y el notarla me repugna, una tirita en el tendón de Aquiles que me repugna también, debe de ser el tirón en la espalda que me vuelve tan crítico

—¿Por qué demonios las personas se casan?

la nariz blanca mirándome con un recelo de payaso, esas actitudes de ellos cuando los humillan, les pegan, no enfadados, tristísimos, yo con la sonrisa que la espalda me permite

—Estaba bromeando, no hagas caso

deseando que no lágrimas, no escenas, tenemos tan pocos días antes del avión, no me llores aquí, tus ojos se agrandan, tu boca algo que decidí no escuchar, para qué escuchar si la próxima semana Aldina de nuevo, pensar en Aldina pero el panamá, la tirita, pensar qué idiotez la mía este tiempo en Lisboa, Gonçalves

—Despídete de tu familia antes de Argentina, Tavares

ni un palmo de arena libre en la playa, gente toallas pasteles botellas colillas de cigarrillo periódicos, como si esto pudiese ocurrirle a quien está en casa tranquilo con su familia preparando el domingo, un mes entero de vacaciones antes de volver a Angola, al llegar al aeropuerto mi esposa a la espera, una persona verdadera en lugar de las cartas y yo sorprendido de que seas persona, no cartas, un vestido que tardaste horas en elegir colocando tres o cuatro encima de la cama, interrogando a tu hermana

—¿Cuál de ellos?

sacando zapatos de la parte de abajo del armario, comparando los zapatos con los vestidos

—¿Cuáles de ellos?

vosotras dos palpando, cambiando, vacilando, los labios de tu hermana en un beso pensativo ora para un lado ora para el otro, el beso dejando de ser beso, separando un vestido, unos zapatos, levantando el vestido y acercándolo a tu cuerpo, decidiendo

—Este

arrepintiéndose de decidir

—Este

devolviendo el vestido a la cama, concluyendo

—No lo sé

tú en el aeropuerto insegura del vestido, se notaba por la lamparilla de la sonrisa, con un broche en la chaqueta, el pelo arreglado, en la lamparilla de la sonrisa alguna otra cosa que no sé definir, no amor, claro, qué amor, qué es eso del amor, un deseo

no exactamente deseo, algo menos fuerte

de agradarme, tal vez lo que ella llama amor en las fantasías que tiene, la facilidad con que las mujeres gastan palabras sin ningún significado, amor, pasión, exageraciones, Aldina al menos silencio, después de cenar se sienta en un rincón de la sala y silencio, le hablo y silencio, no será exactamente no hablar, me responde silencio y en el silencio las cosas menudas de la casa que

con la condición de que no reparemos en ellas

se animan diciéndose a sí mismas soy una cacerola, soy un aparador, soy una tetera, mi esposa en el aeropuerto demasiado consciente del vestido y los zapatos, con demasiado miedo a que yo no repare en ellos y por lo tanto sin atreverse a abrazarme, no silencio, sus manos ruidosas, su hermana atrás y en la sonrisa de su hermana con un vestido más discreto y unos zapatos más discretos con el fin de que mi esposa destacase

—¿Te gusta el vestido de Guiomar, te gustan los zapatos?

mi esposa y yo quietos, ordenarme a mí mismo deja el equipaje, dale un beso, dale un beso al vestido, a los zapatos, esa primera lágrima

¿debida a qué?

que ella creía de amor y qué amor, qué es eso del amor, deseé el silencio de Aldina entre las personas que esperaban y ninguna cosa afirmando

soy una cacerola, un aparador, soy una tetera, taxis, prisa, rozar una mejilla con mi mejilla, relacionarme con la hombrera, no contigo

—Guiomar

cuando mi boca

—Aldina

antes de que mi boca

—Aldina

mi voz

—Guiomar

tú que para mí, desde hace años, eras cartas que describían lo que creías que debías decirme, noticias de los hijos, el nacimiento de la niña, el suelo del apartamento que cambiaste el mes pasado, yo que al principio entendía y después sin entender

—¿El apartamento?

haciendo eco

—El apartamento

en el silencio de las cosas, fotografías en las que dejabas poco a poco de ser tú o era yo que dejaba de ser yo en relación contigo, fotografías de otros, no nuestras, tú no tú como mi hermano Abel, como los restantes muertos, mi hermano se me aparecía en sueños con el dedo en la boca

—No me he muerto, pero no se lo cuentes a nadie, es un secreto

y ni mi sobrino ni mis padres lo veían, pasaban la bandeja a la mesa sin fijarse en él, me acuerdo de mi padre negándole la mantequilla y comentando conmigo

—Abel ha fallecido

yo mi hermano a ti, tu palma en mi cara

—Te han salido arrugas

aunque me tocases no me tocabas, ¿comprendes?

—Abel ha fallecido

mientras me tocabas yo a mí, con el dedo en la boca

—No he muerto, pero no se lo cuentes a nadie, es un secreto

elogiarte el vestido y los zapatos, vestido y zapatos de una extraña en una ciudad extraña

haz cuenta de que Lisboa y yo casado contigo, haz cuenta de que te conozco, Guiomar, conozco fotos, una mujer en blanco y negro con niños en brazos, la misma mujer con niños de la mano y embarazada del tercer niño, la misma mujer en el hospital haciéndome señas con el tercer niño en brazos, ella detenida en las fotos y de repente allí, a color, con una lágrima en uno de los ojos, el otro ojo seco

¿ese otro ojo es tuyo?

ojos que me traían al recuerdo tus ojos sin serlo totalmente pero luego el vestido y tu hermana ocultándome los ojos, tu hermana frunciendo el ceño

—Sois tan ceremoniosos

y una segunda lágrima ahora, las diversas porciones de la cara un rompecabezas que se desordena un poco para que en los intersticios una lágrima sin lugar en los párpados, piezas que se encajan con una satisfacción inquieta al elogiarle el vestido, en el taxi al apartamento un silencio diferente del silencio de Aldina dado que nada había afirmado el nombre de nada, en la sacudida de una curva tu pierna en la mía, ambos apartando las piernas y tu pierna en la mía, ambos apartando las piernas y las piernas

—Disculpen

con una incomodidad de desconocidos, yo de perfil hacia ti consciente de que tú de perfil hacia mí, como ninguna foto contigo de perfil ese perfil no tuyo, de la voz sí me acordaba y sin embargo la voz una palabra que no usaba nunca

—Te han salido arrugas

neutralizando el recuerdo, comenzaba a acordarme de la calle, de los edificios

aquel azul no

un edificio que no formaba parte de mi pasado y por consiguiente las calles tampoco, me equivoqué, o si no sí y no, tú mi mujer y una extranjera, en la sacudida de la curva siguiente tu pierna en mi pierna y esta vez aceptarla, por qué no aceptarla si por el hecho de aceptarla el rompecabezas completo, ni un intersticio por el cual una lágrima, afirmar que aceptaba

—Acepto, ¿no lo ves?

descubrir que tú pendientes, aquellos que mi madre en un cumpleaños o en una misa de gallo

—Están en la familia desde mi abuela, Guiomar

la abuela que no llegué a conocer

mi madre dice que sí pero no tengo noción de ella, una vieja cualquiera, ya tullida sin duda y farfullando tonterías si es que algo farfullaba, si es que no solamente tullida, según el árbol genealógico de la familia en una tienda que mi madre ascendía a almacén de menaje para el hogar, refiriéndose a la tullida como a una especie de princesa

—Era rubia, era blanca, tenía un tío veterinario

el prestigio del tío veterinario enmudeciéndonos de orgullo

un médico

en el baúl se guardaba un libro muy antiguo al que le faltaban páginas

las páginas que no faltaban amarillas, roídas

e ilustrado con esqueletos de animales, nos mostraba con veneración un yacaré, un bisonte, los esqueletos mirándome por los huecos de las calaveras

—Soy un bisonte, respétame

tú, para alegrarla, poniéndote los pendientes de la abuela en lugar de los tuyos

perlitas opacas

que te volvían antigua, tú cautelosa con los pendientes por temor a que un gesto pudiese estropearlos

tan frágiles

los otros pendientes, que para poder comprarlos te pasaste meses juntando dinero, en el monedero junto con las vueltas, una señal casi ni señal para mí, una alteración en la manera de mirarme que mis padres no entendieron

—No le cuentes a tu madre que no me gustan, Tavares

perlas de feria y el pincho oxidado, te los quitaste en las escaleras en cuanto la puerta se cerró

—A ver si voy a pillar una infección con estos colgajos horribles

y al venirme a la cabeza

—A ver si voy a pillar una infección con estos colgajos horribles

tú volviéndote tú de repente, no vestido, no zapatos, tú, no tú ahora, no el perfil en el taxi pagándole al chófer e impidiéndome sacar la billetera

—Déjalo

y en el interior del

—Déjalo

una ceremonia, una distancia conmigo

—Déjelo, señor

yo pensando

—¿Quién eres?

y en la casa en Angola

—Soy una caja, soy una tetera

tú volviéndote tú cuando era yo el que pagaba, tú como eras con un yo que ya no soy y se interesaba por ti con el pavor de que me rechazases por tú ser cuatro dedos más alta, la certeza de que las personas en la calle se burlaban de nosotros

—Ella más alta que él, imagínese

con indignación

—El tarugo

divertidas

—El pigmeo

procuraba caminar por la parte alta de la acera para que no se notase la diferencia

—Al final son iguales

advertía que me notabas cohibido y te inclinabas por piedad al
apretarme los dedos

—No tiene importancia, Tavares

por el hecho de apretarme los dedos

—No tiene importancia, Tavares

una importancia enorme, tus amigas

—El portátil de Aldina

tú riéndote con ellas, tú

—Ven aquí, portátil

a pesar de callarte cuando me apoyabas la mejilla en el hombro,
inclinándote demasiado, encogiéndote demasiado, tú no

—Portátil

y sin embargo yo sintiendo

—Portátil

en cada pausa incómoda, en el momento en que preguntábamos sin
preguntar

—¿Y ahora?

mientras con Aldina no me pregunto nada o le pregunto silencio en la
casa sin alfombras ni cortinas que el Servicio me prestó, dos
habitaciones y ella prestada con la casa, al entrar Gonçalves señalando
a una mezcla de negra y mulata más baja que yo

yo satisfecho de que más baja que yo

un tarugo, una enana

ocupada en barrer la basura del cliente anterior continuaba barriéndola
sin saludar a Gonçalves

—Aldina se ocupa de usted

traía la comida del almacén del Servicio, no me saludaba, no se
preocupaba por mí empujando migajas o polvo o lo que fuese hacia el
patio, y yo comprobando que más baja, yo contento, de vuelta del
trabajo la encontraba sentada no a mi espera

yo no tenía importancia

en diálogo mudo con la tetera y la silla, la tetera y la silla ni pío en cuanto mi pie en el escalón, al salir del taxi habían pintado de color rosado el edificio, en mi tiempo

si es que hubo un tiempo mío

amarillo, habían transformado balcones en tendederos, habían sustituido por junquillos las margaritas de la entrada, mi esposa en busca de la llave en el bolso con su modo

lo tengo presente

de buscar la llave en el bolso, o sea tardando horas

lo tengo presente también

encontrándolas ya que en lugar de las llaves el bonobús aspirinas

los pendientes de la abuela de mi madre no

el talonario de cheques, un sobre sucio, llaves oscuras

—No son estas

yo con el equipaje, antes impaciente, temiendo que los vecinos

—Qué pareja tan ridícula

y ahora pensando

—¿Por qué no soy una tetera?

yo un invitado, un huésped, tu edificio, no el mío

el mío amarillo

no olvido la mirada de soslayo del chófer, no

—Un colgajo

la mirada de soslayo del chófer

—Un amante

y el ojito cómplice estimulándome

—Ánimo

aprobando el vestido, el peinado, los zapatos, la cerradura demasiado abajo, mi esposa casi de rodillas temiendo que se le enganchasen las medias en el escalón y yo dominándola, yo alto, al cerrar la puerta un cuadrado de cartulina

nuevo también

por favor mantenga la puerta cerrada

y como siempre que

por favor mantenga la puerta cerrada

yo

restos de infancia

con ganas de abrirla, entren rateros lisiados violadores testigos de Jehová asesinos mendigos, mi esposa ayudándome con el equipaje y un perfume diferente, en la época en que la conocí el perfume de su madre, cinco o seis gotas y después alcohol en el frasco

—Es el perfume de mi madre, le añado alcohol en el frasco

de modo que a partir del segundo mes de noviazgo más alcohol que perfume, un olor a herida desinfectada en el cuello, esta vez no herida desinfectada, perfume, un aroma cálido y dulce en las axilas, en el pecho, la alarma de la desconfianza

—¿Para quién te perfumas?

que se deshizo de inmediato, alarmarme por qué si una desconocida, una extraña en un edificio rosado, a fin de mes me marchó, sus falanges y mis falanges entrelazadas en el tirador, su cadera, mi cadera, probé con una caricia al azar

¿al azar?

y di en el cuello con un botón de pasta

perfume en el cuello

desabrochar el cuello y la cara de mi esposa no feliz, agradecida, o feliz por agradecida y lágrimas de nuevo

no exactamente lágrimas, la alteración de piezas que anuncia las lágrimas, ella tal vez conmovida, yo casi con asombro, yo

—Soy una silla, soy una tetera

se perfumó para el marido que no le responde a las cartas, me
telefoneaba para mi cumpleaños y yo en el Servicio

—Sí

yo

—Sí, sí

yo

—Sí, sí, sí

Gonçalves

—Qué falta de entusiasmo, Tavares

se perfumó para mí, si le acaricio las nalgas se deja, si la desvisto se
deja, mi esposa desnuda de repente, la cicatriz de la cesárea de la niña
sumándose a la cicatriz del apéndice, en una de las cartas que Aldina
me entregaba, acompañada de felicitaciones y promesas de fotos que
con todo el mundo de vacaciones solo las entregan en la tienda dentro
de quince días

—Nació por cesárea, pobre

al final de la carta una letra torcida, como escrita de pie, su hermana

—Un bebé que es un regalo, enhorabuena, cuñado

yo a Aldina

—¿Qué regalo?

Aldina en silencio y yo

—Olvidalo

la hija del que tenía el mapa de rodillas en Lunda

la ceremonia de la llave repitiéndose en el rellano, fue necesario
encender la luz del techo dos veces

—Pulsa el interruptor de la luz, ten paciencia

el interruptor que, estando a oscuras, era el mismo puntito pálido así
como los mismos azulejos y el mismo felpudo

Bienvenidos

y hoy en día, hasta la trama, una ausencia de pelos, el timbre igual,
tocar el timbre a ver si suena igual y suena igual realmente, un tilín
solitario, que imaginábamos perdido sin rumbo retumbando en
cavernas, mi esposa, en una especie de arrullo, apoyó mi nariz en el
botón de pasta y por debajo del perfume

tal vez idea mía

el olor aquel a herida desinfectada, los chicos en el colegio, la nena que
era un regalo en el jardín de infancia y yo solo con ella

—Estoy frito

desprotegido, tenso, lo que se suponían cavernas muebles que le
sobraron a mi madre, a tu padre, caobas sin lustrar, cerezos oscuros
donde el tiempo iba trazando rayas, del otro lado, en el sitio dela
carnicería, un escaparate de ropa, un garaje con un surtidor de gasolina
donde antes hubo una herrería, en la mesita del cenicero el tablero de
ajedrez al que le faltaba el peón que mi hijo se tragó y el médico del
hospital, en medio de la barahúnda de las desgracias, no devolvió
nunca, la moqueta despegándose en los rincones y bajo la moqueta
grietas de cemento, humedades, el vestido y los zapatos no combinaban
con los muebles, ni una cómoda

—Soy cómoda

ni un sofá

—Soy sofá

maleducados, zafios, una foto mía o sea la ampliación de una foto
antigua, de antes de la boda, yo enderezándome sin

—Hola

y sin embargo no mía, del que vivía allí

el pigmeo

informando

—No te queremos, ¿entiendes?

mi esposa acomodando objetos que no necesitaban ser acomodados, tan
perdida como yo, torciéndose un tacón, observando el tacón,
golpeándolo en una esquina

las uñas de los pies pintadas de plateado

no te pintabas las uñas

—¿Para agradar a qué hombre te pintas las uñas?

calzándose otra vez escondiéndome las uñas instalándose en el sofá que
no

—Soy sofá

en una actitud de espera, comprobando el volumen del pelo con la
levedad de las palmas, tocando el botón con la puntita de los dedos

aprieto no aprieto

demorándose en pensar

no en pensar pero ¿cómo decirlo de otro modo?

renunciar al botón, buscar la manera de que la falda subiese sin hacerla
subir, el temor a que la costura de la cesárea, estrías, grasas, su cuerpo
más viejo y yo disgustado

—No me apetece, Guiomar

no así, con delicadeza, con tacto

—¿No estás cansada, Guiomar?

el pretexto de las emociones, de la añoranza, de la fatiga del viaje

—Mañana sin falta, Guiomar

cuando en la consulta la cicatriz, la grasa, las estrías y el médico
afirmando

—Dentro de un mes no se ven ni con lupa, se lo aseguro

hasta un ciego las notaba y el médico, filósofo

—Hay personas que tardan más tiempo en recuperarse que otras, el
cuerpo humano es un misterio, señora, será siempre un misterio este
bote, este aceite

y de misterio nada, qué misterio, la evidencia de que el vientre flácido,
la piel blanda, los agujeritos de los puntos

hasta los agujeritos de los puntos

mi esposa a la espera en el sofá mientras Aldina no esperaba, existía, la escoba entre dos trastos existiendo también

—Soy una escoba

yo comía en la mesa, ella con el plato sobre las rodillas

—¿Cuántos años tienes, Aldina?

y ella comiendo en silencio, qué importaban los años, acababa antes que yo, esperaba que yo terminase para levantarse no como nosotros nos levantamos, como se levantan los animales con una desenvoltura sin peso, con una armonía de músculos para llevar los dos platos

¿qué importaban los años?

casi ningún ruido en la cocina quitando los ñacurutúes, los mochuelos, lo que al principio creía animales

el esqueleto del yacaré, el esqueleto del bisonte

y no animales, la tierra de África llamándonos, solo entendí que era la tierra de África al herirme en la rodilla o puede que no fuese la tierra de África, la brisa de cuando no llueve agitando hojas en las tinieblas en un monólogo que Aldina sabía, cómo se puede aguantar quieto

pregunto yo

sin un suspiro, un calambre, tantas horas en la oscuridad, sentía que se acostaba después de acostarme no por un ruido suyo, por las hojas, en tres años

tres años y medio, desde antes de que naciese mi hija, ni un movimiento de aceptación o rechazo, pienso que los ojos abiertos porque durante los truenos las pupilas no en mí, más allá de mí, en el techo, más allá del techo, en Nambuanguo, no recuerdo un movimiento de curiosidad o enfado, recuerdo las pupilas, si tuviese un botón no le preocuparía el botón, en contrapartida mi esposa entera pendiente del botón y por favor no las porciones de la cara desencajándose y lágrimas no por mí, por la cicatriz, por la grasa, porque a los treinta y cinco años yo vieja

tan vieja

no te encojas en el sofá con las rodillas en la boca, no me escondas la cara, sentarme de lado junto a ti escurriéndote del cojín, aferrarme con las uñas

los murciélagos en las ramas de Angola, yo a Aldina

—Los murciélagos

y ella detrás de mí, o sea nada, yo aferrado con las uñas a la tela del respaldo y el perfume de nuevo, no herida desinfectada, perfume y el perfume disminuyendo la celulitis, las estrías, el apartamento casi mío, tú casi tú, tú en fin tú, tú, Guiomar, el edificio rosado amarillo

amarillo

los ñacurutúes, los mochuelos, la brisa de cuando no llueve agitando hojas en las tinieblas a pesar del día en Lisboa, la persiana que se abría con una correa y seguía trabándose a la mitad

a los dos sextos

del trayecto, el cuadro heredado no sé de quién con la tajada de sandía y las uvas con una firma esmerada en el rincón

Lacerda

al principio nos divertíamos imaginando a Lacerda, cómo era, dónde habría vivido pero de eso se ocupaba hoy mi foto, no yo, nuestros hijos tal vez dentro de unos años, el murciélago suspendido de mi esposa, no de una rama, encontrando la etiqueta del vestido, un rostro que cedía, un mentón mojado, deshaciendo el nudo que formaban los brazos, distrayéndose con la persiana

—Tengo que arreglar aquella persiana

el perfume lo ayudó a no preocuparse por la correa a pesar de Aldina con él, ganas de preguntarle a mi esposa

—¿Dónde has puesto la escoba?

el pecho en mi mano, que no se le pase por la cabeza a nadie que mi mano en su pecho, fue el pecho solo, una especie de suspiro y con el suspiro el rompecabezas se descolocó

una sonrisa

me equivoqué, no una sonrisa, el rompecabezas en una duda

—¿No te impresiona la cicatriz de la cesárea?

y antes de que con la duda lágrimas cambiarla por Aldina, yo con Aldina, no contigo, y silencio, ni tajada de sandía, ni uvas, ni moqueta despegada, un plato sobre las rodillas a la espera de mi plato, Gonçalves señalándola con el gesto de quien señala una imperfección de la casa

—Aldina se ocupa de ti

en lugar del cuadro de Lacerda un calendario

monjes del Tíbet

y desplazando el Tíbet una cueva con una pistola israelí y una cajita de balas

—Para una emergencia, chaval

yo chaval como los negros

Aldina ajena a la pistola, a nosotros, yo ajeno a mi esposa y mi esposa agradecida, caminando con el vestido por la cintura hacia el cuarto de baño

—Ya vuelvo

ocultando las estrías y la celulitis con las manos, yo con pantalones a la altura de los tobillos y la persiana censurándome

—Sigo averiada

tablillas no rectas, oblicuas, después de las tablillas, andamios en un edificio en el que se reparaban cornisas, nuestros hijos en otro punto de la ciudad con mi cuñada

la risa de ella en el aeropuerto

—No os deis prisa, chicos

más bonita que mi mujer

vaya mérito

más elegante

más baja que yo también, encontrarme idiota con las piernas al aire por culpa de mi cuñada, no por mi esposa ni por mí, cerrar los pantalones, apretar el cinturón mientras en el cuarto de baño agua, el armario golpeando, más agua, después de la lluvia, en Angola, Aldina perdía densidad, flotaba, o sea igual por fuera, sin alteraciones, y no obstante

apuesto lo que quieran

flotaba por dentro, la observaba a hurtadillas esperando una diferencia y el silencio idéntico, la firma en el cuadro

—Lacerda

de repente importantísima, el trazo de la última letra subrayando el nombre, después de lo que acaba de ocurrir y a pesar de estar el equipaje allí el apartamento casi mío

nunca fui a África, nunca salí de Lisboa, en una ocasión la barra de la cortina cayó por la noche y yo en pijama, en la escalera, colocándola, más alto que mi esposa y todos los objetos de la sala, no pigmeo, no tarugo, útil y feliz de ser útil, manejando los tacos, los clavos, el martillo, tú

—Cuidado

sujetando la escalera, si me abrazases en ese momento me abrazarías los pies, el resto de mí encima, diestro, libre, desprendiendo caliza, exigiendo

—La alcayata

—Las tenazas

—El tornillo

yo dominador, yo vastísimo, Gonçalves completando mi ficha del Servicio

—¿Cuánto mide, Gonçalves?

y el mundo, que se había intimidado conmigo, burlándose, en el cuarto de baño una tardanza excesiva, más armario, más agua y después del armario y el agua un vacío prolongado, no el silencio de Aldina, una inquietud, una angustia, avanzar por el pasillo que me pertenecía

sigue perteneciéndome

y el plato de estaño sobre el canapé confirmando

—Te pertenezco

entrever de paso la colcha fucsia con volantes, la cómoda donde antaño dejaba

donde hoy dejaré

el cortaúñas y la agenda en una copa de vidrio

decíamos cristal

en la que desde siempre una pinza de ropa y el apartamento alterándose, sumiso, adaptándose a mí, la calle como era

como era lógico que fuese

los comercios y los azulejos que dejé, no marcos de aluminio, de madera, no tendedores, balcones, el suelo conformándose a mis pies, las paredes apartándose para dejarme pasar, Aldina, sin importancia, disolviéndose en Angola en una agitación de hojas junto con el esqueleto de yacaré y el esqueleto de bisonte del libro, el libro disuelto, mi madre disuelta, junto con los ñacurutúes y los mochuelos, en la brisa de cuando no llueve

—Adiós, madre

Angola una memoria confusa, camionetas que tardaban en llegar, Correos que desenvolvían saquitos desparramando diamantes en el terciopelo gris

—Señor Tavares

Angola ni eso, ríos cuyo nombre perdí

perder Angola también, la comida que faltaba

conservas

el helicóptero del Servicio aterrizando, en la Pascua pasada el director aprobándonos

—Excelente

qué palabra, excelente

en una silla con brazos, el ventilador encontrado en el almacén que encendimos para aliviarlo del calor y cuyas aspas combadas iban golpeando tac tac tac en la protección de alambre, el director irritado con las aspas, el ventilador así parado la hélice de un barco para Argentina que había dejado de existir, en el cuarto de baño ni armario ni agua, se advertía la luz encendida por la rendija de la puerta, la inquietud aquella, el perfume, volver a comenzar desde el principio, despertar aquí, levantarme, vestirme, yo tranquilo con la familia y al decir familia me refiero a mi esposa y a mis tres hijos, dos niños y una niña de once, ocho y tres años respectivamente, más o menos sentados en la sala y digo más o menos porque los niños nunca se quedan sentados mucho tiempo en ningún sitio, yo con la familia los domingos de julio pidiendo que me ayuden a decidir

porque a pesar de mi autoridad natural de marido y de padre no me gusta decidir solo

si vamos a la playa o no vamos a la playa y no obstante el equipaje en la entrada atreviéndose a insinuar que no pertenezco a este lugar, estuve

lejos y es mentira, no me marché, sí que pertenezco, responder al equipaje

—Acepta que te has equivocado, te has equivocado

te has equivocado porque yo muevo el picaporte no como una visita, como propietario, fíjate, el cerrojo como se suele decir y no es verdad

abriéndose y el pasillo más claro, el plato de estaño despejando las dudas del equipaje

—Le pertenezco

el percal del canapé, con florecillas y pájaros, censurando al equipaje

—¿No comprendes, no ves?

todo de acuerdo conmigo menos la fotografía de modo que antes de que salgamos para ver a mi cuñada la foto en un cajón y se acaba la broma, quien dice cajón dice la parte superior del guardarropa en que polvo, paraguas viejos, gorras, una caracola que me dejó de gustar porque me atormentaba con olas, hacer girar el picaporte del cuarto de baño y encontrarme en el espejo, el yo del espejo recibíendome

—Tavares

el lavabo recibíendome, la bañera recibíendome, la cortina de plástico con pececitos desprendida

—Ya sabía que desprendida

de una de las anillas de la barra, la ducha

nunca encontré una ducha sin agujeros taponados

—Tavares

el vestido, los zapatos

tú con un cepillo y un tubo de laca intentando rehacerte el peinado, tus hombros encima del pigmeo que soy, del tarugo

—Ella más alta que él, imagínense

que soy también, no solo hombros más grandes, tu espalda más grande, tus brazos más gruesos

la tarima debería ser oblicua para que quedásemos iguales, las tablas van a ayudarme

—Ayúdenme, tablas

me enderecé para ganar un centímetro

dos centímetros, si mi columna lo permite dos centímetros

el del espejo creciendo después de mí en el ángulo donde cerámicas,
albornoces, tú vacilante

—¿No es cierto que no te gusto, Tavares?

y antes de que el rompecabezas se desordene, que de los intersticios
entre las piezas lágrimas sin lugar en los párpados y tus dedos
empujándolas en vano hacia dentro, antes de que mis ojos de viaje a
Marimbanguengo

mis ojos de ahora

—Me encuentro bien

antes de que la casa de la hacienda, el anexo, los pabellones, las
palmeras avisándonos de algo así como el viento después de la lluvia en
las hojas, Gonçalves al de la culata

—No

no sé si ametralladoras

sé que ametralladoras, cañones de ametralladoras y yo en lugar de

—Ametralladoras

yo a los cañones de las ametralladoras

—Me encuentro bien

yo a un blanco uniformado de mayor que asomaba entre los negros

—Me encuentro bien

porque yo bien, no me afectan las ametralladoras, yo bien, mi rodilla
curándose y yo bien, dentro de quince días a lo sumo en Argentina y yo
bien, Gonçalves a nosotros

—Las ametralladoras

y yo harto de saber que las palmeras nos avisaban de algo que ahora sí,
entendía qué era

—Vas a morir

el error de las palmeras, su equivocación, advirtiéndome, vaya tontería

—Vas a morir

como si yo me fuese a morir, yo casi sin ningún dolor, yo bien, hasta la fiebre me ha bajado, las ametralladoras

el sonido de las ametralladoras, el del mapa no bien, Gonçalves no bien, yo bien, yo al blanco en el balcón de la casa

—Me encuentro bien

bajando los escalones, acercándose a nosotros, las palmeras

—Nosotros no queríamos, Tavares

creyendo tener razón y no la tenían, dónde está vuestra razón, me encuentro bien, como los pájaros pelados no tienen razón en estirar sus cuellos hacia nosotros ni el mayor en empujarme para ponerme boca arriba, solo que no le digo

—Me encuentro bien

dado que el silencio de Aldina en mí, dado que Lisboa, que julio, dado que esto no puede ocurrirle

no es que no pueda ocurrirle, no le ocurre

a quien está tranquilo con su familia pidiendo que me ayuden a decidir porque a pesar de mi autoridad natural de marido y de padre no me gusta decidir solo si vamos a la playa o no vamos y vamos a la playa porque este sol, este calor y por lo tanto

Guiomar

nada de rompecabezas desordenados, nada de lágrimas sin lugar en los párpados entre los intersticios de las piezas y los dedos empujándolas en vano hacia dentro, sobre todo nada de

—¿No es cierto que no te gusto, Tavares?

ni de celulitis, cicatrices, estrías, me gustas

—Me gustas

¿dónde están los pañuelos?

—Qué dices, qué tontería, déjalo ya, me gustas

dije que me gustabas, ¿no?, y como dije que me gustas coge esta toalla para secarte la cara, cálmate, alísate el vestido

no te preocupes por las palmeras y alísate el vestido, me gustas, cuántas veces tengo que repetirte que me gustas, ve saliendo que apago la luz y desaparezco del espejo

dame un besito, anda, telefonea a tu hermana que vamos a buscar a los niños y como ves no cojea, no tengo ninguna herida

—Me encuentro bien

no escuches a las palmeras todo el tiempo mintiendo, busca las llaves en el bolso

no te pongas nerviosa que yo espero

entrégamelas con otro beso y listo para que sea yo quien cierre el apartamento y las cuatro habitaciones comprendan bien, de una vez por todas, que ha vuelto su dueño.

CAPÍTULO DÉCIMO

No era solo mi madre, mi única madre a pesar de la otra que se nos metió en casa

—Tienes que obedecerme, Morais, ahora soy tu madre

eran cinco en un vagón de ganado inmóvil bajo la lluvia y la otra

doña Leónia

y mi padre mirándonos, doña Leónia a mí, difícil de distinguir de los pinos

—Mi mayor

difícil de distinguir de las palmeras donde también llovía, sus pasos más presentes que los pasos de los soldados en las baldosas, yo inclinado sobre el pozo

sobre los cuerpos

con los pabellones de caza o las locomotoras alrededor, cogí por el hombro al herido para verle la cara y las facciones de mi madre no agitadas como en el olivar, en paz, la mano que repartía el maíz entre las gallinas ahuecada hacia mí

—Toma

ofreciéndome nada, cinco en un vagón de ganado rodeado de pájaros

aquellos pájaros gordos, de cuello pelado, que trabajaban en los trenes, los pájaros gordos de los soldados picoteando a mi madre

y los otros cinco

con la punta de las escopetas y el teniente apartándolos, el agua multiplicaba los tejados, los árboles, la finca de la hacienda donde el furriel desmontaba las ametralladoras porque dentro de poco el helicóptero estará buscándonos antes de que más pájaros

mi tía, mi abuelo, vecinos, mi mujer no entiendo por qué

—Te conocí tanto tiempo después

los bomberos que cortaron la cuerda, el cura

saliendo del pueblo, del anexo, el perdiguero del sacristán sentado sobre sus patas traseras ladrándole a la lluvia, esto por la tarde o al comienzo de la noche cuando apenas se distinguía la frontera, unas luces en el Congo, juntar a los cinco objetivos en una lona de tienda para que los americanos los fotografiasen, los registrasen, nos ordenasen

—Entiérrenlos

tal como, al ir a buscarla al hospital donde le cosieron la barriga y le pesaron las vísceras, el delegado de salud a mi padre, señalando lo que no era mi madre, solo se parecía a ella

las facciones de mi madre no así, los labios no así, los párpados desiguales afirmando

—No somos ella, tranquilo

el pelo recogido en la nuca pero torcido, sin vida y dado que no era ella yo tranquilo

—No es usted, menos mal

al cortarme el pelo el que caía en la toalla opaco, muerto, encontraba en el espejo un muchacho anterior a mí y el barbero a ambos, sujetándonos el mentón

—Quietos

nos mojaba la nuca con una brocha con jabón para ayudar a la navaja, una parte del jabón nos caía por la espalda

—No te rasques, chico

abría el imperdible, sacudía la toalla en la calle

—Se acabó, Morais

y el teniente sujetando la lona de la tienda

—Déjelos, mi mayor

la comezón de un pelo en la nuca, el barbero poniendo el asiento de la silla al revés, llamando a un viejo que apagaba el cigarrillo decapitando la brasa con la uña y guardándose en el bolsillo

—Señor Cambraia

el señor Cambraia se levantaba arrastrando con su bigote fruncido las rodillas, la chaqueta, fardos difíciles de transportar que lo

acompañaban cojeando, el bigote los iba llevando uno a uno y anunciaba

—Allá va

el barbero lo ayudaba empaquetando todo aquello

rodillas, chaqueta, una corbata balanceándose sin destino

en la toalla en que mechones míos

o de mi madre en el hospital

el bigote sin fardos que cargar al que el señor Cambraia corregía un extremo con el meñique, humedeciéndolo con saliva, alisando una sonrisa

—Pues aquí estamos

si existiesen pájaros de cuello pelado en Portugal el barbero los espantaría con la tijera

—El señor Cambraia no

el bigote del señor Cambraia se animaba con mi tía

—Doña Natércia

las rodillas casi firmes, la chaqueta con un adiós en las mangas, el vestido de novia de mi madre no estaba en el baúl, se encontraron con la blusa morada de los domingos, mi tía a lo que trajeron del hospital, la barriga cosida, las vísceras

—Te pones la blusa morada y se acabó

el furriel guardaba las ametralladoras en los sacos y dentro de poco el helicóptero buscándonos, sepultaban a los objetivos en el capín donde los licaones no pudiesen encontrarlos, si alguien preguntase yo extraño

—¿Objetivos?

así como al hablar de mi madre en el colegio de los curas yo sincero
convencido de que sincero

—No la conocí, señores

me acordaba de un vagón, de una cuerda y no obstante qué vagón qué cuerda

—¿Qué vagón, qué cuerda, señores?

los pájaros contentándose con la sangre de las losas que la lluvia en los pinos se llevaría consigo y pasado mañana ni la sangre, la cápsula de una bala que un soldado perdió y Marimbanguengo desierto, la tierra que había pasado de amarilla a roja nuevamente amarilla

—Siempre dije que amarilla, siempre tuve razón

en agosto la esposa del señor Cambraia le colocaba un cojín en el escalón de la puerta

de joven tocaba el saxofón en la banda, en la procesión de la virgen de los Remedios se abrochaba el uniforme, fingía que soplabla en la lengüeta sin soltar el cojín

—Pues aquí estamos

si nos burlábamos de él

—¿Y el instrumento, señor Cambraia?

nos mostraba el estuche vacío arreglándose el bigote

—Aquí acostadito, chico

de manera que estoy casi seguro

estoy seguro de que la tumba de mi madre una cabeza en el pozo y por lo tanto para qué las flores

—No necesitamos flores

y las letras en el mármol, doña Leônia

—¿Tu madre dónde?

escudriñando la despensa, la salita, el patio

—Qué tontería

y regresando a la cocina, el perdiguero del sacristán

—Tu madre no está aquí

corriendo hacia casa tal como dentro de un día o dos yo en Lisboa de nuevo, nuestro hijo encajando las piezas de su rompecabezas, mi mujer descalza, en bata

—¿Ya has vuelto?

en mi lugar del sofá y con mi revista, casi el ojo aquel a la deriva de cuando me despierto a mitad de la noche solo, quién me asegura que Marimbanguengo no era yo durmiendo, doña Leónia furiosa con el perdiguero tirándole una piedra, la pantufla

—Soy la madre de él, sí, señor

el teniente impidiendo que los soldados robasen a los objetivos

—No se toca

mi mujer en mi lugar del sofá, el suyo en el centro sin ninguna arruga y los muelles intactos del mismo modo que en mi lado de la mesa del almuerzo migajas y el suyo limpio, su cepillo de dientes perfecto y el mío, pobre, los dos juntos en el vaso, un cabo disparó a los pájaros de cuello pelado, la certeza de que en Lisboa no sentían mi falta, uno de los pájaros cambió de arbusto graznando, compro un cepillo en Luanda, lo deposito en el vaso sin una palabra y no te das cuenta siquiera, te das cuenta de las marcas de la alfombra

—Traes tierra roja de Angola

los graznidos en las palmeras, en el anexo y yo observando la alfombra

—No roja, amarilla

el ruido del helicóptero más allá del bosque o tal vez la lluvia en el techo de los trenes, proteger a los objetivos con una segunda lona de tienda, si los americanos tardan el olor atrayendo a los licaones, un arbusto por ejemplo temblequeando allá, un hocico que asoma y desaparece en uno de los pabellones de caza, yo pensando en el perdiguero del sacristán y el teniente

—Los licaones

supongo que también licaones en la pista de aterrizaje sin mostrarse nunca, los negros advertían su presencia, yo que no advertía nada ni cuando mi mujer cambiaba de agua de colonia

—¿En qué sitio?

se echaba dos gotas en la muñeca, soplaba, la agitaba y me acercaba la muñeca a la nariz

—Italiano, Morais

la pista de aterrizaje solo el mástil con la banderita a rayas que definía el viento, mi mujer desilusionada

—¿En serio que no hueles el agua de colonia, Morais?

y no la olía realmente pero si el teniente me enseñase el olor de los
licaones lo reconocería, distinguí una especie de perro al que doña
Leónia piedras, pantuflas

—Soy la esposa del padre de él, cállate

mi mujer tapando el frasco y cerrando el cajón con fuerza

—Margaritas a los cerdos, Morais

si yo no regresase de Angola un caballero entendido en aromas contigo,
incapaz de ensuciar la alfombra

—Por lo menos es civilizado, ¿sabías?

el caballero señalándome el tapete secundario

—Haga el favor, señor mayor

donde una prima de mi mujer, los viernes, llegaba con un regalo de
dulces modestos

—No lo tomen a mal

alegraba el vestidito con encajes raídos, sospechábamos que pedía
limosna a escondidas, caminaba por la calle compuesta, con sombrerito,
extendía la mano de repente, confundida por la vergüenza

—Una ayuda

antes de la moneda la mano se esfumaba rehusando

—Disculpe

su padre ingeniero, había tomado clases de piano, el timbre casi no
sonaba por timidez, pudor

—La prima Dulce, Morais

ocupaba el menor espacio posible

—No molesto, ¿no?

no se atrevía a repetir la carne, vislumbraba, en la despedida, que mi
mujer le doblaba un billete en la palma, mi prima Dulce devolviendo el
billete

—Te he llevado en brazos, no me ofendas, chica

vendió los libros de solfeo, el busto de Chopin, el papel de las paredes,
sembraba hierbabuena en el alféizar para la infusión del almuerzo, mi
mujer se entendía a escondidas con el propietario y los licaones a
escondidas en la hierba, pagaba el agua, la luz de la única bombilla

mortecina

del techo

yo advirtiéndolos por fin

—Ochenta y un años, doctor Barros

rumoreo de trotes, gemidos, advirtiéndolos por fin como advertía las
garras del piano que no existía en el desván de la vieja, la prima de mi
mujer daba cuerda al metrónomo y una escala de notas en las salas
desiertas, la única bombilla en el techo de la sala, en la habitación las
farolas de la calle, un cartel de hostel encendiéndose y apagándose al
ritmo del pecho y del color exacto del insomnio, los faros de las
camionetas del ayuntamiento lavaban de madrugada las sobras de la
noche, doña Dulce una sobra de la noche

—No molesto, ¿no?

oyendo el metrónomo, el retrato del ingeniero, mitad de una tapa de
Limoges, una cajita de bronce, la prima de mi mujer a mi mujer

el ingeniero asomando en la cara de ella

—Si te gusta, llévala, hija

generosa con los tesoros, tenemos muchos, Selma, sin hablar del juego
de plata, los muebles ingleses, las acciones del caucho

—Creo que caucho, hija

el escurrer platos hindú que no encuentras por las deudas de juego de
papá, ¿comprendes?, una operación que se fue al cuerno en la Bolsa, la
hipoteca de la casa de campo, la única bombilla

—Una sola bombilla, doctor Barros, pobre

en la araña de caireles, el juego con iniciales reducido a dos tazas de
café, cortinas pesadas que aun sin verlas estaban allí, concretas,
existían, doña Dulce, con un orgullo de castellana, mostrando su nada,
la propiedad en Amarante, el chalé en Ericeira

—¿Conociste el chalé?

conociste los grabados de caza, la sala de billar de la planta baja desde donde se veían las olas, mi mujer delante de tubos a la vista, un grifo inutilizado con trapos, la mano extendida de repente, confundida por la vergüenza

—Una ayuda

y al dejar de extenderse se componía el sombrerito y señalaba tesoros, el hijastro del doctor Barros insensible a los dulcecitos modestos, al menor espacio posible

—No molesto, ¿no?

a los encajes raídos

—Voy a vender el piso

los licaones que avanzaban desde el capín hacia ella, yo en el balcón de la finca de la hacienda con la esperanza de que el teniente

yo al teniente

—¿No tiene algo suelto por casualidad?

y el teniente callado, montar las ametralladoras, sumar el hijastro a los cinco objetivos en las losas, la prima de mi mujer alzando el metrónomo

—¿Y qué hago con el piano?

la tapa de Limoges con nosotros, detrás de las botellas de la despensa, la cajita yo qué sé dónde, el ingeniero en el álbum

A mi hija Dulce *off* Papá

el dedito del metrónomo al hijastro

—No

y la cuerda agotándose, decirle a mi hija Dulce que el dedito quieto, creía que el doce en la ruleta, perdona, el doce

—Yo, yo

tentándome, colocaba las fichas en el doce, recuperaba el escurreplatos, pagaba la hipoteca y al final, contrariando las reglas

(lo que sucede una vez en un millón)

veintiséis, dieciocho, treinta y uno, de manera que tienes que comprender, Dulce, *off*

te ofrezco deudas

la propiedad de Amarante en el dos, el dos inevitable, seguro, chupado y

¿quién me responde a esto?

traicionándome el idiota, la vista de las olas del billar en el treinta y cinco y el treinta y cinco

¿alguien más?

poseído de una perfidia cualquiera

yo que no le hice ningún daño, por el contrario, confiando en él, yo

—Siete fichas en el treinta y cinco

y el treinta y cinco rechazando la bolita, mi mujer a mí

—La prima Dulce, Morais

la prima Dulce bajando las escaleras apoyada en tu brazo, yo con la maleta y en la maleta unos cubiertos, unos mohos, el dedo del metrófono torcido, envuelto en un chal, incapaz de su

—No

la prima despreciando nuestros billetes doblados, nunca había reparado en que sus uñas no estaban limpias

—¿Pretenden ofenderme, chicos?

uno de los pájaros de cuello pelado se posó en su cuerpo

nunca había reparado en que su cuerpo no estaba limpio

y la tierra de Angola no amarilla, roja, acepto que roja, los americanos en la radio

—Protejan el helicóptero

yo tampoco limpio, marcas en el suelo, en la alfombra, mi mujer de rodillas, aspiradora, detergente

—¿No te lavabas en Luanda?

y tal vez no me lavé de los cinco objetivos bajo la lona de la tienda
alzando a la vez las cabezas del mapa, hasta ese momento no personas
para mí y de repente personas porque descubrí sus caras, unos
andrajosos cansados

ocupando el menor espacio posible

sin tiempo de disculparse

—No molestamos, ¿no?

unos fantoches convulsos que giraban, giraban, el que traía los
diamantes alcanzando la escopeta y desistiendo del gatillo, si el teniente
permitiese que mi mujer los cogiese en brazos

—Francamente, Morais

le alquilaríamos a la prima Dulce una habitación en el hostel
encendiéndose y apagándose del color exacto del insomnio donde unas
parejas

o sea muchachas con señores por la correa

subían o bajaban escaleras por la mitad más oscura de los peldaños

—Solo por esta noche, prima, que mañana temprano resolvemos todo

ella con la maleta apoyada en la cama, el metrónomo meditó una vez
más

—No

un chasquido del mecanismo inició el gesto y la prima

a mi hija Dulce *off* Papá

inmovilizándolo con el sombrerito no derecho, de lado, mi hija Dulce a
la que tanto protegí, la heredera de mis bienes con el sombrerito de lado

—¿En serio que no molesto?

debería haber desconfiado del sombrerito de lado y la prueba de que
debería haber desconfiado es que al día siguiente el del mostrador
extendiéndonos la llave

un último caballero por una última correa

—La infeliz desapareció

de manera que mi hija Dulce, tan joven todavía, no desaparecida

¿qué desaparecida?

no muerta

¿qué muerta?

engullida por la babélica ciudad implacable que devoró en la flor de la edad a centenares de jóvenes consumidas por ilusiones engañosas, mi hija presa vulnerable de su candor de pobre y gracioso jacinto indefenso, yo en la vorágine abismal de la ruleta lanzando con puño firme cinco fichas en la mesa

—El once

mientras los guarismos en una espiral de dígitos y la condenada bolita a saltos sobre ella, caprichosa, femenil, sardónica, agorera

—Vas a perder, ingeniero

vas a perder el juego de plata, los muebles ingleses, las acciones del caucho, las cortinas, los Limoges, el piano de media cola en el que tu querida hija Dulce porfiaba por la tarde con su Chopin, lánguida y romántica así como fuiste un día antes de que la atroz realidad de la existencia te compeliere a ser digno, a ser hombre

tu pobre gracioso jacinto indefenso que tu buena y suave madre protegía

madrecita

con bufandas, autoridad y tisanas de melisa

—Ten cuidado a ver si te constipas, Fábio

los anillos frioleros en el pecho

si yo pudiese besarlos arrepentido, de rodillas

—Perdóname, he pecado

he pecado por descuido contra mi hija Dulce, señora, su nieta, el vástago de su árbol y ante usted me prosterno, yo de repente

—Castígueme

al privarla del piano de media cola, con un florero de gladiolos frescos encima, en el que ella

la estoy viendo de blanco, una tortolita, un ángel

a los trece años a lo sumo se equivocaba a la hora del crepúsculo con su Chopin

Frédéric

ayudada por el dedo del metrónomo tan persistente al contrario que yo, tan decidido, riguroso

—No

mi hija Dulce

a mi hija Dulce *off* Papá

arrancándole plumas a Frédéric, ese evanescente serafín polaco, como a un pollo vivo, desnudando con incautas falanges al blando príncipe eslavo, el místico etéreo, yo justamente pensando en el místico etéreo al dividir la propiedad de Amarante entre el dieciséis y el catorce

—Cincuenta por ciento de Amarante en el dieciséis y cincuenta por ciento en el catorce

el brazo del crupier

que solo puedo calificar, con pesadumbre, como enemigo de la música

poniendo a Amarante lejos de mí y Amarante, madrecita

usted, madre, conoce Amarante, lo heredó del tío Augusto, Amarante y la resignación de los sauces

—Adiós, Fábio

el

—Adiós, Fábio

a pesar de tranquilo más agudo que un latigazo brutal en la desilusión de mi rostro como el padre azotando al herrero que lo fustigó sin motivo, desafiante y desbocado, por el honor de su sobrina, el padre con furia hidalga

¿se acuerda?

—No permito que me hables así delante de mi esposa, canalla

el

—Adiós, Fábio

de los sauces un azote insoportable y calculo que merecido

—Perdóname, he pecado

cuyo dolor sigo sufriendo y sin embargo no se aflija, madre, que su nieta estremecida, mi hija Dulce, la razón de mis días abandonó el hostal

—La mendiga desapareció

y no desaparecida, no muerta, no engullida por la babélica ciudad implacable que ha devorado a tanta joven soñadora, no se preocupe que yo estoy sereno, madrecita, yo marmóreo, yo después de una reflexión prolongada seguro de que su nieta Dulce en el refugio casi materno

qué casi, materno

de lo que queda del chalé de Ericeira, unas paredes derruidas, un pedazo de garaje, el cartel con el mensaje lamentablemente necesario

Se vende

en una esquina de muro, mi querida hija Dulce que siempre ocupó el menor espacio posible

—No molesto, ¿no?

siempre pidió disculpas por todo alegrando el vestido con unos encajes raídos y su regalo de dulcecitos modestos

dónde conseguías el dinero, anda, dilo

—No me tomen a mal

mi hija tan delicada, tan generosa, tan sensible, tan atenta al sufrimiento ajeno

—Dulcecitos para unos primos nuestros de Lisboa, papá

mi hija Dulce en la sala de billar de la planta baja

con los grabados de caza de su compadre Arnaldo, madre, al que apreciaba tanto

desde donde se veían las olas incluso por la noche

aquellos brillos en el agua

se oían las olas, incluso por la noche, queriendo llevarnos consigo de modo que la cuestión del alojamiento de ella gracias a Dios resuelta, tiene el chalé, tiene aire puro, el mar que robustece los huesos, airea el corazón, libera los pulmones y yo

como padre y padre atento

sosegado en el álbum, feliz por ella

—Buena suerte, hija

la prima de mi mujer llegada en el autobús de línea que incluso la dejó lejos porque el chalé está retirado, deteniéndose para descansar ya en este tronco, ya en ese, ya en un banco del pueblo

en noviembre ni un drogadicto en el banco

mi hija Dulce caminando junto a la playa y me pregunto si la música de Chopin o por lo menos algunas corcheas con ella, tan femenil, tan aérea, la policía marítima escribió ahogamiento en el impreso y mi mujer con el meñique en ahogamiento

—No lo creo, Morais

esos cuerpos difíciles de reconocer que van a parar a la costa

no a la playa, a los peñascos de la costa, un sombrerito, unos encajes

semanas después el óbito sin señales evidentes, directas o indirectas, permitiendo la conjetura de la posibilidad de homicidio, un vieja de edad comprendida, en un análisis inicial de mera observación del cadáver y en consecuencia sujeto a correcciones posteriores

sexo indiscutiblemente femenino

edad aparente comprendida entre los setenta y siete y los ochenta y cinco años

sugeriría ochenta y tres como límite máximo

raza caucasiana, un metro cincuenta y cuatro de altura, peso no excediendo en ningún caso los treinta y siete kilos

borro y corrijo: kilogramos

señales

por comprobar en la autopsia

compatibles con falta de higiene y desnutrición

desgaste de las falangetas debido al largo tiempo de vida o a la práctica del piano, ninguna cicatriz quirúrgica, dentición casi nula, color del pelo pardusco, color de los ojos imposible de determinar con exactitud si tomamos en consideración la prolongada exposición a medios naturales adversos tales como el océano y sus componentes, el hambre de los peces, crustáceos y animales alados

gaviotas, azulones, albatros y golondrinas de mar

aunque

a juzgar por la textura de la piel

afirmaríamos con alguna convicción

no toda

que marrones y dichos ojos marrones mirándolos

—Disculpen

en una petición poco frecuente de acuerdo con nuestra experiencia clínica de cuatro lustros de exámenes sumarios y pruebas histopatológicas, los ojos

escribíamos

—Disculpen

y nos permitimos subrayar el

—Disculpen

por la rareza del acto en sí, el heli

con el riesgo consciente de parecer poco científicos, desviados de la imprescindible y estricta objetividad clínica o quizá

en la opinión de quien de derecho

irremediabilmente soñadores, mi mujer en el puesto junto a la playa sin creer en el sargento

y olas y más olas y más olas de octubre de tal manera próximas, confundidas, superpuestas, que una sola ola interminable, continua, que casi no oí

—Mi hija Dulce no, no mi niña

no se avistaba el puesto de la policía marítima y el sargento y el médico,
observaba alrededor y olas, el cielo gris, el despacho, el rectángulo de
corcho con advertencias, órdenes del día, escalas

el rectángulo de corcho olas, los grabados de caza y la sala de billar
olas también, olas la pasión por la ruleta

el helicóptero de los

que arruinó a papá, el pobre inmaculado gentil lirio indefenso de papá

a mi hija Dulce *off* Papá

y el

a mi hija Dulce *off* Papá

olas, el veintiséis olas, el dieciocho olas, el treinta y uno olas, la bolita
caprichosa, sardónica, agorera, con una perversidad propia olas, las
olas

—Disculpen

las olas

—No molesto, ¿no?

las olas extendiéndome la palma de repente, confundidas por la
vergüenza

—Ayúdenos

evaporándose, escabulléndose, cayendo sobre nosotros, el color del pelo
castaño, el color de los ojos posible de determinar marrón, sexo , altura
un metro setenta y dos, peso setenta kilos

borro y corrijo: kilogramos

oyendo el helicóptero de los americanos en Marimbanguengo justo
después de las colinas, la protección de los soldados en el bosque, los
licaones retirándose amedrentados, el teniente entregando al furriel el
esquema de los cables que hacían tropezar, de las trampas, de las
minas, mi nieta Dulce a la que no le perdono haberla visto

sabe Dios con quién

en un hostel de citas, esas

ni casas las llamo

donde mujeres de mala vida con mi marido, al llamar la atención de mi hijo mi hijo atento a no sé qué que giraba

—Veintidós, madrecita

y desaparecían mis Limoges, mis escurrerplatos, mis muebles ingleses, el piano de mi nieta martillando su Chopin

Frédéric

sin talento alguno, el ruido del helicóptero y tal vez la lluvia en el techo de los trenes

el ruido del helicóptero y la lluvia en el techo de los trenes y el helicóptero y el techo de los trenes olas, mi mujer sin atreverse a mirar las lonas de tienda en las baldosas

—La prima Dulce, madre

cerrar el álbum en el que el ingeniero, con chaleco a rayas

se distinguía el reloj y el sitio de la cadena del reloj sin cadena ni reloj

allá fue, al dieciocho

—Buena suerte en la ruleta, señor

la madrecita del ingeniero con crenchas, el brazo descansando en una columna tallada, guardar el álbum en el lugar de los álbumes o sea el cajón de la mesa del televisor

—Ustedes murieron, cállense

y se acabó el

a mi hija Dulce *off* Papá

el

a mi hija Dulce *off* Papá

haciendo compañía a la propiedad en Amarante y a la hipoteca de la casa de campo

—Que les vaya bien, adiós

mi mujer y yo cada cual en su lugar del sofá, mi mujer dando cuerda al metrónomo, enderezando el asta, regulando el peso y yo sabiendo que el

metrónomo mañana en la despensa escoltando a la tapa de Limoges
donde no lo podíamos ver, un corazoncito absurdo que se desmayaba,
enmudecía, lograba uno o dos últimos impulsos y la cocina en silencio,
nosotros en silencio, el mar de Ericeira mudo, una ambulancia
apartándose con el relieve de cualquier cosa

no una persona, no creíamos que una persona

en la camilla, nuestro hijo en silencio en la habitación, el señor
Cambraia, con la toalla al cuello, arreglándose el bigote con el meñique,
con una sonrisa penosa porque la vejiga, la próstata y a pesar de todo
una especie de alegría que le envidio, el señor Cambraia saludándome

—Pues aquí estamos

yo en el sofá al teniente en Marimbanguengo cuando el helicóptero de
los americanos sobre el bosque y no militares, civiles, los civiles de los
despachos de ellos en Luanda, del café de ellos, de su algodón, del
petróleo de ellos, el teniente sin poder escucharme

—¿Mi mayor?

y el meñique mejorándome la sonrisa

—Pues aquí estamos

pues aquí estamos en el pinar bajo la lluvia en dirección a los trenes y
los pájaros de cuello pelado en el vagón, aquí estamos en la camioneta
hacia el chalé de Ericeira

con sus castillitos y sus ventanas de ojiva sin cristal

temblando en la neblina, aquí estamos hasta Luanda, los *jeeps* en las
chabolas

—Alto, alto

y un niño corriendo, nosotros hasta Luanda dentro de diez minutos

—Estas fichas en el nueve y aquí tienes la hipoteca de la casa de campo

en cuanto el segundo y el tercer helicópteros

el primero con los objetivos

llegando del suroeste junto a las copas, el brigadier negro contento, los
americanos contentos, el general en Lisboa admitiendo que sí en un
ministerio cualquiera

—Razonable, Morais

no existe el olivar, no existe el pozo, existe el lado izquierdo del sofá
donde mis piernas se durmieron, yo un ojo solamente donde la sala se
desenfoca, se inclina

—Déjame descansar un ratito que dentro de diez minutos

estas fichas en el veintiséis

estaré contigo en la habitación

yo viéndote levantarte y levantado también, vislumbro que tú en el
pasillo y yo en el pasillo también, tú

—Morais

y yo comprendiendo el

—Morais

por los movimientos de la boca, la revista se desliza página a página y
se cae al suelo, la lámpara que apagas y la claridad de la pantalla
quitándoles peso a los objetos, las palmeras presentes cuando el piloto
nos llama, el teniente

—Mi mayor

no el teniente, mi mujer o sea la boca sin cuerpo

—¿Te quedas ahí, Moraes?

uno de los americanos

—Deprisa

quise agradecerles, demostrar que entendí el

—Deprisa

colaborar con él

no me quedo en Marimbanguengo

olvidarme del sofá y en lugar de mí todo el pulgar encogiéndose

la conciencia de que inerte y solo el pulgar encogiéndose, el pulgar que
renuncia a encogerse y

definitivamente

se inmoviliza en el muslo que supongo que es mío aunque lo haya
perdido así como voy perdiendo lo que aglutinándose y combinándose
soy, algunos órganos, supongo, nervios, un pequeño haz de arterias

no huesos

cosas blandas que se alejan así como se alejarán los helicópteros a su
vez, así como en el cementerio me alejé de mi madre, así como en este
momento

sin desearlo

me alejo para siempre de ti, yo hundiéndome en el espacio entre los
cojines del sofá en el que habré de encontrar la estilográfica y el
pañuelo de papel

no la moneda

mi brazo crece ciego, yo después del brazo en busca de la moneda y la
moneda me huye, me doy cuenta de la agitación del capín, me doy
cuenta de los árboles

no las palmeras, los árboles sin nombre ni necesidad de nombre,
enredados, del bosque, cuyas hojas bebíamos en Guinea al acabarse el
agua, intento coger la moneda entre los cojines o las losas

creo que al mismo tiempo cojines y losas

se me antoja que el teniente

—Mi mayor

y yo tal vez no en la sala, en el balcón de la casa, yo descubriendo un
escalón y despatarrándome en él al verlos desaparecer en el
helicóptero, yo con sueño

el mismo sueño de la noche en que aquella que decían mi madre en la
iglesia

no es verdad, mi madre en el olivar

—Ahora soy tu madre

mientras allí abajo el tren de las once o el perdiguero del sacristán
ladrando, mi mujer señalándome a los americanos, el cuarto

—¿No vienes?

porque dentro de poco los truenos que crecían al este y el viento en los
pinos, casi ningún taxi en la calle, los helicópteros disminuyendo detrás

de las colinas sin mí, dentro de poco las olas de Ericeira de la que solo
comprendo el letrero

Se vende

los pájaros de cuello pelado en el balcón, sus uñas, sus picos, mi tía
apretándome los dedos con fuerza como siempre que yo bajaba la
cabeza frente a los vecinos

—No seas maleducado y saluda a los pájaros, Morais

yo aún más tímido, yo

—Buenas tardes

el suelo tan cerca de mí, si pudiese

mi ojo que flotaba en Marimbanguengo o aquí debe de haberse cerrado
porque dejé de ser, mi mujer lejísimos

—¿Y?

mi mujer al teniente

—Cuatro horas más y se despierta

olviden a mi mujer, uno de los pájaros de cuello pelado graznando

—Cuatro horas más y se despierta

individuo del sexo , raza caucasiana, treinta y seis años de edad

cumplí treinta y seis en septiembre

apendicectomía tipo Jalaguier, con la extensión de cuatro centímetros
coma ocho, presuntamente efectuada en la adolescencia, una segunda
cicatriz de dos centímetros coma dos en el miembro superior derecho,
más reciente, provocada por instrumento cortante o afín de cuando el
enfermero en Bissau me abrió el quiste infectado, panículo adiposo
normal, articulaciones libres, tórax simétrico, dentición completa

casi completa y razonablemente conservada, cadáver encontrado en
Marimbanguengo

en la playa de Ericeira

en Lisboa

cadáver encontrado en Marimbanguengo en la casa de la hacienda local

en la casa abandonada

claro que abandonada, qué no estará abandonado en Angola, cadáver encontrado en Marimbanguengo en la casa de la hacienda local, antaño, por lo que se supone, de girasol y algodón según era habitual en Baixa do Cassanje durante la colonización portuguesa, sobre todo gente

por así decir gentuza

de las capas sociales inferiores del norte del país caracterizada por costumbres algo primitivas y en ciertos casos rudas a pesar de los esfuerzos de un gobierno autoritario, es cierto

¿y de qué otra manera podría ser atendiendo a las características intrínsecas del pueblo?

pero justo, cuyos hábitos jerarquizados, quizá discutibles, se prolongaron de modo saludable en la institución militar, me dio la impresión de que mi mujer inclinada hacia mí

la sombra de una cabeza en el pozo

—Se han ido, Moraes

como me dio la impresión de que nuestro hijo lloraba, que los pasos descalzos de ella en el pasillo, abandonando la cama, lo cogían en brazos

nunca lo cogí en brazos

que su voz serenándolo

¿quién me serena a mí?

que la luz encendida

no la del techo, el conejito verde

que leche, palabras de consuelo

¿quién me consuela a mí?

que la luz apagada, ella en la puerta de la habitación midiendo la respiración de nuestro hijo, acomodando un triciclo que no necesitaba que lo acomodasen, volviendo a la cama y todo esto vago, indeciso, más suponiendo que entendiendo, yo en mi lugar del sofá incapaz de moverme aguardando la mañana

¿qué mañana?

que los pájaros de cuello pelado allá en el televisor, en la rinconera, en el anaquel, el bosque justo después de los cristales, la casa de la hacienda donde ni mi mujer ni nuestro hijo, salas con envases de raciones de combate, mandioca, cartuchos de municiones, el olor a la tierra amarilla

no roja

de Angola, me pareció que piezas del rompecabezas y me equivoqué, una lata de conserva, un bote de repelente de insectos, palmeras en la calle en vez de tipas y alrededor de los pabellones de caza, del anexo, de un murete de azulejos en el que no me había fijado

¿el murete del olivar o el murete en África?

yo con dos ojos, no un ojo a la deriva, recogiendo la revista del suelo, cerrándola, poniéndola en la mesa y un aura pálida en los tejados del barrio como en el mar de Ericeira que mi hija Dulce, mi niña, mi bien máspreciado, tan sensible, tan delicada, tan frágil, observaba desde el billar

trece, catorce, quince años a lo sumo

todos los días, al llegar al casino, evito pensar en ella cuando estoy seguro de que va a salir el veintidós

no merece la pena pensar, es el veintidós, no

supongamos

el dieciocho, el uno, el treinta, Dios ayudándome

Él que en su bondad no se olvida de nosotros

—El veintidós, Fábio, qué te hace dudar, tonto

y sin embargo

pregunto

serán mis intuiciones o el misterio de Sus designios los que me auxilian, no fallan, dado que Dios, en la misericordia de Su alma y en Su augusta complacencia, me dirige con autoridad, con afecto

—El veintidós, tontainas

guiando mis últimas fichas

tu medallita de bautizo y tus partituras de música, hija

en la dirección del número que Su riguroso conocimiento del Universo me indica

—¿Vas a obligarMe a repetirte durante horas que el veintidós, idiota?

Dios impaciente por mí, deseoso de que rescate la hipoteca de la casa de campo, la propiedad de Amarante, los Limoges, el juego de plata, que me vista de acuerdo con mi linaje, estudios y condición social, no como un vagabundo frente al cual el portero vacila antes de franquearle la entrada, pregunta con el mentón al gerente, el gerente una seña indescifrable y el portero magnánimo, empujándome por la espalda y limpiándose la mano en el uniforme

—Es la última noche que pones los pies aquí, desgraciado

de modo que cambio

momentáneamente, tranquila

tu medallita y tus partituras por círculos marrones que en breves minutos

brevísimos

nos devolverán a ambos todo a lo que, por herencia de familia y mi esfuerzo en mantenerla, tenemos pleno y absoluto derecho, tu medallita y tus partituras en el veintidós, dispuestas a entregarte

en una jugada, fíjate

dignidad y orgullo, no oigas a mi madre que

—Fábio

—No tienes remedio, Fábio

—No te quedarás en paz hasta que no hundas a mi nieta en la miseria, Fábio

mi nieta Dulce que toda la vida ocupó el menor espacio posible

—No molesto, ¿no?

caminando por la calle compuesta, con sombrerito, extendiendo la mano de repente, confundida por la vergüenza

—Una ayuda

y antes de que la moneda

la misma que cayó en un espacio entre cojines

la mano se retrae rehusando

—Disculpe

y ella cambia de acera en una carrerilla de fuga, mi nieta de visita con un regalo de dulces modestos

—No me tomen a mal

unos primos cualesquiera

no sé si primos, una pareja vulgarísima en un sexto piso en Lisboa

—Déjate de hacer tonterías con el siete, Fábio, para de una vez con las fichas

una pareja que no sé si parientes y que no me dicen nada, o sea una mujer no elegante, no guapa, trivial, con una criatura no rubia como nosotros, morena

trivial

en brazos y un hombre trivial despertando en un sofá execrable, comunicando a su mujer

—Marimbanguengo, ¿sabías?

Marimbanguengo qué nombre más extraño, debo de confundirlo todo, debo de estar vieja, sin embargo la mujer trivial con la criatura trivial en brazos y el hombre trivial

—Marimbanguengo, ¿sabías?

insistiendo

—Marimbanguengo, Selma

mirando más allá de ella, ya de pie, y yo iba a decir

qué estupidez

si no fuese por el temor a parecer más vieja de lo que soy, iba a decir que pájaros de cuello pelado en la alfombra, un negro llamándolo

lo único que faltaba, negros

—Mi mayor

mientras subía a un helicóptero o a un vagón de ganado, allí abajo, bajo la lluvia, difícil de distinguir entre los pinos así como me resulta difícil distinguir a mi nieta entre las olas del chalé que compré en Ericeira.

EPÍLOGO

Como para la primera clase de portugués después de las vacaciones de verano nos mandaron hacer una redacción sobre el sitio donde estuvimos digo que fui con mis padres a Luanda y me gustó mucho porque se puede estar todo el tiempo en la playa y tiene una isla muy bonita frente al hotel llena de cocoteros y yo nunca había visto cocoteros para colmo junto al mar y mi madre no se queda preocupada por mí porque las olas son suaves y no ahogan ni hacen daño a nadie y además la mayor parte del tiempo no nos quedábamos en la playa nos quedábamos en el barco del señor extranjero para quien trabaja mi padre y el barco tiene una cocina pequeña y un cuarto de baño pequeño y seis literas así a los lados y todo y el señor extranjero le dijo a mi madre que si ella quisiese yo podría dormir la siesta en la litera y no dormí porque por la ventanilla redonda del barco siempre subiendo y bajando porque los barcos suben y bajan veía a los pájaros y otros barcos y árboles y gente en bañador casi todos blancos y algunos negros también aunque no muchos puesto que aún son pobres y la mujer del señor extranjero dice que es una cuestión de tiempo y a mi madre los negros bebés les parecen amorosos para comérselos y se queja de que es una pena que crezcan mi madre dice que al crecer se vuelven feos y con un olor extraño y le dijo a mi padre que podríamos llevarnos a uno de estos pequeños monísimos a Lisboa y aprovecharlo después para servir la mesa en casa si los educamos desde el principio quién sabe si no llegarán a tener modales y la mujer del señor extranjero dijo que tiene un cocinero negro estupendo que hasta prepara comida francesa y con un desodorante fuerte no se nota el olor ese y mi padre y el señor extranjero no oyeron ocupados en hablar de petróleo y mi madre toda interesada a la mujer del señor extranjero y dónde lo consiguió y la mujer del señor extranjero dijo lo mandamos traer del interior durante la guerra conviene separarlos lo más pronto posible para que no adquieran vicios y yo a la mujer del señor extranjero qué guerra y mi madre dijo no te he dicho que te estés callada cuando conversan las personas mayores y la mujer del señor extranjero haciéndome una caricia y diciéndome a mi madre qué bonito pelo tiene su hija y además fuerte y diciéndome a mí no fue exactamente una guerra querida fueron algunos problemitas con unas personas malas hasta que gracias a Dios las personas malas comprendieron que estaban siendo malas y se volvieron buenas y listo y mi madre dijo afortunadamente se acabaron las complicaciones a mi marido le afectan muchísimo esas cosas yo no me canso de decirle que se deja afectar demasiado por las cosas y él dice no puedo hacer nada qué quieres es mi forma de ser era director de un servicio que no sé muy bien de qué se ocupaba ni él con su carácter tan cerrado me lo contaba de manera que nunca entendí los lugares a los que el ministro lo mandaba y luego mi madre y la mujer del señor extranjero se pusieron a hablar de otras cosas en francés para que yo no entendiese y no me enfadé ni pregunté de qué están hablando yo distraída viendo cómo mi madre se había quemado en el lugar de los

tirantes del traje de baño que se le soltó de los hombros y el criado que traía creo que *whisky* en una bandeja para mi padre y para el señor extranjero y yo le pedí a mi padre un sorbito de nada para probar y mi padre sentándose al lado de él dijo si es un sorbito de nada está bien y el señor extranjero en el momento en que mi madre iba a protestar dijo es un sorbito de nada y no era dulce ni rico era raro y hacía subir y bajar más deprisa la ventanilla redonda y mi padre dijo la pequeña qué graciosa y mi madre dijo no en la lengua extranjera en la nuestra no le veo ninguna gracia y mi padre que se estaba riendo le abrió los ojos con una cara que decía cállate y mi madre se calló tengo que aprender a abrir los ojos y a tener una cara que le diga cállese a mi madre tal vez cuando me riñe y solo me dio pena no poder jugar más veces con los hijos de un negro de la edad de mi padre y del señor extranjero que llegó en un automóvil con chófer y una banderita en el guardabarros y al que mi padre y el señor extranjero trataban de mi querido almirante y mi madre le dijo a la mujer del señor extranjero el querido almirante para ser negro no estaba nada mal y la mujer del señor extranjero dijo en eso estoy completamente de acuerdo y después francés de nuevo riéndose y el querido almirante traía a sus hijos el mayor con un año y cuatro meses más que yo y el menor con dos años y ocho meses menos y nos fuimos abajo y nos sentamos en las literas y después de aburrirnos un rato mirándonos unos a otros el mayor que yo me preguntó quieres que te muestre una cosa y yo me puse a saltar a la pata coja y dije vale y el mayor que yo se aflojó los pantalones cortos y yo vi y el menor que yo dijo se lo voy a decir a papá y el mayor que yo se ajustó los pantalones y lo empujó hasta que el menor que yo prometió que no diría nada y después el menor que yo se durmió en una litera con el dedo en la boca y el mayor que yo dijo que su hermano todavía se hacía pis en la cama y él no y yo al mayor que yo muéstrame eso otra vez y después me cansé y volví a donde estaba mi padre con el señor extranjero y el querido almirante y los cocoteros agitándose un poquito en la isla a pesar de no hacer viento y me di cuenta de que mi madre no paraba de mirar al querido almirante y al darse cuenta de que yo me daba cuenta de que ella no paraba de mirar al querido almirante se puso toda colorada y me dio la impresión de que iba a apretarme el cuello solo que no me lo apretó me mandó ponerme el panamá por causa del sol con una voz extraña que sorprendió mucho a mi padre mientras discutía con el querido almirante y el señor extranjero palabras complicadas que yo no comprendía y en medio de lo que no comprendía comprendí diamantes pero no comprendí comisiones y le pregunté a mi padre qué son comisiones y mi padre hizo una pausa en las palabras complicadas y dijo ve a jugar con los hijos del señor almirante y yo me fui y por la tarde nos dieron helado de mango y volví a probar un sorbito de nada que esta vez en lugar del barco hacia arriba y hacia abajo me entraron ganas de echarme sobre el regazo de mi madre y cerrar los ojos de manera que me eché sobre el regazo de mi madre y cerré los ojos y mi madre dijo pesas toneladas ¿sabías? y le dijo a la mujer del señor extranjero estos niños y la mujer del señor extranjero dijo a pesar de todo son lo mejor que tenemos en la vida y mi madre que siempre que podía miraba al querido almirante dijo si son lo mejor que tenemos en la vida la vida no es gran cosa y después dijo estaba bromeando claro y después me besó de una manera que parecía que el beso no era para mí

y sentí el beso más grande que los besos de ella y las manos en mi espalda haciéndome daño y dije me está haciendo daño y las manos y el beso acabaron y solo quedó la isla y el mar y yo sintiéndome como esos insectos pequeños que vuelan por encima de los cocoteros y la mujer del señor extranjero le dijo a mi madre ahora que terminaron los líos en Angola la vida aquí no tiene comparación con Europa esta belleza este clima y la próxima vez que el hijo del querido almirante se afloje los pantalones cortos juro que lo toco para estar segura de que lo que me mostró es de verdad.



António Lobo Antunes nació en Lisboa en 1942. Estudió medicina y ejerció como psiquiatra antes de dedicarse de lleno a la literatura y manifestarse como un gran estilista de la lengua portuguesa, lo que le ha convertido en un firme candidato al Premio Nobel de Literatura. Entre sus obras destacan la trilogía sobre la muerte, integrada por *Tratado de las pasiones del alma*, *El orden natural de las cosas* y *La muerte de Carlos Gardel*; *Manual de inquisidores* (Premio Francés al Mejor Libro Extranjero); *Esplendor de Portugal*; *Exhortación a los cocodrilos* (Grande Prémio de Romance e Novela 1999); *Fado alejandrino*; *Conocimiento del infierno*; *No entres tan deprisa en esta noche oscura*; *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* (Premio de la Unión Latina de Escritores); *Segundo libro de crónicas*; *Memoria de elefante*; *Yo he de amar a una piedra*; *Ayer no te vi en Babilonia*; *Acerca de los pájaros*; *Mi nombre es legión*; *El archipiélago del insomnio* y *¿Qué caballos son aquellos que hacen sombra en el mar?* António Lobo Antunes también ha recibido el Premio Rosalía de Castro del PEN Club gallego, el Premio de Literatura Europea del Estado austríaco, el Premio Jerusalén en 2004, el Premio Camões, el mayor galardón en lengua portuguesa, en 2007, y el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances en 2008.

Notas

[1] Nombre que recibe, en Santo Tomé y Príncipe, el descendiente de esclavos angoleños. Constituyen el treinta por ciento de la población. Es también el nombre de una de las lenguas «criollas» habladas en ese país. (N. del T.) <<

[2] Cito, con ligeras modificaciones ortográficas, la traducción de fray Luis de León, del *Cantar de Cantares de Salomón*, edición de José Manuel Blecua, Madrid, Gredos, 1994, p. 91, y en páginas siguientes, pp. 115, 116, 117, 133, 159, 160, 246 y 247. (N. del T.) <<

[3] Del quimbundo, término usado en Angola que significa persona importante, que ejerce autoridad. (N. del T.) <<

